JOYAS DEL DERECHO

Recopilación realizada

Por

Armando Ríos Jáquez.

Primera Edición, 2009.

Derechos reservados.

Copyright 2009 por Armando Ríos Jáquez
Praxedis Guerrero No. 500-A
Fracc. Rio 2000 Col. Leandro Rovirosa Wade
Torreón, Coahuila, México. C.P. 27120
Tel. (01-871) 144-3113
E-mail: armando.rios.jaquez@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley.
ISBN (En Trámite)

IMPRESO EN MEXICO

OBRAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN.

CÓDIGO DE HAMMURAPI

LEY DE LAS XII TABLAS

LAS LEYES – MARCO TULIO CICERÓN

NUEVAS CONSTITUCIONES – EMPERADOR LEON AUGUSTO

LAS SIETE PARTIDAS – ALFONSO X (EL SABIO)

EL CONTRATO SOCIAL - JUAN JACOBO ROUSSEAU

CONSTITUCIÓN DE 1857 – MÉXICO

MANIFIESTO DEL GOBIERNO A LA NACIÓN MEXICANA.

CÓDIGO
DE
HAMMURAPI

INTRODUCCIÓN

Al final de su reinado (-1752?), Hammurapi de Bábil «Hammurabi de Babilonia» edictó sus disposiciones, escritas en varios ejemplares.

Uno, posiblemente de Sippar, fue tomado por los elamitas y llevado a Susa en el s. -XII. Hallado en 1902, está en el Louvre «estela de diorita de 2,23 m». Sus párrafos, en casillas verticales, son arcaizantes y solemnes. Los modernos han numerado 282, aislados a menudo por la palabra shumma, «si».

Una pauta orientativa del contenido es ésta:

1-5.- Litigios.

6-25.- Pena capital.

26-41.- Sistema fiscal (ilkum).

42-126.- Patrimonio.

128-193.- Familia y sucesión.

196-240.- Lesiones, daños.

241-277.- Trabajo.

278-282.- Esclavos.

El rey preside la estela ofreciendo su obra a Shamash, dios solar de la Equidad «o, acaso, a Marduk, dios de Babilonia».

***NOTAS**. Se traducen: awilum por hombre; mushkenum por individuo común, wardum por esclavo y amtum por esclava. En Babilonia un talento son 60 kg; una mina, 500 g; un siclo, 8,33 g; un grano, 0,046 g; un kur, 300 l; una fanega, 60 l; un celemín, 10 l; un sila, 1 l; un bur, 64.800 m2 = 6,5 ha; un iku, 3.600 m2 = 0,36 ha; un sar, 36 m2; una ninda, 6 m; una caña, 3 m; un codo, 50 cm; un dedo, 1,66 cm; un grano, 0,28 cm. (Véase léxico religioso al final).*

PRÓLOGO

Cuando Anum, el Altísimo, Rey de los Anunnakus, (y) el divino Enlil, señor de cielos y tierra, que prescribe los destinos del País, otorgaron al divino Marduk, primogénito del dios Ea, la categoría de Enlil [soberano] de todo el pueblo, (y) lo magnificaron entre los Igigus; cuando impusieron a Babilonia su sublime nombre (y) la hicieron la más poderosa de los Cuatro Cuadrantes; (cuando) en su seno aseguraron a Marduk un reino eterno de cimientos tan sólidos como los de cielo y tierra, en aquellos días, Anum y el divino Enlil también a mí, Hammurapi, príncipe devoto (y) respetuoso de los dioses, para que yo mostrase la Equidad al País, para que yo destruyese al malvado y al inicuo, para que el prepotente no oprimiese al débil, para que yo, como el divino Shamash, apareciera sobre los «Cabezas Negras» e iluminara la tierra, para que promoviese el bienestar de la gente, me impusieron el nombre.

- Yo soy Hammurapi: El Pastor Elegido del divino Enlil, el acumulador de la abundancia y de la opulencia, el que ha llevado a buen fin cuanto concierne a Nippur-Duranki (y es) devoto cuidador del Ekur; el Rey Eficiente que ha restaurado Eridu en su lugar (y) purificado el ritual del E'abzu; el Huracán de los Cuatro Cuadrantes; el Engrandecedor del nombre de Babilonia, el agrado del corazón de Marduk, su señor, el que acude a diario a servir al Esagil; la Semilla Regia generada por el divino Sin, el enriquecedor de Ur, el humilde, el fervoroso, el que aportó la abundancia al Ekishnugal; el Rey Prudente, obediente al divino Shamash, el poderoso que ha consolidado los cimientos de Sippar, el que ha revestido de frondosidad la capilla superior de Aya, el que ha hecho del Ebabbar un templo excelso, semejante a la morada de los cielos; el Guerrero Compasivo con Larsa, el renovador del Ebabbar para el divino Shamash, su aliado; el Señor Revitalizador de Uruk, el suministrador de aguas de la abundancia a su pueblo, el que ha levantado la cúspide del Eanna, el que ha acumulado abundancia para Anum y la divina Ishtar; el Protector del País, el que ha reunido a las gentes dispersas de Isin, el que ha colmado de abundancia el templo de Egalmaj; el Dragón de los Reyes, el hermano predilecto del divino Zababa, el consolidador de los cimientos de Kish, el que ha rodeado con un aura resplandeciente el Emete[1]ursag, el celebrante fiel de los solemnes ritos de Utar, el administrador del templo Jursagkalamma; la Malla Captora de enemigos, a quien Erra, su compañero, concedió el logro de sus deseos; el engrandecedor de Kuta, el que ha acrecentado inmensamente todo lo del Meslam; el Búfalo Fiero que cornea a los enemigos, el predilecto de Tutu, la alegría de Borsippa, el devoto que no abandona sus deberes para con el Ezida; el Dios de los Reyes [superior a los de-

más reyes], el sabio perspicaz, el ampliador de los cultivos de Dilbad, el que colmó los silos para el divino Urash, el audaz; -el Señor Merecedor del cetro y la corona a quien hizo perfecto la sabia diosa Mama; el diseñador de los planos de Kesh; el suministrador de los alimentos puros de la divina Nintu;- el Prudente, el Perfecto, el que proveyó pastos y abrevaderos a Lagash y a Girshu, el que suministró las magnas ofrendas al Eninnu; el Captor de Enemigos, el predilecto de Telitum que cumple los oráculos de Sugal, que alegra el corazón de Etar; el Príncipe Puro cuyas oraciones acepta el divino Adad; el que, en Karkara, aplaca el corazón del divino Adad, el guerrero; el proveedor continuo de lo que es debido en el E'udgalgal; el Rey Vivificador de Adab, el organizador del templo Emah; el Príncipe de los Reyes, irresistible en la guerra; el que donó la vida a Mashkan Shapir, el que hartó de agua al Emeslam; el Sabio, el Buen Ecónomo; el que alcanzó las profundidades de la sabiduría; el que amparó a los habitantes de Malgum en la catástrofe, el cimentador de sus casas; el que, en la abundancia, decretó para el divino Ea y la divina DamgaInunna -magnificadores de su reino- ofrendas eternamente puras; el Primero entre los Reyes, el sometedor de los pueblos del Éufrates por orden del divino Dagán, creador suyo; el que se apiadó de los habitantes de Mari y de Tuttul; el Príncipe Piadoso que hizo brillar el rostro del divino Tishpak, el que preparó banquetes santos al divino Ninazu; el salvador de su pueblo en la dificultad, el que consolidó sus cimientos en medio de Babilonia, en paz; el Pastor de la Gente, cuyas obras son del agrado de Ishtar ; el que aseguró la presencia de Ishtar en el E¹ulmash, en el centro de Acad; el Proclamador de la ley inmutable, el caudillo de los pueblos, el restaurador de su Virtud Protectora a la ciudad de Asur; el Silenciador de Rebeldes; el rey que, en el Emesmes de Nínive, proclamó los títulos de la divina Ishtar; el Piadoso Orante ante los Grandes Dioses; el descendiente de Sumula¹el, el poderoso heredero de Sinmuballit, la semilla eterna de la realeza; el rey poderoso, Sol de Babilonia que hace amanecer la luz sobre el País de Súmer y Acad , rey sometedor de los Cuatro Cuadrantes , el protegido de Ishtar. Cuando Marduk me mandó a gobernar el pueblo, a enseñarle al País el buen camino, yo hice de la Verdad y la Equidad el asunto más importante: me ocupé del bienestar del pueblo. En aquellos días.

LEYES

1.- Si un hombre acusa a otro hombre y le imputa un asesinato pero no puede probarlo, su acusador será ejecutado.

2.- Si un hombre le imputa a otro hombre actos de brujería pero no puede probarlo, el que ha sido acusado de magia tendrá que acudir al divino Río y echarse al divino Río y, si el divino Río se lo lleva, al acusador le será lícito quedarse con su patrimonio. Pero si el divino Río lo declara puro y sigue sano y salvo, quien le acusó de magia será ejecutado. El que se echó al divino Río se quedará con el patrimonio de su acusador.

3.- Si un hombre acude ante un tribunal con falso testimonio y luego no prueba su declaración, si se trata de un caso con pena de muerte, ese hombre será ejecutado.

4.- Si acude a atestiguar en un proceso sobre cebada o dinero, pagará la multa de ese proceso.

5.- Si un juez instruye un caso, dicta sentencia y extiende veredicto sellado, pero luego modifica su sentencia, al juez le probarán que ha cambiado la sentencia y la suma de la sentencia la tendrá que pagar 12 veces. Además, en pública asamblea, le echarán de su sede judicial de modo irrevocable y nunca más podrá volver a sentarse con jueces en un proceso.

6.- Si un hombre roba algo propiedad del Dios o del Palacio será ejecutado y el que haya aceptado de sus manos lo robado será ejecutado también.

7.- Si un hombre compra o recibe en depósito plata u oro o un esclavo o esclava o un buey, o una oveja, o un asno, o lo que sea, de manos de un hijo de un hombre o del esclavo de un hombre sin testigos ni contrato, ese hombre es un ladrón; será ejecutado.

8.- Si un hombre roba un buey o una oveja, o un asno, o un cerdo, o una barca, sean del Dios o del Palacio, lo devolverá 30 veces; si son de un individuo común, lo devolverá 10 veces. Si el ladrón no tiene con qué devolver, será ejecutado.

9.- Si un hombre que ha perdido una cosa suya halla lo perdido en manos de otro hombre, y el hombre en cuyas manos se halla lo perdido declara: «Un vendedor me lo vendió; lo compré ante testigos», y si el dueño de lo perdido declara: «Voy a presentar testigos que conocen la cosa perdida por mí», y si el comprador presenta al vendedor que se la vendió y a los testigos ante los que compró y el dueño de lo perdido presenta también a los testigos que conocían lo perdido por él, los jueces

examinarán sus declaraciones; además, tanto los testigos ante los que se compró como los testigos que conocían lo perdido declararán lo que saben ante [el] dios. Si según ello, el ladrón es el vendedor; que sea ejecutado. El dueño de lo perdido recuperará lo perdido. El comprador recuperará el dinero que pagó del patrimonio del vendedor.

10.- Si el comprador no presenta al vendedor que se lo vendió ni a los testigos ante los que compró, mientras que el dueño de lo perdido presenta a los testigos que conocen lo perdido, el ladrón es el comprador; que sea ejecutado. El dueño de lo perdido recuperará lo que perdió.

11.- Si el dueño de lo perdido no presenta testigos que reconozcan lo perdido, es un embaucador: ha extendido rumores calumniosos; que sea ejecutado.

12.- Si al vendedor le llega su última hora, el comprador se resarcirá con 5 veces lo que reclamaba en el caso.

13.- Si ese hombre no tiene entonces los testigos a mano, los jueces fijarán un plazo de hasta 6 meses. Si no presenta a sus testigos en 6 meses, ese hombre es un embaucador; que cargue con toda la multa del juicio.

14.- Si un hombre rapta un hijo menor de edad de otro hombre, será ejecutado.

15.- Si un hombre deja que un esclavo del palacio o una esclava del palacio o un esclavo de un individuo común o una esclava de un individuo común salgan por la puerta principal de la ciudad, será ejecutado [Si permite su fuga?].

16.- Si un hombre oculta en su casa un esclavo o una esclava escapados del Palacio o incluso de un individuo común y cuando los pregonan no los saca, ese dueño de casa será ejecutado.

17.- Si un hombre captura en el campo a un esclavo o esclava fugitivos y los lleva a su amo, el amo le dará 2 siclos de plata.

18.- Si el esclavo no quiere dar el nombre de su dueño, lo llevará al palacio; allí se estudiará su caso y luego lo llevarán a su dueño.

19.- Si retiene a ese esclavo en su casa y luego el esclavo es hallado en su poder, ese hombre será ejecutado.

20.- Si el esclavo huye también del poder de su captor, que éste, a petición del dueño del esclavo, lo jure públicamente por la vida del Dios y no tendrá castigo.

21.- Si un hombre abre un boquete en una casa, lo ejecutarán y lo dejarán colgado frente al boquete.

22.- Si a un hombre saqueador lo detienen, ese hombre será ejecutado.

23.- Si el saqueador no es detenido, el hombre saqueado declarará públicamente lo que haya perdido ante (el) dios; la ciudad y el prefecto en cuyo territorio y jurisdicción ocurriese el saqueo le repondrán lo perdido.

24.- Si ha habido alguna víctima mortal, la ciudad y el prefecto pagarán una mina de plata a sus parientes.

25.- Si en la casa de un hombre hay un incendio y algún hombre que había venido a apagarlo desea algún objeto y se queda con el objeto del dueño de la casa, ese hombre será quemado en ese mismo fuego.

26.- Si un soldado de leva o un militar que recibe orden de ir a una campaña del rey, no va, o contrata a un mercenario para que vaya en su lugar, ese soldado -o ese militar- será ejecutado; el que lo denuncie se quedará con su patrimonio.

27.- Caso que un soldado o un militar haya caído cautivo estando de servicio en una fuerza del rey, y su campo o su huerta se hayan confiado -en su ausencia- a otro y ése haya ido cumpliendo con sus cargas fiscales: si consigue volver y regresar a su ciudad, le devolverán su campo y su huerta, y él cumplirá con sus cargas fiscales.

28.- Caso que un soldado o un militar haya caído cautivo estando de servicio en una fuerza del rey, si su hijo puede cumplir con sus cargas fiscales, que su campo y su huerta se los den a él, y él cumplirá con las cargas fiscales de su padre.

29.- Si su hijo fuera pequeño e incapaz de cumplir con las obligaciones fiscales, le entregarán una tercera parte del campo y de la huerta a su madre, de modo que su madre lo críe.

30.- Si un soldado o un militar deja las cargas fiscales por su campo, su huerta y su casa y se ausenta, y otro, en lugar suyo, se queda con su campo, su huerta y su casa y cumple con sus cargas fiscales durante 3 años, si aquél vuelve y reclama su campo, su huerta y su casa, que no se los den; el que cargó y cumplió con sus cargas fiscales, ése seguirá.

31.- Si se ausenta sólo por un año y luego vuelve, le darán su campo, su huerta y su casa, y él seguirá con sus cargas fiscales.

32.- Si a un soldado o a un militar que ha caído cautivo estando de servicio en una fuerza del rey lo rescata un mercader y logra que vuelva a su ciudad, si su patrimonio [mueble] dan para su rescate, que se lo pague; si su patrimonio no da para su rescate, que sea rescatado por el templo del dios de la ciudad; si el templo del dios de la ciudad no tiene para su rescate, que lo rescate el Palacio.

Ni su campo, ni su huerta, ni su casa podrán ser dados para el rescate.

33.- Si un oficial o un suboficial recluta desertores o admite y alista mercenarios como substitutos (de reclutas), ese oficial o suboficial será ejecutado.

34.- Si un oficial o un suboficial se queda con cosas de un soldado, estafa a un soldado, alquila a un soldado, entrega al soldado en un proceso a un poderoso o se queda las recompensas que el rey otorga al soldado, ese oficial o suboficial será ejecutado.

35.- Si un hombre compra a un soldado el ganado mayor o menor que haya dado el rey al soldado, perderá el dinero que pague.

36.- El campo o la huerta o la casa de un soldado o de un militar o de un colono no puede venderse.

37.- Si un hombre compra el campo, la huerta o la casa de un soldado, de un militar o de un colono, que la tablilla sea rota y que pierda su dinero: el campo o la huerta o la casa volverán a su dueño.

38.- Un soldado o un militar o un colono no podrá escriturar parte alguna de su campo, su huerta o su casa en favor de su esposa y de su hija, ni darlos para saldar una deuda.

39.- Sólo el campo o la huerta o la casa que uno posea por haberlo comprado podrá escriturarlo en favor de su esposa y de su hija, o darlo para saldar una deuda.

40.- Una (sacerdotisa) naditum o un mercader o quienquiera sujeto a otro tipo de carga fiscal podrá vender su campo, su huerta y su casa; el comprador cumplirá con las cargas fiscales por el campo, la huerta y la casa que haya comprado.

41.- Si un hombre le cambia el campo, la huerta o la casa a un soldado o a un militar o a un colono y le paga un traspaso, que el soldado o el militar o el colono vuelva a hacerse cargo de su campo, de su huerta o de su casa; además, se quedará con lo que haya entregado de traspaso.

42.- Si un hombre arrienda un campo para explotarlo pero luego no produce cebada en el campo, que le prueben que no lo cultiva bien y él le dará al dueño tanta cebada como produzca su vecino.

43.- Si no explota el campo y lo deja yermo, le dará al dueño tanta cebada como produzca su vecino, y el campo que dejó yermo se lo devolverá, desfondado y rastrillado, a su dueño.

44.- Si un hombre arrienda un yermo por 3 años para roturarlo y luego se cruza de brazos y no lo rotura, que el cuarto año desfonde el campo, lo cave, lo rastrille y se lo devuelva al dueño del campo; además, le abonará 10 kures de cebada por cada bur.

45.- Si un hombre arrienda su campo a un arrendatario y recibe la renta de su campo, si el divino Adad devasta el campo o se lo lleva una riada, los perjuicios serán sólo del arrendatario.

46.- Si no hubiese recibido aún la renta de su campo -tanto si arrendó el campo a medias o a tercias-, la cebada que haya quedado en el campo se la repartirán el arrendatario y el dueño del campo según la proporción pactada.

47.- Si el arrendatario, al no ver compensado su trabajo el año anterior, declara querer seguir cultivándolo, que el dueño del campo no objete; su arrendatario seguirá cultivando y luego, al cosechar, que se quede con la cebada según contrato.

48.- Si un hombre contrae una deuda y el divino Adad devasta su campo o se lo lleva una riada, o, por falta de agua, no se produce cebada en el campo, en ese año no le devolverá cebada a su acreedor; que moje su tablilla y no pague el interés de ese año. [Tablilla mojada: se deshace el barro, como el [3]papel mojado[2]. El contrato desaparece].

49.- Si un hombre toma dinero prestado de un mercader y le entrega al mercader un campo listo para el cultivo de cebada o de sésamo y le dice: «Cultiva el campo, coséchalo y quédate con la cebada o el sésamo que se críen», si luego un arrendatario cría en el campo cebada o sésamo, que, al cosechar, sea el dueño del campo quien se quede con la cebada o sésamo que se críen; pero la cebada debida por el dinero que haya tomado del mercader, con su interés, más una indemnización por los gastos de cultivo, se los entregará al mercader.

50.- Si entrega un campo sembrado [de cebada] o un campo sembrado de sésamo, será el dueño del campo quien se quede con la cebada o el sésamo nacidos en el campo, y luego le devolverá al mercader el dinero y su interés.

51.- Si no tiene dinero para devolver, le dará al mercader [cebada o] sésamo, a precio de mercado, por el dinero -y sus intereses- que él tomó prestado del mercader, según la ley del rey.

52.- Si el arrendatario no cría en el campo ni cebada ni sésamo, que no se modifique el contrato.

53.- Si un hombre descuida reforzar el dique de su campo y no refuerza su dique y, por ello, se abre una brecha en la margen y deja que el agua se lleve el mantillo, el hombre en cuyo dique se ha abierto la brecha compensará por la cebada que haya echado a perder.

54.- Si no puede compensar la cebada, que lo vendan a él y sus bienes, y que, después, los que tenían las tierras cuya cebada se llevó el agua, se lo repartan.

55.- Si un hombre abre su acequia para regar y luego se descuida y deja que el agua se lleve el campo de un vecino, pagará una indem-nización en cebada según la cosecha de su vecino.

56.- Si un hombre suelta el agua de modo que deja que el agua se lleve el trabajo del campo de su vecino, pagará una indemnización de 10 kures de cebada por cada bur.

57.- Si un pastor, al tratar de las hierbas para pasto de ovejas, no se pone de acuerdo con el dueño de un campo y sin consentimiento del dueño del campo apacienta las ovejas en el campo, que el dueño del campo coseche su campo; el pastor que apacentó las ovejas en el campo le pagará, además, 20 kures de cebada por cada bur.

58.- Si una vez que las ovejas hayan subido de las tierras de cultivo y se hayan instalado ya cerca de puerta principal de la ciudad las cubas del abrevadero comunal- el pastor lleva las ovejas a las tierras de cultivo y las apacienta en un campo, el pastor se hará cargo del campo en el que apacentó y, al llegar la siega, pagará una indemnización al dueño del campo de 60 kures de cebada por cada bur. [Fin de temporada de pasto en tierras bajas. Los rebaños no han de estar allí].

59.- Si un hombre sin permiso del dueño de una huerta- corta un árbol en la huerta de un hombre, le pagará 1/2 mina de plata.

60.- Si un hombre confía un campo a un hortelano para que plante una huerta y el hortelano la planta, que él la cultive cuatro años, y el quinto año, que se la repartan en partes iguales; el dueño de la huerta elegirá primero la parte que quiera quedarse.

61.- Si el hortelano no termina de plantar la huerta y deja una zona yerma, que incluya la zona yerma en la parte que le toca.

62.- Si no plantase una huerta en el campo confiado -y si se trata de un campo labrado-, que pague al dueño del campo, como indemnización por la producción del campo durante los años en que estuvo abandonado, lo que haya cosechado su vecino; además, tendrá que poner el campo en condiciones y devolvérselo al dueño.

63.- Si es un campo baldío, que lo ponga en condiciones de cultivo y se lo devuelva al dueño del campo; además, pagará una indemnización de 10 kures de cebada por cada bur al año.

64.- Si un hombre le confía su huerta a un hortelano para que lo polinice, el hortelano, mientras tiene la huerta, le entregará al dueño de la huerta 2 partes de la producción de la huerta, y él se quedará con la tercera.

65.- Si el hortelano no poliniza y deja que baje la producción, el hortelano [le] [pagará una indemnización] [al dueño de la huerta] por la producción de la huerta [según lo que obtenga] su vecino. [Laguna de 7 columnas raspadas por los elamitas para grabar una nueva dedicación que quedó sin hacer. Se suple por otras copias del texto].

66.- Si un hombre toma dinero prestado de un mercader y su mercader se lo reclama pero no hay con qué devolverlo, y ya le ha entregado la huerta polinizada al mercader diciéndole: «Quédate los dátiles que se han criado en la huerta a cambio de tu dinero», que ese mercader no dé su conformidad; el dueño de la huerta será quien se quede con los dátiles y, luego, le pagará el dinero y su interés al mercader a tenor de su tablilla [contrato]; los dátiles sobrantes producidos en la huerta, que se los quede el dueño de la huerta.

67.- Si un hombre va a hacerse una casa, y su vecino [...]

§ [Si ...], que no le pida precio por ello; si entrega cebada, dinero o un objeto propio por una casa sujeta a carga fiscal que pertenece al patrimonio de su vecino y que él quiere comprar, perderá todo lo que haya dado; que la casa vuelva a su dueño. Si esa casa no está sujeta a carga fiscal, que la compre; podrá pagarla con cebada, dinero o un objeto propio.

68.- Si un hombre trabaja un campo baldío [de su vecino] sin el consentimiento de su vecino, en la casa su vecino [...]

§ [Si un hombre le dice al dueño de una casa en mal estado]: «Repara el derrumbe que de tu muro, que pueden pasar a esta parte desde tu casa», o si le dice al dueño de un campo baldío: «Trabaja tu campo baldío, que pueden abrir una brecha en mi casa desde tu campo baldío», y presenta testigos, si un ladrón [entra] utilizando el derrumbe, el dueño [de la casa en mal estado resarcirá todo lo que desapareció al] pasar por el muro; si [un ladrón entra pasando por el campo baldío], el dueño [del campo baldío] resarcirá todo [lo que haya desaparecido ...]; pero si [...].

69.- Si [un hombre alquila una casa... y] el inquilino le da de una vez el alquiler de un año al dueño, y luego el dueño de la casa exige al inquilino que salga sin que haya expirado el plazo, el dueño de la casa, por echar de su casa al inquilino sin haber expirado el plazo, perderá el dinero que le haya dado el inquilino.

§ [Si] un arrendatario compra [la casa de un individuo común [...] del alquiler a pagar [para] comprar la casa de individuo [...] que ha puesto [...] lo ponga [...]; si ... [...] del individuo; si no llega a efectuar la compra, perderá [el dinero que] haya recibido y [...] volverá a su dueño.

§ [Si un hombre toma dinero prestado [...] , que, al llegar la cosecha, [pague] su dinero y su interés; si no hay nada para dar, [le dará] cualquier objeto propio, o cebada; si hay [...] para dar [...].

§ Si un mercader quiere [...] [...] por 5 siclos de plata [...] no extiende en su favor una tablilla sellada el hijo de un hombre no [...] que lo ejecuten.

§ Si el esclavo de un hombre [...], que pague 1/3 de mina de plata, y ese esclavo [...] todo [...] sea ejecutado.

§ [Si] un hombre [...] a otro hombre [...] la plata **§** [Si [...]; si el hombre [...] que pierda [...] del dinero que haya dado.

§ Si un esclavo [o una esclava..., que vuelvan] a su dueño; si [...] golpea [...], que no vuelvan [a su dueño].

70.- Si un mercader presta cebada o dinero con interés, se quedará con un interés de 100 silas por cada kur; si lo que presta es dinero, se quedará con un interés 1/6 de siclo y 6 granos por cada siclo de plata.

71.- Si un hombre que tiene una deuda no tiene el dinero para devolver, que se quede con cebada o dinero según la ley del rey, siendo su interés anual de 1 fanega por cada kur; si el mercader aumenta el interés [por la cebada a 100 silas] por kur [o a más de] de siclo y 6 granos [por siclo de plata] y se queda con ello, perderá lo que haya prestado.

72.- Si un mercader presta cebada o dinero con interés y luego se queda con [...del] cebada o del dinero según su capital [..., que] la cebada o el dinero, su capital y su interés [... y que] la tablilla [contrato] sea rota.

73.- Si un mercader [...] recibe [...] con interés [...] y luego no descuenta los pagos ya cobrados en cebada o dinero, o no extiende otra tablilla, o suma el interés al capital, ese mercader devolverá por partida doble la cebada [o el dinero] cobrada.

74.- Si un mercader hace un préstamo de cebada o dinero que genera intereses y, cuando hace el préstamo, entrega el dinero según una pesa pequeña o la cebada según un celemín pequeño, pero luego, cuando cobra, cobra el dinero según una pesa grande o la cebada según un celemín grande, perderá todo lo que haya prestado.

75.- Si [un mercader] efectúa un préstamo de [...], perderá todo lo que haya prestado.

§ Si un hombre toma prestados cebada o dinero de un mercader y luego no tiene ni cebada ni dinero para devolver, pero tiene otros objetos propios, que le entregue a su mercader lo que tenga a mano, en presencia de testigos, según lo que valga: que el mercader no se oponga, que lo acepte.

76.- [...] será ejecutado.

77.- Si un hombre le entrega dinero a otro hombre para una sociedad ganancial, que se repartan ante el Dios por partes iguales las ganancias y las pérdidas que se originen.

78.- Si un mercader le entrega dinero a un agente para que venda y compre, y lo manda de gira, que el agente, durante la gira, [...]; si, en el lugar a donde fue, hace buen negocio, que se apunte el interés de todo el dinero que haya conseguido, que cuente sus días y que luego le pague a su mercader.

101.- Si en el lugar a donde fue no hace ganancias, el agente entregará al mercader el doble del dinero que hubiera recibido.

102.- Si el mercader le anticipa dinero para la gira al agente y éste, en el lugar a donde fue, sufre pérdidas, devolverá al mercader sólo el capital.

103.- Si, estando de gira, un enemigo le obliga a dejar cuanto lleva, que el agente lo jure por la vida del Dios, y no tendrá castigo.

104.- Si un mercader da a un agente cebada, lana, aceite o cualquier mercancía para su venta, que el agente vaya apuntando el dinero que devuelve al mercader; el agente se procurará un recibo sellado por el dinero que le haya ido entregando al mercader.

105.- Si un agente es descuidado y no se procura recibo sellado por el dinero que haya dado al mercader, el dinero que no conste en recibo sellado no se contará en el balance.

106.- Si un agente recibe dinero de un mercader pero luego se lo niega a su mercader, que ese mercader le pruebe ante el dios y ante testigos al agente que ya recibió el dinero, y el agente devolverá al mercader 3 veces el dinero que haya recibido.

107.- Si un mercader da un crédito a un agente y el agente le ha devuelto a su mercader todo lo que el mercader le había dado, pero el mercader le niega al agente haber recibido nada de él, que ese agente se lo pruebe al mercader ante el Dios y ante testigos, y el mercader, por habérselo negado a su agente, le devolverá 6 veces al agente todo lo que se quedó.

108.- Si una tabernera no cobra cebada como precio por la cerveza y cobra en dinero según una pesa grande y rebaja el valor de cerveza en relación al valor de la cebada, que se lo prueben y la tiren al agua.

109.- Si una tabernera en cuyo local suelan reunirse embusteros [= conspiradores] no agarra a esos embusteros y los lleva a Palacio, que esa tabernera sea ejecutada.

110.- Si una (sacerdotisa) naditum [o] una (sacerdotisa) ugbabtum que no reside en un convento gagu abre una taberna o entra por cerveza en una taberna, a esa mujer, que la quemen.

111.- Si una tabernera da un cántaro de cerveza a cuenta, cobrará, al llegar la cosecha, 50 silas de cebada.

112.- Si un hombre se halla de gira y le confía a otro hombre plata, oro, pedrería o un objeto suyo y le encarga que lo transporte como mercancía, y ese hombre no entrega toda esa mercancía en el lugar al que debía llevarla, y se la queda, que el dueño de la mercancía le pruebe a ese hombre que no ha entregado toda la mercancía, y ese hombre le devolverá 5 veces al dueño de la mercancía todo lo que le había confiado.

113.- Si un hombre tiene derecho a reclamarle ya a otro hombre cebada o dinero y -sin permiso del dueño de la cebada- se le lleva cebada del granero o de la era, que le prueben a ese hombre que se ha llevado cebada del granero o de la era sin permiso del dueño, y devolverá toda la cebada que se hubiera llevado y, además, perderá su derecho sobre lo que hubiera prestado.

114.- Si un hombre no tiene aún derecho a reclamarle a otro hombre cebada o dinero, pero le embarga un rehén, pagará por cada rehén 1/3 de mina de plata.

115.- Si un hombre tiene derecho a reclamarle ya a otro hombre cebada o dinero y le embarga un rehén, y luego, al rehén, en casa del que la tomó como garantía, le llega su última hora y se muere, en este caso ha lugar una reclamación judicial.

116.- Si el rehén, en casa del que lo embargó, muere a golpes o por malos tratos, que el dueño del rehén se lo pruebe a su mercader; si fuera un hijo del hombre, ejecutarán a un hijo suyo; si fuera un esclavo del hombre, pagará 1/3 de mina de plata; además, perderá sus derechos sobre todo lo que hubiera prestado.

117.- Si las deudas se apoderan de un hombre y tiene que vender a su esposa, a su hijo o a su hija, o andar ofreciéndoles para que sirvan por la deuda, que trabajen 3 años para la casa del que los compró o los tomó en servicio; el cuarto año serán libres.

118.- Si lo que da para que sirva por las deudas es un esclavo o una esclava, que el mercader deje pasar el plazo, [y luego] proceda a su venta; no habrá reclamación.

119.- Si las deudas se apoderan de un hombre y tiene que vender a una esclava que ya le haya dado hijos y el dueño de la esclava paga todo el dinero que le había prestado el mercader, que redima a su esclava.

120.- Si un hombre quiere guardar su cebada y la guarda en casa de otro hombre y luego hay una pérdida en un silo, o el dueño de la casa abre el granero y se queda con grano, o niega haber guardado en su casa cebada alguna, que el dueño de la cebada declare públicamente su cebada ante el dios, y el dueño de la casa pagará 2 veces la cebada que había aceptado al dueño de la cebada.

121.- Si un hombre guarda cebada en casa de otro hombre, pagará por año y kur de cebada 5 silas de cebada como almacenaje.

122.- Si un hombre da a otro hombre en depósito plata, oro o lo que sea, que todo lo que entrega lo enseñe a testigos, que redacte un contrato y que luego haga la entrega.

123.- Si efectúa la entrega sin testigos ni contrato y luego se lo niegan en el lugar en que lo entregó, en ese caso no podrá haber reclamación judicial.

124.- Si un hombre da a otro hombre en custodia plata, oro o lo que sea ante testigos y luego él se lo niega, que se lo prueben a ese hombre, y pagará 2 veces todo lo que niega.

125.- Si un hombre da algo suyo en custodia y luego -por un boquete o un derrumbe de la pared- desaparece lo suyo y también bienes del dueño de la casa, que el dueño de la casa, por negligente, reemplace todo lo que había recibido en depósito y ha permitido que desaparezca, y lo restituya al propietario; luego, el dueño de la casa seguirá buscando lo que haya desaparecido, y que se lo quite a quien se lo robó.

126.- Si un hombre -sin que le haya desaparecido nada- dice: «Me ha desaparecido algo», y acusa al barrio, que el barrio le pruebe públicamente ante el dios que no le ha desaparecido nada, y él, todo lo que reclamaba, lo pagará 2 veces y lo pagará a su barrio.

127.- Si un hombre señala con el dedo a una (sacerdotisa) ugbabtu o a la esposa de otro hombre, y luego no lo prueba, a ese hombre que lo azoten ante los jueces; y le raparán media cabeza.

128.- Si alguien toma esposa, pero no redacta un contrato sobre ella, esa mujer no es esposa.

129.- Si la esposa de un hombre es sorprendida acostada con otro varón, que los aten y los tiren al agua; si el marido perdona a su esposa la vida, el rey perdonará también la vida a su súbdito.

130.- Si un hombre fuerza a la esposa de otro hombre, que no había conocido varón y vivía aún en la casa de su padre, y yace con ella, y lo sorprenden, que ese hombre sea ejecutado; esa mujer no tendrá castigo.

131.- Si a la esposa de un hombre la acusa su marido y no ha sido descubierta acostada con otro varón, que ella jure públicamente por la vida del Dios, y volverá a su casa.

132.- Si a la esposa de un hombre, a causa de otro varón, se la señala con el dedo, ella, aunque no haya sido descubierta acostada con el otro varón, tendrá que echarse al divino Río por petición de su marido.

133a.- Si alguien está preso y en su casa hay aún de comer, que su esposa, [mientras] su [esposo está preso], guarde su cuerpo [y no] entre [en casa de otro].

133b.- Si esa mujer no guarda su cuerpo y entra en casa de otro, que se lo prueben a esa mujer y que la tiren al agua.

134.- Si alguien es hecho preso y en su casa no hay de comer, que su esposa entre en casa de otro; esta mujer no tiene culpa.

135.- Si alguien está preso y en su casa no hay de corner, y su esposa, antes de que él vuelva, entra en casa de otro y alumbra hijos, y luego su marido logra volver y regresa a su ciudad, que esa mujer vuelva con su primer marido; los hijos seguirán a su padre.

136.- Si un hombre abandona su ciudad y se fuga, y, tras irse, su esposa entra en casa de otro, si ese hombre vuelve y pretende retomar a su esposa: que, por haber sentido rechazo hacia su ciudad y haber huido, la esposa del fugitivo no vuelva a su marido.

137.- Si un hombre quiere divorciarse de una (sacerdotisa) shugitum que le ha dado hijos, o de una (sacerdotisa) naditumque le ha dado hijos, que a esa mujer le devuelvan su dote; además le darán la mitad del campo, de la huerta y de los bienes muebles, y criará a sus hijos; desde que haya criado a sus hijos, que a ella, de todo lo que les fue entregado a sus hijos, le den una parte como a un heredero más, y que case con ella el marido que a ella le guste.

138.- Si un hombre se divorcia de su esposa principal, que no le ha dado aún hijos, le dará todo el dinero de su precio de novia; y le restituirá toda la dote que trajo de casa de su padre; luego, que se divorcie de ella.

139.- Si no ha habido precio de novia, le pagará 1 mina de plata como compensación por el repudio.

140.- Si es un individuo común, le pagará 1/3 de mina de plata como compensación por el repudio.

141.- Si la esposa de un hombre que vive en la casa del hombre planea irse y hace sisa, dilapida su casa, es desconsiderada con su marido, que se lo prueben; si su marido declara su voluntad de divorcio, que se divorcie de ella; no le dará nada para el viaje ni como compensación por repudio. Pero, si su marido no declara su voluntad de divorcio, que el marido tome a otra mujer y que la primera viva como una esclava en casa de su marido.

142.- Si una mujer siente rechazo hacia su marido y declara: «Ya no vas a tomarme», que su caso sea decidido por el barrio y, si ella guardó su cuerpo y no hay falta alguna, y su marido suele salir y es muy desconsiderado con ella, esa mujer no es culpable; que recupere su dote y marche a casa de su padre.

143.- Si no ha guardado su cuerpo, ha estado saliendo, ha dilapidado la casa y ha sido desconsiderada con su marido, a esa mujer la tirarán al agua.

144.- Caso que un hombre haya tomado (por esposa) a una (sacerdotisa) naditum y esa naditum le haya ofrecido una esclava a su marido y ella le haya hecho tener hijos, si luego ese hombre se propone tomar (¿por concubina?) a una shugitum [por la esterilidad de la esposa], que no se lo concedan a ese hombre; no tomará a la shugitum.

145.- Caso que un hombre haya tomado (por esposa) a una (sacerdotisa) naditum y ella no le haya alumbrado hijos, si luego se propone tomar a una gugitum, que ese hombre tome a la shugitum, que la meta en su casa; pero la shugitum no tendrá el mismo rango que la naditum.

146.- Si un hombre toma (por esposa) a una (sacerdotisa) nadltum y ella le ofrece una esclava a su marido y alumbra hijos, pero luego esa esclava se considera del mismo rango que su dueña por haber dado hijos, que su dueña no la venda; la obligará a llevar el copete y la contará como esclava.

147.- Si no alumbró hijos, que su dueña la venda.

148.- Si un hombre toma una esposa y a ella le ataca la sarna, y quiere tomar (por esposa) a otra, que la tome; que a su esposa con la sarna no la repudie; ella vivirá en la casa que hizo él y, mientras ella viva, él la seguirá manteniendo.

149.- Si esa mujer no quiere seguir viviendo en casa de su marido, que reciba la dote que trajo de casa de su padre y se marche.

150.- Si un hombre regala a su esposa un campo, una huerta o un objeto, y le extiende documento sellado, que, después de muerto su marido, no lo reclamen sus

hijos; la madre dará su herencia al hijo suyo que más quiera, no tiene que dársela a otro.

151 § Si la esposa de un hombre que vive en la casa del hombre, para evitar que se quede con ella un acreedor de su marido, obliga por contrato a su marido y le hace extender una tablilla, si ese hombre, antes de tomar a esa mujer, ya se había endeudado, sus acreedores no podrán hacerse con su mujer. Igualmente, si esa mujer, antes de entrar en casa de su marido, ya se había endeudado, sus acreedores no podrán quedarse con su marido.

152.- Si, después de haber entrado en casa del hombre, contraen una deuda, que ambos la reembolsen al mercader.

153.- Si la esposa de un hombre, a causa de otro varón, hace que maten a su marido, a esa mujer la empalarán.

154.- Si un hombre yace con una hija suya, a ese hombre lo desterrarán de la ciudad.

155.- Si un hombre le elige una novia a su hijo y su hijo yace con ella, y más tarde es él quien yace con ella y lo sorprenden, a ese hombre lo atarán y lo tirarán al agua.

156.- Si un hombre elige una novia a su hijo, pero su hijo no ha yacido aún con ella y es él quien yace con ella, que le pague a ella 1/2 mina de plata; y le restituirá a ella cuanto hubiese traído de casa de su padre; luego, que case ella con marido de su elección.

157.- Si un hombre, después de muerto su padre, yace con su madre, que los quemen a ambos.

158.- Si un hombre, después de muerto su padre, yace con su «principal» [madrastra], que ya había alumbrado hijos, ese hombre será expulsado de casa de su padre.

159.- Si un hombre, que había mandado ya a casa de su suegro el regalo de esponsales y había dado el precio de la novia, se encapricha de otra mujer y le dice a su suegro: «No tomaré a tu hija por esposa», el padre de la muchacha se quedará con todo lo que le había sido llevado ya.

160.- Si un hombre manda a casa de su suegro el regalo de esponsales y da el precio de la novia y luego le dice a él el padre de la muchacha: «No te daré mi hija», que calcule 2 veces lo que le había sido llevado y lo devuelva.

161.- Si un hombre manda a casa de su suegro el regalo de esponsales y da el precio de la novia, y luego su amigo lo calumnia, y su suegro le dice al marido: «No

tomarás a mi hija por esposa», que calcule 2 veces lo que le había sido llevado y lo devuelva, pero que a su esposa no la tome su amigo.

162.- Si un hombre toma una esposa, ella le alumbra hijos y luego a ella le llega su última hora, que el padre de ella no reclame su dote; su dote será solamente de sus hijos.

163.- Si un hombre toma una esposa y luego ella no le proporciona hijos, y a esa mujer le llega su última hora, si el suegro le devuelve el precio de la novia que él había llevado a casa de su suegro, que el marido no reclame (además) la dote de esa mujer; su dote será solamente de casa de su padre.

164.- Si el suegro no le devuelve el precio de la novia, él descontará de la dote de ella el precio de novia, y, luego, que la dote de ella se la devuelva a su padre.

165.- Si un hombre le regala un campo, una huerta o una casa a su heredero predilecto y redacta un documento sellado, luego, al llegarle al padre su última hora, cuando los hermanos hagan partes, él se quedará con la donación que le había hecho el padre, y, además de todo ello, harán partes iguales de los bienes de la casa del padre.

166.- Si un hombre les elige esposas a los hijos que haya tenido, pero no ha elegido aún esposa a su hijo menor, luego, al llegarle al padre su última hora, cuando los hermanos hagan partes, de los bienes de la casa del padre asignen a su hermano menor, que no ha tomado aún esposa, además de su parte, dinero para el precio de novia, y, de este modo, le dejarán tomar una esposa.

167.- Si un hombre torna una esposa y ella le alumbra hijos, y luego, a esa mujer, le llega su última hora, y, después de muerta ella, él toma otra esposa y ella le alumbra hijos, que más tarde, al llegarle al padre su última hora, los hijos no hagan partes según las madres; se quedarán con las dotes de sus respectivas madres y, luego, harán partes iguales de los bienes de la casa del padre.

168.- Si un hombre se propone desheredar a su hijo y les dice a los jueces: «Desheredo a mi hijo», que los jueces decidan sobre su caso, y si el hijo no ha cargado con una falta lo suficientemente grave como para arrancarlo de su posición de heredero, el padre no lo arrancará de su condición de heredero.

169.- Si ha cargado con una falta respecto a su padre lo bastante grave para arrancarlo de su posición de heredero, que, la primera vez, no se lo echen en cara. Si se carga con una falta grave por segunda vez, su padre lo privará de su condición de heredero.

170.- Caso que la esposa principal de un hombre le haya alumbrado hijos, y su esclava también le haya alumbrado hijos, (si) el padre, en vida, les declara a los hijos

que le haya alumbrado la esclava: «Sois hijos míos», y los considera en todo iguales a los hijos de la mujer principal, que los hijos de la mujer principal y los hijos de la esclava, cuando al padre le haya llegado su última hora, hagan partes iguales de los bienes de la casa del padre; el heredero preferido, hijo de la esposa principal, escogerá una parte y se la quedará.

171a.- Ahora bien, si el padre, en vida, no les declara a los hijos que le haya alumbrado la esclava: «Sois hijos míos», que, cuando al padre le haya llegado su última hora, los hijos de la esclava no hagan partes iguales de los bienes de la casa del padre con los hijos de la esposa principal; se efectuará la puesta en libertad de la esclava y de sus hijos: los hijos de la esposa principal no les exigirán a los hijos de la esclava su vuelta a la esclavitud.

171b.- La esposa principal se quedará con su dote y con el peculio que su marido le haya dado y escrito en una tablilla, y vivirá en la casa del marido; mientras viva, que lo disfrute, que no lo venda; lo que deje a su muerte es sólo de sus hijos.

172.- Si su marido no le da un peculio, que se le restituya toda su dote, y ella, de los bienes de la casa de su marido, se quedará con una parte como un heredero más. Si sus hijos, para echarla de casa, la maltratan, que los jueces decidan sobre su caso e impongan una pena a los hijos; esa mujer no se irá de casa de su marido. Si esa mujer quiere marcharse, que el peculio que le había dado su marido lo deje a sus hijos; ella se quedará con la dote de casa de su padre, y que luego se case con un marido de su elección.

173.- Si esa mujer, en su nueva familia, alumbra hijos a su segundo marido, una vez muerta esa mujer, los hijos del primer marido se repartirán su dote con los del segundo.

174.- Si a su segundo marido no le alumbra hijos, se quedarán su dote los hijos de su primer marido.

175.- Si un esclavo del palacio o un esclavo de individuo común toma (por esposa) a una hija de señor y ella alumbra hijos, el dueño del esclavo no reclamará como esclavos a los hijos de la hija de señor.

176a.- Y si un esclavo del palacio o un esclavo de individuo común toma (por esposa) a una hija de señor y ella, al tomarla él, entra con la dote de casa de su padre en la casa del esclavo del palacio o del esclavo del individuo, y luego, tras cohabitar, fundar un hogar y adquirido bienes, le llega su última hora al esclavo del palacio o al esclavo del individuo, que la hija de señor conserve su dote. Ahora bien, que hagan 2 partes de todo lo que su marido y ella habían ido adquiriendo desde que cohabitaron, y el dueño del esclavo se quedará con una mitad y la hija de señor se quedará con la otra mitad, para sus hijos.

176b.- Si una hija de señor no tiene dote, que hagan 2 partes de todo lo que su marido y ella misma hayan ido adquiriendo desde que cohabitaron, y el dueño del esclavo se quedará con una mitad y la hija de señor se quedará con la otra mitad, para sus hijos.

177.- Si una viuda, con hijos pequeños, quiere entrar (como esposa) en casa de otro, que no entre sin permiso de los jueces. Cuando entre, que los jueces valoren el patrimonio dejado por su marido y que el patrimonio del primer marido lo den en custodia al marido nuevo y a la mujer, y que se escriba una tablilla; tendrán que cuidar del patrimonio, y criar a los pequeños, y no venderán objeto alguno: el comprador que compre algo perteneciente a los hijos de la viuda perderá su dinero; la propiedad volverá a su dueña.

178.- Caso que una (sacerdotisa) ugbabtu -o una (sacerdotisa) naditum o una (hieródula) sekretum- cuyo padre le haya dado una dote, le haya redactado una tablilla, (si) en la tablilla que le redacta no le autoriza por escrito a dar su dote donde a ella le plazca y no le deja actuar según su gusto, cuando al padre le haya llegado su última hora, sus hermanos se quedarán con su campo y su huerta y, de acuerdo con (el valor de) su parte, le darán comida, aceite y vestido y así satisfarán sus deseos. Si sus hermanos no le dan comida, aceite y vestido de acuerdo con (el valor de) su parte y no le satisfacen sus deseos, que ella entregue su campo y su huerta al arrendatario que le plazca y que su arrendatario la vaya sustentando; que ella, mientras viva, goce del usufructo del campo, de la huerta y de todo lo que le diera su padre, pero que no lo venda ni nombre heredero a otro: su herencia es sólo de sus hermanos.

179.- Caso que una (sacerdotisa) ugbabtu o una (sacerdotisa) naditumo una (hieródula) sekretum- cuyo padre le haya dado dote, le haya redactado un documento sellado; (si) en la tablilla le autoriza por escrito a entregar su dote donde le plazca y le permite obrar según prefiera, cuando al padre le llegue su última hora, que entregue su herencia donde le plazca; sus hermanos no le pondrán pleito.

180.- Si un padre no da dote a una hija suya (sacerdotisa) naditum, (sacerdotisa) kallatum o (hieródula) sekretum, ella, cuando al padre le haya llegado su última hora, recibirá una parte de los bienes de la casa del padre como un heredero más y, mientras viva, gozará de su usufructo; pero su legado es sólo de sus hermanos.

181.- Si un padre consagra (a una hija) al dios (como sacerdotisa) naditum, (hieródula) qadishtum o (hieródula) kulmashítum y no le da dote, ella, al llegarle al padre su última hora, recibirá como parte el tercio de su herencia de los bienes de la casa del padre y, mientras viva, gozará de su usufructo; pero su legado es sólo de sus hermanos.

182.- Si un padre no da dote a una hija suya (sacerdotisa) naditumdel divino Marduk de Babilonia, ni le redacta documento sellado, ella, al llegarle al padre su última hora, recibirá como parte el tercio de su herencia, y no estará sujeta a carga fiscal. Una naditumde Marduk puede entregar su legado donde le parezca.

183.- Si un padre da una dote a una hija suya (sacerdotisa) shugitum, se la da a un marido y le redacta documento sellado, ella, al llegarle al padre su última hora, no recibirá parte alguna de los bienes de la casa del padre.

184.- Si un hombre no da dote a una hija suya (sacerdotisa) shugitum ni se la da a un marido, sus hermanos, cuando al padre le haya llegado su última hora, le entregarán una dote según el valor del patrimonio, Y, a ella, le darán un marido.

185.- Si un hombre se lleva a un recién nacido para adoptarlo y lo cría, ese niño no podrá ser reclamado.

186.- Si un hombre se lleva un pequeño para adoptarlo, y una vez que se lo ha llevado él no cesa de buscar a su padre y a su madre, que el niño vuelva a casa de su padre.

187.- Ni un hijo [adoptivo] de (cortesano) girsiqu que sirve en Palacio ni un hijo de (hieródula) sekretum podrán ser reclamados.

188.- Si un maestro artesano se lleva a un hijo [ajeno] para criarlo y le enseña su oficio, no podrá ser reclamado.

189.- Si no le enseña su oficio, ese niño podrá volver a casa de su padre.

190.- Si un hombre se lleva un niño para adoptarlo y lo cría, pero no lo trata como a hijo, ese niño podrá volver a casa de su padre.

191.- Si un hombre con un pequeño al que se había llevado para adoptarlo y criarlo funda su propia familia y luego tiene hijos y se propone echar al niño, que ese hijo no se vaya de vacío; el padre que lo crió le dará, de sus bienes muebles, la tercera parte de herencia suya y que se marche; no le entregará nada de campo, ni de huerta, ni de casa.

192.- Si el hijo [adoptivo] de un (cortesano) girsiqu o el hijo de una (hieródula) sekretum le dice al padre que lo ha criado o la madre que lo ha criado: «Tú no eres mi padre; tú no eres mi madre», que le corten a lengua.

193.- Si el hijo [adoptivo] de un (cortesano) girsiqu o el hijo de una (hieródula) sekretum averigua la casa de su padre [natural] y desdeña al padre que lo ha criado o a la madre que lo ha criado y se marcha a casa de su padre, que le saquen un ojo.

194.- Si un hombre confía su hijo a una nodriza y ese hijo muere mientras lo cuida la nodriza, si la nodriza, sin saberlo el padre ni la madre, se procura otro niño

y se lo prueban, por haberse procurado otro niño sin saberlo el padre y la madre, que le corten un pecho.

195.- Si un hijo golpea a su padre, que le corten la mano.

196.- Si un hombre deja tuerto a otro, lo dejarán tuerto.

197.- Si le rompe un hueso a otro, que le rompan un hueso.

198.- Si deja tuerto a un individuo común o le rompe un hueso a un individuo común, pagará una mina de plata.

199.- Si deja tuerto al esclavo de un hombre o le rompe un hueso al esclavo de un hombre pagará la mitad de su valor.

200.- Si un hombre le arranca un diente a otro hombre de igual rango, que le arranquen un diente.

201.- Si le arranca el diente a un individuo común, pagará 1/3 tercio de mina de plata.

202.- Si un hombre golpea en la mejilla a otro hombre mayor que él, le darán en público 60 azotes de vergajo de buey.

203.- Si un hijo de hombre golpea en la mejilla a otro hijo de hombre como él, pagará una mina de plata.

204.- Si un individuo común golpea en la mejilla a un individuo común, pagará 10 siclos de plata.

205.- Si el esclavo de un hombre golpea en la mejilla al hijo de un hombre, que le corten una oreja.

206.- Si un hombre golpea a otro hombre durante una discusión acalorada y le produce una herida, que ese hombre jure: «Le he golpeado sin intención [de hacer ese daño]», y pagará el médico.

207.- Si muere debido a sus golpes, que jure lo mismo, y, si [el muerto] es un hijo de hombre pagará 1/2 mina de plata.

208.- Si es el hijo de un individuo común pagará 1/3 de mina de plata.

209.- Si un hombre golpea a una hija de hombre y le causa la pérdida del (fruto de) sus entrañas [aborto], pagará 10 siclos de plata por (el fruto de) sus entrañas.

210.- Si esa mujer muere, que maten a su hija.

211.- Si es a la hija de un individuo común a quien le causa a golpes la pérdida del fruto de sus entrañas, pagará 5 siclos de plata.

212.- Si esa mujer muere, pagará 1/2 mina de plata.

213.- Si golpea a la esclava de un hombre y le provoca la pérdida del fruto de sus entrañas, pagará 2 siclos de plata.

214.- Si esa esclava muere, pagará 1/3 de mina de plata.

215.- Si un médico hace incisión profunda en un hombre con bisturí de bronce y le salva la vida al hombre, o si le abre la sien a un hombre con bisturí de bronce y le salva un ojo al hombre, percibirá 10 siclos de plata.

216.- Si es el hijo de un individuo común, percibirá 5 siclos de plata.

217.- Si es esclavo de un hombre, percibirá 2 siclos de plata.

218.- Si un médico hace incisión profunda en un hombre con bisturí de bronce y le provoca la muerte, o si le abre la sien a un hombre con bisturí de bronce y deja tuerto al hombre, que le corten la mano.

219.- Si un médico hace incisión profunda al esclavo de un individuo común y le provoca la muerte, restituirá esclavo por esclavo.

220.- Si le abre la sien con bisturí de bronce y lo deja tuerto, pagará en plata la mitad de su valor.

221.- Si un médico compone un hueso roto a un hombre o le cura un tendón enfermo, el paciente pagará al médico 5 siclos de plata.

222.- Si es el hijo de un individuo común, pagará 3 siclos de plata.

223.- Si es el esclavo de un hombre, el dueño del esclavo pagará al médico 2 siclos de plata.

224.- Si un veterinario hace incisión profunda en un buey o en un asno y le salva la vida, el dueño del buey o del asno le dará al médico 1/6 de [siclo de] plata al médico como paga.

225.- Si hace incisión profunda en un buey o un asno y le causa la muerte, pagará al dueño del buey o del asno 1/4 de su valor.

226.- Si un barbero, sin consentimiento del dueño de un esclavo, afeita el copete a un esclavo que no sea suyo, que corten la mano del barbero.

227.- Si un hombre hace que un barbero le afeite el copete a un esclavo que no es suyo, que ejecuten a ese hombre y lo cuelguen a la puerta de su casa; que el barbero jure: «Lo he afeitado sin saberlo» y no tendrá castigo.

228.- Si un albañil hace una casa a un hombre y la termina, le dará, por cada sar construido, 2 siclos de plata de honorario.

229.- Si un albañil hace una casa a un hombre y no consolida bien su obra y la casa que acaba de hacer se derrumba y mata al dueño de la casa, ese albañil será ejecutado.

230.- Si muere un hijo del dueño de la casa, que ejecuten a un hijo de ese albañil.

231.- Si muere un esclavo del dueño de la casa, le darán al dueño de la casa esclavo por esclavo.

232.- Si destruye bienes de la propiedad, que restituya todo lo destruido y, por no haber consolidado bien la casa que hizo y haberse derrumbado, que a su costa rehaga la casa derrumbada.

233.- Si un albañil hace una casa a un hombre y no hace su trabajo según el proyecto y una pared se comba, ese albañil consolidará bien esa pared con su dinero.

234.- Si un barquero calafatea un barco de 60 kures a un hombre, éste le pagará 2 siclos de plata de honorarios.

235.- Si un barquero calafatea un barco a un hombre y no deja su trabajo bien terminado y, en ese mismo año, el barco escora o sufre daño, el barquero desarmará ese barco y lo reforzará a su costa, y, luego, le dará el barco ya reforzado al dueño del barco.

236.- Si un hombre deja en alquiler su barco a un barquero y el barquero es descuidado y hunde el barco o lo deja inservible, el barquero restituirá un barco al dueño del barco.

237.- Si un hombre contrata un barquero y un barco, y lo carga de cebada, lana, aceite, dátiles o la carga que sea, y ese marinero es descuidado y hunde el barco o deja que se pierda su contenido, el barquero restituirá el barco que ha hundido y todo el contenido que ha dejado perder.

238.- Si un barquero hunde el barco de un hombre y luego consigue reflotarlo, pagará la mitad de su valor en plata.

239.- Si un hombre contrata un barquero, le pagará 6 [kures de cebada] por año.

240.- Si [el barco de] un patrón de barco de remos aborda el barco de un patrón de barco de vela y lo hunde, que el fletador del barco hundido declare públicamente ante el dios todo lo que haya perdido, y el patrón del barco a remo que haya hundido al barco de vela le restituirá su barco y todo lo perdido.

241.- Si un hombre embarga un buey como garantía, pagará 1/3 de mina de plata.

242-243.- Si un hombre alquila [un buey] por un año, entregará a su dueño, en pago por un buey trasero, 4 kures de cebada, y, en pago por un buey delantero, 3 kures de cebada.

244.- Si un hombre alquila un buey o un asno y, en descampado, lo mata un león, (el riesgo) será sólo de su dueño.

245.- Si un hombre alquila un buey y lo mata por descuido o a golpes, le restituirá buey por buey al dueño del buey.

246.- Si un hombre alquila un buey y le rompe una pata o le corta el tendón de la nuca, dará buey por buey al dueño del buey.

247.- Si un hombre alquila un buey y lo deja tuerto, le pagará la mitad de su valor en plata al dueño del buey.

248.- Si un hombre alquila un buey y le rompe un cuerno, le corta la cola o le rasga la lomera, pagará 1/5 de su valor en plata.

249.- Si un hombre alquila un buey y el dios lo golpea y se muere, que el hombre que haya alquilado el buey jure públicamente por la vida del Dios, y no tendrá castigo.

250.- Si un buey, al ir por una calle, da un cornada a un hombre y lo mata, no ha lugar una reclamación judicial.

251.- Si el buey de un hombre suele dar cornadas y su barrio ya le ha hecho saber que da cornadas y él ni le recorta los cuernos ni controla su buey, si luego ese buey da una cornada a un hijo de hombre y lo mata, pagará 1/2 mina de plata.

252.- Si es el esclavo de un hombre, pagará 1/3 de mina de plata.

253.- Caso que un hombre haya contratado a otro hombre para que guarde un campo, y le confía cereal, le encarga el cuidado de las reses y el deber de cultivar el terreno, si ese hombre sustrae simiente o forraje y lo hallan en su poder, que le corten la mano.

254.- Si se queda con el cereal y debilita las reses, restituirá 2 veces la cebada que haya recibido.

255.- Si alquila las reses del hombre o sustrae la simiente y no produce nada en el campo, que a ese hombre se lo prueben y, al llegar la cosecha, calculará una indemnización de 60 kures por cada bur.

256.- Si no puede pagar la indemnización, que lo arrastren con la yunta por ese mismo campo.

257.- Si un hombre contrata a un agricultor, le pagará 8 kures de cebada al año.

258.- Si un hombre contrata a un boyero, le pagará 6 kures de cebada al año.

259.- Si un hombre roba en el campo un arado pesado de siembra, pagará 5 siclos de plata al dueño del arado.

260.- Si lo que roba es un arado de reja o una grada, le pagará 3 siclos de plata.

261.- Si un hombre contrata a un ganadero para que lleve a pastar reses u ovejas, le pagarán 8 kures de cebada al año.

262.- Si un hombre [confía (?) [...] un buey o una oveja [a un ganadero (?) [...].

263.- Si (el ganadero / pastor) deja que se pierdan el buey o la oveja que le han sido confiados, restituirá buey por buey y oveja por oveja a su dueño.

264.- Si [un pastor], a quien le fueron confiadas reses u ovejas para que las apacentara, por haber cobrado ya su salario [por anticipado] está satisfecho y deja que mermen las reses, que mermen las ovejas o que disminuyan las crías, dará, empero, crías y productos según lo contratado.

265.- Si un pastor, a quien le fueron confiadas reses u ovejas para que las apacentara, comete fraude y cambia las marcas del ganado y lo vende, y se lo prueban, lo que hubiese robado, reses u ovejas, lo restituirá 10 veces a su dueño.

266.- Si en un corral, hay un toque de dios o un león mata (reses), el pastor jurará públicamente su inocencia ante el dios, y, las pérdidas del corral, será el dueño del corral quien las afrontarle en lugar suyo.

267.- Si el pastor es negligente y permite que haya infección de modorra en el corral, será el pastor quien compense todas las pérdidas por la modorra, en reses u ovejas, que haya provocado, y se las pagará a su dueño.

268.- Si un hombre alquila un buey para pisar (mies), el alquiler será 2 celemines de cebada.

269.- Si alquila un asno para pisar (mies), el alquiler será 1 celemín de cebada.

270.- Si alquila un carnero para pisar (mies), el alquiler será 1 sila de cebada.

271.- Si un hombre contrata bueyes, una carreta y su carretero, pagará al día 3 fanegas de cebada.

272.- Si un hombre contrata sólo una carreta, pagará al día 4 celemines de cebada.

273.- Si un hombre contrata un peón, le pagará, desde comienzo de año hasta el quinto mes, 6 granos de plata al día; desde el sexto mes hasta fin de año, le pagará 5 granos de plata al día.

274.- Si un hombre contrata a un maestro artesano, le pagará al día: honorario de un [...], 5 granos de plata; honorario de un tejedor, 5 granos de plata; honorario de un hilandero, [... granos] de plata; [honorario] de un tallista de sellos, [... granos] de plata; [honorario] de un arquero(?, [... granos] de plata; [honorario] de un herrero, t... granos] de plata; [honorario] de un carpintero, 4(?) granos de plata; honorario de un guarnicionero, [...] granos de plata; honorario de un esterero, [...] granos de plata; honorario de un albañil, [... granos] de plata.

275.- Si un hombre alquila un [barco (?)...], su alquiler, al día, será 3 granos de plata.

276.- Si alquila un barco a remo, pagará por alquiler 2 1/2 granos de plata al día.

277.- Si un hombre alquila una barcaza de 60 kures de arqueo, pagará, al día, por alquiler, 1/6 [de siclo] de plata.

278.- Si un hombre compra un esclavo o una esclava y, antes de que haya pasado un mes, le da un solo ataque de epilepsia, que lo devuelva al que se lo vendió, y el comprador recuperará el dinero pagado.

279.- Si un hombre compra un esclavo o una esclava y le hacen reclamación, será el vendedor quien afronte la reclamación.

280.- Caso que un hombre, en país extranjero, haya comprado el esclavo o la esclava de otro, y luego, a la vuelta, al viajar por su país, el (antiguo) dueño del esclavo o de la esclava reconozca a su esclavo o a su esclava, si ese esclavo o esa esclava son nativos del país, quedarán en libertad sin indemnización alguna.

281.- Si son nativos de otro país, que el comprador declare públicamente ante el dios el dinero que hubiera pagado, y el dueño del esclavo o de la esclava le pagará al mercader el dinero que hubiera pagado y, así, redimirá a su esclavo o a su esclava.

282.- Si un esclavo dice a su amo: «Tú no eres mi amo», que (el amo) pruebe que sí es su esclavo y luego le corte la oreja.

EPÍLOGO

Éstas son las Sentencias de Equidad que estableció Hammurapi, rey potente, y que le hizo aceptar al País como conducta segura y dirección correcta. Yo soy Hammurapi, el rey perfecto. Respecto a los «Cabezas Negras» que me regaló Enlil y cuyo pastoreo me confió Marduk, no fui nada negligente, no me crucé de brazos. Les fui buscando lugares tranquilos, resolví las dificultades más duras, les hice salir la luz. Con el arma poderosa que me habían prestado el divino Zababa y la divina Ishtar, con la agudeza que me destinó el divino Ea, con la fuerza que me donó el divino Marduk, aniquilé a los enemigos arriba y abajo, extinguí la resistencia, y volví placentera la vida del País. Asenté a la gente aglomerada en regadíos, y no dejé pasar a nadie que los pudiera inquietar.

Los Grandes Dioses me llamaron: yo soy el único Pastor Salvífico, de recto cayado, mi buena sombra se extiende por mi capital, llevé en mi regazo a la gente de Súmer y Acad, han prosperado por la Virtud mía, los he conducido en paz, los he resguardado con mi perspicacia. Para que el fuerte no oprima al débil, para garantizar los derechos del huérfano y la viuda, en Babilonia, la capital cuya cabeza exaltaron Anum y el divino Enlil, en el Esagil, el templo cuyos cimientos son tan sólidos como los cielos y la tierra, para decretar el derecho del País, para dictar las sentencias del País, para garantizar los derechos del oprimido, he inscrito mis eximias palabras en la estela mía, y las he alzado delante de mi estatua de Rey de la Equidad. Yo soy el rey que sobresale de entre los reyes.

Mis palabras son exquisitas, mi potencia no tiene igual. Que, por orden de Shamash, el gran juez de cielos y tierra, brille mi Equidad en el País; que, por la palabra de Marduk, mi señor, mis signos y designios no tengan que enfrentarse a quien las aniquile; que, en el Esagil, que tanto amo, sea mi nombre pronunciado con gratitud por siempre. Que el oprimido a quien llevan a juicio pueda acudir ante mi estatua de Rey de la Equidad, que lea y relea mi estela inscrita y oiga mis exquisitas palabras, que mi estela le aclare el caso, él mismo comprenda su sentencia, y su corazón respire diciendo: «Hammurapi -el Señor que se manifiesta como padre carnal de la gente ha vibrado ante las palabras del divino Marduk, su señor, y ha hecho realidad los deseos de victoria de Marduk arriba y abajo; ha regocijado el corazón de Marduk, su señor, y convertido el bienestar en el destino sempiterno de la gente, e impuesto su derecho en el País». Que recite todo esto, y que me bendiga de todo corazón ante el divino Marduk, mi señor, y la divina Zarpanitum, mi dueña; que el Genio, la Virtud, los dioses del acceso al Esagil y la fábrica enladrillada del

Esagil, encomienden mi fama diariamente ante el divino Marduk, mi señor, y la divina Zarpanitum, mi dueña.

Que, en días venideros -en cualquier tiempo-, el rey que surja en el País guarde las palabras de Equidad que he grabado en mi estela; que no falsee la legislación que le he dado al País, ni las sentencias que he dictado al País; que no aniquile mis signos y designios. Si ese hombre tiene inteligencia y es capaz de poner en su país: que atienda a las palabras que he grabado en mi estela, y que, el camino, la conducta, la legislación que he dado al País, las sentencias que he dictado para el País, se los enseñe esta estela, y que dirija bien a sus «Cabezas Negras», que les dé una ley y que decida sobre ellos: que erradique de su país al malvado y al inicuo y procure el bienestar de su gente.

IMPRECACIONES.

Yo soy Hammurapi, el Rey de la Equidad, a quien el divino Shamash otorgó la Verdad: mis palabras son exquisitas, mis obras no tienen igual; sólo para un necio son algo vacío, para el perspicaz, están destinadas a la gloria. Si ese hombre atiende a las palabras que he grabado en mi estela, no desecha la ley, no da sentido torcido a mis palabras ni altera mis signos y designios, que a ese hombre, igual que a mí, el Rey de la Equidad, el divino Shamash le alargue el cetro y que pastoree a su gente en la Equidad. Pero si ese hombre no atiende a las palabras que he grabado en mi estela, desprecia mis maldiciones y no se arredra ante las maldiciones de los dioses, y abole la ley que yo he dado, da un sentido torcido a mis palabras, altera mis signos y designios, borra mi nombre inscrito y luego graba el suyo o, por estas maldiciones, instiga a otro a que lo haga, a ese hombre, sea rey, señor, gobernador u otro sujeto, a ese hombre, llámese como se llame, que el gran Anum, el Padre de los Dioses, el que me llamó a mi reinado, le quite la gloria de la realeza; que quiebre su cetro y que maldiga su destino.

Que el divino Enlil, el Señor, el fijador de destinos, cuyas órdenes son inmutables, el magnificador de mi realeza, le extienda por doquier revueltas invencibles, un desespero que le lleve a su ruina en su misma sede; que le dé por destino un reinado penoso, escasos días, años de hambruna, tinieblas sin amanecer, muerte de la mirada; que decrete, con su solemne boca, la ruina de su capital, la dispersión de su gente, el cambio de dinastía, la extinción de su nombre y su memoria en el país.

Que la divina Ninlil, la Gran Madre, cuyas órdenes tanto pesan en el Ekur, la patrona celosa por mejorar mi fama, agrave su caso en la sala del juicio y la condena que preside el divino Enlil; que ponga en boca del divino Enlil, el Rey, la destrucción de su país, la pérdida de su gente y la espiración de su aliento como si fuera agua.

Que el divino Ea, el Príncipe Magno, cuyos designios son providentes, el más agudo de los dioses, el que más sabe de todo, el encargado de prolongar los días de mi vida, le prive del juicio y el discernimiento y lo suma en la confusión; que ciegue sus ríos desde los manantiales y que en sus tierras no deje crecer la cebada, vida de su gente.

Que el divino Shamash, el juez Supremo de cielos y tierra, que yergue a los seres vivos, el señor, la confianza mía, derribe su realeza, no atienda sus derechos, extravíe su senda, haga resbalar los pies de sus tropas; que le tenga preparado, en los

presagios que le pida, el augurio infausto de la erradicación de los cimientos de su realeza y la ruina de su país; que la palabra nefasta del divino Shamash lo tome desprevenido: que, arriba, lo arranque de entre los vivos y, abajo, atormente a su alma de sed de agua en el averno.

Que el divino Sin, Señor de los Cielos, dios creador mío, cuya plaga es la más patente de todas las de los dioses, le quite la corona y el trono de su realeza; que le imponga una pena severa, su mayor castigo que no desaparezca de su cuerpo, de modo que termine los días, los meses, los años de su reinado entre lamentos y lágrimas; que le descubra que hay un rival para su reinado y le destine una vida parecida a la muerte.

Que el divino Adad, Señor de la Abundancia, Jefe de canales de cielos y tierras, mi auxiliador, le prive de lluvia de los cielos y del caudal de la fuente; que aniquile a su país con miseria y hambruna; que aturda a truenos su capital y convierta a su país en ruina del Diluvio Universal.

Que el divino Zababa, el Gran Luchador, hijo primogénito del Ekur, que avanza a mi derecha, le quiebre el arma en el campo de batalla; que le convierta el día en noche y haga que su contendiente se plante encima de él.

Que la divina Ishtar, Señora de la Guerra y la Batalla, la que desnuda mi espada, Virtud Protectora mía, amante de mi reinado, maldiga airada , con rabia inmensa, su realeza; que convierta su fortuna en desgracia; que le quiebre el arma en la guerra y en el campo de batalla; que le tenga dispuestos desorden y revolución; que prostre a sus guerreros y abreve la tierra con su sangre; que deje pilas de cadáveres de sus tropas en campo abierto, que a su ejército no le permita lograr cuartel; y en cuanto a él, que lo entregue sin condiciones a manos de su enemigo y lo lleve encadenado a un país enemigo suyo.

Que el divino Nergal, el más Fuerte de los dioses, irresistible en la batalla, el que me asegura el triunfo, con su enorme poder queme a su gente como un incendio desatado en el cañaveral y, con su arma poderosa, lo haga azotar y desmenuce sus miembros como de figurilla de barro.

Que la divina Nintu, Princesa Excelsa de los países, madre, creadora mía, le quite al heredero y no deje ni su nombre; que en el seno de su gente no se genere simiente humana.

Que la divina Ninkarrak, Hija de Anum, que intercede por mi bien en el Ekur, haga salir en sus miembros [viriles] grave enfermedad, un mal demoníaco, un bubón doloroso que no se aplaque, cuya naturaleza ignore el médico, que no pueda calmar con vendajes y que, como el mordisco de la muerte, no se lo pueda arrancar, para que, hasta que se le extinga la vida, no cese de llorar por su virilidad.

Que los Grandes Dioses de cielos y tierra, que los divinos Anunnaku todos, que el Genio del templo, que el templo de ladrillo del Ebabbar lo maldigan con maldición nefasta a él, a su semilla, a su país, a sus tropas: a su gente y a su ejército. Que, con estas maldiciones, el divino Enlil lo maldiga en virtud de sentencia inalterable y que le alcancen de inmediato.

DIOSES Y TEMPLOS

Adab, lugar al SE de Nippur, culto a la diosa Nimmaj (hoy Bismaya).

Adad/Ishkur, dios del clima y la tormenta, culto en Karkara.

Anum/An, Dios del cielo, padre de los dioses (Uruk).

Anunnaku, el panteón, los dioses.

Aya, diosa de la luz, esposa de Shamash (Sippar).

Dagán, dios del cereal (Éufrates medio).

Damgalnunna, esposa de Ea/Enki (Malgum).

Dilbad, al S de Borsippa (dios Urash).

Duranki, lazo de cielo y tierra, mote de Nippur.

Ea/Enki, el Viviente, dios del saber y la magia, rey del abismo inferior de agua dulce;

E¹abzu, casa del abismo subterráneo, templo de Ea en Eridu.

E¹anna, casa del cielo, templo de Ishtar en Uruk.

Ebabbar, casa blanca, templo de Shamash en Sippar y Larsa.

Egalmaj, palacio espléndido, templo de Ishtar en Isin.

Ekishnugal, casa rebosante de luz, templo de Sin en Ur.

Ekur, casa de la montaña, templo de Enlil en Nippur.

Emaj, casa espléndida, templo de Ninmaj en Adab.

Emeslam, casa del guerrero infernal, templos de Nergal (Kuta, Mashkan Sapir) y Erra (Kuta). Emesmes, templo de Ishtar en Nínive. Emete¹ursag, casa digna del héroe, templo de Zababa en Kish.

Eninnu, casa de los 50 [pájaros blancos del abismo], templo de Ningirsu (Girsu).

Enki = Ea.

Enlil, OEseñor aire¹, dios de la atmósfera, hijo de Anu, esposo de Ninlil, jefe de los dioses (Nippur).

Erra, dios de la peste y la guerra (Kuta).

Esagil, casa de la alta cima, templo de Marduk en Babilonia.

E¹udgalgal, casa de las tempestades, templo de Adad en Karkara.

E¹ulmash, templo de Ishtar en Acad.

Ezide, casa de la justicia, templo de Tutu en Borsippa.

Hursagkalamma, montaña mundial, templo de Ishtar en Kish.

Id, río divino cuando juzga por ordalía.

Igigu, conjunto de los dioses mayores.

Inanna = Ishtar.

Ishkur = Adad. Ishtar = Inanna, diosa de la guerra y del amor, planeta Venus.

Mama, un nombre de la gran diosa madre.

Marduk, dios de Babilonia, sucesor de Enlil.

Nanna = Sin. Nergal, dios ínfero.

Ninazu, dios sanador e ínfero.

Ninkarrak, diosa médica, hija de Anu.

Ninlil, OEseñora aire¹, esposa de Enlil.

Nintu, un nombre de la gran diosa madre.

FIN DEL CÓDIGO DE HAMMURAPI

LEY DE
LAS XII TABLAS

TEXTO 450 a.C.

ANTECEDENTES.

Como en todos los pueblos, la primera fuente del derecho, fue en Roma, la costumbre, derecho no escrito, *mores maiorum*, cuyos preceptos, transmitidos oralmente de generación a generación, fueron impuestos por la propia comunidad, que los acató, con conciencia de obligatoriedad.

Es para lograr precisión y seguridad, con sanciones efectivas ante el incumplimiento, que aparecen las leyes escritas.

Durante la Monarquía romana (753 a.C - 509 a.C) aparecieron las leyes rogadas, denominadas así porque el pueblo reunido en comicios, votaba las leyes propuestas por el rey, en forma de ruego.

La existencia de estas leyes es dudosa, y más aún, lo es la época en la que se dictaron. Fueron supuestamente compiladas por el pontífice Sexto Papirio, en la época del rey Tarquino el Soberbio, último rey, según relata Pomponio en el Digesto, y por eso se las conoce también con el nombre de *Ius Papirianum*.

CONTEXTO HISTÓRICO.

El encargado de velar por el cumplimiento de las normas, era el colegio de los Pontífices, único conocedor de las leyes, que las confiaba solo a los patricios que concurrían a resolver sus conflictos o defender sus intereses.

El derecho era aplicado y ejercido mediante un sistema formal, rígido y basado en palabras solemnes, cuyo desconocimiento podía implicar la pérdida del litigio, independientemente de la razón que asistiera a las partes en conflicto.

Los plebeyos, que no tenían acceso a los Colegios Sacerdotales, para saber las palabras que deberían emplear en el proceso, quedaban desprotegidos.

La época de la República romana (509 a.C - 27 a.C) albergó la crisis del conflicto entre patricios y plebeyos, donde estos últimos lucharon para la equiparación de sus derechos civiles y políticos.

Merced a estos reclamos, se formó en el año 455 a.C, el Colegio de los Decenviros, suspendiéndose las magistraturas ordinarias durante su gestión, a los que les fue encomendada la redacción de un cuerpo normativo que fuera del dominio público, para poner fin a la iniquidad de la existencia de reglas secretas.

Es discutible que tres miembros de dicho cuerpo legislativo hayan viajado a Grecia, para conocer el derecho ateniense, sobre todo las normas de Solón. Esta opinión, que con pequeñas variantes sostienen los historiadores, Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso, es desmentida por quienes apoyándose en un texto de Polibio, sostienen que fue recién luego de la primera guerra púnica, cuando tomaron contacto las civilizaciones griega y romana (aproximadamente año 238 a. C).

Al cabo de un año de labor, los decenviros entregaron diez tablas de leyes, solicitando un plazo de un año más, para complementar su labor. Esta nueva comisión, presidida por Appio Claudio, integró supuestamente en su seno, a tres plebeyos.

El trabajo realizado durante el segundo año, no fue tan productivo como el anterior. Solo dos tablas datan de este período y no fueron bien recibidas por el pueblo (Ver contenido de las Tablas XI y XII, expuesto a posteriori).

Los decenviros de la segunda fase fueron crueles y despóticos, llegando al extremo, de someter a la esclavitud a una joven libre de nombre Virginia, que fue adjudicada a un liberto suyo. Ante tal situación el padre de la joven le dio muerte a su propia hija, antes de verla privada de su libertad.

Este hecho, que algunos consideran fruto más de la leyenda que de la realidad, habría sido el detonante de la expulsión del cuerpo decenviral, y el restablecimiento del Consulado y las demás magistraturas ordinarias. Las últimas dos tablas hechas por este cuerpo cuestionado, también fueron aprobadas, conformándose las XII Tablas.

LA LEY.

Esta historia plagada de mitos y verdades, dio como resultado la sanción de una Ley, que indiscutiblemente existió, y cuya vigencia data del año 450 a.C, cuando se colocaron en el foro, siendo reemplazadas las primitivas tablas de madera por tablas de bronce. No dudamos de su existencia, ya que muchos de sus fragmentos pudieron llegar a nuestros días, a través de los juristas de la época que hacen mención a ellas permanentemente en sus obras.

Las Tablas originales no pudieron conservarse, ya que en el año, 390 a.C, la invasión de los galos, provocó su destrucción.

Las tres primeras tablas tratan del procedimiento judicial, extremadamente riguroso, bajo el sistema de las acciones de la ley, que constaba de dos instancias, una ante el magistrado, y otra ante un juez privado. Las acciones se dividían en declarativas, para resolver la existencia o rechazo de la pretensión, y las ejecutivas que una vez otorgado el reclamo o habiendo confesado el reo, aseguraban el cumplimiento de la condena.

La *actio per manus iniectionem*, llevaba incluida la posibilidad de ejecutar la condena de un deudor reticente en forma privada, previa autorización del magistrado. Así el acreedor, tenía por un vínculo físico que se establecía entre las partes, la posibilidad de mantener encadenado al deudor en su casa, llevarlo durante tres días a la feria, y si aún no pagaba, podía cortarlo en pedazos o venderlo como esclavo, más allá del Tíber. En ninguna fuente doctrinaria se revela que la posibilidad de descuartizar al deudor se haya ejercido realmente.

La cuarta tabla trataba de los inmensos poderes del *pater*, autoridad máxima de la familia romana, que tenía derecho de abandono, y aún tenía la obligación de dar muerte a sus hijos recién nacidos monstruosos, o, de castigarlos, muy severamente, sin importar su edad o los cargos que desempeñaran. Se establecía un límite a su enorme potestad. El *pater* que vendiera a un hijo más de tres veces, perdía la patria potestad.

La tabla quinta trata de la herencia, la tutela y la curatela. La herencia establecida legalmente, o sea, *ab intestato*, por ausencia de testamento o por ser éste nulo, era asignada a los agnados, parientes por vía masculina.

La propiedad y la posesión son tratadas en la tabla seis.

La Tabla séptima tiene como contenido las servidumbres, o sea, los límites establecidos, para no perjudicar a terceros, en el carácter absoluto del derecho de propiedad.

La tabla octava, legislaba sobre los delitos, que regulaba minuciosamente. Así acontecía con las distintas clases de *furtum*, que era el apoderamiento ilegítimo de una cosa mueble ajena, sin consentimiento de su dueño. Otro de los delitos privados era la *iniuria* o injuria.

La tabla novena incluía normas de derecho público y los delitos contra el pueblo romano.

La décima establecía regulaciones sobre el derecho sacro, y reglamentaba con detalle las reglas funerarias, prohibiéndose la inhumación de cadáveres dentro de la ciudad de Roma, por razones de salubridad. Recordemos que los sepulcros eran cosas religiosas, que albergaban el cuerpo de los Dioses Manes, como eran considerados los antepasados muertos.

Las dos últimas tablas, redactadas en el segundo período, por la comisión cuestionada, contenían disposiciones, que se referían, por ejemplo, en la tabla XI, a la prohibición del matrimonio entre patricios y plebeyos, norma extraña si se tiene en cuenta que esta última comisión integró aparentemente a tres plebeyos.

La Tabla XI, disponía que las leyes posteriores derogaban, en lo que se les oponen, a las leyes anteriores, aún cuando no lo digan en forma expresa.

La Tabla XII, hablaba de la prohibición de que las cosas litigiosas fueran consagradas a los dioses, y para los que no hubieran cumplido su obligación de conceder un sacrificio a los dioses, luego de ofrecerlo, se establecía la toma de prenda, como un procedimiento especial.

TABLA I.

DE LA CITACIÓN A JUICIO.

Ley 1.- Si alguno convoca a otro a comparecer en juicio ante el tribunal de un juez, éste debe, sin vacilación, acudir inmediatamente.(1)

Ley 2.- Si después de haber sido convocado, éste no comparece, o rechaza venir ante el tribunal del juez, entonces, el que lo llama puede hacerle saber que de no ir, puede ser detenido y llevado por la fuerza a la corte, previa convocación de testigos que presencien el acto.(2)

Ley 3.- Cuando cualquier persona que se ha convocado a la corte se resista a comparecer, o intenta huir, puede ser arrestado por el demandante.

Ley 4.- Si una enfermedad corporal o la edad avanzada evita que comparezca el convocado a la corte, el que lo convocó debe suministrarle un animal, como medio para transporte. Si él convocado es renuente en aceptarlo, el demandante debe proveer al demandado un vehículo construido de tableros, o de una litera cubierta.(3)

Ley 5.- Sin embargo, si hubiese alguno que saliese fiador por el llamado a juicio, debe dejarlo libre y su representante puede tomar su lugar ante el tribunal.(4)

(1) Antes de que los Emperadores hicieran una organización cuidadosa del sistema judicial romano, el servicio de emplazamiento era hecho siempre por el demandante de la acción. Posteriormente fue creado un departamento para designar a los funcionarios judiciales que se encargaran de los emplazamientos.

(2) La notificación hecha al emplazado frente a personas presentes, que servirían como testigos, era para demostrar que la detención del demandado estaba dentro de un procedimiento autorizado por la ley; no debería ser insultado ni refrenado fuertemente de su libertad, evitando así iniciar un proceso con un acto ilegal.

(3) Las literas fueron utilizadas originalmente en exclusiva por las mujeres y las personas enfermas durante las edades tempranas de Grecia y de Roma. Luego, en la época del imperio, se convirtieron en un modo preferido de transporte por los romanos, y especialmente por los nobles ricos, que compitieron el uno con el otro en la decoración profusa y costosa de su litera, ya tapizada con seda, embellecida con ébano, marfil, y lazulita, y haciéndola brillar con piedras preciosas y oro. El “sella”, una clase de litera, era casi idéntico al sedán del siglo XVIII. El vehículo mencionado en el texto era probablemente público, como nuestros taxis y carros para el alquiler.

(4) De aquí se desprende que el cargo de fiador, o “Defensor” de la persona demandada era una figura jurídica de las más antiguas reconocida por la jurisprudencia romana. Sus deberes fueron emprendidos a menudo sin la solicitación del demandado, por motivos de la amistad o de la compasión, o la influencia de los lazos de familia; y, como su representante, ocupó la posición legal del demandado, incluyendo la asunción de todas sus responsabilidades que se presentaban en el desarrollo del juicio.

Ley 6.- Este fiador deberá ser rico, si el llamado a juicio lo era también; y si éste fuese proletario, el fiador puede ser de cualquier clase o condición.

Ley 7.- Si caminando hacia el juicio ambos contendientes, pactasen alguna cosa sobre el punto de la discordia, téngase por válido lo que pactasen.

Ley 8.- Si el demandante y el demandado no solucionan su conflicto, como antedicho, deben indicar su caso en el Comitium o en el Foro, haciendo una declaración breve en presencia del Pretor, entre el levantamiento del sol y el mediodía; cada uno de ellos hablará en presencia del otro para así poder oír lo que se dice.

Ley 9.- Por la tarde, el Pretor, ya analizado el caso, rendirá su decisión en presencia del demandante y del demandado.

Ley 10.- La puesta del sol será el límite extremo de tiempo dentro del cual un juez debe rendir su decisión.

TABLA II.

DE LOS JUICIOS Y DE LOS DELITOS.

Ley 1.- Constituido el juicio ante Juez competente, o puesto en manos de árbitros, dense fiadores recíprocos que respondan de que las partes se presentarán en él cuando corresponda; lo que cumplirán, a no ser que medie una enfermedad grave, un voto que se ha tomado y deba descargarse ante Dioses, una ausencia por causa de la república, o donde un día ha sido designado por ellos para encontrar a un extranjero.

Si ocurren las causas antedichas, es decir, si uno de los participantes está seriamente enfermo, o un voto tiene que ser realizado, o uno de ellos está ausente en un negocio para el estado, o un día se ha designado para una entrevista con un extranjero, ya sea que estas causas se le presenten al juez, al árbitro, o al demandado, se prorrogará el término de presentación en juicio.

Ley 2.- Al que le falten testigos para probar su derecho, vaya a reclamarle tres días, a la hora del mercado, gritando delante de la casa de su contrario.

Ley 3.- A la persona que se le mata por haber sido sorprendida efectuando un robo por la noche, se mata legalmente. (1)

(1) Aun cuando se presenta la presunción ordinaria ciertamente que nadie puede encontrar a un malhechor violento en su casa durante la noche sin incurrir en riesgo de lesión seria; no obstante, los juristas romanos, en la promulgación de esta disposición, tenían evidentemente en la visión la prevención del homicidio excepto cuando absolutamente sea necesario, incluso bajo circunstancias que pudieran justificar casi cualquier acto violento en la defensa de la vida y de la propiedad. Otros legisladores, hablando en términos generales, no reconocieron tan escrupulosas distinciones. Esta regla, con algunas modificaciones, ha sido adoptada por la mayoría de los sistemas judiciales subsecuentes, tratando de hacerla coincidir con los principios de justicia. Fue incorporada, con solamente alteración leve, en el Código Visigodo, y Las Siete Partidas. "Fur nocturnus captus in furto, dum res furtivas secum portare conatur, si fuerit occisus, mors eius nullo modo vindicetur." (Forum Judicum, VII, II, 16.) "Otro tal decimos quo seria, si algun one /allasse algun ladron de noche en su casa, e lo quisiesse prender para darlo a la justicia del lugar, si el ladron se amparasse con armas. Ca entonce, si lo matare, non cæ por esso en pena." (Las Siete Partidas, VII, VIII, 3.) Como se declaró anteriormente, al cometer el homicidio justificable, el Visigoths requería que el ladrón estuviera en la posesión de la propiedad robada; y la ley castellana a condición de que el ladrón estuviera armado y se opone a la detención aun en la casa del dueño. Bajo la ley de Atenas, un ladrón encontrado flagrante, en la noche, se podía matar con impunidad. (Potter, Antiquities of Greece, I, 24, 126.) Entre los judíos, el homicidio no era castigable cuando mataran al culpable bajo circunstancias esenciales al constituirse el crimen conocido por nosotros como robo con allanamiento de morada. "Si el ladrón, sorprendido de noche forzando una casa, es herido mortalmente, el que lo mató no será culpado. Más si lo hace ya salido el sol, se le culpará" (Éxodo XXII, 2.)

Entre los anglosajones, un ladrón cogido en el acto, en cualquier momento, de día o de noche, podía ser matado con impunidad. "El que mata a un ladrón debe declarar en juramento que él lo mató por haberle causado una ofensa." (Ancient Laws and Institutes of England; Laws of King Ine, 16.) Este principio no parece haber sido aceptado en la edad más temprana de la ley común. Glanvil no lo menciona. Bracton, sin embargo, lo refiere como correcto, y aplicable de día o de noche. “Qui latronem occiderit, non tenetur nocturnum vel diurnum, si aliter periculum evadere non possit.” Bracton, De Legibus et Covsuetudinibus Angliae, III, 155,36.) Fleta dice: "Quicunqiie enim furem nocturnum interfecerit, non teneatur, & qui invasorem domus suæ, se ipsum & hospitium suum saltem illa hora defendendo interfecerit, juste interficit." (Fleta, Commentarius Juris Anglicanæ, I, XXIII, 14.) Esto aplicaba no sólo a un ladrón, sino a cualquier persona que fuera encontrada en el "curtilage," o recinto que comprende la residencia, en cualquier hora entre nueve de la noche y seis de la mañana; y bajo estas condiciones, el homicidio fue autorizado, o en autodefensa, o cuando ocurrió en un intento por arrestar al intruso, o cometido para prevenir su escape. La necesidad para el homicidio debe ser absoluta para hacerlo justificable. "Si necessitas evitabilis fuerit, absque occasione, reus est homicidii, qui si fuerit inevitabilis, ad pœnam homicidii non tenebitur, eo quod felonice non occidit." (Ibid. I, 23.) Es sostenido por el Coke que el acto de la matanza debe ser en autodefensa, y precedido por la agresión violenta de parte del ladrón. "Si un ladrón hace el intento para robar o para asesinar a B, en el exterior o dentro de su casa, y B, tratando de defenderse de la agresión del ladrón, lo mata, esto no es ningún crimen." (Coke, Institutes of the Laws of England, Vol. IV, Ch. 8.) Esta doctrina se dispone explícitamente en Stat. 24, Hen. VIII, chap. 5." Si cualquier persona intenta irrumpir en cualquier mansión o casa durante la noche, y sucede ser matada por el dueño, o por cualquier persona o personas, (ya sea un huésped o un criado) sobre este acto serán absueltos y exonerados." El estatuto antedicho, como es sostenido por una alta autoridad, se puede interpretar para aplicarse a un acto ilegal de esta clase realizado durante el día con un intento criminal. (Hale, The History of the Pleas of the Crown, I, XL, Page 488.) Esta era también la regla en Escocia, " Es legal matar a un ladrón, que en la noche entra a nuestras casas rompiendo las ventanas y roba nuestros bienes, ya que puede atentar contra nuestra propia vida. Así es que darle muerte no es un delito, pero no es legal matar a un ladrón que robe en el transcurso del día, a menos que él se oponga a nosotros cuando tratamos de tomarlo para presentarlo ante la Justicia. (Mackenzie, The Laws and Customes of Scotland in Matters Criminal, I, XI, III.)

Mientras se establecía una regla general para juzgar este tipo de homicidio justificado, cada uno de los casos que se presentaban, eran considerados dependiendo de las circunstancias particulares en que se ejecutaban. No se hizo ninguna distinción entre una invasión de la casa y un ataque sobre la persona, con tal que la inquietud experimentada por el homicidio fuera considerada estar tan fundamentada en cuanto a justificar su acto. El mismo derecho de defender nuestros bienes, puede también justificar nuestra matanza del ladrón. (Burnett, A Treatise on the Criminal Law of Scotland, I, page 57.) Las leyes de Francia y de Italia excusan el homicidio de un intruso que comete robo con allanamiento de morada o hurto con violencia. (Code Pénal de France, III, II, Arts. 322, 329.) (Codice Penale, II, III, Art. 376.) En los Estados Unidos, el matar es solamente justificable cuando el crimen no habría podido ser prevenido de otra manera, y donde se emplea la fuerza. Cuando se hace una tentativa de cometer un crimen secreto, sin violencia, este derecho no existe. Es diferente, sin embargo, dentro del recinto de la casa de un hombre, ya sea que se invada de día o de noche. “Un ataque contra una casa o sus internos puede ser resistido tomando vidas. Esto puede ser cuando los ladrones amenazan una entrada, o cuando hay señal evidente para creer que un asalto criminal puede ser hecho en contra de los internos de la casa, o cuando se hace una tentativa de entrar a la casa en forma violenta en contra de los derechos del dueño.” Pero este derecho es solamente una forma de prevención. No puede ser extendido para excusar la matanza de todas las personas que irrumpen o que amenazan violentamente una casa." (Wharton, A Treatise on Criminal Law, Secs. 629, 630, 634, 635.)

Ley 4.- Si se hace de día, el que cogiese al ladrón puede azotarlo, y entregarlo a la persona a quien robaba. Si fuese esclavo, después de azotado será arrojado de la roca de Tarpeya.(1) Si fuese impúbero, será azotado a arbitrio del Pretor, y después dado en noxa.

(1) La roca Tarpeya es uno de los símbolos míticos de la historia de Roma, que encarna a la perfección el trato duro e inmisericorde que se dispensaba a los traidores.

La *rupes Tarpeia* era una pendiente escarpada junto a la cima Sur de la colina Capitolina, con vistas al antiguo foro. Se utilizó durante la República como lugar de ejecución de asesinos y traidores, que eran lanzados sin piedad desde la misma.

Según la leyenda, cuando Tito Tacio atacó Roma tras el rapto de las Sabinas, la virgen vestal Tarpeya, hija de Espurio Tarpeyo, gobernador de la ciudadela de la colina Capitolina, traicionó a los romanos abriendo las puertas de la muralla. El motivo de tal traición fue bien prosaico: Obtener lo que los sabinos "traían en sus brazos"... ella poco se esperaba que, en lugar de brazaletes de oro, obtendría golpes de sus escudos y que sería arrojada al vació desde la roca que aún hoy porta su nombre.

Hacia el 500 aC, Lucio Tarquinio el Soberbio, séptimo rey de Roma, niveló la cima de la roca, retirando los altares construidos por los sabinos, y construyendo un templo dedicado a Jupiter Capitolino. También se construyó un templo dedicado a Saturno, que contenía el tesoro de Roma, que César habría de saquear en el 49 aC.

Ley 5.- Cuando cualquier persona comete un hurto durante el día y en la luz, ya sea libre o esclavo, de edad mayor o de minoría de edad, y traiga armas para defenderse, o cualquiera otra clase de instrumentos; y el robado contra el cual la violencia está cometiéndose, levanta el grito contra el ladrón, e invita a otras personas que estén presentes, para venir en su ayuda; y se hace esto, y él en la defensa de su persona y sus propiedades, mata a los ladrones, esto es legal y no puede ser acusado de homicidio.

Ley 6.- Si el robo se comete por medio de un hombre desnudo con un plato en el rostro y una faja en las partes *genitales (per lancem et licium)* es igual que hurto manifesto, y será castigado como tal.(2)

(2) Las varias explicaciones se han sugerido para la aclaración de este paso oscuro. Ha sido supuesto por alguno que un plato, perforado con dos agujeros para los ojos, fue llevado por el ladrón para ocultar su cara y para encubrir su identidad; la faja que sería utilizada para el retiro del botín. Otros han lanzado la teoría que los impostores religiosos, disfrazándose como miembros del sacerdocio, pasaron el plato para la colección de dinero para los propósitos sacrificatorios alegados, y se han apropiado de las cantidades obtenidas en su beneficio personal. Algunos han afirmado que el plato fue empleado para sostener un pedazo de pan que había sido utilizado en ciertas ceremonias mágicas, y, por esta razón obligaba al ladrón a confesar tan pronto como él lo hubiera comido.

La interpretación más plausible del *furtum* por *refertum* del *lancem* y del *licium* es, sin embargo, que cuando el oficial designado para ese propósito entró en una casa para buscar los bienes que habían sido roba-

dos, le requirieron estar desnudo, a excepción de una faja, y sostener un plato ante su cara, como concesión a la modestia de cualquier mujer que él pudiera encontrar. Al dueño de los bienes robados le permitieron también, bajo las mismas condiciones, buscar dentro de la casa. La desnudez fue vista como necesaria para evitar así que fuera introducida a la casa alguna cosa que pudiera ocasionar una acusación falsa.

Ley 7.- Si el hurto es no-manifiesto, el ladrón será condenado al la pena del duplo.

Ley 8.- El que cortare árboles ajenos con ánimo de robarlos, pagará veinte y cinco ases por cada uno.

9.- El dueño de la cosa robada puede transigir con el ladrón sobre el hurto como le parezca; en cuyo caso ya no tiene derecho a repetir contra él por la acción del hurto.

10.- Las cosas robadas no pueden usucapirse.(1)

(1) Esta doctrina según lo dispuesto en la máxima; *"Spoliatus debet, ante omnia, restitui,"* es reconocida por las cortes de todas las civilizaciones, y la mayoría de las naciones semibárbaras.

TABLA III.

DE LOS DEPÓSITOS Y DEUDAS.

Ley 1.- Si el depositario extraviase o causase algún perjuicio dolosamente a la cosa que tiene en depósito, quedará sujeto a la pena de duplo.

Ley 2.- Cuando cualquier persona exige a otro interés en el dinero prestado a una tarifa más alta que el 12 por 100 al año, quedará sujeto a la pena del cuádruple. (1)

(1) El tipo de interés autorizado por la ley en Roma era, a pesar de regulaciones estatutarias, a menudo una cuestión de avaricia en un lado y necesidad en el otro. Los prestamistas de dinero estaban acostumbrados a sacar de los prestatarios apurados los sestercios suficientes que la rapacidad y la extorsión despiadadas podrían exigir. La tarifa era generalmente dependiente sobre el acuerdo, y mientras que la colección de interés compuesto era ilegal, una fianza para garantizar el pago de lo atrasado, fue requerida a veces, y esto hizo que resultara la misma cosa. Como se muestra por el texto, las doce tablas prohibieron cualquier cosa superior al *unciarum foemus*, o interés en el 12 por 100. El término, sin embargo, es ambiguo, y se ha interpretado de varias maneras. Las mejores autoridades sostienen que el diez por ciento es la tarifa referida.

Ley 3.- Los extranjeros no pueden usucapir, y así puede repetirse contra ellos, aun por aquellas cosas que han poseído durante todo el tiempo que a los ciudadanos les bastaría para prescribirlas.

Ley 4.- Donde cualquier persona, reconociendo una deuda, tiene una sentencia pronunciada contra él que requiere el pago, treinta días le serán dados para pagar el dinero y para satisfacer el juicio.

Ley 5.- Después del término de treinta días concedidos por la ley a los deudores que han tenido la sentencia pronunciada contra ellos ha expirado, y mientras tanto, no han satisfecho el juicio, sus acreedores serán permitidos para prenderlos y traerlos otra vez ante el Pretor.

Ley 6.- Si aún así no pagase, y nadie se presentase a responder por él ni defenderlo en juicio, el acreedor puede hacerlo poner en la cárcel amarrado con collar o con grillos que no pesen más de 15 libras, y así menos, a arbitrio de acreedor.

Ley 7.- Constituido en este estado el deudor desea obtener su alimento y tiene los medios para hacerlo, vivirá de lo suyo; pero si el no tiene nada, su acreedor, que lo mantiene en cadenas, le dará una libra diaria de harina, o más si fuese de su agrado.

Ley 8.- Así las cosas, el acreedor puede pactar con el deudor del modo que mejor se convengan, para lo cual se conceden 60 días, durante los cuales el deudor estará siempre preso a satisfacción del acreedor, si no pactasen nada, el acreedor se presentará ante el Pretor en tres días de mercado, que vengan a estar comprendidos dentro de los 60 días, pregonando en estos tres días la deuda, para ver si alguno lo compra por el importe de ella.

Ley 9.- Después de que lo hayan mantenido en cadenas por sesenta días, y la suma por la cual el deudor está obligado, ha sido tres veces proclamada al público en el foro, lo condenarán para ser reducido a la esclavitud por él a quién en principio le entregaron; o, si este último prefiere, el deudor puede ser vendido más allá del Tiber.

Ley 10.- Si existen varios acreedores, el deudor será entregado a ellos, y después de que lo hayan expuesto en el foro en tres días de mercado, y no se presentase alguien que pagase su deuda o lo comprara como esclavo, les será permitido a los acreedores dividir a su deudor en diversas piezas, si desean hacerlo y repartirse equitativamente las partes.(2)

(2) Aun cuando una descripción terminante de las provisiones de esta ley ha sido rechazada por algunos juristas, puede haber una pequeña duda acerca de sus características repugnantes, mucho peores que las de la demanda famosa de Shylock, eran susceptibles de la interpretación literal, y que la partición del cuerpo del deudor desafortunado era enteramente dependiente sobre la inclinación de sus acreedores a quienes lo habían decretado. La declaración de Aulus Gellius concerniente a un hecho evidentemente bien conocido a sus paisanos, parecería ser concluyente sobre este punto. *"Nam, si plures forent, quibus reus esset judicatur, secare si vellent, atque partiri corpus addicti sibi hominis permiserunt."* (Aul. Gell. Nodes Atticæ. I. XX. 1.) Fabius, refiriéndose a la misma ley, dice que el sentimiento público fue opuesto a su aplicación. *"Quam legem mos publicus repudiavit."* Debido a la eminente autoridad de estos escritores romanos, y al significado claro del texto, la opinión expresada por algunos comentaristas respetables, sobre la palabra "secare," "dividir," se refiere simplemente al prorrateo de los bienes del deudor, es apenas sostenible, pues debe tratarse de una ejecución ya admitida por el gran resentimiento de los acreedores al verse impedidos de recuperar su dinero.

TABLA IV.

DE LOS DERECHOS DE PATRIA POTESTAD, Y DE LOS CONYUGALES.

Ley 1.- Un padre tendrá el derecho sobre la vida y la muerte de su hijo, nacido en legítimo matrimonio.(1)

(1) Este privilegio, la Patria Potestad, del cual gozaban los padres romanos, era una reliquia de la autoridad patriarcal afirmada originalmente por un hombre sobre su hogar, incluyendo los miembros de su familia inmediata, de sus esclavos, y de otros dependientes. Derivado de costumbres muy antiguas, continuó existiendo por siglos después de que Roma hubiera logrado grandes avances en su civilización, no obstante, haber abandonado otras leyes de origen y carácter bárbaro. Por haber sido esta institución muy peculiar entre los romanos, el Emperador Justiniano, incluye la "Patria Potestad" en su gran trabajo legislativo iniciado en el año 528 d. C. (Código VIII, 47).

Una particularidad muy marcada de esta relación qué era conocida como el unitas personae, bajo la cual un padre y su hijo conforme a una ficción legal eran considerados una sola persona en la ley. Por lo que, cuando muere el padre, el hijo inmediatamente toma su lugar como dueño de los bienes que su padre adquirió en el transcurso de su vida. A pesar del *unitas personae*, el niño era considerado no una persona sino una cosa, una *res mancipi*, que por el Derecho Quiritiano podría ser vendido por el dueño. El padre estaba autorizado a hacer cualquier disposición que él eligiera de su descendiente; él podría azotarlo, mutilarlo, encarcelarlo, torturarlo, o utilizarlo en su placer. Puede pensarse que este derecho fuera utilizado en forma infrecuente o escasamente, pero los anales históricos romanos están llenos de casos en los cuales los padres daban un trato inhumano a sus hijos, e incluso a veces, hasta ocasionarles su muerte.

La adquisición de la Patria Potestad dependía del estado en que estaba el padre a la hora del nacimiento del niño; él debía ser libre, o *"sui juris"*, tener el derecho a ejercitar el control paternal, porque si él estuviera bajo la autoridad de otro antepasado, su hijo también estaría bajo la potestad de este último.

Bajo circunstancias ordinarias, un hijo no podría adquirir ninguna propiedad para si mismo, todo lo que él obtuviera pertenecía su padre. Las excepciones fueron hechas posteriormente cuando se trata sobre la propiedad privada, independiente de la forma en que fue recibida por él mientras que se preparaba, o entraba al servicio militar, o como miembro del sacerdocio; y finalmente de todas las adquisiciones derivadas de herencias maternales u otras, o que eran la remuneración de su trabajo o habilidad individual. Numerosas promulgaciones imperiales establecieron esta clase de propiedad como peculio castrense y peculio cuasi-castrense, permitiendo, en el transcurso de tiempo, auxiliar substancialmente a los jóvenes opresos por esta tiranía legalizada; también los censores, en la época de la república, habían ejercido con frecuencia su autoridad para este mismo propósito.

La Patria Potestad era un incidente necesario del matrimonio legal, que era de hecho imprescindible; y la autoridad de tal modo obtenida fue impuesta ante todos los descendientes a través del hijo, pero no afectó al descendiente de una hija que estaba bajo la potestad del *paterfamilias* de la familia en quien ella se había casado. Además de nacimiento, el poder paternal se podía adquirir por medio del reconocimiento público de la legitimidad, por la adopción, y por matrimonio. Como resultado natural de colocar a los hijos en la misma categoría con los esclavos y los animales domésticos, obligados a la venta, al trueque, y al abuso más cruel, hubo una época en la cual un niño podría ser dado para cubrir una deuda, o en pago por la reparación de un daño, para un cierto acto ilegal, o en *noxa*. Esta práctica fue condenada por Justiniano en términos muy intensos.

No fue sino hasta cerca de 370 d.C., durante el reinado de Valentiniano y de Valente, que fueron establecidas medidas restrictivas sobre el poder irresponsable de la cabeza del hogar; este ejemplo fue seguido por muchos emperadores sucesivos. El sentimiento expresado por Adriano en la condenación para exiliar a un padre que había matado a su hijo, demuestra el cambio de la opinión pública acerca del ejercicio excesivo de la autoridad paternal que hasta esos días prevalecía. *"Patria potestas in pietate debet, non in atrocitate, consistere."*

Este derecho, en una forma grandemente modificado, y al relacionarse principalmente con las obligaciones de obediencia y de ayuda, es reconocido explícitamente por la jurisprudencia de todos los países del mundo occidental.

Ley II.- Vendido un hijo por su padre y manumitido por el comprador, vuelve de nuevo al poder de su padre las dos primeras veces que esto suceda; pero a la tercera manumisión queda libre.

Ley III.- Un padre pondrá inmediatamente a la muerte a un hijo nacido recientemente, en forma monstruosa, o tiene una forma diferente de la de los miembros de la raza humana.

Ley IV. - Cuando una mujer da a luz a un hijo en el plazo de los diez meses próximos después de la muerte de su marido, él nacerá en matrimonio legítimo, y será el heredero legal de sus bienes. (1)

(1) En la ley común, el tiempo prescrito era cuarenta semanas. "Et si ele eyt un enfant dedens t's XL semaines adõques soit cel enfant receu el heritage." (Britton, Chap. 66, p. 166.) Los países cuya jurisprudencia se deriva directamente de la de Roma, así como Japón, siguen la regla del texto, y fijan el límite en trescientos días. (Code Civil de France, Art. 315. Código Civil de España, Art. 108. Codice Civile de Italia, Art. 160. Codigo Civil Portugues, Art. 101.)

TABLA V.

DE LAS HERENCIAS Y TUTELAS.

Ley 1.- Lo que el padre de familias dispusiese acerca de sus bienes y de la tutela de sus hijos, se cumplirá rigurosamente.(1)

(1) Esta ley, que puso la distribución de sus bienes absolutamente en las manos del testador, sin consideración alguna hacia las demandas naturales de la consanguinidad, fue observada terminantemente por siglos. El abuso de este privilegio obligó a que en el transcurso del tiempo se fueran introduciendo medidas para corregirlo. Si las herencias legadas eran bastante grandes debía incluirse a todos los familiares. Para evitar la confusión y la injusticia resultante de este procedimiento, el tribunal del *Centumviri* ideó la *querela inofficiosi testamenti*, o la queja del testamento inoficioso; por medio de la cual se declaraba la incapacidad mental del testador al presumir la existencia de una cláusula de desheredamiento. La Ley Furia Testamentaria limitó la cantidad de un legado a la suma insignificante de mil *asses*, que la ingeniosidad del testador evadió simplemente aumentando el número de herencias.

La Ley Voconia, prohibió a cualquier legatario de aceptar un legado que excedía en valor la cantidad obtenida por el heredero. Discriminaron a las mujeres también en esta ley, para evitar probablemente que el afecto del testador fuera complacido en su favor a expensas de miembros de su familia; así como para evitar la acumulación excesiva de bienes en las manos de las personas consideradas generalmente como mal calificadas para hacer un uso apropiado de éstos.

La Ley Voconia que probó ser ineficaz, fue sustituida por la Ley Falcidia, y en ella, las promulgaciones anteriores en este tema fueron abrogadas. En esta nueva ley, el heredero, bajo circunstancias ordinarias, tenía derecho a una cuarta parte de los bienes, después de haber sido pagadas todas las deudas del testador.

En caso de que esta regla fuera violada, autorizaron al heredero a disminuir los legados a prorrateo, hasta la suma a la cual le dieron derecho. Este prorrateo, conocido como el *"Quarta Falcidia"*, tiene, un cambio substancial, bajo el nombre de *"legitime"* incorporado a la jurisprudencia de Europa. Está en vigor en Luisiana, en donde existe a favor de todos los descendientes directos, y de antepasados en primer grado. "Entre vivos o por causa de muerte, el importe de las donaciones no puede exceder de dos tercios de los bienes del testador" (Civil Code of Louisiana, Arts. 1480, 1481.)

Ley 2.- Donde un padre muere sin testamento, sin dejar a ningún heredero apropiado, su agnado más cercano, o, si no hay ninguno, el siguiente en parentesco entre su familia, será su heredero.

Ley 3.- Si el liberto muere intestado, y no le sobrevivieren herederos suyos mas que el patrono y sus hijos, sus bienes pasaran a la familia de éste, adjudicándolo al próximo heredero en ella.

Ley 4. – Las deudas o créditos de los finados se dividirán entre sus herederos, de modo que si es deudor, a cada uno de ellos se reclame una porción de la deuda, y si es acreedor, cada cual reclamará una porción del debito.

Ley 5. - donde los coherederos desean de obtener sus partes de la característica de un estado, que todavía no se ha dividido, será dividido. Para poder hacer correctamente esto y no se sostenga ninguna pérdida por los litigantes, el Prætor designará a tres árbitros, que pueden dar a cada uno que a cuál le dan derecho de acuerdo con ley y equidad.

Ley 6.- Las demás cosas hereditarias, aunque sean indivisas de por sí, podrán los herederos dividirlas si gustaren, y para para poder hacer correctamente esto y no se sostenga ninguna pérdida por los litigantes, el Prætor designará a tres árbitros, que pueden dar a cada uno lo que les corresponde por derecho en forma equitativa de acuerdo con la ley.

Ley 7.- Si el padre de familias muere intestado dejando un heredero impúbero, el agnado más próximo tomará su tutela.(1)

(1) Esto fue hecho bajo la presunción que la persona con parentesco lo más de cerca posible con el menor de edad por los lazos de la consanguinidad, y ser el siguiente en la orden de la sucesión y por lo tanto interesado directamente en la preservación de los bienes, sería más confiable en hacerse cargo de los deberes del menor. La doctrina inglesa, que coincide con la corriente Griega defendida por Solón, es totalmente contraria a lo anterior. Se afirma aquí que al dejar en manos del heredero que sigue en la orden de sucesión la tutela del impúbero, puede este heredero tramar algo ilegal para despojar al impúbero de sus bienes; y es por eso que ellos prefieren que sea un cognado el que debe hacerse cargo de la tutela. *"Nunquam enim custodia alicujus de jure alicui remanet, de quo habeatur suspicio quod possit vel velit aliquod jus in ipsa, hereditate clamare."* (Glanvil VII, II.) El Coke compara a un curador de esta descripción con un lobo voraz. *"quasi agnem committere lupo ad devorandum,"* son los términos en los cuales él caracteriza tal cita. (Coke Inst. I. 88.)

Ley 8.- Cuando no se ha designado a ningún curador para una persona insana, o un pródigo, sus agnados más cercanos, o si no hay ninguno, sus otros parientes, deben hacerse cargo de su guardia.

TABLA VI.

DEL DOMINIO Y POSESIÓN.

Ley 1.- Cuando cualquier persona contrata una obligación legal referente a su propiedad, o la vende, haciendo una declaración o un acuerdo verbal por medio de los ritos que solemnizan la venta de las cosas *"mancipi"* éste tendrá la fuerza y el efecto de la ley. Si alguno de los contratantes niega luego sus declaraciones, y se instituyen los procesos jurídicos, el que quebrante estos contratos será castigado con la pena del duplo.

Ley 2.- Cuando un esclavo es ordenado estar libre por una voluntad, sobre su conformidad con cierta condición, y él se conforma con la condición; o si, después pagando su precio al comprador, él demanda su libertad, él estará libre.

Ley 3.- El comprador no adquiere el dominio de la cosa vendida, aunque le haya sido entregada, hasta tanto que satisfaga el precio, o dé fianza de satisfacerlo.

Ley 4.- Las cosas inmuebles se prescriben en el transcurso de dos años, las demás con el de un año.

Ley 5.- La mujer que, aunque no esté unida por las leyes con un varón, esté en poder de éste voluntariamente un año, sin haber salido de su casa tres noches, se considera usucapida, y como tal es tenida como mujer propia.(1)

(1) Esto indica la existencia de la mujer como bien mueble, mismo que se adquirirá por la posesión y el uso ininterrumpido por un año, como cualquier otra especie de mueble personal. Se ha indicado, con mucha probabilidad, que esta clase de unión matrimonial era la más común y más popular de los comienzos de Roma.

Ley 6.- Si se disputare ante el Pretor sobre el dominio o posesión de alguna cosa, éste debe resolver de modo que no turbe, antes mantenga por lo pronto, al que posee la cosa en la posesión de ella.

Ley 7.- Pero en cuestión de libertad, trate bien de proteger y asegurar ésta, que no la posesión que sobre el hombre se ejerce.

Ley 8.- Ningún dueño puede vindicar, ni tampoco hacer separar los materiales o maderos suyos que otro haya introducido en la fábrica de sus edificios o de sus viñedos. El culpable de esta unión será condenado a la pena del duplo.

Ley 9.- Las maderas que se han vestido y se han preparado para los propósitos de la edificación, pero que todavía no se han atado a un edificio o un viñedo, pueden recuperarse legalmente por el dueño, si es que le han sido robados.

10.- Cuando el marido quiera divorciarse de su mujer, expondrá la causa que le asiste para ello.

TABLA VII.

DE LOS DELITOS.

Ley 1.- Si algún animal causase daño en campo ajeno, su dueño resarcirá al propietario, o dará el mismo animal en **noxa**, si prefiriese hacerlo así.

Ley 2.- Si alguno con determinada intención causa daño... Pero si fuese por casualidad, bastará que lo repare, o satisfaga su importe.

Ley 3.- Se sacrificará a Ceres a cualquier persona que, por medio de encantamientos y de artes de la magia, evita que el grano o las cosechas pertenecientes a otro crezcan adecuadamente.

Ley 4.- Si cualquier persona que ha llegado la pubertad, secretamente, y por noche, destruye o corta y se apropia a su propio uso de la cosecha que el dueño de la tierra ha obtenido por su trabajo laborioso con el arado y el cultivo del suelo, será sacrificado a Ceres y colgado. Si fuere impúbero, sin la edad para ser legalmente responsable, será azotado a arbitrio del Pretor y se le obligará a resarcir el duplo del daño causado.

Ley 5.- Cualquier persona que entrase a apacentar ganados en campo ajeno, está obligada a entregar el ganado por la reparación del daño causado.

Ley 6.- El que quemase de intento la casa de labor o los montones de trigo puestos junto a ella, será azotado y quemado; (1) si le hubiese acaecido sin intención y por caso fortuito, solo estará obligado a resarcir el daño; y si además fuese insolvente, se le impondrá otra pena menor.

(1) El castigo, en este caso, es una adaptación de la Ley del Talión, y el carácter atroz de la ofensa parecía, según la opinión de muchas de las naciones de la antigüedad, justificar la severidad extrema de la pena. El Código Visigodo lo adoptó donde estaba el edificio en una ciudad. (For. Jud. VIII. II. 1.) El código Gentoo lo aplicó donde cualesquiera cosechas o casa fueron quemadas. (Gentoo Code XVIII.) La ley de Inglaterra también lo autorizó. "Ceux que ferount de ceo atteynts soient ars, issint que eux soient punys par meme cêle chose dount Us pêcherent." (Britton IX. 16.) Bracton dice que el acto se debe considerar malévolo y criminal, y eso, cuando éste es el caso, el crimen es capital, pero él no especifica el modo de ejecución. El incendio provocado era crimen en la ley común. (Hale, Pleas of the Crown, Vol. I, Chap. XLIX.) En Escocia, una ley muy antigua consideraba este delito, cuando era premeditado, como traición, y su castigo era colgar al incendiario. (Mackenzie, The Laws and Customes of Scotland in Matters Criminal, I. IX. 1.)

Ley 7.- Si alguno infiriese a otro injuria leve de hecho o de palabra, le pagará veinte y cinco *asses*.

Ley 8.- Si alguno difamase a otro públicamente o escribiese algún libelo infamatorio contra su opinión será batido con una barra hasta que muera.

Ley 9.- Si alguno rompiese a otro algún miembro, queda sujeto a la pena del talión, a no ser que pactasen otra cosa el ofensor y el ofendido.

Ley 10.- El que rompiese un diente a un hombre libre, le pagará trescientos ases; y si fuese a un esclavo, ciento y cincuenta.

Ley 11.- El que siendo llamado sirviese de testigo o mediador en algún acto, y después no quisiere prestar en juicio el testimonio que de aquel acto se le pida, quedará declarado infame, y no podrá nunca servir de testigo, ni exigir de nadie que le sirva de tal en asuntos suyos.

Ley 12.- Si alguno diese falso testimonio, será arrojado de la roca Tarpeya.

Ley 13.- Si alguno matare a sabiendas y con dañada intención a un hombre libre, será declarado reo de crimen capital.

Ley 14.- El que trastornase o matare a otro por medio de sortilegios y encantamientos, o hiciese o le propinase veneno, será castigado como el parricida.(1)

(1) *"Paricida esto."* Un error en la derivación de esta palabra ha dado lugar a mucha confusión. *Paricidium* era al principio empleado para denotar el homicidio criminal, y era por lo tanto sinónimo con asesinato. La raíz es *"igualdad"*, y no *"padrenuestro"*. El término tuvo luego un significado mucho más amplio al que tenía originalmente, y fue aplicado indistintamente a la matanza de parientes. A veces incluso fue utilizado para señalar traición, o generalmente, cualquier crimen de pena capital.

Ley 15.- Cualquier persona que mate a su padre, tendrá su cabeza envuelta en un paño, metido en un saco, cosido por arriba y será lanzado en el agua.(2)

(2) El alcance de esta ley, fue agrandado sumamente por La Ley *Pompeia de Paricidiis*. Un perro, una víbora, un gallo de pelea, y un mono, eran metidos en el mismo saco, junto con el parricida, y cosido por su parte de arriba. Los escritores antiguos no han asignado ninguna razón para la selección de estos compañeros singulares que compartieron el sino del asesino. Si no hubiere agua en la localidad, el saco y su contenido eran expuestos a las bestias salvajes.

Ley 16.- Si el tutor procede con dolo en el manejo de la tutela, cualquiera podrá acusarlo de sospechoso; y concluido el tiempo de ella, y en efecto hubiese defraudado, será condenado al pago del duplo de la pérdida causada.

Ley 17.- Si el patrono defraudase los intereses del cliente que se hubiese puesto bajo su protección, será condenado como infame a la execración pública, y a cualquiera será lícito matarlo.

TABLA VIII.

DE LOS DERECHOS PREDIALES.

Ley 1.- Entre los edificios contiguos debe quedar siempre un espacio vacío de dos pies y medio.(1)

(1) Esto fue hecho para que el dueño de la propiedad tuviera un acceso a ella con facilidad, para prevenir conflagraciones, y en caso de incendio, facilitar su extinción.

Ley 2.- Las corporaciones o cuerpos colegiados pueden darse a si mismos para su régimen las leyes que gusten, con tal de que no se opongan a las del Estado.

Ley 3.- El espacio de cinco pies será dejado entre los campos colindantes, por medio de los cuales los dueños pueden pasar o conducir a su propiedad. Nadie tendrá nunca el derecho de adquirir este espacio por usucapión.

Ley 4.- Si algunas personas están en la posesión de campos colindantes, y un conflicto se presenta referente a sus límites, el Pretor designará a tres árbitros, que tomarán el conocimiento del caso, y, después de que se hayan establecido los límites, se asignará a cada propietario su derecho correspondiente.

Ley 5.- Si el árbol colocado en linde de un campo se inclina o cae sobre el del vecino, deberá su dueño cortar todas las ramas que suban más de quince pies.

Ley 6.- Si los frutos del árbol colocado en el linde de un campo caen al del vecino, el dueño de aquel puede entrar en éste y recogerlos.

Ley 7.- Si el agua pluvial ocasiona daño a un campo por causa de algún artefacto, conducto o cobertizo construido en el campo vecino, que las arroja de éste a aquél con excesiva violencia, el Pretor nombrará tres árbitros para que conozcan de este hecho y calcular el daño; y el causante queda obligado a reparar los perjuicios ocasionados.

Ley 8.- Teniendo algún terreno la servidumbre de vía (esto es, que por él pueda pasar otro con una carro tirado de animales) deberá dejarse una camino de ocho pies de ancho, si fuese en línea recta, y de diez y seis, si el camino fuese tortuoso.

Ley 9.- Si el camino no estuviese franco, como debe estarlo por parte del predio o predios sirvientes, el que tiene derecho a la servidumbre de vía llevará su carro por donde quiera sobre los terrenos sujetos a ella.

TABLA IX.

DEL DERECHO PÚBLICO.

Ley 1.- A ningún ciudadano puede concedérseles privilegios especiales.

Ley 2.- El deudor que ha salido del poder de su acreedor, el que se ha conservado constante en gracia del pueblo Romano, y el que habiéndola perdido vuelve a ella de buena fe, tendrán los mismos derechos que los ciudadanos romanos libres.

Ley 3.- El juez o árbitro que nombrado para juzgar un negocio recibiese dinero de alguna de las partes para favorecerle, será castigado con la pena capital.

Ley 4.- Para condenar a un ciudadano a muerte, o quitarle algunos de los derechos de la ciudad, de libertad o de familia, se necesita una declaración solemne del pueblo romano, reunido en comicios por centurias.

Ley 5.- Los *quaestores parricidii*,(1) que son los jueces de estos procesos capitales, serán nombrados por el pueblo.

(1*) "Quæstores Paricidii."* Estos funcionarios realizaban tres funciones: de detectives, de fiscales del Estado, y de verdugos. Fueron designados originalmente por el rey, y, luego en la república, por los cónsules. Era su deber investigar y procesar crímenes capitales, tales como incendio provocado, asesinato, brujería, y la destrucción de las cosechas crecientes, que en épocas antiguas eran castigados con muerte. Convocaban al "*Comitia"*, o a "la asamblea de la gente", para realizar el proceso de un delincuente, y ejecutaban la sentencia después de que hubiera sido pronunciada.

Ley 6.- Si alguno excitase de noche conmociones o motines en la ciudad, será condenado a muerte.

Ley 7.- Si alguno llamase a los enemigos contra el pueblo Romano o les entregase algún ciudadano, será condenado a muerte.

TABLA X.

DEL DERECHO SAGRADO.

Ley 1.- Ningún cadáver puede ser enterrado ni quemado dentro de la ciudad.

Ley 2.- Se prohíben funerales dispendiosos, y las escenas demostrativas de llanto y de sentimiento.

Ley 3.- Cuando una familia adopta ritos religiosos privados cada miembro de ella puede, desde luego, hacer uso siempre de ellos. Nadie, de aquí en adelante, excederá el límite establecido por estas leyes para la celebración de ritos fúnebres.

Ley 4.- Los leños que han de formar la hoguera en que se queme el cadáver serán tales como se saquen de los árboles, y no pulimentados ni trabajados.

Ley 5.- Cuando un cadáver se prepara para el entierro en el país, permitirán a no más de tres mujeres con sus cabezas cubiertas con velos de luto para llevar a cabo este servicio. El cuerpo se puede envolver en trajes púrpuras, y cuando sea llevado afuera, diez tocadores de flauta, a lo más, acompañarán al cortejo fúnebre.

Ley 6.- Las mujeres no se arañarán el rostro, ni harán gritos ruidosos de sentimiento.

Ley 7.- No se tomará ningún hueso del cuerpo de una persona que sea muerta, o de sus cenizas después de la cremación, para poder llevar a cabo otra vez ceremonias fúnebres a otra parte. Cuando, sin embargo, cualquier persona muere en un país extranjero, o se mata en guerra, una parte de sus restos se puede transferir al lugar del entierro de sus antepasados.

Ley 8.- No se perfumarán con unturas los cadáveres de los esclavos; y se prohíben las comidas en toda clase de entierros.

Ley 9.- Las guirnaldas grandes no serán llevadas en un entierro; ni los perfumes serán quemados en los altares.

Ley 10.- Cualquier persona que por sus méritos ha ganado una guirnalda, ya sea como recompensa del valor en guerra, o como vencedor en competencias o juegos públicos, si él la ha obtenido con sus propios esfuerzos o por medio de otros en su propio nombre, y con su propio dinero, a través de sus caballos, o sus esclavos, tendrá el derecho a tener dicha guirnalda colocada sobre su cadáver, o sobre la de cualesquiera de sus antepasados, mientras el cadáver esté en su hogar, así

como cuando se lleva lejos; de modo que, durante sus exequias, él pueda disfrutar del honor que en el curso de la vida adquirió por su valor o su buena fortuna.

Ley 11.- No se verterá ningún vino condimentado con mirra, o ninguna otra bebida preciosa, sobre un cadáver mientras se está quemando; ni la pila fúnebre será asperjada con el vino.

Ley 12.- A ningún cadáver se le podrá hacer más de un funeral y de un sepulcro.

Ley 13.- Ninguna cosa de oro se gastará en la sepultura del difunto, ni se enterrará con él, a no ser que sus dientes estén sujetos con este metal, en cuyo caso se quedará en el cadáver.

Ley 14.- No pueden construirse sepulcros a menor distancia de sesenta pies de cualquier casa, a no ser que lo consienta el dueño de ella.

Ley 15.- Nadie puede usucapir un sepulcro, ni el lugar donde un muerto ha sido quemado.

TABLA XI.

SUPLEMENTO A LAS CINCO PRIMERAS TABLAS.

Ley 1.- Los asuntos de gran importancia no serán tramitados sin el voto de la gente, así como también en la designación de magistrados, de condenar a ciudadanos, y de decretar leyes. Las leyes promulgadas posteriormente toman siempre preferencia sobre las anteriores.

Ley 2.- Los que pertenecen a la orden senatorial no pueden contraer unión con plebeyos.

TABLA XII.

SUPLEMENTO A LAS CINCO ÚLTIMAS TABLAS.

Ley 1.- No puede consagrarse a los dioses una cosa cuya pertenencia se está litigando. El que lo hiciere, queda sujeto a la pena del duplo.

Ley 2.- Si alguno se hubiese apropiado de mala fe la posesión de una cosa que otro le disputa, el Pretor nombrará tres árbitros para decidir este asunto; y a arbitrio de ellos será condenado el poseedor de mala fe a la prestación de dobles beneficios.

Ley 3.- Si un esclavo robase o causase algún otro daño a sabiendas de su amo, éste puede darle en *noxa* por el daño causado.

FIN DE LA LEY DE LAS DOCE TABLAS.

SOBRE
LAS LEYES.

Marco Tulio Cicerón

Marco Tulio Cicerón

Marco Tulio Cicerón, en latín Marcus Tullius Cicero «pronunciado en latín como kíkero» «3 de enero del 106 a. C. - 7 de diciembre del 43 a. C.» fue un jurista, político, filósofo, escritor y orador romano.

Es considerado uno de los más grandes retóricos y estilistas de la prosa en latín de la República romana.

Cedant arma togae: "que se rindan las armas a la toga."

El buen ciudadano es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretenda hacerse superior a las leyes.

BIOGRAFÍA

Primeros Años.

Marco Tulio Cicerón nació el 3 de enero de 106 a. C. en Arpinum «la actual Arpino», ciudad ubicada a unos 100 km. al sudeste de Roma. En la ciudad, de origen volsco pero conquistada por Roma en el 305 a. C., sus habitantes habían recibido la ciudadanía romana en el 188 a. C., por lo que adoptaron el latín como lengua «idioma del que Cicerón llegaría a ser maestro». Al extenderse la ciudadanía romana a todos los aliados de Italia, aunque no hubieran nacido en Roma, Cicerón era *cives romanus* de pleno derecho, y como tal, pertenecía a efectos legales y electorales a la tribu Cornelia.

La familia de Cicerón pertenecía a la pequeña nobleza local, *domi nobiles*, pero no tenía ninguna relación con la clase senatorial romana. El padre de Cicerón, llamado J. C. Marco Tulio Cicerón, era un acomodado caballero «eques», cuya riqueza y, por lo tanto, su status, se basaba principalmente en la propiedad de tierras, dedicadas a la actividad agropecuaria. A pesar de estar semi-incapacitado para ejercer cargos políticos compensó esta circunstancia realizando exhaustivos estudios. La madre de Cicerón se llamaba Helvia, pero poco más se sabe acerca de ella; según una carta del hermano de Cicerón, Quinto Tulio Cicerón, se la puede considerar como un ama de casa proveniente de buena familia, la típica matrona romana.

En este periodo de la historia romana, todas las personas cultas eran bilingües, hablando tanto latín como griego. La élite romana prefería el griego, debido a que se consideraba como una lengua más desarrollada y más rica en matices que el latín. Afortunadamente para la carrera de Cicerón, la enseñanza del griego se desarrollaba inclusive en las escuelas primarias de Arpino. Años más tarde, al desarrollar sus estudios retóricos, Cicerón usó el idioma griego, pues la mayoría de los grandes maestros retóricos de este periodo provenían de la Hélade.

Tras su aprendizaje en la escuela primaria, Cicerón y su hermano Quinto marcharon a Roma a finales de los años 90 a. C. Bajo la tutela del famoso orador, Lucio Licinio Craso Orator, accedieron a un nivel superior en su proceso educativo, en el que la retórica y la filosofía ejercían un papel primordial, lo que significa que entraron en contacto con maestros especialmente cualificados, probablemente griegos.

A través de Craso, Cicerón conoció a Arquias, poeta procedente de Antioquia. De él aprendió lo fundamental sobre la literatura griega y el gusto por la poesía.[7] Bajo esta influencia escribió su primera poesía Pontius Glaucus «Glauco Marino», que se ha perdido completamente. Posiblemente la compuso en el 92 a. C., cuando contaba con 14 años, lo que confirmaría la afirmación de Plutarco de ser un alumno sobresaliente y precoz.

Muy probablemente al año siguiente, el 91 a. C., Cicerón dejo de usar la toga praetexta, símbolo de la adolescencia, y empezó a usar la toga virilis, lo que significaba el comienzo de su vida adulta y asunción de sus derechos y obligaciones como ciudadano. Este momento fue aprovechado por su padre para que aprendiera las bases del derecho romano, eligiendo a uno de los hombres públicos más prestigiosos del momento, Quinto Mucio Escévola, para que le enseñase.

Entre los pupilos de Escévola se encontraban Gaius Marius Minor «Cayo Mario el joven; hijo de Cayo Mario, el siete veces cónsul de Roma», Servius Sulpicius Rufus «Servio Sulpicio Rufo» y Titus Pomponius Aticus «Tito Pomponio Ático». Estos dos últimos serían amigos durante toda la vida de Cicerón, especialmente Pomponius «llamado Ático por su larga estancia en Atenas», y que se convertiría en el más allegado y confidente de Cicerón hasta su temprana muerte.

A finales de los años 90 a. C. y principios de los 80 a. C., Cicerón descubrió su amor por la filosofía, disciplina que tendría un gran papel en su vida: eventualmente seria el responsable de la introducción de la filosofía griega entre los romanos. El primer filósofo con el que tuvo contacto fue el epicúreo Fedro, cuando éste visitó Roma en el 91 a. C.: su amigo Ático se convertiría en un epicúreo para el resto de su vida, pero a Cicerón no le convenció de igual forma.

El 87 a. C., Filón de Larisa, jefe de la Academia Platónica de Atenas, visitó Roma. Cicerón le escuchó entusiastamente y se empapó de toda la filosofía platónica. Lo que más admiraba en Platón era su seriedad moral y política, pero también la amplitud de su intelecto. Aun así, la Teoría Platónica de las Ideas fue algo que Cicerón nunca pudo aceptar.

En los años en que Cicerón perfeccionaba sus estudios, estalló la Guerra Social o Guerra de los Aliados entre Roma y algunos de sus aliados itálicos. Puesto que en la Roma republicana los jóvenes aspirantes a una carrera política habían de servir durante algunos años en la legión «generalmente ocupando alguno de los puestos de tribuno», a Cicerón no le quedó más remedio que incorporarse, el año 89 a. C., al cuerpo del ejército que luchaba en el frente septentrional bajo el mando del cónsul Cneo Pompeyo Estrabón. Como tribuno, Cicerón era miembro de pleno derecho del estado mayor del cónsul, pero sus aportaciones militares debieron de ser pequeñas: él mismo dice que fue a la guerra para no renunciar a la anhelada gloria como orador

a la que aspiraba, ya que no tenía mayores aptitudes castrenses, pues en esa época era extremadamente delgado y débil.

Cicerón empezó su carrera pública como abogado el año 81 a. C. Era un pleito civil en el que Publio Quincio, su cliente, reclamaba que se le entregara una herencia que retenía como propia un tal Nervo, aunque no conocemos el desenlace del caso.

Pero no fue sino hasta el siguiente año, el 80 a. C., cuando Cicerón obtuvo su primera oportunidad de intervenir en un juicio de alto interés público, al ejercer la defensa de Sexto Roscio por parricidio. La importancia del caso venía dada porque lo que estaba en juego eran las propiedades del difunto, pues dos de sus parientes y Crisógono, liberto próximo a Sila, habían logrado incluir al ya fallecido padre de Roscio en la lista de proscritos, y al acusar de parricidio al hijo le impedirían tomar la herencia.

Para enfrentar este caso, que tenía notorias implicaciones a pesar de que Lucio Cornelio Sila ya había renunciado a la dictadura, Cicerón dividió su argumentación en tres partes: en la primera, defendía a Roscio, demostrando que él no cometió el crimen; en segundo lugar, atacó a los presuntos culpables del delito -uno de ellos pariente de Roscio-, argumentando acerca de cómo el delito era culpa de ellos y no de su defendido; por último, atacó a Crisógono, declarando que el padre de Roscio fue asesinado para obtener sus propiedades a un bajo precio, remarcando al mismo tiempo que exoneraba de cualquier responsabilidad a Sila. La estrategia tuvo éxito, transformándose inmediatamente en un célebre abogado y orador.

A pesar de la victoria, y por seguridad ante eventuales represalias políticas «aunque posiblemente también por deseos de perfeccionarse en los estudios», Cicerón realizó el 79 a. C. un largo viaje por el Mediterráneo oriental donde fue discípulo de Fedro el Epicúreo, de Filón el Académico, de Diodoto, de Antíoco de Ascalón, de Zenón y de Posidonio. Esta multiplicidad de maestros hizo que Cicerón aplicara distintas concepciones a los problemas filosóficos. Sus planteamientos relativos a la moral estaban cercanos al estoicismo, mientras que en gnoseología defendía un escepticismo moderado; todas estas influencias y lecturas darán al cabo en el eclecticismo y en él sintetizará la tradición griega rescribiéndola en latín.

Carrera política

De vuelta a Roma en 77 a. C., retomó su profesión de abogado, lo que le ayudó en su promoción política, hasta que en 74 a. C. se incorporó al Senado tras su elección como cuestor, con destino en la Provincia de Sicilia, que desempeñó con la eficacia que siempre le caracterizó.

Acabado su mandato como cuestor, regresó a Roma, donde continuó ejerciendo de abogado y destacó en diversos procesos, de los cuales quizá el que mayor fama le dio fue el sostenido contra Verres.

En el año 70 a. C., los habitantes de Sicilia, probablemente recordando su etapa como cuestor en la isla, rogaron a Cicerón que se hiciera cargo del proceso contra Verres, el corrupto gobernador de la provincia que había saqueado la misma a placer en su propio beneficio, cometiendo numerosos abusos de poder. Cicerón corrió un gran riesgo, ya que Verres pertenecía a los patricios y a los optimates y tenía amigos poderosos. No obstante, llevó el caso con tal brillantez que el abogado de Verres, Quinto Hortensio Hórtalo «uno de los más eminentes abogados de la época», le recomendó autoexiliarse en la ciudad de Marsella incluso antes de que el proceso hubiera concluido, a fin de evitar una más que probable condena. Cicerón, que contaba entonces con treinta y seis años, se convirtió en el abogado más reputado de Roma, paso esencial para ascender en la carrera política para un *"homo novus"*.

Elegido Pretor a los 39 años, en el sorteo que se celebraba entre los 8 pretores nombrados no obtuvo el cargo de pretor urbano «el más codiciado», que fue a caer a manos de Antonio Hybrida, sino el menos importante y lucido de presidente del tribunal de extorsiones, que tan bien conocía por haber defendido en él numerosos casos, como el citado de Verres. Ese era el escalón necesario para que en el año 62 a. C. presentara oficialmente su candidatura a cónsul.

Cicerón fue elegido cónsul el 63 a. C., junto con Cayo Antonio Hybrida; en las mismas elecciones sería elegido como pretor Cayo Julio César. Si bien las simpatías de Cicerón se dirigían hacia el partido de la nobleza senatorial «los optimates», no dejaba de ser un *homo novus*, atacado por ello desde uno y otro bando: unos, por envidia y otros por desdén. Quizá para ganarse la confianza de los optimates y de su líder Pompeyo, se enfrentó a los seguidores del partido popular, representado, entre otros, por el propio César.

Durante su mandato denunció y reprimió la conjura del que había sido candidato a cónsul por los optimates, Lucio Sergio Catilina, contra quien compuso sus famosas Catilinarias, discursos en que denunciaba la conspiración que éste encabezaba, y que fueron pronunciados ante el Senado. Aunque trató de que la responsabilidad de la pena de muerte dictada contra los conspiradores fuera compartida por el Senado, desde ciertos sectores «cercanos a César» se le achacó demasiada dureza en la represión de los sublevados, y hubo de exiliarse el 58 a. C. Tras un año emigrado en Macedonia, Pompeyo le perdonó y pudo regresar.

En el año 51 a. C. aceptó el cargo de procónsul de la provincia romana de Cilicia, regresando a Roma en el 50 a. C. Apoyó a Pompeyo contra César en la guerra civil, al parecer porque le creía más cercano a las ideas republicanas. Sin em-

bargo, al vencer César finalmente en el 48 a. C., Cicerón comprendió que era inútil toda oposición, y César le perdonó, quizá debido a su gran prestigio como escritor y pensador o quizá porque César gustaba de mostrar su magnificencia perdonando a sus enemigos señalados.

Comprendiendo su delicada situación, Cicerón declinó toda actividad política y se dedicó a escribir. Soportó a duras penas la política cesariana, ya que era un republicano convencido; sin embargo, al ser asesinado César el 44 a. C., volvió a la política y se opuso con todas sus fuerzas al discípulo del dictador, Marco Antonio, escribiendo contra él sus famosas Filípicas e incluso estableciendo amistad con el hijo adoptivo de César, Cayo Octaviano César «Octavio Augusto», pero fue asesinado por los partidarios de Marco Antonio el año 43 a. C., que le mutilaron cortándole las manos y atándoselas al cuello.

OBRA

Escribió distintos diálogos sobre varios temas:

Laelius, sive De Amicitia, "Lelio, o Sobre la amistad" diserta sobre este tema afirmando que la única amistad posible es entre iguales y pondera la importancia de la misma para la felicidad humana, elevando su principio a lo más digno de la naturaleza humana.

En el diálogo, *Cato maior, sive De Senectute,* "Catón el Viejo, o Sobre la vejez" manifiesta los beneficios que proporciona una vejez sana y las ventajas que reporta en experiencia y sabiduría.

Conocido es también *De officiis* Sobre las obligaciones, obra que consta de tres libros, escritos en género epistolar. Estaban dirigidos a un "tú", que era su hijo Marco. El último libro es el más original y contiene un serio ataque contra los gobiernos dictatoriales; fue escrito cuando se hallaba huído de la persecución de Marco Antonio, poco antes de su muerte.

Como jurista Cicerón fue el mayor y más influyente de los abogados romanos de su época, usando de sus aptitudes en retórica y oratoria para sentar numerosos precedentes que fueron largamente usados. Como escritor, aportó al latín un léxico abstracto del que carecía, transvasó y tradujo numerosos términos del griego y contribuyó al idioma latín, transformándolo definitivamente en una lengua culta, apta para la expresión del pensamiento más profundo. Escribió numerosos Discursos, a veces agrupados por ciclos temáticos «las tres Catilinarias, las Verrinas,

las catorce Filípicas contra Marco Antonio...» y bastantes tratados sobre Retórica y Oratoria, como el *De oratore*.

En el siglo IV de nuestra era, la lectura del *De Hortensius* de Cicerón (obra actualmente perdida) despertó en la mente de San Agustín el espíritu de especulación. Durante el Renacimiento Cicerón fue uno de los modelos de la prosa y se leyeron ávidamente sus cuatro colecciones de cartas, conservadas y editadas por su secretario personal Tirón «al que se atribuye el perfeccionamiento de la taquigrafía», entre las cuales destacan las Epístolas *Ad Familiaris* «Cartas a los familiares», donde se perciben sus veleidades políticas, sus gustos filosóficos y literarios, y la vida cotidiana de su casa y de la Roma de su tiempo.

Casi toda su obra manifiesta una gran preocupación sobre cuál debe ser la formación del orador, que estima que ha de ser integral y emprenderse desde la cuna, en lo que tuvo por mayor seguidor en fechas muy posteriores a Marco Fabio Quintiliano.

Como moralista, defendió la existencia de una comunidad humana universal más allá de las diferencias étnicas «Humanismo» y la supremacía del derecho natural en su obra maestra, el De officiis o "Sobre las obligaciones" y se manifestó contra la crueldad y la tortura.

Como filósofo no le satisfizo ninguna escuela griega y prefirió adoptar el pensamiento del Eclecticismo, tomando lo mejor de unos y de otros. Contrario al escepticismo radical, sostenía la necesidad de conceptos innatos e inmutables necesarios para la cohesión social y los vínculos relacionales de los individuos. Sus ideas sobre religión, expresadas en *De natura deorum*, «Sobre la naturaleza de los dioses», revelan sus creencias y su apoyo al libre albedrío. Casi todos sus trabajos filosóficos deben mucho a fuentes griegas, que trata con familiaridad y enriquece con su propio juicio; fue, pues, un gran divulgador y preservador de la filosofía helénica.

En política fue un republicano convencido, absolutamente enemigo de la tiranía, y se le deben obras dialogadas como el *De re publica y De legibus* «"Sobre la república" y "Sobre las leyes"». Compuso además un tratado De gloria que no se ha conservado y cuyo rastro se pierde en las manos del humanista Francesco Petrarca, que alcanzó a leerlo en la Edad Media.

Listado de obras

- Los 16 libros de las Epistulæ ad familiares (escritas entre el 62 y el 43 a. C.) se agrupan por destinatarios.
- Epistulæ ad Atticum, igualmente en 16 libros (escritas entre el 68 y el 43 a. C.), dispuestos en su mayor parte por orden cronológico.
- Epistulæ ad Quintum fratrem, en 3 libros (escritas entre el 60 y el 54 a. C.), recogen las escritas entre Cicerón y su hermano Quinto.
- Epistolæ ad Marcum Brutum, originalmente recogidas en 9 libros.
- De oratore (acerca de la formación del orador).
- Orator (retrato del orador ideal).
- Brutus, historia de la elocuencia griega y romana.
- De optimo genere oratorum, que versa sobre el mejor tipo de elocuencia.
- Partitiones oratoriae se refiere a las divisiones de los discursos.
- Topica, sobre los lugares comunes de los discursos.
- Discursos judiciales de defensa (Pro Archia poeta, Pro Roscio Amerino, Pro Murena, Pro Milone...).
- Discursos judiciales de acusación (In Verrem, o Verrinas etc).
- De re publica, que propone como mejor sistema político el resultante de la fusión de la «monarquía», la «oligarquía» y la «democracia». El Libro VI incluye el «Sueño de Escipión», comentado por Macrobio.
- De legibus, sobre el derecho natural, las leyes sagradas y el orden estatal, así como sobre las funciones propias de los magistrados.
- Consolatio de la muerte de su hija Tulia, donde defiende la inmortalidad del alma.
- De finibus bonorum et malorum (Sobre el sumo bien y el sumo mal, contraposición de las teorías epicúreas, estoicas, platónicas y peripatéticas).
- De officiis (Sobre los deberes, quizá la obra maestra de Cicerón; el último de sus tres libros es el más personal, escrito en parte bajo su aversión contra la tiranía de Marco Antonio).
- Cato Maior De senectute (Sobre la vejez).
- Laelius De amicitia (Sobre la amistad).
- De natura deorum (Sobre la naturaleza de los dioses).

- De divinatione (Sobre la adivinación).
- De fato (Sobre el destino).
- Catilinarias y Filípicas.

Algunas Frases Célebres

Como hombre cultivado e inteligente, Cicerón produjo numerosas citas que se han usado habitualmente, sobre todo en los campos de la política y el derecho. Podemos señalar, de entre las más conocidas las siguientes:

- Cedant arma togae: "que se rindan las armas a la toga", para expresar la preponderancia que debe tener el poder civil sobre el militar.
- El buen ciudadano es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretenda hacerse superior a las leyes
- Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?: "¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?", usada para quejarse de que algo está reclamando una paciencia infinita y que ésta está a punto de terminarse.
- La fuerza es el derecho de las bestias
- O tempora, o mores!: "¡Oh tiempos, oh costumbres!". Usada como queja para señalar que se han perdido las buenas costumbres de nuestros antepasados.

SOBRE LAS LEYES.

LIBRO PRIMERO.

I

Atico.- Ciertamente, se reconoce aquel bosque y aquella encina de Arpino, frecuentemente leídos por mí en el Mario (1). Si aquella encina permanece; esto es, en verdad, porque es muy vieja.

Quinto.- Permanece, verdaderamente, Atico nuestro, y siempre permanecerá; porque fue plantada por el ingenio, y por el cultivo de ningún agricultor puede ser sembrado un árbol tan duradero como por el verso de un poeta.

Atico.- ¿De qué modo, en fin, Quinto? y ¿qué es eso que siembran los poetas? Porque me pareces, alabando a tu hermano, darte tu voto (2).

Quinto.- Sea así enhorabuena. Sin embargo, mientras hablen las letras latinas, no faltará a este lugar una encina que sea dicha de Mario, y ella, como afirma Scévola (3) del Mario de mi hermano, encanecerá por siglos innumerables. Si no es que por casualidad ha podido tu Atenas tener en la ciudadela su olivo sempiterno (4), o, porque el Ulises de Homero dijo haber visto él en Delos una palma grande y flexible (5), muestran hoy la misma; y muchas otras cosas permanecen por conmemoración en muchos lugares por más tiempo que pudieron estar por naturaleza. Por lo cual, aquella encina glandífera, de la que en otro tiempo echó a volar, la dorada mensajera de Júpiter, vista con admirable figura. Ahora sea ésta; pero cuando la tempestad o la vetustez la haya consumido, habrá, con todo, en estos lugares una encina a la cual llamen encina de Mario.

Atico.- No lo dudo, ciertamente; pero, no ya de ti, Quinto, sino del poeta mismo; quiero saber esto: si hayan plantado tus versos esa encina, o hayas aprendido el hecho de Mario; tal como escribes.

Marco.- Te responderé, en verdad; pero no antes que me hayas respondido tú mismo, Atico, si, ciertamente, no lejos de tu casa, paseando Rómulo, después de su muerte, dijere a Julio Próculo que él era un dios, y que se llamaba Quirino, y mandare que en aquel lugar le fuera dedicado un templo (6); y en Atenas, no Iejos asimismo de aquella antigua casa tuya, arrebatare a Oritia el Aquilón (7); porqué así se ha transmitido.

Atico.- ¿Para qué, en fin, y por qué preguntas esas cosas?

Marco.- Para nada, ciertamente, sino para que no inquieras demasiado díligentemente en aquellas cosas que de ese modo hayan sido entregadas a la memoria.

Atico.- Pero muchas cosas que hay en el Mario son indagadas si sean fingidas o verdaderas; y por algunos se pide de ti aun severidad, porque debe exigirse, ya en una memoria reciente, ya en un hombre de Arpino.

Marco.- Y yo deseo ¡por Hércules! no ser reputado yo mentiroso; pero, sin embargo, Tito, lo hacen imperitamente esos algunos que exijan en ese ensayo la verdad, no como de un poeta, sino como de un testigo. Y no dudo que no reputen ellos mismos, ya que Numa tuvo coloquios con Egeria, ya que fue puesto un bonete a Tarquinio por un águila.

Quinto.- Entiendo, hermano, reputar tú que unas leyes han de ser observadas en una historia, otras en un poema.

Marco.- Si, como quiera que en aquélla se refieran á la verdad cada una de las cosas, en éste a la delectación la mayor parte. Aunque tanto en Herodoto, el padre de la historia, como en Teopompo, hay innumerables fábulas.

Notas:

(1) Arpino (Arpinum), en el Lacio, fue patria de Cicerón, y en una aldea inmediata, Cereate, nació Mario. En honor de éste escribió aquél en su primera juventud un poema del que nos quedan unos pocos versos, en los cuales se encuentra precisamente el pasaje en que Mario, desterrado, pasando por el bosque de Arpino, ve que un águila remonta el vuelo desde una encina, llevando una serpiente en las garras, a la que destroza a picotazos, arrojándola a tierra ensangrentada, y, ante aquel espectáculo, cobra Marío nuevos ánimos.

(2) Esto es, alabarte a ti mismo, porque Quinto era también poeta.

(3) No se sabe si el augur o el pontifice, pero es lo más probable que se trate del primero.

(4) El que, según la tradición, había hecho surgir Atena, cuando se verificó el certamen en que, para merecer el honor de dar su nombre a la ciudad, ella y Neptuno procuraron ofrecer la cosa más útil, dando éste como tal el caballo.

(5) Aquella bajo la cual Latona había dado a luz a Diana y a Apolo.

(6) En el Quirinal, nombre derivado de Quirino, y donde se habia verificado la aparición y edificado el templo, estaba situada la casa Panfiliana, que habitaba Atico.

(7) Según la leyenda, Aquilón ó Bóreas (el viento del Norte) arrebató a Oritia, hija del rey de Atenas Erecteo, junto al río Iliso o al monte Areópago.

II

Atico.- Tengo la ocasión que deseaba, y no la dejo.

Marco.- ¿Cuál, en fin, Tito?

Atico.- Se pide de ti ya hace tiempo, o se exige más bíen, una historia. Porque piensan así, que, tratándola tú, puede efectuarse que en nada cedamos a la Grecia

aun en este género. Y para que oigas que sienta yo mismo, no sólo me parece deber este presente a los estudios de aquellos que se deleitan con las letras, sino también a la patria, para que ella, que ha sido salvada por ti, haya sido adornada por ti mismo. Porque falta la historia a nuestras letras, según entiendo yo mismo tanto como oigo de ti con mucha frecuencia. Y, ciertamente, puedes tú satisfacer en ella, tanto más cuanto que, según suele, en verdad, parecerte, es esa una obra grandemente oratoria. Causa por la cual, comienza, te rogamos, y consume tiempo para esta faena, que ha sido hasta aquí o ignorada o abandonada por nuestros hombres. Porque después de los anales de los pontífices máximos, más agradable (1) que los cuales nada puede ser, como vengas o a Fabio (2), o a aquel que para ti siempre está en la boca, a Catón (3), o a Pisón (4), o a Fanio (5), o a Venonio (6), aunque de ellos uno tiene más de fuerzas que otro, sin embargo, ¿qué tan flojo como todos esos? Y Antipater (7), conjunto de Fanio por la edad, sopló un poco más vehementemente, y tuvo él, ciertamente, unas fuerzas agrestes y hórridas, sin brillo ni escuela; pero, con todo, pudo advertir a los restantes, para que escribieran más cuidadosamente. Pero he aquí que sucedieron a éste los Gelios (8), Clodio (9), Aselión (10), que en nada imitaron a Celio, sino más bien la languidez e insipiencia de los antiguos. En efecto, ¿por qué he de contar a Macro? (11) la locuacidad del cual tiene algo de argucias, no ello, sin embargo, de las de aquella erudita abundancia de los griegos, sino de las de librerillos latinos; y, en los discursos, prolijo e inconveniente hasta una extrema impertinencia. Sisena (12), amigo de él, ha superado fácilmente a todos nuestros escritores hasta aquí, si no es acaso los que todavía no han editado, de los cuales no podemos juzgar. Y no ha sido tenido él, sin embargo, nunca como orador en vuestro número; y en historia busca una cosa pueril; puesto que parezca haber leído de los griegos al solo Clitarco (13), y no a ninguno además; querer imitar, en fin, solamente a él; si pudiera alcanzar al cual, estaría lejos, con todo, algún tanto de lo mejor. Por lo cual, es oficio tuyo; eso se espera de ti; si no es que a Quinto parece algo de otra manera.

Notas:

(1) Este calificativo puesto en boca de Atico parece ser irónico, pues los anales de los pontifices, si notables por su exactitud, eran, como nuestros antiguos cronicones, de una forma descarnada y seca.

(2 Quinto Fabio Píctor, del tiempo de la segunda guerra púnica, escribió en griego unos Anales de la historia romana, que íban desde la llegada de Eneas a Italia hasta la época del autor, y de los que no quedan sino escasos fragmentos.

(3) Marco Porcio Catón, llamado el Censor y el Viejo (234-149), para distinguirlo de su biznieto del mismo nombre, apellidado de Útica o el Joven, escribió como historiador un tratado acerca de Los origenes romanos, que completamente se ha perdido.

(4) Lucio Calpurnio Pisón; llamado Frugi (hombre de bien), fue contempóraneo y enemigo de los Gracos.

(5) Cayo Fanio, yerno de Lelio, es uno de los interlocutores de La República y de La Amistad.

(6) De este historiador no se conoce mas que el nombre.

(7) Celio Antipater, contemporáneo de los Gracos, escribíó una historia de la segurida guerra púnica, de la que quedan algunos fragmentos.

(8) Sexto y Cueo Gelio, citados por Cicerón y Dionisio de Halicarnaso como analistas dignos de escaso crédito.

(9) Clodio Licinio, elogiado por Tito Livio, vivió en la primera mitad del siglo II.

(10) Estuvo con Scipión como tribuno militar en el sitio de Numancia, y escribió una especie de memorias.

(11) Cayo Licinio Macer. Acusado de concusión. se dió muerte en el año 66.

(12) Lucio Cornelio Sisena. Compuso una historia en que narraba de un modo particular la guerra social y la de Slla. Fue amigo de Varrón, de Cicerón y de Atico, y rival, en el foro, de Hortensio y de Sulpicio, a los que no pudo igualar.

(13) Fue uno de los historiógrafos que acompañaron a Alejandro en su expedición al Asia, y escribió la relación de la misma.

III

Quinto.- A mí nada, en verdad; y frecuentemente hemos hablado juntos de eso. Pero hay entre nosotros una pequeña dísensión.

Atico.- ¿Cuál, en fin?

Quinto.- De qué tiempos tome el principio de escribir. Porque yo opino que de los más apartados, ya que aquellas cosas han sido escritas de tal modo, que no se lean, ciertamente; pero él mismo pretende una memoria contemporánea de su edad, para que abrace aquellas cosas en las cuales ha intervenido él mismo.

Atico.- Yo, verdaderamente, a esto más bien asiento. Porque hay las cosas más grandes en esta memoria y edad nuestra. Y, además, ilustrará las glorias de un hombre muy amigo, de Cn. Pompeyo; incurrirá también en aquel mismo memorable año suyo (1); mas quiero que sean contadas por éste las cuales cosas que como dicen de Remo y Rómulo.

Marco.- Entiendo, ciertamente, que se pretende de mí esa labor ya hace tiempo, Atico; la cual no rehusaría si me fuera concedido algún tiempo vacuo y libre. Porque ni con la actividad ocupada, ni con el ánimo impedido, puede ser emprendida una cosa de tanta importancia. Es necesaria una y otra cosa, estar vacante, tanto de cuidado como de negocio.

Atico.- ¿Qué? para las demás cosas «que has escrito más numerosas que ninguno de los nuestros» ¿qué tiempo vacuo, en fin, te ha sido concedido?

Marco.- Vienen algunos espacios de sobra, los cuales yo no dejo perder, para que, como hayan sido dados algunos días para estar en el campo, se acomoden al número de ellos las cosas que escribimos. Pero la historia, ni puede emprenderse sin ocio preparado, ni acabarse en tiempo exiguo; y yo suelo estar suspenso de ánimo

cuando transfiero a otra ocasión lo que una vez he empezado, y no enlazo tan fácilmente las cosas interrumpidas como termino las comenzadas.

Atico.- Ese discurso pide, sin duda, alguna legación o alguna dejación libre y ociosa de esa índole.

Marco.- Yo, verdaderamente, me confiaba más bien a la vacación de la edad (2), principalmente cuando no rehusaría en modo alguno que, sentado en mi solio a usanza patria, respondiese a los consultantes, y cumpliera con la función grata y honesta de una vejez no inerte. Así, ciertamente, me sería lícito dar cuanto de obra quisiera, tanto a esa labor que deseas, como a muchas más fértiles y mayores.

Notas:

(1) El 63, en que, siendo Cónsul, descubrió y desbarató la conjuración de Catilina.

(2 El servicio militar dejaba de ser obligatorio a los cincuenta años y a los sesenta la asistencia a las sesiones del Senado.

IV

Atico.- Pues temo no sea que nadie reconozca esa causa; y siempre haya necesidad de hablar para ti; y más por esto, porque te has mudado tú mismo, y has instituído otro género de hablar; puesto que, al modo que Roscio (1), tu familiar, había bajado en la vejez las medidas en el canto, y había hecho más tardas a las flautas mismas, así tú disminuyes cotidianamente algo de los sumos esfuerzos de que solías usar, para que un discurso tuyo no diste ya mucho de la lenidad de los filósofos. Como parezca poder sostener lo cual aun una suma vejez, ninguna vacación veo que se te dé de las causas.

Quinto.- Pues ¡por Hércules! yo pensaba que ello podía ser aprobado por nuestro pueblo, si te hubieras dado a responder el derecho. Causa por la cual creo que hay para ti necesidad, cuando te plazca, de hacer experiencia.

Marco.- Eso, si, ciertamente, Quinto, ningún peligro hubiera en hacer experiencia. Pero temo no aumente la labor cuando quiera disminuirla, y a aquella obra de las causas, a la cual yo nunca accedo sino preparado y meditado, se junte esta interpretación del derecho, la cual no sería tan molesta para mí por la labor, sino porque apartaría el pensamiento de hablar, sin el cual nunca me he atrevido a acceder a ninguna causa mayor.

Atico.- ¿Por qué no nos explicas, pues, esas mismas cosas en estos espacios, como dices, de sobra, y escribes acerca del derecho civil más sutilmente que los demás? Porque me acuerdo que desde el primer tiempo de tu edad te aplicabas al

derecho, cuando yo mismo iba también con frecuencia a casa de Scévola, y nunca me has parecido haberte dado de tal modo a hablar, que desdeñases el derecho civil.

Marco.- Me llamas a un largo discurso, Atico; el cual, sin embargo, emprenderé, si no es que Quinto quiere más que hagamos nosotros alguna otra cosa; y, puesto que estamos vacantes, hablaré.

Quinto.- Yo oiré verdaderamente con gusto. Porque ¿qué he de hacer más bien? y ¿en qué mejor he de consumir este día?

Marco.- ¿Por qué no proseguimos, pues, en aquellos paseos y asientos nuestros? donde, cuando se hubiere paseado bastante, descansaremos. Y no faltará, ciertamente, delectación a nosotros, que inquiriremos de una cosa otra.

Atico.- Vayamos, en verdad; y, ciertamente, place ir así por aquí, por la orilla y la sombra... Pero empieza ya a explicar, te ruego, qué sientes acerca del derecho civil.

Marco.- ¿Yo? que ha habido en nuestra ciudad sumos varones que han solido interpretarlo al pueblo y andar respondiendo; pero que ellos, habiendo prometido grandes cosas, se han empleado en cosas pequeñas. Porque ¿qué hay tan importante como el derecho de la ciudad? y ¿qué tan exiguo como es este oficio de aquellos que son consultados, aunque es necesario al pueblo? Y no estimo, verdaderamente, que aquellos que se han dedIcado a este oficio han sido desconocedores del derecho universal; pero en tanto han profesado ese que llaman civil en cuanto han querido proteger al pueblo (2). Pero aquél es desconocido, y menos necesario en el uso. Causa por la cual, ¿a dónde me llamas? y ¿a qué me exhortas? ¿A que confeccione libritos acerca del derecho de goteras y de paredes? (3) ¿o a que componga fórmulas de estipulaciones y de juicios? (4) las cuales cosas, de una parte, han sido escritas diligentemente por muchos, de otra, son más humildes que aquellas que reputo son esperadas por vosotros.

Notas

(1) Quinto Roscio, comediante famoso, que dió lecciones de accionado oratorio a Cicerón, el cual le defendió una vez en el foro

(2) El derecho civil, denominación con que hoy se designa el derecho privado, es, con arreglo a la etimología de la palabra (jus civile, jus civitatis), el derecho propio de una ciudad, de un estado; asi lo entendían los romanos, que lo distinguían del derecho natural (jus naturale), expresivo de los principios eternos de justicia más fundamentales, y del derecho de gentes (jus gentium), por el que se regulaban las relaciones en que intervenían quienes no eran romanos.

(3) Se referia el primero a recibir o no recibir una finca urbana el agua que caía del tejado de la del vecino, y el segundo a apoyar o no vigas en los muros medianeros, levantar o no los que quitasen visitas, y las demás cuestiones relativas á la contigüidad o comunidad de los mismos; todo lo cual era ocasión de frecuentes litigios.

(4) El carácter ritualista del pueblo romano se manifestaba en todos sus actos. De la propia manera que una ceremonia religiosa se invalidaba si se omitia o alteraba en su celebración el más mínimo detalle de los muchisimos que

para ella estaban prescritos, así también para las estipulaciones y los juicios estaban taxativamente determinadas las palabras que habían de emplearse, siendo nulo cuanto no se ajustaba estrictamente a lo prevenido. De aquí que esto se considerase como objeto más propio del estudio de los abogados que no el fondo mismo de las cuestiones jurídIcas.

V

Atico.- Pues si has de querer saber qué espere yo, ya que se ha escrito por ti acerca del mejor estado de una República, parece ser consiguiente que escribas tú mismo acerca de las leyes. Porque así veo haber hecho aquel tu Platón, a quien tú admiras, a quien antepones a todos, a quien máximamente estimas.

Marco.- ¿Quieres, pues, que, como él, al modo que describe, disputa con el cretense Crinias y con el lacedemonio Megilo, en un día estival, en los cipresales de Cnosos, y en los paseos silvestres, frecuentemente parándose, algunas veces descansando, acerca de las instituciones de las Repúblicas y de las mejores leyes, así nosotros, entre estos altísimos álamos, paseando por la verde y sombría orilla, y, después, sentándonos, inquiramos acerca de esas mismas cosas algo más copiosamente que pide el uso forense?

Atico.- Esas cosas deseo yo oir, en verdad.

Marco.- ¿Qué dice Quinto?

Quinto.- Acerca de ninguna cosa deseo más oir.

Marco.- Y rectamente, por cierto. Porque tened entendido así, que en ningún género de disputar se hace patente más con decoro lo que haya sido atribuído al hombre por la naturaleza; cuánta abundancia de cosas óptimas contenga la mente humana; por causa de cultivar y efectuar qué oficio hayamos nacido y sido sacados a la luz; cuál sea la unión de los hombres, y cuál la sociedad natural entre los mismos. Porque, explicadas estas cosas, puede hallarse la fuente de las leyes y del derecho.

Atico.- Reputas, pues, que la ciencia del derecho ha de ser bebida, no en el edicto del pretor, como los más ahora, ni en las Doce Tablas, como los antepasados, sino enteramente en lo íntimo de la filosofía.

Marco.- No inquirimos, ciertamente, Pomponio, en este discurso, esto, de qué modo nos guardemos en derecho, o qué respondamos acerca de cada consulta. Que sea esa, como es, una cosa importante; la cual, sostenida en algún tiempo por muchos claros varones, sostiénese ahora por uno solo con suma autoridad y ciencia (1); pero, para nosotros, en esta disputación, ha de ser abrazada toda la causa del derecho universal y de las leyes, de tal modo, que éste, que decimos civil, sea encerrado en un pequeño y angosto lugar de la naturaleza. Porque, para nosotros, ha de ser explicada la naturaleza del derecho, y ella ha de ser sacada de la naturaleza del hombre; han de ser consideradas las leyes por las que las ciudades deban ser

regidas; después, han de ser tratados esos derechos y mandatos de los pueblos, que han sido compuestos y escritos, entre los cuales no estarán ocultos, ciertamente, los de nuestro pueblo, que se llaman derechos civiles.

Notas

(1) Creése que Cicerón se refiere a Servio Sulpicio Rufo (105-43), que fue rival de Hortensio y de él mismo, y que en la epoca en que se escribió este diálogo estaba en el apogeo de su fama.

VI

Quinto.- Altamente, en verdad, y, como conviene, del punto capital, hermano, vas a buscar lo que inquirimos; y los que de otro modo enseñan el derecho civil, enseñan las vías, no tanto de la justicia como del litigar.

Marco.- No es así, Quinto, y más bien es la litigiosa la ignorancia del derecho que la ciencia. Pero estas cosas vendrán más tarde; veamos ahora los principios del derecho.

Pues ha placido a doctísimos varones partir de la ley; no sé si rectamente, si, con todo, según ellos mismos definen, la ley es la suma razón, ingerida en la naturaleza, que manda aquellas cosas que han de ser hechas, y prohibe las contrarias. Aquella misma razón, cuando ha sido confirmada y confeccIonada en la mente del hombre, es la ley. Y, así, estiman que la prudencia es una ley, de la cual sea aquella la fuerza para que mande obrar rectamente y vede delinquir; y reputan ellos que esa cosa ha sido llamada, con su nombre griego, de atribuir a cada cual lo suyo; yo que, con el nuestro, de escoger (1). En efecto, como ellos la de la equidad, así nosotros ponemos en la ley la fuerza de la elección; y, al fin, una y otra cosa es propia de la ley. Si lo cual es dicho rectamente, tal como a mí ciertamente suele parecerme las más veces, de la ley ha de ser traído el principio del derecho. Porque ella es la fuerza de la naturaleza; ella la mente y la razón del prudente; ella la regla del derecho y de la injuria. Pero puesto que todo nuestro discurso versa sobre una materia perteneciente al pueblo, será necesario hablar algunas veces a la manera del pueblo, y llamar, como el vulgo, ley a aquella que sanciona por escrito (2) lo que quiere, bien mandando, bien prohibiendo. Pero tomemos el principio de constituir el derecho de aquella ley suma que nació para todos los siglos antes que ley escrita alguna y que ciudad constituída enteramente.

Quinto.- Verdaderamente, es lo más cómodo y lo más sabio para el método del discurso empezado.

Marco.- ¿Quieres, pues, que vayamos a buscar el origen del derecho mismo desde su fuente? hallado el cual, no habrá duda adónde hayan de ser referidas estas cosas que inquirimos.

Quinto.- Así creo yo en verdad que debe hacerse.

Atico.- Adscríbeme también a la opinión de tu hermano.

Marco.- Pues toda vez que para nosotros hay necesidad de tener y conservar el estado de aquella República que Scipión, en aquellos seis libros (3), enseñó ser la mejor, y todas las leyes deben ser acomodadas a aquel género de ciudad, y las costumbres han de ser sembradas, y no todas las cosas sancionadas en escritos, iré á buscar la raiz del derecho en la naturaleza, siendo guía la cual hay para nosotros necesidad de que sea explicada toda disputación.

Atico.- Rectísimamente; y en modo alguno puede, por cierto, errarse con esa guía.

Notas

(1) La palabra griega equivalente a ley es nomos, derivada de nomo, atribuir. La palabra latina lex está formada de la raíz leg (lex = lecs, de leg-s), la cual expresa tanto la idea de elegir como la de leer; pero mientras Cicerón cree que es la primera la que se encuentra en el fondo de la palabra, los fllólogos modernos opinan que es la segunda, y que, por tanto, lex es cosa que se lee, esto es, precepto fijado por medio de la escritura; en oposición a mos (costumbre),que es el precepto que no ha sido escrito. Es digno de notarse que en las lenguas semiticas, ley es lo mismo que escritura.

(2) Aquí recoge Cicerón la idea corrieute en su tiempo de que la ley es lo escrito, lo que se puede leer. De los dos términos de que consta la definición de ley según esta etimologia, género próximo (precepto) y última diferencia (escrito), eliminándose el segundo, se ha venido a convertir la palabra ley en sinónima de precepto. Cicerón, en vez de seguir ese camino para llegar al cambio de acepción, couserva la última diferencia, que es lo expresado en el vocablo mismo, pero hace cambiar la acepción etimológica de éste, tratando de relacionar, algo violentamente, la que prefiere, con el concepto de la ley en general considerada como precepto.

(3) Los seis de que consta el tratado de La República del mismo Cicerón, escrito en forma de diálogo, del que Scipión Emiliano es el principal interlocutor.

VII

Marco.- ¿Nos concedes, pues, Pomponio (porque conozco la opinión de Quinto), esto, que toda la naturaleza está regida por la fuerza, la naturaleza, la razón, la potestad, la mente, el numen, a otra palabra que haya con que signifique más claramente lo que quiero, de los dioses inmortales? porque si no apruebas esto, hay para nosotros necesIdad prIncIpalmente de que la cuestión sea empezada por ello.

Atico.- Lo concedo en hora buena, si lo pretendes; porque, a causa de este concierto de las aves y estrépito de los ríos, no temo no me oiga alguno de mis condiscípulos (1).

Marco.- Pues hay que precaverse; porque suelen, lo cual es propio de varones buenos, irritarse mucho; y no han de tolerar, verdaderamente, que tú hayas traicionado el primer capítulo del óptimo libro, en el cual escribió el maestro que de nada se cuida un dios, ni suyo ni ajeno (2).

Atico.- Prosigue, te ruego; porque quiero saber a qué sea pertinente lo que te he concedido.

Marco.- No lo haré más tarde, porque es pertinente aquí. Este animal próvido, sagaz, múltiple, agudo, dotado de memoria, lleno de razón y de consejo, que llamamos hombre, ha sido engendrado por el Dios supremo en una preclara condición. Porque, de tantos géneros y naturalezas de animales, es él solo partícipe de la razón y del pensamiento, cuando los demás están todos privados. Y ¿qué hay, no diré en el hombre, pero en todo el cielo y la tierra, más divino que la razón? la cual, cuando ha crecido y se ha perfeccionado, se llama rectamente sabiduría. Hay, pues, toda vez que nada hay mejor que la razón, y ella existe tanto en el hombre como en Dios, una primera sociedad de razón para el hombre con Dios. Y entre los que es común la razón, entre esos mismos lo es también la recta razón. Como sea la cual la ley, los hombres hemos de ser reputados consociados también por la ley con los dioses. Además, entre los que hay comunidad de ley, entre ellos hay comunidad de derecho. Y aquellos para quienes hay entre ellos estas cosas comunes, deben ser tenidos también por de la misma ciudad. Si, verdaderamente, obedecen a los mismos imperios y potestades, aún mucho más. Ahora bien, obedecen a esta celeste ordenación, y a la mente divina y a un Dios prepotente; por lo que ya este universo mundo debe ser estimado una ciudad común de dioses y de hombres; y cuando en las ciudades, por una razón de la que se hablará en el lugar idóneo, se distinguen estados de familias por los parentescos, en la naturaleza de las cosas es ello tanto más magnificente y tanto más preciaro, cuanto que los hombres son tenidos por del parentesco y raza de los dioses.

Notas

(1) Quinto era estoico, y aunque su hermano no lo era puro, pues profesaba en filosofia un verdadero eclecticismo, estaban de acuerdo en este punto. No así Atico, que afectaba ser epicúreo. Los ríos de que se habla son el Liris (Garigliano) y el Fibrenus (Fibreno), entre los cuales estaba situada la casa de campo que Cicerón poseía en el país de su nacimiento, cerca de la cual se supone tenido el diálogo.

(2) El óptimo líbro a que aquí se hace referencia es el de los Principios fundamentales, de Epicuro, que no se posee, como ningún otro de los que escribió su autor.

VIII

En efecto, cuando se inquiere acerca de la naturaleza toda, suele sostenerse (y, ciertamente, las cosas son así, como se sostienen), haber surgido en los perpetuos cursos, en las conversiones celestes, una madurez de sembrar al género humano; el

cual, esparcido en las tierras y sembrado, fue enriquecido con el divino presente de las almas. Y, mientras los hombres tomaron de su género mortal las otras cosas, a las cuales están adheridos, que fueran frágiles y caducas, el alma, sin embargo, fue engendrada por Dios; por lo cual, verdaderamente, puede nombrarse por nosotros o el parentesco con los celestes, o el linaje o la estirpe. Y, así, de tantos géneros, ningún animal hay, fuera del hombre, que tenga alguna noticia de Dios; y, entre los hombres mismos, ninguna gente hay ni tan incivilizada ni tan fiera que, aun cuando ignore que Dios esté bien tener, no sepa, sin embargo, que debe tenerse. De lo cual se efectúa esto, que aquel que como que recuerde y conozca de dónde haya salido, reconozca a Dios. Pero, por otra parte, la virtud es la misma en el hombre y en Dios, y en ningún otro ingenio está además. Y la virtud ninguna otra cosa es que la naturaleza perfeccionada en sí misma y conducida a lo sumo. Hay, pues, para el hombre una semejanza con Dios. Como sea así lo cual, ¿qué, parentesco puede, finalmente, ser más cercano y cierto? Y, así, la naturaleza ha dado con largueza para las comodidades y usos de los hombres tanta abundancia de cosas, que aquellas que son producidas parezcan donadas a nosotros de propósito, no nacidas por casualidad; y no sólo aquellas que son derramadas por el parto de la tierra en vegetales y en frutos, sino también los animales; como sea perspicuo haber sido procreados en parte para el uso, en parte para el aprovechamiento, en parte para el comer de los hombres. Verdaderamente, artes innumerables han sido inventadas, enseñando la naturaleza; habiendo imitado a la cual, ha conseguido industriosamente la razón las cosas necesarias para la vida.

IX

Y no sólo esa misma naturaleza ha adornado al hombre mismo con la celeridad de la mente, sino que también le ha atribuído sentidos, como satélites y nuncios; y le ha explicado las inteligencias necesarIas de muchas cosas oscuras, como unos fundamentos de la ciencia (1); y le ha dado una figura de cuerpo hábil y apta para el ingenio humano. Porque, cuando había inclinado hacia el pasto a los demás animales, sólo al hombre ha puesto derecho, y le ha excltado a la contemplación del cielo, como de su famílla y pristlno domicilio; finalmente, ha formado el aspecto de su rostro de tal manera, que retratase en él las inclinaciones profundamente recónditas. En efecto, de una parte, los ojos, demasiado agudos, dicen de qué modo hayamos sido afectados de ánimo; de otra, ese que se llama el semblante, que en ningún animal, fuera del hombre, puede existir, indica las inclinaciones, la fuerza del cual han conocido los griegos, aunque no tienen absolutamente nombre para ella. Omito las conveniencias y aptitudes del resto del cuerpo, la modulación de la voz, la fuerza de la palabra, la cual es máximamente conciliadora de la sociedad humana.

Porque no todas las cosas son de esta disputación y momento; y Scipión expresó bastante este punto, según me parece, en aquellos libros que habéis leído.

Ahora, puesto que Dios ha engendrado y adornado al hombre, porque ha querido que sea el principio de las restantes cosas, que sea perspicuo esto (para que no sean disertadas todas las cosas), que la naturaleza progresa muy lejos por sí misma; la cual, aun no enseñándola nadie, habiendo partido de aquellas cosas, de las cuales, por una primera e incoada inteligencia, ha conocido los géneros, ella misma confirma y perfecciona por sí a la razón.

Notas

(1) Estas inteligencias necesarias (intelligentias necessarias) de que habla aqui Cicerón, son aquellos postulados de evidencia tan clara, que el tratar de demostrarlos produciría, en lugar de mayor claridad, confusión. Son los axiomas en que se basan, en último término, todas las ciencias, puesto que ellos están basados en sí mismos, y de tal manera parecen inherentes a la razón humana y no aprendidos o surgidos, que Platón les llamó por eso ideas innatas.

X

Atico.- ¡Dioses inmortales, cuán lejos vas a buscar tú los principios del derecho! y de tal modo que yo, no sólo no tenga prisa para aquellas cosas que esperaba de ti acerca del derecho civil, sino que toleraré fácilmente que tú consumas este día aun todo en ese discurso. Porque son mayores, probablemente, estas cosas, que por causa de otras hayas explicado, que aquellas mismas por causa de las cuales éstas se preparan.

Marco.- Grandes son, por cierto, estas cosas que ahora brevemente son tocadas; pero, de todas las que se revuelven en la disputación de los hombres doctos, nada es en verdad más importante que ser entendido claramente que nosotros hemos nacido para la justicia, y que no ha sido constituido el derecho por la opinión, sino por la naturaleza. Ello quedará patente al instante si considerares la sociedad y conjunción de los hombres entre ellos mismos. Porque nada es tan semejante lo uno a lo otro, tan par, como somos todos entre nosotros mismos. Porque si la depravación de las costumbres, si la variedad de las opiniones, no torciera y doblase la debilidad de los ánimos a cualquiera parte que hubiera comenzado, nadie seria él mismo tan semejante de si como todos son de todos. Y, así, cualquiera que sea la definición del hombre, vale una para todos. Lo cual es bastante argumento de que ninguna desemejanza hay en el género; si hubiera la cual, no contendría a todos una definición. Porque la razón, por cual sola aventajamos a las bestias, por medio de la cual nos valemos de la conjetura, argumentamos, refutamos, disertamos, confeccionamos algo, concluímos, ciertamente es común, diferente por la ciencia, por la facultad de aprender. En efecto, de una parte, todas las mismas cosas son percibidas por los sentidos; de otra, aquellas que mueven los sentidos, mueven de la misma ma-

nera los de todos; y las inteligencias incoadas, de las cuales antes he hablado, que están impresas en las almas, están impresas semejantemente en todas; y el lenguaje es un intérprete de la mente, discrepante en las palabras, congruente en las sentencias. Y no hay hombre de nación alguna, que, habiendo tomado a la naturaleza por guía, no pueda llegar a la virtud.

XI

Y no sólo en las cosas rectas, sino también en los vicios, es insigue la semejanza del género humano. En efecto, todos, por ejemplo, son cogidos por la voluptuosidad; la cual, aunque es el atractivo de la torpeza, tiene, sin embargo, algo semejante del bien natural; pues, deleitando por su lenidad y suavidad, es tomada así, por un error de la mente, como algo saludable. Y, por una ignorancia semejante, es rehuída la muerte, como una disolución de la naturaleza; es apetecida la vida, porque nos mantIene en el estado en que hemos nacIdo; se pone el dolor entre los más grandes males, ora por su aspereza, ora porque parece ir seguido de la destrucción de la naturaleza. Y, por la semejanza de la honestidad y de la goria, parecen dichosos los que han sido colmados de honores, y míseros los que están desprovistos de gloria. Las molestias, las alegrías, los deseos, los temores, vagan semejantemente por las mentes de todos; y si otras opiniones hay entre otros, no por eso los que rinden culto como a dioses al perro y al gato dejan de estar afligidos por la misma superstición que las demás gentes. Y ¿qué nación no estima la cortesanía, no la benignidad, no el ánimo agradecido y que se acuerda del beneficio? ¿cuál no desprecia, no odia, a los soberbios, cuál a los maléficos, cuál a los crueles, cuál a los ingratos? Como se entienda que todo el género de los hombres está asociado entre sí según las cuales cosas, es, últimamente, ello porque la razón de vivir rectamente los hace mejores. Si aprobáis las cuales cosas, pasaré a las restantes; pero si preguntáis algo, lo explicaremos primero.

Atico.- Nosotros, verdaderamente, nada; para que responda yo por uno y otro.

XII

Marco.- Síguese, pues, que la naturaleza nos ha hecho justos para participar el uno del otro y comunicar entre todos (y así quiero que sea entendido en toda esta disputación esto, cuando diga que es la naturaleza); pero que tanta es la corruptela de la mala costumbre, que sean extinguidas por ella esas como chispas dadas por la naturaleza, y nazcan y se confirmen los vicios contrarios. Porque si, del modo que es por naturaleza, así los hombres, por su juicio, nada de lo humano reputasen ajeno de sí, como dice un poeta (1), sería respetado el derecho igualmente por todos. Pues a

quienes ha sido dada por la naturaleza la razón, a ellos mismos ha sido dada también la recta razón; luego también la ley, la cual es la recta razón en el mandar y prohibir; si la ley, también el derecho; es así que a todos ha sido dada la razón, luego el derecho ha sido dado a todos. Y rectamente Sócrates solía execrar a aquel que primero hubiera separado de la naturaleza a la utilidad, pues se quejaba de que aquello era la cabeza de todas las desdichas. De donde viene también aquella frase de Pitágoras: Las cosas de los amigos son comunes, y amistad es igualdad. Por lo cual se ve claramente que cuando un varón sabio haya juntado en alguien dotado de una virtud igual esta benevolencia tan amplia y largamente difundida, entonces se efectúa esto, lo cual parecerá a algunos increíble, pero es necesario, que en nada se estime a sí mismo más que al otro. Pues ¿qué es lo que ha de diferir, cuando todas las cosas sean iguales? porque si pudiere haber diferencia tan solamente en algo, el nombre de amistad habrá muerto al instante; la virtud de la cual es ésta, que, en cuanto quiera más algo para sí que para otro, sea nula.

Todas las cuales cosas son preparadas para el restante discurso y disputación vuestra, para que pueda entenderse más fácilmente que el derecho está puesto en la naturaleza. Cuando haya dicho muy pocas cosas de lo cual, entonces vendré al derecho civil, del cual ha nacido toda esta peroración.

Notas

(1) La frase, de la cual se ha abusado mucho, es de Terencio, y dice textualmente: Homo sum, humani nihil a me alienum puto.

XIII

Quinto.- Muy pocas, es claro, tienes tú ya, en verdad, que decir; porque, según esas que has dicho, parece a Atico, y a mí verdaderamente por cierto, que el derecho ha salido de la naturaleza.

Atico.- ¿Acaso me podría parecer de otra manera, cuando han sido concluídas ya estas cosas: primero, que nosotros estamos provistos y adornados como de presentes de los dioses; y en segundo lugar, que hay una regla del vivir de los hombres igual y común entre ellos mismos; después, que todos están contenidos entre sí por una natural indulgencia y benevolencia, y además también por la sociedad del derecho? Cuando hemos concedido, rectamente, según opino, que las cuales cosas son verdaderas, ¿cómo sería lícito ya para nosotros separar de la naturaleza las leyes y los derechos?

Marco.- Rectamente dices, y así se halla la cosa. Pero, según la costumbre de los filósofos, no, ciertamente, de aquellos viejos, sino de estos que han establecido como oficinas de sabiduría, las cosas que en otro tiempo se disputaban difusa y

libremente, se dicen ellas articulada y distintamente ahora. Y no creen, ciertamente, satisfacer a este punto, que ahora está entre nuestras manos, a no ser que hayan disputado separadamente esto mismo, que hay un derecho de la naturaleza.

Atico.- Se ha perdido, pues, ciertamente, tu libertad de disertar, ¿o eres tú tal que al disputar no sigas tu juicio, sino que obedezcas a la autoridad de los otros?

Marco.- No siempre, Tito; pero ves cuál sea el camino de este discurso: toda nuestra peroración tiende a afirmar las Repúblicas, y a estabilizar sus fuerzas, a sanar a los pueblos. Por lo cual temo cometer que sean puestos principios no bien previstos y diligentemente explorados; y no, sin embargo, para que por todos sean aprobados (porque ello no puede realizarse), pero para que lo sean por aquellos que han creído dignas de ser apetecidas por sí mismas todas las cosas rectas y honestas, y que o nada absolutamente debe ser contado entre los bienes, sino lo que fuera laudable por sí mismo o, ciertamente, ningún bien ha de ser tenido por grande, sino el que pudiera ser alabado en verdad por su propia naturaleza. Por todos estos (sea que hayan permanecido en la vieja Academia, con Speusipo, Jenócrates, Polemón (1); sea que hayan seguido a Aristóteles y Teofrasto (2), concordando con ellos en el fondo, difiriendo un poco en la forma de enseñar; sea que, como pareció a Zenón (3), no habiendo sido mudadas las cosas, hayan mudado los vocablos; sea aún que hayan seguido la difícil y ardua, pero ya, sin embargo, quebrantada y convicta, secta de Aristón (4), para que, exceptuadas las virtudes y los vicios, pusieran en una suma igualdad las demás cosas), por todos estos son aprobadas estas cosas que he dicho. En cuanto a los indulgentes para sí, y que sirven a su cuerpo, y que ponderan todas las cosas que han de perseguir en la vida, y las que han de rehuir, por las voluptuosidades y por los dolores, aun si dicen cosas verdaderas (pues para nada hay necesidad de pendendias en este lugar), mandémosles a que hablen en sus huertecillos, y aun roguémosles que se retiren por un momento de toda sociedad de República, de la cual ni han conocido, ni han querido nunca conocer, parte alguna (5). En cuanto a esta reciente Academia de Arcesilao y Carneades (6), perturbadora de todas estas cosas, pidámosle que guarde silencio. Porque si invadiere en estas cosas que nos parecen bastante sabiamente construídas y dispuestas, producirá demasiadas ruinas. A la cual, ciertamente, deseo yo aplacar, no me atrevo a rechazar.

Notas

(1) Los filósofos Speusipo, de 347 a 339, Jenócrates, de 339 á 314, y Polemón, de 314 a 273. fueron los sucesores de Platón en la dirección de la Academia, fundada por él, y aunque siguieron las doctrinas del maestro, tendieron cada vez más a conciliarlas con las de la escuela pitagórica.

(2) Teofrasto de Eresos, en la isla de Lesbos, fue, desde 322, el sucesor de Aristóteles en la dirección del Liceo, que éste habia fundado.

(3) Zenón de Citio, en la isla de Chipre, (360-263), fue el fundador del estoicismo o filosofía del Pórtico (de stoa, pórtico), lugar donde él abrió su escuela en Atenas.

(4) Aristón de Quios, filósofo estoico del siglo III, que se apartó mucho de los principios fundamentales de la escuela.

(5) Se refiere Cicerón a los epicúreos. Epicuro (341-270), el fundador de la escuela, daba su enseñanza en Atenas en un jardín que había adquirido, donde él y sus discípulos vivían en común.

(6) Después de Polemón, dirigieron la Academia Crantor y Crates. A la muerte de éste, le sucedió Arcesilao (315-241), que, profesando un escepticismo mitigado, que se llamó probabilismo, fundó la segunda Academia, llamada media. Le sucedieron Lacides, Telecles, Evandro y Hegesimo. El sucesor de éste, Carneades (215-125), exageró las doctrinas de la escuela, fundando así la tercera Academia, o nueva, de la que muchos no distinguen la anterior.

XIV

En efecto, aun respecto de aquellas cosas quedamos expiados sin los sahumerios de él (1). Pero, verdaderamente, ninguna expiación hay de los atentados contra los hombres y de las impiedades. Y, así, pagan penas, no tanto por virtud de los juicios (los cuales, en algún tiempo, en ninguna parte existían; hoy, en muchos lugares, ningunos hay; donde los hay, finalmente, son falsos con mucha frecuencia), cuanto porque los agiten y persigan las furias, no con ardientes teas, como en las fábulas, sino con la angustia de la conciencia y el tormento de su crimen. Porque si la pena, no la naturaleza, debiera apartar a los hombres de la injusticia, ¿qué inquietud, quitado el miedo de los suplicios, agitaría a los culpables? ninguno de los cuales ha sido, sin embargo, nunca tan audaz, que no o negase haber sido cometida por él la fechoría, o fingiese alguna causa de un justo resentimiento suyo, y buscase la defensa de su acción en algún derecho procedente de la naturaleza. Si los impíos osan apelar a las cuales cosas, ¿con cuánta aplicación deben ser, finalmente, reverenciadas por los buenos? Porque si la pena, si el miedo del suplicio, no la torpeza misma, aparta de una vida injusta y facinerosa, nadie es injusto, sino que los no probos deben ser tenidos más bien por incautos. Y, entonces, los que, cuando somos varones buenos, no somos movidos por lo honesto mismo, sino por alguna utilidad y fruto, somos astutos, no buenos. Porque ¿qué hará en las tinieblas aquel hombre que a nada teme sino al testigo y al juez? ¿Qué, habiendo encontrado débil y sólo en un lugar desierto a quien pueda despojar de mucho oro? Ciertamente, este nuestro varón justo y bueno por naturaleza, todavía conversará con él, le ayudará, le reducirá a su camino; pero aquél que nada hace por causa de otro, y mide todas las cosas por sus comodidades, veis, creo, lo que haya de hacer. Porque si negase que él le había de arrebatar la vida y quitar el oro, nunca lo negará por esta causa, porque juzgue aquello torpe por naturaleza, sino porque tema no cunda, esto es, no tenga algún mal. ¡Oh cosa digna de que en ella sientan rubor, no sólo los doctos, sino aun los rústicos!

Notas:

(1) Del sacrificio en que se quemaba una sustancia para obtener la purificación. No se sabe a qué cosas se referiría Cicerón al decir esto.

XV

Por otra parte, es verdaderamente estultísimo aquello de estimar que son justas todas las cosas que hayan sido decretadas en las instituciones y leyes de los pueblos. ¿Aun cuando las cuales leyes sean de tiranos? Si aquellos treinta tiranos hubieran querido imponer en Atenas leyes, y aunque todos los atenienses se deleitasen en aquellas leyes tiránicas, ¿acaso por eso aquellas leyes serían tenidas por justas? En nada, creo, más que aquella que dió nuestro interrey para que el dictador pudiera matar impunemente, sin causa celebrada, a quien quisiere de los ciudadanos (1). Hay, pues, un solo derecho, por el cual ha sido ligada la sociedad de los hombres, y al cual ha constituído una sola ley; ley que es la recta razón de mandar y de prohibir; el que ignora la cual, aquel es injusto, ya si ha sido escrita ella en alguna parte, ya si en ninguna. Porque si la justicia es la obediencia a las leyes escritas y a las instituciones de los pueblos, y si, como aquellos mismos (2) dicen, todas las cosas han de ser medidas por la utilidad, descuidará las leyes y las quebrantará, si pudiere, aquel que repute haber de ser esa una cosa fructuosa para sí. Así sucede que sea enteramente nula la justicia, si no está en la naturaleza, y aquella que es constituída por causa de utilidad, por otra utilidad es destruída. Y si el derecho no ha de ser confirmado por la naturaleza, todas las virtudes serán disipadas. Porque ¿dónde podrá existir la liberalidad, dónde el amor a la patria, dónde la piedad, dónde la voluntad o de merecer bien de otro o de volverle gratitud? porque estas cosas nacen de aquello, que por naturaleza somos propensos a estimar a los hombres; lo cual es el fundamento del derecho. Y no sólo se disipan los obsequios para con los hombres, sino también las ceremonias y religiones para con los dioses; las cuales reputo deben ser conservadas, no por el miedo, sino por aquella conjunción que hay con Dios para el hombre.

Notas:

(1) La ley de que aqui se habla fue propuesta por Lucio Valerio Flaco, siendo interrey, en el año 82, en favor de Sila, al ser nombrado dictador.

(2) Los secuaces de Aristipo, discípulo infiel de Sócrates y fuudador de la escuela cirenaica, y los de Epicuro, todos los cuales hacian consistir el sumo bien en el placer.

XVI

Porque si por los mandatos de los pueblos, si por los decretos de los príncipes, si por las sentencias de los jueces, fueran constituídos los derechos, sería derecho latrocinar, derecho adulterar, derecho suponer testamentos falsos, si estas cosas fueran aprobadas por los sufragios u ordenanzas de la multitud. Si la cual potestad tan grande hay en las sentencias y mandatos de los necios, que por los sufragios de ellos sea subvertida la naturaleza de las cosas, ¿por qué no sancionan que las cosas

que son malas y perniciosas sean tenidas por buenas y saludables? y ¿por qué, cuando la ley puede hacer un derecho de una injusticia, no puede hacer ella misma una cosa buena de una mala? Es que nosotros por ninguna otra norma sino la de la naturaleza podemos distinguir una ley buena de una mala. Y no sólo son discernidos por la naturaleza el derecho y la injusticia, sino absolutamente todas las cosas honestas y torpes. Porque también la común inteligencia nos ha hecho notorias esas cosas, y las ha incoado en nuestras almas, para que las honestas sean puestas en la vírtud, las torpes en los vicios. Y estimar puestas estas cosas en la opinión, no en la naturaleza, es propio de un demente. En efecto, ni la que se dice (en lo cual, abusamos del nombre) virtud de un árbol, ni de un caballo, está situada en la opiníón, sino en la naturaleza. Si es así lo cual, también las cosas honestas y las torpes han de ser discernidas por la naturaleza.

En efecto, sí la virtud universal fuese aprobada por la opinión, por la misma serían aprobadas también las partes de aquélla. ¿Quién, pues, juzgará al prudente y, para que lo diga así, avisado, no según la conducta del mismo, sino según alguna cosa externa? En realidad, la virtud es la razón perfeccionada; la cual está ciertamente en la naturaleza. Luego del mismo modo está toda honestidad.

XVII

Porque así como las cosas verdaderas y las falsas, como las consiguientes y las contrarias, se juzgan por su índole, no por la ajena, así la constante y perpetua razón para la vida, que es la virtud, y lo mIsmo la lnconstancla, que es el vicio, se prueba por su naturaleza. ¿No juzgamos nosotros lo mismo los caracteres de los jóvenes? Y juzgando los caracteres según la naturaleza, ¿serán juzgados de otro modo las virtudes y los vicios que nacen de los caracteres? y si estas cosas no se juzgan de otro modo, ¿no será necesario que sean referidas a la naturaleza las honestas y las torpes? Lo que es laudable, es bueno; es necesario que tenga en sí por qué sea alabado. Porque el bien mismo no está en las opiniones, sino en la naturaleza; pues si así fuera, los dichosos lo serían también por la opinión; más necio que lo cual ¿qué puede decirse? Por lo cual, cuando tanto el bien como el mal es juzgado por la naturaleza, y ellos son principios de la naturaleza, también, ciertamente, las cosas honestas y las torpes, deben ser discernidas por un método semejante, y referidas a la naturaleza. Pero la variedad de opiniones, la disensión de los hombres, nos perturba; y como no acontece lo mismo en los sentidos, reputamos a éstos ciertos por naturaleza; aquellas cosas que parecen de esta manera a unos, de otra manera a otros, y no a los mismos siempre de un solo modo, deducimos que son fingidas. Porque es muy de otro modo. En efecto, no deprava nuestros sentidos el padre, no la nodriza, no el maestro, no el poeta, no la escena, no los aparta de lo verdadero el

consenso de la multitud; todas las insidias son tendidas a las almas, ya por aquellos que ahora he enumerado, los cuales, como las han recibido tiernas y rudas, las instruyen y doblan como quieren, ya por aquella imitadora del bien, pero madre de todos los males, la voluptuosidad, que está implicada profundamente en todo sentIdo; corrompidos por los halagos de la cual, no distinguimos bastante las cosas que son buenas por naturaleza, porque carecen de esta dulzura y atractivo.

XVIII

Síguese (para que esté ya concluído para mí todo este razonamiento) esto, lo cual está ante los ojos después de las cosas que han sido dichas, que tanto el derecho como todo Io honesto debe ser apetecido por su propia índole. En efecto, todos los varones buenos aman la misma equidad y el derecho mismo; y no es de un varón bueno errar, y estimar lo que por sí no sea digno de ser estimado. Por sí, pues, es el derecho digno de ser apetecido y reverenciado. Si el derecho es lo cual, también la justicia; de este modo, las restantes virtudes que están en ella han de ser cultivadas también por sí. ¿Qué? ¿Es la liberalidad gratuita, o mercenaria? Si es benigna sin premio, gratuita; si con merced, alquilada; y no es dudoso que no persiga el deber, no el provecho, aquel que se dice liberal y benigno. Pues asimismo la justicia nada apetece de premio, nada de precio. Por sí, pues, es apetecida. Y la misma causa y sentencia hay de todas las virtudes.

Y, además, si la virtud es apetecida por los emolumentos, no por su índole, será una virtud que será dicha rectísimamente malicia. Porque cuanto más refiere cada uno a su comodidad todas las cosas que hace, así es menos buen varón; puesto que los que miden la virtud por el premio, ninguna virtud la reputan, sino malicia. Porque ¿dónde está el beneficio, si nadie obra benignamente por causa de otro? ¿Dónde el agradecido, si no miran los agradecidos a aquel mismo a quien refieren su gratitud? ¿Dónde aquella santa amistad, si no es amado el amigo mismo por sí de todo corazón, como se dice? el cual aun ha de ser abandonado y desechado, no siendo ya esperados emolumentos y provechos; ¿qué puede ser dicho más inhumano que lo cual? Pues si la amistad debe ser cultivada por sí, también la sociedad de los hombres, y la igualdad, y la justicia, debe ser por sí apetecida. Porque si no es así, la justicia es enteramente nula; pues es injustísimo eso mismo de buscar una merced de la justicia.

XIX

Pero ¿qué diremos de la modestia; qué de la templanza, qué de la continencia, qué de la vergüenza, pudor y castidad? ¿Diremos que no hay deshonestos por miedo

de la infamia, o por miedo de las leyes y de los juicios? ¿Los inocentes, pues, y los vergonzosos, lo son para que oigan hablar bien de ellos? ¿Y para que recojan un buen rumor enrojecen los púdicos aun de hablar del pudor? Pues a mí me da vergüenza mucho de esos filósofos que ningún vicio disponen evitar sino el notado por el juicio mismo de un tribunal. Pues ¿qué? ¿Podemos decir púdicos a aquellos que se apartan del estupro por miedo de la infamia, cuando esa misma infamia se consigue por causa de la torpeza de la cosa? En efecto, ¿por qué reputarás digno de ser o alabado o vituperado lo que rectamente puede o alabarse o vituperarse, si te apartares de la naturaleza de ello? ¿Acaso los vicios del cuerpo, si son muy señalados, tendrán algo de ofensividad, y no lo tendrá la deformidad del alma? la torpeza de la cual facilísimamente puede percibirse con arreglo a los vicios mismos. Porque ¿qué puede decirse más feo que la avaricia, qué más inhumano que la liviandad, qué más vil que la timidez, qué más abyecto que la estupidez y la necedad? Pues ¿qué? ¿Decimos que son míseros aquellos que sobresalen en cada uno de esos vicios, o aun en varios, por causa de los daños o detrimentos o algunas torturas, o por causa de la fuerza y torpeza de los vicios? Lo cual puede decirse del mismo modo para la alabanza contraria respecto de la virtud.

Por último, si la virtud es apetecida por causa de otras cosas, es necesario que haya algo mejor que la virtud. ¿Lo es, pues, el dinero? ¿Los honores? ¿La hermosura? ¿La salud? cosas que, de una parte, cuando están presentes, son muy pequeñas; de otra, de ningún modo puede saberse cierto cuánto tiempo hayan de estar presentes. ¿Lo es, lo cual es torpísimo para ser dicho, la voluptuosidad? pero, ciertamente, en el despreciarla y repudiarla se discierne la virtud aun del modo más grande.

¿Veis cuán grande sea la serie de cosas y de sentencias, y cómo de una van siguiéndose otras? ¡Qué más lejos no pasaba si no me hubiera contenido!

XX

Quinto.- ¿Adónde, finalmente? Porque de buena gana, hermano, pasaría adelante contigo a ese discurso.

Marco.- AI fin de los bienes, al cual se refieren y por causa de conseguir el cual deben ser hechas todas las cosas; cosa controvertida, y llena de disensión entre los más doctos, pero que ha de ser juzgada, sin embargo, algún día (1).

Atico.- ¿Cómo puede realizarse eso, muerto L Gelio?

Marco.- ¿Qué le hace eso, al fin, a la cuestión?

Atico.- Porque me acuerdo haber oído yo en Atenas de mi amigo Fedro (2) que Gelio (3), tu familiar, como hubiera ido a Grecia como procónsul después de su pretura, convocó a un lugar a los filósofos que había entonces en Atenas, y fue inspirador para los mismos con gran empeño, a fin de que hicieran alguna vez algún término de sus controversias; porque si estaban de tal ánimo, que no querían consumir la vida en pendencias, podía quedar convenida la cosa; y al mismo tiempo les prometió su ayuda, si podía convenirse algo entre ellos.

Marco.- Ciertamente, es chistoso eso, Pomponio, y ha sido reído por muchos frecuentemente. Pero yo abiertamente querría ser dado yo como árbitro entre la antigua Academia y Zenón.

Atico.- ¿De qué modo, en fin, es eso?

Marco.- Porque sólo disienten acerca de una cosa; respecto de las demás concuerdan admirablemente.

Atico.- ¿Dices, al cabo, que la diecusión es sólo acerca de una cosa?

Marco.- Que en verdad sea pertinente a la cuestión, una; porque cuando todos los antiguos decretaron que era bueno lo que sería según la naturaleza que fuésemos deleitados por lo cual en la vida, éste nada reputó bueno sino lo que fuera honesto.

Atico.- Muy pequeña, verdaderamente, controversia dices, y no tal que dirima todas las cosas.

Marco.- Bien, por cierto, opinas si disienten en la cosa misma, y no en las palabras.

Notas:

(1) Anuncia aquí Cicerón el tratado De Anibus bonorum et malorum, que escribió siete años despés, el 45.

(2) Filósofo epicúreo de Atenas, que florecia a mediados del siglo I. Fue uno de los primeros maestros de Cicerón, asi como de Atico, que siguió siendo discipulo suyo.

(3) Lucio Gelio Poplicola, cónsul el año 72 y censor dos años después.

XXI

Atico.- Asientes, pues, a mi familiar Antioco (1) (porque no me atrevo a decir a mi maestro), con el cual viví, y que casi me sacó fuera de nuestros huertecillos, y me llevó unos muy poquitos pasos por la Academia.

Marco.- Varón fue aquel, por cierto, prudente y agudo, y en su género perfecto, y para mí, como sabes, familiar; al cual, sin embargo, veré luego si asiento yo en todas las cosas, o no; digo esto, que toda esa controversia puede aplacarse.

Atico.- ¿Cómo ves eso en fin?

Marco.- Porque si, como dijo Aristón de Quios, dijera Zenón que sólo era bueno lo que fuese honesto, y malo lo que torpe, que todas las demás cosas eran enteramente iguales, y que no interesaba ciertamente lo mínimo si estuvieran presentes o estuvieran ausentes, discreparía mucho de Jenócrates, y Aristóteles, y de aquella familia de Platón, y habría entre ellos disensión acerca de una cuestión máxima y respecto de todo el vivir. Pero, ahora, como la virtud, que los antiguos dijeron ser el bien sumo, dIga éste que es el solo bIen, del mIsmo modo que el vicio, que aquéllos dijeron ser el mal sumo, diga éste que es el solo mal; que llame cosas cómodas, no buenas, a las riquezas, a la salud, a la pulcritud, e incómodas, no malas, a la pobreza, a la debilidad, al dolor, siente lo mismo que Jenócrates, que Aristóteles; habla de otro modo. Y de esta discordia, no de cosas, sino de palabras, ha nacido la controversia acerca de los fines; en la cual, puesto que las Doce Tablas no quisieron que hubiera usucapión dentro de cinco pies, no dejaremos que la vieja posesión de la Academia sea devorada por este agudo hombre; y no trazaremos los límites sendos árbitros, según la ley Manilia, sino tres, según aquéllas (2).

Quinto.- ¿Qué sentencia dictaremos, pues?

Marco.- Mandar que sean buscados los términos que Sócrates plantó, y respetarlos (3).

Quinto.- Preclaramente, hermano; ya ahora son usadas por ti palabras del derecho civil y de las leyes, acerca del cual género espero tu disputación. Porque, en verdad, ese es un gran litigio, como frecuentemente he aprendido de ti mismo. Pues, ciertamente, así se halla la cosa, que el sumo bien sea vivir según la naturaleza, esto es, disfrutar de una vida módica y de una virtud proporcionada, o seguir a la naturaleza y vivir como por la ley de ella, esto es, nada omitir, cuanto en el mismo esté, para que la naturaleza consiga menos aquellas cosas que pretenda, toda vez que quiera vivir entre estas cosas según la virtud como según una ley (4). Por lo cual, no sé si esto será decidido alguna vez, pero en este discurso ciertamente no puede serlo, si verdaderamente hemos de llevar a cabo aquello que hemos emprendido.

Notas

(1) Antíoco de Ascalón, filósofo académico que floreció en la segunda mitad del siglo I y entre cuyos oyentes se contaron Cicerón y Atico. Trató de conciliar las diferencias existentes entre académicos, peripatéticos y estoicos, sosteniendo que no habia disidencia sino en las palabras. Fue considerado como el fundador de una quinta Academia. La cuarta habia sido fundada por su maestro y antecesor en la dirección de la escuela, Filón de Larisa, discípulo y sucesor de Clitomaco, que, a su vez, lo había sido de Carneades.

(2) Hay aquí un juego de palabras fundado en las dos acepciones en que puede tomarse la palabra finis, como límite o confin y como objeto o finalidad. Según las Doce Tablas, entre los límites (fines) de dos predios vecinos debia dejarse un espacio de cinco pies de anchura, que ninguno de los dos propietarios podia apropiarse por prescripción (usucapio, de usu-capere, coger, adquirir por medio del uso), sino que debía utilizarse en común por ambos, siendo decididas por tres árbitros las cuestiones que pudieran surgir. La ley Manilia, dada el año 111, a propuesta del tribuno Cayo Manilio, fljó la anchura del espacio libre entre cinco y seis pies, y redujo el número de los árbitros a dos. Cicerón quiere que entre los fines (doctrina acerca del objeto de la vida humana) de los dominios de académicos y estoicos haya

igualmente un espacio libre, el cual no pueda apropiarse el estoico Aristón, en menoscabo de la Academia, y se dispone a juzgar el litigio en unión de Atico y de Quinto.

(3) Esto era, en el fondo, dar la razón a los académicos, ya que éstos eran considerados como los depositarios de la más pura tradicción socrática.

(4) Este pasaje resulta tan inintelegible que ha hecho suponer que el texto está alterado.

XXII

Atico.- Pues yo no me desviaría ahí contra mi voluntad.

Quinto.- Lícito será en otro tiempo; tratemos ahora de aquello qne hemos empezado, especialmente cuando en nada pertenece a ello esta discusión acerca del sumo mal y bien.

Marco.- Prudentísimamente dices, Quinto. En efecto, las cosas que por mí hasta ahora han sido dichas... (1)

Quinto.- Ni deseo las leyes de Licurgo, ni de Solón, ni de Carondas (2), ni de Zaleuco (3), ni nuestras Doce Tablas, ni los plebiscitos; sino que estimo que tú en el discurso de hoy has de dar unas leyes del vivir y una disciplina, cuando para los pueblos, entonces también para los individuos.

Marco.- Verdaderamente, Quinto, eso que esperas es lo propio de esta disputación; ¡y ojalá fuera también de mi facultad! Pero, ciertamente, así se presenta la cosa, que, puesto que es necesario que haya una ley enmendadora de los vicios y recomendadora de las virtudes, de ella ha de deducirse la doctrina del vivir. Así ocurre que la sabiduría sea la madre de todas las buenas artes; en el amor de la cual, con palabra griega, ha encontrado su nombre la filosofía (4), nada más fecundo que la cual, nada más brillante, nada más excelente ha sido dado por los dioses inmortales para la vida de los hombres.

Porque ella sola nos ha enseñado, al mismo tiempo que todas las demás cosas, también, lo que es dificilísimo, a que nos conociéramos a nosotros mismos; la fuerza del cual precepto es tanta la sentencia, que fuera atribuída ella, no a hombre alguno, sino al dios délfico (5). En efecto, el que se conozca a sí mismo, sentirá, primero, que tiene él algo divino, y reputará consagrado en él su ingenio como un simulacro, y siempre hará, tanto como sentirá, algo digno de tan gran presente de los dioses; y cuando se haya examinado él mismo y mirado bien todo, entenderá de qué modo haya venido a la vida pertrechado por la naturaleza, y cuántos instrumentos tenga para obtener y conseguir la sabiduría, ya que desde el principio habrá concebido en el alma y en la mente como unas inteligencias bosquejadas de todas las cosas, ilustrado por las cuales, discierna que él ha de ser un varón bueno, y por esa misma causa dichoso, siendo su conductora la sabiduría.

Notas

(1) Hay aquí una laguna que los comentaristas han tratado de llenar de varios modos, ninguno de los cuales puede considerarse como completamente satisfactorio.

(2) Legislador de Catana (Catania), en Sicilia, y de Rhegium (Reggio) y Sybaris o Thuril (Torre Brodognato), en el mediodia de Italia, colonias fundadas por los griegos. Vivía hacía el año 600.

(3) Legislador de los locrios epizefirienses (Gerace), colonos griegos establecidos en el mediodia de Italia. Vivia hacia el año 650.

(4))Sabido es que la palabra griega filosofía significa literalmente amor a la sabiduria.

(5) La famosa sentencia, Conócete a ti mismo (Noscete ipsum en latín), es atribuída a Quilón de Lacedemonia, que vivió en la primera mitad del siglo VII, y fue tenido por uno de los Siete sabios de Grecia. Estaba grabada en letras de oro en el vestíbulo del templo de Apolo en Delfos, pues se creyó que, por ser tanta su excelencia, debía de haber sido directamente inspirada por el mismo dios de la sabiduria. Sabido es que Sócrates hizo de ella el principio de su filosofía.

XXIII

En efecto, cuando el alma, conocidas y percibidas las virtudes, se haya apartado del obsequio e indulgencia para con el cuerpo, y haya destruido la voluptuosidad, como una mancha de deshonor, y formado con los suyos una sociedad de caridad, y considerado a todos como sus conjuntos por naturaleza, y aceptado el culto de los dioses y una religión pura, y aguzado, así como la de los ojos, aquella viveza del ingenio, para elegir las cosas buenas y rechazar las contrarias, virtud que, de providendo, ha sido llamada prudencia, ¿qué podrá decirse o pensarse más dichoso que ella?

Y cuando la misma haya mirado bien el cielo, las tierras, los mares y la naturaleza de todas las cosas, y de dónde hayan sido engendradas ellas, adónde vuelvan, cuándo, de qué modo han de perecer, visto qué haya en ellas mortal y caduco, qué divino y eterno, y casi aprehendido al mismo que las modera y rige, y se haya reconocido ciudadana, no de un lugar circundado de murallas, sino de todo el mundo, como de la ciudad única; ella, en esta magnificencia de las cosas, y en esta vista y conocimiento de la naturaleza, ¡dioses inmortales! ¡Cómo se conocerá ella misma, según preceptuo Apolo Pitio? ¿Cómo despreciará, cómo desdeñará, cómo tendrá por nada aquellas cosas que son dichas amplísimas por el vulgo?

Y cercará todas estas cosas, como con una muralla, con el método de disertar, con la disciplina y la ciencia de juzgar lo verdadero y lo falso, y con un arte de entender qué siga a cada cosa y qué sea contrario a cada una. Y cuando se haya sentido nacida para la sociedad civil, reputará que no sólo debo usar de sí en aquella sutil disputación, sino también en un lenguaje perpetuo más ampliamente difundido, con el cual rija a los pueblos, con el cual haga estables las leyes, con el cual castigue a los no probos, con el cual defienda a los buenos, con el cual alabe a los claros varones, con el cual, de una manera apta para persuadir, ofrezca a sus conciudadanos

preceptos de salud y de gloria, con el cual pueda exhortar al honor, retraer del vicio, consolar a los afligidos, y publicar en monumentos sempiternos, con la ignominia de los no probos, los hechos y los proyectos de los fuertes y de los sabios. Tantas y tan grandes como sean las cuales cosas, que han de ser bien vistas estar en el hombre por aquellos que quieran conocerse ellos mismos, la sabiduría es la productora y la educadora de ellas.

Atico.- Ha sido alabada, ciertamente, por ti con gravedad y verdad. Pero ¿adónde van a parar estas cosas?

Marco.- Primeramente, Pomponio, a aquellas de que hemos de tratar ahora, las cuales pretendemos que son tan grandes; porque no lo serán, a no ser que aquellas de donde ellas dimanan fueren amplísimas. Después, obro tanto con gusto como, según espero, rectamente, cuando no puedo pasar en silencio aquella por el estudio de la cual soy retenido y que me ha hecho aquel que soy.

Atico.- Lo haces, en verdad, tan merecidamente como por ti mismo; y ello ha debido ser hecho, como dices, en este discurso.

LIBRO SEGUNDO

I

Atico.- Pero ¿quieres, puesto que, de una parte, ya se ha paseado bastante, y de otra, hay necesidad para ti de tomar el principio de decir otra cosa, que mudemos de lugar, y en la isla que hay en el Fibreno (porque opino ser el nombre para aquel otro río) dediquemos la atención, estando sentados, al discurso restante?

Marco.- Perfectamente, en verdad; porque suelo usar gustosísimamente de aquel lugar, sea que yo mismo pienso conmigo alguna cosa, sea que o escribo o leo algo.

Atico.- Clertamente, yo, que ahora haya venido aquí por primera vez, no puedo ser saciado; y desprecio las magníficas casas de campo, y los pavimentos marmóreos, y los artesonados techos. ¿Quién, como vea estas cosas, no se reirá verdaderamente de las conducciones de aguas que esos llaman Nilos y Euripos? Y así como tú, disertando poco antes acerca de la ley y del derecho, referías todas las cosas a la naturaleza, así en estas mismas cosas que son buscadas para el reposo y delectación del ánImo, domina la naturaleza. Por lo cual, antes admiraba (porque nada pensaba que hubiera en estos lugares sino peñascos y montes, y para que yo hiciera eso era inducido tanto por tus discursos como por tus versos), admiraba, como he dicho, que fueras deleitado tú tan grandemente por este lugar; pero ahora, por el contrario, admiro que tú, cuando estés ausente de Roma, estés más bien en parte alguna.

Marco.- Yo, verdaderamente, cuando me es lícito estar ausente varios días, principalmente en este tiempo del año, vengo a buscar tanto la amenidad como la salubridad esta; pero me es lícito raramente. Mas me deleita también, ciertamente, otra cosa, que no te atañe de esta manera.

Atico.- ¿Qué cosa es esa, en fin?

Marco.- Que, si decimos lo que es verdad, esta es la patria natural mía y de este mi hermano; porque de aquí hemos salido de una estirpe antiquísima; aquí están nuestras cosas sagradas, aquí nuestro linaje, aquí muchos vestigios de nuestros mayores. ¿Qué más? ves esta casa de campo, como ahora es en verdad, más ampliamente edificada por la diligencia de nuestro padre; el cual, como fuese de una salud no firme, pasó aquí ordinariamente la vida en las letras. Y sabe que yo nací en este mismo lugar, cuando vivía mi abuelo, y, según la costumbre antigua, la casa era pequeña, como aquella de Curio entre los sabinos (1). Por lo cual, no sé qué hay aquí, y late en mi ánimo y sentir, para que me deleite quizá más este lugar; porque se

escribe que aun aquel sapientísimo varón, para ver a Itaca, repudió la inmortalidad (2).

Notas

(1) Manio Curio Dentato, que había vencido a los samnítas, a los sabinos y a Pírro, vivía frugalmente en una modesta casita, adonde una embajada de samnitas fue a ofrecerle presentes, que rehusó.

(2) Ulises, que, detenido, a su vuelta de la guerra de Troya, en la isla Ogigia por Calipso, renunció a la inmortalidad y perpetua juventud que ésta le ofrecia, si queria tomarla por esposa, por regresar a Itaca, su patria.

II

Atico.- Verdaderamente, yo reputo para ti justa causa esa, para que vengas más gustosamente aquí, y aprecies este lugar. Yo mismo, por cierto, voy a decirlo con verdad, he sido hecho ahora más amigo para esta casa, y para todo este suelo, en el cual tú has nacido y sido procreado. Porque, no sé de qué modo, somos conmovidos por los lugares mismos en los cuales están los vestigios de aquellos a quienes estimamos o admiramos. Ciertamente, aquella misma Atenas nuestra no me deleita tanto por las obras magníficas y por las exquisitas artes de los antiguos, como por la recordación de los sumos varones, dónde cada cual haya solido habitar, dónde sentarse, dónde disputar, y aun los sepulcros de ellos contemplo con afición. Por lo cual, amaré más desde ahora este lugar donde tú has nacido.

Marco.- Me alegro, pues, de haberte enseñado yo casi mi cuna.

Atico.- Y yo me alegro ciertamente mucho de haberla conocido. Pero, ¿qué es, sin embargo, aquello que has dicho poco antes, que este lugar (yo te oigo llamar al mismo Arpino) es vuestra patria natural? ¿Acaso tenéis dos patrias? ¿O es la única aquella patria común? si no es que quizá para aquel sabio Catón fue la patria, no Roma, sino Túsculo.

Marco.- Yo ¡por Hércules! tanto para él como para todos los ciudadanos creo que hay dos patrias, una la de la naturaleza, otra la de la ciudadanía; como aquel Catón, aunque había nacido en Túsculo, fue recibido en la ciudadanía del pueblo romano. Y así, como fuese tusculano por el nacimiento, romano por la ciudadanía, tuvo una patria de lugar, otra de derecho. Como vuestros atenienses, después que Teseo les mandó emigrar de los campos y reunirse todos en el Astu (1), como se llama, eran los mismos tan sunienses (2) como atenienses, así nosotros llamamos patria tanto a aquella donde hemos nacido como a aquella donde hemos sido recibidos. Pero es necesario que esté delante en el amor aquella que es para la República el nombre de la ciudad universal; por la cual debemos morir, y a la cual debemos darnos enteros, y en la cual debemos poner y como consagrar todas nuestras cosas. Pero no muy de otra manera es dulce aquella que engendró que

aquella que recibió. Y, así, nunca negaré yo ser ésta verdaderamente patria mía, aunque aquélla sea mayor, y ésta esté contenida en ella.

Notas

(1) La palabra griega astu significa ciudad, en cuanto conjunto de viviendas, y se aplicaba especialmente a Atenas, considerada como la ciudad por autonomasia, como a Roma la palabra latina equivalente urbs. La ciudad, en cuanto sociedad politica, se designaba por los latinos con el nombre de civitas, y por los griegos con el de polis.

(2) Habitantes de Sunion, uno de los demos del Atica, de cuya reunión por Teseo se formó, según la tradición, la ciudad de Atenas.

III

Atico.- Rectamente, pues, aquel nuestro Magno, oyéndolo yo, sustuvo en juicio, cuando hablaba juntamente contigo en favor de Balbo, que nuestra República podía dar justísimas gracias a este municipio, porque de él habían salido sus dos conservadores (1); para que ya me parezca estar persuadido de que también ésta que te ha procreado es patria tuya.

Quinto.- Pero se ha llegado a la isla. Verdaderamente, nada hay más ameno que ella. Porque ¡cómo es hendido el Fibreno por este a modo de espolón, y, dividido con igualdad en dos partes, baña estos lados, y, rápidamente deslizado, confluye al momento a un solo cauce, y abraza tanto de lugar cuanto sea bastante para una módica palestra! Efectuado lo cual, como si tuviere esto de carga y de oficio, que nos hiciera este asiento para disputar, al instante se precipita en el Liris; y, como si viniere a una familia patricia, pierde su nombre más oscuro (2), y hace al Liris mucho más helado. Porque no he tocado río alguno más frío que éste, aunque me he llegado a muchos; puesto que apenas podría tentarlo con el pie, como hace Sócrates en el Fedro de Platón.

Marco.- Es verdaderamente así; pero, con todo, en nada habrá cedido a esta amenidad, opino, aquel Tiamis tuyo de Epiro, según de Quinto frecuentemente oigo.

Quinto.- Es así, como dices, pues guárdate de que reputes haber cosa alguna más precIara que el Amaltes de nuestro amigo Atico y los plátanos aquellos. Pero, si te parece, sentémonos aquí a la sombra, y volvamos a aquella parte del discurso de la cual nos hemos salido.

Marco.- Exiges muy bien, Quinto (aunque yo creía haber escapado), y nada de estas cosas puede debérsete.

Quinto.- Comienza, pues; porque te dedicamos todo este dla.

Marco.- Desde Júpiter los principios de las musas... como hemos empezado en el poema de Arato (3).

Quinto.- ¿A qué eso?

Marco.- Porque igualmente ahora desde el mismo y desde los demás dioses inmortales deben ser tomados por nosotros los principios del tratar.

Quinto.- Optimamente, en verdad, hermano; y así está bien que se haga.

Notas:

(1) El otro conservador de Roma a quien se refería Pompeyo el Magno era Mario.

(2) El que entraba por adopción en una familia, tomaba el nombre de ésta. dejando el de la suya originaria, cuando este era oscuro; pero lo conservaba, si era ilustre, como sucedió con el hijo de Paulo Emilio, que, adoptado por un hijo de Scipión el Africano, fue llamado Scipión Emiliano.

(3) La traducción que Cicerón hizo del poema de Arato titulado Los fenómenos, de la que se conservan fragmentos.

IV

Marco.- Veamos, pues, de nuevo, antes que lleguemos a cada una de las leyes en particular, la fuerza y la naturaleza de la ley, para que, cuando han de ser referidas a ella por nosotros todas las cosas, no caigamos tal vez en un error de lenguaje, e ignoremos la fuerza de aquel término con que han de ser definidos por nosotros los derechos.

Quinto.- Muy bien, en verdad ¡por Hércules!; y es esa una vía recta de enseñar.

Marco.- Veo, pues, que el sentir de los más sabios ha sido éste, que la ley no era la excogitada por los ingenios de los hombres, ni un mandamiento de los pueblos, sino algo eterno, que regiría al universo mundo con la sabiduría del imperar y del prohibir. Así decían que aquella primera y última ley era la mente del Dios que obliga o que veda con su razón todas las cosas; por lo cual aquella ley, que los dioses han dado al género humano, rectamente es alabada; porque es la razón y la mente del sabio, idónea para ordenar y para apartar.

Quinto.- Algunas veces ya ha sido tocado por ti este punto; pero antes que vengas a las leyes de los pueblos, explana la fuerza de esa ley celeste, si te place; no nos absorba el torrente de la costumbre, y nos lleve al uso del lenguaje ordinario.

Marco.- Ciertamente, Quinto, hemos aprendido desde pequeños a llamar leyes la que dice Si se cita a juicio, váyase al instante, y otras de ese estilo. Pero es necesario verdaderamente que se entienda así, que tanto éste como otros mandatos y prohibiciones de los pueblos no tienen la fuerza de llamar hacia las cosas hechas rectamente y de desviar de los pecados; fuerza que no sólo es más vieja que la edad de los pueblos y de las ciudades, sino igual de la del Dios que conserva y rige el cielo y las tierras.

Porque ni la mente divina puede estar sin la razón, ni la razón divina no tener esta fuerza en el sancionar las cosas rectas y las depravadas; ni porque en ninguna parte estaba escrito que uno solo resistiera en un puente contra todas las fuerzas de los enemigos, y mandase que fuera cortado el puente a su espalda, reputaremos por eso menos haber realizado aquel Cocles (1) una cosa tan grande por la ley e imperio de la fortaleza; ni si, reinando Tarquinio, ninguna ley escrita había en Roma acerca de los estupros, no por eso hizo menos Sexto Tarquinio fuerza a Lucrecia, hija de Tricipitino, contra aquella ley sempiterna. Porque había una razón emanada de la naturaleza de las cosas, tanto impeliendo a obrar rectamente, como retrayendo del delito; la cual, finalmente, comienza a ser ley, no luego que ha sido escrita, sino luego que ha nacido; y ha nacido juntamente con la mente divina. Causa por la cual la ley verdadera y primitiva, apta para mandar y para vedar, es la recta razón del sumo Júpiter.

Notas:

(1) Horacio Cocles realizó esta hazaña, según la leyenda, en el puente Sublicio, sobre el Tíber, impidiendo así a las tropas de Porsena la entrada en Roma.

V

Quinto.- Asiento, hermano, a que lo que es recto sea tambIén verdadero, y a que no con las letras con que son escritos los decretos ni nazca ni muera.

Marco.- Pues como aquella divina mente es la suma ley, del mismo modo, cuando está en el hombre, es perfecta en la mente del sabio. Pero las que son varias, y por cierto tiempo descritas para los pueblos, tienen más del favor que de la realidad el nombre de leyes. Porque se enseña que toda ley que en verdad pueda ser llamada rectamente ley es laudable, con algunos argumentos tales como estos. Consta ciertamente que las leyes han sido inventadas para la salud de los ciudadanos, y la incolumidad de las ciudades, y la vida quieta y dichosa de los hombres; y que aquellos que primero sancionaron decretos de esta índole manifestaron a los pueblos que ellos habían de escribir y proponer aquellas cosas con las que, adoptadas y establecidas, vivirían aquéllos honesta y dichosamente; y las que así hubieran sido compuestas y sancionadas, las llamarían verdaderamente leyes. De lo cual es justo que se entienda que aquellos que hayan prescrito a los pueblos mandatos perniciosos e injustos, como han obrado en contra de lo que han prometido y profesado, han prepuesto cualquier cosa más bien que leyes; luego que pueda ser perspicuo que en ese mismo nombre de ley se ha de Interpretar que está incluída la necesidad y el pensamiento de elegir lo justo y el derecho. Inquiero, pues, de ti, Quinto, como aquellos suelen: ¿Debe contarse acaso entre los bienes aquello

como una ciudad carezca de lo cual, por esa misma causa, porque carezca de ello, haya de ser tenida en nada?

Quinto.- Y entre los más grandes, ciertamente.

Marco.- Pues la ciudad que carece de ley, ¿acaso no debe ser tenida por eso mismo como no existiendo en ningún lugar?

Quinto.- No puede decirse de otro modo.

Marco.- ¿Es necesario, pues, que la ley sea tenida entre las cosas óptimas?

Quinto.- Asiento enteramente.

Marco.- ¿Qué? ¿Qué diremos cuando en los pueblos son decretadas muchas cosas perniciosamente, muchas pestíferamente, las cuales no merecen más el nombre de ley que si unos ladrones sancionaren algunas cosas con su consenso? Porque ni podrían decirse verdaderamente preceptos de médicos, si los ignorantes e imperitos prescribieren algunos mortiferos por saludables, ni ley en un pueblo, de cualquier modo que fuere ella, aun cuando el pueblo aceptare, algo pernicioso. La ley es, pues, la distinción de las cosas justas e injustas, expresada con arreglo a aquella antiquísima y primera naturaleza de todas las cosas, a la que se dirigen las leyes de los hombres, las cuales afectan a los no probos con el suplicio, y defienden y protegen a los buenos.

VI

Quinto.- Entiendo muy bien, y reputo verdaderameote ahora que no sólo no debe ser tenida por ley otra alguna, pero ni llamada ciertamente.

Marco.- ¿Tú reputas, pues, como nulas las leyes Ticias y Apuleyas? (1).

Quinto.- Yo, en verdad, ni a las Livias (2) reputo leyes ciertamente.

Marco.- Y rectamente, sobre todo cuando con un renglón del senado han sido abolidas en un punto de tiempo; pero aquella Iey la fuerza de la cual he explicado ni puede ser abolida ni abrogada.

Quinto.- Es decir que tú propondrás, pues, aquellas leyes que nunca sean abrogadas.

Marco.- Ciertamente, al menos si son aceptadas por vosotros dos. Pero, como hizo Platón, el varón más docto y el más grave el mismo de todos los filósofos, el primero que escribió acerca de la República, y el mismo separadamente acerca de las leyes de ella, creo haber para mí necesidad de hacer esto, que antes que recite la ley misma, diga algo acerca de la alabanza de esa ley. Lo mismo que veo haber

hecho tanto Zaleuco como Carondas, cuando ellos escribieron leyes para sus ciudades, no ciertamente por causa de estudio y de delectación, sino de la República. A los cuales imitó Platón en verdad en esto, que también reputó ser propio de la ley persuadir algo, no obligar a todas las cosas con la fuerza y con las amenazas.

Quinto.- ¿Qué diremos, cuando Timeo niega haber sido ese Zaleuco hombre real alguno?

Marco.- Pero Teofrasto no es una autoridad inferior ciertamente en mi sentir; muchos le llaman mejor; verdaderamente, los conciudadanos dei mismo Zaleuco, los locrios, clientes nuestros, conservan su memoria. Pero sea que existió, sea que no existió, nada importa al asunto; hablamos lo que ha sido transmitido.

Notas:

(1) Leyes de carácter demagógico impuestas por los tribunos Lucio Apuleyo Saturnino y Sexto Ticio en la época de Mario.

(2) Las del tribuno Marco Livio Druso, que, a pesar de pertenecer a la aristocracia, abrazó el partido del pueblo en los años que precedieron a la rivalidad entre Mario y Sila.

VII

Que haya sido persuadido, pues, desde el principio a los ciudadanos esto, que los dioses son los dueños y los moderadores de todas las cosas, y que las que se hagan se hacen por la fuerza, jurisdicción y numen de ellos, y que los mismos merecen óptimamente del género de los hombres, y que ven cuál sea cada uno, qué haga, qué admita en sí, con qué mente, con qué piedad cumpla las prácticas religiosas, y que tienen cuenta de los piadosos y de los impíos.

Porque imbuídas las mentes en estas cosas, no discreparán mucho del sentir útil y verdadero. Porque ¿qué hay más verdadero que convenir que nadie sea tan neciamente arrogante, que repute haber en él una razón y una mente, y no repute haberla en él cielo y en el mundo? ¿o que repute que aquellas cosas, que difícilmente comprenda con un sumo trabajo de su espíritu, por ninguna razón son movidas? Verdaderamente, a quien las ordenaciones de los astros, a quien las alternativas de los días y de las noches, a quien la regulación de los meses, y a quien aquellas cosas que son criadas para nosotros para disfrutar de ellas, no obligan a estar agradecido, ¿por qué está bien contar a éste enteramente como un hombre? Y comoquiera que todas las cosas que poseen razón aventajen a aquellas que estén desprovistas de razón, y sea ilícito decir que cosa alguna aventaje a la naturaleza de todas las cosas, se ha de confesar que hay razón en ella. Y ¿quién negará ser útiles estas opiniones, cuando entienda cuán muchas cosas se afirmen haciendo juramento, de cuánta salud sirvan las ceremonias religiosas de las alianzas, a cuán muchos haya retraído del crimen el miedo del suplicio divino, y cuán santa sea la sociedad de los ciudadanos

entre ellos mismos, interpuestos los dioses inmortales, ora como jueces, ora como testigos? Ahí tienes el proemio de la ley; porque así llama a esto Platón.

Quinto.- Lo tengo, verdaderamente, hermano; y soy deleitado mucho en éste, porque te revuelves en otras cosas y en otras sentencias que él; pues nada es tan desemejante como, de una parte, aquellas cosas que antes has dicho, de otra, este mismo exordio de la ley. Esto sólo me pareces imitar, el estilo del discurso.

Marco.- Querría yo hablar poco más o menos; pero ¿quién puede, ni habrá podido nunca, imitarlo? porque interpretar sus sentencias es muy fácil; lo cual haría yo ciertamente, si no quisiera ser enteramente uno; pues ¿qué trabajo es decir las mismas cosas, expresadas casi en las mismas palabras?

Quinto.- Asiento enteramente. En verdad, como ahora has dicho tú mismo, quiero más que tú seas tuyo. Pero expón ya, si te place, esas leyes acerca de la religión.

Marco.- Las expondré, ciertamente, Como pudiere; y, puesto que tanto el lugar como el discurso es familíar, voy a proponer de viva voz las leyes de las leyes.

Quinto.- ¿Qué es eso?

Marco.- Son ciertas palabras propias de las leyes, Quinto, y no tan primitivas como las que se encuentran en las viejas Doce Tablas y en las leyes sagradas (1); pero, sin embargo, por lo cual tengan más autoridad, un poco más antiguas que es este lenguaje que ahora usamos. Yo imitaré, si pudiere, aquella manera juntamente con la brevedad. Pero no serán dadas por mí leyes completamente hechas, porque sería una cosa infinita, sino las sumas mismas de las cosas y las sentencias.

Quinto.- Así verdaderamente es necesario; por lo cual, oigamos las palabras de la ley.

Notas

(1) Llamáronse asi algunas que prescribieron que sus transgresores serian considerados como sacrílegos. Tal fue la que estableció el tribunado.

VIII

Marco.- Váyase a los Dioses castamente; empléese la piedad; apártense las riquezas. El que hiciere de otra manera, Dios mismo será el vengador. Nadie tendrá dioses separadamente; y no se rinda culto privadamente a nuevos o extranjeros, sino a los públicamente admitidos. Ténganse en las ciudades los templos construídos por los antepasados. Ténganse en los campos los bosques sagrados y la morada de los Lares. Consérvense los ritos de la familia y de los antepasados. Ríndase culto a los dioses, y a aquellos que siempre han sido tenidos por celestes, y a aquellos a quienes

sus méritos colocaron en el cielo, Hércules, Baco, Esculapio, Cástor, Pólux, Quirino, y a aquellas cosas por las cuales se da a los hombres el ascenso al cielo, la Razón, el Valor, la Piedad, la Fe, y haya templos de esas virtudes; y no se hagan sacrificios solemnes algunos en honor de los vicios. Apártense los litigios durante las ferias, y que ellas, hechas las faenas, se tengan con los esclavos. Y así, para que caiga de ese modo en las vueltas anuales, esté descrito. Y liben los sacerdotes públicamente ciertos frutos y ciertas bayas; esto en ciertos sacrificios y días. Y consérvese también para los otros días abundancia de leche y de cría. Y para que no pueda faltarse en esto, señalen los sacerdotes, para ese asunto, la cuenta, los cursos de los años; y provéanse de las víctimas que sean decorosas y gratas para cada dlos. Y haya para otros dIoses otros sacerdotes, pontífices para todos en general, flámines para cada uno en particular. Las vírgenes Vestales custodien en la ciudad el fuego sempiterno del hogar público. Y aprendan de los sacerdotes públicos los ignorantes con qué modo y rito se hagan privada y públicamente estas cosas. Y haya dos géneros de aquéllos: uno, que presida a las ceremonias y a los sacrificios; otro, que interprete Ios dichos no declarados de los adivinos y de los vaticinadores cuando el senado y el pueblo los hayan aprobado. Y los intérpretes de Júpiter óptimo máximo, augures públicos, vean después los signos y los auspicios; tengan método. Los sacerdotes tomen los augurios para los viñedos y para las mimbreras, y para la salud del pueblo; y avisen con anticipación el auspicio a los que se ocupan del negocio de la guerra, y a los que del pueblo, y ellos obedezcan; y prevean las iras de los dioses, y prevengan a aquéllos; y clasifiquen los relámpagos por regiones determinadas del cielo; y tengan delineados y consagrados la ciudad y los campos y los templos; y las cosas que un augur haya fijado como injustas, nefastas, viciosas, funestas, sean nulas y cual no hechas; y el que no obedeciere, sea reo de pena capital.

IX

Sean dos feciales los embajadores, los jueces de las alianzas, de la paz, de la guerra, de las treguas. Conozcan de las guerras. Los prodigios, los portentos, sean diferidos, si el senado lo ordenare, a los etruscos y a los arúspices; y los principales de Etruria enseñen el método. Aplaquen a los dioses a quienes hayan determinado; y expíen ellos mismos los rayos y las cosas heridas por éstos. No haya sacrificios nocturnos celebrados por mujeres, fuera de aquellos que se hagan regularmente por el pueblo, ni se inicie a alguien, sino, como se suele, en el culto griego a Ceres. El sacrilegio cometido y que no pudiere expiarse, se ha cometido impíamente; los sacerdotes públicos expíen el que pudlere ser expiado. En los juegos públicos, cuando se hagan sin carrera y sin combate de los cuerpos, modérese la alegría popular en el canto tanto con liras como con flautas, y júntesela con la honorifica-

ción de los dioses. De los ritos patrios, cultívense los mejores. Fuera de los servidores de la Madre Idea (1), y esos en los días que sea justo, no recoja limosna persona alguna. El que hurtare o robare una cosa sagrada o encomendada a un lugar sagrado, sea considerado como parricida. La pena divina del perjurio es la muerte; la humana, el deshonor. Sancionen los pontífices el incesto con el supremo suplicio. No ose el impío aplacar por medio de dones la ira de los dioses. Cúmplanse los votos cautamente. Haya una pena del derecho violado. Por lo cual, no consagre un campo persona alguna. Haya una medida de consagrar el oro; la plata, el marfil. Permanezcan perpetuos los sacrificios privados. Los derechos de los dioses Manes sean santos. Téngase por dioses a aquellos dados a la muerte; disminúyase el gasto y el luto por ellos.

Notas:

(1) Sobrenombre de Cibeles, la madre de los dioses, tomado del monte Ida, en Frigia, donde se le daba culto especialmente.

X

Atico.- Ciertamente, una ley tan grande ha sido concluída por ti tan juiciosa como brevemente; y, según ciertamente me parece, no discrepa mucho esta constitución de las cosas religiosas de las leyes de Numa y de nuestras costumbres.

Marco.- ¿Crees acaso, toda vez que el Africano, en aquellos libros acerca de la República, parezca persuadir haber sido de todas las Repúblicas, la mejor aquella vieja nuestra, no ser necesario dar leyes proporcionadas a la mejor República?

Atico.- Antes bien lo creo así enteramente.

Marco.- Pues esperad leyes de suerte que mantengan aquel óptimo género de República; y si algunas acaso serán hoy propuestas por mí que no estén en nuestra República, ni hayan estado, con todo, estaban, poco más o menos, en la costumbre de nuestros mayores, que valía entonces como ley.

Atico.- Persuade, pues, si te place, esa misma ley, para que yo pueda decir como tú pides (1).

Marco.- ¿Dices, en fin, Atico, que, de otra manera, no lo has de decir?

Atico.- Ciertamente, ninguna cosa mayor votaré de otro modo, en absoluto; en las menores, si quieres, te lo perdonaré.

Quinto.- Y ese es ciertamente mi sentir.

Marco.- Pero ved no se haga largo.

Atico.- ¡Ojalá, ciertamente! porque ¿qué queremos más hacer?

Marco.- La ley manda ir a los dioses castamente, es a saber, en el alma, en la cual están todas las cosas; y no excluye la castidad del cuerpo; pero conviene que se entienda esto, que toda vez que el alma aventaje mucho al cuerpo, y se observe que se ofrezcan cuerpos castos, mucho más se ha de observar en las almas. Porque aquél, o con una aspersión de agua, o con el número de los días, se limpia; la mancha del alma, ni puede desvanecerse con la larga duración del tiempo, ni lavarse con aguas algunas.

Pues cuando manda que se emplee la piedad, que se aparten las riquezas, significa que la probidad es grata a Dios, que la suntuosidad ha de ser removida. Porque ¿qué hay, cuando aun entre los hombres queremos que la pobreza sea igual a las riquezas, para que, añadida la suntuosidad a las cosas sagradas, apartemos aquélla del acceso a los dioses? sobre todo cuando nada ha de ser menos grato al mismo Dios que no estar abierta a todos la vía para aplacarle y rendirle culto. Y porque no un juez, sino el mismo Dios se constituye en vengador, la religión parece confirmarse con el miedo de una pena eficaz.

Y el ser rendido culto a dioses propios de cada cual, ya nuevos, ya extranjeros, lleva consigo la confusión de las religiones, y ceremonias desconocidas no reguladas por los sacerdotes. Porque el ser rendido culto a los dioses aceptados por los padres está bien de esta manera, como ellos mismos se hayan atenido a esta ley. Opino que los templos de nuestros padres sigan estando en las ciudades; no sigo el parecer de los magos de los persas, siendo impulsores los cuales se dice haber entregado a las llamas Jerfes los templos de Grecia, porque encerraban en sus paredes a los dioses, para quienes todas las cosas debían estar abiertas y libres, y de los cuales todo este mundo era templo y la morada.

Notas

(1) Alúdese aqui al tecnicismo empleado en las deliberaciones de los comicios centuriados. Persuadir una ley (suadere legem) era defender su justicia y conveniencia; después venia la votación, expresándose el voto en pro con las palabras Como tú pides (Uti tu rogas), y el en contra con la palabra Antigua, es decir, que siguieran las cosas como estaban según la antigua ley.

XI

Mejor hicieron los griegos y nuestros padres, que, para aumentar la piedad hacia los dioses, quisieron que ellos habitasen las mismas ciudades que nosotros. Porque esta opinión lleva a las ciudades la útil religión; ya que, por una parte, se dijo bien por Pitágoras, varón doctísimo, aquello de que entonces máximamente tanto la piedad como la religión estarían en las almas cuando prestásemos atención a las cosas divinas; de otra, por eso dijo Tales, que fue el más sabio entre los siete, que era necesario estImar los hombres estar llenas de los dioses todas las cosas que

vieran, porque habían de ser todos más castos, como quienes estuvieran en los templos más sagrados. Porque hay, según cierta opinión, una imagen de los dioses en los ojos, no sólo en las mentes. Y la misma razón de ser tienen los bosques sagrados en los campos. Y no ha de ser repudiada aquella religión de los Lares, que ha sido transmitida por los mayores tanto a los dueños como a los sirvientes, puesta a la vista del campo y de la casa.

Por otra parte, observar los ritos de la familia y de los padres, es ello (puesto que la antigüedad se acerca próximamente a los dioses) defender una religión como transmitida por los dioses.

Y cuando la ley manda que sea rendido culto a los que, procedentes del género de los hombres, han sido consagrados, como a Hércules y a los demás, indica que las almas de todos son inmortales ciertamente, pero las de los fuertes y de los buenos son divinas. Está bien, verdaderamente, que la Razón, la Piedad, el Valor, la Fe, sean consagradas por la mano del hombre; de todas las cuales hay en Roma templos públicamente dedicados, para que quienes las tengan (y las tienen todos los buenos) reputen colocados en sus almas a los mismos dioses. En efecto, fue vicioso aquello, cuando en Atenas, expiado el crimen de Cilón, persuadiéndolo Epiménides de Creta, hicieron un templo a la Contumelia y a la Impudencia. Porque las virtudes, no los vicios, está decente consagrar. Y en el Palatino esté un viejo altar de la Fiebre; y otro de la Fortuna mala y detestada en el Esquilino; todos los cuales de ese género deben ser repudiados. Porque si han de inventarse nombres, más bien deben ser los de Vicepota, diosa del vencer y del beber, Stata, del permanecer, y los sobrenombres de Júpiter Stator e Invicto, y los nombres de las cosas que se deben apetecer, de la Salud, del Honor, del Socorro, de la Victoria. Y, puesto que el ánimo se levanta con la expectación de las cosas buenas, réctamente también ha sido consagrada la Esperanza por Calatino. Y que lo haya sido la Fortuna; ya la de este día, porque vale para todos los días; ya la que mira con piedad, para llevar auxilio; ya la del azar, en lo cual se significan más los casos inciertos; ya la primigenia, de engendrar; la compañera.

XII

La regla de las ferias y de los días festivos lleva consigo respecto de los libres el descanso de litigios y reclamaciones; respecto de los siervos, de obras y labores; las cuales ferias y días festivos debe el ordenador del año disponer además en vista de la completa realización de las faenas del campo. Se ha de tener diligentemente cuenta de qué tiempo se ha de intercalar para que se conserven los libamentos de los sacrificios y las crías de ganados, que están expresados en la ley; lo cual, peritamente lnstltuido por Noma, ha sido disuelto por la negligencia de los pontífices posteriores.

Además, no se ha de mudar lo de con qué víctimas se han de hacer inmolaciones a cada dios, según las instituciones de los pontífices y de los arúspices: a cuál con mayores, a cuál con lactantes, a cuál con machos, a cuál con hembras.

También, varios sacerdotes de todos los dioses, y sendos de cada uno, dan facilidad, tanto de responder el derecho, como de profesar las religiones.

Y toda vez que Vesta ha sido cercada, como si fuese el hogar de la ciudad, según ha sido llamada de su nombre griego (porque nosotros tenemos interpretado casi el mismo nombre griego) (1), que se dediquen vírgenes a rendirle culto, para que se vigile más fácilmente a la custodia del fuego, y las mujeres aprendan a soportar toda la castidad que cabe en su naturaleza de hembras.

Lo que sigue es pertinente, en verdad, no sólo a la religión, sino también al estado de la ciudad, para que no se pueda satisfacer a una religión privada sin aquellos que se dedican públicamente a las cosas sagradas. Contiene, en efecto, que el pueblo siempre tiene necesidad del consejo de la República y de la autoridad de los optimates. Y la distribución de los sacerdotes ningún género de justa religión omite. Porque para aplacar a los dioses, fueron constituídos unos, los cuales presiden a los sacrificios solemnes; otros, para interpretar las predicciones de los vates, y no de muchos, para que no fuese una cosa infinita, y que no conociera alguien fuera del colegio aquellas mismas cosas que hubieran sido emprendidas por cuenta del pueblo.

Máximo, pues, y excelentísimo es en la República el derecho de los augures, y conjunto con la autoridad. Y no siento esto así, verdaderamente, porque yo mismo soy augur, sino porque es necesario estimarlo nosotros de ese modo. Porque ¿qué hay mayor, si inquirimos acerca del derecho, que poder, ya disolver los comicios y concilios constituídos por los sumos imperios y las sumas potestades, ya anular los tenidos? ¿Qué más grave que ser interrumpida una cosa empezada, si un augur dijere Para otro día? (2) ¿qué más magnificente que poder decretar que los cónsules se abdiquen de su magistratura? ¿Qué más religioso que poder, ya dar, ya no dar, el derecho de tratar con el pueblo, con la plebe? ¿Qué que quitar una ley, si no se ha propuesto con arreglo a derecho, como lo fue la Ticia por decreto del colegio, como las Livias por consejo de Filipo, cónsul y augur? ¿Nada llevado a cabo por medio de los magistrados en la paz, nada en la guerra, poder ser aprobado a alguno sin la autoridad de aquéllos?

Notas:

(1) El nombre griego Bestia, del que parece derivar el latino Vesta, significa hogar. El altar de Vesta estaba encerrado en Roma en un santuario donde los hombres no podian penetrar.

(2) Alio die. Era la fórmula que se empleaba cuando, tomados los auspicios, no resultaban favorables.

XIII

Atico.- Y bien, ya veo y confieso ser grandes cosas esas; pero hay en vuestro colegio entre Marcelo y Apio, óptimos augures, una gran disensión; porque he caído yo en los libros de ellos; cuando al uno place haber sido compuestos esos auspicios para utilidad de la República, parece al otro vuestra disciplina como si pudiera adivinar derechamente. Quiero saber qué sientes tú acerca de este punto.

Marco.- ¿Yo? creo que hay una adivinación, la que los griegos llaman mántica, y una parte de ella esta misma que está en las aves y en los demás signos de nuestra disciplina; porque, como concedamos haber unos sumos dioses, y ser regido el mundo por la mente de ellos, y velar por el género de los hombres la benignidad de los mismos, y poder manifestarnos los signos de las cosas futuras, no veo por qué niegue haber una adivinación. Hay, pues, esas cosas que he supuesto; de las cuales eso que pretendemos se deduce y se infiere.

Además, verdaderamente, de muchísimos ejemplos está llena tanto nuestra República como todos los reinos, y todos los pueblos, y todas la naciones: haber acaecido increíblemente muchas cosas verdaderas según las predicciones de los augures. Porque ni de Polyido, ni de Melampo, ni de Mopso, ni de Anfiarao, nl de Calcas, nl de Heleno (1), hubiese sido tanto el nombre, ni tantas naciones, de árabes, de frigios, de licaonios, de cilicios, y máximamente de pisidios, habrían mantenido eso hasta este tiempo, si no hubiera enseñado la vejez ser ciertas esas cosas.

Verdaderamente, ni nuestro Rómulo habría fundado la ciudad según los auspicios, ni el nombre de Acio Navio (2) florecería tan largo tiempo en la memoria, si no hubiesen dicho todos éstos muchas cosas admirables con arreglo a la verdad. Pero no hay duda que no se haya desvanecido ya esta disciplina y arte de los augures, tanto por vejez como por negligencia.

Y, así, ni asiento a aquél, que niega haber existido nunca esta ciencia en nuestro colegio, ni a éste, que reputa existir todavía ahora. La cual me parece haber existido entre nuestros mayores de dos maneras, como llegase alguna vez al gobierno de la República, frecuentísimamente al consejo del obrar.

Atico.- Creo ¡por Hércules! que es así, y asiento especialmente a ese razonamiento. Pero explica las demás cosas.

Notas:

(1) Famosos adivinos griegos de los tiempos heroicos.

(2) Célebre augur, del que se cuenta que, para convencer a Tarquinio el Antiguo de su poder, cortó delante de él un guijarro con una navaja de afeitar, y, para memoria de aquel prodigio, mandó el rey que se le erigiera una estatua.

XIV

Marco.- Las explicaré, en verdad, y, si pudiere, brevemente. Sigue, pues, lo que trata del derecho de la guerra; en emprender, tanto como en hacer y en deponer, la cual, vale muchísimo el derecho y la fe; y hemos sancionado en la ley que hubiera intérpretes públicos de estas cosas. Ahora, respecto de las funciones religiosas de los arúspices, de las expiaciones y purificaciones, reputo dicho en la ley misma bastante y sobrado.

Atico.- Asiento, ya que toda esta plática versa sobre la religión.

Marco.- Pero, en verdad, quiero saber, Tito, ciertamente, ya de qué modo asientas tú a lo que sigue, ya de qué modo lo tome yo.

Atico.- ¿Qué es ello, en fin?

Marco.- Lo de los sacrificios nocturnos de las mujeres.

Atico.- Yo asiento verdaderamente; sobre todo, exceptuado en la misma ley el sacrificio solemne y público.

Marco.- ¿Qué hará, pues, Iaco (1), y nuestros Eumólpidas (2), y aquellos augustos misterios, si es que quitamos los sacrificios nocturnos? Porque damos leyes, no para el pueblo romano, sino para todos los pueblos buenos y firmes.

Atico.- Exceptúas, creo, aquellos misterios en los cuales estamos iniciados nosotros mismos.

Marco.- Yo los exceptuaré, en verdad. Porque cuando tu Atenas me parece haber producido y traído a la vida de los hombres muchas cosas eximias y divinas, nada me parece entonces mejor que aquellos misterios, por los cuales, desde una vIda agreste e inhumana, hemos sido bien cultivados para la humanidad y suavizados; y, según son llamados inicios, así hemos conocido, en efecto, los verdaderos principios de la vida, y no sólo hemos tomado cuenta con la alegría del vivir, sino también con una mejor esperanza del morir. Pero los poetas cómicos indican lo que me desplazca en los sacrificios nocturnos (3). La cual licencia dada a Roma, ¿qué hubiera hecho aquel que llevó pensada una liviandad a un sacrificio en que ni ser echada una mirada inadvertida de los ojos era ciertamente licito?

Atico.- Pero propón tú esa ley para Roma; no nos quites las nuestras.

Notas:

(1) Nombre dado a Baco en los himnos que se cantaban en los misterios de Eleusis.

(2) Los descendientes de Eumolpo. Este, cuyo nombre significa buen cantor, hijo de Neptuno, y originario de Tracia, fue rey de Eleusis, y pereció combatiendo contra el rey de Atenas Erecteo. Eleusis quedó bajo el poder de Atenas, pero los Eumólpidas continuaron durante siglos ejerciendo el cargo de sacerdotes de Ceres Eleuslna y dirigiendo sus misterios.

(3) En la Aulularia, de Plauto, por ejemplo, la intriga se basa en la seducción de Fedra por Liconides con ocasión de los misterios de Eleusis.

XV

Marco.- Vuelvo, pues, a nuestras cosas; en las cuales se ha de sancionar en verdad diligentísimamente que la luz clara custodie a los ojos de muchos la fama de las mujeres, y que sean iniciadas en aquel rito a Ceres en que son iniciadas en Roma. La severidad de nuestros mayores en él cual género declara el viejo decreto del senado acerca de las Bacanales, y la indagación y castigo, habiendo sido empleado el ejército, de los cónsules (1). Y, para que no parezcamos nosotros quizá más duros, en medio de Grecia, el tebano Diagondas abolió por una ley dictada para siempre todas las fiestas nocturnas. Aristófanes, el poeta más gracioso de la vieja comedia, ataca en verdad de tal modo a los dioses nuevos y las veladas nocturnas pasadas en rendirles culto, que, en él, Sabazio (2) y algunos otros dioses juzgados extranjeros son echados de la ciudad.

Que el sacerdote público libre, pues, de miedo a Ia imprudencia expiada con buen consejo; que condene y juzgue impía la audacia en admitir religiones abominables.

En cuanto a los juegos públicos, puesto que están divididos entre el teatro y el circo, que estén constituídos en el circo los combates de los cuerpos por la carrera y el pugilato, la lucha y las carreras de caballos, hasta una victoria cierta; en el teatro, por la música, con la voz y las liras y flautas; con tal que esas cosas estén moderadas como se prescribe por la ley. Porque asiento a Platón que nada influye tan fácilmente en las almas tiernas y blandas como los varios sones de la música; de los cuales puede decirse con dificultad cuán sea la fuerza en una y otra parte. Porque tanto incita a los que languidecen, como pone lánguidos a los excitados, y ora ensancha, ora encoge los ánimos; y estuvo en el interés de muchas ciudades en Grecia esto, conservar el antiguo sistema de voces; resbaladas hacia la molicie las costumbres de las cuales ciudades, fueron mudadas juntamente con los cantos, o depravadas por esta dulzura y corruptela, como algunos reputan, o, como la severidad de ellas hubiera caído por causa de otros vicios, hubo entonces en los oídos y en las almas mudadas lugar también para esta mudanza. Cosa por la cual aquel ciertamente el más sabio varón de Grecia, y el más docto sin disputa, temiera mucho esta corrupción. Porque niega que puedan ser mudadas las leyes musicales sin mudanza de las leyes públicas. Yo reputo que esto ni se ha de temer tan grandemente ni se ha de despreciar del todo. Ciertamente, aquellas cosas que solían en algún tiempo ser llenadas de una severidad agradable por los modos de Livio y de Nevio, ahora, para que aquellas mismas resulten, tuércense las cervices y los ojos

juntamente con las flexiones de los modos. Aquella vieja Grecia castigaba en otro tiempo gravemente esas cosas, previendo de lejos cuán insensiblemente la perdición, habiendo penetrado en las almas de los ciudadanos, arruinaría de repente con malas aficiones y malas doctrinas ciudades enteras; supuesto que aquella severa Lacedemonia mandó ser quitada en las liras de Timoteo las cuerdas que tuviera más que siete.

Notas:

(1) Las Bacanales eran unas fiestas en honor de Baco, que se celebraban de noche, y a las que al principio solamente eran admitidas las mujeres; hacIa el año 198 empezaron a ser admitidos también los hombres, y fueron tales los desórdenes de todo género que allí tenían lugar, que el senado hubo de intervenir, y, por el famoso senado consulto De Bacchanalibus, prohibió la celebración de dichas fiestas. Los cónsules del año 186, Spurio, Postumio, Albino y Quinto Marcio Filípo, hicieron, también por orden del senado, una indagación de los culpables, resultando cerca de 7.000, que fueron castigados severamente.

(2) Uno de los nombres con que se llamaba a Baco. El culto de este dios no formaba parte de la primitiva religión griega, sino que fue importado de Oriente.

XVI

Está después en la ley que, de los ritos paternos, sean respetados los mejores; como consultasen los atenienses a Apolo Pitio acerca de lo cual, qué religiones mantendrían principalmente, fue declarado el oráculo de que aquellas que estuvieran en la costumbre de los mayores. Como hubieran venido de nuevo al cual, y hubiesen dicho que la costumbre de los mayores había sido mudada frecuentemente, y hubieran preguntado qué costumbre principalmente seguirían de las varias, respondió: la mejor. Y, ciertamente, así es, que aquello que sea lo mejor ha de ser tenido por lo más antiguo y próximo a Dios.

Hemos abolido la colecta, si no es aquella que hemos exceptuado para pocos días, la propia de la Madre Idea; porque llena de sugestión las almas y deja exhaustas las cosas.

Hay una pena para el sacrílego, y no para aquel solo que robare una cosa sagrada, sino también para aquel que robare lo encomendado a un lugar sagrado, lo cual se hace tambIén ahora en muchos templos. Alejandro se dice haber depositado en Cilicia, en Soles, dinero en el santuario; y el ateniense Clistenes, ciudadano egregio, como temiera por sus cosas, confió las dotes de sus hijas a la Juno samia. Pero nada absolutamente se ha de disputar ya, por cierto, en este lugar acerca de los perjurios, de los incestos. Que los impíos no tengan la audacia de aplacar con dones a los dioses; que oigan a Platón, que veda dudar con qué mente esté un dios, cuando ningún buen varón quiere ser él donado por un ímprobo. Bastante está dicha en la ley la diligencia en el cumplimiento de los votos, y la promesa de un voto, por la cual somos obligados a Dios. La pena de la religión violada no tiene verdaderamente

recusación justa. ¿Para qué voy a usar yo aquí de ejemplos de malvado? de los cuales están llenas las tragedias. Sean tocadas más bien aquellas cosas que están ante los ojos. Aunque esta conmemoración temo no parezca estar por encima de la fortuna de un hombre, sin embargo, puesto que para mí el discurso es con vosotros, nada callaré, y quisiera que esto que hable parezca a los dioses lnmortales más bien agradable que ofensivo.

XVII

Todos los derechos de las religiones fueron mancillados entonces, cuando mi salida de Roma, por el crimen de ciudadanos perdidos: vejados nuestros Lares familiares, en las moradas de ellos edificado un templo a la Licencia, expulsado de los templos aquel que los había preservado. Mirad alrededor con celeridad en el pensamiento (porque para nada hace al caso nombrar a persona alguna) qué resultados de cosas hayan seguido. Nosotros, que, arrebatadas y perdidas todas nuestras cosas, no hemos sufrido que aquella custodia de la ciudad sea violada por los impíos, y la llevamos de nuestra casa a casa de su mismo padre, hemos conseguido los juicios del senado, de Italia, de todas las gentes en fin, de que la patria ha sido conservada por nosotros; más preclaro que lo cual ¿qué puede acaecer a un hombre? Parte de entre aquellos por el crimen de los cuales fueron entonces las religiones postradas y abatidas, yacen dispersos y arruinados; los que de ellos fueron tanto los jefes de estos crímenes como impíos más que los demás en toda religión, no sólo han carecido en verdad, atormentados y con desdoro, de vida, sino también de sepultura y de las cosas justas de las exequias.

Quinto.- Reconozco esas cosas ciertamente, hermano, y doy a los dioses gracias merecidas; pero demasiado frecuentemente vemos que pasa algún tanto de otro modo.

Marco.- Porque no estimamos rectamente, Quinto, cuál sea la pena divina, y somos arrastrados al error por las opiniones del vulgo, y no discernimos las cosas verdaderas. Ponderamos las miserias de los hombres por la muerte, o por el dolor del cuerpo, o por la aflicción del ánimo, o por la ofensa de un juicio; las cuales confieso que son cosas humanas, y han acaecido a muchos buenos varones; la pena del malvado es triste, y, fuera de aquellos eventos que siguen, es por sí misma máxima. Hemos visto a aquellos que, si no hubieran odiado a la patria, nunca hubiesen sido enemigos para nosotros, ardiendo, cuando de concupiscencia, entonces de miedo, entonces de remordimientos de la conciencia, temiendo a veces por lo que hicieran; despreciando a veces las religiones; quebrantados los juicios por ellos mismos; corrompidos los de los hombres; no los de los dioses. Me detendré ya, y no seguiré más lejos, y tanto menos cuanto que tengo más cantidad de venganzas que he podido

Solamente propondré que se publique que la pena divina es doble, porque consta, tanto de que las almas de los vivos han de ser vejadas, como de aquella fama de los muertos, puesto que la muerte de ellos se aprueba tanto por el juicio como por la alegría de los vivos.

XVIII

En cuanto a los campos, que no sean consagrados; asiento enteramente a Platón, el cual, si ahora pudiere yo interpretarlo, usa poco más o menos de estas palabras: La tierra, pues, como el lugar de los domicilios, está consagrada a todos los dioses. Por lo cual, no consagre alguien de nuevo lo mismo. Respecto al oro y la plata en las ciudades, tanto privadamente como en los templos, es cosa que causa envidia. En cuanto al marfil, extraído de un cuerpo inane, no es don bastante casto para un dios. Por lo que hace al bronce y el hierro, son instrumentos propios de la guerra, no de un templo. Pero dedique cada cual en los templos comunes lo que quisiere hecho de leño, siendo de solo leño, y lo mismo lo hecho de piedra. Lo textil no sea de más trabajo que la obra de una mujer en un mes. En cuanto al color, el blanco es principalmente el decoroso para un dios, ora en las demás cosas, ora, máximemente, en lo textil. Pero que estén ausentes las cosas teñidas, si no es de las enseñas bélicas. Pero los dones más propios de la divinidad son las aves y las imágenes acabadas en un solo día por un solo pintor; y asimismo sean de este tenor los demás dones. Estas cosas le placen a Platón. Pero yo no delimito tan restringidamente las demás cosas, vencido, ya por los vicios de los hombres, ya por los recursos de los tiempos. Sospecho que el cuItivo de la tierra habría de ser más perezoso si se juntase algo de superstición al administrarla y sujetarla con el hierro.

Atico.- Tengo entendidas esas cosas. Ahora resta tratar de los sacrificios perpetuos y del derecho de los Manes.

Marco.- ¡Oh admirable memoria, Pomponio, la tuya! pues se me habían olvidado esas cosas.

Atico.- Así creo; pero, sea lo que fuere, recuerdo más tanto como espero esas cosas por esto, porque son pertinentes tanto al derecho pontificio como al civil.

Marco.- Verdaderamente; y hay acerca de esas cosas muchas respuestas, tanto como escritos, conocidísimos; y yo, en todo este discurso nuestro, a cualquiera género de ley que nuestra disputación me llevare, trataré, tanto cuanto pudiere, de nuestro derecho civil de ese mismo género; pero de tal modo, que sea conocido el lugar mismo del cual se deduzca cada parte del derecho, para que no sea difícil, a quien pueda ser movido por el ingenio solamente un poco, cualquiera nueva causa o

consultación que acaeciere, tener entendido el derecho de ella, cuando sepa de qué punto capital haya de ser buscado.

XIX

Pero los jurisconsultos, ya sea por causa de inspirar un error, para que parezcan saber más y más difíciles cosas, ya sea, lo cual es más semejante de lo verdadero, por ignorancia del enseñar (porque no sólo saber algo es un arte, sino que hay también un arte de enseñar), frecuentemente, lo que está expuesto en una simple cognición, lo reparten en una infinita; como en este mismo género ¡cuán magno lo hacen los Scévolas (1), pontífices ambos, y ellos mismos peritísimos del derecho! Frecuentemente, dice el hijo de Publio, he oído de mi padre que nadie era buen pontífice sino el que conociera el derecho civil. ¿Todo? ¿Por qué así? porque ¿qué interesa a un pontífice lo del derecho de paredes, o de aguas, o de algún otro, generalmente? Le interesa, pues, lo que está conjunto con la religión. Pero eso ¿cuán poco es? lo de los sacrificios, creo, de los votos, de las ferias, de los sepulcros, y si hay algo de ese estilo. ¿Por qué, pues, hacemos tan grandes estas cosas, cuando las demás son muy pequeñas? Respecto de los sacrificios, el punto que se extiende más latamente, que haya esta única sentencia, que se conserven siempre, y que se transmitan sucesivamente en las familias, y, como he propuesto en la ley, que haya sacrificios perpetuos. Esto único supuesto, se han seguido por la autoridad de los pontífices estos derechos, que, para que por la muerte del padre de familia no cayera la memoria de los sacrificios, fuesen ellos adjuntados a aquellos a quienes por la muerte del mismo viniere el caudal. Esto único supuesto, lo cual es bastante para el conocimiento de esta disciplina, nacen innumerables consecuencias, con las cuales están llenos los libros de los jurisconsultos. Son buscados, en efecto, los que estén obligados a los sacrificios. La causa de los herederos es justísima; porque ninguna persona hay que se aproxime más de cerca a la vez de aquel que haya emigrado de la vida. Después, el que, por la muerte o el testamento de aquél, tome tanto cuanto todos los herederos. Ello también por orden; porque es lo acomodado a lo que ha sido propuesto. En tercer lugar, cuando nadie sea heredero, el que, de los bienes que fueren de aquél cuando muere, tomare por el uso, poseyendo, la mayor parte. En cuarto, cuando no haya nadie que haya tomado cosa alguna, el que salve más de los acreedores de aquél. Hay aquella última persona, cuando aquel que al que haya muerto debiere dinero, y a nadie lo pagare, sea tenido del mismo modo que si tomare aquel dinero.

Notas:

(1) Publio Mucio Scévola, llamado el Pontífice, y su hijo Quinto, llamado el Augur, el cual fue maestro de Cicerón.

XX

Nosotros hemos aprendido de Scévola estas cosas, no descritas así por los antiguos. Porque ellos ciertamente enseñaban con estas palabras, que se es obligado a los sacrificios de tres modos: por la herencia; o cuando tome la mayor parte del caudal; o, si la mayor parte del caudal ha sido legada, si alguno tomare de allí. Pero sigamos al pontífice.

Veis, pues, que todas las cosas dependen de sólo aquello, que los pontífices quieren que el caudal se junte a los sacrificios, y reputan que deben adscribirse a los mismos las ferias y las ceremonias. Y también dan esto como regla los Scévolas cuando hay partición: que cuando en el testamento no haya sido escrita deducción, y aquellos mismos legatarios hayan tomado menos que sea dejado a todos los herederos, no sean obligados a los sacrificios. En la donación interpretan esto los mismos de otro modo; y lo que el padre de familia ha aprobado en la donación hecha en beneficio de aquel que estuviera en la potestad del mismo, es válido; lo que se ha hecho sin saberlo él, si él no lo aprueba, no es válido.

Propuestas estas cosas, nacen muchas pequeñas cuestiones, el que no entienda las cuales, fácilmente las verá bien por sí él mismo, como las refiera al punto capital; por ejemplo, si alguno hubiera tomado menos, para que no fuese obligado a los sacrificios, y después alguno de los herederos de él hubiera exigido por su parte lo que por aquel de quien fuera él mismo heredero hubiese sido abandonado, y aquel caudal no hubiese sido hecho menor con la superior exacción que el que hubiera sido dejado a todos los herederos; que el que hubiese exigido ese caudal, sólo sin sus coherederos, estaría obligado a los sacrificios. Los cuales Scévolas precaven también que aquel a quien haya sido legado más que sea lícito tomar sin obligación religiosa, pague él por el dinero y la balanza al heredero del testamento, por lo mismo que está la cosa en tal punto, pagada así la herencia, como si aquel caudal no hubiera sido legado.

XXI

En este punto, y en muchos otros, quiero saber yo de vosotros, Scévolas pontífices máximos, y hombres, ciertamente, a mi juicio, agudlslmos, qué haya para que apetezcáis para el derecho pontificio el civil. Porque con la ciencia del derecho cívil suprimís en cierto modo la de los pontífices. En efecto, los sacrificios han sido juntados con el caudal por la autoridad de los pontífices, no por ley alguna. Y, así, si vosotros tan solamente fueseis pontífices, permanecería la autoridad pontifical; pero como sois vosotros mismos peritísimos del derecho civil, eludís con esta ciencia aquélla. Plació a P. Scévola y a Coruncanio, pontífices máximos, y lo mismo a los

demás, que aquellos que tomaran tanto cuanto todos los herederos fuesen obligados a los sacrificios. Tengo sabido el derecho pontificio. ¿Qué ha venido aquí del derecho civil? el capítulo de la partición, cautamente escrito para que fueran deducidos cien numos. Fue inventada una razón para que el caudal fuera librado de la molestia de los sacrificios. Porque si el que hacia el testamento no hubiera querido precaver esto, este mismo jurisconsulto Mucio, pontífice él mismo, advierte ciertamente que tome menos que sea dejado a todos los herederos. Antes, decían que estaba obligado el que hubiera tomado lo cual. Después son librados de los sacrificios. Verdaderamente, esto no se refiere en nada al derecho pontificio, pues viene del medio del derecho civil, luego que por el dinero y la balanza paguen al heredero del testamento, y esté la cosa en el mismo punto que si aquel caudal no hubiera sido legado, si aquel a quien se ha legado ha estipulado aquello mismo que ha sido legado, para que aquel caudal sea debido según la estipulación, y no sea obligado él a los sacrificios.

Vengo ahora a los derechos de los Manes, que nuestros mayores instituyeron sapientísimamente, de una parte, observaron religiosamente, de otra. Quisieron, pues, que en el mes de febrero, que era entonces el último mes del año, fueran hechas las exequias a los parientes muertos; lo cual, sin embargo, D. Bruto (1), como ha sido escrito por Sísena, solía hacer en diciembre. Como yo buscase conmigo la causa de la cual cosa, hallaba que Bruto se había apartado de la costumbre de los mayores por lo mismo (porque veo que Sisena ignora la causa por que aquél no observare la vieja lnstitución); pues no se me hace verisímil que Bruto, hombre muy docto, del que fue Acio (2) muy familiar, hubiera descuidado temerariamente las instituciones de los mayores; sino que, como los antiguos a febrero, así éste consideraba, creo, a diciembre el último mes del año. Y reputaba ser adjunto a la piedad hacer las exequias a los parientes con una víctima máxima.

Notas:

(1) Décimo Junio Bruto, cónsul en el año 138.

(2) Lucio Acio, poeta trágico de la primera mitad del siglo II.

XXII

Por otra parte, tan importante es la religión de los sepulcros, que niegan ser lícito que se entierre fuera de los lugares sagrados y de la morada de la gentilidad; y esto juzgó entre nuestros mayores A. Torcuato respecto de la gentilidad Popilia. Y no serían nombradas, verdaderamente, las Denicales, que han sido llamadas así, de muerte (a nece), porque en honor de los muertos son guardadas como fiestas, tan ferias como los días de descanso en honor de los demás celestes, si no hubieran querido nuestros mayores que aquellos que hubiesen emigrado de esta vida estuvie-

ran en el número de los dioses. El llevarlas el derecho a aquellos días en que ni del mismo ni públicas ferias haya (1), y toda la composición de este derecho pontifical, declara una gran religión y ceremonia.

Y no es necesario que sea explicado por nosotros qué cosas sean el fin de una familia tocada por la muerte, qué género de sacrificio se haga con castrones al Lar, de qué modo se cubra el hueso arrojado a la tierra, y qué reglas de derecho haya en cuanto a la obligación de traer una puerca, y en qué tiempo principie un sepulcro a serIo, y sea tenido por la religión.

Como, ciertamente, el más antiguo género de sepultura me parece haber sido aquel de que Ciro usa en Jenofonte. Porque el cuerpo es devuelto a la tierra, y colocado y situado tal como si fuera, cubierto por el manto de una madre. Y con el mismo rito hemos aprendido que fue enterrado nuestro rey Numa en aquel sepulcro que estaba junto a los altares de la fuente de Egeria; y la gentilidad Cornelia sabemos que ha usado de esta sepultura hasta tiempos a que alcanza nuestra memoria. Sila, victorioso, incitado por un odio más acerbo que el que habría sentido si hubiera sido tan sabio como fue vehemente, mandó que fuesen esparcidos los restos de C. Mario, situados cerca del Anio. No sé si temiendo que pudiera acaecer lo cual a su cuerpo, quiso, el primero de los Cornelios patricios, ser quemado por el fuego. Porque Eoio declara del Africano: Aquí está sítuado él.

Verdaderamente, porque situados son dichos aquellos que han sido enterrados. Sin embargo, no es sepulcro el de ellos antes que hayan sido hechas las cosas justas y haya sido introducido el cuerpo. Y aunque hoy se admite comúnmente respecto de todos los sepultados que sean dichos inhumados, ello era propio entonces para aquellos a quienes cubriera tierra echada encima; y el derecho pontifical confirma aquella costumbre. En efecto, antes que la gleba haya sido echada encima del hueso, aquel lugar donde el cuerpo ha sido quemado nada tiene de religión. Echada encima la gleba, entonces, de una parte, hay allí un inhumado, de otra, se llama aquello gleba; y entonces, finalmente, comprende muchos derechos religiosos. Y, así, respecto de aquel que, muerto en una nave, hubiera sido arrojado después al mar, decretó P. Mucio pura a su familia, porque no existiría hueso sobre la tierra; que, siendo al contrario, había para el heredero la obligación de traer una puerca, y habían de ser tenidas ferias tres días seguidos, y padecerse la expiación por el puerco hembra. Si hubiera muerto en el mar, las mismas cosas, fuera de la expiación y las ferias.

Notas:

(1) El Obligado a celebrar las Denicales no podía hacerlo ní en un día que fuese fiesta para él, como por ejemplo, el de su natalicio, ni en un día de fiesta pública.

XXIII

Atico.- Veo qué cosas haya en el derecho pontificio. Pero quiero saber qué haya en las leyes.

Marco.- Pocas cosas, ciertamente, Tito, y, según creo, no ignoradas de vosotros. Pero ellas miran no tanto a la religión como al derecho de los sepulcros. No sea sepultado ni quemado en la ciudad el hombre muerto, dice la ley en las Doce Tablas. Creo que acaso por el peligro del fuego. Y lo que añade, ni quemado, indica no ser sepultado el que sea quemado, sino el que sea inhumado.

Atico.- ¿Qué diremos, pues, acerca de los claros varones que después de las Doce Tablas han sido sepultados en la ciudad?

Marco.- Creo, Tito, haber sido, o aquellos a quienes, por causa de su virtud, fue tributado esto antes de esta ley, como Poplícola (1), como Tuberto (2), lo cual tuvieron de derecho los de la posteridad de ellos, o aquellos, si algunos, como C. Fabricio (3), han conseguido esto, sueltos de las leyes por causa de su virtud. Pero la ley veda ser sepultado en la ciudad.

Así se ha decretado por el colegio de los pontífices, que no es el derecho ser hecho un sepulcro en un lugar público. Conocéis, fuera de la puerta Colina, el templo del Honor; y se ha entregado a la memoria haber habido en aquel lugar un ara. Como junto a ella hubiera sido hallada una lámina, y escrito en ésta dueña del honor, esta fue la causa de dedicar aquel templo. Pero como en aquel lugar hubiese habido muchos sepulcros, fueron sacados fuera con el arado; porque estatuyó el colegio que un lugar público no podía estar obligado por una religión privada.

En cuánto a las demás cosas que hay en las Doce Tablas, de disminuir los gastos y las lamentaciones del funeral, han sido trasladadas, con corta diferencia, de las leyes de Solón. No se haga, dice la ley, mas que esto. No se pula la leña de la pira con el hacha. Conocéis las cosas que siguen; por que aprendíamos de niños, como un verso necesario, las Doce Tablas; las cuales nadie aprende ya. Reducido, pues, el gasto a tres ricas (4) y a zapatos de púrpura, y a diez flautistas, la ley suprime también la lamentación: Las mujeres no se arañen las mejillas; ni tengan lessum por causa del funeral. Los viejos intérpretes, Sext. Elio, L. Acilio, han dicho que ellos no entendían bastante esto, pero sospechaban algún género de vestimenta fúnebre; L. Elio, que lessum, era como uua lamentación lúgubre, según la voz misma significa; lo cual juzgo ser más verdadero por esto, porque la ley de Solón veda eso mismo. Estas cosas son laudables, y, poco más o menos, comunes a los ricos con la plebe. Porque, en verdad, es máximamente de naturaleza que se borre en la muerte la diferencia de fortuna.

Notas:

(1) Publio Valerio Poplícola, o Publícola, llamado así por la gran deferencia que tuvo para con el pueblo. Fue, en 509, después de Colatino, el colega de Bruto en el primer consulado.

(2) Publio Postumio Tuberto. Fue cónsul en 505 y en 503.

(3) Cayo Fabricio Luscino, general romano célebre por su pobreza y su desinterés. Peleó victoriosamente contra los samnitas y contra Pirro, y rehusó los presentes de aquéllos y de éste, a pesar de su pobreza, que fue tal, que el Estado tuvo que costear sus funerales y dotar a su hija.

(4) La rica era una especie de capa de mujer, de color de púrpura y con franjas, que se usaba en los funerales, siendo costumbre arrojarla a la hoguera en que se quemaban los restos del difunto, y, para aumentar la suntuosidad, solian echarse varias.

XXIV

Las Doce Tablas suprimieron lo mismo las demás cosas fúnebres con que es aumentado el luto. No se recoja los huesos a un hombre muerto, para que después se haga un funeral, dice la ley. Exceptúa la muerte en la guerra y en el extranjero (1). Además de estas disposiciones, otras acerca de la untura hay en las leyes; por las cuales se suprime la untura hecha por los siervos, y toda bebida en rueda. Las cuales también rectamente son suprimidas; y no se suprimirían si no hubieran existido. Las disposiciones que dicen No haya respersión suntuosa (2), no largamente coronas, ni pebeteros, sean pasadas de largo. Por otra parte, hay aquella señal de que pertenecen a los muertos los ornamentos de la gloria, porque manda la ley que la corona ganada por la virtud sea impuesta sin fraude, tanto a aquel que la hubiera ganado, como al padre de él.

Y creo que porque se había hecho frecuentemente que fueran hechos varios funerales para uno solo, y fueran extendidos varios hechos (3), fue sancionado también por la ley que no se hiciese aquello.

Como estuviera en la cual ley y no se mezcle oro, otra ley exceptuó muy humanamente: Pero a quienes hubieren sido sujetos los dientes con oro, sea sin fraude sepultarle o quemarle con él. Y ved al mismo tiempo esto, haber sido tenido por cosa distinta sepultar y quemar.

Hay, además, dos leyes sobre sepulcros, de las cuales la una precave acerca de los edificios de los particulares, la otra respecto de los sepulcros mismos. En efecto, la que veda que sea arrimado a casas ajenas más cerca de sesenta pies, sin querer su dueño, una pira o quemadero nuevo, teme un incendio acerbo. Y la que veda que sea adquirido por el uso un foro, esto es, el vestíbulo del sepulcro, o un quemadero, defiende el derecho de los sepulcros.

Estas cosas tenemos en las Doce Tablas, totalmente según la naturaleza, la cual es la norma de la ley. Las demás están en la costumbre: que sea indicado el funeral,

si ha de haber algo de juegos, y que el dueño del funeral use de alguacil y de lictores. Que las virtudes de los varones dIstInguidos sean traídas a la memoria en asamblea pública, y que las acompañe también el canto con arreglo a un flautista; a lo cual se da el nombre de nenia; con el cual vocablo son nombrados también por los griegos los cantos lúgubres.

Notas:

(1) El sentido de la ley parece ser el de que después de quemarse el cadáver no se recogiesen los huesos que quedaban entre las cenizas para tributarles nuevas honras fúnebres.

(2) La del vino de que se solía rociar la hoguera.

(3) Los que se praparaban para el banquete funerario llamado silicernium.

XXV

Quinto.- Me regocijo de que nuestros derechos estén acomodados a la naturaleza, y me deleito mucho con la sabiduría de nuestros mayores.

Marco.- Pero creo, Quinto, que, como las demás suntuosidades, así también las de los sepulcros requieren moderación rectamente. Porque en el sepulcro de C. Fígulo ves a qué suntuosidades haya llegado ya ese asunto. Pero creo haber sido mínima en otro tiempo el ansia de esa práctica; de otra manera, existirían muchos ejemplos de nuestros mayores. Ciertamente, los intérpretes de nuestra ley, en el capítulo en que mandan remover del derecho de los dioses manes la suntuosidad y el luto, entienden esto, que la magnificencia de los sepulcros debe ser disminuída entre las primeras. Y no han sido descuidadas estas cosas por los más sabios escritores de leyes. Porque, según dicen, en Atenas permaneció ya desde Cécrope tanto aquella costumbre como esta prescripción legal de cubrir de tierra; cuando los próximos parientes habían arrojado la cual, y la tierra había sido puesta encima, era sembrada de granos, para que el seno y como regazo de una madre fuera atribuído al muerto, y para que el suelo, expiado por los granos, fuese devuelto a los vivos. Seguían banquetes, a los que iban coronados los propincuos; en los cuales se hablaba de la virtud del muerto, cuando había algo de verdadero; porque era tenido por ilícito el mentir.

Y habían sido realizadas las cosas justas. Después, como, según escribe Falereo (1), hubieran comenzado a hacerse funerales con suntuosidades y lamentaciones, fueron suprimidos por la ley de Solón. Ley que casi con las mismas palabras pusieron nuestros decenviros en la tabla décima; porque lo de las tres ricas y la mayor parte de las cosas son de Solón; las de los lamentos fueron expresadas verdaderamente con las mismas palabras: Las mujeres no se arañen las mejillas; ni tengan lessum por causa del funeral.

Notas

(1) Demetrio Falereo, llamado así por haber nacido en Falero, demo del Atica, hacia 345, se adhirió al partido macedonio, por cuya induencia fue elegido arconta decenal en 318, y gobernó sabiamente durante diez años, hasta que, habiéndose apoderado de Atenas Demetrio Poliorcetes, hubo de retirarse a Egipto.

XXVI

Y nada más hay de los sepulcros en Solón que el que no los destruya persona alguna, ni introduzca a otro; y hay una pena si alguien, dice la ley, violaré, derribare o rompiere un quemadero (porque esto reputo que se llama la palabra griega tumbos), o un monumento, o una columna. Pero, poco después, por causa de estas amplitudes de los sepulcros, que vemos en el Cerámico (1), fue sancionado por una ley que no hiciera persona alguna un sepulcro de más trabajo que lo que diez hombres efectuaren en tres días. Y no era lícito que fuera exornado él con obra de estuco, ni que fueran puestos estos que llaman Hermes (2); ni era lícito que fuese dicho algo de la virtud del muerto, a no ser en las sepulturas públicas, ni por otro sino el que hubiera sido constituído públicamente para aquel negocio. Estaba suprimida la reunión numerosa de varones y de mujeres, para que fuera disminuída la lamentación; porque el concurso de hombres ocasiona el sentimiento.

Por lo cual Pitaco (3) veda en absoluto que se acerque alguien al funeral de los otros. Pero dice el mismo Demetrio que creció de nuevo aquella magnificencia de los funerales y de los sepulcros, la cual hay en Roma ahora con corta diferencia. La cual costumbre disminuyó el mismo por una ley.

Porque fue aquel varón, como sabéis, no sólo eruditísimo, sino también ciudadano de la República máximamente, y peritisimo del defender a la ciudad. Este, pues, disminuyó la suntuosidad, no sólo por la pena, sino también por el tiempo, porque mandó que se llevase a enterrar antes de la luz del día. Y señaló un límite para los nuevos sepulcros: en efecto, no quiso que sobre el túmulo de tierra se pusiera cosa alguna, sino una columnita, no más alta de tres codos, o una mesa, o un vaso; y para esta procuración había dado encargo a un magistrado especial.

Notas

(1) El Cerámico era un barrio situado al Norte de Atenas, parte dentro y parte fuera del recinto de la ciudad, por lo que se dividía en interior y exterior. Primitivamente había estado ocupado por alfareros y tejeros, de lo que recibió su nombre {de céramos, arcilla); pero después se destinó a erigir de preferencia los más grandiosos monumentos funerarios.

(2) Los Hermes eran una especie de pilastras rematadas por una cabeza de Mercurio (en griego Hermes), que eran colocadas principalmente en los grandes caminos y en las encrucijadas; después se aplicó también el mismo nombre a todo adorno arquitectónico consistente en un busto puesto sobre un pilar.

(3) Pitaco de Mitilene, en la isla de Lesbos, gobernó durante diez años (589-579) a sus compatriotas, dándoles leyes excelentes. Fue contado en el número de los Siete Sabios de Grecia.

XXVII

Estas cosas, pues, observaban tus atenienses. Pero veamos a Platón, el cual remite a los intérpretes de las religiones las cosas justas de los funerales; costumbre que nosotros mantenemos. Y de los sepulcros dice estas cosas. Veda que sea tomada para sepulcro parte alguna de un campo cultivado, o de aquel que pueda cultivarse; sino que sea dada principalmente aquella especie de campo que solamente pueda efectuar que reciba los cuerpos de los muertos sin detrimento de los vivos; y la tierra que pueda llevar frutos, y, como una madre, suministrar alimentos, que no nos la disminuya nadie, ni vivo, ni muerto. Y veda que sea construído un sepulcro más alto que lo que en cinco días realizaren cinco hombres, ni sea alzado ni puesto de piedra mas que lo que comprenda la alabanza del muerto, grabada en no más de cuatro versos heroicos, que Enio llama largos. Tenemos, pues, también respecto de los sepulcros la autoridad de este varón sumo, por el cual, en segundo lugar, es limitado el gasto de los funerales, según los censos, desde cinco minas hasta una mina. Después, dice aquellas mismas cosas de la inmortalidad de las almas, y de la restante tranquilidad de los buenos después de la muerte, y de las penas de los impíos.

Tenéis, pues, explicado, según creo, todo el punto de la religión.

Quinto.- Lo tenemos nosotros, en verdad, hermano, y copiosamente, por cierto; pero pasa a las demás cosas.

Marco.- Pasaré, ciertamente; y, puesto que os ha placido impelerme a estas cosas, acabaré, espero, en el díscurso de hoy; sobre todo con un día tal. Porque veo que Platón hizo lo mismo, y toda la peroración de él acerca de las leyes fue pronunciada en un día estival. Así, pues, haré, y hablaré de las magistraturas. Porque esto es, verdaderamente, lo que, constituída la religión, sostiene más a una República.

Atico.- Di tú, en verdad, y mantén ese método que has empezado.

LIBRO TERCERO

I

Marco.- Seguiré, pues, según he comenzado, a aquel varón divino, al cual, movido de cierta admiración, alabo quizá más frecuentemente que es necesario.

Atico.- Platón sin duda dices.

Marco.- Ese mismo, Atico.

Atico.- Verdaderamente, nunca le habrás alabado tú ni demasiado mucho ni demasiado frecuentemente, porque aun aquellos nuestros amigos (1), que nadie sino su maestro quieren que sea alabado, me conceden el que le estime a mi arbitrio.

Marco.- Bien hacen ¡por Hércules! Porque ¿qué hay más digno de tu elegancia? de ti de quien tanto la vida como el lenguaje me parece haber conseguido aquella dificilísima asociación de la gravedad con la humanIdad.

Atico.- Mucho me alegro porque te he interrumpido, puesto que tan preclaro testimonio me has dado de tu juicio sobre mí. Pero prosigue, según habías empezado.

Marco.- Alabemos, pues, prImero a la ley misma con alabanzas verdaderas y propias de su género.

Atico.- Sí, ciertamente, como has hecho respecto de la ley de las religiones.

Marco.- Véis, pues, que el magistrado tiene esta fuerza, que presida, y prescriba las cosas rectas y útiles y conjuntas con las leyes. Porque como las leyes a los magistrados, así los magistrados presiden al pueblo, y puede decirse verdaderamente que el magistrado es la ley que habla, y la ley el magistrado mudo. Nada ciertamente es tan adaptado al derecho y a la condición de la naturaleza (porque, como digo, es dicha por mí ley, y ninguna otra cosa quiero que sea entendida) que el imperio, sin el cual, ni casa alguna, ni ciudad, ni gente, ni el género universal de los hombres, ni toda la naturaleza de las cosas, ni el mismo mundo puede subsistir. Porque tanto éste está sujeto a Dios, como a éste obedecen los mares y las tierras, y la vida de los hombres se atempera a los mandatos de una ley suprema.

Notas:

(1) Los epicúreos.

II

Y, para que yo venga a estas cosas más próximas y notorias a nosotros, todas las gentes antiguas estuvieron sujetas a reyes en algún tiempo. El cual género de imperio era diferido primero a los hombres más justos y más sabios, y ello valió máximamente en nuestra República mientras la gobernó la potestad real. Después, se transmitía luego también a sus descendientes; lo cual permanece también aún en aquellos que ahora reinan. Pero aquellos a quienes no plació la potestad regia quisieron estar sujetos, no a ninguno, sino no siempre a uno. Nosotros, pues, supuesto que damos leyes para pueblos libres, y dijimos antes en seis libros las cosas que sintiéremos acerca de la mejor República, acomodaremos en este tiempo las leyes a aquel estado de ciudad que aprobamos.

Hay necesidad, pues, de magistrados; sin la prudencia y diligencia de los cuales no puede existir la ciudad; en la distribución de los cuales se contiene toda la moderación de la República. Y no sólo ha de ser prescrito a ellos el modo de imperar, sino también a los ciudadanos el de obedecer. Porque tanto el que impera bien es necesario que alguna vez haya obedecido, como el que modestamente obedece parece ser digno de que alguna vez impere, Y, así, conviene tanto que aquel que obedece espere que él ha de imperar en algún tiempo, como que aquel que impera piense que dentro de breve tiempo ha de haber para él necesidad de obedecer. Pero no sólo prescribimos que los ciudadanos se sujeten y obedezcan a los magistrados, sino también que les reverencíen y estimen, como Carondas hace en sus leyes. Nuestro Platón estatuye verdaderamente como del género de los Titanes a los que, como aquéllos a los celestes, así ellos se opongan a los magistrados, como sean así las cuales cosas, vengamos ya a las leyes mismas, si os place.

Atico.- Verdaderamente, me place, tanto eso como ese orden de cosas.

III

Marco.- Sean los imperios justos y obedezcan los ciudadanos a ellos modestamente y sin recusación. Reprima el magistrado al ciudadano no obediente y nocivo con la multa, las cadenas o los azotes, si no lo prohibiere una potestad igual o mayor, o el pueblo; ante los cuales haya provocación (l). Cuando el magistrado haya juzgado y condenado, sea por medio del pueblo la contienda de la multa y de la pena. En la milicia, no haya provocación de aquel que imperare; y lo que el que lleve la guerra haya imperado, sea el derecho y lo valedero. Los magistrados menores, de jurisdicción repartida, sean varios para la mayor parte de las cosas; en la milicia, imperen a aquellos que estén sometidos a su mando, y sean los tribunos de ellos. En el interior, custodien el caudal público; observen las cadenas de los

culpados; castiguen los crímenes capitales; señalen en nombre del pueblo el bronce, la plata y el oro; juzguen los procesos empeñados; hagan cualquiera cosa que decretare el senado. Y haya ediles, cuidadores de la ciudad, del comestible para el año y de los juegos solemnes; y sea éste para ellos, para un grado de más amplio honor, el prImero subalterno. Hagan los censores el censo de ias edades, proles, servidumbres y caudales del pueblo; vigilen los templos de la ciudad, las vías, las aguas, el erario, Ios impuestos, y distribuyan en tribus las partes del pueblo; repártanlas según las fortunas, las edades, los órdenes; alisten la prole de los caballeros y de los hombres de a pie; impidan que haya célibes; dirijan las costumbres del pueblo; no permitan el oprobio en el senado. Sean dos; tengan la magistratura un quinquenio; Ios restantes magistrados sean anuales. Y aquella potestad esté siempre. Sea el pretor el árbitro del derecho, el que juzgue o mande que sean juzgadas las cuestiones privadas. Sea él el custodio del derecho civil. Haya tantos iguales a éste en potestad cuantos decretare el senado o mandare el pueblo.

Haya dos magistrados con un imperio regio; y sean llamados ellos, según estén presidiendo, juzgando o consultando, pretores, jueces o cónsules. En la milicia, tengan un derecho sumo, a nadie estén sujetos. Sea para ellos la salud del pueblo la suprema Iey. No tome nadie esta misma magistratura, si no hubieren mediado diez años. Obsérvese la edad según la ley anual. Pero cuando haya una guerra muy grave, o discordias de las ciudades, tenga uno, no más de seis meses, si el senado lo decretare, lo mismo de derecho que los dos cónsules; y él, nombrado bajo un auspicio favorable, sea el director del pueblo (2). Y tenga uno que rija la caballería, de derecho igual con aquel, cualquiera que sea, árbitro del derecho. Pero cuando está como cónsul aquel director del pueblo, no estén los restantes magistrados.

Sean propios de los padres (3) los auspicios; y saquen ellos de entre si quienes puedan crear los cónsules ordenadamente en la asamblea del pueblo. Los imperios, las potestades, las legaciones, cuando el senado decretare o el pueblo mandare, salgan de la ciudad; lleven justamente las guerras justas; respeten a los aliados; conténganse a sí y a los suyos; aumenten la gloria de su pueblo; vuelvan a casa con gloria. No sea nadie enviado por causa de su hacienda. Los diez que la plebe creare al frente de si contra la violencia, por causa de auxilio, sean los tribunos de ella, y lo que ellos prohibieren, y lo que propusieren a la plebe, sea aprobado; y sean inviolables; y no se deje a la plebe privada de tribunos. Tengan su autoridad y su jurisdicción todos los magistrados; de los cuales compóngase el senado; sean válidos los decretos de éste. Y si no lo prohibiere una potestad igual o mayor, obsérvense los senado-consultos prescritos. Este orden está exento de vicio; sea el modelo para los demás. La creación de magistrados, los juicios, los mandatos del pueblo, las prohibiciones, cuando sean resueltas por sufragio, sean conocidas para los optimates, libres para el pueblo.

Notas:

(1) Lo que hoy llamaríamos: apelación.

(2) Este magistrado es el que se llamaba dictador.

(3) Los senadores.

IV

Y si hubiere algo que, fuera de las magistraturas, tenga necesidad de cuidado, cree el pueblo quien cuide, y déle el derecho de cuidar. Haya derecho de tratar con el pueblo y con los padres para el cónsul, para el pretor, para el director del pueblo y el de los caballeros, y para aquel a quien nombran los padres por causa de haber de ser propuestos los cónsules; y haya derecho de tratar con los padres para los tribunos que la plebe se hubiere propuesto; y ellos mismos lleven a noticia del pueblo lo que fuere necesario. Los discursos que con el pueblo y los que entre los padres se tengan, sean moderados. Haya para el senador que no estuviere presente o causa o culpa. Hable el senador a su tiempo y con medida; sostenga las causas del pueblo. Esté ausente la violencia en el pueblo. Valga más una potestad igual o mayor. Pero el que perturbare al tratar, sea el daño del autor; el que se oponga a una cosa mala, sea considerado como un ciudadano saludable. Los que hablen, observen los auspicios; obedezcan al augur; hablen de cosas promulgadas, propuestas, conocidas en el erario (1); no consulten de una vez más que acerca de cosas singulares; expliquen el asunto al pueblo; toleren que sea instruído por los magistrados y por los particulares. No se concedan privilegios (2); no se decida acerca de la cabeza de un ciudadano sino por medio de la máxima asamblea del pueblo (3), y de aquellos a quienes los censores hubieren colocado en las partes del pueblo. No se tome ni se dé don, ni pretendiendo, ni desempeñando, ni desempeñada una potestad. Que el que se haya apartado de estas cosas, la pena sea parecida a la culpa. Custodien los censores fielmente la ley. Refieran los particulares sus actos ante ellos; y no por eso estén más libres de la ley.

Notas

(1) Anunciadas con anticipación, como se hace actualmente con las cuestiones que se señalan en la orden del dla. Ese anuncio se hacia, efectivamente, por medio de un edicto; pero no consta que se fijase en el erario, por lo que tal vez es esto una cosa nueva que Cicerón propone.

(2) La palabra privilegio significa etimológicamente ley privada, esto es, ley dada para un caso particular, en concreto, en vez de para todos los casos iguales, en abstracto, que son los que constituyen la esfera de acción propia del poder legislativo. En el indicado sentido hay que entenderla aquí, pudiendo, por tanto, haber privilegios, no sólo en favor de un individuo, sino también en contra, como el que se pretendió dar contra el mismo Cicerón, condenándole a muerte en los comicios por tribus, a que se refiere luego.

(3) Los comicios por centurias; los comicios por curias, propios de los patricios, habían desaparecido de la escena política, y los comicios por tribus eran considerados como exclusivos de los plebeyos.

V

La ley está recitada. Retiraos, y mandaré que os sea dada la tablilla (1).

Quinto.- ¡Cuán brevemente, hermano, ha sido puesta por ti a la vista la distribución de todas las magistraturas! pero casi aquélla de nuestra ciudad, aunque se ha traído por ti un poco de nuevo.

Marco.- Rectísimamente adviertes, Quinto. Esta es, en efecto, la temperación de República que Scipión alaba en nuestros libros, y la que más aprueba; la cual no hubiera podido efectuarse sino con tal distribución de las magistraturas. Porque tened entendido así, que en los magistrados y en aquellos que presidan está contenida la República, y según la composición de aquéllos se entiende cuál sea el género de cada República. Cosa que como hubiera sido constituída sapientísima y moderadísimamente por nuestros mayores, nada he tenido, ciertamente no mucho, que reputase digno de ser innovado en las leyes.

Atico.- Nos concederás, pues, respecto de las magistraturas, así como, por advertencia y súplica mía, has hecho en la ley de la religión, que dlsputes acerca de por qué causas te plazca más esa distribución.

Marco.- Haré, Atico, como quieres, y explicaré todo ese punto según ha sido inquirido y disputado por los más sabios de Grecia, y, como he establecido, llegaré a nuestros derechos.

Atico.- Espero máximamente ese género de disertar.

Marco.- Pues las más cosas están dichas en aquellos libros; porque hubo de ser hecho cuando se inquiría acerca de la mejor República. Pero hay algunas propias de este punto de los magistrados, inquiridas más sutilmente, primero por Teofrasto, después por Dión el estoico.

Notas:

(1) Alusión al procedimiento seguido en los comicios. Hecha la proposición, el magistrado presidente decía: Discedite (retiraos), y los concurrentes, provistos de una tablilla para escribir su voto, iban a emitirlo en sus centurias o tribus respectivas.

VI

Atico.- ¿Hablas de veras, en fin? ¿También por los estoicos han sido tratadas estas cosas?

Marco.- No, ciertamente, sino por aquel que ahora he nombrado, y, después, por un grande hombre y erudito entre los primeros, por Panecio. Porque los viejos estoicos disertaban acerca de la República sólo de palabra; agudamente ellos, en verdad, pero no para este uso popular y civil. Estas cosas han manado más de esta

familia (1), siendo el primero Platón. Después, Aristóteles ilustró, al disputar, todo este punto civil, y Heráclides Póntico, salido del mismo Platón. Verdaderamente, Teofrasto, instruído por Aristóteles, se movió, como sabéis, en este género de cosas; y Dicearco, enseñado por el mismo Aristóteles, no faltó a esta ciencia y estudio.

Después, enseñado por Teofrasto, aquel Demetrio Falereo, del cual he hecho antes mención, sacó admirablemente la doctrina, de las escuelas de los eruditos y el ocio, no sólo al sol y al polvo, sino al mismo riesgo y combate.

Porque podemos traer a la memoria muchos, tanto varones mediocremente doctos, grandes en la República, como hombres doctísimos, no muy versados en la República. Pero quien fuera excelente en una y otra cosa, para que fuese el primero tanto en los estudios de la doctrina como en regir la ciudad, ¿cuál fácilmente, a excepción de aquél, podría ser hallado?

Notas:

(1) La gran familia de filosófos que reconocían como maestro a Sócrates, y de la cual se consideraba miembro el propio Cicerón.

VII

Atico.- Reputo que podría hallarse; y, ciertamente, alguno de nosotros tres. Pero prosigue, según habías empezado.

Marco.- Se ha inquirido, pues, por aquellos si placería que hubiera un magistrado en la ciudad al cual obedeciesen los restantes; lo cual, expulsados los reyes, entiendo haber placido a nuestros mayores. Pero como el género real de ciudad, aprobado en algún tiempo, después, por los vicios, no tanto del reino como del rey, fue repudiado, el nombre sólo de rey habría de parecer repudiado, y la cosa permanecería, si uno imperase a todos los restantes magistrados. Por lo cual, ni los éforos fueron opuestos en Lacedemonia por Teopompo a los reyes sin causa, ni entre nosotros los tribunos a los cónsules. Porque el cónsul tiene ciertamente aquello mismo, lo cual está puesto en el derecho, que todos los restantes magistrados le obedezcan, excepto el tribuno, que surgió después, para que no hubiera aquello que había habido; porque esto disminuyó primero el derecho consular, que existió aquel mismo, que no sería dominado por él; después, que llevó auxilio, no sólo a los restantes magistrados, sino también a los particulares no obedientes al cónsul.

Quinto.- Dices un gran mal. Porque, nacida esa potestad, cayó la gravedad de los optímates, y convaleció el derecho de la multitud.

Marco.- No es así, Quinto. Porque aquel derecho era necesario que pareciese al pueblo, no sólo muy soberbio, sino muy violento; por lo cual, después que vino una moderada y sabia temperación, la ley se volvió hacia todos.

VIII

Vuelvan a casa con gloria. Porque nada, ni de los enemigos, ni de los aliados, fuera de la gloria, ha de ser reportado por los buenos e inocentes. Además, es, ciértamente, claro esto, que nada hay más torpe que ser legado alguien si no es por causa de la República. Omito de qué modo se conduzcan y hayan conducido esos que persiguen con una legación herencias o escrituras de obligación. Quizá está este vicio en los hombres. Pero pregunto: ¿qué hay más torpe en la cosa misma que un senador legado sin procuración, sin mandatos, sin funcion alguna de la República? Género de legación que, ciertamente, habría yo suprimido siendo cónsul, aunque parezca ser pertinente a la comodidad de los senadores, aprobándolo, sin embargo, un senado plenísimo, si no se me hubiera interpuesto entonces un insignificantísimo tribuno de la plebe. Con todo, disminuí el tiempo, e hice anual lo que era infinito. Así, la torpeza permanece, más suprimida su larga duración. Pero sálgase ya, si os place, de las provincias, y vuélvase a la ciudad.

Atico.- Nos place, en verdad; pero en modo alguno place a aquellos que están en las provincias.

Marco.- Pues, verdaderamente, Tito, como obedezcan a estas leyes, nada habrá para ellos más dulce que la ciudad, nada más que su casa, ni más laborioso y más molesto que la provincia.

Pero sigue la ley que sanciona aquella potestad de los tribunos de la plebe, que hay en nuestra República; acerca de la cual nada es necesario que se diserte.

Quinto.- Pues ¡Por Hércules! yo, hermano, quiero saber qué sientas acerca de esa potestad. Porque, ciertamente, me parece pestífera; pues que ha nacido ella en la sedición y para la sedición; si queremos recordar el primer origen de la cual, vemos al tribunado procreado entre las armas de los ciudadanos, y ocupados y cercados los lugares de la ciudad. Después, como hubiera sido prontamente rechazado, cual, según las Doce Tablas, un niño insigne en cuanto a deformidad, fue creado al breve tiempo, y nació mucho más tétrico y feo.

IX

Porque ¿qué cosas no ejecutó él? el cual, primero, como fue digno de un impío, arrebató a los padres todo honor; turbó, mezcló todas las cosas, hizo las ínfimas iguales a las sumas; aunque había arruinado la autoridad de los principales, nunca reposó, sin embargo. Y, para que deje yo a C. Flaminio (1), y aquellas cosas que ya son viejas, ¿qué dejó de derecho a los buenos varones el tribunado de Tib. Graco? aunque un quinquenio antes, C. Curiacio, tribuno de la plebe, el hombre más bajo y

sórdido de todos, echó a cadenas a los cónsules D. Bruto y P. Scipión (¡qué hombres y qué grandes!); cosa que no había sido hecha antes (2). ¿No mudó, verdaderamente, Cayo Graco todo el estado de la República con aquellos dardos y puñales, que él mismo dijo haber lanzado él al foro, con que se combatieran entre sí los ciudadanos? ¿Qué diré ya del suplicio de Saturnino y de los restantes? a los cuales no pudo la República, ciertamente, echar de sí sino con el hierro. Pues ¿para que voy a citar cosas o viejas o ajenas más bien que tanto nuestras como recientes? ¿Quién habría sido nunca tan audaz, tan enemigo para nosotros, que pensara nunca en hacer caer nuestro estado, si no hubiese aguzado contra nosotros algún puñal tribunicio? como los hombres malvados y perdidos, no sólo en casa alguna, sino en ninguna familia encontraran al cual, reputaron que, en medio de las tinieblas de la República, habría posibilidad para ellos de que fuesen perturbadas las familias. Egregio ciertamente para nosotros lo cual, y glorioso para la inmortalidad de nuestra memoria, ningún tribuno haber podido ser hallado por merced alguna contra nosotros, sino aquel a quien no hubiera sido lícito ciertamente ser tribuno (3). Pero aquél ¿qué estragos produjo? aquellos verdaderamente que, sin razón y sin buena esperanza alguna, ha podido producir el furor de una impura bestia, inflamado por los furores de muchos. Causa por la cual apruebo por cierto vehementemente en este asunto a Slla, que por su ley quitó a los tribunos de la plebe la potestad de hacer injusticia, y les dejó la de llevar auxilio; y a nuestro Pompeyo, siempre ensalzo en todas las demás cosas con amplísimas y sumas alabanzas; respecto de la potestad tribunicia, callo; porque ni me agrada reprenderlo, ni puedo alabarlo.

Notas:

(1) Cayo Flaminio Nepote. Era plebeyo, y, siendo tribuno de la plebe en 232, propuso una ley agraria, que era la cuarta, para que se distrlbuyese al pueblo el territorio del Piceno, que los galos habian abandonado. En 223, siendo cónsul, derrotó a los galos insubrios., y en 217, siendo cónsul por segunda voz, fue vencido y muerto en la batalla del lago Trasimeno.

(2) Publio Cornelio Scipión Náslca y Décimo Junio Bruto, cónsules del año 138, se opusieron a la pretensión de los tribunos de la plebe de eximir a sendos ciudadanos del serviclo militar, por lo que uno de ellos, Cayo Curiacio, les redujo a prisión.

(3) Pulio Clodio, que, por ser patricio, no podía ser tribuno. Habiéndose hecho adoptar por el plebeyo Monteyo, desempeñó aquella magistratura en 59, y, sirviendo los planes de César, hizo desterrar a Catón y a Cicerón.

X

Marco.- Preclaramente ves bien, en verdad, Quinto, los vicios del tribunado. Pero es inicua, en toda cosa que ha de ser acusada, omitidos los bienes, la enumeracIón de los males y la selección de los vicios. Porque, de ese modo, aun del consulado hay ciertamente una vituperación, si coleccionares los pecados de cónsules que no quiero enumerar. Yo confieso, en efecto, que en esa misma potestad hay algo de malo; pero sin eso malo, no tendríamos io bueno que se ha buscado en

ella. Excesiva es la potestad de los tribunos de la plebe. ¿Quién lo niega? Pero la fuerza del pueblo es mucho más cruel y mucho más vehemente; la cual, cuando tIene un guía, es entretanto más suave que si ninguno tuviera. Porque el guía piensa en que avanza con peligro suyo; el ímpetu del pueblo no tiene cuenta de su peligro. Pero alguna vez es encendido por un tribuno. Y frecuentemente en verdad es calmado por él. Porque ¿qué colegio tribunicio hay tan desesperado, en que ninguno de los diez esté con la mente sana? Antes bien, un tribuno intercesor (1), no sólo vedado, sino aun quitado, había quebrantado al mismo Tib. Graco. Porque ¿qué otra cosa le derribó, sino que privó a su colega de la potestad de interceder? (2). Pero ve tú en aquello la sabiduría de nuestros mayores. Concedida a la plebe por los padres esa potestad, las armas cayeron; la sedición fue extinguida; fue encontrado un temperamento por el cual los más tenues reputaran que ellos eran igualados con los principales; en lo cual sólo estuvo la salud de la ciudad. Pero hubo dos Graco. Y, fuera de ellos, por más que enumeres muchos, está bien; aunque se crean dIez, nIngunos tribunos perniciosos hallarás en toda la memoria; ligeros, aun no buenos, quizá varios. Ciertamente, el orden más elevado carece por ellos de envidia; ningunas peligrosas contiendas acerca de su derecho hace la plebe. Causa por la cual, o no debieron ser echados fuera los reyes, o debió ser dada libertad a la plebe en la realidad, no en la palabra; la cual, con todo, lo fue dada de tal manera, que fuese prohibida en muchas ocasiones por los más preclaros, para que cediera a la autoridad de los principales.

Notas:

(1) La intercesión (intercessio) era la oposición hecha a una medida que se consideraba perjudicial.

(2) Octavio, colega de Tiberio Graco en el tribunado, se opuso a la ley agraria de éste, que, por ello, le hizo deponer por el pueblo. Esto irritó a los patricios, y un grupo de ellos, mandados por Násica, produjeron un motin, en que fue muerto Tiberio (133).

XI

En cuanto a nuestra causa, que incidió, óptimo y dulcísimo hermano, en la potestad tribunicia, nada tuvo de contienda con el tribunado. Porque no nos privó de nuestras cosas una plebe incitada; sino que fueron soltadas las cadenas e incitados los esclavos, habiéndose juntado también un terror militar. Y no hubo entonces para nosotros combate con aquella peste, sino con el tiempo más grave de la República; si no hubiera cedido yo al cual, no habría recibido la patria largo tiempo el fruto de mi beneficio. Y el éxito de la cosa ha indicado esto; porque ¿quién hubo, no sólo libre; sino también siervo digno de la libertad, para el que nuestra salud no fuese cara? Porque si tal hubiera sido el resultado de las cosas que realizamos por la salud de la República, que no fuera grato para todos, y si nos hubiese arrojado la violencia, inflamada por el odio, de una multitud furiosa; si algún tribuno hubiera incitado al

pueblo contra mí, como Graco contra Lenate (1), Saturnino contra Metelo (2), lo soportaríamos ¡oh hermano Quinto!, y nos consolarían, no tanto los filósofos que ha habido en Atenas, que deben hacer esto, como los clarísimos varones que, expulsados de aquella ciudad, quisieron más carecer de una patria ingrata que permanecer en una no proba. En verdad, cuando en esta sola cosa no apruebas tan grandemente a Pompeyo, me pareces atender apenas bastante a esto, que había necesidad para él de ser visto, no sólo que fuera lo mejor, sino también qué lo necesario. Porque sintió que no podía deberse a esta ciudad aquella potestad; en efecto, cuando con tanto afán había apetecido nuestro pueblo una cosa desconocida, ¿cómo podría carecer de ella una vez conocida? Fue, pues, de sabio ciudadano no abandonar a un ciudadano perniciosamente popular una causa no perniciosa, y de tal modo popular, que no podría ser resistida. Sabes, hermano, que en un discurso de esta índole suele decirse si, para que pueda pasarse a otra cosa.

Notas:

(1) El año siguiente (132) a la muerte de Tiberio Graco, el cónsuI Publio Popilio Lenate hizo desterrar a todos sus amigos. Cuando Cayo Graco fue a su vez elegido tribuno (123), propuso una ley por la que un magistrado que hubiera desterrado sin las formalidades de un juicio a un ciudadano, seria hecho comparecer ante el pueblo. En cuanto se votó la ley, Popilio salió de la ciudad.

(2) Quinto Metelo el Numidico se opuso a una nueva ley agraria propuesta por el tribuno Saturnino, hechura de Mario, para dar tierras a los veteranos del éste, por lo cual tuvo que salir de Roma (100).

XII

Atico.- Enteramente así es.

Quinto.- No asiento, en verdad; sin embargo, quisiera que pasases tú a las cosas restantes.

Marco.- ¿Perseverás tú ciertamente, y permaneces en tu viejo sentir?

Quinto.- Ahora, sí ¡por Hércules!

Atico.- Yo disiento absolutamente de nuestro Quinto. Pero oigamos las cosas que restan.

Marco.- Luego, pues, son dados auspicios y juicios a todos los magistrados: juicios, con tal que hubiera una potestad del pueblo a la cual se apelase; auspicios, para que demoras aprobables impidieran muchos comicios inútiles; porque frecuentemente los dioses inmortales han reprimido con auspicios el injusto ímpetu del pueblo. En cuanto a que el senado se compone de aquellos que han ejercido una magistratura, es muy popular que nadie llegue al lugar más elevado sino por medio del pueblo, suprimida la elección censoria. Pero presto está la temperación de este vicio, cuando la autoridad del senado es confirmada por nuestra ley. Porque sigue: Sean válidos los decretos de éste. En efecto, la cosa se halla así, que si el senado

fuera dueño del consejo público, y todos defendiesen lo que él decretare, y si los órdenes restantes quisieran que la República fuese gobernada por el consejo del primer orden, podría, mediante una temperación de derecho, como la potestad estuviera en el pueblo, la autoridad en el senado, tenerse aquel moderado y concorde estado de ciudad, sobre todo si se obedeciera a la ley próxima. Porque lo próximo es: Este orden esté exento de vicio; sea el modelo para los demás.

Quinto.- Preclara verdaderamente, hermano, es esta ley, y trasciende largamente que el orden esté exento de vicio, y querría un censor por intérprete.

Atico.- Pero aunque aquel orden es todo tuyo, y retiene gratísima memoria de tu consulado, en paz tuya haya dicho yo que puede fatigar, no sólo a todos los censores, sino aun a todos los jueces.

XIII

Marco.- Omite esas cosas, Atico; porque este discurso se tiene acerca, no de este senado, ni de estos hombres, que ahora hay, sino de los futuros, si acaso algunos quisieren obedecer a estas leyes. En efecto, como la ley mande que esté exento de todo vicio, no vendrá nunca ciertamente a aquel orden el partícipe del vicio. Pero ello es difícil de hacer sin cierta educación y disciplina; de la cual diremos quizás alguna cosa, si hubiere algo de lugar y de tiempo.

Atico.- Lugar, ciertamente, no faltará, puesto que tienes el orden de las leyes; el tiempo, verdaderamente, se alarga por la longitud del día. Pero yo, aunque lo hayas olvidado, he de volver a pedir de ti ese punto de la educación y la disciplina.

Marco.- Vuelve a pedir tú, en verdad, Atico, tanto ese, como si algún otro he olvidado.

Sea el modelo para los demás. Si es el cual, tenemos todas las cosas. Porque como con las concupiscencias y los vicios de los principales suele infectarse toda la ciudad, así suele enmendarse y corregirse con la continencia. Un gran varón, y para todos nosotros amigo, L. Lúculo, era ensalzado, como si hubiera respondido oportunísimamente, cuando le había sido objetada la magnificencia de su villa tusculana (1), que él tenía dos vecinos, uno superior, caballero romano, otro inferior, libertino (2); como las villas de los cuales fuesen magníficas, convenía que se le concediera lo que era lícito para aquellos que eran de un orden más humilde. ¿No ves, Lúculo, nacido de ti aquello mismo, que ellos deseasen? a los cuales no sería lícito aquello, si tú no lo hicieras. Porque ¿quién soportaría a esos, cuando viese las villas de ellos llenas de estatuas y de cuadros, en parte públicos, en parte también sagrados y religiosos? ¿Quién no reprimiría las liviandades de ellos, a no ser que

aquellos mismos que debieran reprimirlas estuviesen poseídos de la misma concupiscencia?

Notas:

(1) Lucio Licinio Lúculo, cónsul en 74 y encargado de la guerra contra Mitridates, a quien venció, se hizo célebre por su fastuosidad. De él se cuenta la conocidísima anécdota de que, como una noche hubiese visto preparada la cena con menos boato que de costumbre, y, habiendo preguntado la causa, se le contestase que era porque no había convidados, replicó: No es verdad: Lúculo cena en casa de Lúculo.

(2) Llamábase libertinos a los hijos de los esclavos a quienes se había dado libertad.

XIV

En efecto, no es mal tan grande el que pequen los principales (aunque es éste un gran mal por sí mismo) como aquél, que salen muchísimos imitadores de los principales. Porque puedes ver, si quieres repasar la memoria de los tiempos, que tal ha sido la ciudad cuales los varones más elevados de la ciudad hayan sido; que cualquiera mudanza de costumbres que haya surgido en los principales, ha seguido esa misma en el pueblo. Y esto no es poco más verdadero que lo que place a nuestro Platón, el cual dice que, mudados los cantos de los músicos, se muda el estado de las ciudades. Pues yo reputo que, mudada la vida y el porte de los nobles, se mudan las costumbres de las cIudades. Por lo cual, los príncipes viciosos merecen más perniciosamente de la República, porque no sólo contraen vicios ellos mismos, sino que los infunden en la ciudad; y no sólo dañan porque ellos mismos están corrompidos, sino también porque corrompen, y más son nocivos por el ejemplo que por el pecado. Y esta ley, dilatada a todo un orden, puede todavía ser estrechada. Porque pocos, y muy pocos, amplificados de honor y de gloria, pueden o corromper o corregir las costumbres de una ciudad.

Pero bastante han sido tratadas estas cosas ahora, y más diligentemente en aquellos libros. Por lo cual, vengamos a las restantes. Y lo próximo es acerca de los sufragios; los cuales quiero que sean conocidos para los optímates, libres para el pueblo.

Atico.- Así ¡por Hércules! he entendido, y no he comprendido bastante qué para sí la ley o qué esas palabras quisieran.

XV

Marco.- Yo te lo diré, Tito, y me revolveré en una cuestión difícil, y mucho y frecuentemente inquirida: si al conferir mandato a un magistrado, o al juzgar a un reo, o al votar una ley o una proposición, sería mejor llevar los sufragios pública o secretamente.

Atico.- ¿Acaso eso es también dudoso?

Quinto.- Temo no disienta de ti nuevamente.

Marco.- No lo harás, Quinto; porque yo estoy en este sentir, en el cual sé haber estado tú siempre: que nada fuere en los sufragios mejor que la voz; pero se ha de ver si puede obtenerse.

Quinto.- Hermano, con tu buena venia lo haya dicho, ese sentir engaña máximamente a los imperitos tanto como daña frecuentísimamente a la República, cuando se dice que algo es verdadero y recto, pero se niega que pueda obtenerse, esto es, resistirse al pueblo. Porque, lo primero, se resiste cuando se procede severamente; después, es mejor ser oprimido por la violencia en una causa buena, que ceder a una mala. Y ¿quién no siente que la ley de los votos escritos ha quitado toda la autoridad de los optímates? la cual ley el pueblo, libre, nunca ha deseado; oprimido el mismo por la dominación y por el poderío de los principales, la ha solicitado. Y, así, juicios más graves acerca de hombres potentísimos aparecen de voz quo de tablilla. Causa por la cual ha debido ser quitada a los poderosos la excesiva pasión de que se vote en las no buenas causas, no ser dado al pueblo un escondrijo, en el cual, ignorando los buenos lo que sintiera cada cual, ocultase en una tablilla un sufragio vicioso.

XVI

Y, así, nunca se ha encontrado para este método ni legislador ni inspirador alguno bueno. Porque hay cuatro leyes acerca de los votos escritos; la primera de las cuales trata del conferir el mandato a los magistrados; esa es la ley Gabinia, propuesta por un hombre desconocido y sórdido (1). Siguió, después de un bienio, la ley Casia, acerca del juicio del pueblo; esa fue propuesta por un hombre noble, L. Casio (2); pero, en paz de su familia lo haya dicho, disidente de los buenos, y que captaba por todo medio los rumorcillos populares. La tercera, acerca del adoptar y rechazar las leyes, es de Carbón, sedicioso y no probo ciudadano, al cual ni la vuelta a los buenos pudo ciertamente hacer que se llevase la salud por los buenos (3). El sufragio de voz parecía dejarse en un solo género que el mismo Casio había exceptuado, el de alta traición. Celio estableció también para este juicio la tablilla, y se dolió mientras vivió, de que él, para oprimir a Popilio, hubiera sido nocivo igualmente a la República (4). Y, ciertamente, nuestro abuelo, de singular virtud en este municipio, resistió mientras vivió a M. Gratidio, a una hermana del cual, nuestra abuela, tenia en matrimonio, el cual proponía una ley de voto escrito. Verdaderamente, Gratidio levantaba, como se dice, olas en un vaso, olas que después el hijo de él, Mario (5), levantó en el mar Egeo.

Y, en verdad, el cónsul Scauro (6), como la cosa hubiera sido delatada a él, dijo a nuestro abuelo: ¡Ojalá, M. Cicerón, con ese ánimo y virtud, hubieses querido más revolverte con nosotros en la República suma que en una municipal! Causa por la cual, puesto que no reconocemos ahora las leyes del pueblo romano, sino que o volvemos a pedir las arrebatadas, o escribimos unas nuevas, reputo que hay necesidad para ti de decir, no qué pueda obtenerse con este pueblo, sino qué sea lo óptimo. En efecto, tiene la culpa de la ley Casia tu Scipión, siendo inspirador el cual se dice haber sido propuesta. Si propusieres una ley de voto escrito, tú mismo responderás. Porque ni a mí ni a nuestro Atico place, en cuanto entiendo por el semblante de él.

Notas:

(1) Qinto Gabinio, tribuno del pueblo en 140. Según esta ley, en las elecciones de los magistrados habla de ser secreto el voto.

(2) El tribuno Lucio Casio, autor de esta ley, según la cual habia de votarse en secreto cuando la asamblea ejercia funciones judiciales, consiguió hacerla aprobar por la protección de Scipión Emiliano, aunque uno de sus mismos colegas, Marco Antio Brisón, y el cónsul Marco Emilio Lépido se opusieron a ella.

(3) Cayo Papirio Carbón era amigo de los Gracos y enemigo de Scipión Emiliano. Elegido tribuno en 131, hizo decretar la votación secreta para las Ieyes que fueran propuestas a la asamblea. En 120, habiendo vuelto al partido de los patricios, fue elegido cónsul, pero, acusado de peculado (malversación de caudales públicos) por Lucío Licinio Craso, y desesperando de justificarse, se dió muerte (119).

(4) Cayo Popilio Lenate, lugarteniente del cónsul Lucio Casio Longino, derrotado por la trlbu helvética de los tigurinos, se vió obligado, para salvar sn ejército, a abandonar sus bagajes (107). Cayo Celio Caldo le acusó por ello del delito de alta traición, y, para conseguir su condena, hizo establecer en esta clase de juicios la votación secreta.

(5) Según unos, Marco Mario Gratidiano, hijo adoptivo de Mario; según otros, el mismo Mario.

(6) Marco Emilio Scauro, cónsul en 115 y en 108.

XVII

Atico.- Verdaderamente, nunca me ha placido nada popular; y creo ser la mejor República aquella, que éste, cónsul, había constituído, que consista en la potestad de los mejores.

Marco.- En suma, vosotros, según veo, habéis abolido la ley sin tablilla. Pero yo, aunque bastante dijo en pro de sí en aquellos libros Scipión, concedo, al fin, esa libertad al pueblo para que los buenos, de una parte, valgan en autoridad, de otra, usen de ella. Porque así ha sido recitada por mí la ley acerca de los sufragios: Sean conocidos para los optímates, libres para la plebe. Ley que contiene esta sentencia, que quitaría todas las leyes, que después han sido dadas, que encubren por todo medio el sufragio, tal como que nadie mire una tablilla, que no ruegue, que no apele. Todavía la ley Maria hizo angostos los puentes (1). Cosas que si han sido opuestas a Ios ambiciosos, como han sido ordinariamente, no reprendo; pero si valieren tanto las leyes, que no haya ambiciones, que tenga enhorabuena el pueblo su tablilla, como la garante de su libertad, con tal que ella sea mostrada a cada ciudadano

óptimo y gravísimo, y sea ofrecida espontáneamente; comoquiera que en eso mismo esté la libertad, en que se da al pueblo la potestad de gratificar honestamente a los buenos. Y por eso sucede ahora aquello que hace poco ha sido dicho por ti, Quinto, que menos condene la tablilla a muchos que solía la voz, porque, para el pueblo, poder es bastante. Retenido esto, la voluntad entrega las restantes cosas a la autoridad o a la gratitud. Y, así, para que yo omita los sufragios corrompidos por la largueza, ¿no ves, como alguna vez la ambición guarde silencio, ser buscado en los sufragios qué sientan los varones óptimos? Causa por la cual, en nuestra ley se da la forma de la libertad, sa mantiene la autoridad de los buenos, se suprime la causa de la contienda.

Notas:

(1) Esta ley la propuso Mario en 110, siendo tribuno. El voto se emitía dentro de cada centuria en un lugar cerrado, al cual se accedía por un pasadizo, un poco elevado sobre el nivel del suelo, al que se llamaba puente. Aquí era, según parece, donde los interesados en la votación esperaban a los ciudadanos para solicitar su voto, y por eso hizo Mario que se estrechasen, con objeto de que no quedara espacio libre para aquellos.

XVIII

Sigue después para quiénes haya derecho de tratar con el pueblo o con el senado. Grave y, según creo, precIara ley: Los discursos que con el pueblo y los que entre los padres se tengan, sean moderados; esto es, modosos y sosegados. En efecto, el que habla, modera y forma, no sólo la mente y las voluntades, sino los semblantes casi de aquellos entre quienes habla. Lo cual en el senado no es difícil; porque es propio de un senador que el ánimo de él no se vuelva al oyente, sino que quiera el mismo ser contemplado por sí. Tres mandatos hay para él: que esté presente, porque la deliberación tiene autoridad cuando el número de senadores es copioso; que hable a su tiempo, esto es, preguntado; que hable con medida, para que no sea infinIto; porque la brevedad, no solo de un senador, sino también de un orador cualquiera, es un gran mérito en una opinión. No se ha de usar nunca de un largo discurso, si no es, o que, errando el senado, lo cual sucede por la ambición frecuentísimamente, ningún magistrado ayudando, es útil que sea consumido el dia (1); o cuando el asunto es tan importante, que haya necesidad de copia de orador, ya para exhortar, ya para instruir; en uno y otro de los cuales géneros es grande nuestro Catón.

Y pues añade: Sostenga las causas del pueblo, es necesario para el senador conocer la cosa pública. Y esto se extiende largamente: qué numero tenga de soldados, qué valga en cuanto al erario, qué aliados tenga la República, qué amigos, qué tributarios, según qué ley, condición, tratado, esté cada uno; tener sabida la costumbre del decretar; conocer los ejemplos de los mayores. Ya veis que todo esto

es un género de ciencia, de diligencia, de memoria, sin el cual en modo alguno puede estar preparado un senador.

Después están las relaciones con el pueblo, en las cuales lo primero y lo máximo es: Esté ausente la violencia. Nada es, en efecto, más ruinoso para las ciudades, nada tan contrario al derecho y a las leyes, nada menos civil y humano que, en una República compuesta y constituída, ser hecho algo por la violencia. Manda obedecer al intercesor; nada más excelente que lo cual. Porque es mejor que sea impedida una cosa buena, que no que se acceda a una mala.

Notas:

(1) Cuando ningún magistrado interponía su autoridad para que la deliberación fuera suspendida, se acudía a este expediente, lo cual era lo que en el lenguaje parlamentario moderno se llama hacer obstrucción.

XIX

Verdaderamente, cuando mando que el daño sea del autor, he dicho todo aquello según el sentir de Craso, hombre sapientísimo; al cual siguió el senado cuando decretó, haciendo referencia el cónsul C. Claudio acerca de la sedición de Carbón (1), que no podía hacerse una sedición sin la voluntad de aquel que tratase con el pueblo, puesto que le es lícito disolver la asamblea así que haya sido intercedida y comenzada a ser turbada. El que prolonga la cual, cuando nada puede tratarse, quiere la violencia; la impunidad del cual quita con esta ley.

Sigue aquello: El que se oponga a una cosa mala, sea considerado como un ciudadano saludable. ¿Quién no subvendrá diligentemente a la República, alabado por esta tan preclara voz de la ley?

Están puestas luego después las cosas que tenemos también en las instituciones públicas y en las leyes: Observen los auspicios, obedezcan al augur. Porque es de un buen augur acordarse de que debe estar presto en las más grandes ocasiones de la República, y que él ha sido dado por intérprete y por ministro a Jupiter óptimo y máximo, como a él aquellos a quienes mandare estar en auspicio (2), y que le han sido encomendadas partes determinadas del cielo, de las que pueda traer auxilio de cuando en cuando. Trátase después de la promulgación, de que han de ser consultadas cosas singulares, de que han de ser oídos los particulares y los magistrados.

Después, dos leyes preclarísimas trasladadas de las Doce Tablas; una de las cuales quita los privilegios; la otra veda que se haga una proposición acerca de la cabeza de un ciudadano, si no es en la asamblea máxima. Cosa digna de admiración que, todavía no iniciados los tribunos sediciosos de la plebe, ni aun pensados, nuestros mayores hubieran visto tanto en lo porvenir. No quisieron que se hicieran leyes para hombres particulares; porque esto es el privilegio; más injusto que lo cual

¿Qué hay? cuando la virtud de la ley es ésta, que lo mandado sea establecido para todos. No quisieron que se decidiese acerca de particulares, sino en los comicios centuriados; porque distribuído el pueblo según el censo, por órdenes, por edades, ofrece más de consejo al sufragio que convocado confusamente en tribus. Por lo cual, muy verdaderamente decía en nuestra causa un varón de gran ingenio y de suma prudencia, L. Cota, que nada absolutamente había hecho respecto de nosotros. Porque, además de que aquellos comicios habían sido tenidos por tropas serviles, además de esto, ni unos comicios por tribus podían ser valederos acerca de una cuestión capital, ni ningunos respecto de un privilegio; por lo cual, para nada había necesidad de una ley para nosotros, respecto de quienes nada absolutamente se había hecho con arreglo a las leyes. Pero pareció mejor, tanto a nosotros como a clarísimos varones, manifestar qué sentía toda Italia acerca de aquel mismo respecto del que siervos y ladrones decían que ellos habían establecido algo.

Notas:

(1) Cayo Papirio Carbón, durante su tribunado, en 131, propuso, además de la ley de voto secreto, de que ya se ha hablado, otra estableciendo la reelegibilidad indefinida de los tribunos. Habiendo habido intercesión, la asamblea, que continuó, fue declarada sediciosa, y al salir del cargo Carbón, fue acusado ante el senado por Lucio Licinio Craso, siendo cónsul Cayo Claudio Pulcro, que, en su calidad de tal, informó al senado (130).

(2) Los augures encargaban a funcionarios subalternos tomar los auspicios, y ellos daban la explicación de lo observado.

XX

Siguen las leyes de los dineros tomados y de la ambición. Como las cuales cosas deban ser sancionadas más con juicios que con palabras, se añade: La pena sea parecida a la culpa; para que cada uno sea castigado en su vicio: que la violencia sea sancionada con la cabeza; la avaricia, con la multa; la concupiscencia de honor, con la ignominia.

Las últimas leyes no están musitadas entre nosotros, son necesarias a la República. Ninguna custodia tenemos de las leyes. Y, así, estas leyes son las que quieren nuestros alguaciles; las pedimos de los libreros, ninguna memoria pública consignada en letras públicas tenemos. Más diligentemente han obrado en esto los griegos, entre los cuales son creados unos guardianes de la ley (1); y no sólo atendían ellos a las letras de la ley (porque, ciertamente, también había esto entre nuestros mayores), sino también a los hechos de los hombres, y les hacían volver a las leyes. Que se dé este cuidado a los censores, supuesto que queremos que los haya siempre en la República. Los que salieren de una magistratura, hablen y expongan ante esos mismos qué hubieren gestionado en su magistratura; y que los censores juzguen primeramente acerca de ellos. En Grecia; es hecho esto por acusadores constituídos públicamente. Los cuales, ciertamente, no pueden ser graves, a no ser que sean

voluntarios. Por lo cual, es mejor ser llevadas las razones y expuesta la causa a los censores; sin embargo, ser conservada íntegra la ley al acusador y al juicio. Pero ya se ha disputado bastante acerca de los magistrados, si no es que quizá echáis de menos algo.

Atico.- Si nosotros callamos, el punto mismo advierte que haya necesidad para ti de decir después.

Marco.- ¿Para mí? acerca de los juicios, creo Pomponio; porque eso está junto con las magistraturas.

Atico.- ¿Qué, nada reputas haber de ser dicho respecto del derecho del pueblo romano, como has instituido?

Marco.- ¿Qué hay, en fin, en este lugar, que requieras?

Atico.- ¿Yo? lo que reputo torpísimo que sea ignorado por aquellos que se revuelven en la República. Porque, como hace poco ha sido dicho por ti, leo las leyes por los libreros; así, advierto que cada uno en las magistraturas, por la ignorancia de su derecho, sabe tanto cuanto quieren los oficiales (2). Por lo cual, si has reputado que se debía decir algo de la alienación de los sacrificios, una vez que habías propuesto las leyes acerca de la religión, hay para ti necesidad de hacer que, constituídas las magistraturas, disputes entonces de su potestad, de su derecho.

Marco.- Lo haré brevemente, si pudiere conseguirlo; porque en muchas palabras lo escribió a tu padre su amigo M. Junio, perita y diligentemente, por cierto, a mi juicío. Pero acerca del derecho de la naturaleza, debemos pensar y decir por nosotros; acerca del derecho del pueblo romano, las cosas que han sido dejadas y transmitidas.

Atico.- Así, verdaderamente, creo, y eso mismo que dices espero.

Notas:

(1) Los llamados nomofilacos.

(2) Apparitores. Eran los que auxiliaban a los magistrados en el ejercicio de las funciones propias de su cargo.

FIN DE

SOBRE LAS LEYES.

NUEVAS
CONSTITUCIONES
O
REVISIONES CORRECTORAS
DE LAS LEYES
DEL
EMPERADOR LEON AUGUSTO

LEÓN III

El primer emperador iconoclasta.

El comienzo del siglo VIII marcó una época extremadamente difícil para el Imperio Bizantino, el cual había perdido el siglo anterior las ricas provincias de Siria, Palestina y Egipto que cayeron en manos de los árabes; podemos afirmar que eran provincias sumamente importantes, no solamente por el poder económico de las ciudades de Antioquia y Alejandría sino por la importancia del arte, las letras y la teología que allí se había desarrollado, además del hecho de ser sede de los patriarcas, junto con Jerusalén. Estas pérdidas cambiaron absolutamente la fisonomía del Imperio, pues este se vio reducido al territorio de los Balcanes y Asia Menor.

Tampoco tenía ya el control de occidente, reducido a algunas regiones al Sur de la península Itálica, donde en el Norte y en el Centro se había sufrido una sangrienta invasión de los Lombardos, aunque de todas maneras se trataba de un territorio que no era muy leal al Imperio.

Además ya desde el siglo pasado había comenzado a formarse el primer reino búlgaro en territorio bizantino, al sur del Danubio, lo que además de agregar un nuevo y cercano enemigo, traería infinidad de problemas en el futuro.

Para completar el panorama, Grecia en los últimos siglos se había ido eslavizando poco a poco, año tras año los eslavos llegaban incluso hasta el Peloponeso, dejando en manos de Asia Menor el peso de consolidar el futuro Imperio.

Pero a pesar de la angustia y el desconsuelo que generó la pérdida de importantes territorios, el tener que asimilar a otros pueblos, como los eslavos y las guerras continuas contra sus vecinos, este oscuro panorama tendría una contrapartida o una especie de beneficio que operó de consuelo y fue el motor de una nueva unidad en su territorio, que era la mayor integración y homogeneidad religiosa de la población, porque al verse de tal modo reducido, el Imperio se transformó en cristiano ortodoxo sin ninguna discusión, recordemos el papel opositor de los monofisitas, mayoría en Siria y Egipto.

Asimismo se terminaron las rivalidades entre los patriarcas de Alejandría, Antioquia y Jerusalén, que rivalizaban tanto entre ellos como contra el patriarca de

Constantinopla, alrededor del cual giró indiscutiblemente la importancia religiosa a partir de estos hechos, y que se transformó en influencia máxima sobre los emperadores.

Es en esta época que el Imperio Bizantino termina de una vez por todas de adquirir su verdadero carácter, humana y socialmente, y alguien que no conociera su historia no podría decir que es continuador del Imperio Romano, ya no se habla latín en ningún lado, solamente se habla el griego que se ha transformado en la lengua oficial de la legislación y la administración, ya está muy lejos el intento de Justiniano por recuperar lo románico, tanto el territorio como la cultura, ya se ha transformado en una especie de Imperio Griego apostado entre Europa y Asia, adquiriendo una identidad única y propia, diferenciada de los reinos de occidente y de oriente, con elementos de ambos pero integrados en una forma particular, quizás única en la historia del mundo.

De todas maneras es bueno que se comprenda que los habitantes del Imperio, aún hablando la lengua griega, aún con sus costumbres, arte y administración tan diferenciada del antiguo Imperio Romano, aún con su territorio radicalmente reducido, siempre se consideraron romanos, Constantinopla era la Nueva Roma, y ellos el Imperio Romano, sus mismos enemigos los consideraban romanos, y ya se sabe que es el enemigo quien mejor define a una civilización.

Esto que podríamos llamar el Nuevo Imperio estaba de todas maneras en peligro de extinción; no solamente se había reducido territorialmente sino que estaba amenazado de muerte por el magnífico ascenso del Islam, que había sido en gran parte a costa de sus territorios.

El fanatismo religioso de los seguidores de Mahoma, que a su vez había exacerbado el fanatismo religioso ortodoxo de los bizantinos, hacía que el odio mutuo no dejara de crecer, a pesar de que las dos distintas culturas absorbían mutuamente elementos del otro.

El Califato estaba decidido a hacerse con los territorios que quedaban del Imperio de la misma manera que había acabado completamente con la Persia Sasánida el siglo anterior.

Además, se sumaba la anarquía en la que estaba sumido por las continuas usurpaciones que se sucedían en el final de la dinastía de Heraclio, que había comenzado brillantemente y terminaba en un desastre incontenible.

Desde la caída definitiva del despótico y sanguinario Justiniano II en 711, a quién le habían arrancado la nariz luego de la sublevación que terminó con su primer reinado, se habían sucedido los emperadores Filípico, Anastasio II y Teodosio III,

reinados débiles y muy poco eficaces en medio del desorden social, la anarquía y la revuelta.

Este último gobernante, que era un simple funcionario fiscal que fue nombrado emperador por una facción del ejército en contra de su voluntad, al límite de sus fuerzas y sin poder hacer nada frente al desorden y el desánimo que había en todo el Imperio, en su mejor decisión prefirió abdicar el 25 de marzo de 717 a favor de León III, quien comandaba un incruento golpe y retirarse a un convento de Efeso.

León III era el gobernador (strategos) de Anatolia (el thema de Anatolicón), muy popular en el Imperio a partir de una exitosa campaña contra los alanos.

Llamado el Isaurio por su supuesto origen isáurico, hay estudios que ubican su nacimiento en Germanicia, región del norte de Siria, lo que le da un perfil sumamente diferente, sobre todo en la influencia religiosa que pudo haber recibido, lo cual es muy importante para comprender sus actos, que influyeron enormemente en la vida del futuro Imperio.

En realidad lo que recibía el nuevo emperador como herencia de la dinastía de Heraclio, que otrora había salvado al Imperio de su desaparición, era la capital y un pequeño territorio de los alrededores, tal era la gravísima situación en Bizancio.

El Emperador León III

El salvador del Imperio y de Europa.

Ante este sombrío panorama y teniendo en cuenta las notables diferencias de realidad que existían entre el pujante y arrollador Califato árabe y el desfalleciente Imperio Bizantino, a punto de desaparecer, era evidente que se produciría tarde o temprano un enfrentamiento definitivo, y León III lo sabía perfectamente, por lo que apenas fue proclamado emperador se dedicó a preparar la defensa de la ciudad desesperadamente.

León III era un excelente comandante del ejército, de cerca de cuarenta años, muy capacitado y con gran experiencia en las luchas contra los bárbaros Sulayman, el califa de la dinastía omeya decidió en 717 luego de meditar la estrategia a seguir para terminar la conquista del Imperio Romano, que tendría a su entender la misma suerte que la Persia Sasánida, en lugar de seguir como hasta ese año intentando ocupar territorios bizantinos en Asia Menor, donde no podía atravesar la línea de Tauro, sitiar la capital Constantinopla para así, conquistando la sorprendida ciudad, obtener luego fácilmente el resto del Imperio.

Preparó entonces una estrategia espectacular, una idea tan grandiosa que su éxito seguro dejaría su nombre entre los más grandes de la historia: un ataque por mar efectuado por la imponente flota árabe, coordinado con un ataque terrestre que trataría de superar la famosa y hasta ahora invencible triple muralla de Teodosio.

Ese mismo año se puso en marcha en plan: el ejército terrestre de mas de cien mil hombres capitaneado por Maslamah, hermano del califa Sulaymán, partió desde Pérgamo, atravesó el puente de Helesponto y llegó el 15 de Agosto de 717 a enfrentarse a la aterrorizada capital, que veía como estaban llegando a su término los días de gloria.

A la vez, la impresionante escuadra árabe dirigida por el general Sulaymán, compuesta por unas mil ochocientas unidades, ya rodeaba a la capital por el mar desde el 1 de Agosto.

Por suerte para Constantinopla, su armada era todavía numerosa y sus capitanes eran muy buenos navegantes y mejores guerreros, por lo que mantuvieron a raya a la marina árabe, pudiendo abastecer a la ciudad con facilidad por vía marítima, de tal manera que los sitiados no sufrieran demasiadas necesidades.

A los primeros y encarnizados ataques árabes siguieron periodos de relativa calma, para luego sucederse otro fervoroso ataque, y así con distintos ciclos de ataques y quietud fueron transcurriendo los meses.

La energía, la organización, la calma, estuvieron esta vez del lado del Imperio, con su emperador a la cabeza de la defensa, como correspondía, aprovechando esa ventaja incalculable que le daba la triple muralla, monumento de la ingeniería militar.

El arma fundamental de la defensa de la ciudad fue sin embargo un elemento que nadie salvo los bizantinos conocía, llamado por ese motivo fuego griego, una fórmula secreta que daba como resultado una mezcla viscosa e incendiaria que no se apagaba siquiera cuando estaba sobre el agua, y que además tenía la virtud no solamente de causar incendios y bajas en los enemigos, sino de ir socavando la moral de estos, pues los árabes se sintieron impotentes ante él, constantemente hostilizados, y sobre todo, sintieron el no tener un elemento similar con el que dar batalla, en resumen, se sintieron en inferioridad de condiciones ante semejante arma de guerra, que además los bizantinos utilizaban en gran forma.

Otro gran enemigo de los árabes fue el intenso y crudo invierno que recibió el año 718, y todos sabemos que la raza árabe no se siente cómoda en territorios con clima frío, por lo que el sufrimiento fue mayor.

A su vez tenemos que decir que León III era un excelente diplomático, pues aún con los riesgos que esto representaba, concluyó un tratado con los búlgaros luego de convencerlos del peligro que representaba también para ellos una conquista del Islam en esas tierras, que así comenzaron a hostilizar al ejército sitiador en la primavera de 718, justo cuando los árabes recibían refuerzos y estaban haciendo un esfuerzo supremo para poder atravesar las imponentes murallas, causando muchas bajas y gran desánimo entre sus miembros.

Ya absolutamente desmoralizados los invasores resignados abandonaron el sitio por orden de Maslamah justamente a un año de su comienzo, el 15 de Agosto de 718, con el terrible resultado final de alrededor de cien mil muertos, debido a las armas, o al hambre o al intenso frío del último invierno.

Para peor, la retirada de la flota árabe fue desastrosa, primero por la persecución de la armada bizantina, que destruyó numerosos barcos, y luego por una implacable tormenta que la aniquiló definitivamente.

Con esta rotunda victoria, el Imperio revivió por segunda vez en su historia (la primera fue el siglo anterior, cuando estaba Heraclio en campaña contra los persas que habían tomado Siria, Palestina y Egipto, y el patriarca Sergio organizó la defensa de la ciudad contra el ataque de persas y ávaros.)

Así, León III se convirtió en el héroe de todos, el real salvador, reuniendo en su persona el poder ilimitado y la admiración de todos los habitantes del renovado Imperio.

Esta victoria sobre el califato Omeya puede considerarse la salvación de occidente, tan importante como la batalla de Poitiers en 732 (o tal vez mas aún), donde Carlos Martel derrota a los sarracenos venidos del sur de los Pirineos, ya que su primera consecuencia fue contener el empuje ilimitado del Islam, confinándolo a pelear por el territorio de Asia Menor, con muchas menos pretensiones, al considerar los árabes luego de su derrota que Constantinopla estaba protegida por una especie de poder divino, con lo que el peligro se alejaba considerablemente de occidente, y que fue lo que permitió crear las bases de un nuevo Imperio que actuó como bastión durante siglos en la lucha contra los árabes, y luego contra los turcos.

De haber tomado Constantinopla, el Islam, el califato Omeya, con la fuerza inagotable que tenía en esos días, con el increíble ejército que tenía movilizado, y con el fanatismo religioso como principal arma, hubiera sido imparable en la conquista del resto de Europa.

Es por eso que la figura de León III es representativa de la gran victoria cristiana de esos días en la batalla de Constantinopla contra el Islam, él fue el emperador que guió a su pueblo al triunfo, que mantuvo la calma y el orden en mo-

mentos cruciales, que utilizó todas las armas, desde la paciencia, la alianza, la estrategia y la defensa encarnizada hasta las que la suerte les da a los triunfadores, como el mortal frío del invierno.

Renacimiento del Imperio.

Con la paz se desarrolla nuevamente el comercio.

Una vez restablecida la paz al menos en la capital y alrededores, ya que la lucha contra los árabes se localizó en Asia Menor pero no por ello fue menos encarnizada, León III se dedicó a organizar su gobierno de la mejor manera posible, con la fuerza y la decisión que lo caracterizaban.

Publicó disposiciones especiales para regir el comercio (nomos náuticos), que lentamente se fue rehabilitando y volvió a darle impulso al desfalleciente Imperio, y también para regir la situación social del campesinado (nomos geórgicos), que en algunas regiones había desaparecido a causa de las guerras e invasiones, y en otros lugares habían sufrido un gran cambio de población a causa fundamentalmente de la influencia de los eslavos.

León III también fue un enérgico renovador de la Administración del Imperio, aunque en esta tarea continuó la tendencia que había comenzado Justiniano, afirmada por Mauricio y seguida también por Heraclio, de unificar los themas o provincias bajo un único mandatario (strategos) que tenía a su cargo los mandos civil y militar.

Además redujo los límites de los themas, creando una eficaz organización con mas provincias de menor tamaño, aumentando su eficacia económica, financiera y militar a favor del Imperio y reduciendo la posibilidad de revueltas por parte de gobernadores de themas poderosos (recordemos que el mismo emperador usurpó el poder con el aval de encontrarse apoyado por el ejército del entonces enorme thema de Anatolicón, en Asia Menor.)

En lo concerniente a las finanzas fue un inteligente administrador, cargó con más impuestos a Sicilia y Calabria y se hizo con las rentas del patrimonio papal en Italia, consiguiendo un equilibrio fundamental en el estado de guerra permanente en que se hallaba el Imperio, con los enormes gastos que ello ocasionaba.

También organizó al Imperio en materia legal, ordenando a los juristas mas reconocidos de la época una actualización de los trabajos de Triboniano hechos en el siglo VI, cuyos trabajos, el Digesto, las Institutes y las Novelas estaban redactados en Latín, el cual era una lengua que los habitantes del Imperio ya no utilizaban.

Había además innumerables usos y costumbres que legislar, puesto que los Códigos escritos en Latín ya habían caído en desuso porque eran sencillamente incomprensibles, lo que motivó, junto con los lógicos cambios del devenir de los siglos, la necesidad de tener a mano una legislación nueva, adaptada a la nueva sociedad, y redactada en griego.

De esta idea surgió la Ekloga, que además de resumir los Códigos de Justiniano, agregaba nuevas leyes, en general dirigidas a afirmar la moral pública, prohibiendo el aborto, restringiendo las causas del divorcio y condenando con peores sanciones la homosexualidad.

Nuevamente un lazo con el antiguo Imperio Romano era roto definitivamente, ya el latín había pasado a ser solo un recuerdo en el Imperio.

Las convicciones de León III

La polémica iconoclasta.

No era de extrañar que surgiera cada tanto una polémica religiosa distinta en oriente, ya que la pasión de sus pobladores dio paso con el tiempo a numerosas herejías que habían sido condenadas en los distintos concilios cristianos, por ejemplo el arrianismo en plena época de Constantino el Grande o un siglo después a los seguidores de Nestorio, patriarca de Constantinopla que predicaba en contra de la Santísima Trinidad.

También estaba el antecedente del monofisismo, al que la población de Siria y Egipto de había volcado masivamente por ser mucho más simple que la ortodoxia con sus rituales suntuosos y complicados.

Los monofisitas eran tantos y tan importantes que muchos emperadores les otorgaron ciertas ventajas, por ejemplo Zenón, Anastasio, Justiniano (solo en ocasiones y empujado por Teodora) y hasta Heraclio, aunque otros se dedicaban a perseguirlos, algunas veces de manera sangrienta, con lo que la política de Constantinopla no conseguía una cierta coherencia a través de los siglos, lo que fue factor determinante para que la población monofisita no sintiera demasiada lealtad por un Imperio que no tenía en cuenta sus creencias.

Cuando parecía que el Imperio había conseguido una cierta homogeneidad religiosa surgió, de la mano de León III, una nueva polémica, que en los primeros años pareció imponerse "casi" naturalmente, para luego ir creciendo en oposición y violencia.

Prácticamente desde el comienzo de su historia al fundarse Constantinopla en 330, los habitantes cristianos del imperio han tenido imágenes que representaban a Cristo, a la Virgen, y las han llevado como estandarte a las batallas, han adornado con ellas sus iglesias, luego los distintos lugares públicos, y finalmente sus propias casas.

El culto a las imágenes, aceptado finalmente por el Quinisexto Concilio en 692, se había transformado, según algunos teólogos cristianos influenciados por las creencias árabes (que prohibieron las representaciones religiosas en las mezquitas alrededor de 700) y por los teólogos judíos, que habían sido siempre enemigos de las representaciones pictóricas religiosas, en adoración, las imágenes creaban ídolos que eran adorados por la gente, algo que, según estos teólogos, el cristianismo no debería aceptar, puesto que reducía a Jesucristo y María a meras imágenes de adoración.

Ya hemos hablado de León III y su origen, su familia era del Norte de Siria, de la región de Germanicia, aunque luego, posiblemente por las conquistas árabes en este territorio, o tal vez por el capricho del fatídico emperador Justiniano II, que mandó trasladarse a distintos lugares a importantes contingentes que servían como baluartes a la conquista islámica que se extendía por el Norte de Siria, se terminaron de instalar en Tracia.

Esto es muy importante para comprender las ideas del emperador, las cuales estuvieron más que probablemente influenciadas por las creencias árabes sobre las imágenes.

Asimismo es comprensible la adopción de estas ideas debido a que el mundo árabe estaba obteniendo una expansión tan rápidamente, probablemente única en la historia, que había sorprendido a todo el mundo conocido, y pensar que esto se debía a sus creencias religiosas era muy lógico en esa época, por lo que esto, sumado a un terrible terremoto que fue atribuido (tal vez con intención) a consecuencia de la adoración de las imágenes, debe haber sido probablemente el móvil por el cual en emperador comenzó su campaña iconoclasta.

Por otro lado las imágenes eran tan importantes para el pueblo bizantino que era imposible pensar en un triunfo de la iconoclasia por largo tiempo, era como ir en contra de la corriente, sin embargo, la energía y decisión características del gran emperador nuevamente se iban a imponer en el Imperio.

Tal vez lo que más molestara a León III era el hecho de que a las imágenes se les atribuían poderes divinos, eran objeto de adoración porque se les pedían favores como si fueran ídolos y se las hacía materia de devoción.

No cabe duda de que el emperador actuó movido por propias convicciones cuando en 726 decide comenzar con la querella iconoclasta, ordenando retirar la

célebre pintura de Cristo de la Puerta de Bronce del Gran palacio: la revuelta que esto ocasionó terminó con varios heridos, un soldado muerto y muchos iconódulos detenidos.

Esto tuvo dos consecuencias inmediatas: la primera fue que el Papa Gregorio II condenó la injerencia del emperador en asuntos de la Iglesia, negando el dinero italiano al Imperio.

La segunda fue un serio intento de tomar el poder que partió desde Grecia, desde donde una flota se embarcó hacia Constantinopla con Kosmas como candidato para derrocar al emperador - sacerdote, pero al encontrarse con la Flota Imperial en el Helesponto, los rebeldes fueron derrotados y Kosmas ejecutado.

Pero es recién en el año 730 cuando León III publica el edicto que prohíbe la adoración de las imágenes, provocando un grave conflicto con el patriarca Germán, ardiente iconódulo, defensor de las imágenes, que se niega a aprobarlo.

Sin hacerse esperar, León III convoca al Silention, consejo supremo de laicos y eclesiásticos, que sí aprueba el edicto, dándole la razón al emperador.

Germán renuncia al instante, siendo reemplazado por su ayudante Anastasio, provocando la ira de los patriarcas orientales y del Papa Gregorio II, el cual excomulga al nuevo patriarca, abriendo una brecha entre las iglesias oriental y occidental que no se cerrará en más de un siglo.

A pesar de su triunfo con la imposición de la iconoclastia, que a esta altura era apoyado por gran parte de la población, que tenía los mismos sentimientos que el emperador con respecto al tema, León III jamás convocó un Concilio Ecuménico para imponerla.

El gran apoyo que obtuvo el emperador en su lucha contra las imágenes estuvo basado mayormente en la gran envidia a la que se habían hecho acreedores los monjes de los monasterios más ricos, que además de ejercer una influencia cada vez mayor en la sociedad bizantina, acumulaban grandes riquezas basadas en exenciones de impuestos y grandes donaciones, lo cual provocó una gran reacción religiosa que tuvo en el emperador a su cruzado y principal miembro.

Debido a la prohibición de la adoración de las imágenes por parte del emperador, enorme cantidad de monjes griegos se "exiliaron" en el sur de la península itálica, mayormente en las ciudades de Bari, Amalfi y Salerno, donde pudieron seguir su costumbre iconódula sin que llegara hasta allí la aplicación real de los edictos, en una inteligente decisión de León III, que sabía que el Imperio no tenía la misma fuerza en esas provincias.

Gregorio II convocó un Concilio que condenó la iconoclastia, pero la respuesta de León III no se hizo esperar: hizo prisioneros a los legados del Papa en la capital bizantina y luego sustrajo las provincias de Italia, Sicilia y a la prefectura de Iliria de la jurisdicción de Roma, colocándolas en la de Constantinopla. Además todas las rentas del patrimonio de Roma pasaban al tesoro imperial.

Aquí comienza el alejamiento del Papado del Imperio Bizantino y su progresivo acercamiento a los reinos francos, que llegaría a su culminación cuando en el año 800 el Papa coronara a Carlomagno emperador, obteniendo gran cantidad de territorios como recompensa.

No es el propósito de este trabajo analizar las consecuencias de la política iconoclasta de León III pero sí se puede sacar la conclusión de que por esta política el Imperio pierde los ya débiles lazos que tenía con occidente, pero si se estudia la situación de Bizancio en el momento de su coronación, nos daremos cuenta de que hizo verdaderos milagros y siempre actuó guiado por sus convicciones, y de todas maneras ese alejamiento ya era antes de 717 prácticamente irreversible.

El perfil de un gran gobernante.

Una personalidad avasallante.

Los años de gobierno de León III fueron marcados por sus convicciones políticas, religiosas, administrativas y militares; toda su gestión fue el mérito de un buen militar, mejor estratega, excelente diplomático y, como el mismo gustaba llamarse, emperador sacerdote, convencido absolutamente de sus ideas.

Dio nuevamente vida al Imperio, organizó las vidas de sus habitantes dándoles leyes en su propio idioma, reorganizó la economía y las finanzas, se enfrentó a los enemigos externos y también a los internos con gran energía, don de mando y siempre la victoria lo acompañó.

Consolidó las fronteras con los árabes ganando batalla tras batalla, siempre él mismo al frente de su ejército, hasta triunfar en 740 en la decisiva batalla de Akroinón, en Frigia.

Mantuvo a raya al Papado, que crecía a espaldas del Imperio, le quitó varias provincias y la renta sobre su patrimonio, aunque no se atrevió a sacarle Rávena, que ya era prácticamente independiente del Imperio, y una flota que él mismo preparó y que se dirigía a Roma naufragó a causa de una tormenta, en lo que fue uno de sus peores fracasos.

Convenció a gran parte del pueblo de sus ideas religiosas, convirtiéndose en un líder natural para esta gente que creía en él, provocando gran cantidad de debates y discusiones teológicas que en gran parte se han perdido, pues con la victoria final de los ortodoxos se destruyeron todos los documentos iconoclastas.

Con él, la política del estado siempre estuvo presente en todos los actos de la vida del Imperio, no hubo quién se sustrajera a ella, con lo que el Imperio volvió a tener la fuerza de antaño.

No creyó nunca en grandilocuentes proyectos de imperialismo omnipotente y expansivo, simplemente se dedicó a obtener lo que era posible, y ese fue el secreto de sus éxitos.

Por último, hay que decir que fue injustamente olvidado por la historia dos veces, una, como integrante del elenco de grandes emperadores del Imperio Bizantino, enterrado por los historiadores durante siglos, y otra, anterior, por los mismos habitantes del Imperio que una vez que triunfó la iconodulia se dedicó a destruir los documentos y todo lo referente a la iconoclastia, que lo tuvo como principal bastión y fundador.

NUEVAS CONSTITUCIONES DEL EMPERADOR LEÓN

PROEMIO

La variedad de las cosas humanas y el multiforme estado de la vida dieron origen a muchas y diversas leyes, que acomodadas en su multitud a las cosas disciernen con su disposición todo lo que está, y lo que no está, bien. Son así, como ciertos custodios y médicos de nuestra vida, en tanto que de una parte impiden por completo que los males invadan la vida, y de otra corrigen el daño de los ocultos y de los que insinuándose penetraron, y arrancan como de raíz el vicio, y no dejan que éste se afirme.

Pero la importunidad y la inconstancia humanas, volviendolo todo de arriba abajo y cambiándolo, y conmutando en cosa peor lo bien establecido, pero dando al olvido muchas cosas, lo mismo que, como si nunca hubiesen sido vistas en la realidad, fuesen desconocidas, les causaron no pequeño daño a aquellas, encubriendo a unas en profundo silencio, y haciendo que otras fueran entre sí contrarias, unas veces porque no persisten en su primera opinión los mismos que las promulgaron, sino que ellos mismos se contradicen, otras porque los posteriores sostienen ya por costumbre, ya por opinión cosas contrarias a ellas.

Y de aquí ciertamente resulta esta grande confusión en las leyes, y que se causen a las cosas no pequeño quebranto, transformándose unas con otras y siendo inconsideradamente revueltas a manera de dados. Así, pues, considerando que no es digno de ser desatendido que permanezcan en tanta confusión y perturbación estas cosas, de las que penden la tranquilidad y la integridad de la república, y habiendo considerado merecedoras de muy escrupulosa inspección a las leyes, y habiendo conocido de cuáles habría de ser útil la autoridad, hemos, hecha la elección, determinado por decreto escrito de nuestra imperial majestad que subsistan aquellas, pero, en cuanto a las que hemos juzgado inútiles, hemos ciertamente mandado en el mismo decreto que algunas de ellas queden excluidas del honor y del orden de las leyes, dejándolas relegadas a perpetuo silencio, mas respecto a aquellas de que no hemos hecho absolutamente ninguna mención, las hemos suprimido por el silencio de igual modo que aquellas.

Pero como también entre las costumbres admitidas aparecían algunas no destituidas de razón, y tales que no las despreciaría un espíritu prudente, honrándolas también con la prerrogativa de las leyes, las hemos elevado del estado de cos-

tumbre escrita a la autoridad y al honor de ley. Y habiendo sido esto ordenado por nosotros, sepa cada cual qué leyes han adquirido autoridad por decreto escrito de nuestra majestad imperial, o qué costumbres han sido honradas con la dignidad de ley, de suerte que también éstas obtengan fuerza en la república, y tengan suspendidas respecto de ellas las controversias; pero aquellas, que fueron derogadas por razón de su oposición, o a las que se les impuso silencio perpetuo con expresa mención, o también las que sin esta fueron consideradas, juntamente con las despreciadas de la misma condición, dignas del mismo desprecio, quedarán también desde ahora rechazadas y desterradas de la república.

CONSTITUCIÓN I

DE QUE CUALQUIERA QUE HUBIERE RECIBIDO LA PRERROGATIVA DE JUZGAR DEBA DIRIMIR LAS CONTROVERSIAS CONFORME HAYA ESTABLECIDO LA ELECCIÓN DE CAPÍTULOS LEGALES HECHA POR NOSOTROS, Y DE QUE NO SE DECIDA NINGUNA AMBIGÜEDAD DE LITIGIO CON ARREGLO A LOS QUE HAN SIDO CONSIDERADOS ENTRE LOS DESAPROBADOS.

En el nombre del que le dio a todo el género humano la ley de salvación, de Cristo, verdadero Dios nuestro, el Emperador CÉSAR FLAVIO LEÓN, pío, feliz, ínclito, vencedor, triunfador, venerable en todo tiempo, Augusto, Rey fiel, a STILIANO, ilustrísimo maestre de nuestros sacros oficios.

Justiniano, el más célebre de los Emperadores, animado hacia la república por el mejor espíritu, estudiosísimo de las conveniencias de la misma, penetrando, así como en cierta selva, en las constituciones dadas en diversos tiempos en el Imperio Romano desde su comienzo hasta él mismo, procuró que se hiciera en utilidad de los súbditos, una obra admirable por sus cuidados y trabajos, la total recopilación de las leyes, y purgó lo que aparecía contrario e inconveniente, y aquello con que creía que estaría bien organizado el estado de la república lo juntó en un solo cuerpo, y lo concertó, y lo estableció como por única balanza de la justicia, por la que se discerniese tanto lo justo como lo injusto. Mas en casi todo es lo mejor que nada sea demasiado. Porque cuando óptimamente hubo reunido en un solo cuerpo la materia de las leyes de tal modo dividida, y redujo a concordia las cosas por las que se hace muchas veces vacilar el orden de la economía legal, y de esta suerte, debiéndose pronunciar todas las sentencias ajustadas a esto solo, compelió a los jueces a un único acuerdo, y los concilió entre sí para juzgar pacíficamente, habiendo constituido los capítulos de las leyes en estado tranquilo y libre de toda contienda, no haciendo alto en esto, sino pensando hacer después algo más excelente en favor de la república, desconociendo lo que después estableció, destruyó su primera obra, y no hizo otra que no estuviera sujeta a vituperación, pues de lo posterior establecido por él mismo se suscitaron no pocas controversias contra lo primero. Y de este modo, pues, se contaminó por sí el mismo Justiniano con su propia labor.

Mas como desde aquel tiempo hasta ahora se han innovado muchas cosas, por virtud ya de más recientes disposiciones, ya de costumbres escritas que por sí tienen autoridad, y no de otro modo, sino porque le agradan a la multitud, poco falta para que la materia de las leyes no esté del todo perturbada, y las cosas vacilen de arriba

abajo. Por lo cual, si hay alguna otra cosa, siendo también ésta sumamente digna, que requiera nuestro cuidado. Pero además, examinadas también cuidadosamente las costumbres, que llegaron a servir de régimen a las cosas, extirpamos ciertamente la oposición de las leyes, negándole autoridad legal a todo lo que es contrario e ilícito en el presente estado de cosas, y las costumbres, que no parece que estatuyen mal ni perjudicialmente respecto a las cosas, no las dejamos ya como costumbres escritas, sino que las elevamos a la potestad de la ley, y redujimos a propia y conveniente forma ya la igualdad debida a las leyes también la ley que en alguna parte nos pareció mas cruel y dura, y como ajena a la justicia.

Dispuestas, pues, así por nosotros estas cosas, mandamos tanto para ahora como para todo tiempo futuro a todos los jueces y magistrados, a quienes está encomendada la balanza de la justicia, que juzgándolas inútiles dejen que sean rechazadas ciertamente aquellas leyes, que por nuestra majestad imperial se mandó desterrar del terreno legal, y que conforme a las demás que están escritas, antiguas y que no mucho después fueron dadas por nuestro padre, de eterna memoria, y que ahora fueron seleccionadas o promulgadas por nosotros, den fallos en las controversias, y que a nadie le sea lícito en lo sucesivo inclinarse a ninguna especie de derecho suprimida por la autoridad legal, ni recurrir a costumbre alguna, que no aprobada por nuestra potestad, porque fuese y se dijese que era costumbre, no haya obtenido la majestad y el honor de la ley.

CONSTITUCIÓN II

DE QUE EL QUE SE PRUEBE QUE POR OTRA PARTE ES DIGNO DE LA DIGNIDAD EPISCOPAL CON ARREGLO A LOS SAGRADOS Y DIVINOS CÁNONES, NO EXPERIMENTE, SI TUVIERA HIJOS DE LEGÍTIMO MATRIMONIO, POR CAUSA DE ESTOS NINGÚN IMPEDIMENTO PARA CONSEGUIR TAL HONOR.

EL mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Habiendo sido dados del mejor y más absoluto modo los sacrosantos y divinos cánones, y todos los que determinaron respecto al sacerdocio y a la creación de obispos, (y ¿cómo no habrían de haber sido dados con exactitud habiendo tenido lugar eficazmente en sus autores la inspiración divina?), es de admirar cómo no hayan temido algunos abrogar por otras leyes promulgadas las sacras y divinas leyes, como si ellas no fuesen absolutas. Porque estatuyendo los sagrados cánones

en los lugares en que hacen prescripciones sobre la creación de los obispos, que el que tenga hijos de legítimo matrimonio, si a lo demás de la vida no le obsta la virtud, pueda ser promovido al presbiterado, éstos, estatuyendo lo contrario dicen que no tengan los que tienen hijos, aunque sean de un legítimo matrimonio, libre acceso a la dignidad episcopal, porque acaso abrigaron esto en su ánimo, que con tal afecto hacia los hijos, (pues ¿qué otra cosa diría cualquiera?) el ordenado habría de perjudicar a los sagrados oficios. Mas esta razón no esta bien fundada; porque de este modo, ni teniendo, vivos, hermanos u otros cognados tendría nadie acceso al episcopado, porque también a éstos les alcanza el afecto del parentesco. Y previendo esto los divinos cánones les dieron potestad a los obispos, para que, si ellos mismos tuvieran agnados pobres, aliviasen su inopia con los sagrados bienes. Así, pues, nuestra majestad imperial, que proviene de Dios, entendiendo que es mejor, si se obedece a los preceptos divinos, promulga una ley en consonancia con ellos, para que a la manera que a los mismos les parece pueda ser promovido al presbiterado el que sea digno de este honor, aunque los mismos hijos hayan sido honrados por la ley, disponiendo que a la ley que se hubiere atrevido a contradecir esto se le exija en lo futuro silencio perpetuo en pena de su audacia.

CONSTITUCIÓN III

DE QUE LOS QUE HAN DE SER ORDENADOS SACERDOTES SEAN ORDENADOS CONFORME A LOS RITOS DE LA IGLESIA CON LA CONDICIÓN DE QUE O EN LO SUCESIVO PASEN EN EL CELIBATO TODA SU VIDA, O, SI QUISIERAN CONTRAER MATRIMONIO, LO CONTRAIGAN ANTES, Y DESPUÉS PROCEDAN A LA ORDENACIÓN.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Habiendo sido rectamente constituido desde un principio el orden eclesiástico respecto a los que fuesen dignos de ser consagrados a Dios, menos-precian a veces el precepto eclesiástico, no bien, ciertamente a mi juicio, los que siguen la costumbre del tiempo presente. Porque mandando aquel, que los que deseen ser ordenados sacerdotes, o prometan celibato por toda su vida, si confían en que no habrá de ser falsa su promesa, o, si esto les pareciera imposible a los mismos, contraigan legítimamente matrimonio, y tomen después el divino ministerio, la costumbre, que al presente prevalece, les concede, a los que tienen el propósito de

unirse en matrimonio, que sean ordenados sacerdotes antes de haber tomado mujer, y le señala después al que quiere unirse en matrimonio un bienio para llevar a cabo su voluntad. Y como vemos que esto es indecoroso, mandamos que las ordenaciones se hagan conforme al viejo y de antiguo transmitido precepto de la iglesia. Porque no es digno que los por ascenso espiritual son elevados sobre la bajeza del cuerpo desciendan de nuevo a la sordidez de la carne, sino que por el contrario es más bien conveniente que de la sordidez del cuerpo asciendan como a cierto alto grado al divino ministerio.

CONSTITUCIÓN IV

DE QUE NO SOLAMENTE LOS SACERDOTES DE LA IGLESIA UNIVERSAL, SINO TAMBIÉN LOS QUE PERTENECEN A CUALQUIERA SAGRADA CASA, PUEDAN, SI FUERAN LLAMADOS, CELEBRAR LÍCITAMENTE EN UNA CASA LOS SAGRADOS MISTERIOS Y EL DIVINO CULTO.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Plugo a los antiguos, que los domésticos sacrificios y comuniones se hicieran por aquellos solos sacerdotes, que pertenecen a las iglesias universales, pero que por los que sirven a una casa, y se hallan en estado de vida privada, no se hiciera ningún acto litúrgico ni consagración. Y ciertamente que para estatuir esto parece que les vino a la mente el propósito de conservar la religión, no fuera acaso que, encubriendo algunos so pretexto del sacerdocio el letal mal de la defección, aconteciera que los que hubieren sido partícipes de sacrificio profanado, se contaminasen más bien que se purificaran. Así, pues, ciertamente que el fin de los que se propusieron la confirmación de esto, con el objeto de hallar seguridad para la sacrosanta fe, es laudable y digno de recomendación, pero aunque ellos estimaron que favorecían la confirmación, no puede considerarse, sin embargo, que ella provino y se extendió por virtud de la ley. Y por el contrario, después se ve que aquella misma ley contraria también a los que prestan su protección a los divinos ministerios. Porque quizá alguna vez sucederá que un sacerdote degradado, que no es conocido, haga en algún caso a alguien partícipe de su degradada impureza, pero no de tal suerte que siempre acontezca tal caso. Porque ¿quién es tan débil de espíritu y tan indiferente, que llame para el oficio de sacerdote al sacerdote a quien no conoce, y respecto del que no sabe de qué religión y de que costumbres sea? Y

por otra parte, los que meditan defección y hacen con profanación las cosas sagradas, difícilmente quieren reunirse con los que son ajenos a la impiedad, de tal suerte que, por donde parece que se afianza la ley no se afianza como ha parecido. y por lo demás, se halla que les sirve de impedimento a los religiosos para conseguir muchas utilidades. Porque como por divina gracia se le hayan erigido a Dios sagrarios en casi todas las casas, no ya solo de los poderosos, sino también de otros más modestos, y no se les pueda suministrar por todos igualmente a los sacerdotes los gastos y lo demás del sustento, acontece por virtud de la ley, que aquellos, que he dicho que son mas pobres para tener privadamente sacerdotes, quedan, a la verdad, muchas veces privados de los divinos misterios, y también que las sagradas capillas son defraudadas de as sagradas ceremonias que en ellas deben hacerse; y aun es verosímil, que apremiando a veces la memoria de los fallecidos, transcurra por falta de sacerdocio sin actos sagrados el presente día de la memoria, de suerte que de aquí les provenga no pequeño daño así a los vivos, como los que están en la otra vida.

Mandamos, pues, que no solamente los sacerdotes de cualquier iglesia general, sino también los sacerdotes propios de cualquiera casa, a quienes hubiere querido llamar el dueño de alguna casa, tengan licencia para celebrar en todas las casas los actos sagrados y los misterios, y para hacer en los sagrados oratorios el acostumbrado proceso y actos sagrados.

CONSTITUCIÓN V

DE QUE A LOS QUE LES CORRESPONDEN BIENES DESPUÉS QUE INGRESARON EN LA REPÚBLICA MONÁSTICA, NO SE LES PROHÍBA EN ABSOLUTO TESTAR DE ELLOS, SINO QUE, SI VERDADERAMENTE SE VIERA QUE LLEVARON ALGUNA COSA AL MONASTERIO AL TIEMPO QUE INGRESARON EN ÉL, TENGAN FACULTAD PARA DISPONER COMO QUIERAN DE LOS ADQUIRIDOS DESPUÉS, Y SI NADA HUBIEREN LLEVADO, TENGAN CIERTAMENTE POTESTAD LOS MISMOS PARA DISPONER DE DOS TERCERAS PARTES, PERO RECIBA EL MONASTERIO LA OTRA PARTE, O SEA LA TERCERA.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Como quiera que respecto a los bienes de los monjes, que después de abrazada la vida monástica amontonaron riquezas, nos dijiste muchas veces que, juntamente con los sacerdotes primados, amantísimos de Dios, a ti subordinados, dudabas tú,

¡oh luminar divino, y, para que alumbres al mundo, colocado por el principal luminar en el grande firmamento de la iglesia! como si una nube invadiere con aquella duda los rayos de la razón, para que no se pueda declarar una escrupulosa distinción, si los monjes deberían hacer disposición en cuanto a tales bienes, o si convendría que los mismos fueran apartados del dominio de ellos, -y como dudando sobre esto nos exhortasteis con varias solicitudes a que se tomara una determinación-, nosotros, venerando, como en otros casos, también en este tu dignidad sacerdotal, nos adherimos al logro de tu petición.

Mas en primer lugar se dirá por nosotros lo que por los antiguos se estableció respecto a los que quieren ser ya adscritos a la república monástica, a saber, que primeramente se debe testar por ellos de sus propios bienes, y pasar después a la deseada disciplina de vida, y que no se debe anteponer el cambio de vida a la disposición de sus bienes, de suerte que, si constara que esto tuvo lugar, no les será ya permitido a los mismos tonsurados la disposición, sino que todos los bienes pasarán a la iglesia en que fueron tonsurados. Y respecto a los que ya pasaron a la vida monástica, (salvo si sobrevivieran hijos que pidieran la herencia), se dieron estos óptimos decretos, tales que nadie podría mejorarlos, y a los que no se les puede añadir, ni quitar, cosa alguna. Así, pues, al que antes de haber cambiado el régimen de su vida, cuando tenía pendiente de su arbitrio la disposición de sus bienes, no quiso hacerla, con razón se le prohíbe después la disposición, puesto que él mismo se constituyó en tal estado. Porque respecto a aquellos bienes de que no quiso determinar, cuando era lícito disponer de ellos, sufrirá después con razón la privación de esta facultad, como impuesta por su propia voluntad. Y de otra suerte, además, ¿cómo no sería absurdo que el que se separó de los cuidados de esta vida, soportara después la carga de estos cuidados, y fuese abrumado con el peso de ellos?

Si, pues, como he dicho, no tiene hijos el que fue admitido entre los monjes, no ceda ciertamente este decreto a otro decreto; mas si sobreviven hijos, (porque en este caso no es lícito que se les cause perjuicio por el silencio del padre), no impida en manera alguna el hábito monacal la disposición de testamento, sino que es manifiesto que él ciertamente puede testar sobre las porciones de los hijos, las cuales se les atribuirán a éstos por igual y legítima división, mas la disposición se abstendrá de aquella parte que al mismo corresponda, porque toda ella le pertenece íntegramente al mismo monasterio. Mas si también la muerte, sobreviniendo súbitamente, (pues son muchos los accidentes de las cosas humanas), impidiera la distribución de los bienes, tampoco en este caso enmudecerá en modo alguno la disposición que favorece a los hijos, sino que por derecho legítimo se separarán, conforme al modo dicho, los bienes que les competen a aquellos, y lo restante de los bienes lo reivindicará el monasterio. Y esto ciertamente en cuanto a los bienes que el individuo tuvo antes de haber abrazado la vida monástica.

Mas respecto a aquello sobre lo que pidió vuestra paternal beatitud que emanara decreto, (a saber, en cuanto a los bienes que fueron a él después de haber abrazado la vida monástica), establecemos esto, que desde el tiempo en que abrazó el régimen de vida monástica, se separen, con la procedente consideración, los que después fueron adquiridos por el mismo. Pues no porque al que pasó de la vida profana a la monástica se le priva después de la facultad de disponer, si antes no dispuso, se le prohibirá en absoluto que disponga también de los bienes que adquirió más tarde. Porque en aquel caso se le priva con razón ciertamente de una facultad libre, puesto que siéndole lícito al mismo mientras en el estado profano manejaba los bienes disponer de ellos, no habiendo hecho esto, se sujetó él mismo a esto, pero en el presente caso no hay nada semejante para que uno se vea impedido o por si mismo, o por otro. Mas si alguno dijera, que por este solo título, porque es monje, el monasterio lo debe percibir todo, no sé si éste estatuiría lo que le conviniera a los monjes. Porque en primer lugar, si debieran abstenerse así de los bienes los hombres, que hicieron profesión de su menosprecio, y en segundo lugar, también si tuvieran ellos algunos parientes pobres, u otros conocidos, que necesiten una mano consoladora, ¿no sería ajeno a toda humanidad no considerarlos dignos de ningún alivio de los bienes de su cognado, así como rechazar no solamente a los extraños, sino también a los cognados y amigos, y seria decoroso para los monjes atraerlo todo para sí, como es de ver en los glotones, que no quieren dejar absolutamente ninguna parte a los otros que con ellos se sientan a la mesa?

Pues ni el esclavo se librará de los vínculos de la esclavitud, ni el necesitado alcanzará conmiseración, ni otro cualquiera agobiado por necesidades hallará fruto de consolación, si todos los bienes del monje se le dan al monasterio. Por esto, a la verdad, esta-blecemos, que, si ciertamente alguno consagrare, al tiempo en que abraza la vida monástica, una cosa cualquiera a la iglesia, tenga él, respecto a los bienes después adquiridos, libre y no impedida facultad de disponer de ellos del modo que quiera, pero que si al principio no se aportó absolutamente nada al monasterio, en este caso se dividan en dos partes los bienes, de modo que una parte se limite ciertamente a dos tercios, y la otra a uno, y disponga de los dos tercios en su testamento el monje, del modo que al mismo le pareciera, y aplíquese la otra tercera parte al monasterio.

Y esto ciertamente ha decretado nuestro poder respecto a las cosas sobre las que nos requeriste. Mas convendrá que tu beatitud haga manifiesto los decretos a todos los metropolitanos, amantísimos de Dios, a la misma subordinados, y ellos igualmente a los obispos constituídos bajo su dependencia, y que éstos los indiquen a las iglesias cuya administración les cupo en suerte para que tanto al presente como en lo futuro sean ellos conocidos por todos, y de este modo se ejecuten.

CONSTITUCIÓN VI

DE QUE RESPECTO A LOS QUE DETERMINAN HACERSE MONJES SE OBSERVE UNO Y OTRO TIEMPO, ASÍ EL QUE ESTABLECIÓ EL SANTO SÍNODO SEXTO, COMO EL QUE DECRETÓ EL DIVINO BASILIO; PERO QUE LA DISPOSICIÓN DE LOS BIENES DEL QUE SE HACE MONJE EN EL TIEMPO PREFIJADO POR EL SÍNODO SE VERIFIQUE CON ARREGLO A LA NORMA DADA POR NOSOTROS.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Como respecto al tiempo en que sea conveniente que logren su voto los que desean entrar en la vida monástica no se estableció una misma cosa, sino diversas, por nuestros divinos padres, fue menester que nosotros determináramos para decidir también este punto, y para conciliar la discrepancia que parece que existe. Y así, examinando juntamente con el santísimo patriarca y los metropolitanos, amantísimos de Dios, lo que decretó el grande y admirable Basilio, a saber, que los que desean el hábito monacal sean considerados dignos de él a los dieciséis o a los diecisiete años de edad, y lo que manda el santo sínodo sexto, que previene que deben ser admitidos los que de diez años deseen tal género de vida, hemos considerado que no debían ser despreciadas ni una ni otra de estas sagradas leyes, sino que mandamos que en uno y otro tiempo sean tenidos como dignos del hábito religioso los que desean tomarlo.

Mas en cuanto a la disposición de los bienes pronunciamos una decisión especial, para que ciertamente el que hubiere querido ser tonsurado a los dieciséis o a los diecisiete años pueda disponer de sus bienes como quiera, (porque estimo que también el gran Basilio señaló para tal acción este tiempo con este objeto, para que la investigación de la edad legal para ello no sirva de impedimento rara disponer de sus propios bienes), y para que a que a los diez años tenga el ánimo de pasar, cambiando de estado, a la pureza de la vida monástica no le obste para este saludable conato ningún impedimento, (porque entendiendo esto, a lo que parece, también el sagrado sínodo disminuyó el tiempo para el ingreso en la vida monástica), pero de suerte que no reciba éste, así como para entrar en tal género de vida, facultad también para testar de sus propios bienes, sino que hasta que haya llegado el tiempo en que la edad adquiere legítima potestad para testar se le prohíba disponer de sus bienes. Mas si (como sucede en lo humano) hubiere dejado esta vida

antes del término de aquel tiempo, sean librados de la esclavitud todos sus esclavos, y divídanse los restantes bienes en dos partes, una de dos tercios, y otra de uno, y llévese ciertamente aquellos el monasterio, y déseles el otro tercio a los cognados del difunto; pero si no existieran éstos, vaya también el tercio por donde fueron los otros dos.

CONSTITUCIÓN VII

DE QUE SIEMPRE QUE POR MALDAD HUBIERE QUERIDO ALGUIEN PASAR DEL HÁBITO CLERICAL AL PROFANO, SEA ÉL RESTITUIDO A AQUEL AUN CONTRA SU VOLUNTAD.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla, y Patriarca universal.

Así como antes de ahora nosotros, cuando investigamos cual sea la constitución mas cierta y firme de las cosas, si parece que la ley civil da más fuerza que la eclesiástica, le hemos dado prerrogativa a aquella, así también en este caso entendiendo que el sagrado decreto habrá de ser para el recto régimen de las cosas más útil que el civil, hemos dado, asintiendo a aquel, una decisión en consonancia, y establecemos, que cualquier clérigo que con improbidad hubiere determinado cambiar su hábito por el hábito de los profanos, sea éste, cuando quiera que se hubiere constituido en tal maldad, restituido aun contra su voluntad al hábito clerical con arreglo al decreto eclesiástico, aunque no sea digno de recobrar el estado del orden eclesiástico, porque él mismo se haya hecho indigno de tal orden con las cosas que perpetró.

CONSTITUCIÓN VIII

DE QUE EL QUE POR MALDAD HUBIERE ABRIGADO EN SU ÁNIMO RECHAZAR EL VENERABLE HÁBITO DE LA VIDA MONÁSTICA, Y EN LUGAR DE EL HUBIERE TOMADO EL HÁBITO PROFANO, SEA AÚN CONTRA SU VOLUNTAD RESTITUIDO A AQUEL CUANTAS VECES HUBIERE INTENTADO HACER ESTO, Y SEA VUELTO AL MISMO MONASTERIO DE QUE CON IMPROBIDAD HUBIERE HUIDO.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Puesto que de muchos modos es reprimida la pésima resolución de los que determinan vivir desarregladamente, y con preferencia a la vida laudable siguen la mala, siempre que son descubiertos como autores de un hecho malo, y no se dejan impunes su voluntad falta de probidad y su malvada maquinación, me admiro de cómo una antigua ley les permitió que se consumase este gravísimo delito a los que se sujetaron al ejercicio de la vida monástica, y después desertaron del orden, y según dice el sagrado proverbio volvieron como perros a su propio vómito, o como cerdos al cieno de su primitiva vida, y se convirtieron al hábito profano. Pues manda, que los que una vez hubieren dejado el instituto de la vida monástica vuelvan allí de donde criminosamente hubiesen salido, y que los que segunda vez se hubieren atrevido a ello sean contados desde este tiempo, en vez que entre los monjes, entre los militares de la cohorte provincial. Mas si le parecía justo determinar que el desertor del orden se vistiese con el hábito profano, ¿por qué no lo vistió así desde un principio, sino que dispuso que el monje, que una vez hubiere desertado de su profesión, fuese obligado aun contra su voluntad a ella? Pero si juzgó decoroso que esto fuese así preceptuado, ¿por qué no se mantuvo en este mismo decreto, sino que como por arrepentimiento arrastra a este mísero monje a la vida militar? De ninguna manera, pues, nos parece justo esto, ni nos place que el que fue admitido en las filas de la milicia divina sea colocado en las milicias mundanas, sino que también por esta ley mandamos nosotros lo que manda observar el orden eclesiástico, el cual no permite que recobre el estado profano, aunque habiendo uno despreciado muchas veces la vida monástica ande vagando. Porque si el que dejó la vida monástica lo hizo solicitado por el deseo de placer mundano, ¿qué razón hay, aunque una vez se le haya prohibido aquel conato, sabiendo que volviendo otra vez él a este perverso designio lo habrá de llevar a término, y habrá de ser él admitido en

el estado de los profanos, para que de todos modos no cambie él de nuevo por la vida profana el instituto de la vida monástica?

CONSTITUCIÓN IX

DEL ESCLAVO QUE, IGNORÁNDOLO SU SEÑOR, FUE HECHO CLÉRIGO.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo y ecuménico Arzobispo de Constantinopla.

Insistiendo en el mismo cuidado de la buena organización de las cosas eclesiásticas, y agregándole también nosotros nuestra aprobación a lo que les plugo a los sacrosantos cánones, les exigimos a las leyes civiles contrarias, como pena de su contradicción, que sean excluidas de las constituciones legítimas. Pues así como, conforme al parecer de la Iglesia de Dios, también nosotros determinamos que el que, siendo de condición servil, hubiere recibido, ignorándolo su señor, la veneranda dignidad del sacerdocio, fuese, despojado del honor que de aquí proviene, restituido de nuevo a su primitivo estado de esclavitud, declaramos también invalidada e iliberal la ley que libra de la esclavitud al esclavo que, ignorándolo su señor, fue hecho sacerdote.

CONSTITUCIÓN X

DEL ESCLAVO QUE, IGNORÁNDOLO SU SEÑOR, ABRAZÓ EL MONAQUISMO.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Ciertamente que también nosotros mismos sabemos cuán excelente sea la profesión de la vida monástica, y de cuánta reverencia y honor son dignos los que reciben aquel suave y dichoso yugo. Y así, no para vituperarlo; sino más bien para eximirlo de vituperación, nos ha parecido bien determinar, y mandamos, esto. Porque cuanto más admirable y divina es aquella, con tanta más razón se debe llegar a ella con muy grande veneración, y no hacer de la dignidad de la vida monástica

pretexto de una falta de probidad; porque ¿cómo no se ha de decir que hay falta de probidad, si un esclavo que huye de su señor llega a aquel régimen de vida? Así, pues, como respecto a los esclavos fugitivos y que de este modo llegan a la vida monástica se estableció por los antepasados, que, si ciertamente dentro de tres años fuera descubierto el fugitivo, tuviese su señor facultad para recobrarlo, despojado de su hábito, pero transcurrido el tercer año, que hubiere permanecido sin ser conocido, si después fuera descubierto, no esté sujeto a la potestad de su señor, y resulte libre sin la voluntad de él; y como vemos que de aquí muchos tomaron ocasión para huir de sus dueños, y abusan de una cosa honrosa, la profesión de la vida monástica, para encubrir su maldad, (pues a cualquier esclavo le es muy fácil ocultarse tres años, y después conseguir la libertad), mandamos, que, cualquiera que sea el tiempo que hubiere estado oculto un esclavo, que con tal designio se hizo monje, si en algún tiempo lo encontrara su señor, sea despojado del hábito el que con mal propósito lo tomó, y sometido de nuevo a la potestad de su señor. Porque ni lícito es decir que tomó aquel por piadoso afecto, por más que él mismo lo finja con palabras. Pues si, teniendo un dueño benévolo, determinó huir habiendo concebido odio en lugar de amor, esto es señal de extrema falta de probidad, y si (como son las cosas humanas) no soportó el gravamen de algunas molestias, sino que por esto desertó de su señor, ¿cómo honrará esta república, que quiere que sus ciudadanos miren siempre a la cruz y a la muerte de Cristo?

CONSTITUCIÓN XI

DEL ESCLAVO QUE, IGNORÁNDOLO SU SEÑOR, FUE ORDENADO OBISPO.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Lo mismo que respecto al esclavo, que se apropió indebidamente la veneranda dignidad del sacerdocio, estatuimos también en cuanto a los demás esclavos, a quienes les haya parecido bien llegar, ignorándolo su señor, a los honores del sacerdocio primado, para que ciertamente sean despojados, a tenor de la disposición de la constitución eclesiástica, del honor en que clandestinamente fueron constituídos, y sean reducidos a su estado servil. Porque ciertamente que a los que de otro modo substraen por hurto o fraude alguna cosa, no sólo no les concederemos que retengan lo que substrajeron, sino que a veces los castigaremos también como a

malhechores, pero a los que se atreven a hurtos de cosas tan grandes, no les dejaremos que vivan honradamente con su hurto, y que por virtud de un pésimo ejercicio de fraude lucren dos cosas de muchísimo precio, la libertad y la prerrogativa del sacerdocio. Luego si algún esclavo hubiera sido creado obispo ignorándolo su señor, tampoco sea por virtud de tal creación favorecido en cosa alguna para eximirse de la esclavitud.

CONSTITUCIÓN XII

DEL USO DE LAS OFICINAS DE LA IGLESIA GRANDE.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Constantino, que fue el primero que en nombre de Cristo hizo mas augusta la corona del imperio, habiendo considerado, entre otras reformas del mismo, digno del cuidado imperial también lo que se refiere a la sepultura de los muertos, a quienes también para esto les agobiase la indigencia, estableció en la santa iglesia de Dios oficinas, con cuyas rentas mandó que se sufragasen los gastos de sepultura.

Mas habiendo después la emulación de hombres piadosos adoptado esta medida de previsión, la cual bastaría por sí misma para enterrar a los pobres, aumentó aquella muchísimo los gastos para esta necesidad, y ahora se ve que no se gasta de aquello absolutamente nada para lo mismo a que en un principio aplicó su cuidado aquel tres y cuatro veces dichoso príncipe.

Pero nosotros, sabiendo que la iglesia, una vez apoderada de la renta de las oficinas, aunque no la gaste, porque no lo requiere la necesidad, para el mismo culto de la divinidad para que en un principio se dispuso, la invierte, sin embargo, ciertamente en algún otro servicio, y para mejor organizar este, mandamos que permanezca sin violar la constitución dada en otro tiempo sobre esto.

Más todas las oficinas que para este servicio están asignadas son en número de mil ciento.

CONSTITUCIÓN XIII

DE LAS ENFITEUSIS PERPETUAS.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Ha llegado a nuestros oídos, que también por los prefectos de las casas consagradas a Dios (a saber, de las iglesias, y de los hospitales de peregrinos, y de las casas de viudas, y de los hospicios de huérfanos) se intenta cosa fraudulenta e ilícita. Porque se nos ha referido que cuando se arrendaron casas, transcurrido ya el tiempo pactado, y apremiando el término del arrendamiento y la renovación de la posesión, no se hace cierto pago, que llaman con el nombre peculiar de renovación del precio, sino que por su avaricia les ha parecido bien a los prefectos gravar así con exacciones a los poseedores de las casas. Y considerando nosotros que esto es grave para todos, y gravísimo para los pobres, porque así se les impone a los mismos una más dura necesidad de la indigencia, disponemos por una ley que esto no se haga más, sino que el pago se limite a cierta cantidad que se ha de fijar en el duplo del canon enfitéutico, consignándose ciertamente todo el pago en los instrumentos de la locación, y sin que se le cause ninguna novación a la casa, ni se invierta en propio lucro de los prefectos, haciendo ellos esto no para mirar por las conveniencias de las casas, sino para procurarse un malvado lucro.

CONSTITUCIÓN XIV

DE LOS QUE DEJAN SIN CONCLUIR UN MONASTERIO.

El mismo Emperador al mismo.

El que comienza cualquier obra precipitadamente y con impaciencia demasiado grande, e incluso en el mismo principio está privado de la energía y de la capacidad de terminarla, si él es realmente vicioso, o ha prometido más de lo que él puede lograr, debe ser desdeñado y considerado digno de censura. Nuestro señor Jesucristo, que hace uso siempre de proverbios, menciona esto en los evangelios

cuando él habla de la fundación y de la terminación de una ciudad, y sobre otras cosas semejantes. Con razón, pues, dan las sagradas leyes y los decretos civiles prevenciones acordes, para que se les prohíba su empresa a los que no siendo capaces para acabar la obra determinen construir un monasterio. Porque es menester que las cosas, cualesquiera que sean, reciban la conveniente denominación solamente cuando hayan llegado a su conclusión, y el solo nombre de ninguna manera puede dar a las cosas no acabadas la terminación.

Así, pues, según se ha dicho, con razón declaran la ley sagrada y la civil, que a los que no sean capaces de terminar la cosa, se les prohíba la construcción de un monasterio. Mas como se ignora cuándo se considerará suficientemente acabado un monasterio, (porque expresamente no ha sido definido por aquellas tal acabamiento), ha parecido bien promulgar sobre este particular un edicto cierto y claro. Decimos, pues, puesto que dijo la divina boca: donde dos o tres, se congregaron en mi nombre, allí en medio de ellos estoy, que a lo menos debe ser suficiente para tres cualquiera obra que haya de recibir la denominación de monasterio, la cual ciertamente apetece también el elogio de la opulencia.

Así, pues, el que quiere tener la libre potestad de dedicar un monasterio deberá llevar a cabo la dedicación por lo menos para tantos monjes. Mas como muchos, que se empeñan en tal empresa, son a veces defraudados después en su propósito, sobreviniendo la muerte y arrebatándolos del consorcio de los hombres, se estatuye por nosotros, que, si se hubiera hecho testamento, pasen a la iglesia las cosas que en él se le asignaron, y si, como muchas cosas hace la incertidumbre; antes que disponga de sus bienes, hubiere sido arrebatado a la vida, en este caso, si le sobrevivieran hijos en número de tres, ocupará el monasterio la cuarta parte de los bienes; mas si la muchedumbre de la prole se extendiera a mayor número que el de tres, sera contado entre los hijos el monasterio, y de la totalidad de los bienes, que no estén obligados a deudas del difunto, percibirá cuanto cada uno de aquellos.

Mas si el difunto hubiere fallecido sin hijos, pero sobreviviéndole ascendientes, divididos los bienes en dos partes, se aplicará una parte a los ascendientes, y otra al monasterio. Pero si no tuviera herederos ascendientes ni descendientes, sino que la herencia pasara a los que provienen de línea colateral, estos se distribuirán ciertamente entre sí, cuantos quiera que fueren, la tercera parte, y las otras dos terceras partes le corresponderán a la iglesia.

Porque si por olvido, o por otra cual-quiera causa, hubiera sido redactado el testamento con una disposición contraria a la partición legítima, mandamos que el prelado de aquella localidad, amantísimo de Dios, reivindique cuanto bastare para el mantenimiento de la iglesia y de los que en ella hayan de prestar servicio, y tengan validez en cuanto a lo demás la disposición de la distribución y el testamento.

CONSTITUCIÓN XV

DE QUE SEA LÍCITO ADMINISTRAR EL SALUDABLE BAUTISMO EN CUALQUIER ORATORIO SAGRADO.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

También este sagrado canon del venerable sínodo sexto, que no quiere que el divino bautismo de la regeneración se haga en los oratorias de las casas privadas, sino solamente en los templos consagrados a uso común, como quiera que mande cosas análogas a los que vedan que en casas privadas se celebren los sacrosantos sacrificios y misterios, fue ya antes para nosotros objeto de reflexión, para que alcanzara juntamente con aquellos la misma corrección.

Mandamos, pues, que, así como en cuanto a los sacrificios, les sea lícito también, a los que quieran, tratándose del saludable bautismo, administrarlo en cualquier sagrado oratorio.

Porque me parece que el sagrado decreto del sínodo estableció tanta severidad, en razón a los que con el nombre de sacerdotes son profanos y mancillan a los que llevan al bautismo, los cuales, como se ve, entrando en casas de hombres de la misma opinión, no hacen la cosa divina, sino que maquinan alguna cosa desgracia con aquellos con quienes se reúnen.

Mas esta disposición, aunque parezca que es divina y que contiene muchas cosas saludables, no basta, sin embargo, a impedir la malicia de los que están llenos de impiedad.

Pues la malicia es audaz, y aun cerrados los oratorios hallará de todos modos camino para realizar su propósito.

Mas como ahora estén abatidas por la divina gracia todas las perversas opiniones, aun en cuanto a lo que a esto atañe, no veo que sea necesaria la disposición establecida para prohibir en los oratorios de las casas privadas el bautismo de la regeneración.

CONSTITUCIÓN XVI

DE QUE EL DIÁCONO SEA ORDENADO NO DE VEINTICINCO AÑOS, SINO DE VEINTE.

El mismo Emperador al mismo.

El antiguo proverbio, que aconseja que se han de prestar oídos al que habla de sus propias cosas, sentando perfectísimamente en todos los demás casos, aparece que es en este mucho más adecuado. Mas ¿qué es lo que digo? Estatuye la ley civil, que en los divinos oficios no sea ordenado subdiácono el menor de veinticinco años, y establece por el contrario un sagrado decreto, que el que llega a este ministerio tenga veinte años al tiempo de la ordenación.

Y así, habiendo considerado digno nuestra majestad imperial dar oídos a la sacra ley que dispone sobre estas cosas, asiente a ella y establece, que al que llega a los veinte años no se le impida, en cuanto a la edad, recibir el oficio de diácono, a no ser que le sirva de obstáculo la relación de su vida pasada.

CONSTITUCIÓN XVII

DE CUÁNDO A LAS PUÉRPERAS SE LES HARÁ PARTÍCIPES DE LOS DIVINOS MISTERIOS, Y DE CUÁNDO SERÁN BAUTIZADOS LOS RECIÉN NACIDOS, ESTO ES, DESPUÉS DE CUARENTA DÍAS, SALVO SI APREMIARA LA NECESIDAD.

El mismo Emperador al mismo.

Ciertamente que lo pedido por tu beatitud debía emanar de vosotros, más bien que arrancar en su origen de nosotros; pues sobre este sagrado asunto era menester que dispusiera tu santidad. Mas como decís que sobre un solo capítulo no se debe entablar deliberación sinodal, y que es propio mi sínodo expresar deseos, pero propio de nosotros decretar aun sin sínodo, aceptando tu advertencia, expedimos una constitución sobre las cosas que nos has pedido. Y así, como nuestro señor y salvador se hizo ciertamente partícipe de nuestra carne y de nuestra sangre para que

fuesen iluminados con el esplendor de la gloria del mismo los que andan en tinieblas, disienten, ciertamente a mi juicio, muchísimo de la saludable providencia de él los que no admiten como digna del bautismo a la que por reciente parto está en cama y es puérpera, presa de la muerte que está a sus pies, y que no espera al día, a que ellos mismos creen que se ha de esperar, (esto es, al cuadragésimo después de la verificación del parto), sino que la arrebata mas pronto, y hacen que muera estando verdaderamente impura por la impureza del cuerpo la que ciertamente permanece sin sacramentos, y es privada de la purificación y de la regeneración del sagrado bautismo, y no tienen a la vista la magnitud del peligro y del daño, que le causa la inconsiderada y perniciosa religión de los mismos.

Más por lo excesivo no necesita demostración tal absurdo. Porque ¿cómo sería justo que con tal pretexto falleciera la mujer en la incredulidad y privada regeneración, y que en lugar de ser colocada entre los salvados sea arrojada al lugar de los perdidos, y cómo no sería esto amargo para Dios, que por la fe en él mismo y en el agua y el espíritu de la regeneración da la salvación? Extirpando, pues, desde ahora para el tiempo futuro, tanta perversidad, estatuimos respecto a las mujeres recién paridas, y que están sujetas a la natural purificación, que, si verdaderamente no estuviera atacada la vida de las mismas por otra cualquiera afección morbosa, no estando ciertamente iniciadas todavía en el bautismo, pero atraídas a los sagrados actos de recibir los sacrosantos misterios, no sean hechas partícipes de ellos hasta el término de cuarenta días, pero que si les sobreviniera y atacara a las mismas alguna enfermedad, que les amenazara con el fin de su vida, sean ellas mismas hechas de todos modos partícipes de las cosas sagradas.

Porque si para los que por enormes delitos son separados muchos años de la comunión vivificadora la muerte inminente extingue el término, y nadie insiste en excluirlos de la parti-cipación en las cosas sagradas, ¿por qué razón serán éstas excluidas a causa de las naturales impurezas de la carne? Y creo ciertamente que esto fue prohibido por la ley antigua, y fue admitido como tradición, no tanto por virtud de esta impureza de la mujer, como por otras causas recónditas en la íntima razón de la ley. Pues estimo que la ley sagrada prescribió esto, para castigar la proterva concupiscencia de los que vivieran con intemperancia, así como por otros preceptos se ordenan también otras muchas cosas, para que por medio de ellas se refrene el indómito estímulo de algunos hacia las mujeres.

Y es también esta voluntad de la providencia que establece la ley, que los partos queden libres de corrupción. Porque como todo lo que es superfluo para la naturaleza, es asimismo dañoso e inútil, y es también superflua esta sangre, manda la ley que las que la tienen vivan este tiempo en la impureza, para que también por el mismo efecto de la palabra sea reducida a templanza la lasciva concupiscencia, y no

se origine de materia inútil y corrompida un ser animado. Y del mismo modo estatuimos respecto a los recién nacidos, que, si verdaderamente no se vieran molestados, y dominaran los accidentes adversos de la naturaleza, se espere para el bautismo asta el cuadragésimo día. Porque es consiguiente, que, así como los fetos se informan plenamente en el receptáculo de la naturaleza y de la madre durante todos los cuarenta días, así los nacidos entren en igual número de días en la casa de la divina gloria y del eterno padre de todas las cosas. Más también si alguien quisiera bautizar en el octavo día del parto, tampoco sería esto absurdo; porque Cristo, nuestro señor, circuncidado en el octavo día, al poner término a la circuncisión, concedió que en lugar de ella se iniciara en el vivificador bautismo. Mas esto ciertamente, si no existiera enfermedad alguna, que amenace con la muerte; pero si algún peligro que surgiera violentase la vida, debe hacerse esto con toda diligencia y con empeño, aun dentro del octavo día, a fin de que el parto no muera sin haber sido bautizado, ni habiendo sido privado de la sagrada purificación y del sumo bien.

CONSTITUCIÓN XVIII

DE QUE EN LOS ESPONSALES SE EXIJA LA PENA ESTABLECIDA.

El mismo Emperador a STILIANO, excelentísimo Maestre de los sacros Oficios.

No es de reprender que en todas las cosas y dichos se haga la elección de lo más excelente, y que entonces se haya de hacer la estimación no atendiendo a los que hacen o dicen, sino al estado de lo que se hizo o se dijo. Por eso también elevamos a la autoridad de ley lo que le plugo a la costumbre, para que en los repudios de esponsales les amenacen penas a los que determinaron repudiar. Porque juzgo que lo que plugo a la costumbre no es peor que la ley dada sobre tales negocios, sino que también mejora las cosas. Pues castigando la ley esta temeridad con la sola pérdida de las arras, o con la restitución del duplo, quiere ella que se sufra en la rescisión de los esponsales el daño fijado y establecido por pacto. Y me parece, según he dicho, que esto tiene mayor fuerza, para que, como suele suceder, no se defrauden los esponsales. Porque la pérdida de las arras, que se estableció contra el que las dio, y después no asintió a los esponsales, y la restitución del duplo, que soporta el que recibió las arras, y luego no se atuvo al pacto en que convino, invitan, porque son cosas más leves, a que más pronto se aparten de los pactos los que quieren; pero

viendo el inconstante que por virtud del pacto de la pena fijada le sobreviene un daño más grave, se hará ciertamente más remiso para rescindir los esponsales. Y viendo también nosotros que en los contratos nupciales habrá de ser más conveniente lo que se suele hacer en virtud de la costumbre, lo traducimos en legítima constitución. Pues si veo que con la pérdida de las arras son fáciles las disoluciones de los esponsales, no veo, sin embargo, lo mismo con el pago de la pena. Pues una pena más grave, (porque la pena establecida por pacto es siempre mas grave que la pérdida de las arras), conteniendo aun al que no tiene voluntad, compelerá a que la inconstancia del ánimo preste aquiescencia a lo que antes se convino sobre los esponsales. De este modo, pues, tenga observancia y decida las cuestiones desde ahora, así como hasta esta ley, también por disposición de la ley lo que fue confirmado en virtud de la costumbre, y sea castigado con la exacción de una multa el que rescinde los esponsales.

CONSTITUCIÓN XIX

DEL PACTO HECHO POR EL PADRE DE QUE SU HIJO HABRÁ DE SER HEREDERO POR IGUAL.

El mismo Emperador a STILIANO, excelentísimo Maestre de los sacros Oficios.

Como también antes se ha dicho por nosotros, hemos procedido a la corrección de las leyes, cuidando de no menospreciar a los otros, ni de procurarnos gloria, sino de alejar, en cuanto se puede hacer, del comercio de los súbditos lo que no es útil, sabiendo que para la organización de la república es la cosa mas excelente de todas el establecimiento de las leyes. Porque si alguno dijere que las leyes son los ojos de la república, opino que no habría dicho cosa contraria a lo que es conveniente. Pues así como para el animal es cosa sumamente necesaria ojo que no le engañe, así también para la república el buen estado de las leyes.

Cuidando, pues, del buen establecimiento de éstas, como sabemos que en la compilación del Código hay establecida una ley, que por su evidente absurdo no halló de ningún modo lugar a acogida en el ánimo de los hombres, y que, por consiguiente, no tiene fuerza alguna ni eficacia, (pues estableció ciertamente cosas contrarias a la igualdad natural, que por los padres se les debe a los hijos, y le abre al padre la puerta de la injusticia contra el hijo, y no esto solo, sino que para compla-

cerle hace que el padre esté sujeto a la mentira y obligado al dolo); como hemos sabido, decimos, que hay una tal ley, aunque antes de nuestra sanción le denegó a ella acogida la misma voluntad de los hombres, privamos al mismo tiempo también nosotros absolutamente de todo uso a aquel decreto.

Porque ¿qué es lo que dice? Que aunque el padre hubiere pactado, al colocar en matrimonio a su hijo, que después de su muerte habrá de ser éste heredero de los bienes paternos por parte igual con los otros hermanos, estará, sin embargo, en su potestad, si quisiera, desatender este pacto, y darles ciertamente mas a los otros hijos, y asignarle menor parte a aquel a quien el pacto le concedía igual porción en la herencia.

Así, pues, por otra parte, no estando ciertamente eso en uso en la república, y relegándolo también por decreto nuestro, le prohibimos de todos modos su acceso a la república, y mandamos que ningún padre intente alterar los derechos de los hijos a quienes en los contratos nupciales hubiere prometido que se les guardaría una porción de herencia igual a la de los demás hijos, de suerte que si a alguno le hubiere parecido conveniente menospreciar sus propios pactos, y disminuir la porción de aquel a quien le hubiere prometido tanto cuanto hayan de tener sus otros hermanos, tenga entendido que habrá de ser considerada sin valor y vana su voluntad cambiada por el arrepentimiento.

Porque el hijo sucederá en los bienes por igual con sus otros hermanos con arreglo al pacto hecho.

Y no es de razón que la mentira sea antepuesta a la verdad, ni justo, ni conveniente al animal racional, que, desaprobándolos, sean alterados los pactos convenidos; sino que si alguna otra cosa cuadra al hombre es esta, prestar fidelidad a sus palabras, a no ser que corrompiendo con mentiras la verdad quiera salir, privado de razón, del número de los que están dotados de razón.

Y aun más, tampoco es natural, que los padres no muestren igual cuidado por los que del mismo modo nacieron de ellos mismos, y que no miren igualmente por la vida de ellos, sino que quieran que unos ciertamente tengan más cuantiosos bienes, y no dispensarles nada a otros, ni compadecerse de ellos, si pobres hubieran de vivir en la miseria; sino que es justo, que así como a todos los hijos les dieron por igual la vida, así también los doten de medios, y no hagan, como con dos pesos, con ánimo desigual cierta distribución de los bienes, más ligera para unos, y más considerable para otros.

CONSTITUCIÓN XX

DE QUE EL MARIDO, ASÍ COMO LA MUJER, NO ADQUIERA, PREMUERTA LA OTRA PARTE, COSA ALGUNA FUERA DE LO HIPOTECADO.

El mismo Emperador a STILIANO, excelentísimo Maestre de los sacros Oficios.

Hallándose establecido en las antiguas leyes, que tratan de los pactos dotales, que la misma porción que se estableció al contraerse el matrimonio adquieran el marido y la mujer también en el caso de disolución que produce la muerte haciendo presa en uno de los cónyuges, ignoro por qué razón movidos, aquellos a quienes correspondió después el cuidado de establecer las leyes, sujetaron estas cosas a diversas constituciones. Porque ciertamente establecieron las antiguas leyes, que inmediatamente después del principio del matrimonio fuesen iguales las aportaciones, tanto la de la mujer como la del marido, y que fallecido uno, no sobreviviendo hijos, ni existiendo pacto en que se signifique alguna cosa respecto al lucro, volvieran por igual sus propias cosas a ambos; pero que si se hubiera hecho pacto respecto al lucro, para que habiendo fallecido una u otra parte, la sobreviviente lucre alguna otra cosa además de recobrar sus propios bienes, se conservase del mismo modo respecto a ambas la igualdad del lucro; y premuerto el marido recibía ciertamente la mujer la dote, y ya una parte, ya la totalidad de lo que se dice hipotecado, sí así se hubiese convenido; mas precediendo en la muerte la mujer, se le reservaba al marido lo hipotecado y le correspondía el lucro, ya toda la dote, ya parte de ella, según quisieran los pactos.

Mas estas cosas que ciertamente les parecieron bien a los antiguos les desagradaron a sus sucesores. Por lo cual establecen lo contrario, no obrando bien, y disponen que inmediatamente desde el principio del matrimonio sean desiguales las aportaciones, y que sea ciertamente mayor la dote y menor lo hipotecado, y que de esto se haga dueña la mujer desde el día en que contrajo el matrimonio, aunque acaso elija segundo consorcio de marido. Y disuelto el matrimonio por la muerte, obrando con desigualdad, consuelan la tristeza de aquella con el lucro, pero sobre haber perdido la mujer le aumentan a él su aflicción con el dispendio de sus propios bienes.

Pues mandan, que la mujer que sobrevive se lleve con su dote también lo hipotecado, y que además reciba de los restantes bienes del marido con derecho de heredera tanto cuanto importa la cuarta parte de la dote y de la hipoteca, computadas

juntas, pero que, fallecida la mujer antes que el marido, lucren los herederos de ella juntamente con la dote la hipoteca, y el marido no tenga ninguna otra cosa más que lo que importa la cuarta parte de la dote y de la hipoteca, y que de este modo proceda esto, ya si hubiera pacto, ya si nada semejante se hubiera convenido entre los mismos. Mas ¿cómo no será esto injusto? ¿Cómo en lugar de derecho no será esto extremada injusticia?

Porque acaso haya alguna razón en cuanto a lo que la mujer recibe habiendo premuerto el marido, mas en cuanto a lo que, premuerta ella, se devuelve a sus herederos, ¿cómo no sería esto de todo punto injusto y enorme?

Por lo cual juzgaron muy conveniente y sabiamente aquel Emperador perpetuamente memorable, y el que después de él nació de su misma sangre, que se les debía conservar ciertamente su autoridad a las antiguas leyes, y que las malas disposiciones contrarias debían ser desterradas de la república.

Mas la costumbre es refractaria, y con frecuencia una absurda opinión que está por un largo hábito como grabada en el alma de los hombres, principalmente de los que no tienen cuidado de pesarla con recto juicio, no puede ser fácilmente extirpada, cuando abrazan una opinión anticipada, aunque sea necia, y no quieren seguir cosa mejor, de tal manera que también ahora la constitución de nuestro padre, de sempiterna memoria, que sujetó a las antiguas leyes la cuestión de los pactos dotales, no pudo hacer que fuese desechada aquella absurda constitución, sino que aun todavía está en uso aquello cuyo destierro había decretado. ¿Qué diremos, pues, nosotros?

Después que ya ha parecido bien que prevalezca, que a celebrarse el matrimonio no se hagan por igual las aportaciones, sino que sea la dote mayor que la hipoteca, obsérvese esto en la república; pero si la muerte llevara la disolución al matrimonio, y el marido falleciera sin hijos, y no apareciera pacto, retenga la mujer la dote y lo hipotecado, y nada más; mas si la muerte arrebatara a la mujer, reciban sus herederos ciertamente la dote, pero no sea privado de sus bienes el marido, ni tengan otros, sino él mismo, lo que es de él.

Porque ¿cómo no sería injusto, que verdaderamente los extraños experimentaran lucro con los bienes de él, y que él además de perder su cónyuge fuese privado también de sus propios bienes, o sea de lo hipotecado?

CONSTITUCIÓN XXI

DE QUE SE CUMPLA LA PROMESA DE DOTE HECHA O DE LOS BIENES PATERNOS O DE LOS MATERNOS.

El mismo Emperador a STILIANO, excelentísimo Maestre de los sacros Oficios.

Así como vemos en las balanzas, que cuando ni lo mas mínimo se inclinan a una o a otra parte, entonces se considera que son adecuadas para la deter-minación de las cosas que se pesan, así también la ley, cuando no corrompe ciertamente en lo más pequeño el derecho, es digna de que se aplique a la ordenación de las cosas. Pues aquellas deben conservar la igualdad, y esta, estable el derecho. Mas ¿a qué esto? Hay escrita en los códigos una constitución, que, en tanto que a los padres que colocan a sus hijos en matrimonio les exige las promesas hechas a título de dote o de donación por causa de nupcias, no sé cómo confunde el derecho. Porque quiere, que el padre, que a favor de sus hijos hubiere prometido dote o donación por causa de nupcias, si, a la verdad, hubiere hecho indistintamente la promesa, cumpla toda su promesa con lo suyo, y la pague de sus solos bienes propios; pero que si hubiere hecho distinción, y hablado de este modo: «pagaré de mis bienes y de los de mi hijo lo prometido», entonces, si lo agobiara la pobreza, no contribuya con nada a la promesa, sino pague con los solos bienes del hijo lo que el padre prometió que ellos darían en común; mas si fuera rico, se estatuye lo contrario, cumpliendo él con lo suyo solo lo que prometió, y no contribuyendo el hijo, aunque hubiere prometido que no él solo, sino con su hijo, cumpliría lo prometido, porque se juzga indigno que el hijo dé, puesto que el mismo no prometió.

Y esto hemos considerado que era una subversión del derecho. Pues, cualquiera que sea la pobreza por que este agobiado el padre, no aparece la justicia de la ley para que solo el hijo pague con lo suyo propio lo prometido, ni a su vez, cuando es rico, es conveniente que el hijo quede del todo libre de contribución, siendo cumplida con los bienes del padre toda la promesa. Por esto también mandamos, que con arreglo a las palabras del padre se verifique también la satisfacción de las promesas, y que ciertamente de él solo se exija lo prometido cuando prometió que él solo lo daría, pero también del hijo, cuando con el hijo, ya si se aceptaron partes iguales, cuando también éstas no fueron determinadas, ya si desiguales, cuando a una y a otra se les asignaron con diversidad ciertas partes. Porque en esto no hay ninguna perturbación de lo justo, y ademas esto mira a la utilidad de los hijos, de la que no se cuida gran cosa la constitución publicada en los

Códigos. Porque ¿qué resultará? Que muchas veces el padre, mirando al dispendio, y esperando por ello para celebrar el contrato nupcial la edad que le da al hijo facultad para prometer eficazmente, pierde lo que le sería útil al hijo. Así, pues, para que esto sea cómodo para ambos, y no sea mal estimado lo justo, ni se perjudique a la utilidad de los hijos, enmudezca ciertamente el decreto del Código, y tenga observancia en la república lo que también fue admitido por la costumbre. Porque considerado ya en la república como decreto de la ley fue preferido a la constitución, que se halla en los Códigos.

CONSTITUCIÓN XXII

DE QUE LA MUJER, QUE NO REITERA EL MATRIMONIO, ADQUIERA CON DERECHO DE PROPIEDAD LA PORCIÓN QUE UNO DE LOS HIJOS, Y DEL MISMO MODO EL PADRE.

El mismo Emperador a STILIANO, excelentísimo Maestre de los sacros Oficios.

Así como también en otros muchos casos; cuando no resulta nada que sea absurdo, ni perjudicial para las cosas, hemos cedido a la costumbre, y aun le hemos dado la prerrogativa de la ley cuando ya la plebe se ha habituado a ella, y no se dejaría separar de la misma, así también hemos juzgado deber hacer en cuanto a la parte de la donación, que recibe la mujer que tiene hijos, y que no hace común con otro el lecho conyugal arrastrada a segundas nupcias. Porque como una ley mas antigua circunscribiera esta donación de modo, que, habiéndosele a la mujer dado en usufructo lo hipotecado, la mujer recibiera ademas del restante usufructo, de lo mismo hipotecado, la porción que uno de los hijos con derecho de propiedad, después una ley posterior quiso a su vez que esta porción igual a la de uno de los hijos no solamente le produjera a la mujer lucro de lo hipotecado, sino que le correspondiera también en los demás bienes del marido. Establecido, pues, esto así por las leyes, la costumbre, no habiéndose atenido directamente ni a una ni a otra ley, sino en parte a esta, y en parte a aquella, no considera que es digno que de la sola hipoteca, no de los otros bienes del marido que se hallan fuera de la hipoteca, se le de a la mujer la porción que a uno de los hijos, sino que habiéndola alterado le concede a ella una parte juntamente de todos los bienes del mismo. Así, pues, como no vemos que esta costumbre sea perniciosa para los bienes, hemos considerado justo, como respecto a otras, honrarla con la dignidad de ley, o que tenga desde

ahora fuerza de la ley y no de costumbre. Y si verdaderamente todos los bienes del marido estuvieran comprendidos en la sola hipoteca, recibirá la madre junto con sus hijos en pleno dominio la porción que ciertamente le compete a la misma, pero tendrá el usufructo de lo restante. Mas si los bienes no fueran suficientes para la constitución de la hipoteca, la mujer recibirá la porción no con arreglo a la cantidad hallada de la hipoteca disminuida, sino una que importe tanto, cuanto importaría si se viese que la hipoteca no estaba disminuida, sino completa. Así, pues, habiéndosele dado a la mujer esta porción, pertenézcanles a los hijos los demás bienes, pero si no quedaren ningunos, llévense la pobreza como herencia. Más esto ciertamente en cuanto a la mujer.

Pero el marido, si ciertamente no tuviera hijos, no percibirá ni perderá nada, según en otra parte se corrigió y estableció, mas habiendo llegado a ser padre de hijos, y no satisfaciendo en segundas nupcias su deseo de mujer, recibirá también él la porción que un hijo en razón a la educación de los hijos y a la reverencia y al honor guardados al primer matrimonio.

CONSTITUCIÓN XXIII

DE QUE LOS PRESIDENTES NO CONTRAIGAN EN SUS PROVINCIAS ESPONSALES PARA LOS DE SU CASA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Era ciertamente digno del ingenio humano y de la virtud de los magistrados, que los que fueron admitidos en la magistratura, puesto que disfrutan de gloria y honor sobre otros muchos, fuesen religiosos para la observancia y guarda de los preceptos de Dios, y cuidasen próvidamente de los negocios de los súbditos, y no los oprimieran con pesada mano. Mas como hay algunos a quienes un ánimo feroz e inicuo, apartándolos de la recta senda de los preceptos, los lleva a perversa y tiránica codicia, y hace que muestren en lugar del cuidado de magistrado un violento propósito, estableció una antigua ley, como para refrenarlos, que los presidentes no tuvieran licencia para celebrar contratos y esponsales en sus provincias, y habiendo establecido esta escrupulosidad en cuanto a los hijos y a los nietos, y a otros cognados varones, no prohibió el casamiento de las hijas. Añadiendo, pues, nosotros esto, como omitido en una ley óptima, mandamos que a los presidentes de una provincia cualquiera les esté prohibido colocar en matrimonio, a la manera que sus

hijos y otros cognados y domésticos de sexo masculino, también las hijas y otras personas del sexo femenino. Pues ¿por qué el hijo y algún otro individuo de sexo masculino, que haya, han de estar sujetos al decreto, y la hija permanecerá siendo superior a la ley? Cuando, sin embargo, el de sexo masculino podría frecuentemente serles útil de muchos modos y maneras a él, y a su cónyuge, y a otros, a quienes unió la afinidad. Porque acaso habiendo alcanzado dignidades, o establecido algún comercio, o tomando otra ocupación para sustentar la vida, no haya sido, como dije, inútil ni para sí, ni para otros parientes, cosa que de ordinario no es capaz de hacer el sexo femenino.

CONSTITUCIÓN XXIV

DE QUE LOS HIJOS NATURALES NO CONTRAIGAN MATRIMONIO CON LOS ADOPTIVOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Muchos, celebrando con elogios los tiempos antiguos, quieren atribuirles la primacía en la ordenación y disposición de las cosas, y yo bien se que de ordinario son aquellos superiores a los mas recientes, pero que en algunas cosas son superados. Mas no siendo pocas aquellas en que son superados por los tiempos más recientes, se ve que esto sucede principalmente en las adopciones, que de ningún modo hacían con la correspondiente compostura, pues las efectuaban sin los divinos ritos, y sagrados cánticos, y la ley les permitía que esto se hiciera sencillamente a los que quisieran ser adoptados.

Por lo que muchas veces sucedió, que la denominación de hermana pasó a la de cónyuge, y la doncella, que poco antes fue llamada hija, era designada con el nombre de nuera, o que el que fuese hijo fuera conocido en lugar de tal como yerno, habiéndose unido en vínculo nupcial el hijo natural y aquel a quien la adopción había colocado en la categoría de los hijos, y esto no era condenado, porque, no habiendo intervenido sagrado ministerio, no nacía de aquí obstáculo alguno para la vida matrimonial.

Mas en otro tiempo ciertamente, como no se adoptaba en forma conveniente, aunque se contraía cierto matrimonio reprobado, no contenía, sin embargo, éste también cosa nefanda; pero ahora, como la dopción se hace conforme a ritos decorosos y justos, y unos entran ciertamente en el lugar de padres, y otros en el

derecho de hijos, mediante el sacrosanto sacrificio, no hay ya razón alguna para que los hijos adoptivos se unan en matrimonio con los engendrados naturalmente. Por lo cual, mandamos también, que de ningún modo sea lícito unir en matrimonio, habiendo cambiado su derecho de hermano, a los que así hubieren alcanzado el nombre de hermano.

CONSTITUCIÓN XXV

DE LA EMANCIPACIÓN Y DE LA RESTITUCIÓN DE LA DOTE.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

No sé como no han obtenido la conveniente reverencia las disposiciones que por los antiguos Emperadores se dieron sobre la emancipación, ciertamente muy excelentes y dignas de que fuesen conservadas exentas de innovación, pero, aunque no en absoluto, se ve, sin embargo, que son verdaderamente menospreciadas. Y, a la verdad, no con razón.

Porque lo que establecieron, que a los esclavos a quienes se les donó la libertad no se les podía privar en absoluto de la donación, sino que si se descubriera que alguno incurrió con mala intención en alguna sola de las causas vedadas, que pueden transformar la dignidad de la libertad en hábito de esclavitud, solamente entonces era reducido a la condición de esclavo, todos lo oyen con religiosidad, y veneran la ley; pero lo de que a los hijos que una vez quedaron libres de la potestad de su padre les permiten seguir en todo plenamente la libre voluntad de su ánimo, pareció que no debía ser oído del mismo modo, y que como si aquellos hubiesen establecido cosa reprobable no se debía prestar aquiescencia a tal decreto, mas es ahora manifiesto, que por ninguna razón fue esto privado de autoridad (porque no fue desaprobado por ninguna ley nuevamente dada.)

Pues cierto juez dispuso, (y me maravilla de qué manera lo dispuso), que los hijos que hubiesen sido hechos de propio derecho no tuvieran simplemente la potestad que hubiesen recibido, sino que, si se viere que no son padres de hijos, se anulase su libre arbitrio, y fueran de nuevo sujetados a la patria potestad; y no solamente esto, sino también, que, si alguno viere que de su propio germen comenzaba a brotar un feto, pero la muerte lo hubiere mirado con torvos ojos, y lo hubiera reducido a la falta de hijos, él perdiera juntamente con los hijos también la

libre voluntad, y ni tuviera la testamentifacción, ni se le permitiera administrar a su arbitrio lo donado por sus padres.

Y se ve que esto que les agradó a algunos, y fue fácilmente admitido por los posteriores, prevalece, habiendo sido despreciada la antigua ley, hasta el día de hoy en la república. Así, pues, renovando nosotros sobre este particular la antigua autoridad de las leyes, mandamos que ninguna de las leyes, que disponen sobre la restitución de la dote, esté derogada e invalidada.

Más ¿qué dicen aquellas leyes? Que si el hijo quedase privado de hijos, vuelva ciertamente al donante la donación que provenga del padre, mas no igualmente la que le competa al hijo habiéndole sido dada o por la madre o por un extraño cualquiera, a no ser que así se hubiere pactado por los donantes, para que vuelva; pero manda también que las cosas que los padres les dieron a los hijos al mismo tiempo que los emanciparon de su potestad, permanezcan asimismo irrevocablemente en poder de los que los recibieron, y que subsistan los testamentos relativos a ellas, a no ser que haya el obstáculo de algún pacto hecho al hacer el padre la donación.

Y así, asintiendo también nosotros a esto, mandamos que todos tengan entendido, que, si testara el hijo que fue hecho de propio derecho, y que no tiene ningunos hijos, sus padres habrán de recibir solamente lo que por virtud de la ley Falcidia vaya a los mismos, a no ser que, corno antes se ha dicho, haya mediado pacto, y nada absolutamente los demás cognados, aunque sean llamados abintestato, como por haber descuidado interponer pacto en cuanto a la restitución.

Mas también se ha de prevenir, que se dice que el hijo está bajo la potestad solamente de persona viril; pero como además de los otros modos también mostraba que el hijo era de propio derecho éste, si el que lo tenía bajo su potestad, ya fuese el padre, ya el abuelo, le hubiese donado de viva voz la libertad, nosotros también añadimos esto, que, si pareciera que el hijo fue constituido solamente para que rigiera a su propio arbitrio su vida, (ya si esto hubiere sido concedido verbalmente por aquel bajo cuya potestad vive, ya si ciertamente no se hubiera hecho de palabra, sino por consentimiento tácito y que no se oponga al hijo que hiciese por separado las cuentas de su vida, sino que le permita al mismo vivir separadamente a su modo), aunque esté libre del comercio matrimonial, tenga él, esto no obstante, ratificado el derecho de libre arbitrio.

Porque si los esclavos, una vez librados del yugo, no son obligados, en tanto que no aparecen malos, a soportarlo de nuevo, ¿cómo no sería indigno someter otra vez al yugo a los hijos librados de la patria potestad, y que ellos estén privados perpetuamente de la libertad, de la que disfrutan, como he dicho, hasta los esclavos?

CONSTITUCIÓN XXVI

DE QUE LOS EUNUCOS PUEDAN ADOPTAR.

El mismo Emperador a STILIANO, excelentísimo Maestre de los sacros Oficios.

Es para los hombres el matrimonio grande y excelente don de Dios Creador. Porque no solamente presta auxilio a la naturaleza, que se extingue por la muerte, y da perpetuidad al género humano, no dejando que este perezca por completo siendo devorado por ella, sino que también por otra parte proporciona mediante la procreación de los hijos muy grandes cosas a la vida de los hombres. Porque ¿qué cosa mas delicada para delectación de los hombres, que el placer que se percibe por los hijos? ¿Ni qué más útil en los negocios humanos, así en otros, como en los que nos ofrece la senectud? Pues vemos que las molestias de la senectud se alivian con la ayuda de los hijos. Mas como no todos pueden conseguir esta utilidad por medio del comercio del matrimonio, quiso la ley, y lo quiso bien, concederles por benignidad suya este beneficio a los que no hubiesen recibido de la naturaleza este don.

Mas no mantuvo para todos este propósito, de modo que diese este beneficio exento de todo defecto. Porque a unos ciertamente les da potestad para adquirir fuera del matrimonio hijos, y a otros los deja excluídos de este beneficio, aunque convenía que les correspondiese a todos el beneficio de esta ley, una vez que fue dada para librar de la falta de hijos a los que no tuvieran ningunos, y para hacer por su auxilio padres a los que les hubiese acontecido no serlo en virtud del matrimonio. Más no lo quiere así, sino que rechaza a los que sufrieron heridas homicidas, pero de los que era justo compadecerse, porque fueron víctimas de injuria, y privados de la facultad de engendrar.

Y dicen que es causa de la exclusión, que a los que la naturaleza no los reconoció como teniendo semen, tampoco la ley les concede este beneficio; mas a éstos les quitó la fuerza de engendrar no la naturaleza, sino injuria de los hombres. Mas como nuestra majestad determinó que era conveniente que no sufrieran otra injuria por la ley además de la que por los hombres soportaron, manda que, si éstos quisieran adoptar, tengan libre potestad. Porque estimo que aparece que allí es más necesario un beneficio donde es más útil el provecho que de él proviene. Y principalmente a los eunucos les es muy necesaria la creación de hijos por medio de

la ley, por cuanto solamente de este modo pueden ser padres, y les es así posible disfrutar del auxilio de los hijos, del cual sería inhumano que fueran privados, por haber sido privados de sus órganos genitales.

Pero así como no se impide que aquel a quien se le quitó el uso de la voz llene con la mano las que son funciones de la lengua, y que el que no puede expresar su discurso con los labios proceda a disponer de sus bienes por escrito, así tampoco es conveniente prohibirles a los que fueron privados de sus órganos genitales, que de otro modo compensen su defecto.

CONSTITUCIÓN XXVII

DE QUE DEL MISMO MODO LES SEA A TODOS LÍCITO ADOPTAR.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Ciertamente que es muy conveniente que los que se empeñan en hallar con su industria alguna cosa útil para la vida humana la propongan para el común, y no que la circunscriban a ciertas personas, y dejen privados de ella a los demás; pero conviene mucho más que sea común el beneficio de las leyes. Porque así como tratándose de la magistratura debemos disfrutar en común de su virtud, así también, tratándose de las leyes, de los beneficios que de ellas dimanan cuantos a ellas obedecemos y estamos sujetos.

Más ¿qué quiere decir este premio? Que la ley, que quiso librar de su infortunio a los que estaban privados de hijos, en cuanto que mandó que también adoptando se adquiriese con la voluntad lo que fácilmente no se pudiere recibir de la naturaleza, no mantuvo su propósito igualmente para todos, sino que el derecho de adoptar se lo donó ciertamente a los varones, y a las mujeres a quienes verdaderamente conoció como madres la naturaleza, pero a quienes la muerte de su prole las redujo a la carencia de hijos; mas consideró indignos del beneficio, habiendo raciocinado, no sé cómo, tan vilmente, a los eunucos, y a las mujeres, de cuyo seno no germinó ningún fruto. Pues no porque los eunucos sufran la molestia de no poder ser por naturaleza padres, se les debe aumentar por la ley la molestia, sino que, antes bien, no se les debe prohibir que compensen de otro modo este defecto, a la manera que, mutilados otros miembros, que se requieren para las acciones naturales, como las manos y los pies, o si de otro cualquier miembro estuvieran privados los hombres, no se les prohíbe que de cualquier modo puedan compensar la mutilación.

Y tampoco es conforme a la razón castigar en cuanto a la adopción a las mujeres, porque no hayan sido madres. Porque ¿qué razón hay, para que a las que hayan sido privadas de hijos se les conceda el derecho de adquirir de nuevo hijos, y para que quiera que las que hayan estado privadas absolutamente de esta posesión vivan toda su vida en esta privación? Pues si la principal utilidad de los hijos es esta, que sustenten a los padres en la vejez, ¿por qué no sería conveniente conceder que éstas y aquéllas fuesen por igual partícipes del beneficio?

Pues de este modo, con la ayuda y el auxilio de los hijos es mas llevadera la pobreza para las que tienen débiles y reducidos bienes, y les es también conveniente la adopción a las que les favorecen la abundancia y las riquezas. Porque el que fue adoptado en lugar de hijo, sirviendo a su madre, y ejercitando diligentemente a favor de ella lo que es natural que haga un hijo, procurará que se conserven en su estado los bienes de ella, y habiendo com-partido con su madre la carga de los cuidados, hará que ella viva más tranquila y alegremente.

Y así, quitándoles nuestra imperial majestad su fuerza a las leyes que no permiten que adopten los que hemos dicho, divulga una ley, que a todos los que quieran adoptar, ya sea la que haya sido privada de marido, ya sea alguna a la que el sol no la hubiere visto todavía la madre, les da facultad para hacer esto, no solamente por razón de los beneficios que he dicho emanan de la adopción, sino también porque advierto que de este modo se cohonesta el decoro de la virginidad.

Porque las que ciertamente anteponen la virginidad al hábito conyugal, pero son mientras tanto aguijonadas por el deseo de hijos, cuando vieren que ellas pueden conseguir esto sin el hábito del matrimonio, no descuidarán la honestidad de la virginidad. Pues no es conveniente, que, porque a la mujer no se le permitió tener bajo su potestad a los hijos, no le sea lícito adoptar. En primer lugar ciertamente, porque si alguno admitiera esto, rechazará de la adopción no ya solo a las mujeres, que nunca parieron, sino también a las que fueron madres; porque la mujer, como dice, no puede tener bajo su potestad a sus hijos. Y en segundo lugar, la ley que dispone esto habla de los que separándose de sus madres no también de los que toleran de buen grado el imperio materno, y se propusieron obedecer toda su vida a los mandatos de las mismas.

No prohíbe, pues, la ley la obediencia y la sumisión voluntaria, cualquiera que sea y como quiera que se haga, sino que priva de la potestad a la mujer allí donde no concurre para la obediencia el asenso de la voluntad.

Porque si esto fuese así, ¿cómo muchas madres viudas tienen consigo a los hijos viviendo juntamente con ellas y a ellas sujetos hasta su último día, y al expirar su alma en brazos de ellos los dejan herederos de la bendición materna y de sus bienes?

Mas nuestra imperial majestad les concede benignamente a los súbditos también esto, que el que quiera adoptar pueda recibir, la facultad de hacerlo, no ya solo del Emperador, (como preceptuaron las antiguas leyes), sino también de cualquiera, a quien le hubiere sido encomendada la gobernación de cualquier localidad.

CONSTITUCIÓN XXVIII

EN QUÉ TIEMPO Y POR QUIÉNES SE LES DEBA CONCEDER A LOS ADULTOS LA ADMINISTRACIÓN DE SUS PROPIOS BIENES.

El mismo Emperador a STILIANO, excelentísimo Maestre de los sacros Oficios.

Puesto que a los legisladores les plugo acertadamente también esto, que de los menores huérfanos fuesen encargados tutores, que supliesen respecto de ellos el cuidado de los padres, cuidando ciertamente de la debilidad de la edad, y conservando ilesos con la conveniente solicitud los bienes, hemos juzgado que se debía añadir por nosotros lo que a la legislación le falta para que esté bien.

Así, pues, ¿cuál es aquel defecto? Que quiere que sólo mandándolo el Emperador se aparten de la administración de los bienes los curadores y, sea ella entregada a los menores, después que hubieren alcanzado el término de la edad, que para los varones lo concede el año vigésimo, y para las hembras el décimo octavo, y que, cuando hubieren llegado a esta edad, en la que pueden tener juicio y administrar recta y convenientemente sus bienes, sean puestos en la plena potestad de sus bienes. Mas como no acontece respecto a todos que del mismo modo tengan juicio, era menester que no se dispusiera así sencillamente, y que no fueran llevados todos igualmente solo por virtud de la edad a la administración de sus propios bienes, sino que, al tiempo en que se pide, se investigue el estado de los que hubiesen de encargarse de la administración de sus propios bienes. Porque ¿que se dirá? Si este ciertamente, aun después que haya salido de esta edad, no hubiere comenzado todavía a tener suficiente juicio, ¿será juzgado digno de la administración, y aquel, aunque sea de edad inferior a ésta, si no estuviera falto de prudencia, para que convenientemente pueda encargarse de administrar sus bienes, habrá de ser rechazado de la administración?

Así, pues, como los hombres difieren entre si no menos por el espíritu que por el cuerpo, u unos tienen bien constituida su razón antes del término legal, pero en otros, aún habiendo pasado de él, no está sentado todavía el juicio, resultó, porque así lo quería esta ley, que ella misma fuese defectuosa.

Y aun hay otros inconvenientes; en primer lugar ciertamente, que no es fácil, más aun, que en absoluto no se puede hacer, que la voluntad del legislador alcance a todos. Porque ¿cómo los que están separados por grandes espacios de tierra y de mar, (omitiendo otras dificultades de la vida, enfermedades, miedo a las acechanzas de enemigos, y mutilaciones de miembros, que con frecuencia no permiten ciertamente salir del mismo lugar del domicilio, mucho menos emprender un largo viaje),

cómo, repito, los adolescentes, que estén impedidos por estas y otras seiscientas cosas que afectan a la vida de los mortales, recibirán por disposición de un solo Emperador la administración de sus propias cosas?

Supliendo, pues, según antes hemos dicho, lo que faltaba a la legislación, mandamos, que a los púberos, que ya pasaron el tiempo de la edad imperfecta, esto es, los varones ciertamente a los veinte años, y las mujeres a los dieciocho, y tienen inteligencia adecuada para administrar los bienes, y prudencia suficiente por la que, refrenada su administración, no perjudique a los bienes, y no parezca que aquella les fue concedida perjudicialmente, se les dé autoridad sobre sus propios bienes, y así, recíbanlos los que son tales, y gobiernen lo suyo.

Mas no los percibirán aquellos a quienes falta todavía juicio para administrar bien sus bienes, y que por lo mismo habrían de ser perjudiciales para sí mismos, (como los que debiendo gobernar son gobernados por el imperio de su imprudencia), aunque hubieren pasado de este tiempo. Porque si aun no ha llegado el fin que se había propuesto, de que los bienes fuesen bien administrados, ¿por qué razón, aunque la edad haya llegado, se les encomendarán con seguridad a los mismos las cosas que por su cuidado no serán bien administradas? Y así, a los que son idóneos para estar al frente de sus bienes no se les prohibirá esto, aunque todavía no hayan llegado al tiempo de la administración.

Porque es una sola cosa la que se persigue, que no se arruinen los bienes, y, no sucediendo esto, es superfluo esperar a la edad. Y no solamente el imperio concederá la procuración y administración de los propios bienes, sino también aquellos a quienes en cada localidad les correspondiere la magistratura y les sea lícito juzgar libremente. Porque así la disposición del legislador será útil para todos los que la necesitan, y la ley mostrará más bien su fuerza.

CONSTITUCIÓN XXIX

DE QUE EL PARTO DE UNA ESCLAVA DADO A LUZ EN PODER DE OTRO CORRESPONDA AL DUEÑO DE LA MISMA.

EL mismo Emperador al mismo STILIANO.

Así como sabemos que es verdadero y recto el lenguaje que no hace ostentación de ninguna perversidad de mentira, así también que es verdadera ley, la que

no se halla que esté pervertida por iniquidad, de suerte que, si alguna no guardara este requisito, esta no es ley, aunque haya sido considerada digna de esta denominación, porque, si es propio de la ley dar a cada cual lo suyo, ¿cómo será ley la que no lo da?

Y se ve ciertamente que incurren en esto también otras llamadas leyes, pero no menos la que manda que el parto de una esclava, que no parió en poder de su señor, sino substraída por hurto o de otro modo en poder de otro cualquiera, no vaya, después que se conoció el delito, juntamente con la madre a poder de su dueño, sino que sea retenido por el que consta que fue señor de una esclava ajena.

Y así, como pareció que esto no se hallaba bien dispuesto, habiéndonos dignado nosotros ponerle conveniente remedio, mandamos que su parto siga a la madre.

Pues no porque el ladrón retiene lo que la ley dispone que se debe dar al dueño, debe por ello ser también éste privado ciertamente del parto de su propia esclava, y lucrarse otro con él. Porque le es suficiente para lucro haberla utilizado para su servicio. Pero dicen: mas si la hubiere adquirido habiendo pagado precio por ella, es menester que lucre también alguna cosa por el precio, y por lo tanto no es absurdo que el parto quede en poder del mismo.

Mas si alguien juzga recto esto para retener el feto, ¿cómo no juzgará mas recto, para que deba seguir a la madre, que por el dueño anterior se alegue el precio pagado antes? Y aun ¿cómo no es mas conveniente que el que sufrió una pérdida, y por ella sintió dolores en el corazón, experimente alivio con la ganancia, que no que ésta la tenga el que ademas de no haber perdido nada, (porque es lícito que recobre el precio del que a él mismo le vendió la esclava substraída por hurto), se lucró con cuantos servicios le prestó?

Así, pues, de ningún modo sea retenido, según hemos dicho, el parto, sino tenga el dueño anterior, de la misma manera que a la madre, también al hijo. Mas ya si fuera rico el que cometió el hurto, y, devolviendo el precio que recibió malamente, no quedara nada más del negocio, ya si hubiera muerto, o viviera ciertamente, pero fuese insolvente para el pago de lo que la ley exige a los ladrones, también así es más justo que al que perdió la esclava se le indemnice su pérdida con la restitución del hijo juntamente con la madre.

CONSTITUCIÓN XXX

DE LA MUJER QUE VIVIENDO SU MARIDO CONTRAE MATRIMONIO CON OTRO VARÓN.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Así como, si se ve que las leyes no son útiles para la república, las transforma necesariamente en otras mejores la justa previsión de la república, así también es obligación de esta previsión separar las leyes bien establecidas, y que en nada contristan a los súbditos, de las mal establecidas y que los contristan, y preferir aquellas, cuando sobre una misma cosa estatuyen dos leyes que pugnan entre sí. Porque ¿cómo sería de razón, que ciertamente los duques y los prefectos fueran elegidos como mejores de los peores, y que sean preferidos los que se juzgan que en el gobierno todo lo harán en utilidad de los súbditos, aunque ellos no gobernaran perpetuamente, pero que de las leyes, por las que, mientras subsiste la república, se da la gobernación, sean aplicadas a la gobernación no las más excelentes, sino las de peor nota, y las que desde un principio convenía no haber conocido?

Mas ¿para qué ha sido dicho esto por nosotros? Aquel Justiniano, cuya diadema decoró además de la piedad también la solicitud por los súbditos, habiendo dado antes una disposición respecto a la disolución de los matrimonios, para que, si la mujer, viviendo su marido, tratara de contraer matrimonio con otro, no sea lícito que ella se una ya, al mismo como, miembro de él, sino que como insidiosa sea separada del mismo, después, contradiciéndose él a sí mismo, no permitió que el matrimonio se disolviera por esta causa. Y así, entendiendo nosotros que es útil para la vida humana la primera voluntad de aquel hombre, como la que está robustecida por lo mismo que estableció, y pone coto a las acechanzas contra los matrimonios, mandamos que por ley promulgada sea observada ella en la república, y no permitimos que la que cantada la palinodia publicó halle lugar en el teatro de nuestra república.

Así, pues, si se hallara que alguna, viviendo todavía su marido, habló con otro de matrimonio, como si ella misma se hubiere separado con su nefando propósito, sea separada de aquél con la disolución del matrimonio, y sea ciertamente sometida también a las penas pecuniarias a que están sujetas las que de otros modos son separadas de sus maridos. Porque la que en la unión del matrimonio se juntó ciertamente en una sola carne con su marido, pero no se dio por satisfecha, sino que causó afrenta al Creedor que la unió, ya mirando a otro, ya si tiene ánimo hostil

contra su marido, ¿cómo no será ésta repudiada con justicia, cuando antes se separó por completo ella misma de la unión? Y verdaderamente, cuando la mujer apartando con protervo propósito sus ojos de su propio miembro arde en deseos de mirar a otro, ¿qué señales parecerán más ciertas de su ánimo hostil contra su marido?

CONSTITUCIÓN XXXI

DE QUE LA MUJER QUE ABORTA POR ODIO A SU MARIDO PUEDA SER REPUDIADA POR ÉL.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

El que creó al hombre de la tierra, habiendo transformado en mujer una costilla del mismo, le unió a él una auxiliar formada de sus mismos miembros, para que ciertamente, conociendo ella la causa de su creación, aprenda de este modo por qué ley conservará benevolencia y amor puro hacia su cónyuge. Así, pues, la que está así animada y le conserva su benevolencia al marido, es realmente auxiliar, y no defrauda la promesa del Creador, pero la que es de diverso ánimo, se conoce que ya ni es esto, ni es carne de su carne o miembro de él, aunque el matrimonio se haya esforzado para juntarla en unidad con su marido.

Por esto, como respecto a la mujer que abortando de intento por razón de enemistades que tiene con su marido, y no dando a la luz de la vida el feto, mata el fruto del germen del mismo, se promulgaron dos leyes, una de las que manda que el marido que sufre la injuria la repudie, pero la otra no lo permite, asintiendo nosotros a la ley que aconseja el divorcio, como mucho mas útil, le concedemos autoridad. Porque me parece absurdo y del todo injusto, que la que cobró odio tan manifiesto contra su marido, que hace perder el germen del mismo, (pues omito las acechanzas que puso a la común naturaleza), cohabite con él.

Pues si a los que causan daño a alguna otra obra les tenemos aversión como a enemigos, ¿cómo el mismo perjudicado podrá tener junto a si como suya, y no la rechazará como insidiosa y enemiga, a la que causó gravísimo daño a la obra de la procreación de los hijos, sumamente necesaria y muy excelente? ¿Qué otra señal mas evidente requerirás además para conocer que la mujer es enemiga del marido? ¿Y cómo no es manifiesto que, porque siente contra él, priva al feto de su progreso hacia la vida?

Así, pues, tenga, según se ha dicho, observancia la ley que los separa, y tenga el marido facultad para separarse de la mujer, que haya sido descubierta en este delito. Porque si también a la que solamente se quedó fuera de la casa, o celebró convites con hombres con quienes no era conveniente, la ley la separa del enlace matrimonial, (cuando, sin embargo, en este caso no hay ningún testimonio tan evidente de odio contra el marido, y aun puede parecer que esto le haya sucedido sin injuria del matrimonio), ¿qué razón tendrá para no separar, si así le pareciera al marido, a la que ciertamente concibió tanto odio, y tan injustamente hubiere obrado contra el marido y la naturaleza, y para mandarle al mismo que tenga como mujer a la que pone acechanzas a su vida?

CONSTITUCIÓN XXXII

DE LOS ADÚLTEROS MANIFIESTAMENTE DESCUBIERTOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

El crimen del adulterio, si alguna otra cosa, exige grave y horrenda pena, y juzgo que no menor que la del homicidio. Porque muchísimas veces el homicida quita con su sanguinaria mano solamente la vida de uno, pero el malvado perpetrador del adulterio quita la vida a muchos, al marido, a los hijos, a los cognados, y a otros, echándolos por tierra a todos habiendo dilacerado con una sola herida el matrimonio. Mas como, castigándose en otro tiempo con la muerte este crimen, les pareció bien después a otros proferir sentencia más moderada, y nosotros ciertamente nos inclinamos siempre a lo más benigno, estatuimos asimismo la pena que aquellos establecieron, a saber, para que se les corte la nariz a aquellas dos detestables personas.

Y sea esta ciertamente la pena de este crimen. Pero como tampoco es conveniente que se deje sin consuelo de tan grande injuria al marido, tenga consuelo reteniendo la dote de la mujer, que injustamente violó los derechos del matrimonio. Y además, de ninguna manera se le permita a la mujer lanzarse a otras nupcias, ni que, como si recibiere premio por la amputación de la nariz, se mezcle libremente con los libidinosos, sino sea por el crimen cometido encerrada en un monasterio, donde con la contrición de su alma haga más llevadera para sí esta pena; y si arrastrada ciertamente por el deseo de la vida monástica la abrazare, divídanse entre si los hijos y el monasterio cualesquiera bienes de la misma, que fueron separados

de la dote, y si no sobrevivieran hijos, procedan en lugar de ellos a su división los padres, y, si aun de éstos careciera, los demás cognados. Mas si en hábito profano se fuera de esta vida, como quiera que tiene en absoluto la testamentifacción, distribúyanse, según ella hubiere determinado, sus riquezas o sean los bienes, que se hallen fuera de la dote.

CONSTITUCIÓN XXXIII

DE QUE A LAS MUJERES DE LOS CAUTIVOS NO LES SEA LÍCITO CASARSE CON OTROS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Si ciertamente hubiese sospechado que los que en otro tiempo manejaron las leyes tuvieron el propósito de no querer en absoluto que se corrigiesen sus cosas, aunque entre ellas hubiere algo que necesitase corrección, acaso no habría tomado esta determinación, de intentar corregir las leyes que no estuviesen bien establecidas. Porque aunque el tan indispensable cuidado relativo a los súbditos imponía necesariamente la corrección para que convenientemente fuesen gobernados, sin embargo, para que no pareciera que contristábamos a los primeros legisladores, nos habríamos contenido en este impulso. Mas como creo que no solamente no les habría de desagradar aun a ellos mismos, si viviesen, la determinación de los que intentan hacer correcciones, sino que aun habrían de dar gracias a los que juzgaran que se habían de hacer, (porque no publicaron las leyes por causa de gloria, sino cuidando de las conveniencias de la república), curemos, pues, con la ayuda de Dios, haciendo lo que conviene a la república, y lo que ni a los mismos antiguos legisladores desagradaría, mediante una más detenida inspección, las enfermedades de las leyes, así como con cierto medicamento Peonio.

Entre otras disposiciones que sancionaron respecto a los cautivos, parece que es de todo punto absurdo este capítulo, en el que estatuyeron sobre la disolución del matrimonio. Y dicen así y en estos términos: «Ya si el infortunio del cautiverio le sobrevenga al marido, permaneciendo la mujer en la ciudad, ya si a su vez llegara a cautiverio la mujer, y el marido permaneciese en la ciudad, una razón ciertamente estricta y sutil disuelve el matrimonio. Porque, una vez que la esclavitud le sobreviene al uno o a la otra, la desigualdad de la condición no consiente que subsista la igualdad, a que se atiende en las nupcias.

Pero nosotros, considerando más humanamente tales cosas, dejamos que permanezcan intactos los matrimonios mientras es cierto que vive o el marido o la mujer, y no pasarán a segundas nupcias ni los maridos, ni las mujeres, si no quisieran que parezca que esto lo hicieron con demasiada precipitación, e incurrir en las penas, él ciertamente en la de la exacción de la donación antenupcial, y ella, en la de dote.» De este modo, pues, pronunciaron éstos su sentencia sobre el matrimonio de los cautivos. Pero a nosotros nos parece, que ni es conforme con la razón la causa, que una razón estricta, como ellos dicen, y sutil suministra, ni es sincera la humanidad, que da la facultad de disolver el matrimonio, al mismo tiempo que sujeta a daño a los mismos. Porque si, como dicen, la desigualdad de condición no permite que subsista el matrimonio, ¿cómo, si el cautivo volviera a la libertad, volviendo a su igualdad la condición después de la disolución del matrimonio, y viviendo ambos en libertad, no volverá a su igualdad el matrimonio? ¿Y qué sincera humanidad es la que intenta inferir un daño con la separación de miembros ciertamente muy amigos, y resarcir el daño con la substitución de otros bienes? Mas ¿cómo, si se tasan en ínfima estimación los mismos bienes de los cautivos, estando íntegro el derecho de los mismos, no es durísimo que ellos corran riesgo en cuanto a la parte más principal, (ciertamente la conservación de su propio miembro), y, al derecho sobre sus propios bienes, y que haya de causarse inmenso daño, si a la otra parte le viniera a la mente desatender a su propio miembro? ¿Qué es, pues, lo que digo? Que si, hallándose constituida en cautiverio una parte, la otra, que quedó libre de cautiverio, tendiere a casarse con otro, y volviera la que se halló retenida en el cautiverio, le sea lícito, si quisiera, recobrar su miembro, y de ninguna manera se altere el anterior matrimonio, porque se haya unido a otro.

Porque si a algunos les pareciera que no debe disolverse el matrimonio celebrado después con otro, ¿cómo no habría de ser mas equitativo, si el primer lazo del matrimonio volviera a su primer estado? Y si, porque se haya hecho unión con otra parte, alguien no permitiera que ésta fuese separada, ¿cómo no habrá de ser conforme a razón que lo que fue arrancado de su propia parte sea restituido a su propio lugar? Pero dicen: Mas cede en lucro a los cautivos la compensación de la exacción que por razón de la temeridad en contraer las nupcias se introdujo. Pero era mejor que este razonamiento ni siquiera hubiera salido de los labios, ni les hubiese ciertamente acudido a la mente a sus autores. Porque ¿cómo el que por dinero cambia su propio miembro no sufrirá con la extrema infelicidad de la mente y con la penuria?

Así, pues, mandamos, que de ninguna manera proceda en lo sucesivo la parte, que permaneció exenta de cautiverio, a unirse con otro, sino que, cualquiera que sea el tiempo que la otra fuere retenida en la miseria del cautiverio, la espere, aunque de allí no reciba ninguna indicación escrita, ni no escrita.

Mas si contra esta ley quisieran algunos desligarse del primero para el vínculo de otro matrimonio, y esto no se hiciera conforme a la formalidad expuesta en la Novela centésima décima séptima relativa a las mujeres de los que están en una expedición, tengan entendido que habrán de quedar sujetos a las penas establecidas en dicha consti-tución, concediéndose, por supuesto, facultad, según hemos dicho, si el oprimido por los infortunios del cautiverio se librase de ellos, para que recobre, si quiere, su miembro.

CONSTITUCIÓN XXXIV

DEL TUTOR QUE CORROMPE A SU PUPILA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Es grave cosa, si los que habiendo sido consi-derados ya dignos de alguna confianza por los que de ellos mismos habían formado tal opinión, parecieran, en vez de buenos y fiados, enemigos y pérfidos. Mas es tanto más grave el delito de aquellos en quienes recae el cuidado de pupilos, si, debiendo mirar por la salvación de los pupilos, fueran pervertidores de los mismos, cuanto mayor confianza se tuvo en ellos por los que los nombraron para esto. Porque es sabido, que el padre hubo de estar persuadido de que los hijos, que deja de edad pupilar, experimentarían paternal patrocinio por parte de aquel a quien se le encomendó la tutela.

Así, pues, perfectamente hicieron nuestros antepasados, quienes castigaron al que se halló que en lugar de padre y de conservador fue corruptor de la pupila; pues lo sujetan a la deportación, y lo castigan con la privación de los bienes.

Pero en un caso de decoro no guardaron lo decoroso, ni parece que por la doncella a quien se infirió injuria y que sufrió graves cosas tomaron el cuidado debido para socorrer su infortunio, al disponer que los bienes del corruptor fuesen aplicados al fisco, sin advertir que de aquí resultaría que se estimaría que querían castigar ciertamente la injuria, pero que no lograba su propósito.

Porque ¿dónde está la venganza de la injuria, cuando al que se infirió la injuria no se le resarce el daño causado con la injuria, ni él se libra con auxilio de la ley de la desgracia por que está afectado? ¿Y qué liberación de su desgracia tiene la doncella, cuando no solamente no halla compensación de su infortunio, sino que ve con el progreso de su edad que también se adquirió lucro por su deshonra e infamia?

Así, pues, para purgar a la ley de la censura que, como lodo, se echó sobre ella, derogamos que los bienes del corruptor sean aplicados al fisco, pero mandamos que vayan allí donde el dueño de los mismos hubiere llevado la injuria y el infortunio.

CONSTITUCIÓN XXXV

DE LA PENA DEL RAPTOR DE UNA VIRGEN, Y DE LA DE LOS QUE HUBIEREN ASISTIDO AL RAPTO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

No para subvertir la ley eclesiástica, ni para hacer simplemente chocar con ella la civil, proferimos esta disposición sobre el rapto de vírgenes; mas después que, como habiendo investigado cierta vía favorable a las cosas humanas, hemos conocido que este mal casi se insolentaba por la conmiseración de la ley sagrada, pero que se extinguía por la austeridad de la ley civil, nos hemos inclinado a la disposición por la que más auxilio tuviese el estado de las cosas. Porque quiere ciertamente la ley civil, que no solamente el que mediante rapto y violencia estupró a una virgen ingenua sea condenado a muerte, y que ademas de la pena de muerte sea también privado de los bienes, cuando fueron corrompidas ingenuas, sino que sufran la misma pena y multa también los que fueron auxiliares para el delito, y que esto se haga así, aunque queriendo se haya entregado la misma mujer al raptor.

Y aun castiga con la deportación a su padre, si hubiere sido sabedor del hecho, y no solamente entonces, sino que también, si, no habiendo sido sabedor del caso al tiempo en que se cometía el rapto, conociera poco después la violación de su hija, y le remitiera al reo el juicio, o aprobara tal matrimonio, sufre la deportación como pena de su incuria. Y esto ciertamente les plugo a los antiguos.

Mas nuestro padre, de sempiterna memoria, dirigiendo sus ojos no solamente al rapto de una mujer, sino también a otras cosas, que de aquí se siguen, acomodó a ellas su resolución, y mandó, que, si el rapto hubiera sido cometido con armas, o con espadas, o con algunas otras de muerte, que no sea la espada, sea el raptor castigado con la espada, como quiera que el que para tal hecho fue con armas no está exento de homicidio, pero que los que hubieren prestado auxilio, o hubieren sido cómplices, o hubieren acogido a los perpetradores del hecho, sean castigados con azotes, y con la tonsura al rape; mas cuando no se hayan empleado armas para la violencia, la sentencia no requiera la muerte, porque ciertamente que entonces no habría habido

lugar a homicidio, pero tema el autor del rapto la amputación de una mano, y los que hayan prestado ayuda, o tenido de otro modo participación, sufran las penas de azotes, de tonsura y de deportación. Y ésta ciertamente es la reseña de la pena corporal, mas por lo que atañe a la pecuniaria, se permite que no se separe de la primitiva legislación, y que conserve el efecto de ésta. Y esto, a la verdad, dispuso nuestro padre; y tomando nosotros la reso-lución de aprobarlo, confirmamos aquella legis-lación con autoridad y eficacia así para el presente como para lo futuro.

CONSTITUCIÓN XXXVI

DE QUE SEA HEREDERO EL HIJO DE UN CAUTIVO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Si las leyes son los sustentáculos y fundamentos de la república, ciertamente que si ella quisiera estar a seguro es menester que las leyes conserven su sanidad. Mas ¿qué otra cosa dirá alguien que es la sanidad de la ley, sino la equidad? Y así, dirigiendo siempre a esta nuestras meditaciones, para que sean justas las leyes que gobiernan nuestra república, y advirtiendo también que aquella ley, que no quiere que el que nació de dos cautivos se haga heredero de los bienes del padre, que permanece en poder de los enemigos, corre riesgo de estar privada de la sanidad de las leyes, que es la equidad, hemos querido transformarla en ley sana. Porque no es difícil conocer lo que estatuye sin justicia.

Pues ¿qué fuerza tiene la naturaleza de los lugares para adscribirle la herencia al hijo? Y no objete nadie esto, que siendo el padre esclavo, el hijo estará desheredado por causa de la condición servil. Porque, ¿cómo la ley civil, que, si hubiese acontecido que el cautivo se libra, lo reconocería como libre, no permitirá que sea heredero el hijo nacido de este libre, sino que le dará la administración de los bienes al esclavo que está en poder de los enemigos? ¿Y a quién juzgara cualquiera que se defieren los bienes cautivo? ¿Acaso a los cognados? ¿Mas cómo oponiéndoseles la esclavitud no les cierra el paso a la herencia? ¿O cómo no será mucho antes lícito que sean herederos aquellos a quienes se les permitió? ¿Pero se le darán al fisco? ¿Y cómo no es esta manifiesta injusticia? Porque si es conforme a razón, que los hijos de los cautivos disfruten auxilio de lo público, ¿cómo no es evidente injusticia, que el hijo del cautivo sea privado de los bienes, y que éstos sean atribuidos al fisco?

Mas si también muchas veces, cuando algunos padres abusaron gravemente de su conciencia, y fueron por ello sometidos a penas y separados severamente del número de los vivos, no se les prohíbe por la ley a los hijos que sean dueños de los bienes de aquellos, ¿qué razón hay por la cual, cuando distingue a los padres un piadoso propósito, (y muchas veces también la sangre vertida en testimonio de fidelidad hizo que el eximio ánimo de los mismos sirviese también de milagro aun para los mismos impíos), no se les permita a los hijos que sean dueños de los bienes de los mismos? Así, pues, de ninguna manera le parece a nuestra potestad que es sana aquella constitución.

Por lo cual, mandamos, que en lo sucesivo, ya si el hijo salió a la luz cuando los padres estuviesen envueltos en las tinieblas del cautiverio, ya si también la madre lo hubiere parido en el esplendor de la libertad, sea heredero de los bienes de sus padres, ya si a ambos padres les aconteciera quedar libres de los lazos del cautiverio, ya si no, ora cuando uno de ellos haya alcanzado la libertad, y el otro acabara su vida en los lazos de su calamidad, ora si ambos padres muriesen en el cautiverio, a no ser que haciendo testamento previniera la muerte. Porque entonces serán herederos los que el testador hubiere querido, conservándosele al hijo el legítimo subsidio de la tercera parte.

CONSTITUCIÓN XXXVII

DE QUE EL MANUMITIDO EN EL TESTAMENTO DE SU SEÑOR PUEDA TESTAR, SI IGNORASE QUE AQUÉL HABÍA FALLECIDO Y QUE HABÍA SIDO ADIDA SU HERENCIA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Faltándole también a la presente ley su pleno complemento, le damos decorosa forma con la adición de lo que le falta. Y dice respecto al esclavo, que, si habiendo dispuesto su señor en su testamento que fuera libre, lo ignora, y obtiene por esto la libertad por razones inciertas, de ningún modo sea ciertamente privado mientras tanto de la libertad por razón de su ignorancia, sino que viva con la libertad; pero que para testar como libre no tiene él mismo potestad, como si ella, a la verdad, se arrepintiera de que perpetuamente le competiese al mismo la libertad que le dio. Y no teniendo él facultad para testar de sus bienes como libre, ¿acaso no lo vuelve a su primitiva esclavitud?

Así, pues, nosotros decimos, que después que la ley concedió el grado y estado libres para la vida, ella había de conceder también lo demás que acompaña a la libertad. Porque si era conveniente prohibir que él mismo hiciera las cosas que les son lícitas a los hombres libres, ¿por que no le prohibió la libertad? Pero juzgándolo digno de ellas, ¿por qué no lo considerará digno también de estas acciones, que competen propiamente a la dignidad de la libertad?

Sea, pues, verdaderamente libre aquel a quien se le donó la libertad, y teste de cualesquiera bienes ciertos que le dio la voluntad de su señor, del modo que le haya parecido bien testar. Porque no es decente que el que manifiestamente recibió la dignidad de la libertad sea perjudicado con ignominia por incierta sospecha, y sea excluido de testar.

CONSTITUCIÓN XXXVIII

DE QUE LOS ESCLAVOS DEL EMPERADOR PUEDAN DISPONER COMO QUIERAN DE SUS PROPIOS BIENES.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Aunque esto haga ostentación de cierto hermoso pretexto, a saber, de una disposición legal, me parece que también está lleno de odiosidad; me refiero que a los esclavos no se les permite testar de sus propios bienes, sino que las manos de un señor cualquiera recogen lo que con su trabajo y acaso con arduas molestias hubieren adquirido.

Y verdaderamente me admiro de cómo al ser dada en un principio la ley no puso en esto ninguna moderación ni equidad.

Mas los autores de esta ley, y la misma ley, sean aprobados, según lo comporte la voluntad de cada cual, por otros; pero yo no daré de ningún modo lugar a aquellas cosas, ni dejaré que en cuanto a mis esclavos tenga observancia aquel decreto, sino que les doy a los mismos plena potestad para administrar sus bienes.

Así, pues, desde este tiempo y por toda la ulterior vida sean los esclavos del Emperador verdaderamente dueños de sus propios bienes, de suerte que no sean privados de la libertad de disponer de sus bienes del modo que quisieren, ya mientras vivan, ya al dejar la vida, no siendo despojados, por razón de su esclavitud, del dominio de los bienes de que fueron dueños.

Sea, pues, ciertamente innovada y tenga validez esta ley respecto a los esclavos del Emperador, pero siéndoles lícito a los magistrados y al demás pueblo de la ciudad atenerse a la antigua ley relativa a los bienes de los esclavos, si no quisieran acomodar su voluntad a esta resolución nuestra.

CONSTITUCIÓN XXXIX

DE QUE EL PRÓDIGO PUEDA HACER LO QUE CORRESPONDA A COSA DEL MISMO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Ningún mortal llega a tal perfección, que nunca administre inconvenientemente sus cosas, ni creo que nadie sea de tan infeliz ánimo, que no pueda con frecuencia ser útil para sí. Porque ni Dios deja que todo lo haga irreprensiblemente el que para todo fía en su prudencia, ni tampoco deja él mismo, siendo creador y curador de su propia criatura, que falto de inteligencia se engañe en todo por ignorancia. He dicho esto por causa de aquella ley que de todos modos prohíbe que el pródigo quiera o disponga alguna cosa en lo suyo, aunque debía, dirigiendo la vista a las cosas hechas, determinar según la razón de ellas, mas no tan simplemente, y si, a la verdad, se hubiera hecho algo inútilmente, no admitirlo, pero si con utilidad, aceptarlo; mas en la actualidad no prescribe nada semejante, sino que en general le quita al pródigo la potestad de mirar por sus cosas.

Opinando nosotros que esto no concuerda con un recto juicio, estatuimos, dividiendo aquella ley, que las cosas que dicte un juicio erróneo, y el, cual designe a un pródigo, no sean consideradas dignas de aprobación, ni de confirmación, pero que sean aceptadas, y no reprobadas, las que tengan por mira la utilidad.

Mas ¿qué se dirá, si el pródigo quisiera dejar su herencia a los suyos, o distribuir sus cosas entre los pobres, o quitar de la cerviz de sus esclavos la pesada carga de la esclavitud? ¿Acaso no le será lícito querer esto, porque es pródigo?

Pero ¿qué, si teniendo él un predio perjudicial, y otro cualquiera, que pudiese remediar el daño, y pretendiera la posesión de aquel, quisiese resarcirle el daño entregándole al mismo mayor precio de cuanto importe el predio, impedirá acaso la prodigalidad que él procure por si mismo, y que se negocie útilmente? Más no veo la razón.

Así, pues, obsérvese, según he dicho, la condición de las cosas hechas, y si verdaderamente no se vieran en ella costumbres de pródigo, sean válidas, pero, si apareciera que se apartó de la prudente gestión de las cosas, no sean consideradas dignas de aprobación, no de confirmación.

CONSTITUCIÓN XL

DE QUE LOS CAUTIVOS TENGAN LA TESTAMENTIFACCIÓN.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Habiendo los que en otro tiempo consagraron su trabajo a la promulgación de las leyes publicado muchas disposiciones para regular convenientemente las cosas humanas, y habiendo dejado testi-monio suficiente de su humanidad, a saber, las leyes, con arreglo a las que se ordena bien la república, no se por qué razón el tratado de los cautivos, a los cuales no les conceden potestad para disponer de sus bienes, no respondería igualmente a la humanidad de los mismos en los demás. Porque ciertamente que lo que sobre los testamentos de los mismos comprende la legislación, se halla establecido con mucha humanidad.

Pues lo que dispusieron, que a veces, cuando hubiese escasez de testigos, fuese sellado el testamento aun por menor número de testigos, y que en muchos casos serían considerados validos los testamentos aun sin haberse presentado en ellos ningunos testigos, como se dispuso respecto a los que mueren en el campo de batalla, es ciertamente grande testimonio de humanidad; mas la legislación relativa a los cautivos no parece congruente con lo dicho, ni nacida de la misma humanidad. Pues al no permitirles disponer de sus bienes, no solamente decretaron respecto a los mismos alguna cosa no benigna, sino que también mantienen de otro modo el mismo cautiverio.

Porque ¿de qué manera no los vuelven de nuevo al cautiverio? ¿O cómo no se les aumenta el mal y una tristeza que carece de consuelo, y no sale de esta vida el cautivo llevando en el corazón una espina mas penosa que la muerte, no solamente cuando acaba su vida en el cautiverio, sino también si sabe que tiene entre sus paisanos algunos bienes suyos, pero no tiene potestad para disponer de ellos, sino que es excluido de sus propios bienes, como si fueran ajenos, y es rechazado de disponer de lo que adquirió con su trabajo, y por lo que habiendo corrido riesgo cayó en el infortunio de los cautivos?

¿Y cómo, si el cautivo tiene algunos parientes, o hijos, o mujer, o hermana, u otros a quienes llama la ley a la herencia del mismo, todos ellos, dirigiendo igualmente los ojos a la herencia, que habrá de serles deferida abintestato, no prescindirán con esta esperanza del cuidado de librar al cognado de los mismos, cautivo? Conocemos, a la verdad, las cosas humanas, de suerte que muy pocos conservan el verdadero amor, y por gracia de sólo éste se excita el ánimo de pocos a prestar ayuda a los que son presa de una calamidad, y los más proceden a llevarles auxilio a los necesitados con la esperanza de alcanzar alguna remuneración.

Y así, ¿por qué se tomará cuidado por los cautivos algún cognado o amigo? Si, pues, verdaderamente tuviesen los mismos la facultad de disponer de sus propios bienes, algunos, juzgando que su trabajo no habría de resultarles sin lucro, lo echarían sobre sí sin pereza. Porque acaso pensarían, o que, si el conato de los mismos fuese llevado a término, y los cautivos consiguieran la libertad, ellos recibirán algún donativo por su trabajo, o que, aun cuando anticipándose la muerte al término del conato quitase de en medio al cautivo, éste habría de honrar en su testamento al que de él hubiese cuidado con mayor porción que a aquellos que al mismo lo hubiesen desatendido.

Pues no juzgarían que él habría de ser olvidadizo, ni que no habría de estimar en nada los trabajos. Así, pues, por esta razón sucedería, según he dicho, que algunos se encargarían no sin diligencia del cuidado de libertar a los cautivos. Mas en la actualidad, como a éstos se les prohíba ciertamente testar, y aquellos vayan a los bienes como herederos abintestato, no sé si se hallaría alguno que para la liberación se tomara trabajos.

Porque la esperanza de la sucesión abintestato, y el temor de trabajar en balde, si acaso la muerte se anticipara a la liberación, y arrancara de la vida humana al cautivo, hacen a los hombres más remisos, (por no decir completamente faltos de voluntad), para acometer esto. Lo que ciertamente no sucedería ya, si la ley no invalidara los testamentos de aquéllos. Pero si ya los bienes propios son el precio de un alma que haya de ser redimida, ¿cómo no sufrirán también en esto los cautivos injuria sumamente grave, por cuanto, no dejándoseles por la ley disponer de sus bienes, si quisieran, no podrían gastar en favor de sus almas nada de sus propios bienes?

Además de esto, se halla, a la verdad, por ello absurdamente dispuesto lo que se refiere a la libertad, y es extremadamente absurdo, que, en tanto que no se les da a los cautivos la facultad de testar, con frecuencia aquellos que fueron muy enemigos, y a los que ellos mismos, si vivieran, ni habrían cierta-mente soportado mirar, quedan dueños de los bienes de ellos, ¿y que cosa podría ser más torpe que ésta?

Así, pues, hallándose esto de tal modo, le pareció a nuestra majestad que no debía ser desatendido, y a la manera como en otras cosas hemos obrado solícitamente, según las fuerzas que nos fueron dadas por la divinidad, para que nuestra república fuese bien gobernada, así también hemos decretado corregir, mejorándolo, el tratado relativo a los cautivos.

Mandamos, por lo tanto, que en lo sucesivo los cautivos no estén de ningún modo sujetos a la ley que los excluye de testar, sino que les sea lícito, si pudiera ser, estando presentes cinco, o por lo menos tres testigos, o consignar por escrito su última voluntad, o declararla sin escrito, de tal suerte que los llamados para dar testimonio afirmen con juramento que en realidad es aquella la voluntad del difunto, ya, si existiendo hijos, los dejara herederos de sus bienes, ya, si no teniendo hijos, introdujera a otros en la herencia.

Porque no juzgamos justo, que los que por igual son partícipes del nombre común de la república, no sean honrados por la ley con igual derecho, puesto que se estima que son de la misma gente, sino que ciertamente los que están libres de la esclavitud tengan potestad para disponer de sus bienes, según les haya parecido, y aquellos no como si hubieren cometido culpa, porque luchando por los de su gente hubieren caído en la calamidad del cautiverio.

Mas si alguno de los cautivos, o por espontaneidad suya, o arrastrado por violencia de aquellos en cuya potestad está, acogiera esto en su ánimo, mandar que sus bienes pasen a los enemigos, no sea de ningún modo válida en este caso la resolución del mismo, sino que, como si no hubiera sido hecho según conviene a la república Cristiana, sea invalidado el testamento. Y quede esto, a la verdad, sancionado en cuanto a los que con su testamento previnieren el fin de su vida. Mas si a uno le hubiere sobrevenido el último día de su vida, e intestado hubiera sido quitado de en medio, existiendo ciertamente algunos ascendientes o descendientes, a quienes pertenezca la herencia, pasarán a éstos los bienes; pero si no sobrevivieran ningunos, a quienes corresponda la sucesión de los bienes del difunto cautivo, (quiero decir, a quienes la familia del difunto no reconoce como ascendientes, ni como descendientes), mandamos que en primer lugar se considere si les debía a algunos, y que deducidas las deudas se divida lo restante en dos partes, de un tercio y de dos tercios, y se separe el tercio ciertamente para invertirlo por el alma, y la otra parte sea destinada al fisco real, pero sin los esclavos; porque queremos que todos éstos sean honrados con la libertad, a no ser que no se puedan pagar las deudas.

Y queremos que se guarde la misma forma para disponer de los bienes, cuando no hubiere ninguna deuda, y el retenido en cautiverio hubiere fallecido, según se ha dicho, sin herederos.

Así, pues, ha sido expuesta por medio de esta sacra ley la corrección que de la legislación, que contristaba a los cautivos, nos vino a la mente. Mas haga conocer tu magnificencia a los súbditos esta disposición, para que siendo conocida, todos, aun aquellos a quienes retiene el cautiverio, dispongan de sus bienes del modo que quieran.

CONSTITUCIÓN XLI

DE QUE PARA LA FE DE LOS TESTAMENTOS BASTEN EN LAS CIUDADES CINCO TESTIGOS, Y TRES EN VIAJES Y EN EL CAMPO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Ciertamente es menester que en todos loa negocios de la vida humana, que requieren la fe de testigos, se preste por ellos fuerza, pero principalísimamente necesitan de tal corroboración las disposiciones que se ordenan en contemplación al último día de nuestra vida. Porque no hay ningún otro modo que les dé convenientemente derecho a las mismas, si a ellas no se les prestara fuerza por los testigos.

Y así era conveniente, que, cuanto más necesario es que sean firmes los otorgamientos de las disposiciones de los hombres que se van de esta vida, con tanta más razón sean afianzados los mismos por testimonios. Mas como vemos que con frecuencia se reducen las cosas al modo posible, a causa de la penuria de lo que más estrictamente se requiere, (porque, no dándose facultad de obrar con escrupulosidad, se debe obrar como se pueda hacer), nos ha parecido que no era ajeno a nuestra providencia determinar también, respecto al número de testigos, cuántos deban asistir a los testamentos.

Y ciertamente que también a nuestro padre, de sempiterna memoria, le vino a la mente determinar esto, pero no parecía que lo que estableció se hallara enteramente bien. Porque habiendo dispuesto uno de los anteriores legisladores que se debían asociar siete testigos, y otro que cinco, (siete ciertamente en las ciudades, donde, a la verdad, a causa de la multitud de hombres no han de faltar seguramente testigos, mas en los campos y de viaje cinco, porque allí hay de ordinario escasez de hombres fidedignos), y hallándose esto así establecido respecto a ellos, nuestro padre, despreciando el número mayor, atribuyó fuerza a los testamentos por medio de cinco testigos del mismo modo en las ciudades, y en los campos y en viaje, y

esto, (a mi juicio), porque consideró cuanta escasez de virtud hay ahora en la vida humana; pero, (según se ha dicho), no se apoya aquella resolución en muy exacta razón. Pues acaso diga alguien que no se debió atribuir igual número, sino que se debió reducir más el testimonio que se emplea en los campos y en viaje. Así, pues, nosotros juzgando que no es de desatender lo que él descuidó, mandamos que en las ciudades sea admitido ciertamente el testamento afianzado por cinco testigos, pero que en viaje, y en los campos, y en otros lugares deshabitados, se pueda recibir la confirmación aun de tres testigos.

CONSTITUCIÓN XLII

DE QUE EL SUFICIENTE NÚMERO DE TESTIGOS HAGA VÁLIDO EL TESTAMENTO, AUNQUE ÉSTE NO TENGA NI LAS FIRMAS NI LOS SELLOS DE AQUELLOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Parece que la obscuridad que muchas veces reside en las palabras hace peligrar gravemente los negocios, pues como cierta nube extendida quita al espíritu la facultad de entender, y aparta de la recta administración de las cosas. Y así, como hemos visto que esta nube de obscuridad se halla extendida en las constituciones que tratan de los testamentos, y que causan no pequeño daño a las cosas, hemos determinado que sería bueno revisarlas, y definir en ley no ambigua, ni que pueda ser diversamente entendida, cómo es menester que se confirmen, o no, los testamentos.

Porque ya los que antes que nosotros trataron de los testamentos los dividieron en dos clases; y dijeron que unos ciertamente se hacían por escrito, y otros sin escrito, y añadieron el modo como ambos testamentos, así el escrito, como el no escrito, se hacen válidos. Y ciertamente la confirmación del escrito consiste en esto, en que la voluntad haya sido perfeccionada con la firma y el sello de todo el número de los testigos, hallándose todavía entre los hombres el testador, pero la del no escrito, en que cinco testigos no indignos de fe confiesen que ellos oyeron lo mismo que el testador haya declarado con su lengua respecto a sus bienes.

Y establecido esto así, disponen que el testamento escrito, si a la perfección de la escritura, en que se significa la voluntad del testador, no concurriera al mismo tiempo todo, las firmas de los testigos, que atestiguan la verdad de aquél, y los sellos

que dan fe a las firmas, si todo esto no concurriera conjuntamente antes que deje la vida aquel de quien es el testamento, sea invalidado, tanto como escrito, cuanto como no escrito. Y a la verdad, por virtud de esta susodicha disposición, habiendo sido concebida no muy cautamente, para no decir malamente, la confesión y la ambigüedad invaden la materia de los testamentos. Porque a unos les parece que el testamento debe ser en absoluto rechazado, como las semillas adulteradas, y que a otros ciertamente se les permita adquirir utilidad de los bienes, pero sin que a los difuntos les alcance ciertamente ni la más pequeña utilidad de sus bienes, si es que los difuntos experimentan alguna utilidad.

Mas la experimentan, cuando por virtud de la muerte de los mismos reviven algunos por la dispensación de un beneficio. Pero, como he dicho, unos quieren así excluir en absoluto al hombre de la utilidad de sus propios bienes, y aquellos en cuyo ánimo hay una opinión más benigna le dan fuerza al testamento, que no recibió su perfeccionamiento con la impresión de los sellos, si no fuera considerado como escrito, pero si ciertamente lo recibió como no escrito. Así, pues, nosotros viendo que esta ambigüedad es de tal modo perjudicial para los negocios humanos, accedemos a la sentencia más benigna de los jueces, y conver-timos la obscuridad y la ambigüedad de la antigua ley en sencillo y claro conocimiento. Mandamos, por tanto, que el testamento imperfecto respecto a las cosas que deben concurrir en el testamento escrito, si, no obstante, no careciera de la fe de testamento no escrito por medio de los testimonios, sea firme con el vigor de testamento no escrito, mas si careciera de la fe prestada por los testigos, en este caso sea invalidado como por no tener nada adecuado para hacer fe.

Porque ¿cómo es de razón, aun más, cómo no es enteramente absurdo e irracional, de una parte que los testigos sean considerados dignos de tal aprobación, a fin de que confirmen también lo no consignado en la escritura, y de otra, que se los vilipendie como indignos de confirmar lo declarado por medio de la escritura, aunque en este caso se hace en cierto modo más firme la fe? Y ¿cómo esto no contendría detestable y desvergonzada defección de la equidad? Porque ¿qué se dirá, si ciertamente se hubiere comenzado a hacer por escrito el testamento, y lo que se dispuso hubiere resonado en los oídos de testigos fidedignos, pero después hubiere sobrevenido una enfermedad al escribano o aun lo hubiere arrebatado la muerte, y luego también al testador, como de improviso les acontecen muchas cosas a los hombres? Así, aquellos a quienes éste al morir consideró dignos de un beneficio sufrirán privados de él injuria, y, lo que es gravísimo, el mal no se limita solamente a los vivos, sino que también persigue al muerto, y le priva (por lo que se refiere al parecer de los que invalidan el testamento) de la conmiseración de Dios miseri-cordioso, de quien había la esperanza que habría él de ser participe, porque, fallecido él, otros serian favorecidos con beneficios.

Por esto, habiendo conocido estas cosas, sancionó nuestra potestad una disposición evidente e indubitada, para que, si los testigos dijeran solamente que este testamento es propio de aquel hombre, no sea él invalidado, sino que sea firme, aunque no solamente falten los sellos, sino también con los sellos las firmas de los testigos.

CONSTITUCIÓN XLIII

DE QUE TAMBIÉN SE CONFIRMEN LOS TESTAMENTOS POR MEDIO DE LOS QUE NO SABEN ESCRIBIR.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

No damos esta ley porque queramos reprender a los antepasados por haber proporcionado diligente caución a los negocios de la vida común, sino que mas bien procuramos que sea admitida en el uso la exacta disposición de los mismos, y mandamos que las mismas cosas, no pudiendo ser que respondan a la exacta prescripción de ellos, no se salgan, en cuanto pueda ser, de su estado debido. ¿Qué es, pues, lo que digo? Se decretó por los antiguos, que trataron de los testamentos, que por medio de siete testigos, y a los menos por cinco, les correspondiese autoridad a las disposiciones de los difuntos, y no sencillamente esto, sino también que los testigos no fuesen imperitos en letras, si los testamentos se hubieran hecho en ciudades, en que no hay escasez de peritos; pero que en las otras localidades, en que no se frecuenta lo que se refiere a la enseñanza y al conocimiento de las letras, no se tuviese con exactitud cuenta de los testigos, ni fueran requeridos solos los que estuviesen bien instruidos, sino que para atestiguar tuvieran acceso también los imperitos en letras. Y así, lo que la ley determinó que se hiciera en las localidades en que no hay abundancia de hombres que sepan escribir, la costumbre se lo permitió hacer a todos los que quisieran en cualesquiera localidades y ciudades, aunque hubiese grande abundancia de hombres doctos. Y esto tam-bién le plugo a nuestra majestad imperial y fue considerado digno de la autoridad de las leyes. Mandamos, pues, que en toda localidad y ciudad sean confirmados los testamentos aun por imperitos, con tal que las costumbres de los testigos merezcan consideración. Y aun no solamente reducimos a cinco el número, sino que queremos que en aquellas localidades, en que consta que hay muy pocos individuos fidedignos, sean admitidos también tres, y que no sea desestimado el testimonio de ellos.

CONSTITUCIÓN XLIV

POR QUIÉNES ES MENESTER QUE SEAN SELLADOS LOS TESTAMENTOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Ciertamente que también todos los demás negocios, que los hombres consignan por escrito, requieren por necesidad esmerado auxilio de testimonio, pero principalísimamente los que los hombres, al dirigirse su naturaleza al aniquilamiento, y amenazando la separación de la carne, exponen en escritos, a los cuales confían en el mismo momento de separarse de la vida sus propias cuentas. Porque en cuanto a las cosas que, a la verdad, se escriben entre vivos, aunque hayan sido selladas, sus defectos se descubren por el examen de las palabras del que las escribió, y de aquello por lo que se hizo el escrito, mas por lo que respecta a lo que en escrito se dispone por los que mueren, no se puede saber que no está bien, si no interviniera el voto cierto de los testigos.

Más también este tratado fue óptimamente escrito por el legislador, en tanto que, no queriendo que los testigos de los testamentos sean obligados muchas veces a jurar, manda que a aquellos se les dé firmeza con el sello del maestre del censo, que ahora se llama general. En efecto, por cuanto no da así como ligero y fácil acceso para jurar, y atribuyéndoles a los testamentos ambiguos vigor con un sello reconocido, hizo que se reprimiesen los juramentos, es esta ciertamente cosa de muy prudente consejo y excelentísima. Y esto, a la verdad, estuvo en vigor en otro tiempo. Mas la costumbre cambió después esto, porque quería que además de los testigos prestase fe a los testamentos el sello del que hubiese llegado a la dignidad de cuestor.

Así ciertamente les pareció muy buena a nuestros mayores también aquella confirmación. Y habiéndolos seguido también nosotros, para que aquella sea mas valida, mandamos que el sello del maestre del censo, como quiera que ahora no le competen a éste ni el cuidado de las leyes ni la administración, no tenga ninguna fuerza para sellar los testamentos, a la manera que ya no son sellados; mas en cuanto al sello del cuestor que ahora se pone, no selle solamente éste los testamentos, sino préstenles fe a ellos también nuestros muy magníficos maestres y patricios, y el prefecto de la ciudad, y otros que presiden tribunales. Pero éstos ciertamente en la ciudad que tiene la capitalidad, mas en otras localidades y ciudades sepan y hagan esto los estrategos, y en cualquier provincia los presidentes.

CONSTITUCIÓN XLV

DE QUE LOS JUECES CONSIGNEN POR ESCRITO LA SENTENCIA Y LA FIRMEN CON SU MANO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Procurando nosotros que permanezcan firmes las cosas juzgadas, y que a las sentencias no siga sospecha alguna ni controversia, se nos ocurrió que se debía determinar también esto, que cualesquiera, a quienes incumbiere juzgar y dirimir litigios, profieran, sobre las cosas en que hayan de pronunciar juicio, sentencia escrita, firmada de su mano, para que si después se viera que se juzgó temerariamente, no puedan ellos negar su sentencia, y a nadie le sea lícito presentarla a juez alguno habiendo simulado supuesta y adulterada la escritura de la sentencia. Por tanto, hágalo así desde ahora cualquiera que esté honrado con la dignidad de juez, y expida escritos sus decretos, y firmados de su mano.

CONSTITUCIÓN XLVI

DEROGACIÓN DE ALGUNAS LEYES PROMULGADAS RELATIVAS A LAS CURIAS Y A LOS DECURIONES.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Así como en la vida común la utilidad de todas las otras cosas constituye su uso, y estimamos en mucho las que ciertamente proporcionan algún provecho y despreciamos las que a nada conducen, así también convendrá en todo caso que nos acomodemos en la composición de los capítulos de las leyes. Por lo tanto, aquellas cosas de que hay algún uso, que procure utilidad a la república, queden por necesidad establecidas y honradas, mas de ningún modo se tenga cuenta alguna de aquellas cuyo uso es o de ningún valor, o malo, sino sean rechazadas como excluidas también del cuerpo de las leyes.

Y precisamente decimos esto, porque ciertas leyes promulgadas por los antiguos sobre los decuriones y las curias impusieron ciertamente a los decuriones

algunas pesadas e intolerables cargas, mas les concedieron a las curias privilegio para que nombrasen ciertos magistrados, y gobernaran por su propia autoridad las ciudades.

Las cuales, por cuanto las cosas civiles han sido transformadas en otro estado, y todo pende del solo cuidado y de la administración de la majestad imperial, como si inútilmente anduvieran errantes en el terreno legal, son rechazadas ahora de él por decreto nuestro.

CONSTITUCIÓN XLVII

DEROGACIÓN DE LA LEY QUE AL SENADO LE CONCEDÍA NOMBRAR LOS PRETORES, Y A LOS DECURIONES LOS PREFECTOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Siendo antes ciertamente otro el estado de la república, era también otro el orden de las cosas. Porque como no todas las cosas correspondían a la deliberación del príncipe, sino que había algunas sobre las que era atribución del Senado conocer y disponer, también de él tomaban ellas origen.

Y así, en la ciudad principal eran puestos por él al frente de la administración de los negocios tres Pretores, y este nombramiento se verificaba con la sanción de la ley. Mas esto tuvo observancia no solamente en la ciudad, que tiene la capitalidad, sino que también en las otras eran nombrados por los que se llaman decuriones algunos prefectos, (no cuales hoy los conoce la prefectura militar, sino algunos mas elevados, y que tenían encomendado otro cuidado).

Concertadas, pues, entonces de otro modo las cosas, la necesidad requería aquella ley pero ahora, como todo pende del cuidado del príncipe, y con el auxilio de Dios es discutido y juzgado por providencia del mismo, y aquella ley no tiene ningún uso, hemos determinado, que, juntamente con otras, que han sido excluidas de la república, haya de ser repelida también ésta.

Porque así como cuando no existen las leyes el uso de las cosas da causa para que nazcan, así, cuando lo estatuido no sirve a la utilidad de las cosas, es consiguiente que ello deba ser abolido.

CONSTITUCIÓN XLVIII

DE QUE LAS MUJERES NO PRESTEN TESTIMONIO EN LOS CONTRATOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

No sé cómo, sin haber examinado la cosa con detenido juicio, les dieron los antiguos a las mujeres la facultad de presentarse a prestar testimonio, y no consideraron esto que es conocidísimo, que la frecuente presentación ante los ojos de los hombres sirve de deshonor a la mujer, y que las púdicas y las honestas huyen de esta cosa. Así, pues, se me ocurre dudar, según he dicho, por qué razón permitieron que ellas fueran admitidas a prestar testimonio, por lo que muchas veces sucede que se mezclan en grandes reuniones de hombres, y se sirven de la lengua con mas irreverencia que la que comporta el lenguaje de la mujeres.

¿Porqué, pues, les pareció bien, que en los negocios públicos se prestase el testimonio de mujeres, a las que les permitieron que atestiguaran de la misma manera que los hombres, al modo que hemos oído que las mujeres Scitas se armaban juntamente con sus maridos? Mas ¿acaso no contiene esto, además de un absurdo, grande confusión y destrucción de la naturaleza y también de los límites por que están separados los sexos masculino y femenino?

Y ¿les guardan por ventura a las mujeres, las que deben ser visitadas con miramientos en su casa, y de ninguna manera disoluta e indulgentemente, el respeto y la consideración debidos? Así, pues, su presentación para prestar testimonio, por lo mismo que ellas se mezclan en reuniones de muchos hombres, y se inmiscuyen en negocios de hombres, abriendo camino a licencia no decorosa para las mujeres, quita el recato y el pudor ingénitos en la naturaleza de la mujer, y las ejercita a ellas mismas en la procacidad. Mas también la cosa les produce de algún modo afrenta aun a los hombres. Porque ¿qué otra cosa será, sino afrenta, y afrenta gravísima, que en aquellas cosas, cuyo manejo es propio de los hombres, intervenga también el sexo femenino? Por lo cual, corrigiendo nuestra majestad no menos la costumbre, que el yerro de la ley, les cerró a aquellas el acceso a prestar testimonio, y por deliberada resolución suya decreta, y por ley prohíbe, que de ninguna modo tengan acceso las mujeres para ser testigos de los contratos. Más en las cosas propias de las mujeres, en las que no es lícito que intervengan los hombres, (me refiero al parto, y a otra cualquiera cosa en que es admitida sola la mujer), atestigüen sus cosas peculiares y ocultas a los hombres.

CONSTITUCIÓN XLIX

DE QUE LOS ESCLAVOS NO SEAN ADMITIDOS A PRESTAR TESTIMONIO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Como quiera que el testimonio es cosa de grande importancia y necesaria para garantizar los negocios de la vida común, no es justo que emane de cualesquiera personas, sino de los que viven exentos de ignominia. Así, pues, con razón dispone con escrupulosidad las leyes sobre este asunto, y no le dan simplemente a cualquiera acceso para prestar testimonio. Mas como algunas leyes concedieron a hombres de condición servil que en algunas cosas prestaran testimonios, nos ha parecido bien manifestar también lo que a esto se refiere, a fin de que de ningún modo sean admitidos a atestiguar los que no son partícipes de la libertad, y tenga observancia, y estatuya absolutamente sobre todo testimonio, y sobre toda cosa, ya estas sean testamentos, ya el testimonio comprenda otra acción de la vida humana, la ley de las nuevas constituciones.

Porque si a los que aun siendo libres por su estado no llevan noble y dignamente su vida con la libertad que alcanzaron, y no conservan, en cuanto es posible, libre de la esclavitud la grandeza de su ánimo, sino que se sujetan a la esclavitud de las acciones ilícitas, no les es lícito prestar testimonio, tampoco se les concederá que presten testimonio a aquellos cuya vida consta que no es libre.

Porque aunque haya aquí otro modo de esclavitud, es, sin embargo, esclavitud aquella por la que se es indigno de ser tenido como partícipe de la dignidad de la libertad.

CONSTITUCIÓN L

DE QUE LAS DONACIONES, QUE NO ESTÁN CONSIGNADAS POR ESCRITO, SEAN VÁLIDAS HASTA DE QUINIENTOS ÁUREOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Puesto que muchos ya cuando han de devolver gracias, ya cuando están movidos solamente por un propósito benévolo, confieren donativos a algunos, plugo exponer también sobre este capítulo cuáles donaciones conviene que no sean anula-

das, y cuáles que sean invalidadas. Y los antiguos ciertamente quisieron al tratar de este asunto que careciera de firmeza la donación que excediese de la suma de quinientos áureos, a no ser que hubiera sido consignada en acta pública, aunque el donatario hubiere arrancado cierta prueba de la donación escrita privadamente por la propia mano del donador. Mas no se qué quieran ellos para sí con esta superflua escrupulosidad. Porque cuando la donación fue comprendida en un escrito, y se dio para ella el legítimo testimonio, ¿para qué era conveniente investigar más esto? Y así, anulada por una disposición esta nimia escrupulosidad, que ciertamente no sabemos que de ningún modo se guarde en las donaciones, nos ha parecido bien resolver, que la donación, que excede de quinientos áureos, permanezca válida, si hubiera sido consignada por escrito, pero que la que no fue comprendida en un escrito sea nula, aunque el donatario haya obtenido en presencia de testigos la cosa donada.

Así, pues, la donación, cuya estimación no supera la de quinientos áureos, aunque no haya sido escrita, habiendo sido confirmada con tres testigos, es juzgada válida, y examinadas en esta forma las donaciones deben o valer, o ser invalidadas.

CONSTITUCIÓN LI

DE QUIÉN DEBA SER EL TESORO HALLADO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Sería ciertamente bueno y saludable si nos acomodáramos a las divinas y salutíferas leyes; porque obrando así de ningún modo necesitaríamos de leyes humanas, y marchando a la luz de aquellas por segurísimo camino no tendríamos necesidad del humano auxilio de las leyes.

Mas como es difícil que todos salgan del cieno y del lodo, y se eleven con los divinos preceptos que tienden al cielo, también la sabiduría humana halló por medio de sus leyes la salvación de la vida humana. Por lo cual, también ahora, como, aunque nuestro Señor y salvador mandó que los que, disfrutando de los dones del mismo, viven en grande abundancia de bienes, sean misericordiosos, y socorran las necesidades de los que están oprimidos por la inopia, algunos, sin embargo, son de tal modo ingratos hacia al Señor, y están faltos de conmiseración respecto a sus cognados, que no solamente no tienden mano benigna a los necesitados, sino que también, como si tampoco quisieran ver sus tétricos tesoros a los rayos del sol, los

esconden en la tierra, ha sido menester publicar una ley sobre este inhumano hallazgo. Y la que ciertamente fue dada en otro tiempo, pero fue vencida después por la codicia, que arruina muchas cosas egregias, y por ella privada de su vigor, es restablecida en su integridad por nuestra imperial majestad.

Porque disponía la ley, respecto al que hubiese ido a dar en un tesoro enterrado, que si verdaderamente el predio, en que hubiese sido, hallado, le perteneciera al príncipe o de otro modo fuese público, que el descubridor lo repartiese por igual con el fisco, pero que si el lugar, de donde el tesoro hubiese salido a la luz, ni perteneciera al príncipe, ni fuese público, sino de otro cualquiera, fuese él dividido por partes iguales entre el descubridor y el dueño del predio, y que si el predio era del descubridor, toda la cosa hallada le correspondiese al mismo.

Esto sancionó aquella ley. Mas la perversa codicia, habiendo raciocinado no sé de qué modo, dándole al fisco un lucro injusto, le atribuyó hasta este día los tesoros encontrados, e hizo ociosa la ley.

Mas ¿qué resulta de aquí? Que los que saben que en alguna parte hay tesoros escondidos, considerando que otros se habrán de regocijar con sus trabajos, y que ellos los soportarán en balde, y aun que a veces habrán de ser ellos sujetados a severos exámenes, descuidan investigarlos, y quedan así perpetuamente recónditas y perecen cosas que sacadas a luz habrían de producirles grande utilidad a los hombres.

Mandamos, pues, que en lo sucesivo y desde ahora se juzgue con arreglo a la equidad de la antigua ley, y que, habiéndose encontrado un tesoro, si verdaderamente el lugar, donde fue hallado, estuviera en fundos públicos o del Emperador, el descubridor lo parta con el fisco, pero si en el de otro cualquiera, lo dividan de igual modo entre si el descubridor y el dueño del lugar en que fue hallado el tesoro.

Mas si el descubridor no quisiera ser probo, ni confesar todo lo que hubiere hallado, sino que con dolo, y mientras retuviera algunas cosas de las halladas, en este caso habrá el trabajado en vano, y como malicioso y hurtador de cosas ajenas no reciba abso-lutamente nada, sino ceda el beneficio a favor de solo el dueño del lugar.

CONSTITUCIÓN LII

DE QUE VALGAN LAS MONEDAS TANTO DE LOS PRÍNCIPES ANTIGUOS, COMO DE LOS MAS MODERNOS, CON TAL QUE SEAN DE JUSTO PESO Y DE BUEN METAL.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Si el nervio de los negocios se halla en los recursos abundantes, y la salud de la república pende de la fuerza de los negocios, con razón ciertamente ahuyentaron de ella los antiguos la carencia como cierta enfermedad y aniquilamiento, en cuanto quisieron que del mismo modo valiera toda clase de moneda, aunque se refiriese a anteriores y antiguos príncipes. Mas no sé por qué causa los que después tuvieron el cetro no permitieron que esta egregia disposición subsistiera en la misma forma, sino que, como si envidiaran la opulencia de los súbditos, rechazaron del uso público ciertamente las monedas que llevaran la efigie de anteriores príncipes, y quisieron que solas las suyas estuvieran en el comercio, no queriendo entender el nuevo orden de negocios que de aquí nacía, ni cuánto daño les causaba ciertamente a todos, pero principalmente a los más pobres, y a los que necesitaban de más eficaces auxilio y defensa.

Porque el vulgo de los mercaderes, y los que de otro modo buscan el sustento con las manos, y absolutamente toda la población de campesinos, si, declarada anticuada la moneda que hasta ahora usaron, no tienen medio para poderse procurar de otro modo las cosas que les son necesarias, se ven reducidos a las grandes estrecheces de la inopia.

Por esto nosotros, no asintiendo a la nueva resolución de los más recientes, sino ateniéndonos a la disposición de los antiguos, mandamos, que, con arreglo a la determinación de aquellos, benigna y muy conveniente para la república, sea igualmente estimada, y valga en la república, toda clase de monedas, que tenga genuina efigie, y metal no adulterado, y peso completo, ya sea de cualquier príncipe más antiguo, ya de otro más reciente.

Y la pena de los que temerariamente menospreciaran este decreto serán el castigo corporal, y la tonsura del cabello al rape, y además la multa de tres libras de oro.

CONSTITUCIÓN LIII

DE QUE A CUALQUIERA LE SEA LÍCITO SEPULTAR MUERTOS TANTO DENTRO, COMO FUERA, DE LAS CIUDADES.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

A mi juicio, es conveniente no ya solo que las leyes civiles prescriban lo que sea provechoso para la vida de los súbditos, sino también que respecto a los que ya acabaron su vida decreten lo que convenga a la conmiseración humana, y no sancionen cosa que exponga ciertamente a desdoro y a contumelia los cuerpos de los fallecidos, y produzca ignominia a la común naturaleza de los hombres. Porque lo que quiere la ley, que los cuerpos de los muertos no sean depositados en tierra, a no ser que sean llevados fuera de las ciudades, ¿cómo no será indecoroso para la naturaleza humana? Porque si ciertamente al preceptuar esto tratase de la inhumación de aquellos a quienes las riqueza que en vida habían tenido les proporcionasen fácil entierro, acaso tendría la ley alguna razón, aunque entonces también debería atender a los sentimientos de los amigos, cognados, y deudos del difunto, para cuyo dolor y orfandad es ciertamente un grande consuelo, si los amigos pudieran abrazar el sepulcro, y en el verter lagrimas, lo que no es fácil hacer tratándose del sepultado fuera de la ciudad. Mas si quisiera que fuesen sepultados fuera de la ciudad solamente, aquellos a quienes por sus facultades les sea posible esto en aquel día, tendría la ley alguna ocasión para su inclemencia.

Pero ahora, cuando aquella inclemencia se extiende al mismo tiempo a todos, ¿no es acaso manifiesto el absurdo, y no es afrenta contra la naturaleza la promulgación de la ley? Porque los que mientras vivían eran pobres y desvalidos, ¿cómo, muertos, serán ricos en el mismo día del enterramiento? Y ¿cómo, careciendo de sepulcro, no ofrecerán, permaneciendo insepultos muchos días, miserable al mismo tiempo que horrendo espectáculo, y no deshonrarán la naturaleza de los hombres, que se corrompe? Pero fuera de esto, siendo a veces llamados fámulos de Dios los muertos, y rindiéndoseles culto por causa de la gloria celestial, ¿cómo no estaría sujeto a expiación que fueran abandonados insepultos los cuerpos de los mismos? Así, pues, mandamos que de ninguna manera sea contada esta ley entre las leyes de nuestro imperio, sino que, así como con razón es despreciada por la costumbre, así también esté en absoluto reprobada por decreto nuestro, y el que quiera enterrar muertos ya en extramuros, ya dentro de la ciudad, tenga facultad para llevar a cabo su voluntad.

CONSTITUCIÓN LIV

DE QUE TODOS CESEN EN SUS TRABAJOS LOS DOMINGOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Es ciertamente óptimo el empeño de los que se dedican a exponer preceptos, que sean útiles para la vida, y, por cuanto dirigen todos sus cuidados a la utilidad de los súbditos, son dignos de que sea celebrado con alabanzas su piadoso amor a la república, y de que se observen santamente sus preceptos. Pero mucho más justo sería, tributar tal reverencia preferentemente a aquellos que consta que, como legisladores de todo el orbe de la tierra, asumieron mayores cuidados por la salud del género humano, y anteponer a todas las demás las leyes que dieron, y esto, no solamente por lo que he dicho, porque para mayor conveniencia de los hombres asumieron y prestaron mayor, aun más, incomparable cuidado, sino también porque dedicaron sus decretos al divino numen. Y así, como se observa que a la ley de los principales discípulos, que manda que todos veneren con la cesación de sus trabajos el día de la resurrección del Señor, le contradice otra ley, que dispone que no a todos igualmente se les ha de prohibir trabajar, sino que a algunos se les ha de dispensar el trabajo, (pues dice: «descansen el día del domingo los jueces y la plebe de las ciudades, y trabajen solos los agricultores.»

Y la causa de haberse dispensado el honor de este día no se apoya en ninguna razón; porque parece que se puede alegar la conservación de los frutos, pero en realidad es fútil; pues no el estudio de la agricultura, sino la virtud del sol, proporciona la abundancia de frutos, cuando le ha parecido bien al dispensador de los frutos); así, pues, como salió a luz esta cierta ley, que verdaderamente vilipendia el culto del Señor, y prescribe una disposición diversa de la de los que contra todos los adversarios obtuvieron por el Espíritu Santo la victoria, estatuimos nosotros también lo que plugo al Espíritu Santo y a los apóstoles instituídos por el mismo, para que todos cesen en el trabajo el día sagrado, en el que también fue restaurada nuestra integridad, y ni los agricultores, ni otro alguno, acometan obra no acomodada a él.

Porque si los que en otro tiempo rendían culto a la sombra y a la figura veneraban tanto el día del sábado, que se abstenían absoluta-mente de todo trabajo, ¿cómo es conveniente que aquellos a quienes la gracia y la verdad tienen como adoradores no veneren el día que fue honrado por el Señor, y que nos libró de la ignominia de la perdición?

O ¿cómo no es de todo punto desconsiderado, que cuando de siete días uno sólo ha sido consagrado en honor del señor, no estemos nosotros contentos con el empleo de los demás para el trabajo, y no conservemos aquél inviolable para el Señor, sino que también lo hagamos vulgar, y juzguemos que debemos aplicarlo a nuestros trabajos?

CONSTITUCIÓN LV

DE QUE LOS JUDÍOS VIVAN CONFORME A LOS RITOS DEL CRISTIANISMO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Los que antiguamente tuvieron el cetro promulgaron respecto a la nación de los Hebreos, que ciertamente fue ínclita en otro tiempo, mientras fue favorecida por el divino patrocinio, pero que ahora por su contumacia contra Cristo y Dios nuestro es célebre por sus calamidades, diversas leyes que, tratando del estado de la vida de los mismos, mandan que lean ellos las sagradas escrituras, y no se separen de sus propios ritos, y aun también que a sus hijos los acomoden a su instituto, además que con la cognación de la sangre también con la cognación de la circuncisión.

Mas esto dispusieron ciertamente los que en otro tiempo, como he dicho, llegaron al imperio. Mas el Emperador, de divina memoria, de cuyo germen nacimos nosotros, como que estaba poseído por mayor deseo que otros por la salvación de los mismos, no se contentó, como los anteriores a él, con dejados en la sola observancia de las precedentes leyes, sino que convirtiéndolos al saludable culto de los cristianos, ya con la explicación de los sagrados oráculos, ya con amonestaciones a los mismos, los inició en el agua vivificadora del bautismo.

Y en efecto, como los persuadió de que debían transformarse ellos mismos en el nuevo hombre conforme a Cristo, hizo que dejaran el antiguo, y, al mismo tiempo que de él, los despojó de todo lo que tenía sabor de antigüedad, de la circuncisión, del sábado, y de alguna otra cosa que había.

Más habiéndolos apartado así, en efecto, de la pertinacia judaica, no les impuso también a las anteriores leyes, que permitían vivir según el rito judaico, silencio y cesación por decreto de otra ley. Así, pues, nosotros, juzgando acertadamente que se debía completar lo que omitió nuestro padre, imponemos silencio a toda antigua ley,

que determinó respecto a los Hebreos, y mandamos que ellos no se atrevan a vivir de otra manera que como quiere la pura y saludable fe de los Cristianos. Mas si se descubriera que alguno, habiéndose ciertamente desviado de los ritos de los Cristianos, volvió a las costumbres y a las máximas de los Judíos, sufra la pena con arreglo a las leyes dadas sobre los apóstatas.

CONSTITUCIÓN LVI

DE LAS ORILLAS DEL MAR.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Nos pareció que tampoco estatuye cosa justa la ley que quita el derecho de aquellos predios marítimos, desde cuyas puertas se ve el mar, (y que no solamente hace esto, sino que además sujeta a la acción de injurias al que prohíbe que los que quieran ejerciten allí el arte de pescar). Pues todo lo que por título no injusto llega a poder de cualquiera, ya sea como herencia de sus padres, ya como emolumento de sus propios trabajos, ya de otro cualquier modo no ilegítimo, ¿por qué no será administrado también por el que lo tiene en su dominio, y no le proporcionará a él mucho mas preferentemente que a otro utilidad?

No es, pues, de ley, que atienda a la equidad, admitir a otros a que se utilicen de cosa sobre la que no tienen ningún derecho, y privar de ello a los que en todo caso ostentan o el precio pagado, o un derecho de cognación, u otro cualquier título no ilegítimo para poseer la cosa. Pero además, que ciertamente se exija de él, como de dueño de aquel lugar, el tributo anual, pero que no pueda ser expulsado de allí el que sin su consentimiento quiera aprovecharse de las comodidades del lugar, sino que, si aquel hiciera esto, sea molestado con las acciones de injurias, ¿cómo, sobre lo injusto que es, no sería también de todos modos absurdo? ¿Y qué, si el dueño del predio no ignorase el arte de pescar, acaso habrá ciertamente de dormir él ocioso, y les deberá permitir a los otros que persigan los emolumentos de las orillas? O, si ciertamente no se entregara al descanso, ¿pescará errante en las orillas de otros, mas no le será esto lícito en las suyas? Mas no veo, a la verdad, ninguna razón, para que esto sea así.

Por lo tanto, mandamos, que cada cual posea con inconcuso derecho sus orillas y sea dueño de ellas, y pueda expulsar a los que sin permiso del mismo quieran disfrutar de los aprovechamientos de aquellas.

Porque así como en lugares terrenos es de derecho, que cualquier dueño de una casa posee, además del uso de ella, también el vestíbulo y el atrio, así también juzgamos que es conforme a la razón que esto se observe en los marítimos, y a la manera que tratándose de lugares terrenos a nadie se le concede que coja frutos de lo ajeno sin la voluntad del dueño, sino que, si alguno coge frutos de lo ajeno, los percibe o habiendo respetado la benignidad del dueño, o pagando tributo por el uso del lugar, así también mandamos que se observe en los marítimos.

CONSTITUCIÓN LVII

DE CUANTO DEBEN DISTAR ENTRE SI EN LAS PESQUERÍAS LAS REDES FIJAS DE PESCAR.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Puesto que, determinado sobre la pesca muchas leyes, no se ve definido en la ley lo que estimaron que se debían llamar [retención], no siendo conocida todavía esta misma cosa, según parece, al tiempo en que se promulgaban aquellas leyes, queremos que también una disposición de la ley haga que cese esto. Y así, honrándola nosotros con la dignidad de ley, queremos que desde ahora sea ley aquella disposición de derecho que a la costumbre le pareció bien que rigiera como legítima ordenanza en esta industria de la pesca, (a saber, que la dimensión de los intervalos se extienda hasta trescientos sesenta y cinco pasos).

Porque aun cuando también sin esto les pareció bueno a los hombres de la época presente este privilegio, para que las redes fijas de pescar se dispongan de este modo, sea, sin embargo, igualmente ley, a fin de que sea más firme, y con más cuidado se observe a perpetuidad, y disten entre sí aquellas redes fijas el intervalo de trescientos sesenta y cinco pasos aprobado por la costumbre, tomándose, por supuesto, de una y otra parte la dimensión de este intervalo, de suerte que desde los límites de una parte se cuenten ciertamente ciento ochenta y dos y medio, y el restante espacio se extienda hasta el vecino.

Mas esto lo decimos respecto a las redes fijas que se hayan de establecer e introducir después de esta ley; porque las redes fijas que sean anteriores a este decreto, aunque no disten este intervalo prefijado, no serán, sin embargo, modificadas por la disposición de él, sino que permanecerán en el estado que desde un principio tuvieron.

CONSTITUCIÓN LVIII

DE QUE DE SANGRE NO SE HAGA COMIDA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Ya en otro tiempo le recomendó Dios al legislador Moisés que no se debía comer sangre, y por los predicadores de la gracia se estableció que se debía uno abstener de semejante comida.

Y aunque de tal modo fue considerado esto ilícito y nefando, así en el tiempo de la antigua, como en el de la nueva gracia, los hombres llegaron a tanta audacia, o por mejor decir, perversidad, que no prestaron benévolos oídos ni a una ni a otra ley, sino que unos por lucro y otros por gula menosprecian ciertamente con descaro el precepto, y convierten la sangre en comida, que se vedó que se comiera.

Porque ha llegado a nuestros oídos, que, poniéndola así como en envases membranosos, se procuran para su estómago una como acostumbrada comida, y habiendo considerado nuestra majestad imperial que no se debía tolerar esto, y no soportando que con tan impío invento de hombres que solamente ansían la gula se cause desdoro tanto a los preceptos divinos como a la honra de nuestra república, manda que de ningún modo se atreva nadie a cometer este delito ni para su propio uso, ni para que los compradores se contaminen con esta detestable comida.

Y tenga entendido cualquiera, que se descubriere que menosprecia el divino mandato, y convierte la sangre en comida, (ya sea vendedor, ya comprador), que habrá de ser él sometido a la confiscación de sus bienes, y que luego que haya sido azotado severamente, y tonsurado vergonzosamente al rape, habrá de ser castigado con perpetuo destierro de su patria.

Y mandamos que en este juicio no se hayan de dejar sin acriminación tampoco los magistrados de una ciudad cualquiera, sino que, (por cuanto si ellos hubiesen desempeñado la magistratura con la conveniente actividad, no se habría pecado contra la ley), sufran también los mismos la multa de diez libras de oro, porque negli-gente y desidiosamente estuvieron al frente del gobierno de los súbditos.

CONSTITUCIÓN LIX

DEROGACIÓN DE LA LEY QUE AL HOMBRE LIBRE LE PERMITE QUE SE VENDA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

También aquella ley, que no castiga al hombre ciertamente nacido libre, pero que por bajeza de ánimo vilipendia la dignidad de la libertad, y vende su propia esclavitud para participar del execrable lucro del precio que se haya de pagar por la esclavitud, y que tampoco corrige este crimen, es una de las que no convienen al recto estado de nuestra república, ni son dignas de aprobación, ni deben obtener autoridad. Y así, a aquella ley promulgada respecto al que así gobierna sus propias cosas, la cual permite que sea firme la demencia, y además de no invalidar aquel indigno tráfico no sujeta a las correspondientes penas a los que por necedad hacen tales cosas, no le sabemos conservar el propósito de una ley, ni la consideramos digna de disfrutar del honor y de la reverencia que convienen a las leyes. Si, pues, es menester que las leyes sean para los ciudadanos lo que el padre para los hijos, de suerte que miren sólo a lo que les favorezca y sea saludable, ¿cómo sería justo que fuese contada entre las leyes esta ley, que deja que tanto perjuicio y daño recaiga en los que sobre sí lo echaron por demencia? Y así, extirpándola y excluyéndola del número de las leyes, mandamos que, si alguno fuera tan demente que conmutando la libertad por la esclavitud se vendiera él mismo, no subsista lo hecho, sino sea invalidado, de manera que tanto el mismo traidor de su propia libertad, como el que con él se concertó, sean castigados corporalmente con azotes, y se le con-serve en su primitivo estado la libertad al esclavo de vesania.

CONSTITUCIÓN LX

DE LA PENA CON QUE DEBEN SER CASTIGADOS LOS CASTRADORES.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

De una cosa que desvergonzadamente se hacía, como si ante Dios no estuviera sujeta a ninguna pena, pero que es en sumo grado digna de pena, de la amputación del poder puesto en la naturaleza por Dios para propagar la especie, se cuidaron

ciertamente los antiguos legisladores para que por una ley vengadora se cortase este mal, a fin de que la república quedase purgada de tal invento; pero, aunque, si a otro alguno, era ciertamente justo atemperarse a este precepto, y abstenerse de mutilar la naturaleza, no se por que razón no obran de este modo los hombres, sino que, reputando como alguna cosa útil estas insidias contra la energía de engendrar, mutilan los miembros que le dan al hombre causa para nacer, e intentan introducir en el mundo otra criatura distinta de como le plugo a la sabiduría del Creador.

Así, pues, nosotros no consideramos de ninguna manera recto que desatendemos esto, sino que, estableciendo contra ello pena en la ley, intentamos reprimir con el auxilio de Dios la audacia de los que no tienen religión para deformar de este modo la divina criatura. Y, a la verdad, un decreto de los legisladores anteriores sujetó a los que a esto se atrevieran a la misma mutilación que a otros hubieren hecho, e hizo que lo que los mismos desearon ver en otros lo vieran también en sí; y esto lo determinó, a mi juicio, no muy injustamente, aunque no muy decorosamente. Pues no porque aquel se hubiera atrevido como a reformar la criatura de Dios, es justo que también el vengador imite esto y la reforme de igual modo; mas, por lo que atañe a la insania, no es, según he dicho, muy inoportuno. Pero además castigaba también de otro modo a los que se atrevían a este impío hecho. En efecto, confiscables los bienes y los sujetaba a perpetuo destierro, y honraba con la libertad al que hubiese sufrido la injuria, si fuese esclavo.

Y ésta ciertamente era la legislación de los antepasados; mas nosotros, pronunciando sentencia sobre este asunto, prohibimos que sean mutilados con igual mutilación los que atacan a la naturaleza, pero no nos desagrada, aunque también en este caso la pena tiende a la clemencia, que queden ellos sujetos a las demás penas establecidas para este crimen. Mandamos, pues, que el que para castrar hubiere llamado a quien ejerza esta mala arte, si verdaderamente estuviera en el número de los hombres del Emperador, sea en primer lugar excluido de la lista, y en segundo lugar pague también la multa de diez libras de oro, que habrán de ser aplicadas al fisco, y sea relegado por diez años; pero el mismo que ejerza esta mala arte sea primeramente castigado con azotes y con la tonsura al rape, y luego privado también de los bienes, y desterrado de su patria por el mismo espacio de tiempo. Mas el que sufrió la injuria, si verdaderamente fuera de condición servil, quedará libre del estado servil el restante tiempo de su vida, pero si se contara entre los hombres libres, pondrá en cuenta a su propio consentimiento lo que sufrió, como si él mismo, porque la consintió, fuere autor de su injuria. Pero si, como muchas veces sucede, la amputación le procurare remedio a un hombre lesionado, no parece que esto se oponga ni a nosotros, ni a la ley. Porque esto no es mutilar la naturaleza, sino socorrerla.

CONSTITUCIÓN LXI

DE LA PENA A QUE HAN DE SER SOMETIDOS LOS RECAUDADORES DE LOS TRIBUTOS, SI HUBIEREN EXIGIDO MÁS DE LO QUE DEBEN.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Si los mortales quisieran entrar en la recta senda de la equidad, alcanzaría por ello la vida común grande beatitud y bienestar. Porque ni los legisladores tendrían necesidad de hacer ostentación de austeridad, ni vengadoras leyes sumirían a algunos en las dificultades de las responsabilidades. Pero en la actualidad, aunque sea cómodo y saludable el camino de la equidad, no quieren, sin embargo, entrar en él los más, sino que, como si fuera penoso y áspero, y produjera calamidades a los viandantes, lo esquivan. Porque hay algunos a quienes les agrada lo pésimo, y quienes, desviándose del camino de la equidad, entran con avidez de ánimo en la vía de la iniquidad, recubierta de densas espinas, y por la que los viandantes se dirigen a precipicios de perdición.

Y juzgando también los antiguos que se debía castigar el temerario ímpetu de aquellos, determinaron cohibir su ánimo con la ley, como con un freno. Más ¿quién no aprobará el empeño que ellos pusieron en destruir la iniquidad y en fomentar la equidad? Y nuestra majestad lo aprueba. Mas cuando en algunos casos quisieron establecer una pena no ajustada a los méritos del delito, rehusamos aceptar este decreto.

Pues cuando sobre los reos recae sentencia en relación con lo cometido, es realmente equitativo el decreto, y justa la pena que se les irroga; mas cuando el delito es castigado más gravemente de lo que es razonable, se ha de considerar que esto no es justicia, sino más bien injusticia. Por lo que, ciertamente no consideramos que la ley establecida por los antepasados, que a los que estaban empleados en recaudar los tributos públicos, (a los que el vulgo acostumbró a llamar [administradores]), si se atrevieran a extender fuera de la medida legítima los tributos, les inflige una gravísima pena, (porque persigue con la muerte este delito), haya de ser admitida, porque estimamos nosotros que no los sujeta con razón a tanta pena; sino que mandamos, que, si se descubriera que alguno incurrió en este crimen, pague el duplo de lo que hubiere exigido de más, si ciertamente se hubiera atrevido una sola vez a ello, pero que, si hubiera continuado en hacer esto, le devuelva al lesionado en el cuádruplo lo que fue cobrado de mas, y cese ignominiosamente en el cargo a él confiado; y sea en lo sucesivo ésta la pena de tal delito, y no corran peligro de su vida los que en materia pecuniaria cometieron fraude.

CONSTITUCIÓN LXII

DE LA PENA DEL QUE HUBIERE VENDIDO ALGUNA COSA PÚBLICA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Es ciertamente justo castigar a los reos de injurias públicas, y sujetarlos a tales penas, que, reduciendo óptimamente a la templanza a los que fácilmente se lancen a esto, han de poner coto a las injurias; mas por lo mismo conviene no castigar más de lo que es justo, y que el derecho no se exceda de sus propios límites, y que con apariencia de vindicta no se aplique a la injusticia. Porque estimo que es justa venganza que los delincuentes sean castigados ciertamente con arreglo al delito, pero que, si infligiera pena mas grave que el delito, no se guarda el propósito del derecho. Por esto nuestra majestad, como conoció que en las disposiciones que se dieron por los antepasados, con las que sujetan a penas a los que se atrevieron a vender al pormenor alguna cosa pública, no se profería sentencia justa, decretó que no tuviera ya esta fuerza la persecución de este crimen. Porque ¿cómo es justo, que porque vendió alguna cosa, que le cause perjuicio al fisco, le sobrevenga a alguien daño irreparable, la privación de la vida? No es, pues, de ninguna manera digno que aquel delito sea castigado con la muerte, ni nosotros dejaremos que así sean juzgados los que hayan sido descubiertos en este hecho, sino que se considerará que el que se hubiere hallado que vende al pormenor una cosa pública, luego que haya restituido el cuádruplo, sufrió suficiente pena.

CONSTITUCIÓN LXIII

DE LA PENA DE LOS QUE TRANSPORTAN A LOS ENEMIGOS COSAS VEDADAS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Eximiendo nosotros de castigo irreparable (que, a la verdad, contenía la pena de muerte) también este crimen, que dimana de la misma fuente, y que por los antepasados fue sujetado a la misma pena, lo consideramos merecedor de pena más moderada, así como los antes dichos, Porque se dispuso ciertamente por los antiguos, que no se transportaran a los enemigos cosas con las que pudieran prove-

erse y hacerse más fuertes, y esperaba a los infractores de la disposición la pena capital. Mas nosotros, señalando también para este crimen pena mas moderada, aunque la requiera dura, disponemos esto, que, si verdaderamente fuese el dueño de la nave quien hubiere transportado a los enemigos las cosas vedadas, y hubiere comunicado su designio a los marineros, sufra él solo la pena, y ademas de toda la carga de la nave entregue al fisco también la tercera parte de sus bienes, a no ser que lo agobiara mucho la pobreza.

Mas si este delito perteneciera a solos los marineros, (como muchas cosas ocurren ocultando ellos su maldad), quede él ciertamente exento de pena, pero ellos no escaparán a la pena, sino que primeramente serán azotados, y tonsurados al rape, y después, si fueran ricos, serán multados en el cuádruplo de lo que exportaron; mas si fuesen necesitados y pobres, sobre sufrir los azotes y la ignominiosa tonsura, pierdan también la libertad, porque se hicieron dignos de la esclavitud. Pues para os que, en cuanto de ellos depende, no solamente llevan a muchos a la esclavitud, sino que también causan amargura a la vida, aunque sean reducidos a la condición de la vida servil es esta, sin embargo, moderada y leve pena. Más esto ciertamente, cuando el crimen no se perpetró por común consentimiento. Pero si se hubiere ejecutado por común designio y malicia, como quiera que del mismo modo son autores del delito, sufrirán también la pena que en la prohibición prefijamos para la otra parte.

CONSTITUCIÓN LXIV

DE LA PENA DE LOS QUE OCULTAREN LAS COSAS DE UN NAUFRAGIO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Mucho me maravillo de cómo se considera que el que oculta las cosas arrojadas en un naufragio delinque tanto, que este pecado deba producirle la muerte. Porque que ciertamente se atreve a no mediana maldad el que defrauda en sus cosas a aquellos a quienes alguno, movido de misericordia, les sufragaría aun con lo suyo los gastos, y les mitigaría el dolor que llevan en el corazón, (porque es verosímil que por la pérdida de los bienes sufran graves dolores), es mas claro que la luz; pero que deba privarse de la vida a aquellos a quienes impelió a esto la perversa codicia, no puedo ciertamente entenderlo, Porque ¿qué cosa de tanto valor se quitó, que pueda ser comparada con el alma, de que aquel es condenado que debe ser privado?

Así, pues, es ciertamente pésimo y sacrílego el que se apodera de semejante lucro, quien verdaderamente despoja a muertos, (cosa que se hace por algunos), pero esta fechoría no merece tal pena; porque no es justo que por cosa material e inconstante se quite otra inmaterial e inmortal, a saber, el alma. Pues si con frecuencia, tratándose de cosas materiales, la multa no supera mucho al daño inferido, para que la desproporción no haga con su exceso así como cierto circuito, ¿cómo pena tan desproporcionada aniquilará a los que ocultan cosas de náufragos, de suerte que no se pueda expresar con palabras el exceso que el castigo aplica a la fechoría? Por lo tanto, mandamos que esto no sea ya castigado así, sino que por la cosa retenida pague el cuádruplo el que la ocultó, y sea con tal pena castigado este delito.

CONSTITUCIÓN LXV

DE LA PENA DE LOS ENCANTADORES.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Ciertamente que el que dice que a causa de la malignidad de los borrachos se debe reprobar el vino y desdeñar su deleite, parece que desacredita por su mal uso una cosa, no mala por sí. Mas yo, consi-derando la ley promulgada por los antiguos legis-ladores, que unas veces juzgando malo el encantamiento lo castiga, pero que otras lo admite, en tanto que no se demostró que fuera malo por el propósito de los que lo empleaban, sino que por su naturaleza producía la maldad, como los estercoleros los malos olores, no diré que aquellos legisladores sean dignos de reprensión, mas para que nadie vitupere una ley, que en sí contiene vituperación, opino que debe ser extirpada del terreno de las leyes.

Porque quiere ciertamente que se castiguen los encantamientos, porque, habiendo quitado la modestia del ánimo, excitan el pensamiento a las liviandades y a los furores amatorios, pero a su vez los aprueba, como si curasen las mieses y los frutos y proporcionasen otros bienes, según se cree, y lo que castigó como insidioso, lo honra también a su vez como benéfico.

Mas nosotros tenemos la persuasión de que tales artes mágicas son perniciosas, y no creemos que sean causa de bien alguno; y aun si pareciera que producen alguna tal cosa, como le parece a ley que las aprueba, tenemos por averiguado que aquella no es útil, sino cebo y cosa preparada para el mayor de los males, la carencia del sumo bien, y sabemos que hacen que los que a ellas se dedican se adhiera en vez que

al Creador y al Señor a funestos demonios, y que los que las siguen reciban, por medio de cierta grata apariencia de cosas externas, heridas en el alma. Algo así como lo que frecuente-mente les acontece al luchar a los meticulosos, quienes, no queriendo recibir heridas en las manos, exponen a ellas la cabeza o el vientre. Si, pues, se hubiere descubierto que alguien se valía de algún modo de encantamientos, ya si pretendiera la curación de una enfermedad del cuerpo, ya si alejar de los frutos un daño, éste, incurriendo en la pena de los apóstatas, sufra el último suplicio.

CONSTITUCIÓN LXVI

DEL PLAGIO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Así como es decoroso que la balanza de la justicia no se incline más de lo justo a la misericordia, así también lo es que con demasiada austeridad no se les imponga a los delincuentes pena más grave que la que requiera su pecado. Porque aquello, esto es, la intempestiva conmiseración, engendra, en los que no tienen escrúpulo en salirse de lo decoroso, menosprecio y mayor ímpetu para atreverse a lo malo; pero castigar un delito con pena mayor, y no según su mérito, no es castigo de justicia, sino hacer una cosa injusta con apariencia de justicia. Pues no castigar al delincuente con arreglo a su delito, es inferir injuria, pero de ningún modo ejerce la justicia. Pero ¿a qué ha sido dicho esto? Porque no sé cómo, conociendo esto la ley, estatuye que el que se hubiere llevado un esclavo ajeno sea por ello castigado con la muerte, no acomodando la pena al delito, cuando no es digno que se imponga la pena de privación de la vida, y, aunque haya acontecido cierta pérdida de cosa que puede compensarse, sujeta por ella al plagiario a un daño irreparable. Así, pues, como hemos visto que es injusto que a los que no cometieron cosa merecedora de la muerte se les exija pena tan dura, excluyendo también nosotros de las constituciones legales la misma ley que la costumbre menospreció, (para que no prive de la vida al plagiario, sino que lo castigue de otro modo), confirmamos por ley lo que a aquella le pareció bien, y mandamos, que, cuando se haya descubierto que alguien se llevo un esclavo ajeno, sea él castigado con la restitución del esclavo y con la estimación del mismo, y ademas con el completo pago de lo que provino de industria de él, y de cuanto hubiere podido percibir el dueño, si no hubiese perdido el esclavo, pero que no se les agrave más la pena a los delincuentes.

Porque así se conserva de modo suficiente la utilidad para el lesionado, y la pena para el hurtador, pues aquel recupera el esclavo, y no se disminuye la utilidad que habría tenido no habiéndosele hurtado el esclavo, y el otro debe devolver en el duplo el esclavo hurtado, y no lucra nada con la esclavitud del hurtado.

CONSTITUCIÓN LXVII

DE LOS QUE SE PASAN A LOS ENEMIGOS Y VUELVEN POR SU PROPIA VOLUNTAD.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Tanto la demasiada austeridad y severidad, como la inmoderada lenidad y clemencia, perjudican ambas por igual lo que es útil. Porque así el que emplea inmoderada severidad, como el que no puede mezclar la lenidad con la gravedad, ambos, ya estén encargados de uno solo, ya de una familia, ya de una ciudad, administran las cosas que les están encomendadas con detrimento de aquellos a cuyo frente están. Porque, así como los lugares templados y salubres tienen mezclados por igual las condi-ciones del aire, así también es menester que se muestre moderado por una mezcla de afecciones, acomodada a la utilidad de las cosas que se hayan de administrar, el que con rectitud ha de estar al frente de ellas, y que no sea pesado e intolerable por su inconsideración, ni despreciable e inepto para gobernar por su indecorosa lenidad. Así, pues, lo que decimos del aire, esto conviene en todo caso que se observe también en las leyes.

Porque es menester que las leyes, que en realidad son los jefes de la república, conserven el temperamento que he dicho, y que no tiendan a la severidad ni a la lenidad sin medida, si han de quedar incólumes los que aceptan el régimen de las mismas. Se dice por nosotros esto, preparando en la severidad que aparece en la ley dada contra los que se pasaron a los enemigos. Porque quiere que el tránsfuga, si alguna vez se inclinara al arrepentimiento, y quisiera, volviendo a los suyos, poner remedio a lo cometido por delito, sea echado a las fieras para que sea devorado, o que sea suspendido en la horca.

Lo que ciertamente me parece que sirve en gran manera de detrimento a la república, pero que origina también grande discrepancia por las razones que muestran el camino para el remedio. Porque les impone a los tránsfugas al enemigo la necesidad de no recordarse nunca de los suyos, y de no concebir el deseo de vol-

ver a la patria. Pues nadie, que sabe que a él le espera tal pena, elegirá, en vez de pasar la vida entre los enemigos, morir tan acerbamente en su patria. Por lo cual, repelemos de las muy justas leyes ciertamente esta severidad, por no decir iniquidad, (porque ¿acaso no es inicuo que sea tan acerbamente castigado el que delinquió, y después volvió en sí por su propia voluntad para remediar su delito?); pero mandamos, que si algún tránsfuga volviera a la patria, consiga el perdón, si esto lo hubiere hecho una vez, pero si dos, sea vendido en esclavitud por tres años, y si lo hubiere hecho tres veces, habiendo vuelto después, sea condenado a perpetua y eterna esclavitud; porque hombre de designio tan incierto, y tan inconstante es indigno de disfrutar de la libertad. Pero si el tránsfuga no hubiere, vuelto por su voluntad, sino que aprisionado por otros hubiera sido traído a la patria, no será injusto ni cruel que como enemigo sea castigado con la muerte, principalmente si hubiere contaminado sus manos con sangre de su gente.

CONSTITUCIÓN LXVIII

DE QUE LOS MONJES Y LOS CLÉRIGOS PUEDAN SER TUTORES, PERO ESTÉN APARTADOS DE LA ADMINISTRACIÓN Y DE LA DIRECCIÓN DE LOS PUPILOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Ciertamente que a los antiguos legisladores les plugo disponer, (cuando acaso a la sazón era uniforme la tutela, y eran considerados con el nombre de tutores solos los que tomasen a su cargo el amparo de los pupilos), que no tuvieran participación en esta cosa ni los monjes, ni aquellos a quienes tiene sujetos el orden sagrado.

Y les plugo con razón. Porque entendieron que era menester que los consagrados al divino ministerio estuvieran libres de las ocupaciones y molestias de las cosas externas. Mas nadie ignora cuanta fuerza tengan para distraer a los hombres y para apartarlos del culto debido a Dios el cuidado de alimentar a los jóvenes y la demás administración.

Así, pues, habiendo en esta cosa muy grande dificultad, y principalmente a causa de la larga duración del tiempo, (porque de ordinario toda la vida están retenidos los tutores por estos laboriosos cuidados), con razón, como he dicho, promulgaron este decreto.

Mas como los que vinieron después reservaron la denominación de tutores no solamente para los que administraban la tutela, sino que comenzaron a llamar tutores también a aquellos a quienes los testadores, movidos por la buena reputación de los mismos, les encomiendan las disposiciones testamentarias sobre sus bienes, y les confían la ejecución de las mismas después de su muerte, y por ello, llamamos tutores también estos, hubo la duda de si también los monjes, que alcanzaron el orden sagrado, podrían ser hecho partícipes de este cuidado, por cuanto parece que dicho decreto no lo admite, nosotros resolviendo la divergencia, mandamos, que sean excluidos ciertamente de aquella tutela a que se refirieron los tiempos antiguos cuando promulgaron el decreto, que les cerraba a dichas personas la entrada en ella, pero que a los monjes y a los clérigos les sea lícito alcanzar la especie de tutela nacida después.

Porque los cuidados de este cargo no serán tan graves que a él sujeten por completo a alguien, y lo separen de su divino ministerio; y por otra parte, cuanto más cauta y divinamente viven ellos que los que están sujetos a las necesidades profanas y están envueltos en las impurezas terrenas, hay más esperanza de que también alcanzarán mejor y más segura ejecución las disposiciones de los difuntos.

CONSTITUCIÓN LXIX

DE LA TESTAMENTIFACCIÓN DE LOS CIEGOS, DE LOS QUE NO SABEN DE LETRAS, Y DE LAS MUJERES.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Puesto que se duda cómo es conveniente que testen los ciegos, y esta duda existe por virtud de pasajes legales, y porque sobre esta materia estatuyen las leyes cosas diversas entre sí, y a causa de la costumbre que ahora tiene observancia, tampoco he creído inconveniente examinar y corregir este particular. Porque una ley prohíbe que el ciego haga de manera secreta testamento, y dispuso que éste no tuviera fuerza de otra suerte, sino si los testigos presentes afirmaran que lo que se dispuso emanó de labios del ciego y resonó en los oídos de ellos, (porque no quiere que la fe de los testamentos se apoye solamente en el escribano), y otra ley les abre a las mujeres y a los hombres que no saben de letras cierta amplia vía para testar de manera secreta, en cuanto no prescribe ninguna otra observancia, sino que el testador, si verdaderamente no fuese ignorante en letras, corrobore con su firma el

testamento, pero que si el no pudiera añadir esta seguridad, llame a otro para que lo subscriba por el. Y de este modo ciertamente están discordes entre si aquellas cosas por virtud de las leyes. Porque ¿cómo, si las mujeres y los hombres que no saben de letras hacen de este modo testamentos sin conocimiento de muchos, de tal suerte que la fe fluctúe solamente sobre el escribano, no tendrá por la misma causa el ciego también la libre testamentifacción? Más pugnan ciertamente con la ley no solamente la razón de otra ley sino también la de la costumbre. Porque place a ésta que tampoco sean privados de su fuerza los testamentos secretos de las mujeres, y de los hombres que no saben de letras, y de los ciegos. Y siendo esto así, mandamos que tengan autoridad también los testamentos secretos, ya sean de ciegos, ya de otras cualesquiera personas, disponiendo además esto, que antes que juren testigos, se expongan las firmas de los que escribieron los testamentos, quienes declaren que en realidad escribieron lo que había oído al dictarlo de propia voz el testador; y que si después de esto se probara que era falsa la escritura, se imponga como pena del delito, a los que ciertamente sean ricos, la privación de sus bienes, pero a los pobres se les aplique la pena de fuertes azotes y de destierro. Mas a estas disposiciones añadimos también, que si algunas veces el testamento necesitara para su confirmación juramentos, (lo que acontece con frecuencia), corroboren la fidelidad y la verdad de la cosa, juntamente con los testigos que han de jurar, también los mismos que escribieron el testamento.

CONSTITUCIÓN LXX

DE LAS AGRESIONES.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

En todas partes verás que entre aquellos a quienes une en alguna misma condición una comunión, son también comunes las intenciones. De este modo, pues, en las negociaciones se reparten también los socios entre si por igual el lucro y el quebranto, y los compañeros de viaje, cuando fortuitamente vienen a dar sobre alguna cosa, aunque muchas veces no la vean juntamente en un solo momento, tienen, sin embargo, en común por razón de la comunidad de viaje la posesión de la cosa hallada, y los compañeros de armas, aunque no todos hayan extendido con igual ímpetu las manos hacia el enemigo, recogen, sin embargo, por igual la palma del valor.

Así, pues, con razón le pareció también al antiguo legislador que sufrieran la misma pena los socios de una voluntad criminosa y los que por común designio perpetran una fechoría respecto a la que se estableció pena en la ley, ya sea el rapto de una mujer, ya la muerte del padre o de otro cualquiera, aunque no todos hayan prestado para el hecho la misma cooperación. Por lo tanto, aprobando nosotros también lo que respecto a los que juntamente y en común pusieron acechanzas a la vida de un hombre se sancionó en otro tiempo, mandamos que todos, cuantos quiera que fueren, sean castigados con el mismo suplicio, aunque no todos hayan prestado la misma cooperación para perpetrar la cosa. Pues no porque alguno no haya movido él mismo las manos para inferir la muerte, podrá estar inmune de pena. Pues ¿qué se dirá si para la muerte tampoco hubiere él tendido la suya, sino la diestra de otro? Porque es sabido que la mano homicida acometió el hecho instigada por la maldad común; pues si ella no hubiese tenido prontas en su auxilio las manos de los otros, ciertamente que no habría perpetrado tan pronto el homicidio. Por esto mandamos, según se ha dicho, que estén todos sujetos a la misma pena, aunque acaso la muerte haya sido inferida por el solo golpe de uno, y las manos de los otros no hubieren prestado ayuda.

CONSTITUCIÓN LXXI

DE LOS QUE HAYAN DE EDIFICAR EN TERRENOS DE LABRANZA Y EN VIÑAS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Juzgamos que aquella muy excelente y justa disposición de nuestro padre y príncipe, de sempiterna recordación, relativa a los que quisieran construir por separado algunos nuevos edificios en lugares que hasta entonces hendió el arado, y en los que hubiere viñas, sobre cuanto espacio deba distar de las lindes del vecino el nuevo edificio, ha de ser dignificada con el honor de la ley, puesto que no fue transcrita por nuestro padre en la colección de las leyes. Así, pues, estatuimos con arreglo a su voluntad, que los que quieren construir nuevas casas en terrenos de labranza, si verdaderamente lo comportara la amplitud del lugar, separen de las lindes del vecino el nuevo edificio tanto espacio cuanto determina el doble disparo de una flecha, pero que si la estrechez del lugar no diera tanto espacio, se determine esto también por un solo disparo de arco. Y no tenga nadie facultad para construir una nueva casa de esta clase dentro de dicho espacio.

La razón de esto es tan evidente, que no hay necesidad de explicarla. Porque más próximo está el peligro para los frutos del vecino, cuanto más próxima está la casa.

CONSTITUCIÓN LXXII

DE QUE SEAN VÁLIDOS LOS PACTOS AUN NO HABIÉNDOSE CONSTITUIDO PENA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Vemos que algunos se burlan del decreto de ley que dispone que por nudo pacto no se produce acción, sino solamente excepción. Porque teniendo por nudo todo pacto, que no contiene pena, aunque haya sido comprendido en un escrito, aunque los que pactan hayan sellado de su mano el escrito con el signo de la sacrosanta cruz, y aunque se hayan agregado las invocaciones de la divina trinidad, si, no obstante, no se hubiera establecido el daño de una multa, rechazan como no válido el pacto, sintiendo mal y comprobando pésimamente su juicio, como los que estiman que las cosas comunes y perecederas han de ser de mucho preferidas a las cosas divinas. Porque ¿cómo en el recto juicio de los hombres dará a los pactos la agregación de una pena tanta autoridad cuanta el sacrosanto signo y la invocación de la santa divinidad, que se ve en ellos? Mandamos, pues, que todo pacto, respecto del que haya bastante fe por virtud de estas divinas adiciones, tenga firme y sólida fuerza, aunque no se haya escrito nada relativo a pena.

CONSTITUCIÓN LXXIII

DE QUE NADIE HABITE CON MUJERES EN LOS CENÁCULOS DE LAS IGLESIAS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

No es justo dejar negligentemente cosa que aun antes de haber sido prohibida por la ley se ejecutaba, a la verdad, detestablemente, pero que después de la prohibi-

ción se intenta mucho más detestablemente, (a saber, que en los cenáculos de las iglesias, que el vulgo suele llamar lugares de los catecúmenos, algunos habitan con mujeres), y por lo tanto, tampoco será desatendida por nosotros. Había ciertamente quedado sin castigo esta cosa hasta el sínodo sexto, no se por que razón, mas en este mismo sínodo, en que fue mas completamente discutida, impuso ciertamente a los sacerdotes, que así habitaban, la remoción del sagrado orden, y a los profanos la excomunión. Mas el decreto sacerdotal no logró librar por completo de tal atrevimiento a las iglesias. Porque habiendo subsistido en la república hasta el tiempo en que rigió con el cetro nuestro padre, el más glorioso de los Emperadores, requería la fuerza del Emperador y un decreto, para que esta insolencia fuese expulsada de las sagradas casas. Así, pues, como también nosotros queramos que desde ahora tenga aquel observancia, estatuimos que nadie, ni sacerdote, ni profano que cohabite con mujer, habite en dichos cenáculos; pero que, si se descubriera que alguno mancilla de esta manera una sagrada casa, sea él expulsado de ella ignominiosa-mente por la fuerza del príncipe, y el que hubiere facilitado la habitación, (ya sea sacerdote, ya otro cualquiera, que tenga a su cuidado el templo), tema también por su parte la pérdida de su cuidado por razón de su menosprecio de la ley y de la profanación de las cosas sagradas.

CONSTITUCIÓN LXXIV

DE QUE NO SE BENDIGA A LOS FUTUROS CÓNYUGES ANTES DEL LEGÍTIMO TIEMPO DEL MATRIMONIO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Por cuanto en lo que se preceptúa sobre las nupcias por el sacro y magno sínodo sexto en el canon nonagésimo octavo parece que hay alguna cosa contraria a las disposiciones del derecho civil, (pues aquel ciertamente prohíbe en absoluto que la esposa, sobreviviendo todavía el esposo, se una a otro en matrimonio, y tiene esto por adulterio, pero la ley civil no juzga de ningún modo que tal disolución sea algún gran crimen, sino que, si se verifica antes que al tiempo del matrimonio se celebre la solemne bendición, limita la pena al solo pago de las arras y que lo que a título de pena se hubiere prometido), y como una razón más escrupulosa ve aquí el mismo punto vulnerable de la contradicción, (porque sería una verdadera disolución de los esponsales que estos se deshicieran después de la bendición), mandamos que no se celebren las bendiciones antes que haya llegado el legítimo tiempo del matrimonio,

que para los varones espera al décimo quinto año, y para las hembras al décimo tercero.

Porque así se hará en su propio orden la bendición, y siendo el divorcio de los desposados el de un matrimonio perfecto, tendrá por parte de la ley civil un juicio no contrario al de la iglesia.

CONSTITUCIÓN LXXV

DE QUE PUEDA SER HECHO SUBDIÁCONO EL QUE ES DE VEINTE AÑOS.

El mismo Emperador a ESTEBAN, santísimo Arzobispo de Constantinopla y Patriarca universal.

Si la sanción que en los negocios civiles procede de sagrados decretos tiene con frecuencia más autoridad que las leyes civiles, que tratan de las mismas cosas, ¿cuánto más no prevalecerán sobre las leyes civiles los sagrados decretos en sus propias materias? Mas ¿qué es lo que digo? El sexto sínodo dispone que pueda ser ordenado subdiácono el que tiene veinte años; contradiciéndole la ley civil manda que se añadan cinco a los veinte años. Así, pues, habiendo ya considerado también nosotros, que es conveniente que el orden sagrado se atenga a la ley sagrada, mandamos que tal ordenación recaiga en los de veinte años de edad, que sean dignos de ella.

CONSTITUCIÓN LXXVI

DE LA PENA DE LOS SACERDOTES QUE DICEN FALSO TESTIMONIO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Las sacras sanciones que se atribuyen a los preconizadores de Dios, (me refiero a los sacrosantos apóstoles), despojan de la sagrada dignidad a los sacerdotes que se descubre que juraron en falso; las leyes moderadoras de la república civil, cuando tratan de esta materia, dividen en dos el falso testimonio, y el que ciertamente hallan prestado en causa criminal lo castigan con la remoción de los sacerdotes que juraron

en falso, mas el que en negocio pecuniario, lo castigan relegando temporalmente a los delincuentes, mas no removiéndolos en absoluto.

Así, pues, nosotros mandamos, que los que habiendo jurado hubieren prestado falso testimonio, ya sea criminal la causa, ya pecuniaria, sean, como profanos, separados del sacerdocio, pero que si el falso testimonio no hubiere sido confirmado con juramento, sean relegados por tres años los que intentaron substituir una mentira a la santidad de la verdad, (pero habrán de ser relegados a un monasterio, donde será menester que vivan con arreglo a mas estrecha norma de vida), y, hecha la conveniente penitencia por el delito, sean restituidos a su primitivo estado.

CONSTITUCIÓN LXXVII

DE LA PENA DE LOS FALSARIOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

No está la obscuridad exenta de reprensión ciertamente en otros muchos tratados, pero principalmente en los de las leyes. Porque es conveniente, a lo que creo, que, si en alguno, carezca en éste de dicción ambigua y sea claramente formada la oración. Pues no son arcanos las disposiciones de la ley, para que sean alejados de la inteligencia de la multitud, sino que, si pudiera hacerse, convendría que ellas no estuvieran ocultas para nadie, ni hombre, ni niño, ni mujer, como cosa que conduce muy principalmente a que se dispongan mejor los hechos de los hombres, y a la utilidad de la vida.

Por lo cual, habiéndonos detenido en aquel difícil pasaje de los capítulos de las leyes, en el que, como si el legislador hubiese querido ocultar con las mismas palabras lo que decía, se consignó, «el falsario en delito máximo sea decapitado», como no conste, respecto a éste «máximo delito», cual haya indicado el mismo legislador, y éste deje indefinido el sentido, nos ha parecido bien explanar con claridad y precisión aquella oración.

Así, pues, mandamos, que el que con falsedad hubiere escrito algunas cosas, tales que por ellas pudiera ser condenado a muerte aquel contra quien fue preparado el escrito falso, sea decapitado, condenado a la pena que hubiere pensado tramar contra otro.

CONSTITUCIÓN LXXVIII

DE QUE EN LO SUCESIVO NO SE HAGAN SENADOCONSULTOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Así como tratándose de las otras leyes, que no aportan nada al uso común de las cosas, hemos sacado del cuerpo de las leyes lo superfluo, obrando así también en este caso, mandamos que sea excluida de la república de las leyes la ley que le atribuye al senado facultad de dar leyes. Porque como por las mismas cosas es conocida la inutilidad de ella, desde que la majestad imperial reivindicó para sí la administración de las mismas, sería necio y superfluo que estuviese unida con las útiles.

CONSTITUCIÓN LXXIX

DE LA PENA DEL SACERDOTE, DEL DIÁCONO, O DEL SUBDIÁCONO, SI DESPUÉS DE RECIBIDO EL ORDEN SE UNIERA A MUJER EN MATRIMONIO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Está sancionado, que las cosas que una vez fueron consagradas a Dios no deben ser quitadas, y esto no solamente tratándose de templos consagrados, sino con mucha más razón también tratándose de hombres, que mediante sagrado orden se dedicaron a la divina majestad, aunque, como son muchos los tropiezos de los hombres, dominándolos el pecado los haya excluido del orden en el que para que descollaran habían sido elegidos.

Así, pues, no aprobando el propósito del antiguo legislador, que quiere que el sacerdote, o el diácono, o el subdiácono, que después de la ordenación se haya unido con una mujer en matrimonio, sea en todo caso separado del hábito clerical y vuelva a la vida profana, derogamos este decreto, y mandamos que les baste para pena la sola restitución del orden en que eran tenidos antes de las nupcias, pero que de ninguna manera sufran ellos extrañamiento del hábito clerical y del demás ministerio de la iglesia, que por las leyes no se les prohíbe tener.

CONSTITUCIÓN LXXX

DE QUE SEAN CONTADOS EN LAS MERCADERÍAS PÚBLICAS LOS TROZOS Y LAS PEQUEÑAS PORCIONES DE PÚRPURA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

No sé por qué razón los Emperadores de la época anterior, queriendo vestirse con la estola purpúrea, fueron inducidos a determinar que no se vendiese absolutamente ninguna pequeña porción de púrpura, y a no permitirle a nadie vender o comprar tal color. En efecto, quizá habrían tenido un pretexto no absurdo para prohibir la venta de un tejido íntegro, más para prohibir la de trozos y de pedacillos, que no proporcionan utilidad alguna ni uso conveniente ni al vendedor, ni al comprador, ¿qué causa honrosa y exenta de mala voluntad hacia los súbditos habría para la voluntad del legislador? Porque ¿qué oposición, o qué comunidad resulta de aquí para la suma voluntad de la majestad imperial? Así, pues, no asintiendo nosotros a este decreto, mandamos que se puedan vender al pormenor y comprar pedazos y trozos de púrpura, que proporcionen a los súbditos apariencia de magnificencia u otro uso no prohibido. Porque es conveniente que la majestad imperial, además de que también de otros modos colma de beneficios a los súbditos, no envidie la magnificencia de estos.

CONSTITUCIÓN LXXXI

DE QUE NO ESTÉ TOTALMENTE PROHIBIDO QUE DE ORO Y PIEDRAS PRECIOSAS SE HAGA ALGUNA COSA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Considerando que también esta ley, que en absoluto priva de la facultad de hacer alguna obra con oro y piedras preciosas, y que dispone que subsista la fabricación en cuanto a los objetos de tocador de las mujeres y a las que se llaman sortijas, es de la misma naturaleza que la que trata de la púrpura, la ponemos bajo la misma condición que a ésta. Porque convenía prohibir no simplemente que se suministrase material de oro para fabricar alguna cosa, sino las especies de obras, pues es manifiesta soberbia vedar que se haga absolutamente ninguna obra de oro y

de piedras preciosas; pero ¿qué razón defenderá a la ley del oprobio de la suma crueldad, de que sufra tan grave pena, (me refiero a la multa de cien libras de oro, y además al suplicio capital), el que se haya descubierto que en cualquier cosa infringe la ley? Y omito otro absurdo, que el efecto de la pena señaló tratándose de los tesoros sagrados y de algunas otras cosas. Así, pues, nosotros juzgamos que se debe prohibir no simplemente que se haga alguna obra con oro y piedras preciosas, sino aquellas obras que se les permiten solamente a los Emperadores, y cuyo uso corresponde a la magnificencia de la majestad imperial, y a sus necesidades. Mas si alguno pudiere hacer o un monumento sagrado, o alguna otra cosa, que no exceda a la dignidad y al honor privados, tenga libre facultad para hacerlo.

CONSTITUCIÓN LXXXII

DEL TESTAMENTO AL CUAL SE LE QUITARON LOS SELLOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Muchas cosas que por algún accidente fortuito dan origen a una calamidad, no bien examinadas, son notadas con la denominación de crimen, pero consideradas con más detenimiento son absueltas de tal nota. Mas ¿qué es lo que digo? Muchas veces es lesionado alguien, no de industria, sino fortuita-mente, por golpe de arma o de piedra.

Y ciertamente, esta cosa juzgada a la ligera muestra culpable al que hizo el disparo, pero, llamada a investigación y examen, no se halla ninguna justa razón para acusar culpa, de suerte que es conveniente que las cosas que acontecen por accidente sean juzgadas más bien según las circunstancias, que con arreglo a la naturaleza de la cosa. ¿Por qué, pues, se dice esto? Como a veces se deja, por requerirlo la necesidad, abierto un testamento, y quedando éste así sin sello, o también borrando (como suele suceder) el mismo tiempo el sello, hay litigio sobre la fe que tendría lo sellado, y por ello recae cierta incertidumbre sobre tales testamentos, nos pareció bien procurarles de otro modo fe a los testamentos.

Por esto mandamos, que, aunque no le quede al testamento el apoyo del sello, no se dude de que sea firme, si las firmas pudieran hacer abonada la fe. Porque así como las firmas dan firmeza a los testamentos todavía no abiertos, aunque acaso no se haya conservado ileso el sello, así también consideramos justo que los que después fueron abiertos, o por negligencia quedaron sin sellar, o aquellos en los que

desaparecieron los sellos por la larga duración del tiempo, no sean privados de su fe, aunque provenga del solo testimonio de la firma. Pero además mandamos, que, si por desidia del juez quedara sin sellar el testamento, se le imponga al mismo en pena de su desidia la multa de doce libras.

CONSTITUCIÓN LXXXIII

DE QUE EL DINERO SEA DADO LÍCITAMENTE EN MUTUO AL INTERÉS DE CUATRO POR CIENTO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Sería ciertamente cosa óptima y saludable, si de tal manera se acomodase el género de los mortales a las leyes del espíritu, que para nada necesitase de preceptos humanos; mas como no es propio de cualquiera elevarse a la sublimidad del espíritu y atenerse a la voz de la ley divina, sino que son pocos en número aquellos a quienes la virtud lleva allá, bien estaría la cosa, si a lo menos se viviese con arreglo a las leyes humanas. En todas partes son condenadas por decreto del espíritu las que se llaman cantidades prestadas a interés, y sabiendo esto el Emperador, nuestro padre, de eterna memoria, juzgó que debía prohibir por disposición suya el pago de intereses.

Mas a causa de la pobreza aquello no redunda en mejoría, que era el propósito del legislador, sino en empeoramiento. Porque los que con la esperanza de intereses estaban antes prontos para dar dinero en mutuo, después de promulgada la ley, como quiera que no puedan percibir ningún lucro del mutuo, son inhumanos y crueles contra los que necesitan de tal humanidad. Y aun más, esto dio ocasión a la prestación de juramento y acaso a perjurios, y en general, a causa de la perversidad que resalta en la vida humana, no solamente no aprovechó la virtud de la ley, sino que también perjudicó.

Así, pues, aunque no podamos culpar a la ley por sí misma, lo que no suceda, como la naturaleza humana no llega, según hemos dicho, a la sublimidad de ella, derogamos aquella egregia prescripción, y estatuimos, por el contrario, que el uso de un mutuo produzca intereses, según les plugo a los antiguos legisladores, pero a saber, intereses al cuatro por ciento, que cada año producen para los prestamistas una silicua por cada sueldo.

CONSTITUCIÓN LXXXIV

DE QUE A LOS MAGISTRADOS DE LA CIUDAD ASÍ COMO A LOS QUE SE HALLAN FUERA DE LA CIUDAD, EXCEPTO AL PRESIDENTE, LES SEA LÍCITO NEGOCIAR Y TAMBIÉN EDIFICAR.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Lo que por nuestros antecesores se decretó respecto a los magistrados, a saber, para que los magistrados de la ciudad real no compren cosa alguna mueble, ni inmueble, ni se determinen a edificar, sino con permiso del príncipe, y además para que, si durante el tiempo de su magistratura fuera a ellos alguna munificencia, tampoco sea válida ésta, salvo si el donante la confirmara con la autoridad de una escritura, finida la magistratura, o su hubieran transcurrido cinco caños después de la magistratura, esto, aunque en cuanto al propósito de que no tenga lugar violencia haya sido establecido por muy excelente razón, sin embargo, como es fácil cerrarle también de otro modo el camino a la violencia, no nos parece a nosotros que es necesario.

Por lo que queremos que también esto quede derogado, principalmente porque, por lo mismo que no se siguió pena, habiendo quedado impune cada día su transgresión, no tuvo ninguna fuerza aun antes de nuestro decreto. Mas ¿por qué no es esto necesario? Porque siéndole dado a cualquier habitante de esta ciudad, tanto pobre, como rico, implorar y suplicar al príncipe, le es lícito, si sufriera alguna violencia, impetrar del Emperador, que de ningún modo sea consumada por aquel magistrado violento. Por lo que ¿qué necesidad habría de que, a la manera que en las provincias, faltas de todo auxilio, se requiriese esto con tanta exactitud en la ciudad, donde es abundante el auxilio?

Así, pues, mandamos que conforme al presente estado de las cosas puedan los magistrados comprar y edificar, y estar exentos de acriminación por recibir los regalos que espontáneamente se les ofrecen, ciertamente porque aquellos que sufran violencia tienen en su mano, cuando alguna tal cosa acontezca, escapar a ella elevando súplicas al príncipe.

Mas respecto a los magistrados de las provincias ha parecido bien estatuir, que, durante el tiempo en que disfrute del honor de la prefectura, no compre el presidente cosa alguna, ni edifique para su uso, ni haga suyos impunemente los donativos, pero que los otros magistrados menores, comunicada la cosa al prefecto, o sean removidos, o desempeñen su cargo, a juicio del mismo.

CONSTITUCIÓN LXXXV

DE QUE LOS PADRES QUE NO PASAN A SEGUNDAS NUPCIAS RECIBAN LA PORCIÓN QUE UNO DE LOS HIJOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Como quiera que en cuanto a lo asegurado con hipoteca nada hemos prescrito respecto a los maridos dejados con hijos por sus mujeres, pero donándoselo la costumbre, lo adquieren también las mujeres que premueren, juzgando nosotros que para nada se debe innovar en esto la costumbre, estatuímos, que, así como hasta ahora estuvo sancionado, se les de a las mujeres lo asegurado con hipoteca, y que a los maridos, si verdaderamente pasaran a segundas nupcias, no les sea lícito adquirir nada, más, si venerasen el primer matrimonio, se les asigne en remuneración de esta veneración la porción que a uno de los hijos, pero que esta parte sea sujetada a elección, de suerte que, si ciertamente fuera igual o superara a lo asegurado con hipoteca, se contente él recibiéndola, porque no experimente absolutamente lucro, o daño alguno; más si no fuera igual, sino menor que lo asegurado con hipoteca, ni dé el marido cosa alguna de lo suyo, ni reciba nada de los bienes de su mujer.

CONSTITUCION LXXXVI

DE LA PENA DE LOS OBISPOS, SACERDOTES, Y CLÉRIGOS, QUE SE DEDICAN A LA ABOGACÍA, A AFIANZAMIENTOS, A ARRENDAMIENTOS, Y A OTRAS COSAS SEMEJANTES.

El mismo Emperador al mismo Stiliano.

Los que por la bondad divina fueron elegidos para el divino y santo altar, es conveniente que estén libres no solamente de otra torpeza de pecado, sino también de los negocios de la vida común. Porque así como no es lícito que sean profanados con un uso común los otros monumentos del culto no contaminado y sagrado, del mismo modo tampoco conviene que se deshonren con un común empleo los sagrados ornamentos de un sagrario inmaculado, sino que permanezcan en el orden a que fueron consagrados, conservando pura la consagración.

Así, pues, un decreto de los apóstoles, preconizadores de Dios, despoja muy convenientemente de su sagrado orden a los obispos, o a los sacerdotes, o a los clérigos, que se dedicaron a la abogacía, o a afianzamientos, o a arrendamientos, o a otras cosas de esta naturaleza. Porque los que de tal modo deshonran la dignidad a ellos atribuida por el sacrosanto espíritu, y por su parte deprimen la sublimidad de la gracia, con razón son, como indignos del beneficio, cuya magnitud no sienten, condenados a la pérdida de éste. Más como la presente manera de vivir es mas débil, de modo que no alcanza a la cima de la disposición de aquellos divinos legisladores, juzgo que no les desagradará, que, en los casos en que el pecado no es indigno de perdón, se les conceda cierta moderada dispensa a los pecadores. Por ello nosotros, estatuyendo no lo contrario, (lo que no suceda), sino más bien ateniéndonos a la sacra disposición, y para que no se les deje ninguna causa de excusas a los que por ella son condenados, mandamos, que los presbíteros, o los sacerdotes, o en general cualquier clérigo, que o patrocinando, o afianzando, o de otro modo seme-jante deshonren su orden, sean removidos, y por algún tiempo se les prohíba celebrar los actos sagrados; y cuando así hubieren hecho la penitencia, digna de su delito, sean vueltos a la sagrada comunión, prometiendo que en lo sucesivo serán ellos completamente ajenos a la manera de ser mundana. Más si se descubriera que otra vez se mancillaron con las mismas cosas, absténganse enteramente de las sagradas funciones como profanos e indignos.

CONSTITUCIÓN LXXXVII

DE LA PENA DE LOS ECLESIÁSTICOS QUE JUEGAN A LOS DADOS.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Tampoco los que del orden sagrado se dedican a los dados se atreven a cosa merecedora de alguna moderada pena. ¿Por qué? Porque los que con mente tranquila, y con animo inalterable para contemplar las cosas divinas, debían, en cuanto es dable a la naturaleza humana, no separarse de lo bueno, se apresuran también por el contrario a juegos juveniles. Así, pues, es justo que también éstos sean removidos del sacerdocio conforme al divino decreto de los sacrosantos apóstoles. Mas como también este mismo decreto dispone con humanidad que sufran la pena los que no desistan, mandamos asimismo nosotros, que los que con el juego de dados contaminan su sagrada condición sean relegados a monasterios (pero ponga el espacio de tres años término a esta relegación), y cuando pareciere suficientemente expiado su delito, sean también ellos restituídos a su primitivo estado. Pero si de nuevo determi-

naran perder el tiempo en juegos, sean como objetos de ludibrio arrancados y echados por completo del sacrosanto estado eclesiástico.

CONSTITUCIÓN LXXXVIII

SE ESTABLECEN DÍAS FESTIVOS PARA ALGUNOS VARONES CELEBRES EN LA IGLESIA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Como quiera que sea digno que al venerable decreto de los santos apóstoles, que se publicó para honra y gloria de los sacratísimos días, en que debemos estar de fiesta en honor del señor de todas las cosas, y de aquellos días que significan la santificación de estos mismos celebrados legisladores, y de los demás victoriosos com-batientes, que con su muerte ahuyentaron la impiedad, se añada también esto, que tampoco quede sin honores y sin celebración la memoria de estos varones elocuentes en lo divino, que después de aquellos brillaron en la iglesia, y a semejanza de luminares abrillantaron con actos y palabras el firmamento de la iglesia, supliendo nosotros lo que falta, mandamos que se solemnicen también con los convenientes honores los sagrados días de la santificación de aquellos cuyos nombres son estos: Atanasio, de ínclito nombre entre los pontífices de Dios; Basilio, aquel regio ornato de la iglesia; Gregorio, de sobrenombre el teólogo; Gregorio, dulce e ilustre fuente de la iglesia; Juan, enteramente boca de oro del espíritu; y con ellos Cirilo y Epifanio, que por sus preclaros hechos y su gloria son iguales a ellos.

CONSTITUCIÓN LXXXIX

DE QUE LOS MATRIMONIOS NO SEAN CONFIRMADOS SIN LA SAGRADA BENDICIÓN.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Así como la antigüedad desatendió la cuestión de la adopción, que se hallaba confusa, pues en tanto que permitía que se llevara a cabo sin preces y sin sagrados misterios, no creía, sin embargo, que debía ser estimada en poco, así parece que descuidó también la perfecta constitución del matrimonio, dejando que se celebrase

sin haberse recibido la bendición. Mas en los antiguos quizá pueda hallarse razón de esta voluntad, pero en cuanto a nosotros, habiendo sido por la divina gracia concertadas las cosas para un régimen de vida más honesto y mucho más santo, es conveniente que no se desatienda ni una ni otra de dichas cosas. Así, pues, a la manera que preceptuamos que la adopción se verificara con sagradas innovaciones, así también mandamos, que los matrimonios sean confirmados con el testimonio de la sagrada bendición, de suerte que, cuando por los que se casan no se hubiere guardado esta forma, no se diga de ningún modo que hay matrimonio, ni sigan los derechos de este a tal unión. Porque no hallarás nada entre el celibato y el matrimonio que no deba ser reprendido. ¿Eres presa del deseo de vida conyugal? Necesario es que observes las leyes del matrimonio. Mas ¿te desagradan las molestias del matrimonio? Vive soltero, y ni adulteres el matrimonio, ni encubras falsamente el celibato.

CONSTITUCIÓN XC

DE QUE ESTÉN SUJETOS A LA PENA DEL SAGRADO CANON LOS QUE CONTRAEN TERCER MATRIMONIO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Menester era que nosotros, estando formados por la divina mano, y dotados de inteligencia y de razón, no cediéramos a la superioridad de algunos brutos. Porque no está exenta de reprensión aquella flaqueza, ni libre de justas vituperaciones, sino que es tanto más de culpar, cuanto la racional aventaja a la naturaleza irracional. Era, pues, conveniente que los hombres, así como en otras cosas, tampoco en la castidad del matrimonio descuidaran su prudencia. Porque muchos brutos, muerta la hembra, abrazan perpetua viudedad, y no quieren así como olvidar la primera con una segunda unión.

Mas como estimando la naturaleza que no es torpe esta flaqueza, aunque es torpísima, no se contentó con el primer matrimonio, sino que sin estar poseída de pudor alguno pasa también al segundo, debía ciertamente hacer alto en este vicio; mas no lo hace, sino que sin recibir de la sagrada ley dispensa del vicio, se lanza del segundo matrimonio al tercero, menospreciando la pena establecida contra el tercer matrimonio, por cuanto no se exige, principalmente porque también la ley civil, no sé por qué, no presta su asentimiento al decreto de los apóstoles, sino que les remite la reprensión a los que no quieren contenerse en el consorcio de segundas nupcias.

Por lo tanto, nosotros, ateniéndonos al decreto de los apóstoles, estatuimos que los que hubieren llegado a tercer matrimonio queden sujetos a la pena, que contra los mismos promulgó el santo canon.

CONSTITUCIÓN XCI

DE QUE NO SEA LÍCITO TENER CONCUBINA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Y tampoco dejó de tomar con indiferencia la honestidad aquella ley, que juzgó que a los que de ello no se avergüenzan debe permitírseles que se unan ignominiosamente con concubinas. Así, pues, para no dejar que esta lenidad deshonre nuestra república, sino que ciertamente enmudezca para siempre esta ley, se prohíbe por nosotros con arreglo a los preceptos divinos, y que cuadran en los cristianos, tal injuria, contraria no ya solo a la religión, sino también a la naturaleza. Porque si ciertamente tienes conforme al divino oráculo propia fuente, toma con prudencia de ella el agua, (pues, ¿por que razón, siéndote lícito tomar aguas puras, prefieres tu las cenagosas?), y si no la tienes, no puedes, sin embargo, adquirir cosas vedadas; pero tampoco es difícil encontrar consorte para la vida.

CONSTITUCIÓN XCII

DE LA PENA DEL QUE DE INTENTO DEJÓ CIEGO A ALGUNO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Aunque habiendo habido duda en cuanto a uno que con violentas manos había sacado a otro los ojos, haya sido proferida por nosotros sentencia de otro modo que como sancionan las antiguas leyes, nunca, sin embargo, fue nuestro ánimo transformar en ley aquella sentencia. Porque juzgamos así ciertamente movidos algún tanto a misericordia, como también lo indicamos, y puesto que no se le podía restituir la pérdida de los ojos al que los perdió, no juzgué que, aunque fuese digno de sufrir el mismo daño, debía ser sumido en la misma ceguera el que hubiese causado este daño, sino que determiné una pena tal, que el que sacó los ojos llevase señales de la pena, y que el que lo sufrió tuviera algún consuelo, de modo que en tan

grande calamidad y en tan profunda ceguera percibiese los frutos del trabajo del que con ella lo perjudicó. Pero aunque así se juzgó, no había, sin embargo, el ánimo de hacer, como he dicho, de la cosa juzgada ley.

Mas como uno que se halla comprendido entre nuestros sacros oficios, (cuya petición ¿por qué razón rechazaré?) pidió que aquella sentencia fuese colocada entre las leyes por causa de la humanidad de lo estatuido, a fin de que en lo sucesivo, cuando ocurra alguna tal cosa, se pronuncie sentencia, con arreglo a la pena que también se estableció al presente para el reo, atendemos a lo pedido, y sancionamos el decreto.

Así, pues, si alguna vez hubiere alguien causado daño en ojo de otro, mandamos que, si ciertamente en uno solo, haya de sufrir él igual pena, y sea privado también de uno; pero que si hubiere puesto en ambos sus maléficas manos, como quiera que en este caso la igualdad de la pena no le aprovecha al lesionado, (porque ¿qué utilidad es para el que vive en las tinieblas, que también otro esté sumido en las mismas tinieblas?), y para el sujeto a la pena es, aunque no sin razón, intolerable la vida, siendo esto así, mandamos que la pena sea procedente no de igual manera, sino de diverso modo, según el que sea castigado el malhechor, y experimente alguna utilidad el lesionado. Y estatuimos de este modo: el que a alguien le hubiere causado la pérdida de ambos ojos, sea ciertamente privado también de un ojo, para que lleve la marca de su delito, y como seria justo que él fuese además mutilado en su mano criminal, en lugar de la pérdida de la mano sea multado en las dos terceras partes de sus bienes, y recíbalas para consuelo de su vida aquel a quien por él se le sacaron los ojos. Y de este modo experimente ciertamente el ciego, porque con aquellas recibe recursos para sustentar la vida, algún módico alivio de su desgracia, y sufra aquél en pena de su fechoría, según se ha dicho, la privación de un ojo, y la pérdida de bienes en lugar de la pérdida de las manos. Mas si el reo fuera verdaderamente rico, sea de este modo procedente la pena, pero si acaso fuera pobre, y pasara la vida en estrecheces, y no pudiera darle cosa alguna en compensación al que por violencia de él mismo fue sumido en la miseria, sea en este caso consocio y partícipe en semejante calamidad, y arrancándosele ambos ojos pase en tinieblas la vida.

Pero si para perpetrar este maléfico hecho hubieren algunos prestado auxilio, si verdaderamente ellos mismos hubieren empleado sus manos en el delito; habiendo sacado ambos ojos, sean castigados también ellos del mismo modo; mas si se hubieren abstenido de poner sus manos en los ojos, pero hubieren prestado para la fechoría algún otro auxilio, limítese para ellos ciertamente la pena al azotamiento del cuerpo, a la tonsura al rape, y a la multa de la tercera parte de los bienes, pero sean sometidos también a las susodichas penas los autores de la ceguera.

CONSTITUCIÓN XCIII

DE QUE SE PUEDAN RESCINDIR LOS ESPONSALES SI SE VIERA QUE LA ESPOSA ESTABA EMBARAZADA DE OTRO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Por cuanto los antiguos, que trataron de los esponsales, no sé cómo no dispusieron cuidadosamente sobre esta materia, ya porque no quisieren com-prender entre las causas de disolver los esponsales esto sobre lo que hemos de disponer ahora, ya porque entonces aun no había ocurrido alguna cosa semejante a esta, cuya aparición requiere al presente la promulgación de una ley, supliendo nosotros lo que falta en esta parte, llevamos el tratado de los esponsales a su justa perfección.

Así, pues, una antigua constitución disuelve los esponsales por varias causas, me refiero a la opinión sobre religión, a si uno fuera presa de enfermedad de locura, y además también por algunas otras. Porque si una de las partes desposadas tuviera alguna causa de estas, manda que se disuelvan los esponsales; mas lo que ahora es considerado digno de nuestra consideración, o porque entonces a la sazón no había sucedido todavía, según hemos dicho, o porque no se creía que acontecería, o por otra cualquiera causa, no era contado entre las mencionadas.

Mas tal es ello: se descubrió que una esposa, contraídos ya los esponsales, habiendo tenido ocultamente otros ayuntamientos, perdió la castidad de los esponsales. Y esto ciertamente no fue comprendido en las antiguas leyes. Mas nosotros, añadiéndoles lo que les falta, mandamos que aquellos a quienes unieron esponsales putativos, no verdaderos, se separen no solamente por causa de fe perversa, o por razón de enajenación mental, o por otras causas, sino también por esto, que no menos, sino más, se opone al matrimonio. Porque ¿cómo son verdaderos los esponsales, en los que no se ve la verdad de ellos? Y ¿dónde está la concordia conyugal? ¿Cómo hay amor sincero y de esposos donde hay delito de meretriz, ocasión de discordia, causas de odio, y enajenación de ánimos? Porque todas estas cosas hay en la admisión de semen espurio y ajeno.

Pero tampoco es de razón que uno tenga sujeto a sí al nacido de otro semen, ni es justo que él ciertamente tome por mujer a la que tuvo por esposa con la esperanza de la honesta delectación de un casto matrimonio, y que ella, que insulta las leyes del matrimonio, y que siendo lasciva con otros hace para él vana la esperanza de la delectación, sea reconocida como mujer, llevando vida de meretriz.

CONSTITUCIÓN XCIV

DEROGACIÓN DE LA LEY QUE TRATA DEL CONSULADO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Puesto que nuestra revisión de las leyes tiene este fin, borrar del texto de las leyes no solamente aquellas cosas, cuya escritura perjudica muchas veces el estado de las cosas, sino también lo que sepultado largo tiempo en el silencio parece que yace completamente inútil, y así como por su moho no empleado en el uso público, es consiguiente excluir del cuerpo de las leyes, juntamente con otras inútiles, también la ley sobre el consulado, como por no ser al presente conveniente para nada a la república. Porque ciertamente que en otro tiempo era digna de veneración la dignidad consular, y hacía que fuesen venerandos y eminentes por su magnificencia los que la alcanzaban. Por esto, a la verdad, aquellos a quienes cabía en suerte desempeñar el consulado, queriendo devolver a la república la liberalidad que ellos mismos percibían con su dignidad, hacían liberales donativos al pueblo. Mas en un principio estaban encomendadas ciertamente al arbitrio de cada cuarta magnitud y la disminución de la liberalidad, pero después, porque así pareció bien, plugo que por un decreto de ley fuese esta circunscrita a cierta medida. Pero aparece que esto ciertamente se observó mientras floreció en la república la majestad de la dignidad consular; mas ahora, habiendo el curso del tiempo, que todo lo remueve, transformado también esta magnificencia consular de su primitiva gloria y amplitud en una especie abyecta, y no siendo de ordinario los que a ella llegan ricos para otros, sino que a veces no se bastan a si mismos, y como por esto abrumó profundo silencio a esta ley relativa al consulado, también a ella, mezclada ya en vano con las Constituciones legales, la excluimos de estas juntamente con las demás inútiles, según se ha dicho, por decreto de nuestra majestad.

CONSTITUCIÓN XCV

DE LA CORTEZA DE TIERRA, QUE FUE ARRANCADA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

También para las leyes antiguas y que antes tuvieron origen dio causa el uso necesario de las cosas. Porque atenta siempre la voluntad de los legisladores a las

vicisitudes de la vida, hacen las leyes con arreglo a la naturaleza de ésta. Así, pues, como de los negocios de la vida común resulta para las leyes, según hemos dicho, la ocasión de nacer, también nosotros, cuando vemos que a causa de la novedad de alguna cosa, que no se puede resolver por ninguna ley antigua, hay necesidad de una ley, para que si acaso otra vez ocurriera también alguna tal cosa pueda ésta ser decidida legítimamente, establecemos una ley con arreglo a la calidad de la cosa. ¿Qué ley es, pues, esta? Cuando campos vecinos están sujetos a diverso dominio, y uno se halla en lugar superior, y otro está sito en uno inferior, limitado en la superficie, si alguna parte del campo superior, desprendida con arboles, o sin ellos, recubriera al inferior, que recibe lo arrancado, no tenga sencillamente facultad el dueño del campo inferior para reivindicar como suya la materia arrancada, porque yace dentro de los limites del mismo, ni el dueño del superior, que sufrió el desprendimiento, para promoverle a aquel litigio sobre el dominio de los límites, que recibieron la parte arrancada, sino permitale el dueño del campo inferior al dueño del campo superior, que, si quisiera la materia arrancada, ya se halle con frutos, ya sin frutos, la recobre y se la lleve, pero tenga él la elección de una de estas dos cosas, y sea, como antes, dueño de la materia recobrada y restituida a sus límites, o, si no quisiera esto, absténgase en absoluto tanto de la materia, como de los límites que la recibieron, y no le promueva cuestión al dueño del campo, que recibió lo arrancado. Porque así como cuando las casas son entre si adyacentes, y es mas elevada la estructura de la una, y más baja la de la otra, si acontece que la casa superior se derrumba sobre la inferior, recoge los materiales caídos, o, si no quisiera optar por esto, los pierde en absoluto, y no molesta de ningún modo a la parte que recibió lo caído, así también es conveniente que en este caso exista y se observe la misma consecuencia.

CONSTITUCIÓN XCVI

DEL SEPULCRO VIOLADO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Para aquellos delitos que se cometen por sola maldad de ánimo, y que no pueden ser excusados por ninguna necesidad natural, ni se debe otorgar perdón, ni se ha de conceder remedio de la pena que se les ha e imponer; pero a los que en absoluto no proceden de maldad, sino que tienen mezclada alguna violencia de la naturaleza, no se les denegará perdón por los que quieren juzgar según el grado de violencia, que hay en la naturaleza. Por esta razón opino yo que se contradicen el

decreto civil y el sagrado, en cuanto estatuyen respecto a los violadores de sepulcros. Porque, a la verdad, la ley civil, atendiendo solamente a la mala voluntad, castiga este delito, negando en absoluto el perdón; pero la sagrada, (mirando, según creo, a la pobreza, que veja míseramente la vida humana, y hace muchas veces que los pobres se atrevan a lo que de ningún modo debe uno atreverse), no estableció pena contra los que en esto hubieran sido sorprendidos. Así, pues, nosotros, acomodándonos al sentido de ambos decretos, y uniendo entre sí, en cuanto se puede hacer, la pena y el perdón, mandamos, que los que una sola vez se hubieren atrevido a esto obtengan al ser castigados sentencia más leve y clemente, pero que los que de esta misericordia tomen ocasión para pecar otra vez, y no desisten de su maldad habiéndose hecho por aquella más prudentes, sufran la pena sin que se les admitan ningunas súplicas. Más esta consistirá en azotes dados en la espalda y en la tonsura del cabello.

CONSTITUCIÓN XCVII

DE QUE JURE EL JUEZ AL COMIENZO DE UN LITIGIO Y AL SER NOMBRADO MAGISTRADO.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Aunque parezca que la ley, que preceptúa que se debe jurar al ser nombrados los magistrados y al comienzo de los litigios, se opone al divino precepto, que manda que en absoluto se eviten los juramentos, sin embargo, si alguien penetra en el sentido de las palabras, hallará que ella no fue dada para cosa diversa, sino que por el contrario descubrirá el empeño de hacer por medio de la institución del juramento lo mismo que quiere la ley sagrada, al privar de dispensa para jurar. Porque esta ciertamente, para cerrarle por completo el camino a la mentira, veda en absoluto que se jure, más aquella, queriendo esto mismo, toma como auxiliar el juramento para ahuyentar la mentira. Por lo cual, dirigiendo también nosotros la mente no a la materialidad de las palabras, sino al fin propuesto, nos ha parecido conveniente no despreciar el decreto civil, como si pugnara con el divino mandato del Señor, sino conservarle su honor, como por tender a lo mismo. Pero además de esto también entendemos que el divino mandato fue dado no sencillamente, ni para moderar los negocios de la vida común, sino para constituirles un paso a una república más perfecta a los que desean ascender a aquella dichosa sublimidad, a la manera que también otras cosas como estas: «no os inquietéis en vuestra alma por lo que hayáis de comer», y «no escondáis tesoros en la tierra», y otras del mismo senti-

do. Porque estas y otras semejantes se les exigen a los que persiguen algo más perfecto. Por lo cual, conservándole sin menoscabo a la ley civil su propia fuerza, según hemos dicho, mandamos también nosotros, que los que ingresen en la magistratura, y comiencen litigio sobre cosa dudosa, presten con juramento garantía de que ellos antepondrán la verdad a la mentira, y de que, no separándose de ningún modo de la vía recta, no entrarán en la senda oblicua del fraude.

CONSTITUCIÓN XCVIII

DE LA PENA DE LOS EUNUCOS, SI SE CASARAN.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

La sanción de las leyes tiene el fin de constituir la república, y ofrece auxilio a la naturaleza cuando a veces ha sido afectada por injuria. Es, pues, justo, que también de la especie ahora propuesta, (y esta es, si es ícito que los eunucos se unan en matrimonio), tome origen una ley. Pero antes de establecer la leyes es conveniente detenerse en el examen de la cosa, e investigar si tal unión pueda ser llamada matrimonio, y aun, si es posible que con el ánimo se ejecuten las cosas que se llevan a cabo en el matrimonio, como son la sagrada deprecación, o el sacrificio, o cierta humana delectación y voluptuosidad, y cualesquiera otras cosas que se hacen en el matrimonio.

Porque el sacerdote ciertamente, a imitación de la celestial bendición pronunciada por el Creador, que unió para la multiplicación los sexos, pronuncia las palabras sagradas, y reciben impulso la voluptuosidad que proviene de los hombres, y el deseo que mira a las uniones sexuales y a los frutos de ambos sexos. En efecto, esperando los padres de los esposos que habrán de ver feto de sus propias entrañas, y los mismos esposos que habrán de dar ellos la vida a sucesores de su linaje, se inundan de múltiple voluptuosidad.

Mas donde no hay nada de esto, ¿que regocijo de hombres habrá, y que sacrificio se añadirá?

Y careciendo de este modo la unión de ellos de delectación, y de consagración, y de sacrificios, y de bendición, ¿cómo le convendrá la denominación de matrimonio? Más aun, ¿cómo no recaerá sobre esta cosa nefanda la pena que se debe a las nefandas? Pero ciertamente que este no puede ser llamado desde un principio matrimonio, como así sea su principio; mas el discurso definirá mejor y mas exactamente la indignidad de la cosa.

El Creador de las cosas, al asociar en un principio al macho y a la hembra, hizo esta unión mirando al incremento que por ella habría de haber; y es también fin de la naturaleza, la cual como esclava observa en cuanto puede los preceptos transmitidos por el Creador, para que se entre en la vida matrimonial con el objeto de que tenga lugar la procreación de prole, hasta tanto ciertamente que el Creador quiera que por la misma se preste este ministerio.

Si, pues, hay allí lo que les place al Creador de la naturaleza, y a la misma naturaleza, no se prohíba lo prohibido; si no lo hay, (como no lo hay, sino todo lo contrario, alguna cosa ciertamente incapaz de cumplir la voluntad del Señor, pero extraña y que la naturaleza no la conoce), ¿por qué no será de todos modos prohibido? Mas si alguien que se regocije con altercados dijera, que, si por razón de la esterilidad fueran excluídos del matrimonio los eunucos, se debían prohibir también los matrimonios de otros muchos, (porque no todos los que se unen en matrimonio tuvieron tal fruto de su unión), es expedita la respuesta a la objeción, porque aquellos ciertamente, aunque no se de a luz ningún feto, no se unieron, sin embargo, para esto, para no aportar a la vida ninguna utilidad de la cópula conyugal, sino, a la verdad, con el manifiesto deseo de procrear hijos, y opinando que el efecto respondería al deseo, aunque en el resultado les haya fallado la esperanza; mas en este caso no se pueden decir tales cosas, (y falta mucho para ello), sino que sabiendo de cierto los que fueron a esta absurda unión que ellos eran estériles e incapaces de dar fruto se unieron para esto mismo, y en cierto modo pusieron acechanzas a la naturaleza. Así, pues, ambos son por esto solo odiosos, ella, porque, habiendo podido, estando deseosa de vida conyugal, unirse con quien fuera fecundo, prefirió uno infecundo y estéril; y él, porque con su impotencia habrá hecho impotente la bendición dada.

Además, si se hallara que alguien ciertamente devasta y abandona inculto un fundo, del que otro cualquiera segaría frutos, le tendremos odio como a malo y pernicioso, y, si puede ser, reprimiremos su intención; ¿y al que desuela y hace inútil el fundo, de que se forma el germen dotado de razón, le permitiremos que lo haga, como si no ejecutara nada que sea injusto? Y ¿quién diría esto? Mas refieren que Paulo dijo: «Mejor es casarse que abrasarse», por lo que en consideración al ardor no se debe prohibir la unión. Pero tú, que sacas a colación a Paulo, atiende a las palabras de Paulo. Casarse, dice, es unirse con una mujer por medio del comercio nupcial.

Así, pues, si tu unión con una mujer es conjunción matrimonial, y digna de la bendición que se les debe a los que se van a casar, llámala matrimonio, y considera a la mujer; pero si no fueras capaz ciertamente ni de una sombra de bendición, (porque ¿qué o cual consagración tiene lugar en aquellos, que ciertamente se unen al

mismo tiempo que contra el decreto del Creador también contra la ley de la naturaleza?), ¿a que te atreves a presentar a Paulo para probar tu célibe y absurdo matrimonio? Además de esto, si los que se amputan a si mismos la virilidad lo hacen con el designio (aunque esto lo hagan malamente y por cierta rebelión contra Dios) de no poder mostrarse ya más como varones, sino de perder su energía respecto al sexo femenino, y ser custodios de cámara no sospechosos, (porque esto es lo que indica la expresión de la palabra), ¿cómo no excitarán contra si justa indignación por esto, porque no solamente manifiestan voluntad enemiga de la naturaleza, sino que se ve que se oponen también a los que, aunque maliciosamente, tuvieron, sin embargo, empeño en hacerlos de nuevo útiles con arreglo a su opinión, y representan cierto nuevo género, no acomodado ni a la naturaleza que en un principio se les concedió, ni al malicioso artificio con que después fueron transformados? Por lo tanto, mandamos, que si se descubriera que algún eunuco procedía a contraer matrimonio, sea él ciertamente sometido a la pena del estupro, y sea despojado de su dignidad sacerdotal el sacerdote que se hubiere atrevido a llevar impíamente a cabo tal unión.

CONSTITUCIÓN XCIX

DE QUE EL QUE DEFIERE JURAMENTO JURE PRIMERO DE CALUMNIA.

El mismo Emperador al m ismo STILIANO.

Deseo y procuro hallar por mí, en cuanto puedo, para cada cual y para toda la república todo lo que se refiere a caución y a prudencia en las cosas, y proporcionarles su propia conveniencia por los inventos de otros. Por eso, ademas de otras, parece digna de restauración, hallándose como perdida, también la ley que manda que el que le impone a otro la necesidad de jurar jure él primeramente que no exige maliciosamente el juramento, ni para perturbar el animo, sino para conocer la verdad de una cosa, por cuya duda vacila su razón. Porque habiéndoles parecido bien este decreto a los antiguos, descuidando los modernos su caución, quieren que, impuesta la necesidad del juramento, lo preste ciertamente aquel a quien se le exige, pero no se cuidaron del que lo exige. Así, pues, dispone nuestra majestad, que se guarde la forma de los juramentos con arreglo al decreto de los antiguos legisladores, y que el que intente obtener juramento de su adversario preste, antes de buscar la fe de otros, juramento sobre sus propias cosas, de que, no por malicia, sino por necesidad y por causa inevitable, ha procedido a deferir el juramento.

Porque estimo que siendo ambos de este modo compelidos a jurar, o aparecerá en todos los casos más clara la verdad en los juramentos, o habrán de tener ellos alguna moderación, y no procederán con tanta prontitud y aceleramiento, como parece que ahora proceden, a deferir el juramento.

CONSTITUCIÓN C

DE LOS ESCLAVOS QUE SE UNEN EN MATRIMONIO CON MUJERES LIBRES.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Las leyes, como quiera que han nacido de un benigno juicio, determinaron que con su buena disposición y con su régimen se preste auxilio aun en aquellas controversias que no sobrevienen en los negocios humanos con mucha frecuencia. Mas siendo de tanta benignidad, ¿cómo no se cuidarán mucho más de las cosas de que asiduamente se trata en la vida de los hombres? Porque el que se cuida de las cosas que duelen menos, y desatiende las que duelen mas, no parece que puso con prudencia cuidado tampoco en lo que duele menos.

Por lo cual, atribuyendo mas majestad a la dignidad de las leyes, comprendemos en el tenor de la ley lo que hasta ahora fue juzgado con arreglo a la costumbre, a saber, respecto a los que siendo de desigual condición, libre y servil, pretenden, instigándolos el amor, unirse en matrimonio, y mandamos, que, si un hombre, honrado con la libertad, eligiera el matrimonio con persona de condición servil, subsista la unión bajo esta doble condición, o que el acepte una condición igual a la de la persona servil, con que se asocia por amor, o prometa pagar el precio con que, librada aquella de la esclavitud, llegue a la libertad; mas esto deberá cumplirlo ciertamente, como por cierta especie de arras del matrimonio desigual, el que celebra su unión con una persona esclava.

Pero disponemos que tampoco los mismos dueños se conduzcan con inhumanidad, sino que si verdaderamente la persona, que eligió un esclavo en matrimonio, prefiriera ser esclava, se extinga la esclavitud con la muerte del dueño, y, habiendo sobrevenido ésta, sean ellos mismos manumitidos con sus hijos, si algunos les concedió a los mismos el matrimonio; mas si no prestara su consentimiento para la esclavitud, ni tuviera a mano con qué pagar completamente el precio, no sea ciertamente privado de la libertad a la fuerza, sino que, siendo esclavo en poder del mismo señor, y estimándose su salario en dos sueldos cada año, continuará

en esclavitud tantos años, cuantos demostraren que, habiendo llegado el precio pactado a la suma, el dueño recibió lo suficiente por el esclavo, y que ya no tiene justa causa para su retención.

CONSTITUCIÓN CI

DE LOS CÓNYUGES ESCLAVOS, SI A UNO DE ELLOS SE LE HICIERA DONACIÓN DE LA LIBERTAD.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Se observa que no solamente el matrimonio que desde un principio se contrae entre una persona libre y otra esclava, sino también el que contrajeron los que en común vivían en esclavitud y en igual condición, habiendo sido reducido a la desigualdad, acaso por haber sido manumitido alguno de aquellos por su dueño, no habiéndose disuelto el vínculo de la otra parte, suscitan muchas veces por tal causa contienda de no pequeña duda y cuestión, por no haber sido esto dilucidado por la ley. Así, pues, como también esto, ordenado en una ley por nuestra majestad, debía recibir conveniente aclaración, ha obtenido esta ley por la cual sea conveniente-mente determinado.

Más ¿cuál es esta ley? Mandamos, que, si librada de la esclavitud una persona, asintiera a ésta unida con otra, que fue dejada en la esclavitud, permanezca sin alteración el matrimonio en la forma comprendida en la ley sobre las personas libres y esclavas unidas en matrimonio. Porque es menester que aquella no se oponga a esto, sino que lleve igualmente que la otra parte el yugo de la esclavitud, hasta que le llegue el último día de su vida al que tiene el dominio de la persona no emancipada de la esclavitud, o, si no quisiera despojarse de la dignidad de la libertad, que prometa que el pagará el precio por la persona a él unida.

Mas si ciertamente no se cuidara de esto, sino que, aprovechando la ocasión de su propia libertad, intentara arrancar para el estado de su propia vida a la persona dejada en la esclavitud, no solamente no realice cosa alguna con esta arrogancia, ni tenga potestad para hacerle a aquella donación de la libertad, sino que decaiga también el mismo del honor que alcanzó, y sujete de nuevo su cerviz al yugo de la esclavitud, como quien con ánimo ingrato hubiere inferido injuria a la benigna y benéfica voluntad de su propio señor, y hubiere pensado despreciar absurdamente su disposición, que debía reverenciar y venerar.

CONSTITUCIÓN CII

DE LOS PREDIOS MARÍTIMOS QUE NO SON SUFICIENTES PARA QUE SE ESTABLEZCAN POR SEPARADO LAS REDES FIJAS DE PESCAR, Y DE QUE AUN CONTRA LA VOLUNTAD DE UNO SEA ÉSTE OBLIGADO A CONSTITUIR SOCIEDAD.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

La comunidad de cosas establecida prudentemente y con razón proporciona muchos bienes a la vida. Porque si alguno vale también por su poder, su poderío se hace mucho mayor si se asocia con otro que tenga análoga potencia; y por otra parte, los ricos, si hacen comunes sus riquezas, adquieren mayor disfrute de sus riquezas, y con la asociación de trabajos no faltará consuelo de la amarga pobreza, con que se mitigue lo acerbo de la pobreza. Pero siendo tan cómoda y útil la comunidad en la vida común, cierta extraña maldad, que invade el ánimo de los hombres, no solamente impide a otros su conveniencia, sino que a los mismos que prefieren optar por ella les persuade a dejar que sean ellos perjudicados en sus propias cosas, antes que a permitir que haciendo sociedad con sus vecinos les venga a ellos mismos algún lucro. Y ha llegado a nuestros oídos que alguna cosa semejante se hizo por algunos, que, poseyendo predios marítimos, que por sí solos no producen ciertamente mucho lucro, pero que unidos con otro vecino y adyacente producirían mayor utilidad, no quieren por maldad admitir sociedad, ni unir los suyos con los predios vecinos, con cuya disposición ambos podrían lucrar alguna cosa, sino que prefieren causar perjuicio aun a los suyos, con tal que aparezca que originan daño al vecino. Mas aunque los tales no sientan ellos mismos su propio daño, y conduciéndose malamente descuiden por improbidad sus cosas, como las fieras feroces, que se precipitan para sufrir dolores, a fin de lesionar a los que se les aproximan, no consiente, sin embargo, nuestra majestad que en la vida común se haga insolente tal maldad, y ni porque ellos no son dignos de conveniente cuidado los dejaremos sin auxilio.

Y mirando en alguna parte por ellos mismos, y principalmente también por el interés del vecino, a quien malamente atormenta esta inhumanidad, mandamos, que en los predios marítimos, en que las respectivas propias pequeñas porciones no basten para el establecimiento de redes fijas, se unan las partes, a fin de que por medio de tal comunidad puedan los dueños experimentar utilidad de sus propias posesiones, y si uno no quisiera formar comunidad, sea compelido aun contra su voluntad a la comunidad.

Porque sabemos que es humano que a uno se le haga, aun contra su voluntad, partícipe de un beneficio, y es mucho mayor la humanidad en este caso, en el que no solamente se hace beneficio contra su voluntad al que no consiente en el beneficio, sino que tampoco sufre la privación el que de él era injustamente privado.

CONSTITUCIÓN CIII

DE LOS QUE CON PREDIOS MARÍTIMOS FORMAN SOCIEDAD PARA ESTABLECER REDES FIJAS DE PESCAR.

Fue ciertamente de uso al constituir sociedades, que muchas veces el que mayor parte llevó a la sociedad recibiera mayor parte de lucro; y organizan bien el negocio, aquellos a quienes así les plugo. Mas constituida sociedad de predios marítimos, no tan rectamente retira por propio derecho el que tiene la parte mayor de un tal predio mayor lucro, que el que tiene la menor; por ejemplo, si uno ciertamente tuviera cien brazas de su propiedad y posesión, y otro no tantas, sino mucho menos, y reunidas ellas en comunidad percibiera por esto utilidad, es consiguiente que el provecho se distribuya por igual entre los socios, y que no sea procedente la distribución con arreglo a la porción mayor y a la menor. ¿Por qué? Porque ciertamente en los demás negocios, (a saber, en la aportación de cantidades de dinero, o de ganados, o aun de lugares terrenos, si así uno lo quisiera), cada cosa, que se lleva a la comunidad, puede ser útil por sí misma, en cuanto lo comporta su naturaleza, a su dueño; pero esto no sucede de igual modo en los predios marítimos, porque no, a la manera que en aquellos, tiene una porción marítima, en sí considerada, lucro peculiar.

Porque no siempre la presa se halla en el mismo lugar esperando a los pescadores, y por otra parte, también la porción mayor pareció que sería inútil por la falta de la menor, (¿pues qué uso o utilidad proviene de cosa imperfecta?), pero como la adición de la menor suple la imperfección, y hace útil lo que por sí no es útil, es consiguiente que le correspondan al dueño iguales partes de utilidad por la porción ciertamente estimada como mayor, pero que sin la aportación de la menor no producía ningún emolumento. Por esto, pues, promulga nuestra majestad imperial también una ley; que en lo sucesivo rija esto con justicia, y estatuimos, que, si se hiciera comunidad de dos porciones marítimas para establecer redes fijas de pescar, y una de ellas fuera mayor, y menor la otra, perciban los dueños de una y de otra porción el lucro con igual distribución.

CONSTITUCIÓN CIV

DE LAS REDES FIJAS DE PESCAR ENTRE LAS QUE NO HAY EL INTERVALO LEGAL.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Por cuanto muchas veces acontece, tratándose de redes fijas de pescar que están vecinas, que, no guardando la legítima extensión de su intervalo hasta las vecinas, se promueven contiendas y litigios, estatuimos también respecto a estas cuestiones, que la parte llamada a juicio, cuando legalmente hubiere sido convicta, disponga, si verdaderamente lo consintiera el espacio del lugar, inmediatamente la traslación de las redes fijas, a no ser que quisiere soportar acusación, como por despreciar la prescripción de la ley; mas si no hubiera lugar al que se trasladen las redes fijas, obsérvese el número de años que en el lugar puesto en litigio tuvieron las redes cercado fijo, y si verdaderamente estando presente el actor, y no interponiendo ninguna denuncia, hubieren estado en posesión de aquel diez años, permanezcan ellas estables en el mismo lugar; pero si la persona que promueve la acción hubiere estado de viaje, no bastará el tiempo de diez años para que quede intacto el cercado, sino que se deberá añadir otro tanto, de suerte que sean veinte los años computados.

Mas esta disposición tenga ciertamente observancia en cuanto a los profanos. Pero las iglesias, y los monasterios, y otra cualquiera venerable casa, y las posesiones que se refieran al fisco, no atenderán a dicho tiempo, por cuanto a las mismas se les conservan los derechos hasta el año cuadragésimo. Mas al disponer de este modo respecto al establecimiento de redes fijas, que no se puedan remover a causa de la larga duración de su tiempo, mandamos que el actor no sea privado del lucro del alquiler, aunque de ningún modo haya obtenido la victoria en el litigio a causa del evidente lapso de tiempo.

CONSTITUCIÓN CV

DE SI SE HUBIERA DESCUBIERTO QUE ALGÚN MAGISTRADO HURTÓ COSAS DEL FISCO.

Laudables cosas son el castigo y la pena establecidos en las leyes, porque enmiendan los desarreglos, y contienen a los propensos a lo malo, aun contra su

voluntad, para que no se lancen a ello; pero son cosas laudables, cuando la pena guarda la clemencia que conviene a las leyes, y no se puede argüir que ella se excede, ni con el pretexto de castigar se muestra más cruel, puesto que ciertamente también el padre, en tanto que castiga con benignidad al hijo delincuente, es digno de loa por razón tanto de su prudencia, como del castigo; mas cuando prescindiendo del afecto paternal inflige pena al hijo, no como conviene a un padre, sino de un modo atroz, y no lo castiga según la costumbre de un padre, nadie aprueba la atrocidad. Y, a la verdad, si las leyes son en realidad los padres de la república, como ciertamente lo son, es en todo caso consiguiente que ellas también deben establecer las penas a proporción de los delitos, y no imponer pena alguna cruel y mucho más grave que el delito. Porque ¿cómo sería legítima corrección, cómo curación que de ella proviniera, que fuese castigado con la muerte el que no haya sido convicto de haber inferido a otro la muerte? Y ciertamente que los discípulos de los médicos no ordenan sencillamente la amputación de los miembros; ¿y la ley, que hace alarde de conmiseración infinitamente mayor que la conmiseración de los médicos por cuanto ésta tiene ciertamente como fin la salud de los cuerpos, y las leyes prestan sus beneficios al mismo tiempo que al alma también al cuerpo, mostrará tanta crueldad contra aquellos a quienes quiere curar? Consideradas, pues, así estas cosas, plugo a nuestra majestad, que la ley, que decreta la muerte contra el magistrado, que se descubrió que hurtó cosas del fisco, y no solamente contra él sino también contra los que fueron cómplices de el, no ocupe ya lugar, ajena al espíritu humano y al de las leyes, entre las constituciones legales, ni esté de ningún modo en uso, y sea rechazada como superflua e inútil. Pero desde ahora tales magistrados, acusados por hurto de cosa del fisco, sufran la pérdida de su dignidad, y la restitución del duplo de lo que hubieren hurtado, y los que en esto tuvieron participación, si verdaderamente son ricos, sean sometidos a la misma pena, y si pobres, mándese que azotados e ignominiosamente tonsurados vayan al destierro.

CONSTITUCIÓN CVI

DE CUANTO LUCRARÁN LAS MUJERES INDOTADAS, FALLECIDOS SUS MARIDOS, DE LOS BIENES DE ELLOS.

Juzgamos que haremos bien, si promulgando sobre ella una ley, llevamos a conveniente estado cosa que en cierto modo parece absurda y no conforme con la equidad. Más, ¿qué cosa es ésta? Sucede muchas veces, que mujeres que no tienen riquezas se unen en matrimonio con maridos ricos; fallecidos éstos, no reciben ellas

en perpetuo dominio, ni de modo que de ella puedan testar, la porción proveniente de los bienes de los mismos, (y proviene, si verdaderamente fueran menos de cuatro los hijos, una porción en consonancia con su número, y, si más, solamente la de un hijo), sino solo el usufructo por los días de su vida, y de aquí el sustento de la vida. Pero falleciendo ellas, se les transfiere a los hijos el dominio de esta porción, no concediéndoseles a aquellas facultad para usar de los bienes como suyos, sino si no sobrevivieran ningunos hijos, y por virtud de este infortunio se regocijaran con el dominio de aquellos bienes, de suerte que no sé si la mujer optará por ver fruto de su vientre, o si deseará que no nazca ésteara de este modo hacerse dueña de la porción que haya de volver a ella misma.

Mas, corrigiendo nuestra imperial majestad este absurdo, manda que la mujer tenga intacto el dominio de esta porción, y disponga de ella como a ella misma le pluguiere, sin que a los hijos les competa ninguna otra cosa más que lo que a los mismos se les debe por razón de la Falcidia, por supuesto, si la madre no se olvidara de las primeras nupcias, ni habiendo introducido otro marido no guardare honor al primer lecho conyugal; de suerte que, si esto aconteciera, perderá en absoluto el dominio constituido por nosotros, y los hijos, habiendo ya fallecido la madre, se harán dueños de los bienes.

CONSTITUCIÓN CVII

DE QUE ANTES DE LA CONTESTACIÓN DE LA DEMANDA PRUEBE EL ACTOR SU FE HABIENDO PRESENTADO LIBELO AL JUEZ.

Es lo mejor, que todo lo que es honesto y útil para la vida humana permanezca exento de vejez y siempre vigoroso, y que nunca falle su utilidad; así, pues, si aconteciera, lo que muchas veces suele acontecer, que, descuidado aquello, se pierde su utilidad, convendría, sin embargo, que los que cuidan de los bienes humanos no dejaran de restablecer aquello que por si mismo presta utilidad a la vida. Por esto también nuestra majestad, volviendo a su primitivo vigor cierta ley verdaderamente utilísima, pero ahora así como envejecida, y en peligro de ser hecha inútil, le quita el inconveniente de su vejez, y la renueva para su primitivo uso y para utilidad de la república. Mas determinó la ley respecto a los que promueven acusaciones criminales, que estos, antes que se llegue al trámite de indagación, le acrediten al juez respecto a su intento, en declaración escrita, que ellos ni inquietan con dolo malo a su adversario, ni fueron condenados en otro juicio, ni saben ellos al presente que la misma cosa haya sido presentada al tribunal, y que con mal designio promuevan cuestiones al adversario, y que no habrán de intentar confundir con men-

tiras la verdad. Estas son ciertamente las prescripciones de la ley, las cuales son acertadas, y al transgresor se le infligía pena. Pero no a este solo, sino que del mismo modo juzgaba la ley también a los defensores de las causas. Mas a ella, según he dicho, que se hallaba como perdida y enteramente inútil, la restablece nuestra majestad imperial en su primitiva fuerza, y le da reingreso en la república, y mandamos, que los que desde ahora quieran presentar acusación en juicio observen antes de la presentación las prescripciones de la ley.

CONSTITUCIÓN CVIII

DEL QUE A LA PRIMERA INTIMACIÓN NO COMPARECE EN JUICIO.

Tampoco es procedente que esto, que se tuvo descuidado y en menosprecio, sea dejado sin corrección, sino que es digno de conveniente auxilio, porque presta mucha utilidad para los humanos negocios.

Y así, haciendo, a la manera que de aquella parte que prescribe forma a los que quieren promover litigio, del mismo modo la reforma también de ésta, mandamos, que el que llamado una vez a juicio por citación judicial no comparezca por sí mismo, ni envíe quien por él acepte el juicio, sea después considerado digno de segunda intimación, y, si no obedeciera a ésta, no sea juzgado indigno de la tercera, y si, persiguiéndolo de tal modo la clemencia judicial, apareciera que él menosprecia también la tercera citación, y no impidiendo ninguna justa causa su comparecencia no hubiere comparecido por sí, ni por medio de otra persona, en el tribunal judicial, en este caso sea de todos modos procedente sentencia condenatoria aun estando él ausente, y de ninguna manera se le permita en lo sucesivo promover de un modo cualquiera la cuestión, o eludir la condenación. Mas este precepto lo establecemos contra ambos litigantes, ya si dejara de comparecer el llamado a juicio, ya si el que hubiere entablado la acción, y hubiere llevado a su adversario al tribunal judicial, desistiera entonces, después de haberlo llevado, con dolo malo de la acción intentada, maquinando con esto molestia para el reo y el alejamiento del fin del juicio.

Porque también en este caso, cuando hubiere sido citado tres veces por el juez y no hubiere comparecido, sera condenado aun estando ausente, si no hubiera ninguna otra causa de justa excusa, que con razón pueda defender al que no se presentó en el juicio.

CONSTITUCIÓN CIX

DE QUE NO SE CONTRAIGAN ESPONSALES DENTRO DE LOS SIETE AÑOS DE EDAD, NI SE CONSAGRE MATRIMONIO ANTES DEL DÉCIMO QUINTO PARA LOS VARONES, O DEL DÉCIMO TERCERO PARA LAS HEMBRAS.

Por cuanto el sabio dice que cada cosa tiene su tiempo, y esto lo acepta y lo aprueba el común sentir de todos los que están en su sano juicio, es, a la verdad, bueno observar en todo negocio muy principalmente el tiempo, y, si en algunos casos se desatiende, no desatenderlo ciertamente al contraerse los matrimonios. Porque es menester, que, cuanto mas necesaria es una cosa en la vida común, con tanta más prudente caución se proceda a ella. Por esto nosotros mandamos, de conformidad con los antiguos, que juzgando con acierto determinaron sobre este asunto por medio de una ley, que de ninguna manera se contraigan esponsales antes del séptimo año de edad, ni se confirme con las sagradas ceremonias el matrimonio, si la esposa no hubiere cumplido todavía el duodécimo año, y el esposo el décimo cuarto. Mas eso ciertamente se prohíbe en cuanto al uso común y público de la república; pero si el Emperador, como muchas veces acontece, al constituir cierta familia decretada para sí los esponsales, y con la consagración, que se ha de hacer a los desposados, su unión dentro de los años prefijados, esto en nada se opondrá a la ley. Porque les es lícito a aquellos, a quienes Dios encomendó la administración de las cosas terrenales, ser superiores a la ley que sujeta a los súbditos.

CONSTITUCIÓN CX

DE QUE, DISUELTO EL MATRIMONIO, HAGA LA MUJER INVENTARIO DE SU DOTE Y DE LA DONACIÓN POR CAUSA DE LAS NUPCIAS, Y DE TODOS LOS DEMÁS BIENES DE SU MARIDO, Y PRESENTÁNDOLO PIDA QUE SE LE RESARZA, SI DIJERA QUE POR PARTE DE SU MARIDO SUFRIÓ ALGÚN DAÑO EN SUS PROPIOS BIENES, PERO SIN EL INVENTARIO O SIN EVIDENTE PRUEBA NO PIDA NADA, O, PIDIÉNDOLO, NO LO RECIBA.

Como además de las otras cosas, de que con acierto se trató sobre los matrimonios por los antiguos, se proveyó suficientemente también sobre este particular, a saber, para que, disuelto el matrimonio, la mujer no reclamara de cualquier

modo para recibirlos y retenerlos los bienes del marido, sino que, si sobre ellos se promoviera controversia, exhibiese primeramente el inventario hecho públicamente, después de la muerte de su marido, de su propia dote y de la donación por causa de las nupcias, y de los demás bienes de su marido, y, si apareciera que de aquélla se consumió alguna cosa por el marido, reclamase su complemento de los bienes de él; como esto, repito, fue establecido según era justo por los antiguos, pero en la actualidad no se tenía de ello ninguna cuenta, y hemos considerado que se debía conservar esta cosa útil de la sabiduría de los antiguos, renovando la disposición de ellos mandamos, que en lo sucesivo tengan de todos modos las mujeres a su cuidado los inventarios de la dote, y de la donación por causa de las nupcias, y de todos los demás bienes de sus maridos, de suerte que, si alguna vez la mujer se dejara llevar a esta especie de maldad, y quisiera proceder a disminuir los bienes de su marido a causa de los que a ella misma le competen, se conozca por aquel inventario o prueba el derecho de su petición, colacionándose de este modo los bienes del cónyuge, si pareciera que por él se hizo disminución de los que fueron comprendidos en el inventario; pero que sin este testimonio no haya lugar a la petición, ni obtenga juicio la que pide maliciosamente, ni consiga cosa alguna de las que se pidieron. Mas fijamos tiempo para hacer el inventario, a fin de que se haga dentro de tres meses, y sea procedente la misma multa, que por los antiguos se estableció contra los tutores.

CONSTITUCIÓN CXI

DE QUE SI LA MUJER ENLOQUECIERA, Y ESTO SUCEDIERE SIN DOLO DEL MARIDO, NI, SABIÉNDOLO EL, POR MALEFICIO DE OTROS, Y EL MAL DURARA MAS DE TRES AÑOS, SE DISUELVA EL MATRIMONIO, Y LE SEA LÍCITO AL MARIDO CASARSE CON OTRA MUJER, QUE EL QUIERA.

El mismo Emperador al mismo STILIANO.

Que nada hay ciertamente tan necesario para la vida humana como el auxilio que de su costilla se le dio al marido, nos lo enseñó el artífice que en un principio creo la forma, y lo atestigua con divina prueba la misma naturaleza. Mas siendo aquel tan necesario, menester era que también la providencia de la ley, y cualquier otro cuidado que por otra parte auxilia en los negocios de los mortales, excogitaran y estatuyeran sobre esto tales cosas, que les sirvieran toda la vida de auxilio y recogió a los que se unieron en matrimonio, y que desde un principio confirmaran el fin propuesto en el matrimonio, y no les produjeran, por el contrario, perdición y miseria y perpetua tristeza durante la vida. Si, pues, es menester que tal sea el matri-

monio, como así es menester que lo sea, no me parece que se debe aceptar aquella ley, que, si después de celebrado el matrimonio hubiere enloquecido la mujer, obliga al marido a estar perpetuamente unido con tan grande mal, y a soportar siempre la desgracia de la locura.

Porque ¿cómo sería racional, cómo digno de ser admitido o del cuidado de la convivencia conyugal, que por toda la vida este ligado el marido a mujer presa de locura, y se consuma con la vesania de ella?

Porque si ninguno es tan inhumano que pretenda encerrar ni por un momento a alguien con una fiera, ¿que humanidad de ley tiene esta ley, que manda que el marido cohabite perpetuamente con cónyuge convertida en fiera por su locura? Pero dicen que por el matrimonio se unieron en un solo cuerpo, y que es menester que un miembro sufra las enfermedades del otro, y que, como quiere el divino precepto, no se separen aquellos a quienes Dios hubiere unido.

Preclaras son ciertamente estas palabras, que como divinas fueron pronunciadas por Dios, pero formulan aquí su objeción oponiéndolas no con mucha claridad ni conforme al divino propósito. Porque si verdaderamente el matrimonio conservara el mismo estado que en un principio mostró el padrino de la boda, cualquiera que los separase estaría falto de probidad, y no escaparía a reprensión; mas cuando a causa de la locura no oyes ciertamente por parte de la mujer voz humana, ni obtienes nada de lo que por regocijo concede el matrimonio, ¿quién no querrá disolver matrimonio tan amargo y horrendo?

Por lo tanto mandamos, que, si alguna vez después de celebrado el matrimonio enloqueciera la mujer, sufra el marido su infortunio hasta tres años, y tolere su aflicción, y si en este espacio de tiempo no se librase de este mal, ni volviera a la razón, la que enloqueció, en este caso disuélvase el matrimonio, y sea descargado el marido de esta intolerable calamidad.

A cuya disposición añadimos esto, que si investigue la causa de la locura, y se inquiera si es que acaso parezca producida por dolo del marido, o de los que por familiaridad estén a el unidos, o de otros cualesquiera, de suerte que si se descubriera que hay alguna tal cosa, mandamos que, si por maleficio del marido, pague este su maldad reducido a título de pena a la vida monástica y encerrado contra su voluntad en un monasterio, y quede sujeto a la curación del alma que proviene de los sagrados cánones, y si el daño hubiera sido causado por cognados del mismo, o por otros, o sabiéndolo el mismo marido.

CONSTITUCIÓN CXII

DE QUE, SI DURANTE EL TIEMPO DEL MATRIMONIO ENLOQUECIERA EL MARIDO, NO SE PUEDA DISOLVER EL MATRIMONIO DURANTE UN QUIN-QUENIO, PERO TRANSCURRIDO ESTE, PUEDA SER DISUELTO, SI TODAVÍA FUERA AQUEL PRESA DE LOCURA.

No es ciertamente mi ánimo combatir, ni sujetar a censura, la resolución de los antiguos legisladores, por la que se define el tiempo de la locura, que se considera que es obstáculo para el mismo matrimonio, (porque concedo que los mismos, que tal cosa determinaron, tuvieron sus razones para fijarse en tal resolución), mas no puedo verme inducido a aprobarla y confirmarla, porque aquella ley me parece indigna de aprobación. Porque lo que dicen, que la locura, si sobreviniera antes, impide el matrimonio, pero que si la locura sobrecogiera celebrado ya el matrimonio, éste no es lesionado en nada, ¿acaso esto no nos disuadirá desde luego de su aprobación? Pues si el matrimonio debe redundar en utilidad de uno y de otro cónyuge, ¿cómo el que no aconseja que aquel subsista como por ser inútil desde un principio, si después de la unión hubiera contrariedad para él, no disuadirá el mismo de esta unión como inútil? ¿Se debe por ventura procurar, que alguien no caiga al principio en el peligro del mal; pero abandonar sin auxilio al que ya hubiere caído en el mal, y no compadecer la desgracia del mismo? Lo que es lo mismo que si alguien estimara, que se le debía aplicar remedio a uno aun antes que fuera presa de alguna enfermedad, pero estando ya atacado lo dejara morir habiéndole negado remedio. Mas (como he dicho) no es ciertamente mi ánimo reprender a los legisladores; pero disto mucho de estar conforme con ellos, mayormente habiéndose establecido otros muchos modos de disolver el matrimonio, ninguno de los que puede ser comparado con el mal de la locura. Porque ¿cómo la prodigalidad del marido, o la diversidad de religión, o la impotencia o la debilidad para las funciones naturales, u otra cualquier cosa que se añada a estas, que valga para disolver el matrimonio, como si apareciera que el cónyuge es de condición servil, o si por razón de pobreza no pudiera seguirse el cum-plimiento de lo prometido en los pactos nupciales, cómo, pues, estas cosas y otras semejantes, a las que por la ley se les concedió que disolvieran los matrimonios, pueden al fin compararse con la cala-midad de la locura? Así, pues, en cuanto a la locura que sobreviene después de contraído el matrimonio, nosotros mandamos que durante cinco años íntegros no se separen los cónyuges. Porque así como parecería duro que cuando la locura persistiese toda la vida no se pudiera, sin embargo, disolver el matrimonio, así también es necesario esperar y perseverar tanto tiempo. Mas si después de tanto espacio de tiempo no hubiera cesado el infortunio, ni el loco hubiere recobrado el juicio, en este caso disuélvase el matrimonio, sin que se haga innovación alguna para la una ni para la otra parte.

Y esto ciertamente lo estatuimos no en menosprecio de los anteriores legisladores, sino para consagrarles a los súbditos el cuidado que por nosotros se les debe. Mas la locura descubierta en el mismo día de las nupcias no impide que inmediatamente se disuelva el matrimonio, aunque ya hubieren tenido lugar las sagradas ritualidades, sino que se invalidará el matrimonio lo mismo que si hubiese sido descubierta antes de las nupcias.

Pero lo que se dice, que ciertamente los cónyuges se han de separar después de la consagración, acaso les parecerá a algunos que está destituido de recto juicio, por cuanto, como por la cópula sacerdotal se hicieron un solo cuerpo, no se los debería separar, sino dejar unidos, y especialmente siendo el marido el miembro principal y la cabeza; porque no se suelen amputar los principales miembros del cuerpo, invadidos por alguna enfermedad.

Mas esta razón, en tanto que juzga que subsiste por causa de la unidad, parece que ignora qué es lo que quiere la bendición. Porque esta ciertamente, excogitando darle al matrimonio todas las cosas más excelentes, y uniendo con ambos la honestidad con cierto indisoluble vínculo de amor, consagra la propagación de la especie, y otra cualquier cosa que hace agradable el matrimonio; pero ¿cómo la locura concordará con este propósito de la consagración?

Porque ¿dónde está la integridad de la honestidad, cuando la inteligencia no se conoce a sí misma, sino que está agobiada por mísera ignorancia? ¿Y dónde la propagación de la especie, cuando la locura le presenta a la mísera mujer solamente un espectáculo horrendo, un marido más mísero, y mucho menos le permite tener trato con él? ¿Con qué vínculo de amor estarán, pues, ligados, cuando la enfermedad convierte en fiera a todo el hombre, y hace que parezca cualquier cosa más bien que hombre? Y si acaso de tan infortunada unión se diera a luz un feto, ¿cómo tal feto no será un común daño para la vida humana, por cuanto la naturaleza suele asimilar lo más que puede los frutos a las cosas?

Así, pues, a mí por esto me ha parecido que mandar que también debe disolverse el matrimonio después de la invasión de la locura era justo y conforme a la razón, y no tendía a la reprobación de la bendición matrimonial, ni a otro cualquier crimen.

Mas si alguien no librara de acusación la disposición, éste, recapacitando en sí mismo, conocerá, habiendo pesado la utilidad del matrimonio del loco, cuánto valor tiene su propio juicio.

CONSTITUCIÓN CXIII

DE QUE, A LA MANERA QUE RESPECTO A OTRAS CONSTRUCCIONES SE DISPUSO EN LA LEY, ASÍ TAMBIÉN LAS CONSTRUCCIONES DE GALERÍAS DE RECREO, QUE SE LLAMAN SOLANAS, DISTEN DIEZ PIES DE LOS EDIFICIOS DE LOS VECINOS.

Ciertamente que está perfectísimamente bien lo que los antiguos dispusieron en cuanto a las construcciones de casas y de otras paredes, y acertadamente se determinó por los mismos que los edificios vecinos debían distar entre sí diez pies. Pero como respecto a las galerías descubiertas, y, como alguien acaso las llame, proscenios miradores, que fueron inventadas para tomar el sol y el fresco, y que del sol tomaron el nombre, siendo llamadas solanas, no hizo mención alguna la ley y nada dispuso, hay necesidad ahora de un decreto, que sobre ellas determine, y que dirima las contiendas que sobre las mismas surjan acaso en lo sucesivo. Así, pues, mandamos, que también en estas construcciones, esto es, en las solanas, se guarde aquella medida y se observe entre los vecinos aquel intervalo, que se dispuso también para los edificios. Porque así como en cuan to a éstos se estableció por causa de las vistas el intervalo de diez pies, así también en este caso se prescribe con razón el mismo espacio por la misma causa, aunque la causa de las vistas parece que requiere mayor distancia. Pues si para que mutuamente no se vean las partes vecinas se deja el intervalo de diez pies, con tanta más razón se debe dejar en este caso, por cuanto también estas construcciones son mas a propósito para las vistas. Porque es sabido que el que está sentado o haciendo alguna cosa en una casa no puede ser así fácilmente visto, porque median muchos obstáculos. Pero en las construcciones de proscenios, de que se trata, o de balcones, como muchos prefieren llamarlos, no hay ningún impedimento para la vista. Por lo tanto, mandamos, que a nadie le sea lícito hacer tales construcciones de otro modo, sino si se separa diez pies de las construcciones de los vecinos. Y de la misma manera, si cambiando alguien el lecho de su casa lo rodeara de losas de mármol, tampoco éste lo haga de otro modo, sino si dejara dicho intervalo de diez pies hasta el vecino u otro cualquier modo viniera en su auxilio, a saber, el transcurso de más largo tiempo, que exceda de la determinación legal relativa al tiempo, desde que existió la obra, o si se observara pacto que a alguien le diera licencia, desde que habiéndola él recibido hubiere comenzado a edificar, mandamos que subsista en su estado la construcción, sin haberse observado la distancia de los diez pies.

FIN DE LAS CONSTITUCIONES DEL EMPERADOR LEON AUGUSTO.

LAS SIETE PARTIDAS

ALFONSO X

EL SABIO

La ciencia de las leyes es como fuente de justicia, y aprovéchase de ella el mundo más que de las otras ciencias.

Ley 8, Título 31, Partida Segunda.

ALFONSO X, EL SABIO

(1221- 1284)

En 1252, ocupó el trono de León y Castilla, a la muerte de Fernando III, su padre; tratando de continuar la política de integración y reconquista empezadas por éste; su propósito era pasar a África, donde obtuvo algunas victorias iniciales. Designado por algunas repúblicas italianas para la dignidad imperial fue proclamado en 1257, rey de los romanos por el arzobispo de Tréveris, en nombre de los electores de Sajonia, de Brandeburgo y de Bohemia, no obtuvo, sin embargo el apoyo de la nobleza por las medidas económicas impopulares que tuvo que tomar por causa de una serie de pleitos con el trono de Alemania, por lo que sus primeros triunfos sobre los musulmanes no le dieron apoyo que necesitaba.

Ante este fracaso político renuncia a todos sus derechos y aspiraciones. Estalla la guerra civil mientras los moros incendiaban en Tarifa la flota castellana (1278) y los franceses de apoderan de Pamplona. El mismo año muere su hijo y sucesor Fernando de la Cerda, lo que llevó a la corte a un enfrentamiento por sucesión.

Su gloria reside en la empresa cultural que, desde Toledo, Sevilla y Murcia, centros en los que reunió a sabios de todas partes y tendencias para irradiar sabiduría y conocimientos.

Las obras que legó a la humanidad han llegado a nuestros días:

1- Obras Jurídicas: Las Siete Partidas, precedidas por el Fuero Real fundamentadas en el derecho romano de Justiniano.

2-. Dos obras históricas Crónica General de España y la Grande e General Estoria, un intento de historia universal iniciado en 1272.

3-. Obras Científicas: Tratados de Astronomía, Las Tablas Alfonsíes, basadas en la tradición tolemaica a través de estudios árabes y el Lapidario, tratado de minerología, derivado de los conocimientos aristotélicos.

4-. Obras Poéticas; autor de unas treinta poesías, 420 composiciones en lengua gallega; traductor de Calila e Dimna así como del Septenario, recopilación del saber medieval.

Murió de pena, en Sevilla, lejos de la corte. Han pasado los siglos, pero su obra, por milagro, de los hombres, sigue adelante, como documento vital e histórico y en algunos códigos disfrazada, pero no por ello, virtualmente actualizada.

LAS SIETE PARTIDAS

ÍNDICE:

Primera Partida: En la que el autor demuestra que todas las cosas pertenecen a la iglesia católica, y que enseñan al hombre conocer a Dios por las creencias.

Segunda Partida: Lo que conviene hacer a los reyes, emperadores, tanto por sí mismos como por los demás, lo que deben hacer para que valgan más, así como sus reinos, sus honras y sus tierras se acrecienten y guarden, y sus voluntades según derecho se junten con aquellos que fueren de su señorío.

Tercera Partida: La Justicia que hace que los hombres vivan unos con otros en paz, y de las personas que son menester para ella.

Cuarta Partida: Los desposorios, los casamientos que juntan amor de hombre y de mujer naturalmente y de las cosas que les pertenecen, y de los hijos derechureros que nacen de ellos, y de los otros de cualquier manera que sean hechos y recibidos, del poder que tienen los padres sobre sus hijos y de la obediencia que ellos deben a sus padres, pues esto, según naturaleza junta amor por razón de linaje, y del deudo que hay entre los criados y los que crían, y entre los siervos y sus dueños, los vasallos y sus señores, las razones del señorío y de lo bien hecho que los menores reciben de los mayores y otrosí por lo que reciben los mayorales de los otros.

Quinta Partida: Trata de los empréstitos y de los cambios y de las mercas, y de todos los otros pleitos y conveniencias que los hombres hacen entre ellos, placiendo a ambas partes, como se deben hacer y cuáles son valederas o no, y cómo se deben partir las contiendas que entre las partes nacieren.

Sexta Partida: Los testamentos, quién los debe hacer, y cómo deben ser hechos y en qué manera pueden heredar los padres a los hijos y a los otros parientes

suyos y aun a los extraños, y otrosí de los huérfanos y de las cosas que les pertenecen.

Séptima Partida: Y en la setena partida de todas las acusaciones y los males y las enemigas que los hombres hacen de muchas maneras y de las penas y de los escarmientos que merecen por razón de ellos.

PRIMERA PARTIDA

Título 1: Que habla de las Leyes.

A servicio de Dios y por comunal de todos hacemos este libro porque los que lo leyeran hallasen en el todas las cosas cumplidas y ciertas para aprovecharse de ellas, y repartimos en títulos, que quiere decir tanto como suma de las razones que son mostradas y en estas razones se muestran las cosas cumplidamente según son y por el entendimiento que tienen son llamadas leyes. Las gentes ladinas llaman leyes a las creencias que tienen los hombres, y cuidarían que las de este libro no hablasen sino de aquellas, por ello, por sacarlos de esta duda, haremos entender qué leyes son estas.

Ley 1: Para establecer de cómo los hombres han de creer y guardar la fe de Jesucristo, así como ella es, y otrosí de cómo sepan vivir los unos con los otros bien y ordenadamente según el placer de Dios y otrosí, según conviene a la vida de este mundo, viviendo en derecho y en justicia.

Ley 2: Ius naturale quiere decir en romance como derecho natural tienen en sí los hombres y aun los otros animales con sentidos. Otrosí ius gentium en latín quiere decir como derecho común a todos, el cual conviene a los hombres y no a los otros animales porque los hombres no podrían vivir entre sí en paz, sino usasen de él, pues este derecho cada hombre conoce lo suyo y le son repartidos los campos y los términos de las villas. Y otrosí son los hombres todos para loar a Dios y obedecer a sus padres y a sus madres y a su tierra, que en latín se llama patria. Y otrosí consiente este derecho a que cada uno se pueda amparar contra aquellos que deshonra o fuerza le quisieren hacer. Y aun más, toda cosa que haga por defenderse de la fuerza que quieran hacer contra su persona, que se entienda que lo hace con derecho.

Ley 3: Las leyes son unas en cuanto a derecho, de dos maneras se reparten en cuanto a razón; la una es en favor de las almas, la otra es en favor de los cuerpos; la creencia religiosa y la buena vida: y de cada una diremos cómo se deben hacer; y por estas dos se gobierna todo el mundo, las dos tienen premio y escarmiento según merecimiento de los hechos. Por esa razón mandamos a poner en este libro tanto el galardón por el bien, como el escarmiento por el mal.

Ley 4: Ley quiero decir leyenda, enseñanza y aviso que apremia la vida del hombre a no hacer el mal y que muestra lo que el hombre debe hacer y usar, y otrosí es dicha ley porque los mandamientos deben ser leales legales y derechos y cumpli-

dos según Dios y justicia.

Ley 5: Las virtudes son de siete maneras: 1) creer, 2) ordenar las cosas. 3) mandar; 4) juntar; 5) premiar; 6) prohibir; 7) castigar. El que quiera seguir estas leyes debe considerarlas hasta entenderlas, para que halle lo que dijimos y recibirá por ellos beneficios, será más entendido, las aprovechará más y mejor; quien lea y no las entienda es como si las menospreciara, y otrosí, tal como si soñara y cuando despierta no la halla de verdad.

Ley 6: Estas leyes se tomaron de las palabras de los santos que dijeron lo que le conviene a bondad del cuerpo y a salvación del alma, la otra de los dichos de sabios que dicen sobre las cosas naturales, como se ordenan los hechos del mundo, de cómo se hagan de bien y con razón.

Ley 7: A Nuestro Señor Jesucristo pertenecen las leyes que hablan de la fe y unen al hombre a Dios con amor, por derecho conviene amarlo honrarlo y temerlo, por su bondad y por el bien que nos hace. Al gobierno de los hombres pertenecen las leyes que los unen por amor, y esto es derecho y razón, de estas dos cosas sale la justicia que hace a los hombres vivir como les conviene y sin motivo para desamarse, sino para quererse bien, estas leyes juntan las voluntades de los hombres por amistad.

Ley 8: Las leyes han de ser cumplidas y cuidadas y miradas para que sean hechas con razón y las cosas hechas según su naturaleza; las palabras de las leyes han de ser claras para que todo hombre la entienda y guarde en su memoria: Otrosí deben ser sin escasez y sin punto para que los hombres del derecho saquen razones torcidas por su maldad, y muestren la mentira por verdad y la verdad por mentira.

Ley 9: Dijimos en la ley antes de esta que las leyes deben ser cumplidas y otrosí debe ser muy escogido el derecho que en ella sea puesto antes de ser publicada a las personas, sin yerro y al servicio de Dios y bien de los que por ellas se dejaran guiar, deben guardar cuando las hicieren que no hay ruido que estorbe y en consejo de hombres leales, sabios entendidos y sin codicia, que conozcan bien lo que hay que hacer con el derecho, la justicia y el bien pro comunal de todos.

Ley 10: Los que traen las leyes a los hombres es un gran favor y maravilla pues ellas muestran conocer a Dios y conociéndolo es la manera de amarlo y de temerlo. Otrosí enseñan como conocer a sus señores y a sus mayores naturales y como deben ser obedientes y leales. Y, muéstranles conocerse a sí mismos, con cómo sepan tratar su hacienda cuerdamente, haciendo el bien y evitando hacer el mal. Otrosí, enseñan cómo se amen unos a otros, queriendo cada uno su derecho, guardándose de no hacer lo que no querría que le hiciesen a él, conociendo y guardando estas cosas vivirán en paz, derechamente y con holgura aprovechando

cada uno lo suyo y complaciéndose se enriquece la gente, crece el señorío, se frena la maldad y se refuerza la bondad.

Ley 11: El que hace las leyes debe amar a Dios, y temerle y tenerlo ante sus ojos mientras las hace, para que sean derechas y cumplidas, debe amar la justicia y el pro comunal de todos y entender del derecho del tuerto y no debe tener vergüenza en mudar o enmendar sus leyes, cuando otros le mostraran la razón para hacerlo pues gran derecho es el de enderezar cuando erraren los demás, que lo sepa hacer consigo mismo.

Ley 12: El Emperador o rey puede hacer leyes sobre gente de su señorío y ninguno otro no tiene poder de hacerlas en lo temporal, solo si lo hiciera en su otorgamiento; y las que de otra manera son hechas no tienen nombre ni fuerza de leyes, ni deben valer en tiempo alguno.

Ley 13: Las leyes se deben entender derechamente con el verdadero entendimiento de su parte más sana y provechosa según las palabras y razones que presenten. Y por esta razón no se deben escribir abreviaciones ni menguar en razones para que los hombres caigan en yerro, sino según la letra, no son para aprender y decorar, sino para saber su entendimiento.

Ley 14: Lo que es señorío del hacedor de las leyes y sobre quienes él pone tienen que obedecerlas, guardar y juzgarse por ellas y no por otro escrito de otra ley hecha en ninguna manera. Y el que la ley hace tiene que hacerla cumplir. Y eso mismo decimos de los que fuesen de otro señorío, que hiciesen pleito o postura o yerro en la tierra donde se juzgasen por las leyes, ya que siendo de otro lugar no puede ser excusados a sus mandamientos, si el yerro lo hiciesen donde ellas tienen su poder.

Ley 15: El rey debe guardar las leyes a su hechura y a su forma, porque recibe poder y razón para hacer justicia; y si él no las guardase, vendría contra su hecho y las desataría y de ello le vendrían dos daños: uno, desatar tan buena cosa, otro, que se tornaría comunal de todo el pueblo, y esto lo envilecería a sí mismo y se le tendría por de mal seso, sus mandamientos serían menospreciados. Las debe guardar el pueblo como a su vida y provecho de lo que tienen, y si no lo hiciesen mostrarían que no quieren obedecer a Dios ni al señor temporal e irían contra ellos, entrando en caminos de muerte: 1.- por desmandamiento; 2.- por osadía; 3.- por maldad, demostrando que les placería más el mal que el bien. Por eso nadie puede ser excusado ni por razón de creencia ni de linaje, ni de poder ni de honra ni para demostrarse vil en su vida. Y otrosí, lo que toca a los reyes y a los grandes señores es cómo deben hacer para enderezar su señorío y otrosí, a los de la tierra cuyo es el pro comunal y cada uno recibe su parte de él, nadie puede ser excusado de no obedecerlas y guardar.

TÍTULO 2: Que habla del uso y de la costumbre en qué manera debe ser.

Ley 1: Uso es lo que nace de aquellas cosas que el hombre dice o hace y que siguen en el tiempo y sin ningún problema.

Ley 2: Se debe hacer el uso de manera que a pro comunal y sin daño y no a escondidas, sino de manera que se sepa y se satisfagan de ellos los conocedores de derecho y razón.

Ley 4: Se llama costumbre al derecho o fuero no escrito, el cual han usado los hombres largo tiempo ayudándose de él en las cosas y en las razones por las que lo usaron. Tres son las costumbres; 1.- aquella que es sobre el lugar o en persona cierta; 2.- tanto en personas como en lugares y 3.- sobre hechos señalados que hacen los hombres que se hallan bien y están firmes.

Ley 5: Pueblo quiere decir ayuntamiento de gentes y de la forma de aquella tierra donde se allegan, y de esto no sale hombre ni mujer, ni clérigo ni lego. Y tal pueblo como este o la mayor parte de él, si usaren diez o veinte años hacer alguna cosa como en manera de costumbre, sabiéndolo el señor de la tierra y no contradiciéndolo y teniéndolo por bien, puédanlo hacer y debe ser tenido y guardado por costumbre, si en este tiempo mismo fueren dados concejeramente de treinta juicios arriba por ella de hombres sabios y entendidos en juzgar y no habiendo quien los contraríe. Otrosí decimos que la costumbre que quiere el pueblo poner y usar de ella, debe ser con derecha razón y contra la ley de Dios, ni contra señorío; ni contra derecho natural, ni contra procomunal de toda la tierra o del lugar donde se hace. Y débenla poner con gran consejo, no por yerro, ni por antojo, ni por otra ninguna cosa que les mueva, sino por derecho y razón y pro, pues si de otra manera la pusiesen, no sería bueno, sino sería en daño de ella y de la justicia.

Ley 8: Fuero es cosa en que se encierran estas dos maneras que hemos dicho, uso y costumbre, que cada una de ellas ha de entrar en el fuero para ser firme, el uso, porque los hombres se hagan a él y lo amen, y la costumbre, que les sea así como en manera de herencia para razonarlo y guardarlo, pues si el fuero es hecho como conviene, de buen uso y de buena costumbre, tiene tan gran fuerza que se vuelve a tiempo así como ley, porque se mantienen los hombres y viven los unos con los otros en paz y en justicia Y por eso tiene este nombre: fuero porque no se debe decir ni mostrar a escondidas, sino que en las plazas y por los otros lugares a quienquiera que lo quiera oír.

Ley 9: Los hombres deben honrar las leyes de dos maneras; la una por la honra que hay en aquellos que la tienen, la otra, por el bien que le puede venir de ellas al que honra aquella cosa de la que puede ser honrado. Y porque estas dos cosas ocurren en las leyes, por eso las deben honrar pues aunque uso y la costumbre pue-

den hacerlas menguar y quitarlas del todo, según que dijimos antes, y otrosí comoquiera que estos derechos se tornen unos en otros así como saliendo del uso, costumbre, y de la costumbre, fuero, y del fuero, costumbre; y de la costumbre, uso, aún más la ley tiene estas honras señaladas además de estas otras: pues después que la ley es hecha, ha de ser fuero concejero y publicado.

No se debe juzgar por entendimiento de hombres de mal seso, ni por hazañas, ni por albedrío, sino cuando viniese a menos la ley en lugares, o la hubiesen de enmendar o hacer de nuevo, pues entonces hay que dirigirla a hombres entendidos y sabios para albedriar y ver toda cosa mejor se pueda hacer o enmendar con más razón. Porque es cosa cierta, y nadie no puede decir otra cosa y que por esta razón ella es honrada, por ellos los que la guardan y la honran son para por ella más honrados. Y esta honra es tan cumplida que desde el rey hasta el menor hombre de la tierra, cada uno encuentre allí derecho y como debe ser honrado. Y es porque la letra no falte a uno ni a otro, que tanto muestra la razón por el menor hombre de la tierra, cada uno encuentre allí derecho y como debe ser honrado. Y esto es porque la letra no falte ni a uno ni a otro, que tanto muestra la razón por el mayor como por el menor, pues de una manera lo halla el loco y el cuerdo, y el de mal entendimiento y el de bueno, y el que es bien razonado y el que no lo es, y no miente a ninguno por amor ni por desamor, ni por promesa ni por amenaza.

Y esta escritura de las leyes posee una honra muy grande en la que entran cuatro cosas: 1.- que la deben hacer hombres sabios y entendidos; 2.- que ha de ser hecha de muy buenas palabras y muy escogidas, 3.- que se hagan siempre con mandado de los más honrados señores en quienes está el poder y la honra de mandar y de hacer, y otrosí, porque en ella habla de nobles hechos y honrados más que todas las otras escrituras; y 4.- porque es escrita y no puede caer en olvido de los hombres por mal seso ni por tiempo, ni otrosí no debe ser derogada del todo. Pero si algunas hubiera que no sean buenas, si fueren de enmendar, que se enmienden, y si fueren para derogar, que pongan otras en su lugar antes que las deroguen.

TÍTULO 3: De la Santa Trinidad.

Ley 1: Artículos son las razones ciertas y verdaderas que los Apóstoles ordenaron y pusieron en la fe por la gracia del Espíritu Santo, que Jesucristo envió a ellos. Y estos artículos todo cristiano los debe saber y creer y guardar verdaderamente para la tener la creencia de Jesucristo verdadera y cumplida, y salvarse por ella. Y de estas palabras fue hecho el Credo in Deum, que llaman símbolo, que quiere tanto decir como bocados. Y esto es porque cada uno de los apóstoles dijo por sí su palabra cierta en como creían, y juntadas todas en uno está allí la creencia de Dios cumplida, y por eso le llaman Credo in Deum. Y lo que cada uno dijo es esto:

San Pedro dijo; creo en Dios Padre, poderoso, criador del cielo y de la tierra. San Juan dijo: Y en Jesucristo, su hijo uno, que es nuestro señor. Santiago, hijo del Zebedeo, dijo: que es concebido de Espíritu Santo y nació de María Virgen. San Andrés dijo: que recibió pasión en poder de Poncio Pilatos y fue crucificado y muerto y soterrado. San Felipe dijo: que descendió a los infierno. Santo Tomas dijo: y al tercer día resucitó de entre los muertos. Y San Bartolomé dijo: Y subió a los cielos y está sentado a la diestra de su Padre verdadero sobre todas cosas. San Mateo dijo: Y vendrá de allí a juzgar a los vivos y los muertos. Santiago Alfeo dijo: Creo en el Espíritu Santo. Y San Simón dijo: Y en la santa iglesia católica, ayuntamiento de los santos. Y Judas Jacobo dijo: Y redención de los pecadores. San Matías dijo: Y resurrección de la carne y vida perdurable para siempre. Y son llamados artículos, que quiere tanto decir como artejos, que así como en las coyunturas de las manos y de los pies hay artejos que hacen dedos, y los dedos hacen manos, así estas palabras del Credo in Deum, que son cada uno de por sí como artejo, juntándolas todas en uno hacen una razón, que es así como mano, en que se comprende la creencia toda.

TÍTULO 4: Que habla de los sacramentos de la Iglesia.

Todo cristiano para conocer a Dios y ganar su amor debe tener en sí dos cosas: la una, la fe católica, que debe creer según en estas leyes antes fue dicho, la otra, los sacramentos de la santa Iglesia, que debe recibir según en estas leyes demostramos, pues bien así como alma y cuerpo es hombre cumplido, y Jesucristo es hombre y Dios, así el que cree en la fe católica y recibe los sacramentos tiene el nombre de cristus, y es cristiano acabado. De estos debe recibir todo cristiano los cinco por fuerza de ley pudiéndolos haber, y los dos por voluntad. El 1º es bautismo, el 2º, confirmación, 3º penitencia, 4º, comunión, 5º, unción que hacen a los enfermos cuando entienden que está cerca el fin. Y los otros dos son de voluntad: casamiento y orden, y ninguno debe ser apremiado a recibirlos, si no quiere.

Ley 14: Las palabras que más fuerza hicieren en el bautismo son estas que dijimos en la ley antes de esta, cuando bautizan en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, pues por estas santas palabras se acaba todo el hecho de Dios en todas las maneras que hombre no podría pensar ni decir, y toda la fuerza del bautismo: las unas antes que lo hagan, y las otras, después. Las de primero son cuando llevan al que ha de ser bautizado a la iglesia, y en la puerta, antes que entre, se para el sacerdote con el preguntándole qué quiere ser; y los padrinos han de responder que cristiano. Y luego el clérigo debe preguntar que cómo quieres hacer nombre, y los padrinos deben decir aquel nombre que quieren que tenga. Y entonces ha de preguntar el clérigo qué es lo que pide a la Iglesia, y él, lo que han de respon-

der: "vida perdurable" y esta es la vida perdurable "que conozcas que es un solo Dios vivo y verdadero que envió al mundo a Jesucristo su hijo, que con aquel su Padre y el Espíritu Santo vive y reina por siempre jamás" entonces el sacerdote débele soplar tres veces en la cara diciéndole así contra el diablo: "Sal espíritu sucio, de él y da lugar a Dios que viene a este con Espíritu Santo, enviado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" Y esa hora hágale el sacerdote una cruz con el pulgar diestro en la frente diciéndolo: "Esta señal de la cruz de Jesucristo pongo en tu frente" Y débele luego hacer otra cruz en las espaldas diciéndole lo mismo. Y debe allí decir esta oración en que ruega a Dios que se digne mirar a aquel siervo suyo, el cual está dispuesto a recibir las enseñanzas de la fe, quitándole las durezas del corazón y las vejeces de no creer, rompiéndole los lazos del diablo Satanás con que estaba atado. Y esto dicho, debe el sacerdote tomar la mano del que ha de ser bautizado, y meterlo en la Iglesia diciéndole esta oración, que ruega a Dios que le abra la puerta de su piedad... Y cuando esta dijere esta plegaria débele hacer una cruz con el pulgar en la frente y decir esta otra oración, rogándole a Dios que Él, que fue y es hacedor del humanal linaje, que sea otra vez reformador de él y que tenga en su voluntad a los pueblos deseados que escogió porque sean escritos en el linaje del Nuevo Testamento; así que lo que no pudieron recibir por naturaleza, que lo reciban por gracia. Y entonces el clérigo ha de meter sal en la boca del que bautizan

Ley 59: Arrepentimiento tanto es como tener hombre por mal la cosa que ha hecho sin gusto, y tener voluntad para partirse de ella, Y por esto en latín dice el que se arrepiente: poeniteo, que es "yo me arrepiento y duélome desta cosa y quiérome partir de ella y estoy preparado para sufrir la pena que por ello me dieren". De donde del arrepentimiento que se hace con dolor del mal que hizo, y de la pena que toma para enmendarlo, nace el nombre penitencia.

Ley 62: Hay tres maneras de pecados sobre los que estableció la Iglesia que fuese hecha penitencia. La primera es llamada venial, pues venial tanto quiere decir en latín "pedir perdón", y comoquiera que en todas tres convenga hacer esto, sobre esta señaladamente cae más esta palabra que sobre las otras, porque rogando a Dios y haciendo penitencia, ligeramente puede de éste ganar perdón. Y esto sucede porque es de los malos pensamientos en que el hombre está. La segunda es llamada criminal que quiere decir "yerro de culpa" y este es peor que el venial, tanto cuanto ha de cuidar el pecador, y ha de buscar camino para hacer lo que cuidó, trabajándose en cumplirlo. La tercera la llaman mortal, porque ella hace al hombre cumplir de hecho los pecados que son como muerte del alma.

Ley 72: Y si se hiciese como conviene, pusieron que el que se viniese a penitenciar, que lo hiciese con gran humildad, hincando los hinojos ante el penitenciador, o asentándose a sus pies, o tendiéndose ante él en tierra diciendo sus

pecados muy llorosamente, y arrepintiéndose mucho de ellos, y en todo esto teniendo la cabeza cubierta y bajada, dirigiendo los ojos hacia la tierra en la que hizo el pecado el que se arrepiente y con la voluntad hacia el cielo, donde codicia haber perdón de Dios, y no poniendo su atención en la cara del penitenciador, ni el continente que hiciese cuando se penitenciase, porque por ventura podría ver allí alguna cosa que le estorbaría la voluntad, mas que en todo fuese humilde, en dicho y en hecho, porque la humildad de este mundo lo ensalzase en el otro, según dijo Nuestro Señor Jesucristo, que el que se humillase, que ese sería ensalzado. Y otrosí fue establecido que el que diese la penitencia estuviese en lugar algo, porque aquel que de él le recibiese se pudiese asentar a sus pies a hacer la humildad de las otras cosas que dijimos, y que tuviese la cara baja y cubierta, de manera que no se la viese ninguno, ni aquel que le diese la penitencia, y si fuese hombre que recibiese bien la penitencia, que le hiciese llegar el penitenciador a sí por oírlo mejor, o se llegase más a él, así que pudiese algunas veces observarle el rostro por ver si tenía continente triste como hombre que se duele, o si el alegre en el rostro como hombre que trae encubierta y quiere dar pasada a su hecho. Mas si fuesen mujeres las que penitenciasen, debe el penitenciador asentarlas a sus pies, mas no muy cerca, de manera que no lo puedan tocar en ninguna cosa, ni él a ellas, y débeles asentar a uno de sus lados porque oiga lo que le dijeren, y no les vea las caras, según dijeron los profetas, que las caras de las mujeres hermosas son tales al que las mira como viento quemador, o como red en que caen los pescados. Por lo cual, si el penitenciador y el que toma la penitencia todas estas cosas sobredichas guardaren, será la penitencia ordenada como debe.

Ley 73: Entendidos y sabios deben ser los que dan las penitencias, pues mucho conviene que el que quisiera saber la voluntad del otro, que sea entendido. Y esto en dos maneras: la una en preguntar, la otra en albedrío, por las preguntas llegará a lo que quiera saber, y por el albedrío sabrá lo que debe mandar. Y por eso conviene al penitenciador que considere qué persona es aquel que se le confiesa, y de cuál edad: primeramente si es mancebo, o viejo, o sano o enfermo, o libre o siervo, o rico o pobre, o clérigo o lego, o letrado o sin letradura, o prelado, o rey u otra persona menor: y también en el estado de su cuerpo, si es enfermo o sano, o fuerte o flaco, o grueso o magro, o sufrido o vicioso, o si es tal hombre que codicie mucho cumplir voluntad de su carne, así como en comer, o en beber, o en lujuria, o en otras cosas semejantes de estas: otrosí si tiene la voluntad sana o enferma, hecho a pensar malos pensamientos, o a decir malas palabras, o si es estable en las cosas que ha de hacer, o cambiadizo. Y débele otrosí preguntar la vida que hace, o qué menester tiene, o si es rico y abundado, o pobre o mezquino, o humilde o soberbio, o sin codicia o codicioso, o manso o bravo, o granado o escaso, o nombre de corazón en dichos o en hechos o vil despreciable, o libre o siervo, o casado por casar, o clérigo o lego, o le-

trado o sin letradura: y otrosí el lugar que tiene, si es mayor que los otros prelados, así como papa, o patriarca, o primado, o arzobispo, u obispo u otras personas menores, así como descienden cada uno por su grado, de cualquier manera que sean, de orden o de religión: y otrosí si son hombres que tienen poder de hacer justicia, así como emperadores o reyes u otros hombres a quien sea otorgado por derecho; y otrosí del menester que tiene cada uno, así como caballeros que han de vivir por armas, o labradores por su labor, o menestrales por sus menesteres, o mercaderes por sus mercadurías. Y considerando el penitenciador todo esto, entenderá por qué razón se movió el pecador al pecado y sabrá cuál penitencia le debe dar. Y dando el penitenciador la penitencia que conviene, y el que se confiesa recibiéndola con humildad, llega a la conclusión que cada uno de ellos ha de menester.

Ley 85: Descubrir secreto es cosa en que hay muchos males, pues luego primeramente cuanto en sí es cosa muy vil, y no puede ser descubierta sin gran vileza de corazón, como en no poder sufrir el que la oye en descubrir lo que le dicen por amistad fiándose en él, y otrosí es dañoso cosa en muchas maneras, y por el descubrimiento hace a los hombres caer en vergüenza, pues si vergonzoso queda el hombre al que le descubren el cuerpo quitándole lo que viste, cuánto más al que le descubren el secreto que tiene encerrado en su corazón, que según su voluntad no querría que Dios lo supiese. Además, estorba muchas veces grandes hechos y buenos que se podrían hacer por ella, y torna el bien en mal y la lealtad en traición, y mueve desacuerdo y desamor entre los hombres, dándoles inclinación en como no fiarse unos de otros. Y si todas estas cosas acaecen en descubrir temporalmente lo que se dice de un hombre a otro en secreto, cuánto más sería en las cosas que son dichas a Dios, que cae sobre las cosas espirituales. Y por ello fue ordenado en la santa Iglesia que aquellos que las confesiones oyeren, que no las descubran por ninguna manera, pues este tal que las descubriese es traidor a Dios, y desobediente a la santa Iglesia, y alevoso a su cristiano, y además, es homicida.

Ley 90: Según dijimos, penitencia es cosa que se debe hacer arrepintiéndose hombre de sus pecados, y doliéndose de ellos de manera que no tenga voluntad de jamás volver a ellos. Y comoquiera que la penitencia es una en tres maneras, sin embargo la repartieron los santos padres, y a la primera llamaron solemne, a la segunda pública y a la tercera privada. Y de cada una de estas diremos por qué tiene ese nombre y cómo ha de ser hecha. Primeramente diremos que la solemne que se debe hacer el primer miércoles de la cuaresma mayor es desta manera: aquellos que la han de hacer deben venir a la puerta de la iglesia descalzos y vestidos de paños de lana viles y vergonzosos, y han de traer las caras bajadas hacia tierra humildemente, mostrándose por culpados de los pecados que hicieron, y sintiendo vergüenza por ellos, y otrosí mostrando que tienen gran voluntad de hacer todo lo que les mandaren por penitencia. Y deben estar allí con sus arciprestes y sus clérigos de los que son

parroquianos y que oyeron sus confesiones. Y después de esto debe salir el obispo con sus clérigos a la puerta de la iglesia a recibirlos rezando los salmos penitenciales, y tomarlos por las manos y meterlos dentro: y debe el obispo echarse de preces ante el altar rogando a Dios por ellos yacer en tierra tendidos, llorando y rogando a Dios que no considere sus pecados que son muchos y grandes, mas la merced que es en El para perdonar a los culpados y oír a los que le ruegan con humildad. Y en cuanto a los salmos fueren rezados, débese levantar el obispo y poner las manos sobre sus cabezas y poner en ellas ceniza y echar agua bendita sobre ellas y después cubrírselas con cilicio que es paño de estameña, diciendo estas palabras llorando y con suspiros "que así como Adán fue echado de Paraíso, así conviene que ellos sean echados de la iglesia por los pecados que hicieron" Y entonces el obispo debe mandar a los ostiarios, que son porteros de la iglesia, que los echen fueren, y echándolos de allí, deben ir los clérigos en pos de ellos cantando un responso que dice así: "que en sudor de su cara y en lacerío de su cuerpo comerán su pan" Y estos han de morar toda la cuaresma a la puerta de la iglesia en cabañuelas. Y en el día santo del jueves de la cena deben venir los arciprestes y los clérigos que oyeren las confesiones de ellos y presentarlos otra vez a la puerta de la iglesia y luego meterlos dentro, y han de estar en la iglesia a todas las horas hasta el domingo de las octavas, más no deben comulgar ni tomar paz en aquellos días con los otros, ni entrar después en la iglesia hasta la otra cuaresma; y esto han de hacer así cada año hasta que hayan cumplido su penitencia según las cuaresmas que les dieren. Y cuando hubieren acabado la penitencia, débelos el obispo reconciliar a la puerta de la iglesia, estando allí con ellos los clérigos que hemos dicho, a esto se entienden que se deben desnudar, y el obispo darles con una correa rezando sobre ellos el salmo de Miserere mei Deus que hizo el rey David, que conviene mucho a aquellos que están en penitencia, pues tanto quiere decir como que ruega a Dios que les haga merecer según y su gran piedad, así que con las muchas mercedes perdone los muchos pecados, de manera que queden limpios y lavados de ellos, y de allí en adelante, que hagan vida de buenos cristianos.

TÍTULO 5: De los prelados de la Santa Iglesia que han de mostrar la fe y dar los sacramentos.

Ley 33: Pecados muy grandes y muy desmedidos son según disposición de la Iglesia: matar hombre a sabiendas o de grado, o hacer simonía en orden o ser hereje. Y los medianos pecados dicen que son estos, así como adulterio, fornicación, falso testimonio, robo, hurto, soberbia, avaricia, que se entiende por escasez, saña de mucho tiempo, sacrilegio, perjurio, embriaguez continuadamente, engaño en dicho o en hecho, del que viene mal a otro.

Ley 34: Menores pecados son y veniales cuando algún hombre come o bebe más que no debe, o habla o calla más que no conviene, o responde ásperamente al pobre que le pide alguna limosna. Otrosí cuando alguno está sano y no quiere ayunar en el tiempo que ayunan los otros, pero si lo hiciese en desprecio de la Iglesia, sería pecado mortal, o si viene tarde a la iglesia por gusto de dormir, o si yace con su mujer si no es con intención de hacer hijos, o por el débito que lo ha de hacer, si por ventura ella lo quisiere y él puede, o si no fuere a visitar a los que encuentran en la cárcel o a los enfermos, pudiéndolo hacer, o si supiere que algunos están en desacuerdo o en malquerencia y no quiere meter paz entre ellos o avenencia, si pudiere; o si fuere más áspero y esto se entiende si fuere rencilloso o bravo de palabra o dé mala compañía a su mujer y a sus hijos y a los otros que con él viven, o si halagare o linsonjeare a alguno más que no debe, mayormente a algún poderoso con intención de hacerle placer poniéndole algún bien que no haya en él, o acrecentándole por palabra aquel bien que tiene mucho más de lo que es; eso mismo sería si se lo hiciese por miedo o apremiándolo. Otrosí pecado venial es dar a los pobres comeres muy bien adobados, o decir en algún lugar palabras de escarnio en las que no hay pro ninguna, mayormente si las dice en la iglesia, que es hecha para rogar a Dios o si jura por escarnio o por ruego y no por verdad, y no cumple lo que juró o si maldice a alguno con liviandad o sin recaudo.

Ley 36: Mesurado debe ser aquel que eligiesen para alguno de los prelados mayores, en comer y beber y guardarse mucho de comer de más y en beber de manera que se torne en ebriedad, porque esta es uno de los pecados más extraños que pueden ser, pues por él desconoce el hombre a Dios, y a sí mismo, y a todas las otras cosas que hay, más pronto que por otro, pues según dijeron los sabios, el vino es carrera que conduce a los hombres a todos los pecados. Otrosí el comer de más es vedado a todo hombre y mayormente al prelado, porque castidad no se puede bien guardar con los muchos comeres y grandes vicios; y por esta razón dijeron los santos que no conviene a aquellos que han de predicar la pobreza y la cuita que sufrió Jesucristo por nosotros en este mundo, que lo hagan con las faces bermejas comiendo y bebiendo mucho, y aun sin todo esto, naturalmente, del mucho comer nacen muy grandes enfermedades de las que mueren los hombres antes de su tiempo o quedan con lesiones.

Ley 37-1: Sabido y entendido debe ser en todas las cosas el que toman para obispo o el que ordenan para clérigo, señaladamente en estas tres : 1): en la ley, 2): en los saberes y el 3): en las cosas temporales. Pues en la ley debe ser sabedor para saber enseñar cómo salven a sus almas aquellos que les son dados en guarda. Y por esto establecieron los Santos Padres que haya en cada iglesia arzobispal un maestro que lea de divinidad y que los clérigos que salieren de la provincia a oírla, que tengan todos sus beneficios, tanto como si los sirviesen. Y sin esto no les abundare,

que les cumplan de sus iglesias a lo que quieren menester, si fueren de buenas maneras y aprendieren bien. El otro saber que dicen en latín, artes, que quiere tanto decir como maestría para saber las cosas de raíz y departir la verdad de la mentira, bien lo pueden los clérigos aprender para conocer y entender aquello que leyeren, y porque hayan entrada para entender las Santas Escrituras, que deben saber por piedad, pues para esto las deben aprender, y no por otro gusto que cojan en ellas. Y por eso manda el derecho que en cada iglesia obispal haya maestro de gramática, que es arte para aprender el lenguaje del latín, y otrosí de lógica, que es para saber y conocer distinguir la verdad de la mentira, y aun de retórica, que es ciencia que muestra ordenar las palabras apuestamente y como conviene. Y estos tres saberes tuvo por bien la iglesia que aprendiesen los clérigos, porque son muy provechosos a los que los saben, y les mueven a hacer obras de piedad, lo que los clérigos tienen que hacer. Mas los otros cuatro saberes, que es el uno de ellos la aritmética, que es arte que muestra las maneras de las cuentas,y el otro, geometría, que es para saber cómo se pueden medir y estimar todas las cosas por estimación o por vista, y el tercero, la música que es saber de acordanza de los sones y de las otras cosas, y el cuarto astronomía, que es para saber el movimiento de los cielos y el curso de los planetas y estrellas, no tuvieron por bien los santos padres que se esforzasen mucho los clérigos en aprenderlo, pues aunque estos saberes son nobles y muy buenos cuanto en sí, no son convenientes a los clérigos, ni se moverían por ellos a hacer obras de piedad, así como rezar y confesar y las otras cosas semejantes de estas, que tienen que hacer de derecho.

Ley 37: San Pablo, el apóstol de los gentiles dijo como en manera de castigo que los hombres probasen todas las cosas y que tomasen las buenas de ellas, y las otras, que las dejasen, y por ello tuvieron por bien los santos padres que los clérigos pudiesen leer no tan absolutamente las artes que son dichas antes de esta, más aún, los libros de los gentiles, pues aunque en ellos haya algunas palabras que son contrarias a nuestra creencia y que deben ser esquivadas por todos los cristianos, con todo eso otras razones hay en ellos de grandes sesos, de las que pueden aprender buenas costumbres y buenos castigos, que es cosa que conviene a los clérigos. Y aun tuvo por bien la santa iglesia que los clérigos pudiesen leer leyes para saber el derecho y física para curar a los hombres, con tal de que no hagan esto por codicia ni por deleite. Mas con todo eso, el que obtuviere la condición o de cura de iglesia o fuere misacantano o monje o canónigo regular o de otra religión, si más de dos meses estuviera oyendo cualquiera de estos dos saberes, excomulgado sea por ella, pues que estos tales han de tener cura de almas, tuvo por bien la santa iglesia que de los saberes que ayudan a esto, se esforzasen más que de los otros. Por esto tuvo por derecho otrosí que fuesen sabedores de las cosas temporales, por las cuales supiesen alinear y enderezar sus haciendas y lo suyo, y ayudarse a sí mismos y a los otros en

las cosas que les fuesen menester.

Ley 38: Castos y vergonzosos deben ser los prelados en dicho y en hecho, pues aquellos que con sus manos han de consagrar el cuerpo de Jesucristo y lo tienen que recibir en sí mismos, y han de dar los otros sacramentos de la iglesia, mucho conviene que tengan en sí castidad y limpieza. Otrosí, deben tener vergüenza, pues si la tuvieran, siempre se guardarán de hacer pecado de decir lo que mal está.

Ley 39: La iglesia manda que los prelados sean apuestos y esto en dos maneras: la una, dentro de sí mismos, y la otra, de fuera. Y la que es en sí mismos se reparte de dos maneras: en buenos pensamientos y en buenas costumbres. Y la que es de fuera es repartida en cuatro cosas: en comer y en beber, según que es dicho antes, y otrosí en su hábito y en su continente. Y el hábito se entiende por muchas cosas: así como vestir, pues deben traer sus paños cerrados y no cortos, ni traigan manga cosediza, ni zapatos a cuerda, ni sillas ni frenos ni petrales colgados ni dorados, ni espuelas doradas, ni hagan otros excesos ninguno, ni traigan capas con mangas, a no ser que cambiasen el hábito por miedo que hubiesen; ni otrosí deben traer broches ni cintas con hebilletas doradas. Y aun tuvo por bien la iglesia que no anduviesen los prelados con menos que con camisas romanas sobre los otros paños, a no ser que algunos de ellos hubiesen antes sido frailes o monjes, pues estos tales no deben dejar su hábito. Y deben traer otrosí los mantos atahonados o presos delante en señal de honestidad; pues esto deben hacer de manera que no haya en ellos hipocresía. Y deben otrosí traer coronas grandes, y los cabellos tan cortos que se les vean las orejas. Y esto fue establecido en señal del reino de Dios que esperan obtener, donde serán coronados si hicieren lo que deben, pues así como los reyes han de gobernar a los hombres en las cosas temporales, así lo han ellos de hacer en las cosas espirituales, y por esta razón los llama la iglesia, rectores. Y por la rasura que traen en la cabeza se da a entender que deben raer de sus voluntades los deseos de este mundo, y dejarse de las cosas temporales, y tenerse por abundados solamente con que tengan que comer y que vestir. Y en su continente deben otrosí ser apuestos, andando en buena manera y honesta.

Ley 43: Predicación, para ser bien hecha es menester que el que la hiciere considere estas cuatro cosas: tiempo y lugar, y a quién y como. Y el tiempo, debe cuidar que no sermonee cotidianamente, mas en sazones contadas y convenientes, pues si siempre lloviese, nunca llevaría la tierra fruto; eso mismo sería de la predicación, que, si siempre predicasen, recibirían los hombres enojo de ella, y no les entraría tanto en voluntad para hacer bien. Otrosí debe cuidar el lugar en que ha de predicar, pues la predicación, débela hacer en la iglesia o en otro lugar honesto, y ante todos y no apartadamente por las casas, porque no nazca con ello sospecha de herejía contra los que predicasen ni contra aquellos que los oyesen. Pero no prohíbe

la santa iglesia que alguno no puede decir buenas palabras y buenas amonestaciones en privado o en otros lugares, mas no lo deben hacer en manera de predicación.

Ley 44: Deben cuidar los prelados que predican qué hombres son aquellos a quienes predican: si son sabios y entendidos, y otros, que no entiendan tanto, pues si buenos son y entendidos, puédenles predicar de las mayores cosas y de las más fuertes de la fe y de las Escrituras; y si fuesen otros que no hubiesen tan gran entendimiento, débenles decir pocas palabras y llanas, que entiendan ligeramente y de las que se puedan aprovechar. Y eso dio a entender nuestro señor Jesucristo cuando predicaba a los pueblos en los lugares llanos, y a los apóstoles en los montes y en las sierras altas. Y por eso dijo San Pablo: "Entre los sabios debemos hablar las cosas que son del saber, y a los otros debemos dar leche y no manjar fuerte. Otrosí el que predicare no debe hacer entender la gramática al pueblo como en manera de mostrársela, ni debe otrosí cuando sermonare contar ninguna de las hablillas que hay en los libros de la gramática que hicieron los gentiles, ni otras cosas semejantes de estas en que alababa la creencia de ellos, pues no es propio que en los sermones que hicieren, alaben su creencia ni la de las otras gentes como la de nuestro señor Jesucristo. Y estas cosas vedó la iglesia porque algunos tiempos hubo en que las hacían y venía con ello daño.

TÍTULO 6: De los clérigos y de las cosas que les pertenecen hacer y de las que les son vedadas.

Nueve órdenes de ángeles ordenó nuestro señor Dios en la Iglesia, y puso a cada una de ellas en su grado, y dio primacía a los unos sobre los otros, y púsoles nombres según sus oficios. Por lo que, a semejanza de esto, ordenaron los santos padres en la Iglesia terrenal nueve órdenes de clérigos, y dieron a los unos primacías sobre los otros, y pusiéronles nombres según aquello que han de hacer y a estos grados de órdenes llaman: al primero, corona; al segundo, ostiario; al tercero, lector; al cuarto, exorcista; al quinto, acólito; al sexto, subdiácono; al seteno, diácono; al octavo, preste, y al noveno, obispo.

Ley 1: Clérigos quiere decir hombres escogidos en suerte de Dios. Y esto se demuestra por dos razones: la una, porque ellos han de decir las horas y hacer todos el servicio de Dios que es establecido en la iglesia, y la otra, porque se deben tener por satisfechos y vivir de aquella suerte que dan los cristianos a Dios, así como décimas y primicias y ofrendas. Y por esto, todos aquellos que son ordenados de corona o de aquí para arriba son llamados clérigos comunalmente, bien que sean mayores o menores.

Ley 2: Santos padres son llamados todos aquellos que hicieron el orden de la iglesia, y esto por dos razones: la una, porque ellos fueron santos en su vida y en sus hechos, y la otra, porque hicieron el santo orden y sus padres los llaman porque crían a los cristianos espiritualmente con este santo orden sobredicho, así como los padres temporales crían a sus hijos. Y ellos hicieron partición entre los clérigos; y a los unos pusieron en las iglesias catedrales por mayores personas por honra de los lugares que tienen, así como deanes o prebostes o priores o arcedianos y aquellos que llaman en algunas iglesias chantres, y en otras capiscoles, y otros que dicen tesoreros o sacristanes, y aun hay otros a los que llaman maestrescuela; y otros pusieron en las iglesias colegiales que no son obispados, en que hay otrosí personas y canónigos en cada una de ellas, según la costumbre que comenzaron a usar cuando las hicieron primeramente. Y aun sin todos estos, otros clérigos hay que llaman parroquiales, que han de tener un mayoral en cada una de ellas que tenga cura de las almas de aquellos que son sus parroquianos; y estos tienen un superior al que llaman arcipreste, que ha de tener muchas parroquias. Pero todos estos sobredichos, como quiera que sean de tantas maneras, o son prestes o diáconos o subdiáconos o son de todos los cuatro grados, o de alguno de ellos, o tienen corona solamente, pues otro ninguno no puede ser beneficiado en la santa Iglesia, sino el que hubiera alguna de estas órdenes.

Ley 7: Maestrescuela tanto quiere decir como maestro y proveedor de las escuelas, y pertenece a su oficio dar maestros en la iglesia que muestren a los mozos leer y cantar, y él debe enmendar los libros en que leyeren en la iglesia, y otrosí al que leyere en el coro cuando errare, y otrosí a su oficio pertenece estar delante cuando probaren los escolares, en las ciudades donde son los estudios, si son tan letrados que merezcan ser otorgados por maestros de gramática o de lógica o de alguno de los otros saberes, y a los que entendiere que lo merecen, puédeles otorgar que lean así como maestros. Y a esta misma dignidad llaman en algunos lugares chanciller, y dícenle así porque de su oficio es hacer las cartas que pertenecen al cabildo en aquellas iglesias donde es así llamado.

Ley 34: Ellos han de decir las horas en la iglesia, y los que no pudieren allí venir no deben dejar de decirlas por los otros lugares por donde fueren. Y pues que puestos son para ellos, y tienen orden sagrada e Iglesia, por cada una de ellas tienen que hacerlo. Otrosí deben ser hospedadores y largos en dar sus cosas a los que la hubieren menester, y guardarse de codicia mala y no deben jugar tablas ni dados, ni volverse con tahúres ni tener tratos con ellos, ni aun entrar en tabernas a beber, fuera de que lo hiciesen obligados, andando caminos, ni deben ser hacedores de juegos por escarnio porque los vengan a ver las gentes como los hacen, y si otros hombres los hicieren, no deben los clérigos venir allí porque se hacen allí muchas villanías y desaposturas, ni deben otrosí estas cosas hacer en las iglesias, antes decimos que los

deben de allí echar deshonradamente, sin pena ninguna, a los que los hicieron, pues la iglesia de Dios fue hecha para orar y no para hacer escarnios en ella, y así lo dijo Jesucristo en el Evangelio, que su casa era llamada casa de oración y no debe ser hecha cueva de ladrones. Sin embargo, representaciones hay que pueden los clérigos hacer, así como del nacimiento de nuestro señor Jesucristo, que muestra cómo el ángel vino a los pastores y díjoles como era nacido y otrosí de su aparición como le vinieron los tres reyes a adorar, y de la resurrección, que muestra cómo fue crucificado y resurgió al tercer día. Tales cosas como estas que mueven a los hombres a hacer bien y tener devoción en la fe, hacerlas pueden; y además porque los hombres conserven la memoria que, según aquello, fueron hechas, de verdad, mas esto deben hacer apuestamente y con gran devoción en las ciudades grandes, donde hubiere arzobispos u obispos, y con mandado de ellos o de los otros que tuvieren su veces, y no lo deben hacer en las aldeas, ni en los lugares viles, ni por ganar dineros con ello.

Ley 36: El hábito de religioso no lo deben vestir sino aquellos que lo tomaren por servir a Dios, pero algunos hay que lo traen a mala intención por remedar a los religiosos y para hacer otros juegos o escarnios con él, y es cosa muy impropia que lo que fue instituido para servir a Dios sea vuelto en desprecio de la iglesia y en envilecimiento de la religión. Por lo que cualquier que en tal manera vistiese hábito de monje o de monja o de otro religioso debe ser echado a azotes de aquella villa o de aquel lugar donde lo hiciere. Y si por ventura un clérigo hiciere tal cosa, porque le estaría a él peor que a otro hombre, débele su prelado poner gran pena según tuviere por razón; pues estas cosas también los prelados como los jueces seglares de cada lugar las deben escarmentar mucho que no se hagan.

Ley 37: Honestad en latín tanto quiere decir como cumplimiento de buenas costumbres para hacer el hombre limpia vida según el estado al que pertenece. Y esto cumple mucho más a los clérigos que a otros hombres, pues ellos que han de hacer tan santas y tan honradas cosas como consagrar el cuerpo de Jesucristo y dar los sacramentos y administrar el altar y servir la iglesia, mucho les conviene ser limpios y honestos y guardarse de los yerros y de toda mala fama. Y una de las cosas que más envilece la honestidad de los clérigos es tener trato frecuente con las mujeres; y por guardarlos de este yerro, tuvo por bien la iglesia mostrar cuáles mujeres pudiesen vivir con ellos morar sin mala estancia, y son estas: madre y abuela y hermana y tía hermana de padre o de madre, sobrina hija de hermano o de hermana, su hija misma si hubiese habido de mujer de bendiciones antes que recibiese la orden sagrada, o su nuera mujer velada de su hijo legítimo u otra que fuese pariente suya en segundo grado, así como prima cormana.

Ley 39: Casar solían todos los clérigos antiguamente en el comienzo de nuestra ley, según lo hacían en la ley vieja de los judíos, mas después de eso, los clérigos de Occidente, que obedecieron siempre a la iglesia de Roma, acordaron vivir en castidad, pues tuvieron que aquellos que habían de consagrar el cuerpo de Jesucristo y dar los sacramentos a los cristianos, que les convenía mucho ser castos. Y los clérigos de Oriente no quisieron prometer esto, porque tuvieron que era mejor casarse y cosa más sin peligro, que prometer castidad y no poderla tener; y por esta razón hay diferencia entre los clérigos de Oriente y los de Occidente. Pero algunas cosas hay en que concuerdan, y otras en que desacuerdan en razón de los casamientos, y en los que concuerdan son estas: que tanto los unos como los otros pueden casar habiendo cuatro grados, y otrosí no pueden casar desde que hubieren orden sagrada; y si casaren, que no vale el casamiento. Y aquellas en las que descuerdan son: que los clérigos de Oriente, bien sean casados o no, pueden recibir órdenes sagradas no prometiendo guardar castidad, mas los de Occidente no pueden hacer esto a menos de prometerla. Otrosí desacuerdan en otra cosa, pues los de Oriente siendo casados con sus mujeres pueden recibir órdenes sagradas, no departiéndose el casamiento por ello, antes pueden vivir juntos tanto como hacían de primero; y los de Occidente no lo pueden hacer, y después que recibieren tales órdenes, no han de poder vivir en uno.

Ley 43: Castamente son tenidos los clérigos de vivir siempre, mayormente después que hubieren órdenes sagradas, y para esto guardar mejor, no deben otras mujeres morar con ellos, sino aquellas que son nombradas en las leyes antes de esta. Y si hallaren que otras tienen de que pueda venir sospecha de que hacen yerro de lujuria con ellas, débelos su prelado vedar de oficio y de beneficio, si el pecado fuese conocido por juicio que den contra alguno de ellos sobre tal hecho, o porque lo conozca él en pleito; o si el yerro fuese tan conocido que no se pudiese encubrir, como si la tuviese manifiestamente en su casa y hubiese algún hijo de ella. Y del clérigo que en tal pecado viviere, no deben sus parroquianos oír las horas de él, ni recibir los sacramentos de la santa iglesia.

Ley 46: Mercancías son de muchas maneras, y algunas hay de ellas que no puede ningún hombre usar sin pecado mortal, porque son malas en sí así como usura y simonía; y estas son vedadas tanto a los clérigos como a los legos. Otras mercancías hay que son vedadas a todos, y mayormente a los clérigos, así como vender y comprar las cosas con voluntad de ganar en ellas. Pero si el clérigo sabe bien escribir y otras cosas hacer que sean honestas, así como escritorios o arcas, redes, cuévanos, cestos u otras cosas semejantes, tuvieron por bien los santos padres que las pudiesen hacer y vender sin desprestigio de su orden y aprovecharse de ellas cuando fuesen menguados de manera que les conviniese hacerlo.

Ley 47: Venadores ni cazadores no deben ser los clérigos de cualquier orden que sean, ni deben tener azores ni halcones, ni canes para cazar, pues desaguisada cosa es gastar en esto lo que tienen que dar a los pobres, pero bien pueden pescar y cazar con redes, y armar lazos, pues tal caza como esta no les es prohibida porque la pueden hacer sin canes, sin aves y sin ruido; mas con todo eso deben usar de ella de manera que no se les impida por ella las oraciones, ni las horas que tienen que decir. Otrosí no deben correr monte, ni lidiar con bestia brava, ni aventurarse con ellas por precio que les den, pues el que lo hiciese sería de mala fama, pero si las bestias bravas hiciesen daño en los hombres o en las mieses o en los ganados, los clérigos entonces bien las pueden acosar y matar si les acaeciere.

TÍTULO 7: De los religiosos.

Ley 1: Reglares son llamados todos aquellos que dejan las cosas del siglo y toman alguna regla de religión para servir a Dios, prometiendo guardarla. Y estos tales son llamados religiosos, que quiere tanto decir como hombre ligados que se meten debajo de la obediencia de su superior, así como monjes o calonges de claustro, a los que llaman seglares, o de otra orden cualquiera que sea. Pero otros hay que son como religiosos y no viven debajo de regla, así como aquellos que toman señal de orden, y moran en sus casas y viven de lo suyo, y estos, aunque guardan regla en algunas cosas, no tienen tan gran franqueza como los otros que viven en sus monasterios.

Ley 2: Profesión llaman a la promesa que hace el que entra en orden de religión, bien sea varón o mujer, y el que esto hiciere ha de prometer tres cosas: la una, no haber propio, la otra, guardar castidad; y la tercera, ser obediente al que fuere el superior en aquel monasterio en donde viviere. Y así son allegadas estas cosas al que toma la orden, que el papa no puede dispensar con él que no las guarde

Ley 3: Estar debe un año de prueba el que quiere tomar hábito de religión; y esto por dos cosas; la una, por ver si podrá sufrir las asperezas y los rigores de aquella regla, y la otra, porque sepan los que están en el monasterio las costumbres de aquel que quiere entrar, si se contentará él o no, y si antes del año quisiere salir de allí, puédelo hacer Y esto es porque algunos, cuando entran en orden, hácenlo con movimiento de saña de algunas cosas que les acaecen y por antojo, cuidando que la podrán sufrir, y después, cuando van allí estando, cámbianseles las voluntades, y arrepiéntense, de manera que los unos la han de dejar y los otros que queden contra su voluntad hacen en ella mala vida y por ello no les deben tomar la promesa antes del tiempo sobredicho.

Ley 14: Vida santa y buena deben hacer los monjes y los otros religiosos, pues por esto dejan este mundo y los placeres de él. Y por esto tuvo por bien la santa iglesia mostrar algunas cosas de las que han de guardar los monjes señaladamente para hacer áspera vida, y son estas: que no deben vestir camisa de lino, ni deben tener cosa propia, y si alguno lo tuviere, débelo luego dejar y si no la dejare desde que fuere amonestado según su regla, si se lo hallaren después, débenselo quitar y meterlo en pro del monasterio, y echar a él fuera, y no lo deben recibir más, a no ser que hiciese penitencia según manda su regla. Mas si en su vida lo tuviese encubierto y se lo hallasen a su muerte, deben aquello que le hallaren enterrar con él fuera del monasterio en algún muladar, en señal que es perdido. Otrosí deben guardar que no hablen en la iglesia, ni en el refectorio, ni en el dormitorio, ni en el claustro, fuera de los lugares acotados y a ciertas horas según la costumbre de aquel monasterio en que vivieren.

TÍTULO 9: De las excomuniones.

Ley 2: Diez y seis cosas puso el derecho de la santa iglesia por las que caen los hombres en la mayor excomunión luego que hacen algunas de ellas: la primera es si alguno cae en alguna herejía de aquellas que se dice en el título de los herejes, o si levantase otra de nuevo, o si le diese la Iglesia de Roma por hereje o su obispo o el cabildo, si vacase la iglesia, haciéndolo con consejo de algún prelado vecino suyo, cuando acaeciese que fuese menester; la segunda, si alguno recibiese a los herejes en sus tierras o en sus casas a sabiendas, o los defiende; la tercera, si alguno dice que la Iglesia de Roma no es cabeza de nuestra fe, y no la quiere obedecer; la cuarta, si alguno hiere o mete manos airadas como no debe en clérigo o en monje o en monja o en otro hombre o mujer de religión; la quinta, si alguno que es poderoso en algún lugar ve que quieren herir a algún clérigo o religioso y no lo defiende pudiendo, o habiéndolo de hacer por su oficio; la sexta, cuando algunos queman iglesias o las quebrantan o las roban; la setena, si alguno se llama papa no siendo elegido a lo menos de las dos partes de los cardenales y esto se entiende si no quiere dejar de ello; la octava es si alguno falsea carta del apostólico o si usa de ella a sabiendas habiéndola otro falseada; la novena es si alguno da armas a los moros, o navíos, o los ayuda de otra manera cualquier contra los cristianos; la decena es si alguno que es maestro o escolar mora en casas alquiladas, y viene otro alguno y habla con el señor de las casas y prométele de darle más por ellas por hacerle estorbo o mal a aquel que las tiene; pero esta es una excomunión apartada que mandó el apostólico guardar señaladamente en el estudio de Bolonia, la oncena es si algún monje o canónigo regular o clérigo que sea misacantano u otro que tenga dignidad o personaje fuere a escuelas para estudiar física o leyes sin otorgamiento del Papa; la duo-

décima es cuando las potestades o los cónsules o los regidores de algunas villas o de otros lugares toman pechos a los clérigos contra el derecho, o les mandan hacer cosas que no les conviene, o quitan a los prelados la jurisdicción o los derechos que tienen en sus iglesias, pues sin estas cosas no enderezaren un mes después que fueren amonestados, caen en esta excomunión, tanto ellos como los que los aconsejan o los ayudan en ello; la decimotercia es cuando algunos hacen guardar posturas o establecimientos o costumbres que son contrarias a las franquicias de las iglesias, la decimocuarta es que los poderosos y los principales de las ciudades y de las villas que hicieren tales establecimientos, o los que los aconsejaren o los escribieren, que son otrosí excomulgados; la decimoquinta es que los que juzgaren por aquellas disposiciones caen en excomunión; la decimosexta cosa es que los que escribieren concejeramente el juicio que fuese juzgado por tales establecimientos, que son otrosí excomulgados.

Ley 13: Extremada manera hay para excomulgar con solemnidad, que pertenece a los obispos tan solamente y no a los prelados menores que ellos. Y esta se hace de esta manera: el obispo que hubiere de dar la sentencia debe haber consigo doce clérigos misacantes, que tenga cada uno de ellos en mano sendas candelas encendidas, y deben tocar las campanas; y entonces debe decir el obispo como excomulga a algún hombre o mujer, nombrando a cualquiera de ellos por su nombre, haciendo saber a todos los que allí estuvieren por qué razón lo hace diciendo así, que le echa fuera del reino de la iglesia, y lo aparta de todos lo bienes que se hacen en ella. Y cuando esto hubiere dicho, debe tomar una candela y echarla a tierra, y matarla con los pies o en agua según que es costumbre en algunas iglesias; y eso mismo deben hacer todos los otros clérigos que las candelas tuvieren encendidas en las manos. Y entonces debe decir el obispo que así sea muerta el alma de aquel que excomulgan como mueren aquellas candelas, si no hiciere enmienda a la santa iglesia de aquello por lo que le echan de ella.

TÍTULO 15: Del Derecho del Patronazgo.

Ley 1: Patronus en latín tanto quiere decir en romance como padre de carga, así como el padre es cargado de hacienda de su hijo en criarle y guardarle y buscarle todo el bien que pudiere, así el que hace la iglesia está obligado a sufrir la carga de ella, abundándola de todas las cosas que le fueren menester cuando la hace, y amparándola después que fuere hecha. Y patronazgo es derecho o poder que gana en la iglesia por los bienes que allí hace el que es patrón de ella; y este derecho se gana por tres cosas; la una, por el suelo que da en que se haga la iglesia; la segunda,

por hacerla; la tercera, por la herencia que le da a la que llaman dote, de donde vivan los clérigos que la sirvieren y de la que puedan cumplir las otras cosas.

TÍTULO 16; De los beneficios de los clérigos.

Ley 2: Letrados y honestos y conocedores del uso de la iglesia deben ser los clérigos a quienes dieren las dignidades y los personajes y las iglesias parroquiales que tienen cura de almas; eso mismo deben tener en sí aquellos a quienes diesen los menores beneficios, así como canonjías o raciones, o a lo menos, que sean letrados que entiendan latín, y que sean conocedores del uso de la iglesia, que es cantar y leer, pues los primeros que tienen cura de almas deben ser más sabios. Y esto porque ellos han de predicar a los pueblos y mostrarles la ley de Dios.

TÍTULO 17. De la Simonía en que caen los hombres.

Ley 1: Caer en pecado de simonía los hombres queriendo y teniendo muy gran voluntad por sobrada codicia que tienen arraigada en los corazones de comprar o de vender una cosa espiritual, y otra que sea semejante a ella. Y simonía tomó nombre de Simón el mago, que fue encantador en tiempo de los apóstoles, y fue bautizado por San Felipe en Samaria: y este, cuando vio que los apóstoles ponían las manos sobre los hombres y recibían por ello el Espíritu Santo, hubo codicia de tener aquel poder, y vino a san Pedro y a san Juan, y díjoles que le diesen este poder, que aquellos en que él pusiese las manos, que recibiesen el Espíritu Santo, y que les daría dinero por esto..., y por esta razón fue tomado este nombre simonía de Simón, mago, porque este fue el primero en la ley nueva de nuestro señor Jesucristo que quiso comprar la gracia del Espíritu Santo; de donde todos aquellos que compran cosa espiritual caen en este pecado de simonía y son llamados simoníacos.

Ley 10: Ciencia es don de Dios, y por ello no debe ser vendida, pues así como aquellos que la tienen la lograron sin precio y por gracia de Dios, así la deben ellos dar a los otros de grado, no tomándoles por ello ninguna cosa. De donde cuando algún maestro recibiese beneficio de alguna iglesia porque tuviese escuela, no debe después demandar ninguna cosa a los clérigos ni a los otros escolares pobres, pues si lo demandase y lo tomase haría como simonía. Mas los maestros que no recibiesen beneficios de las iglesias, bien pueden tomar soldada de los escolares a los que enseñaren, si las rentas que hubieren de otra parte no les cumplieren para vivir honestamente; y si les cumplen, no deben demandar ninguna cosa mas débenlos enseñar de buena voluntad. Pero si los escolares les dieren algo de su grado no demandándolo ellos, bien lo pueden tomar sin mal estanza, y esto se entiende los maestros que son sabios y entendidos para enseñar, mas si tales fuesen, aunque sus

rentas no les cumpliese, no son tenido como por deudo de darles ninguna cosa, porque semeja que más lo hacen por su pro y por que ellos tomen, que no por enseñar a los otros. Otrosí aquellos que tienen poder de dar licencia a los escolares para ser maestros no lo deben hacer por precio...

TÍTULO 18 - De los sacrilegios.

Ley 1: Sacrilegio según el derecho de la santa iglesia, es quebrantamiento de cosa sagrada o de otra que pertenezca a ella, donde quiera que esté, aunque no sea sagrada, o de la que estuviese en lugar sagrado, aunque no sea ella sagrada.

Ley 2: Hácese sacrilegio de cuatro maneras: la primera es cuando mete manos airadas en clérigo o en hombre de religión, bien sea clérigo o lego, o varón o mujer; la segunda forzando o hurtando cosa sagrada de lugar sagrado, como si alguno forzase o hurtase cáliz o cruz o vestimenta o alguno de los ornamentos o de las otras cosas que hay en la iglesia a servicio de ella, o quebrantase las puertas, horadase las paredes o el techo para entrar en la iglesia a hacer algún daño, o si diese fuego para quemarla; la tercera es cuando hurtan o fuerzan cosa sagrada de lugar que no es sagrado; y esto sería como si alguno tomase a hurto o a fuerza cáliz o cruz o vestimenta y otros ornamentos que fuesen de la iglesia o estuviesen en otra cosa como en depósito; la cuarta es hurtando o forzando cosa que no sea sagrada de lugar sagrado, así como si alguno hurtase o forzase pan o vino o ropa u otras cosas que pusiesen algunos hombres en la iglesia por guarda, así como en tiempo de las guerras cuando llevan sus cosas a las iglesias, que no se las hurten ni se las roben. Y hay diferencia entre hurto y robo, pues hurto es lo que toman a escondidas, y robo lo que toman declaradamente, por fuerza.

TÍTULO 23: De la guarda las fiestas y de los ayunos y de cómo se deben hacer las limosnas.

Ley 1: Fiesta tanto quiero decir como día honrado en que los cristianos deben oír y decir y hacer cosas que sean alabanza y en servicio de Dios, y a honra del santo en cuyo nombre la hacen; y tal fiesta como esta es aquella que manda el apostólico hacer a cada obispo en su obispado con reunión del pueblo a honra de algún santo que sea otorgado por la Iglesia de Roma. Y hay tres maneras de fiestas: la primera es de aquellas que manda la santa iglesia guardar a honra de Dios y de los santos, así como los domingos y las fiestas de nuestro señor Jesucristo, y de santa María y de los apóstoles y de los otros santos y santas, la segunda manera es la que mandan guardar los emperadores y los reyes por honra de sí mismos; la tercera manera es aquella que es llamada ferias, que son por provecho comunal de todos los hombres,

así como aquellos días en que cogen sus frutos.

Ley 2: Guardadas deben ser todas las fiestas de que se habla en la ley antes de esta y mayormente las de Dios y de los santos, porque son espirituales, pues débenlas todos los cristianos guardar según manda la santa iglesia, y además de eso, no debe ningún juez emplazar ni juzgar en ellas, ni otrosí los otros hombres no deben labrar en aquellas labores que suelen hacer en los otros días, más débense esforzar por ir muy apuestamente y con gran humildad a la iglesia cuya fiesta guardan si allí la hubiere, y si no, a las otras, y oír las horas con gran devoción, y desde que salieren de las iglesias deben hacer y decir cosas que sean a servicio de Dios y pro de sus almas. Y la segunda manera de fiestas, que deben guardar por honra de los emperadores y de los reyes, y la tercera manera de fiestas, que se llaman ferias, se deben guardar por pro comunal de los hombres, muéstranse en el título de los emplazamientos cómo deben ser guardadas.

Ley 7: La limosna es cosa que place mucho a Dios y a los hombres, y quien la puede hacer débele dar placer con ella en todo tiempo y señaladamente en los días de las fiestas y de los ayunos. Pero aquel que no pudiese cumplir con todos puede hacer elección entre aquellos a quienes la ha de dar, a cuales la dé, o cuales no; y para esto hacer cumplidamente, debe considerar nueve cosas: la primera es conocer si aquel que la pide es de su creencia o de otra, pues antes la debe dar a un cristiano que a otro que no fuese de su ley; la segunda es que debe considerar la cuita en que está el pobre, y antes debe dar la limosna al que está en cautiverio para sacarlo, antes que a otro; la tercera es que debe considerar el lugar donde se halla el pobre, y si estuviese en la cárcel, o le diesen penas por deuda que debiese y no por otra maldad que hubiese hecho, antes debe socorrer que a otro que no estuviese tan apremiado; la cuarta es que debe considerar el tiempo en que quiere hacer limosna, y si acaeciere por ventura que quisiesen justiciar a alguno sin derecho, y lo pudiese hacer librar por haber que diese por él, tan gran cuita, pues más deben los hombres preciar la vida de un tal cuitado, que el haber que darían por él; la quinta cosa es que debe ser hecha con mesura, pues la deben siempre dar a uno ni de una vez, mas repartirla a muchos y en muchos días porque puedan más cumplir con ella y hacer merced a más hombres, pero si fuese tal hombre que se quisiese dejar del mundo y dar todo lo suyo por Dios, entonces bien lo puede dar en una hora si quisiere; la sexta es que debe considerar el parentesco con aquel a quien quiere hacer limosna, y si algunos quieren por Dios dar alguna cosa y tuviesen parientes pobres, antes lo deben dar a ellos que a otros extraños; la setena cosa es que debe cuidar de qué edad es el que pide limosna, pues antes la debe dar los viejos que no lo pueden ganar que a los mancebos; la octava es que debe considerar la flaqueza del pobre, y antes debe dar la limosna a los ciegos y a los contrahechos y a los enfermos estimando la flaqueza que hay en ellos que a los sanos; la novena es que debe juzgar la condición y el estado

del pobre, pues el que quisiere hacer limosna antes la debe dar a los pobres vergonzosos que son hijosdalgos, y a los otros hombres buenos que tuvieron gran riqueza y cayeron después en gran pobreza, no por maldad que hubiesen hecho, mas por su desventura, que a los otros pobres que no fuesen de tales lugares como ellos.

TÍTULO 24: De los Romeros y de los Peregrinos.

Ley 1: Romero quiere decir como hombre que se parte de su tierra y va a Roma para visitar los santos lugares en que yacen los cuerpos de san Pedro y de san Pablo, y de los otros que allí sufrieron martirio por nuestro señor Jesucristo. Y peregrino tanto quiere decir extraño que va a visitar el sepulcro de Jerusalén y los otros santos lugares en que nuestro señor Jesucristo nació, vivió y murió en este mundo, o que anda en peregrinación a Santiago o a otros santuarios de lejana tierra extraña. Y comoquiera que hay diferencias en las palabras entre romero y peregrino, pero según comunalmente las gentes lo usan, así llaman al uno como al otro.

Ley 2: Romería y peregrinación deben hacer los romeros con gran devoción y con mansedumbre, diciendo y haciendo bien y guardándose de hacer mal, y no andando haciendo mercadurías ni arloterías por el camino, y deben siempre albergarse temprano cuando pudieren; y otrosí ir acompañados para que sean guardados de daño, y puedan hacer mejor su romería. Y deben los hombres de las tierras, cuando los romeros pasaren por los lugares, honrarlos y guardarlos, y derecho es que los hombres que se salen de su tierra con buena voluntad para servir a Dios, que los otros los reciban en la suya, y que se guarden de hacerles injusticia ni fuerza, ni daño o engaño o deshonra. Y por ello tenemos por bien y mandamos que los peregrinos que vienen a Santiago, que ellos y sus compañías y sus cosas vayan y vengan salvos y seguros por todos nuestros reinos; otrosí mandamos que tanto en los albergues como fuera puedan comprar las cosas que hubieren menester.

Ley 3: Yendo en romería y viniendo de ella no tan solamente deben las cosas que traen los romeros consigo ser salvas y seguras, mas aún las que dejan en sus tierras. Y por ello tuvieron por bien los sabios antiguos que hicieron las leyes, y aun los que hablaron en el derecho de la santa iglesia, que los bienes y las cosas de los romeros ninguno no las debe forzar ni entrar ni robar ni sacar de la posesión a los hombres que tuvieren lo suyo, y si por ventura fuesen echados de la posesión por fuerza o de otra manera, que los parientes y los amigos y los vecinos o los siervos o los labradores de los peregrinos puedan demandar y cobrar en juicio la posesión que les fue forzada, aunque no tengan carta de personería de los romeros.

SEGUNDA PARTIDA

En este segundo libro, Alfonso X el Sabio, habla de los emperadores, reyes y grandes señores en cuyo poder está la Justicia temporal. Cuáles deben ser, como enderezar sus vidas y sus reinos, y los pueblos como deben temer a Dios y a ellos.

TÍTULO 1: Emperadores, reyes y grandes señores

Ley 1: Imperio es gran dignidad, y noble y honrada sobre todas las otras que los hombres pueden tener en este mundo temporalmente, pues el señor a quien Dios tal honra da es rey y emperador y a él pertenece, según derecho y el otorgamiento que le hicieron las gentes antiguamente, gobernar y mantener el imperio en justicia, y por eso es llamado emperador, que quiere tanto decir como mandador, porque a su mandato deben obedecer todos los del imperio y él no es obligado a obedecer a ninguno, fuera del papa en las cosas espirituales; y convino que un hombre fuese emperador y hubiese este poder en la tierra por muchas razones, la una por quitar el desacuerdo de entre las gentes y juntarlas en uno, lo que no podrían hacer si fuesen muchos los emperadores, porque según naturaleza el señorío no quiere compañero ni lo necesita, aunque de todas maneras conviene que haya hombres buenos y sabios que le aconsejen y le ayuden, la segunda para hacer fueros y leyes por las que se juzguen derechamente las gentes de sus señorío, la tercera para quebrantar a los soberbios y a los injustos y a los malhechores que por su maldad o por su poder se atreven a hacer mal o injusticia a los menores, la cuarta, para que amparar la fe de nuestro señor Jesucristo y quebrantar los enemigos de ella. y otrosí dijeron los sabios que el emperador es vicario de Dios en el imperio para hacer justicia en lo temporal, bien así, como lo es el papa en lo espiritual.

Ley 2: El poder que el emperador tiene es de dos manera: la una, de derecho, y la otra, de hecho, y aquel que tiene según derecho es este: que puede hacer ley y fuero nuevo, y mudar el antiguo, si entendiere que es a procomunal de su gente, y otrosí cuanto fuese oscuro, tiene poder de esclarecerlo, y puedo, otrosí quitar la costumbre usada cuando entendiere que era dañosa y hacer otra nueva que fuese buena. Y aun tiene poder de hacer justicia y escarmiento en todas las tierras del imperio. y otrosí, él tiene poder de poner portazgos, y otorgar ferias nuevamente en los lugares que entendiere que lo debe hacer, y no otro hombre ninguno, y por su mandato y por su otorgamiento se debe batir moneda en el imperio, y aunque muchos grandes señores lo obedecen, no la puede ninguno hacer en su tierra, sino aquellos a quien él otorgare que la hiciesen; y el solo en otrosí poderoso de partir los términos de las provincias y de las villas, y por su mandato deben hacer guerra y

tregua y paz. Y cuando acaece contienda sobre los privilegios que él dio o los otros emperadores que fueron antes que él, tal pleito como este él lo debe librar y otro no; y tiene también poder de poner adelantados y jueces en las tierras que juzguen en su lugar según fuero y derecho, y puede tomar de ellos yantares y tributo y censo en aquella manera que los acostumbraron antiguamente los otros emperadores. Antes este poder tiene el señor luego que es escogido de todos aquellos que han poder de escogerlo o de la mayor parte, siendo hecho rey en Alemania en aquel lugar donde se acostumbraron a hacer antiguamente los que fueron escogidos para emperadores.

Ley 3: Poderoso debe ser el emperador ser hecho, de manera que su poder sea tan cumplido y así ordenado, que pueda más que los otros de sus señorío para apremiar y constreñir a los que no lo quisieren obedecer. Y para tener tal poder como este, es menester que se enseñoree de las caballerías y que las reparta, y que las encomiende a tales caudillos que lo amen y que las tengan por él y de su mano, de manera que conozcan a él por señor, y a los otros que los acaudillan por guiadores.

Otrosí debe ser poderoso de los castillos y de las fortalezas y de los puertos del imperio, y mayormente de aquellos que están en frontera de los bárbaros y de los otros reinos sobre los que el emperador no tiene señorío, porque en su mano y en su poder sea siempre la entrada y la salida del imperio. Otrosí debe tener hombres señalados y sabios y entendidos y leales y verdaderos que le ayuden y le sirvan de hecho en aquellas cosas que son menester para su consejo y para hacer justicia y derecho a la gente, pues él solo no podría ver ni librar todas las cosas.

Ley 5: Vicarios de Dios son los reyes de cada uno en su reino, puestos sobre las gentes para mantenerlas en justicia y en verdad en cuanto a lo temporal, bien así como el emperador en su imperio. Y esto se muestra cumplidamente de dos maneras: la primera de ella es espiritual según lo mostraron los profetas y los santos, a quienes dio nuestro Señor gracia de saber las cosas ciertamente y de hacerlas entender; la otra es según naturaleza, así como mostraron los hombres sabios que fueron como conocedores de las cosas naturalmente. Y naturalmente dijeron los sabios que el rey es cabeza del reino, pues así como de la cabeza nacen los sentidos por los que se mandan todos los miembros del cuerpo, bien así por el mandamiento que nace del rey, y que es señor y cabeza de todos los del reino, se deben mandar y guiar y haber un acuerdo con él para obedecerle, y amparar y guardar y enderezar el reino de donde él es alma y cabeza, y ellos los miembros.

Ley 6: Rey tanto quiero como regidor, y sin falta a él pertenece el gobierno del reino, y según dijeron los sabios antiguos, señaladamente Aristóteles en el libro que se llama Política en el tiempo de los gentiles el rey no tan solamente era guiador y caudillo de las huestes y juez sobre todos los del reino, más aún era señor sobre las

cosas espirituales que entonces se hacían por reverencia y por honra de los dioses en que ellos creían, y por eso lo llamaban rey, porque regía tanto en lo temporal como en lo espiritual. Y señaladamente tomó el rey nombre de nuestro señor Dios, pues así como Él es dicho rey sobre todos los otros reyes, porque de Él tienen nombre, y Él los gobierna y los mantiene en su lugar en la tierra para hacer justicia y derechos, así ellos están obligados a mantener y a gobernar en justicia y en verdad a los de su señorío.

Ley 7: Cumplidas y verdaderas razones mostraron los sabios antiguos por qué convino que hubiese rey, además de aquellas que antes dijimos del emperador. Y comoquiera que antes hablamos del emperador por la honra del imperio que del rey, sin embargo antiguamente primero fueron los reyes que los emperadores. Y una de las razones que mostraron por qué convino que hubiese rey es esta: que todas las cosas que son vivas traen consigo naturalmente todo lo que necesitaren y que les conviene, y no necesitan que otro se lo acarree de otra parte, pues si son de vestir, ellas son vestidas de suyo, la unas de péñolas y las otras de cabellos, y las otras de cuero y las otras de escamas y de conchas, cada una de ellas según su naturaleza, por lo que no necesitan tejer para ser vestidas. Otrosí para defenderse las unas traen picos, y las otras dientes, y las otras uñas y las otras cuernos, y las otras aguijones o espinas, por lo cual no les conviene buscar otras armas con que se defiendan. Otrosí lo que comen y beben, cada una lo halla según que le es menester, de manera que no ha de buscar quien se lo componga ni cosa con que les sepa bien, ni lo han de comprar, ni han de trabajar por ello, mas el hombre de todo esto no tiene nada para sí a menos de ayuda de muchos que lo busquen y le alleguen aquellas cosas que le convienen y esta ayuda no puede ser sin justicia, la que no podría ser hecha sino por superiores a quienes hubiesen los otros de obedecer y por ello fue necesario por derecho fuerza que hubiese uno que fuese cabeza de ellos, por cuyo seso se acordasen y se guiasen, así como todos los miembros del cuerpo se guían y se mandan por la cabeza, y por esta razón convino que hubiese reyes y los tomasen los hombres por señores.

Ley 8: Sabida cosa es que todos aquellos poderes que antes dijimos que los emperadores tienen y deben tener en las gentes de su imperio, que esos mismos tienen los reyes en las de sus reinos y mayores, pues ellos no tan solamente son señores de sus tierras mientras viven, mas aún a sus muertes, y las pueden dejar a sus herederos, porque tiene el señorío por heredad, lo que no pueden hacer los emperadores que lo ganan por elección, así antes dijimos.

Ley 9: Es llamado rey verdaderamente a aquel que con derecho gana el señorío del reino, y puédese ganar por derecho de estas cuatro maneras: la primera es cuando por herencia hereda los reinos el hijo mayor, o alguno de los otros que son

más cercanos parientes de los reyes al tiempo de su muerte, la segunda es cuando lo gana por conformidad de todos los del reino, que lo escogen por señor, no habiendo pariente que deba heredar el señorío del rey finado por derecho, la tercera razón es por casamiento y esto es cuando alguno casa con dueña que es heredera de reino, que aunque él no venga de linaje de reyes, puédese llamar rey después que fuere casado con ella, la cuarta es por otorgamiento del papa o del emperador cuando alguno de ellos hace reyes en aquellas tierras en que tienen derecho de hacerlo, y los que ganan aquellas tierras en que tienen derecho de hacerlo; y los que ganan los reinos en alguna de las maneras que antes dijimos son dichos verdaderamente reyes, y deben por siempre guardar el provecho comunal de su pueblo que el suyo mismo, porque el bien y la riqueza de ellos es como suyo, y otrosí deben amar y honrar a los mayores y a los medianos y a los menores, a cada uno según su estado, y complacerles con los sabios y alegrarse con los entendidos y meter amor y acuerdo entre su gente y ser justicieros dando a cada uno su derecho y deben fiar más en los suyos que en los extraños, porque ellos son sus señores naturales y no por apremio riguroso.

Ley 10: Tirano quiere decir como señor cruel que se ha apoderado de algún reino o tierra por fuerza o por engaño o por traición, y estos tales son de tal naturaleza, que después que se han bien apoderado de la tierra, aman más hacer su provecho, aunque sea en daño de la tierra, que el provecho comunal de todos, porque siempre viven en mala sospecha de perderla y sobre todo esto siempre hicieron los tiranos por estragar a los poderosos y matar a los sabios, y vedaron siempre en sus tierras cofradías y ayuntamientos de los hombres, y quisieron siempre saber lo que se decía o se hacía en la tierra, y fían más su consejo y la guarda de su cuerpo a los extraños porque les sirven a su voluntad, que en los de la tierra, que les han de hacer servicio por apremio. Otrosí decimos que aunque alguno hubiese ganado señorío de reino por alguna de las derechas razones que dijimos en las leyes antes de esta, que si él usase mal de su poderío en las maneras que dijimos en esta ley, que le puedan decir las gentes tirano y tórnase el señorío que era derecho en torcido, así como dijo Aristóteles, en el libro que habla del regimiento de las ciudades y de los reinos.

Ley 11: Príncipes y duques y condes y marqueses y juges y vizcondes son llamados los otros señores de que hablamos antes que tienen honra de señorío por herencia. Y príncipe fue llamado antiguamente el emperador de Roma, porque en él se comenzó el señorío del Imperio, y es nombre general que pueden dar a los reyes, pero en algunas tierras es nombre de señorío señalado, así como en Alemania y en la Morea, y en Antioquía y en Puglia; y a otros señores no acostumbraron a llamar por este nombre sino a estros sobredichos. Y duque tanto quiere decir como caudillo, guiador de hueste, que tomó este oficio antiguamente de mano del emperador, y por-

que este oficio era muy honrado, heredaron los emperadores a los que lo tenían de grandes tierras que son ahora llamados ducados y son por ellos vasallos del imperio. Y conde tanto quiere decir como compañero que acompaña comúnmente al emperador o al rey haciéndole servicio señalado; y algunos condes había a los que llamaban palatinos, que muestra tanto como condes de palacio, porque en aquel lugar los acompañaban y les hacían servicio todo el tiempo; y a las heredades que fueron dadas a estos oficiales dijeron condados. Y marqués tanto quiere decir como señor de alguna gran tierra que está en comarca de reinos, Y juge tanto quiere decir como juzgador y no acostumbraron llamar este nombre a ningún señor fuera de los cuatro señores que juzgan y señorean en Cerdeña. Y vizconde tanto quiere decir como oficial que tiene lugar de conde.

TÍTULO 3: Cuál debe ser el rey en sí mismo y primeramente en sus pensamientos.

Hombre según naturaleza tiene en sí tres cosas:

La una es pensamiento con el que aprecia los hechos que ha de hacer; la otra, palabra, con que los muestra; la tercer, obra, con que convierta en obra lo que piensa. Y por ello pues que en el título antes de este hablamos de cuál debe el rey en cuanto a Dios, queremos aquí decir cuál ha de ser en sí mismo, y de los pensamientos que hay dentro de él.

Ley 1: Pensamiento es cuidado con que aprecian los hombres las cosas pasadas, y las de luego y las que han de ser; y dícenle así porque con él pesa hombre todas las cosas de las que le viene cuidado a su corazón.

Ley 2: Nace el pensamiento del corazón del hombre y debe ser hecho no con ensañamiento, ni con gran tristeza, ni con mucha codicia ni arrebatadamente, mas con razón y sobre cosas de las que venga provecho, o de las que se pueda guardar de daño, y porque esto se pueda mejor hacer, dijeron los sabios que era menester que el rey guarde su corazón en tres maneras: la primera, que no lo vuelva con codicia ni con grandes cuidados para lograr honras excesivas, sin provecho, la segunda, que no codicie grandes riquezas, además, la tercera, que no ame ser muy vicioso.

TÍTULO 4: Cuál debe ser el rey en sus palabras.

Palabra es donaire, que los hombres tienen tan solamente y no otro animal ninguno. Y pues que en el título de antes de este hablamos de cuál debe el rey ser en sus pensamientos, queremos aquí decir cuál ha de ser en las palabras que nacen de ellos.

Ley 1: Según dijeron los sabios, palabra es cosa que cuando es dicha verdaderamente muestra con ella aquel que la dice lo que tiene en el corazón, y tiene muy gran provecho cuando se dice como debe, pues por ellos se entienden los hombres los unos a los otros de manera que hacen sus hechos en uno más desembarazadamente. Y por ello todo hombre, y mayormente el rey, se debe mucho guardar en su palabra, de manera que sea considerada y pensada antes que la diga, pues después que sale de la boca no puede hombre hacer para que no sea dicha.

Ley 2: Cuatro maneras dijeron los sabios que hay de palabras: la primera, cuando dice hombre palabras convenientes, la segunda cuando las dice sobejanas; la tercera, cuando las habla menguadas, la cuarta, cuando son inconvenientes. Y convenientes son cuando las dice apuestamente y con cumplimiento de razón; excesivas son cuando se dicen de más o sobre cosas que no convengan a la naturaleza del hecho sobre el que se deben decir. Y sobre esta razón habló Aristóteles al rey Alejandro como en manera de consejo cuando le dijo que no convenía al rey ser muy hablador, ni que dijese a muy grandes voces lo que hubiese de decir, fuera de lugar donde conviniese, porque el uso de las muchas palabras envilece al que las dice, y otrosí las grandes voces sácanle de mesura, haciéndole que no hable apuesto, Y por esto debe el rey guardar que sus palabras sean iguales y en buen son, y las palabras que se dicen sobre razones feas y sin provecho, que no son hermosas ni apuestas al que las habla, ni otrosí el que las oye no podría tomar buena advertencia ni buen consejo, están de más, y llámanlas cazurras, porque son viles y desapuestas, y no deben ser dichas a hombres buenos, cuanto más en decirlas ellos mismos y mayormente el rey. Y otrosí palabras torpes y necias no conviene al rey que las diga, y estas tienen muy gran daño a los que las oyen y muy mayormente a los que las dicen. Y sobre esto dijo Séneca el filósofo que fue de Córdoba, que toda cosa es fea de hacer no está a bien decirla declaradamente, y aún dijo más, que las malas palabras echan a perder las buenas costumbres...

Ley 3: Menguadas no deben ser las palabras del rey, y serían tales en dos maneras: la primera, cuando se partiese de la verdad, y dijese mentira a sabiendas, en daño de sí mismo, o de otro, pues la verdad es cosa derecha e igual, y , según dijo Salomón, no quiere decir desviación ni torcimiento, y además dijo nuestro señor Jesucristo por sí mismo que Él era la verdad. Y por esto los reyes que tienen su lugar en la tierra, y a quienes pertenece guardarla, mucho deben procurar que no sean contra ella diciendo palabras mentirosas. La segunda manera de mengua de hablar sería cuando dijese las palabras tan breves y tan aprisa que no las pudiesen entender aquellos que los oyesen, y según dijeron los sabios, comoquiera que el hombre debe hablar con pocas palabras, por eso no lo debe hacer en manera que no muestre bien y abiertamente lo que dijere; y esto debe el rey guardar más que otro hombre, pues si no lo hiciese, tendrían los que oyesen que lo hacía por mengua de

entendimiento o por embargo de razón. Y además, cuando él mintiese en sus palabras no lo creerían los hombres que lo oyesen, aunque dijese verdad, y tomarían de allí ocasión para mentir; otrosí, cuando mostrase su razón de manera que no le entendiesen, no le sabrían responder ni aconsejar en lo que dijese.

Ley 4: Inconvenientes no deben ser las palabras del rey, y serían tales de dos maneras: la primera, como si las dijese en gran alabanza de sí, pues esta es cosa de que está mal a todo hombre, porque si él bueno fuere, sus obras le alabarían, y según dijo Séneca; el filósofo: "quien mucho se alaba envilece su honra" y otrosí dijo el rey Salomón; "la boca de otro te alabe y no la tuya" que por la ajena es hombre alabado y no por la suya. Otrosí no debe alabar a otro diciendo de él más bien de lo que hay en él, porque tal alabanza como esta es lisonja, que quiere tanto decir como loor engañosa, y es cosa que está mal a todo hombre que lo hace, y mayormente al rey; y por esto dijo Séneca "quien alabar quiere a toro, que lo debe hacer parcamente. Por lo que de todas estas palabras que dicho hemos, se debe el rey guardar mucho, y sin el mal efecto que haría en decirlas, podría de ellos venir gran daño a su gente, porque los hombres que las oyesen las tomarían por ciertas, de manera que quedarían infamados aquellos contra quienes las dijesen; y sobre esto aconsejó Aristóteles al rey Alejandro diciéndole que guardase mucho las palabras que decía, porque de la boca del rey salía vida y muerte para su pueblo y honra y deshonra, y mal y bien. Y para esto hacer, es bien necesario que ruegue a Dios que le ayude en ello, así como dijo el rey David en su corazón: "Pon, Señor, guarda a mi boca y cerradura de puerta a los labios".

Ley 5: Daño muy grande viene al rey y a los otros hombres cuando dijeren palabras malas o villanas o como no deben, porque después que fueren dichas, no pueden hacer que dichas no sean. Y por ella dijo un filósofo que el hombre debe más callar que hablar, y guardarse de soltar la lengua ante los hombres... pues bien, así como el cántaro quebrado se conoce por el sonido, otrosí el seso de hombre es conocido por su palabra.

TÍTULO 5: Cuál debe ser en sus obras.

Ley 2: En tiempo conveniente debe el rey comer y beber cada vez que lo pudiese hacer, así que no sea temprano ni tarde, y otrosí que no coma sino cuando hubiere ganas; y de tales cosas que le tengan recio y sano, y no le estorbe el entendimiento; y esto, que se lo den bien adobado y apuestamente; y según dijeron los sabios, el comer fue puesto para vivir, que no el vivir para comer; y aun dijeron que una de las noblezas que el rey debe haber en sí es gobernarse bien, y apuestamente y en su provecho. Y de esto dijo el rey Salomón: "Bienaventurada es la tierra que tiene noble rey por señor, y los principales de ella comen en las sazones

que deben más para mantenimiento de sus cuerpo que por otro exceso" y de los que contra eso hacen dijo: "Ay de la tierra de la que el rey es niño y los principales de ella comen muy de mañana" Y semejanza de niño puso, porque los niños prefieren comer que otra cosa. Y del beber decimos que es una de las cosas del mundo de que el rey se debe mucho guardar, porque esto no se debe hacer sino en las sazones que fuere menester al cuerpo, y aun entonces muy mesuradamente. El vino tiene gran poder y es cosa que obra contra toda bondad, pues él hace a los hombre desconocer a Dios y a sí mismos, y descubrir los secretos y olvidar los juicios, y mudar y cambiar los pleitos, y sacarlos de justicia y de derecho, y aun sin todo esto enflaquece al hombre el cuerpo, y mengua el seso y hácele caer en muchas enfermedades y morir más pronto que debería.

Ley 3: Viles ni inconvenientes mujeres el rey no debe traer para hacer linaje, comoquiera que naturalmente debe codiciar tener hijos que permanezcan en su lugar, así como los otros hombres, y de esto se debe guardar por dos razones: la una, porque no envilezca la nobleza de su linaje, y la otra, que no los haga en lugares donde no conviene, pues entonces envilece el rey su linaje cuando usa de viles mujeres o de muchas, porque si hubiere hijos de ellas, no será él por esto tan honrado ni su señorío y además que no los habría derechamente, según la ley manda. Y siguiendo mucho las mujeres en esta manera, ocurre por ello muy gran daño al cuerpo, y piérdese por él el alma, que son dos cosas que están mal en todo hombre y mayormente en el rey y por esto dijo el rey Salomón: "el vino y las mujeres, cuando lo usan, hacen a los sabios renegar de Dios".

Ley 4: No tan solamente debe el rey ser guardado en las dos maneras de obrar que son de dentro del cuerpo, según mostramos en las leyes antes de esta, más aún, se debe guardar de otras dos que son de fuera y ven todos los días los hombres. Y la primera de la que queremos ahora hablar es el continente, pues en esto debe el rey ser muy apuesto, tanto en su andar como en el estar en pie, y otrosí estando sentado y cabalgando y otro tal cuando comiere o bebiere, y otrosí en su yacer, y aun cuando dijese alguna razón. Y el andar no conviene que lo haga muy aprisa ni muy despacio; otrosí estar mucho en pie no debe, si no fuese en la iglesia oyendo las horas, o por cosa que no pudiese excusar. Ni otrosí le estará bien sentarse mucho en un lugar, o mudarse a menudo de un lugar a otro: Eso mismo sería en el cabalgar, y aún más, que no lo debe hacer por la villa muy aprisa, ni en camino muy despacio, en el comer y el beber debe poner atención que lo haga muy apuestamente, porque es cosa en que no se pueden los hombres muy bien guardar por la gran codicia que tienen en ello. Y por ello debe el rey ser muy apercibido que no lo haga muy aprisa, ni otrosí de yacer torpemente, ni aun cuando yaciera en su lecho, no debe yacer muy encogido ni atravesado, como algunos que no saben donde han de tener la cabeza ni los pies. Mas sobre todo esto debe guardar que haga buen continente cuando habla-

re, señaladamente con la boca, y con la cabeza y con las manos, que son miembros que mueven mucho los hombres cuando hablan; y por ello ha de guardar que lo que quisiere decir que más lo muestre por palabras que por señales. Y porque los hombres toman ejemplo de ellos y de lo que les vean hacer, y sobre esto dijeron por ellos que son como un espejo en que los hombres ven su semejanza de apostura o de entereza.

Ley 5: Vestiduras hacen conocer mucho a los hombres por nobles o por viles, y por ello los sabios antiguos establecieron que los reyes vistiesen paños de seda con oro y con piedras preciosas, porque los hombres pudiesen conocer luego que los viesen a menos de preguntar por ellos. Y otrosí que trajesen los frenos de las sillas en que cabalgan de oro y de plata y con piedras preciosas y aun en las grandes fiestas cuando hacían sus cortes trajesen coronas de oro con piedras muy nobles y ricamente obradas.

Ley 6: Costumbres y manera debe tener el rey muy buenas, pues aunque fuese apuesto en su continente y en sus vestiduras, si las costumbres y las maneras no fuesen buenas, habría gran discordancia en sus hechos por la que menguaría mucho en su nobleza y en su apostura. Y por ello, porque los hombres tienen que costumbres y manera es una cosa porque nacen de un lugar, cuanto en hacer los hombres sus hechos por ellas, nos queremos mostrar qué diferencia hay, según los sabios antiguos dijeron y las costumbres son las bondades que el hombre tiene en sí y gana por largo uso, y las maneras son aquellas que el hombre hace con sus manos por sabiduría natural.

Ley 16: Acucioso debe el rey ser en aprender los saberes, pues por ellos entenderá las cosas de raíz y sabrá mejor obrar en ellos y otrosí, por saber leer, sabrá mejor guardar sus secretos y ser señor de ellos, lo que de otra manera no podría tan bien hacer, y por la mengua de no saber estas cosas habría por fuerza de meter otro que los supiese, y le podría ocurrir lo que dijo el rey Salomón: que "el que mete su secreto en poder de otro hácese su siervo, y quien lo sabe guardar es señor de su corazón"; lo que conviene mucho al rey. Y aun sin todo esto, por la escritura entenderá mejor la fe, y sabrá más cumplidamente rogar a Dios, y aun por el leer puede él mismo saber los hechos granados que pasaron, de lo que aprenderá muchos buenos ejemplos. Y no tan solamente tuvieron por bien los sabios antiguos que los reyes supiesen leer, más aún, que aprendiesen de todos los saberes para poderse aprovechar de ellos, y en esta razón dijo el rey David aconsejando a los reyes que fuesen entendidos y sabios, pues que ellos han de juzgar la tierra y eso mismo dijo el rey Salomón a su hijo; "que los reyes aprendiesen los saberes y no los olvidasen, pues por ellos habían de juzgar y mantener a las gentes". Y Boecio, que fue muy sabio caballero, dijo que no conviene tanto a otro hombre al rey saber los buenos

saberes, porque su sabiduría es muy provechosa a su gente, como que por ella han de ser mantenidos con derecho; y sin duda ninguna cosa tan grande como esta no la podría ningún hombre cumplir, a menos de buen entendimiento y gran sabiduría. Y así el rey que despreciase aprender los saberes, despreciaría a Dios de quien vienen todos, según dijo el rey Salomón: que "todos los saberes vienen de Dios, y con Él son siempre"; y aún se despreciaría a sí mismo; y puesto que por el saber quiso Dios que se extremase el entendimiento de los hombres de los otros animales, cuanto el hombre menos hubiese de ellos, tanto menor diferencia habría entre él y las bestias. Y el rey que estoy hiciese, le ocurriría lo que dijo el rey David: "el hombre cuando vive en honra y no la entiende, hácese semejante a las bestias, y es tal como ellas".

Ley 20: Mañoso debe el rey ser y sabio de otras cosas que se vuelven en gusto y en alegría para poder mejor sufrir los grandes trabajos y pesares cuando los hubiere. Y para esto, una de las cosas que hallaron los antiguos que más aprovecha es la caza, de cualquier manera que sea, pues ella ayuda mucho a menguar los pensamientos y la saña, lo que es más menester al rey que a otro hombre; y sin todo esto da salud, pues el trabajo que en ella toma, si es con mesura, hace comer y dormir bien, que es la mayor parte de la vida del hombre; y el placer que en ella recibe es otrosí gran alegría como apoderarse de las aves y de las bestias bravas, y hacerles que le obedezcan y le sirvan conduciéndole las otras a su mano. Y por esta los antiguos tuvieron que conviene mucho esto a los reyes más que a los otros hombres.

TÍTULO 6: Cuál debe ser el rey con su mujer y ella con él.

Ley 1: Casamiento es cosa que, según nuestra ley, una vez que es hecho, no se puede partir sino por razones señaladas. Y por ello el rey debe cuidar que aquella con quien casare haya en sí cuatro cosas: la primera, que venga de buen linaje; la segunda, que sea hermosa, la tercer, que sea bien acostumbrada; la cuarta, que sea rica, pues cuanto ella de mejor linaje fuere, tanto será él más honrado por ello, y los hijos que de ella hubiera serán más nobles y mejor considerados. Otrosí cuanto más hermosa fuere, tanto más la amará, y los hijos que de ella hubiera serán más hermosos y más apuestos, lo que conviene mucho a los hijos de los reyes, que sean tales que parezcan bien entre los otros hombres; y cuánto de mejores costumbres fuere, tanto mayores placeres recibirá de ella y sabrá mejor guardar la honra de su marido y la suya; otrosí cuanto más rica fuere, tanto mayor provecho vendría de ello al rey y al linaje que de ella hubiere, y aun a la tierra donde fuere.

Ley 2: Amar debe el rey a la reina su mujer por tres razones: la primera, porque él y ella por casamiento, según nuestra ley son una cosa, de manera que no se pueden separar, sino por muerte o por otras cosas ciertas, según manda la santa

iglesia, la segunda, porque ella solamente debe ser, según derecho, su compañía en los sabores y en los placeres; y otrosí ella ha de ser su aparcera en los pesares y en los cuidados, la tercera, porque el linaje que de ella tiene o espera tener quede en su lugar después de su muerte.

TÍTULO 7: Cuál debe ser el rey con sus hijos y ellos con él.

Ley 1: Infantes llaman en España a los hijos de los reyes, y ellos deben en sí ser nobles y de buenas mañas y sin ninguna maldad, por razón de la nobleza que les viene de parte del padre y de la madre; y tomaron este nombre de infantes, que es palabra del latín que quiere tanto decir como mozo, menor de siete años, que es sin pecado y sin mancilla. Y por eso deben los reyes hacer por que sean sus hijos tales y amarlos mucho.

Ley 2: Vehemencia debe tener el rey en hacer criar bien a sus hijos, con gran bondad y muy limpiamente. Y esto por dos razones; la una de ellas es según naturaleza; la otra, según entendimiento, pues naturalmente todas las cosas que tienen hijos se desviven por criarlos y darles abundancia de lo que les es menester cuanto más pueden, cada una según su naturaleza, y si esto hacen los animales, que no tienen entendimiento cumplido, mucho más lo deben hacer los hombres en quienes hay saber y conocimiento, y mayormente los reyes, porque todos sus hechos han de ser cumplidos y abundados más que los de los otros hombres, y cuando sus hijos fueren así criados con gran abundancia, crecerán por ello más pronto y serán más sanos y más recios y tendrán más nobles corazones. La otra razón que es según entendimiento, que sean criados muy limpiamente y con gran apostura, y muy conveniente cosa es que los hijos de los reyes sean limpios y apuestos en todos sus hechos: lo uno por hacerlos más nobles en sí mismos, y lo otro por dar con ello buen ejemplo a los otros.

Ley 3: Hacer debe el rey guardar a sus hijos en dos maneras: la primera que no hagan contra ellos ni les digan cosa que sin razón sea, por la que ellos menguasen en su bondad ni en su honra; la segunda, que no consientan a ellos que hagan ni digan cosa que les esté mal, ni de la que les venga daño, pues todo el amor ni la crianza que dijimos en estas otras leyes no les valdría nada, si la de esta manera no fuese. Y los que primeramente deben hacer esta guarda han de ser el rey y la reina, y esto es en darles amas sanas y bien acostumbradas y de buen linaje, en manera que por su crianza de ellas no reciban muerte o enfermedad o malas costumbres, pues bien así como el niño se gobierna y se cría del ama desde que le da la teta hasta que se la quita, y porque el tiempo de esta crianza es más largo que el de la madre, por ello no puede ser que no reciba el niño mucho del continente y de las costumbres del ama. Por eso los sabios antiguos que hablaron de estas cosas naturalmente dijeron que los

hijos de los reyes deben tener tales amas que tenga leche bastante, y sean bien cumplidas y sanas y hermosas y de buen linaje y de buenas costumbres, y señaladamente que no sean muy sañudas, pues si tuvieran abundancia de leche y fueren bien cumplidas y sanas, criarán los niños sanos y recios; y si fueren hermosas y apuestas, las amarán más los hijos que críen y habrá mayor placer cuando las vieren y se dejarán mejor criar.

Ley 4: Niños siendo los hijos de los reyes, es menester que los hagan guardar el padre y la madre en la manera que dijimos en la ley antes de esta, y más, después que fueren mozos, conviene que les den ayos que los guarden y los agracien en su comer y en su beber y en su hablar y en su continente, y de manera que lo hagan bien y apuestamente según que les conviene. Y ayo tanto quiere decir en el lenguaje de España como hombre que es dado para nutrir al mozo, y ha de tener todo su entendimiento para mostrarle como haga bien, y dijeron los sabios que tales son los mozos para aprender las cosas mientras son pequeños, como la cera blanda cuando la ponen en el sello, que cuando más tierna, más pronto aprehende en ella lo que está en el sello figurado. Mas si se las quisiesen mostrar cuando fuesen mayores, y comenzasen ya a entrar en mancebía, no lo podrían hacer tan ligero, a menos de que antes no los ablandaran con grandes apremios, y aunque las aprendiesen entonces, las olvidarán más pronto por las otras cosas a las que ya estaban acostumbrados.

Ley 5: Sabios hubo que hablaron de cómo los ayos deben de nutrir a los hijos de los reyes, y mostraron muchas razones por las que los deben acostumbrar a comer y a beber bien y apuestamente. Y dijeron que la primera cosa que los ayos deben hacer aprender a los mozos es que coman y beban limpiamente y apuestos. Y apuestamente dijeron que les debían hacer comer, no metiendo en la boca otro bocado hasta que hubiesen comido el primero, porque sin el desaliño que manifiesta, podría por él venir tan gran daño, que se ahogarían al punto. Y no les deben consentir que tomen el bocado con todos los cinco dedos de la mano, porque no los hagan grandes; y otrosí que no coman feamente con toda la boca, más con una parte, pues se mostrarían con ello glotones, que es manera de bestias más que de hombres y de ligero no se podría guardar el que lo hiciese, que se le saliese afuera aquello que comiese, si quisiese hablar. Y otrosí dijeron que los deben acostumbrar a comer despacio y no aprisa, porque quien de otro manera lo usa, no puede bien mascar lo que come, y por ello no se puede bien moler y por fuerza se ha de dañar y tornarse en malos humores, de lo que vienen las enfermedades. Y débenles hacer lavar las manos antes de comer para que queden limpios de las cosas que antes habían tocado, porque la vianda cuanto más limpiamente es comida, tanto mejor sabe, y tanto mayor provecho hace; y después de comer se las deben hacer lavar porque las lleven limpias a la cara y a los ojos. Y limpiarlas deben con las toallas y no con otra cosa, porque sean limpios y apuestos, y no las deben limpiar en los vestidos, así como

hacen algunas gentes que no saben de limpieza ni de apostura. Y aun dijeron que no deben mucho hablar mientras que comieren, porque si lo hiciesen, no podría ser que no menguasen en el comer o en la razón que dijesen; y no deben cantar cuando comieren, porque no es lugar conveniente para ello, y semejaría que lo hacían más con alegría de vino que por otra cosa. Otrosí dijeron que no los dejasen mucho bajar sobre la escudilla mientras que comiesen, lo uno porque es un gran desaliño, y lo otro, porque semejaría que lo quería todo para sí el que lo hiciese, y que otro no tuviese parte en ello.

TÍTULO 9: Cuál debe ser el rey con sus oficiales, y con los de su casa y de su corte, y ellos con él.

Ley 1: Oficio tanto quiere decir como servicio señalado en que un hombre es puesto para servir al rey o al común de alguna ciudad o villa, y de oficiales los hay de dos maneras: los unos, que sirven en la casa del rey, y los otros fuera. Y por ello Aristóteles en el libro que hizo a Alejandro, en que le mostró cómo debía ordenar su casa y su señorío, diole semejanza del hombre al mundo, y dijo que así como el cielo y la tierra y las cosas que en ellas hay hacen un mundo que es llamado mayor, otrosí el cuerpo del hombre con todos sus miembros hace otro que es dicho menor; pues bien, así como en el mundo mayor hay movimiento y entendimiento y obra y concordancias y diferencias, otrosí lo tiene el hombre según su naturaleza. Y de este mundo menor, de que él tomó semejanza al hombre, hizo de él otra que semejó al rey y al reino, en cuál manera debe ser cada uno gobernado, y mostró que así como Dios puso el entendimiento en la cabeza del hombre, que es sobre todo el cuerpo, y el más noble lugar, y lo hizo como rey, y quiso que todos los sentidos y los miembros, tanto los que son de dentro del cuerpo, que no parecen, como los de fuera, que son vistos, que le obedeciesen y le sirviesen así como a señor, y gobernasen el cuerpo y lo amparasen así como a reino; otrosí mostró que los oficiales y los principales deben servir y obedecer al rey como a su señor, y amparar y mantener el reino como a su cuerpo, pues que por ellos se ha de guiar. Otrosí, a semejanza de esto dijo que debía el rey tener oficiales que le sirviesen de estas tres maneras: los unos, en las cosas de secreto, y los otros, para guarda y para mantenimiento y para gobierno de su cuerpo, y los otros, en las cosas que pertenecen a la honra, a la guarda y al amparo de su tierra.

Ley 3: Sabida cosa es que el hombre tiene en sí dos naturalezas: una espiritual, que es el alma, y otra temporal que es el cuerpo. Y por ello, comoquiera que el capellán del rey ha de ser de los más honrados y mejores prelados de su tierra, y que por honra de él y de su corte debe usar su oficio en las grandes cosas y en las fiestas, o cuando le mandare según entendiere que le conviene, con todo esto el capellán que

anda con él cotidianamente y le dice las horas cada día, debe ser un hombre letrado y de buen seso y leal y de buena vida y sabedor del uso de la iglesia. Y letrado es necesario que sea porque entienda bien las escrituras, y las haga entender al rey, y le sepa dar consejo de su alma cuando se le confesare; y otrosí debe ser de buen seso y leal porque entienda bien como le debe tener secreto de lo que le dijere en su confesión, y que le sepa apercibir en las cosas de que se debe guardar; y a él es obligado confesarse más que a otros, y de él tiene que recibir los sacramentos de la santa Iglesia. Y sin todo esto debe ser sabedor del uso de la Iglesia como antes dijimos, de manera que las horas que dijere al rey y a los otros que fueren con él, que la diga bien y apuestamente según conviene.

Ley 4: Chanciller es el segundo oficial de la casa del rey de aquellos que tienen oficios de secretos, pues bien, así como el capellán es medianero entre Dios y el rey espiritualmente en hecho de su alma, otrosí lo es el chanciller entre él y los hombres cuanto en las cosas temporales; y esto es porque todas las cosas que el rey hay de librar por cartas, de cualquier manera que sean han de ser hechas con su sabiduría, y él las debe ver antes que las sellen por guardar que no sean dadas contra su derecho, por manera que el rey no reciba por ellas daño ni vergüenza, y si hallase que alguna había entre ellas que no fuese así hecha, débela romper o desatar con la péñola, lo que dicen en latín cancellarre, y de esta palabra tomó nombre chanciller. Y por ello el rey debe escoger tal hombre para este oficio que sea de buen linaje, y tenga buen seso natural, y sea bien razonado y de buena memoria, y de buenas costumbres y que sepa leer y escribir, tanto en latín como en romance; y sobre todo, que sea hombre que ame al rey naturalmente, y a quien él pueda acusar por el yerro, si lo hiciere, por el que merezca pena. Y de buenas costumbres y apuesto debe ser, porque sepa bien recibir los que a él vinieren, y honrar aquel lugar que tiene. Y leer y escribir conviene que sepa en latín y en romance, porque las cartas que le mandare hacer sean dictadas y escritas bien y apuestamente, y otrosí las que enviaren al rey, que las sepa bien entender.

Ley 5: Séneca se llamó un sabio que fue natural de Córdoba, y habló en todas las cosas muy con razón, y mostró cómo los hombres deben ser apercibidos en las cosas que han he hacer, acordándose sobre ellas antes que las hagan y dijo así: "que uno de los sesos que hombre mejor puede tener es aconsejarse sobre todos los hechos que quisiere hacer antes que los comience" Y este consejo debe tomar con hombres que tengan en sí dos cosas: la primera, que sean sus amigos, la segunda que sean bien entendidos y de buen seso, pues si los tales no fuesen, le podría por ello venir gran peligro, porque nunca los que a hombre desaman le pueden bien aconsejar ni lealmente.

Ley 6: Cabeza del reino llamaron los sabios al rey por las razones que antes

son dichas, y a los hombres nobles del reino pusieron como miembros, y bien así como los miembros hacen al hombre hermoso y apuesto, y se ayuda de ellos, otrosí los hombres honrados hacen el reino noble y apuesto, y ayudan al rey a defenderlo y acrecentarlo. Y nobles son llamados en dos maneras: o por linaje o por bondad. Y como cualquier linaje es noble cosa, la bondad la sobrepasa y vence; más quien tiene ambas las dos, este puede ser dicho en verdad ricohombre, pues que es rico por linaje y hombre cumplido por bondad.

Ley 8: Es escritura cosa para que quede memoria de los hechos, y por esto los escribanos que la han de hacer es necesario que sean buenos y entendidos, y mayormente los de la casa del rey, pues a estos conviene que tengan buen sentido y buen entendimiento, y que sean leales y que sepan guardar los secretos, pues aunque el rey y el chanciller y el notario manden hacer las cartas en secreto, con todo eso, si ellos no lo mantuviesen, no se podrían guardar de su daño, porque todas las cartas ellos las han de escribir. Y apercibidos es necesario que sean para escuchar bien las razones que les dijeren, de manera que las entiendan y sepan escribir y leer bien y correctamente, y aun deben ser sin codicia, porque no tomen ninguna cosa, sino lo que el rey les mandare tomar; y acuciosos deben ser ara librar a los hombres pronto, y deben ser tales a quienes pueda el rey acusar por el yerro, si lo hicieren, y a su oficio pertenece el escribir los privilegios y las cartas fielmente según las notas que les dieren, no menguando ni creciendo ninguna cosa.

Ley 10: Física, según mostraron los sabios antiguos, tanto quiere decir como sabiduría para conocer las cosas según naturaleza cuáles son en sí, y qué obra hace cada cual en las otras cosas; y por ella lo que esto bien saben, pueden hacer muchos bienes y quitar muchos males, y señaladamente guardando la vida y la salud a los hombres, desviando de ellos las enfermedades por las que sufren grandes lacerias y vienen a la muerte. Y los que esto hacen son llamados físicos, que no tan solamente han de esforzarse por quitar las enfermedades a los hombres, más guardarles aún la salud de manera que no enfermen, y por esto es menester que los que el rey trajere consigo, que sean muy buenos.

Ley 25: Almojarife es palabra del arábigo que quiere tanto decir como oficial que recauda los derechos de la tierra por el rey los que se dan por razón de portazgo y de diezmo y de censo de tiendas, y este u otro cualquiera que tuviese las rentas del rey en fieldad debe ser rico y leal y sabedor de recaudar y de aliñar y de crecerle las rentas y debe hacer las pagas a los caballeros y a los otros hombres, según manda el rey, no menguándoles en ello ninguna cosa, ni dándoles una cosa en paga por otra sin su placer

Ley 27: Corte es llamado el lugar donde está el rey y sus vasallos y sus oficiales con él, que le han comunicado de aconsejar y servir, y los otros del reino

que se llegan allá o por honra de él, por alcanzar derecho, o por hacer recaudar las otras cosas que han de ver con él, y tomó este nombre de una palabra del latín que dicen cobors, que muestra tanto como ayuntamiento de compañías, pues allí se allegan todos aquellos que han de honrar y aguardar al rey y al reino. Y otrosí tiene nombre en latín, curia, que quiere tanto decir como lugar donde está la cura, de todos los hechos de la tierra, pues allí se ha de considerar lo que cada uno ha de haber según su derecho o su estado. Otrosí es dicho corte, según lenguaje de España, porque allí está la espada de la justicia con que se han de cortar todos los males tanto de hecho como de dicho, así los tuertos, como las fuerzas y las soberbias que hacen los hombres y dicen, por las que se muestran por atrevidos y denodados; y otrosí los escarnios y los engaños, y las palabras soberbias y natías que hacen a los hombres envilecer y ser raheces. Y los que de esto se guardaren y usaren de las palabras buenas y apuestas, los llamarán buenos y apuestos y señalados; y otrosí los llamarán corteses, porque las bondades y las otras buenas enseñanzas que llaman cortesía, siempre las hallaron y las apreciaron en las cortes. Y por ello fue en España siempre acostumbrado por los hombres honrados enviar a sus hijos a criar a las cortes de los reyes, porque aprendiesen a ser corteses, y enseñados y quitos de villanía y de todo yerro, y se acostumbrasen bien, así en dicho como en hecho, porque fuesen buenos; y los señores tuviesen razón en hacerles bien. Por lo que a los que tales fueren, debe el rey allegar a sí y hacerles mucha honra y mucho bien, y a los otros alejarlos de la corte, y castigarlos de los yerros que hicieren, para que los buenos tomen de ellos motivo para usar del bien, y los malos se castiguen de no hacer en ella cosas desaguisadas, y la corte quede siempre exenta de todo mal, y abundada y cumplida de todo bien.

Ley 28: Pusieron los sabios antiguos semejanza de la mar a la corte del rey, pues bien así como la mar es grande y larga, y cerca toda la tierra, y caben en ella pescados de muchas naturalezas, otrosí la corte debe ser el espacio para caber y sufrir y dar recaudo a todas las cosas que a ella vinieren de cualquier naturaleza que sean; pues allí se han de librar los grandes pleitos y tomarse los grandes consejos y darse los grandes dones; y por eso allí son necesarios largueza y grandeza y espacio para saber los enojos y las quejas y los disentimientos de los hombres que a ella vinieren, que son de muchas maneras, y cada uno quiere que pasen las cosas según su voluntad y su entendimiento. Por lo que por todas estas razones es necesario que la corte sea larga como la mar; y aun sin estas hay otras en que le semeja, pues bien así como los que andan por la mar en el buen tiempo van derechamente y seguros con lo que llevan y arriban al puerto que quieren, otrosí la corte, cuando en ella son librados los pleitos con derecho van los hombres en salvo y alegremente a sus lugares con lo suyo, y de allí en adelante no se lo puede ninguno contrastar, ni han de haber por ello alzada a otra parte. Y bien así como los marineros se guían en la

noche oscura por la aguja, que les es medianera entre la estrella y la piedra, y les muestra por donde vayan, tanto en los malos tiempos como en los buenos, otrosí los que han de ayudar y aconsejar al rey se deben siempre guiar por la justicia, que es medianera entre Dios y el mundo en todo tiempo, para dar galardón a los buenos y pena a los malos, a cada uno según su merecimiento.

Ley 29: Palacio es dicho aquel lugar donde el rey se junta paladinamente para hablar con los hombres, y esto es de tres maneras: o para librar los pleitos o para comer o para hablar en gasajado. Y porque en este lugar se juntan los hombres para hablar con él más que en otro, por eso lo llaman palacio, que quiere tanto decir como lugar paladino, y por ella concierne que no sean allí dichas otras palabras sino verdaderas y muy ciertas para librar el pleito derechamente. Y si es en el comer, deben ser cumplidas según conviene a aquel lugar, y no de más, y no deben de estar muy callando, decir, como hombres de orden , ni deben otrosí dar grandes voces, pues el palacio en aquella sazón no ha de ser muy de secreto, pues sería de menos, ni de gran vuelta, que sería de más, porque mientras que comieren, no han de menester departir ni retraer ni hablar de otra cosa, sino de aquello que conviene para gobernarse bien y apuestamente. Y cuando es para hablar como en manera de gasajado, así como para departir o para retraer, o para jugar de palabra, ninguna de estas no debe hacer sino como conviene, pues el departir debe ser de manera que no mengüe el seso al hombre por él, así como ensañándose, pues esta es cosa que le saca muy pronto de su sosiego, mas conviene que lo haga de manera que se acreciente el entendimiento por él, hablando de las cosas con razón para llegar a la verdad de ellas.

Ley 30: Retraer en los hechos o en las cosas cómo fueron o son pueden ser es gran binestancia a los que en ellos saben avenir. Y para esto ser hecho como conviene, deben allí ser consideradas tres cosas: tiempo y lugar y manera. Y tiempo: deben cuidar que convenga a la cosa sobre la que quieren retraer, mostrando por buena palabra o por buen ejemplo o por buena hazaña otra que semeje con aquella para alabar la buena o para desatar la mala. Y otrosí deben considerar el lugar, de manera que lo retrayeren, que lo digan a tales hombres que se aprovechen de ello, así como si quisieren aconsejar a hombre escaso diciéndolo ejemplos de hombres grandes, y al cobarde de los esforzados. Y manera: deben cuidar de retraer en manera que digan por palabras cumplidas y apuestas lo que dijeren y se semeje que sabían bien aquello que dicen, otrosí, que aquellos a quienes lo dijeren tengan gusto en oírlo y en aprenderlo; y en el juego deben cuidar que aquello que dijeren sea apuestamente dicho, y no sobre aquella cosa que fuere en aquel lugar a quien jugaren, mas a juegos de ello; como si fuere cobarde, decirle que es esforzado, y al esforzado, jugarle de cobardía, y esto debe ser dicho de manera que aquel con quien jugaren no se tenga por denostado, y más, lo tomen con placer, y que tengan con qué

reír de ello, tanto él, como los otros que oyeren. Y otrosí, el que lo dijere, que lo sepa bien reír en el lugar donde conviniere, pues de otra manera no sería juego; y por eso dice el verbo antiguo que no es juego donde hombre no ríe, pues sin falta el juego con alegría se debe hacer, y no con saña ni con tristeza. Por eso quien se sabe guardar de palabras excesivas y desapuestas, y usa de estas que dicho hemos en esta ley, es llamado palaciano, porque estas palabras usaron los hombres entendidos en los palacios de los reyes más que en otros lugares, y allí recibieron más honra los que las sabían.

TÍTULO 10: Cuál debe el rey ser comunalmente a todos los de su señorío.

Ley 1: Cuidan algunos hombres que pueblo se llama a la gente menuda, así como menestrales y labradores, mas esto no es así, y antiguamente en Babilonia y en Troya, que fueron lugares muy señalados y ordenaron todas las cosas con razón y pusieron nombre a cada una según convenía, pueblo llamaron al ayuntamiento de todos los hombres comunalmente: de los mayores y de los menores y de los medianos, pues todos estos son menester y no se pueden excusar, porque se han de ayudar unos a otros para poder bien vivir y ser guardados y mantenidos.

Ley 2: Amar debe ser mucho el pueblo por su rey, y señaladamente les debe mostrar amor de tres maneras: la primera, teniendo merced de ellos, haciéndoles bien cuando entendiere que lo han menester, puesto que él es alma y vida del pueblo, la segunda, teniéndoles piedad y doliéndose de ellos cuando les hubiese de dar alguna pena con derecho; puesto que él es cabeza de todos, dolerse debe del mal que recibieren, así como de sus miembros, la tercera, teniéndoles misericordia para perdonarles a veces la pena que merecieren por algunos yerros que hubiesen hecho, pues comoquiera que la justicia es buena cosa en sí, y de la que debe el rey usar siempre, con todo es hácese muy cruel cuando a veces no es templada con misericordia; y por eso la loaron mucho los sabios antiguos y los santos, y señaladamente dijo el rey David en esta razón que entonces es el reino bien mantenido cuando la misericordia y la verdad se hallan en uno, y la paz y la justicia se besan. Y honrarlos debe otrosí de tres maneras: la primera, poniendo a cada uno en el lugar que le conviniere por su linaje o por su bondad o por su servicio; y otrosí, mantenerle en el él no haciendo por lo que lo debiese perder; y entonces será asentamiento del pueblo, según dijeron los sabios; y la segunda, honrándolos con su palabra loando los buenos hechos que hicieron de manera que ganen por ellos buena fama y buen prez, la tercera, queriendo que los otros lo razonen así, y honrándolos de esta manera, será él honrado por las honras de ellos.

Ley 3: Honrar y amar y guardar y ahora queremos decir por qué razones debe él esto hacer. Y para hacerlo mejor entender, conviene que mostremos la semejanza

que hizo Aristóteles al rey Alejandro en razón del mantenimiento del reino y del pueblo; y dijo el reino es como huerta, y el pueblo como árboles; y el rey es como señor de ella, y los oficiales del rey que han de juzgar y ayudar a cumplir la justicia son como labradores; y los ricos hombres y los caballeros son como asoldados para guardarla; y las leyes y los fueros y los derechos son como valladar que la cercan; y los jueces y las justicias son como paredes y setos, porque amparan que no entre allí a hacer daño. Y otro sí según esta razón dijo que debe el rey hacer en su reino primeramente haciendo bien a cada uno según lo mereciere; y esto es así como el agua que hace todas las cosas crecer; y también que adelante los buenos haciéndoles bien y honra, y corte los malos del reino con la espada de la justicia, y arranque los torticeros echándolos de la tierra porque no hagan daño en ella. Y para esto hacer, debe tener tales oficiales que sepan conocer el derecho y juzgarlo; y otrosí debe tener la caballería presta y los otros hombres de armas para guardar el reino que no reciba daño de los malhechores de dentro ni de los fuera, que son los enemigos; y débeles otrosí dar leyes y fueros muy buenos por donde se guíen y usen a vivir derechamente, y no quieran pasar de más en las cosas. Y sobre todo débeles otrosí dar leyes y fueros muy buenos por donde se guíen y usen a vivir derechamente, y no quieran pasar de más en las cosas. Y sobre todos débeles cercar con justicia y con verdad, y hacerlo tener de manera que ninguno no lo ose pasar; y haciendo así, le ocurrirá lo que dijo Jeremías en la profecía: "yo te establecí sobre las gentes y los reinos que desarraigues y desgastes, y que labres y plantes".

TÍTULO 11: Cual el rey debe amar a su tierra

Ley 1: El rey está obligado no solamente a amar y honrar y guardar a su pueblo así como dicen en el título antes de este, más aún lo debe hacer a la tierra misma de que es señor, pues que él y su gente viven de las cosas que en ella son, y tienen por ello todo lo que es menester con que cumplen y hacen todos sus hechos, derecho es que la amen y la honren y la guarden Y aunque la tierra no sea buena en algunos lugares para dar de sí pan o vino u otros frutos que no son para gobierno de los hombres, con todo eso no debe el rey querer que quede yerma ni por labrar, mas hacer saber aquello para que entendieren los hombres sabedores qué será mejor, y mandarla labrar y enderezar para eso; y podrá ser que será buena para otras cosas de las que se aprovechan los hombres y que no pueden excusar, así como para sacar de ella metales, o para pastura de ganado o para leña o madera u otras cosas semejantes que han los hombres menester. Otrosí debe mandar labrar los puentes y las calzadas, y allanar los pasos malos porque los hombres pueden andar y llevar sus bestias y sus cosas desembargadamente de un lugar a otro, de manera que no las pierdan en el pasaje de los ríos, ni en los otros lugares por donde fueren. Y debe

otrosí mandar hacer hospitales en las villas donde se acojan los hombres para que no hayan de yacer por las calles por mengua de posadas; y debe hacer alberguerías en los lugares yermos donde entendiere que serán menester, porque tengan las gentes donde allegar seguramente sus cosas...

Ley 2: Cómo debe el rey honrar a su tierra.

Honra debe el rey hacer a su tierra, y señaladamente con mandar cercar las ciudades y las villas y los castillos de buenos muros y de buenas torres, pues esto la hace ser más noble y más honrada y más apuesta; además es gran seguridad y gran amparo de todos comunalmente para en todo tiempo; otrosí debe honrar con sus palabra alabando las bondades de ella.

Ley 3: Acucioso debe el rey ser en guardar su tierra de manera que no se yermen las villas ni los otros lugares, ni se derriben los muros ni las torres ni las cosas por mala guarda. Y otrosí, que los árboles ni las viñas ni las otras cosas de que los hombres viven no las corten, ni las quemen, ni las desarraiguen ni las dañen de otra manera, ni aun por enemistad que tengan los unos contra los otros. Otrosí la deben guardar de los enemigos de fuera, de manera que no puedan en ella hacer daño.

TÍTULO 12: Cuál debe el pueblo ser en conocer y en amar y en temer a Dios.

Almas de tres naturas dijo Aristóteles y los otros sabios que hay naturalmente en las cosas que viven, y a la primera de ellas llamaron alma criadera y tal como esta tienen los árboles y las plantas y todas las hierbas de la tierra, y a la segunda dijeron sentidora, y esto tienen todas las cosas que viven y se mueven naturalmente por sí mismas, y a la tercera llamaron alma razonable que tiene en sí entendimiento para saber conocer las cosas y departir en ellas en razón; y las otras dos sobredichas y esta además tienen los hombres tan solamente, y no otro animal ninguno....

Ley 1: Dos entendimientos dijeron los sabios que tiene el alma razonable; el uno, para entender a Dios y las cosas celestiales; y el otro, para entender y obrar en las temporales; y con el primer entendimiento debe conocer a Dios y qué es y cuál es, y cómo todas las cosas son Él. y con el segundo debe conocer las obras que Él hizo, en cuál manera las crió y cómo las ordenó, y el provecho que viene a los hombres de ellas, y conociéndolo así, conocerá cómo debe él mismo vivir y ordenar su hacienda.

Ley 2: Aquel pueblo es bienamado y enderezado a bien que pugna cuanto más puede conocer a Dios naturalmente, según dice en la ley antes de esta; y aun convie-

ne que le conozca por creencia de la ley que es sobre naturaleza; para este conocimiento es menester que tenga en sí tres cosas: fe y esperanza y amor; y fe conviene que tenga en todas maneras porque el entendimiento del hombre no es tan poderosos que pudiese a Dios conocer cumplidamente sino por ella.

Ley 3: San Isidoro, que fue un gran filósofo, estableció muchas cosas en la santa Iglesia, y puso los nombres de cada una según conviene, y dijo que fe es cosa por la cual verdaderamente cree el hombre lo que no puede ver. Y san Pablo dijo que fe es firmedumbre de las cosas que espera hombre tener; y es prueba de las cosas que no parecen y por eso conviene mucho al pueblo que tenga en sí verdadera fe; y Séneca el filósofo , aunque no era cristiano, tanto tuvo que era buena cosa, que dijo por ello que el que la perdía con quedaba con él ningún bien y por ello los que no la tienen, sin la pena que merecen en el otro mundo, débensela dar en este como a hombres descreídos.

TÍTULO 13: Cuál debe ser el pueblo en conocer y en amar y en temer y en guardar y en honrar y en servir al rey.

Sentidora llamaron Aristóteles y los otros sabios a la segunda alma de que hicieron semejanza al rey; y según esto mostraron en qué manera se debe el pueblo mantener con el, y dijeron que así como esta alma tiene diez sentidos, que según esto debe pueblo sentir y obrar en hecho del rey diez cosas para ser honrado y amado y guardado de ellos cumplidamente.

Ley 1: Ver es el primero de los cinco sentidos de fuera con que hicieron semejanza Aristóteles y los otros sabios al pueblo, pues así como la vista cuando es sana y clara ve de lejos las cosas, y distingue las facciones y los colores de ellas, según esto debe el pueblo ver y conocer cómo el nombre del rey es el de Dios, y él tiene su lugar en la tierra para hacer justicia y merced, y otrosí cómo él es su señor temporalmente y ellos sus vasallos, y cómo él los ha de aconsejar y mandar, y ellos han de servir a él y obedecerle. Y por ello deben mirar muy de lejos las cosas que son a su pro y a su honra y su guarda, y ser muy acuciosos para allegarlas y acrecentarlas, y las que fueren a su daño desviarlas y apartarlas cuanto más pudieren.

Ley 2: Oír es el segundo sentido de que hablamos en la segunda ley antes de esta que tiene el alma sentidora y este puso Dios señaladamente y desembargando oye los sones y las voces desde lejos, y se paga con los que son placenteros y sabrosos, y aborrece las cosas que son fuertes y espantables, otrosí, a semejante de esto, debe el pueblo leal querer oír el bien que del rey dijeren, y trabajar en acrecerlo lo más que ellos pudieren, y deben aborrecer no querer oír de él ningún mal.

Ley 3: Oler es el tercer sentido que tiene el alma sentidora, y este puso Dios señaladamente en las narices del hombre; y bien así como las narices, cuando son sanas y desembargadas, huelen de lejos los olores, y departen los buenos de los malos, otrosí a semejanza de esto debe el pueblo que es sano en lealtad sentir de lejos las cosas de las que puede al rey venir en provecho y en honra, y placerles mucho con ellas, y allegarlas cuanto más pudieren, y competir ellos mismos por hacerlas.

Ley 4: Gustar es el cuarto sentido del alma sentidora y este puso Dios en la boca y señaladamente en la lengua; y así como el gustar distingue las cosas dulces de las amargas, y págase de las que bien saben y aborrece las otras, y la lengua es probadora y medianera de todas estas cosas, otrosí, a semejanza de esto, debe el pueblo saber bien la fama de su señor, y decirla con las lenguas y retraerla, y las palabras que fuesen en infamia de él no las ha de querer decir ni retraer en ninguna manera, y muy menos sacarlas ni buscarlas de nuevo.

Ley 5: Dios solo no puso la lengua al hombre para gustar, mas aun para hablar y mostrar su razón con ella; y bien así como le dio sentido en el gustar para distinguir las cosas sabrosas de las otras que no lo son, otrosí se lo dio en las palabras para hacer distinción entre la mentira, que es amarga y a la que aborrece la naturaleza que es sana y cumplida, y la verdad y lealtad de las que se paga el entendimiento del hombre bueno, y recibe gran gusto con ella. Y por ello el pueblo, semejante de esto, según dijeron los sabios, debe siempre decir palabras verdaderas al rey, y guardarse de mentirle llanamente y de decirle lisonja, que es mentira compuesta.

Ley 6: Tocar el quinto sentido del alma y comoquiera que es en todo el cuerpo, mayormente lo es en los pies y en las manos, y así como el tocar distingue las cosas ásperas de las blandas, y las muelles de las duras, y las frías de las calientes, otrosí a semejanza de esto debe el pueblo ir con los pies y obrar con las manos en aquellas cosas que fueren blandas y provechosas a su rey, y allegárselas de todas las maneras que pudieren, y las ásperas y duras y dañosas deben ir contra de ellas y quebrantarlas y destruirlas de manera que no reciba daño de ellas ni mal. Y sobre todas las cosas del mundo debe el pueblo guardarse de tocarle para matarle, ni para herirle, ni para prenderle.

TÍTULO 15: Cuál debe ser el pueblo en guardar al rey de sus hijos.

Ley 3: Ocurre muchas veces que cuando el rey muere, queda niño el hijo mayor que ha de heredar, y los mayores del reino contienden sobre quién lo guardará hasta que sea de edad; y de esto nacen muchos males. Y por ello los sabios anti-

guos de España, que consideraron todas las cosas muy lentamente y las supieron guardar, por quitar todos estos males que hemos dicho establecieron que cuando el rey fuese niño, si el padre hubiese dejado hombres señalados que le guardasen mandándolo por palabra o por carta, que aquellos hubiesen la guarda de él, y que el rey lo hubiese mandado; mas si el rey finado de esto no hubiese hecho mandamiento ninguno, entonces débense juntar allí donde el rey fuere todos los mayores del reino, así como los prelados y los ricos-hombres y otros hombres buenos y honrados de las villas; y desde que fueren adjuntados, deben jurar sobre los santos Evangelios que anden primeramente en servicio de Dios y en honra y en guarda del señor que tengan y en pro comunal de la tierra y del reino; y según esto, que escojan tales hombres en cuyo poder lo metan, que lo guarden bien y lealmente.

Ley 5: Fuero o establecimiento hicieron antiguamente en España que el señorío del rey nunca fuese repartido ni enajenado. Y por ello pusieron que cuando el rey fuere finado y el otro entrare en su lugar, que luego jurase, si fuese de edad de catorce años o de allí para arriba, que nunca en toda su vida repartiese el señorío ni lo enajenase; y si no fuese de la edad de guardar; y él que otorgase después cuando fuese de la edad sobredicha, y todos los que se acertasen allí con él que jurasen guardar dos cosas: la una, aquello toca a él mismo, así como su vida y su salud y su honra y su pro; la otra, guardar siempre que el señorío sea uno, y que nunca en dicho ni en hecho consientan ni hagan porque se enajene ni se reparta. Y de esto deben hacer homenaje los más honrados hombres del reino que fueren, así como los prelados y los ricos-hombres y los caballeros hijosdalgo y los hombres buenos de las ciudades y las villas y por ello, en todas esas cosas que hemos dicho, debe el pueblo guardar que el señorío sea siempre uno, y no consienta en ninguna manera que se enajene ni se reparta.

TÍTULO 18: Que habla de cuál debe ser el pueblo en guardar y en abastecer y en defender y en dar los castillos y fortalezas del rey y del reino.

Ley 6: Tener castillo de señor según fuero antiguo de España es cosa en la que existe muy gran peligro, puesto que ha de caer el que lo tuviere, si lo perdiere por su culpa, en traición, que es puesta como en igual de muerte del señor; mucho deben todos los que los tuvieren ser apercibidos en guardarlos, de manera que no caigan en ella. Y para esta guarda ser hecha cumplidamente, deben allí considerarse cinco cosas: la primera, que sean los alcaides tales como conviene para guarda del castillo, la segunda, que hagan ellos mismos lo que deben en guarda de ellos; la tercera, que tengan allí cumplimiento de hombres; la cuarta, de vianda; la quinta, de armas: Y de cada una de estas queremos mostrar cómo se deben hacer; y por ello decimos que todo alcaide que tuviere castillo de señor debe ser de buen linaje de padre y madre,

pues si lo fuere, siempre habrá vergüenza de hacer del castillo cosa que le esté mal, ni por la que sea denostado él ni los que de él descendieren; otrosí debe ser leal porque siempre sepa guardar que el rey ni el reino no sean desheredados del castillo que tuviere; y aun es menester que sea esforzado para que no dude en prevenir los peligros que al castillo vinieren; y sabedor conviene que sea para que sepa hacer y disponer las cosas que convinieren a guarda y defensa del castillo. Otrosí no debe ser muy escaso para que los hombres gusten de estar con él de buena voluntad; y así como sería mal que fuere muy gastador de las cosas que fuesen menester para guarda del castillo; otrosí lo sería de no saber partir con los hombres lo que tuviese, cuando menester les fuese, Y no debe ser muy pobre porque no tenga codicia de enriquecerse con aquello que le dieren para la tenencia del castillo. Y además de todo esto debe ser muy acucioso en guardar bien el castillo que tuviere, y no partirse de él en tiempo de peligro; y si acaeciese que se lo cercasen o se lo combatiesen débelo amparar hasta la muerte.

Ley 9: Meter debe el alcaide en el castillo caballeros y escuderos y ballesteros y otros hombres de armas cuantos entendiere que le convienen, o según la postura que hubiere con el señor de quien lo tuviere; y debe mucho mirar que aquellos que allí metiere, si fueren hijosdalgo que no haya hecho ninguno de ellos traición ni alevosía, ni venga de linaje de traidores; y estos tales debe apoderar sobre los otros hombres que estuvieren en el castillo, porque le guarden de manera que por él pueda cumplir su derecho de él. Y los ballesteros, que son hombres que cumplen mucho en la guarda y en la defensa del castillo, debe cuidar el alcalde que sean tales que sepan bien hacer su menester, y que haya de allí de ellos que sepan componer las ballestas y las saetas y todas las otras cosas que convienen a la ballestería. Y los otros hombres de armas que allí fueren debe cuidar que sean hombres conocidos y recios para ayudar bien y defender el castillo cuando menester fuere. Y otrosí las velas y las sobrevelas que llaman montaraces, y las rondas que andan de fuera al pie del castillo, y las atalayas que ponen de día, y las escuchas de noche, todos estos es menester que guarde el alcalde cuanto más pudiere que sean leales, haciéndoles bien y no menguándoles aquello que les debe dar, y halos de cambiar a menudo de manera que no estén siempre en un lugar.

Ley 10: Vianda es cosa sin la cual los hombres no pueden vivir, y por ello es menester que la tengan siempre, pues si en los otros lugares no la pueden excusar, mucho menos lo pueden hacer en los castillos en que han de estar como encerrados guardándolos, así que no deben salir a ninguna parte sin mandamiento del alcaide suyo; y aun sin todo esto, podría acaecer que, aunque los mandase salir, que no lo podrían hacer siendo cercados o muy guerreados por los enemigos. Y por ello es menester que en todo tiempo tenga el castillo abastecido de vianda, y mayormente de agua; que es cosa que pueden menos excusar que las otras; y si la tuvieren allí,

que la sepan guardar y consumir mesuradamente porque no les falte. Otrosí se deben abastecer de pan, de aquello que entendieren que más se podría tener según el aire de aquella tierra, eso mismo deben hacer de carnes y de pescados; y no deben olvidar la sal, ni el aceite, ni las legumbres ni las otras cosas que cumplen mucho para el abastecimiento del castillo. Otrosí deben ser apercibidos de tener molinos o muelas de mano y carbón y leña y todas las otras cosas a las que llaman preseas, sin las cuales no se pueden bien ayudar de la vianda, aunque la tengan, el vestir y el calzar de los hombres, que es cosa que no pueden excusar porque les ayuda a vivir y ser apuestos.

Ley 13: Sabiduría grande y seso ha menester en defender los castillos pues aunque el esfuerzo y el ardimiento son muy nobles en sí, sin embargo en las demás cosas es menester que sean ayudados por seso y por cordura; porque aquello que los hombres codician de ser vendedores, no les torne en ser vencidos. Y aunque en todos los hechos de guerra es esto muy necesario, señaladamente conviene a los que han de defender los castillos de los enemigos, porque más veces se toman por sabiduría y por arte que por fuerza.

TÍTULO 19: Cuál debe ser el pueblo en guardar al rey de sus enemigos.

Ley 1: Enemistad es malquerencia con mala voluntad que tiene el hombre contra su enemigo por razón de la deshonra o del tuerto que hizo a él o a los suyos. Y hay dos maneras de enemigos: los unos de la tierra, y los otros, de fuera. Y los de la tierra son aquellos que moran o viven cotidianamente en ella; y estos son más dañosos que los de fuera, porque son como de casa y no se puede el hombre bien guardar de ellos porque tienen semejanza de bien, y hacen algunas veces muy grandes males y grandes daños a los que mal quieren.

Ley 3: Reino es llamado la tierra que tiene rey por señor, y él recibe otrosí el nombre de rey por los hechos que ha de hacer en ella manteniéndola con justicia y con derecho. Por esto, aunque el pueblo guardase al rey en todas las cosas sobredichas, si el reino no guardase de los males que allí podrían venir, no sería la guarda cumplida; y la primera guarda de estas que conviene hacer es cuando alguno se alzase en el reino para revolverlo o hacer otro daño; y a tal hecho como este deben todos venir lo más pronto que pudieren por muchas razones; y es otrosí mayor peligro, porque tal levantamiento como este, siempre se mueve con gran falsedad y señaladamente para hacer mal. Y por eso dijeron los sabios antiguos que en el mundo no había mayor pestilencia que recibir hombre daño de aquel en quien se fía, ni más peligrosa guerra que de los enemigos de quien no se guarda, que no son conocidos, mostrándose por amigos así como antes dijimos, y al rey viene otrosí gran daño por que le nace guerra de los suyos mismos, que los tiene así como hijos y

criados; y viene otrosí repartimiento de la tierra de aquellos que la deben juntar, y destrucción de aquellos que la deben guardar, porque saben la manera de hacer allí mal, más que los otros que no son naturales; y por ello es así como la ponzoña, que si luego que es dada no socorren al hombre, va derechamente al corazón y mátalo

TÍTULO 20: Cuál debe ser el pueblo a la tierra de donde son naturales.

Acrecentar y aumentar y henchir la tierra fue el primer mandamiento que Dios mandó al primer hombre y mujer después que los hubo hecho. Y esto hizo porque entendió que esta es la primera naturaleza y la mayor que los hombres pueden haber con la tierra en que han de vivir. Y por ella el pueblo debe esforzarse mucho por tener todas estas naturalezas con la tierra en que les agrada vivir; y mayormente que el linaje que de ellos viniere, que nazca de ella, pues esto les hará que la amen, y que hayan sabor de tener en ella las otras dos naturalezas que antes dijimos. Y para hacer este linaje conviene que consideren muchas cosas porque crezca y aumente; y la primera es que se casen luego que sean de edad para ello, y de esto vienen muchos bienes, lo que uno que hacen mandamiento de Dios; otrosí que viven sin pecado, por lo que ganan su amor, pues les acrecienta su linaje; y además reciben en su vida placer y ayuda de los que de ellos descienden, de que les nace esfuerzo y poder; y lo que les es más, toman gran consuelo porque dejan otros en su lugar que son semejantes de sí, y que son como una cosa con ellos y en quien ha de quedar lo suyo, y cumplir después de su muerte lo que eran ellos tenido de hacer.

Ley 5: Obra y labor hechas por maestría tienen diferencias entre ellas, pues labor se dice de aquella cosa que los hombres hacen trabajando de dos maneras: la una, por razón de la hechura; la otra, por razón del tiempo; así como aquellos labran por par o por vino o guardan sus ganados, o que hacen otras cosas semejantes de estas en que reciben trabajo y andan fuera por los montes, o los campos donde han por fuerza de sufrir calor o frío, según el tiempo que hace. Y obras son aquellas que los hombres hacen estando en casas o lugares cubiertos, así como los que labran oro y plata, o hacen monedas o armas o armaduras, o los otros menesteres que son de muchas maneras que se obran, pues aunque ellos trabajan `por sus cuerpos, no se apodera el tiempo tanto de ellos para hacerles daño como a los otros que andan por de fuera por ello a estos llaman menestrales y a los otros, labradores.

Ley 6: Acrecentando y criando el pueblo su linaje y labrando la tierra y sirviéndose de ella son dos cosas por las que se aumenta la gente y se puebla la tierra según Dios mandó; mas aún hay otra cosa que deben hacer los hombres para ser el mandamiento cumplido; y esto es que se apoderen y sepan ser señores de ella. Y este apoderamiento viene de dos maneras; la una, es por arte, y la otra, por fuerza. Y por eso deben los hombres conocer la tierra y enderezarla por maestría según eso, y no

no la deben despreciar diciendo que no es buena, y si no lo fuere para una cosa, lo será para la otra.; eso mismo deben hacer con las bestias que en ella hay, pues por entendimiento deben conocer cuáles serán provechosas y que se podrán más pronto amansar con maestría y por arte para poderse ayudar y servir de ellas en las cosas que las hubiere menester; y otrosí de las que fueren bravas, habiendo sabiduría para prenderlas y saberlas meter en su provecho; y haciendo esto se apoderarán de la tierra y se servirán de las cosas que hay en ella, tanto de las bestias como de las aves y de los pescados, según mandamiento de Dios.

Ley 7: Apoderarse debe el pueblo por fuerza de la tierra cuando no lo pudiese hacer por maestría o por arte; y entonces se debe aventurar a vencer las cosas por esfuerzo y por fortaleza, así como quebrantando las grandes peñas y horadando los grandes montes, y allanando los lugares altos y alzando los bajos, y matando los animales bravos y fuertes, aventurándose con ellos para lograr su provecho; y porque todas estas cosas no se pueden hacer sin porfía, por ello tal contienda como esta es llamada guerra. Y así aquel pueblo es amador de su tierra, el que tiene en sí sabiduría y esfuerzo para apoderarse de ella haciendo estas cosas sobredichas.

TÍTULO 21: De los caballeros y de las cosas que les conviene hacer.

Defensores son uno de los tres estados por los que Dios quiso que se mantuviese el mundo; pues bien así como los que ruegan a Dios por el pueblo son dichos oradores, y otrosí los que labran la tierra y hacen en ella aquellas cosas por las que los hombres han de vivir y de mantenerse se llaman labradores, y otrosí los que han de defender a todos son dichos defensores. Por ello los hombres que tal obra han de hacer tuvieron por bien los antiguos que fuesen muy escogidos; y esto fue porque en defender yacen tres cosas: esfuerzo, honra y poderío.

Ley 1: Caballería fue llamada antiguamente la compañía de los nobles hombres que fueron puestos para defender las tierras; y por eso le pusieron nombre en latín militia, que quiere tanto decir como compañías de hombres duros y fuertes y escogidos para sufrir males, trabajando y penando en pro de todos comunalmente. Y por ello hubo este nombre de cuento de mil, pues antiguamente de mil hombres escogían uno para hacerle caballero, mas en España llaman caballería no por razón que andan cabalgando en caballos, mas porque bien así como los que andan a caballo van más honradamente que en otra bestia, otrosí los que son escogidos para caballeros son más honrados que todos los otros defensores.

Ley 2: Mil es el más honrado cuento que puede ser, también así como diez es el más honrado cuento de los que comienzan en uno. Y por esta razón escogían antiguamente de mil hombres uno para hacerle caballero y escogiéndolos, miraban

que fuesen hombres que tuviesen en sí tres cosas: la primera, que fuesen hechos a herir para que supiesen mejor y más pronto matar y vencer a sus enemigos, y no se cansasen ligeramente haciéndolo; la tercera, que fuesen crueles para no tener piedad de robar lo de los enemigos, ni de herir, ni de matar, ni otrosí que no se desmayasen pronto por golpe que ellos recibiesen, ni que diesen a otros. Y por estas razones antiguamente para hacer caballeros escogían de entre los venadores de monte, que son hombres que sufren gran fatiga, y carpinteros, herreros y pedreros, porque usan mucho herir y son fuertes de manos, y otrosí de los carniceros por razón que usan matar las cosas vivas y esparcir la sangre de ellas: y aun consideraban otra cosa escogiéndolos: que fuesen bien conformados de miembros para ser recios, fuertes y ligeros, más porque después vieron muchas veces que estos tales, no teniendo vergüenza, olvidaban todas estas cosas sobredichas, y en lugar de vencer a sus enemigos, vencíanse ellos, tuvieron por bien los sabedores de estas cosas que buscasen hombres para esto que hubiesen naturalmente en sí vergüenza. Y sobre esto dijo un sabio que tenía por nombre Vejecio, que habló de la orden de caballería, que la vergüenza veda al caballero que no huya de la batalla, y por esto ella le hace ser vencedor. Y mucho tuvieron que era mejor el hombre flaco y sufridor que el fuerte y ligero para huir. Y por esto sobre todas las otras cosas miraron que fuesen hombres de buen linaje, porque se guardesen de hacer cosa por la que pudiesen caer en vergüenza, y porque estos fueron escogidos de buenos lugares y algo por eso los llamaron hijosdalgo, que muestra tanto como hijos de bien. Y en algunos otros lugares los llamaron gentiles, y tomaron este nombre de gentileza, que muestra tanto como nobleza de bondad, porque los gentiles fueron hombres nobles y buenos, y vivieron más ordenadamente que otra gente. Y por eso los hijosdalgo deben ser escogidos, que vengan de derecho linaje de padre y de abuelo hasta en el cuarto grado, a los que llaman bisabuelos. Y esto tuvieron por bien los antiguos, porque de aquel tiempo en adelante no se pueden acordar los hombres, pero cuanto de allí en adelante más de lejos vienen de buen linaje, tanto más crecen en su honra y en su hidalguía.

Ley 3: Hidalguía, según dijimos en la ley antes de esta, es nobleza que viene a los hombres por linaje, y por ello deben mucho guardar los que tienen derecho en ella, que no la dañen ni la mengüen, y pues que el linaje hace que la tengan los hombres así como herencia, no debe querer el hidalgo que él haya de ser de tan mala ventura que lo que en los otros se comenzó y heredaron, mengüe o se acabe en él, y esto sería cuando él menguase en lo que los otros acrecentaron, casando con villana o el villano con hijodalgo. Pero la mayor parte de la hidalguía ganan los hombres por la honra de los padres, pues cuando la madre sea villana y el padre hijodalgo, hijodalgo es el hijo que de ellos naciere, y por hidalgo se puede contar, mas no por noble, mas si naciere de hijadalgo y de villano, no tuvieron por derecho que fuese

contado por hijodalgo.

Ley 4: Bondades son llamadas las buenas costumbres que los hombres tienen naturalmente en sí, a las que llaman en latín virtudes; y entre todas son cuatro las mayores; así como cordura y fortaleza y mesura y justicia. Y comoquiera que todo hombre que tenga voluntad de ser bueno debe esforzarse por tenerlas, tanto los oradores que dijimos, como los otros que han de gobernar las tierras por sus labores y por sus trabajos, con todo esto no hay ninguno a quien convenga más que a los defensores, porque ellos han de defender la iglesia y los reyes y a todos los otros, y la cordura les hará que lo sepan hacer a su provecho y sin su daño; y la fortaleza, que estén firmes en lo que hicieren y que no sean cambiadizos, y la mesura, que obren en las cosas como deben y no pasen a más, y la justicia, que la hagan derechamente. Y comoquiera que estas sean en muchas maneras, sin embargo todas tornan en dos: las unas, para defender el cuerpo que son dichas armaduras; y las otras, armas, que son para herir. Tuvieron por bien los antiguos hacer una en que se mostrasen todas estas cosas por semejanza, y esta fue la espada, pues bien así como las armas que el hombre viste para defenderse muestran cordura, que es virtud que le guarda de todos los males que le podrían venir por su culpa, otrosí muestra eso mismo el mango de la espada que el hombre tiene encerrado en su puño, pues cuanto así la tuviere, en su poder es de alzarla o de bajarla, o de herir con ella o de dejarla. Y otrosí como en las armas que el defensor sitúa ante sí para defenderse muestran fortaleza, que es virtud que hace al hombre estar firme a los peligros que le vienen, así en la manzana es toda la fortaleza de la espada, pues en ella se sufre el mango, y el arriaz y el hierro, pues bien, así como las armaduras que viste y las armas con que hiere, y son así como la virtud de la mesura entre las cosas que se hacen de más o de menos de lo que deben, bien a esa semejanza es puesto el arriaz entre el mango y el hierro de ella; y bien otrosí como las armas que el hombre tiene en las manos enderezadas para herir con ellas allí donde conviene, muestran justicia que tiene en sí derecho e igualdad, otrosí lo muestra el hierro de la espada, que es derecho y agudo y taja igualmente de ambas partes.

Ley 7: Usando los hijosdalgo dos cosas contrarias, les hacen que lleguen por ellas a acabamiento de las buenas costumbres; y esto es que de una parte sean fuertes y bravos, y de otra parte mansos y humildes, pues así como les está bien usar palabras fuertes y bravas para espantar los enemigos y arredrarlos de sí cuando fueren entre ellos, bien de aquella manera las deben usar mansas y humildes para halagar y alegrar a aquellos que con ellos fueren y serles de buen gasajado en sus palabras y en sus hechos.

Ley 10: Caballos y armaduras y armas son cosas que conviene mucho a los caballeros tenerlas buenas, cada una según su naturaleza, y pues que con estas han

de hacer los hechos de armas que es su menester, conviene que sean tales que con ellas se puedan bien ayudar. Y entre todas aquellas cosas de que ellos han de ser sabedores, esta es la más señalada: conocer el caballo, pues por ser el caballo grande y hermoso, si fuese de malas costumbres y no fuese sabedor el caballero para conocer esto, le vendrían por ello dos males: el uno, que perdería cuanto por él diese, y el otro, que podría por él caer en peligro de muerte o de ocasión, y esto mismo le ocurriría si no fuesen las armaduras buenas y bien hechas y con razón. Y por ello, según los antiguos mostraron, para ser los caballos buenos, deben tener en sí tres cosas; la primera, ser de hermoso color; la segunda, de buenos corazones; la tercera, tener miembros convenientes que respondan a estas dos; y aun sobre todo esto, quien bien los quisiere conocer ha de mirar que vengan de buen linaje, y este es el animal del mundo que más responde a su naturaleza.

Ley 13: Limpieza hace parecer bien las cosas a los que las ven, bien así como la apostura las hace estar apuestamente cada una por su razón. Y por eso tuvieron por bien los antiguos que los caballeros fuesen hechos limpiamente; pues bien así como la limpieza deben tener dentro de sí mismos en sus bondades y en sus costumbres en la manera que hemos dicho, otrosí la deben tener por fuera en sus vestiduras y en las armas que tuvieren, pues aunque su menester es fuerte y crudo Y por eso mandaron los antiguos que el escudero fuese de noble linaje, un día antes que reciba caballería, que deba tener vigilia; y ese día que la tuviere, desde el medio día en adelante, hanle los escuderos de bañar y de lavar la cabeza con sus manos, y echarle en el más apuesto lecho que pudieren haber, y allí lo han de vestir y calzar los caballeros de los mejores paños que tuvieren, y desde que esta limpieza le han hecho al cuerpo, hanle de hacer otra en cuanto al alma, llevándole a la iglesia, en que ha de conocer que ha de recibir trabajo velando y pidiendo merced a Dios que le perdone sus pecados, y que le guíe para que haga lo mejor en aquella orden que quiere recibir, en manera que pueda defender su ley y hacer las otras cosas según le conviene; que Él sea guarda y defensa a los peligros y a los estorbos y a lo que le sería contrario a esto, y debe pensar en que, comoquiera que Dios poderoso sobre todas las cosas y puede mostrar su poder en ellas cuándo y cómo quisiere, que señaladamente lo es en hecho de armas; y en su mano está la vida y la muerte para darla y quitarla y hacer que el flaco sea fuerte y el fuerte, flaco. Y en cuanto esta oración hiciere, ha de estar los hinojos hincados y todo lo otro en pie mientras sufrir lo pudiere, y la vigilia de los caballeros noveles no fue establecida para juegos ni para otras cosas, sino para rogar a Dios ellos y los otros que fueren, que los guíe y los dirija como a hombres que entran en carrera de muerte.

Ley 14: Espada es arma que muestra aquellas cuatro significaciones que ha hemos dicho; y porque el que ha de ser caballero debe tener en sí por derecho aquellas cuatro virtudes, establecieron los antiguos que recibiesen con ella orden de

caballería, y no con otra arma, y esto ha de ser hecho en tal manera que, pasada la vigilia, luego que fuere de día, debe primeramente oír su misa y rogar a Dios que le guíe sus hechos para su servicio, y después ha de venir el que le ha de hacer caballero, y preguntarle si quiere recibir orden de caballería, y si dijere que sí, hale de preguntar si la mantendría así como se debe mantener, y después que se lo otorgare, débele calzar las espuelas, o mandar a algún caballero que se las calce; y eso ha de ser según cuál hombre fuere o el lugar que tuviere. Y hácenlo de esta manera por mostrar que así como al caballo ponen las espuelas de diestro y de siniestro, para hacerle correr derecho, que así debe él hacer sus hechos enderezadamente, de manera que no tuerza a ninguna parte. Y también hale de ceñir la espada sobre el brial que vistiere, así que la cinta no sea muy floja, mas que se llegue al cuerpo; y esto es por significación de que las cuatro virtudes que dijimos, debe siempre haberlas coronadas así. Por esto, antiguamente establecieron que a los nobles hombres hiciesen caballeros, siendo armados de todas sus armaduras, bien así como cuando tuviesen que lidiar, mas las cabezas no tuvieron por bien que las tuviesen cubiertas. Y desde que la espada le hubiere ceñido, débela sacar de la vaina y ponérsela en la mano diestra, y hacerle jurar estas tres cosas: la primera, que no recele morir por su ley si menester fuere, la segunda, por su señor natural; la tercera, por su tierra: y cuando esto hubiere jurado, débele dar un pescozada porque estas cosas sobredichas las recuerde, diciéndole que Dios le guíe a su servicio y le deje cumplir lo que allí prometió, y después de esto, hale de besar en señal de fe y de paz y de hermandad, que debe ser guardada entre los caballeros. Eso mismo han de hacer todos los otros caballeros que estuviesen en aquel lugar.

Ley 18: Paños de colores señalados establecieron los antiguos que trajesen vestidos los caballeros noveles mientras que fuesen mancebos; así como bermejos o jaldes o verdes o cárdenos, porque los diesen alegría; más prietos o pardos o de otro color feo que les hiciese entristecer no tuvieron por bien que los vistiesen. Y esto hicieron porque las vestiduras fuesen más apuestas, y ellos anduvieren alegres, y les creciesen los corazones para ser más esforzados. Y comoquiera que las vestiduras fuesen de tajos de muchas maneras, el manto acostumbraban a traer todos de esta manera, que lo hacían grande y largo que les cubría hasta los pies, y sobraba tanto paño de la una parte y de la otra, y sobre el hombre diestro porque podrían allí hacer un nudo y el manto fue hecho de esta manera por mostrar que los caballeros deben estar cubiertos de humildad para obedecer a sus mayores; y el nudo le hicieron porque es como manera de atamiento de religión que les muestra que sean obedientes no tan solamente a sus señores, más aun a sus caudillos, y que por esta razón sobredicha tenían el manto tanto cuando comían o bebían, como cuando estaban sentados o andaban o cabalgaban. Y todas las otras vestiduras traían limpias y muy apuestas, cada uno según el uso de sus lugares. Eso mismo establecieron

tanto de las armaduras como de las armas que trajesen, que fuesen hermosas y muy apuestas.

Ley 19: Comer y beber y dormir son cosas naturales sin las cuales los hombres no pueden vivir, por ello, de estas deben usar en tres maneras: la una, con tiempo; la otra, con mesura; la otra; apuestamente. Y por ello los caballeros estaban muy acostumbrados antiguamente a hacer esto, pues bien así como en tiempo de paz comían a sazón señalada, de manera que pudiesen comer dos veces al día, y de manjares buenos y bien adobados, y con cosas que les supiesen bien, otrosí cuando habiendo de guerrear comían una vez a la mañana y poco, y el mayor comer haciendo en la tarde, y esto era porque no tuviesen hambre ni gran sed, y porque, si fuesen heridos, curarían más pronto; en aquella sazón dábanles de comer viandas gruesas porque comiesen de ellas poco y les abundase mucho, y les hiciese las carnes recias y duras. Otrosí les daban de beber vino flaco y muy aguado, de manera que no les estorbase el entendimiento ni el seso, y cuando hacía las grandes calenturas, dábanles un poco de vinagre con mucha agua porque les quitase la sed y no dejase ascender la calentura en ellos por la que hubiesen de enfermar, y bebíanlo otrosí entre día cuando tenían grandes ganas de beber por que les acrecentase la vida y la salud y no se la quitase comiendo o bebiendo de más. Y aun sin todo esto hallaban allí otro gran provecho, que menguaban en la costa cotidiana porque pudiesen mejor cumplir en los hechos grandes, que es cosa que conviene mucho a los que han de guerrear. Otrosí los acostumbraban que no fuesen dormidores porque perjudica mucho a los que los grandes hechos han de hacer y señaladamente a los caballeros cuando estarían en guerra, y por eso así como les consentían en tiempo de paz que trajesen ropas muelles y blandas para su yacer, así no querían que en la guerra yaciesen sino con poca ropa y dura, y en sus pespuntes y hacíanlo porque durmiesen menos y se acostumbrasen a sufrir laceria, y tenían que ningún vicio que tener pudiesen no era tan bueno como ser vencedores.

Ley 20: Apuestamente tuvieron por bien los antiguos que hiciesen los caballeros estas cosas que hemos dicho en la ley antes de esta; y por ello ordenaron que así como en tiempo de guerra aprendían hecho de armas por vista y por prueba, que otrosí en tiempo de paz lo aprendiesen de oídas y por entendimiento, y por eso acostumbraban los caballeros, cuando comían, que les leyesen las historias de los grandes hechos de armas que los otros hicieran, y los sesos y los esfuerzos que tuvieron para saber vencer y acabar lo que querían. Y allí donde no había tales escrituras, hacíanselo retraer a los caballeros buenos y ancianos que se acertaron en ello, y sin todo esto aún hacían más, que los juglares no dijesen ante ellos otros cantares sino de gesta, o que hablasen de hecho de armas. Y eso mismo hacían que cuando no pudiesen dormir, cada uno en su posada, se hacía leer y retraer estas cosas sobredichas y esto era por oyéndolas les crecían los corazones y esforzábanse

haciendo bien, queriendo llegar a los que otros hicieran o pasaran por ellos.

TÍTULO 22: De los adalides y de los almocadenes y de los peones.

Ley 1: Cuatro cosas dijeron los antiguos que deben tener en sí los adalides; la primera, sabiduría; la segunda, esfuerzo; la tercer, buen seno natural; la cuarta, lealtad. Y sabios deben ser para guiar las huestes y saberlas guardar de los malos pasos y peligros; y otrosí deben saber por dónde han de pasar las huestes y las cabalgadas, tanto las paladinas como las que hacen escondidamente, guiándolas a tales lugares donde hallen agua y leña y hierba, y donde puedan todos posar juntos. Otrosí deben saber los lugares que son buenos para echar celadas tanto de peones como de caballeros y cómo deben estar callando en ellas, o salir de allí cuando lo hubiesen menester, y otrosí les conviene que sepan muy bien la tierra que han de correr, y dónde han de enviar las algaras.

Ley 5: Almocadenes llaman ahora a los que antiguamente solían llamar caudillos de las peonadas y estos son muy provechosos en las guerras; y en lugar pueden entrar los peones y cosas acometer, que no lo podrían hacer los de a caballo. Y por ello cuando hubiere allí algún peón que quiera ser almocadén, ha de hacer de esta manera: venir primeramente a los adalides y mostrarles por cuáles razones tiene que merecerse de serlo; entonces ellos deben llamar doce almocadenes y hacerles jurar que digan la verdad si aquel que quiere ser almocadén es hombre que tiene en sí estas cuatro cosas: la primera que sea sabedor de guerra y de guiar los que con él fueren; la segunda, que sea esforzado para acometer los hechos y esforzar a los suyos; la tercera que sea ligero, pues esta es cosa que conviene mucho al peón para poder pronto alcanzar lo que hubiese de tomar, y otrosí para saberse guarecer cuando le fuese gran menester; la cuarta es que debe ser leal para ser amigo de su señor y de las compañías que acaudillarse. Y esto conviene que tenga en todas maneras el que fuere caudillo de peones.

Ley 7: La frontera de España es de naturaleza caliente, y las cosas que nacen en ella son más gruesas y de más fuerte complexión que las de la tierra vieja, y por ella los peones que andan con los adalides y con los almocadenes en hecho de guerra, es menester que sean dispuestos y acostumbrados y criados al aire y a los trabajos de la tierra; y si tales no fuesen no podrían allí mucho tiempo vivir sanos, aunque fuesen ardides y valientes; y por eso los adalides y los amocadenes deben mucho mirar que lleven consigo peones en las cabalgadas y en los otros hechos de guerra, es menester que sean dispuestos y acostumbrados y criados al aire y a los trabajos de la tierra; y si tales no fueran no podrían allí mucho tiempo vivir sanos, aunque fuesen ardides y valientes; y por eso los adalides y los almocadenes deben mucho mirar que lleven consigo peones en las cabalgaduras y en los otros hechos de

guerra que estén acostumbrados a hacer estas cosas que antes dijimos, y además que sean ligeros y ardides y bien conformados en sus miembros para poder sufrir el afán de la guerra, y que anden siempre provistos de buenas lanzas y dardos, cuchillos y puñales; y otrosí deben traer consigo peones que sepan tirar bien de ballesta, y que traigan los equipos que pertenecen a hecho de ballestería, y estos hombres cumplen mucho a hecho de guerra. Y cuando tales fueren, deben los adalides y los almocadenes amarlos mucho y honrarlos de dicho y de hecho, partiendo bien con ellos las ganancias que hicieren, de común acuerdo.

TÍTULO 23: De la guerra y de las cosas necesarias que pertenecen a ella.

Guerra es cosa que tiene en sí dos naturalezas: la una, de mal; la otra de bien; y aunque cada una de estas sean repartidas en sí según sus hechos, sin embargo en cuanto al nombre y a la manera como se hacen, todo es como una cosa, pues el guerrear aunque tiene en sí manera de destruir y meter separación y enemistad entre los hombres, con todo eso, cuando es hecho como debe, trae después paz, de la que viene sosiego y holgura y amistad.

Ley 1: Los sabios antiguos que hablaron de hecho de guerra dijeron que guerra es extrañamiento de paz, y movimiento de las cosas quietas y destrucción de las compuestas; y aun dijeron que guerra es cosa de la que se levanta muerte y cautiverio a los hombres y daño y pérdida, y destrucción de las cosas. Y hay cuatro maneras de guerra: la primera llaman en latín iusta, que quiere tanto decir en romance como derechurera; y esta es cuando hombre la hace por cobrar cosas de ellos, la segunda manera llaman iniusta; que quiere tanto decir como guerra que se mueve con soberbia y sin derecho; la tercera la llaman civilis, que quiere tanto decir como guerra en que combaten no tan solamente los ciudadanos de algún lugar, mas aun los parientes unos con otros, por razón de bando, así como fue entre César y Pompeyo, que eran suegro y yerno, en la cual guerra los romanos guerreaban los padres contra los hijos, y los hermanos contra los hermanos, teniéndose los unos con César y los otros con Pompeyo.

Ley 2: Mover guerra es cosa en que deben mucho considerar los que la quieren hacer antes que la comiencen por que la hagan con razón y con derecho. Y esta guerra se debe hacer de dos maneras: la una, de los enemigos que están dentro del reino, que hacen mal en la tierra robando y forzando a los hombres lo suyo sin derecho, pues contra estos deben ser los reyes y aquellos que han de juzgar y cumplir la justicia por ellos comunalmente todo el pueblo, para desarraigarlos y alejarlos de sí, porque, según dijeron los sabios, tales como los malhechores en el reino, como la ponzoña en el cuerpo del hombre, que mientras allí está, no puede ser sano; y por ello conviene que guerreen como tales hombres estos, corriéndolos y ha-

ciéndoles cuanto mal pudieren, hasta que los echen del reino o los maten, y así los hombres que morasen en la tierra puedan vivir en paz. Mas la segunda manera de guerra de la que ahora queremos hablar, es de aquella que deben hacer contra los enemigos que están fuera del reino, que les quieren tomar por fuerza su tierra o apoderarse de la que con derecho debe tener.

Ley 11: Acaudillamiento según dijeron los antiguos es la primera cosa que los hombres deben hacer en tiempo de guerra, pues si este es hecho como debe, nacen de ello tres bienes: el primero, que los hace ser unos; y segundo, que los hace ser vencedores y llegar a lo que quieren; el tercero, que los hace tener por bienandantes y por de buen seso y además, por el buen acaudillamiento vencen muchas veces los pocos a los muchos y hace cobrar otrosí a vencer a los que son vencidos.

TÍTULO 27: De los galardones.

Ley 1: Galardón es beneficio que debe ser dado francamente a los que fueren buenos en la guerra por razón de algún gran hecho señalado que hiciesen en ella. Y débelo dar el rey o señor o el caudillo de la hueste a los que lo merecen o a sus hijos, si los padres no fueren vivos; y debe ser tal el galardón y dado en tal tiempo, que se puede aprovechar de él aquel a quien lo dieren.

TÍTULO 28: Cómo han de ser castigados y escarmentados los hombres que andan en las guerras por los yerros que hicieren.

Yerran los hombres en muchas maneras cuando andan en guerra; y porque los yerros que allí hacen son más peligrosos que los que son hechos en otros lugares, porque no se pueden bien enmendar, por ellos pusieron los antiguos que hubiesen mayor escarmiento, pues de otra manera no sería la justicia derecha sí los malos no hubiesen escarmiento del mal que hiciesen, así como los bueno, galardones por el bien.

Ley 1: Castigo es ligero amonestamiento de palabras o de herida de palo que hace el caudillo contra algunos cuando le fuesen desmandados o no fuesen sabedores de las cosas que se han de guardar en la guerra, y escarmiento es pena que manda dar el caudillo contra los que errasen como en materia de juicio. Y las razones por las que esto se debe hacer son doce: la primera, si diesen sabiduría a los enemigos de los suyos; la segunda, si se fuesen para ellos; la tercera, si viniesen con ellos a hacer mal a los suyos; la cuarta, si no se quisiesen acaudillar; la quinta, si metiesen desacuerdo entre la gente; la sexta, si volviesen pelea; la setena, si se hiriesen o se matasen o se deshonrasen unos a otros por palabra o hecho; la octava,

si se hurtasen o se tomasen por fuerza o por engaño lo que tuviesen unos a otros; la novena, si no guardasen la vianda o la gastasen antes de tiempo; la decena, si no ayudasen a hacer justicia; la oncena; si la estorbasen al que la hubiese de hacer; la docena, si quebrantasen las posturas que hubiese puestas entre sí o con otros.

TÍTULO 29: De los cautivos y de sus cosas.

Ley 1: Cautivos y presos, comoquiera que una cosa sean cuanto en manera de prendimiento, con todo eso gran diferencia hay entre ellos según las cosas que después les acaecen; y presos son llamados aquellos que no reciben otro mal en sus cuerpos, sino en cuanto en manera de aquella prisión en que los tienen, o si llevan alguna cosa de ellos por razón de costa que hayan hecho teniéndolos presos, o por daños de que ellos hayan recibido queriendo allí haber enmienda. Pero con todo esto no los deben luego matar después que los tuvieren en prisión, ni darles pena ni hacer otra cosa por que mueran, fuera de si fuesen presos por razón de justicia. Mas cautivos son llamados por derecho aquellos que caen en prisión de hombres de otra creencia; y estos lo matan después que los tienen presos por desprecio que tienen a su ley, o los atormentan con muy crudas penas, o se sirven de ellos como siervos metiéndolos a tales servicios que querrían antes la muerte que la vida; y sin todo esto no son señores de lo que tienen pagándolo a aquellos que les hacen todos estos males, o los venden cuando quieren. Por lo que por todas estas cuitas y por otras muchas que sufren, son llamados con derecho cautivos, porque esta es la mayor pena que los hombres pueden tener en este mundo.

Ley 3: Sacar los hombres de cautiverio es cosa que place mucho a Dios porque es obra de piedad y de merced, y está bien en este mundo a los que lo hacen. Y los deudos que hallaron los antiguos por los que los hombres quedan obligados a hacer esto son de cinco maneras: la primera, por ayuntamiento de fe; la segunda, por ayuntamiento de linaje; la tercera, por postura; la cuarta, por señorío o por vasallaje; la quinta, por amor de voluntad; y en estas cinco cosas se encierran todos los deudos que tienen los hombres unos con otros para socorrerse cuando fueren cuitados. Pero si cualquiera de la manera de los cautivos que dijimos, por mengua de no haber quien los sacase, muriese en la prisión, debe entonces el rey o el que estuviese en su lugar tomar cuanto tuviere y mandarlo meter en carta a escribano público, y venderlo en almoneda con consejo del obispo o del que tuviese sus veces; y el precio que de ello hubieren, darlo para sacar otros cautivos, porque sus bienes no sean heredados de aquellos que los dejaron morir en cautiverio y pudiéndolos sacar, no quisieron.

TÍTULO 30: Los alfaqueques.

Ley 1: Alfaqueques tanto quiere decir en lengua arábiga como hombres de buena verdad que son puestos para sacar los cautivos y estos, según los antiguos mostraron, deben tener en sí seis cosas: la primera, que sean verdaderos de donde llevan el nombre; la segunda, sin codicia; la tercera, que sean sabedores tanto del lenguaje de aquella tierra a la que van, como del de la suya; la cuarta, que no sean malqueridos; la quinta, que sean esforzados; la sexta que tengan algo suyo. Y sobre todas estas cosas conviene que sean capaces de conservar el secreto, pues si tales no fuesen, no podrían guardar su verdad.

Ley 2: Escogidos muy ahincadamente deben ser los alfaqueques; pues que tan piadosa obra han de hacer como sacar los cautivos, y no tan solamente los deben escoger que tengan en sí aquellas cosas que dijimos en esta ley, mas aun que vengan de linaje bien afamado. Y esta elección ha de ser por doce hombres buenos que tome el rey, o el que estuviere en su lugar, o los principales de aquel concejo donde moraren aquellos que hubieren a ser alfaqueques, y estos han de ser sabedores del hecho de los otros, porque puedan jurar sobre los santos Evangelios en mano del rey o del que fuere puesto en su lugar; que aquellos que escogen para esto tienen en sí todas las cosas que dijimos Y después que de esta manera fuesen escogidos, deben ellos otrosí jurar que sean leales en hecho de los cautivos, acercando su provecho y alejando su daño cuanto ellos pudieren, y que ni por amor ni malquerencia que hubiesen a alguno no dejasen de hacer esto, ni por don que les diesen ni les prometiesen dar.

TÍTULO 31: De los estudios en que se aprenden los saberes y de los maestros y de los escolares.

Estudio es ayuntamiento de maestros y escolares, que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes, y hay dos maneras de él: la una es la que dicen estudio general, en que hay maestros de las artes, así como de gramática y de lógica y de retórica y de aritmética y de geometría y de música y de astronomía, y otrosí en que hay maestros de decretos y señores de leyes; y este estudio debe ser establecido por mandato del papa o del emperador o del rey. La segunda manera es la que dicen estudio particular, que quiere tanto decir como cuando algún maestro amuestra en alguna villa apartadamente a pocos escolares; y tal como este puede mandar hacer prelado o concejo de algún lugar.

Ley 2: De buen aire y de salidas debe ser la villa donde quieran establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes y los escolares que los aprenden vivan sanos, y en él puedan holgar y recibir placer a la tarde cuando se le-

vantaren cansados del estudio; y otrosí debe ser abundada de pan y de vino, y de buenas posadas en que puedan morar y pasar su tiempo sin gran costa. Y otrosí decimos que los ciudadanos de aquel lugar donde fuere hecho el estudio deben mucho honrar y guardar a los maestros y a los escolares, y todas sus cosas; y los mensajeros que vinieren a ellos de sus lugares no les debe ninguno peindrar ni embargar por deudas que sus padres debiesen ni los otros de las tierras de donde fuere hecho el estudio deben mucho honrar y guardar a los maestros y a los escolares, y todas sus cosas, y los mensajeros que vinieren a ellos de sus lugares no les debe ninguno peindrar ni embargar por deudas que sus padres debiesen ni los otros de las tierras de donde ellos fuesen naturales, y aun si decimos que por enemistad ni por malquerencia que algún hombre tuviese contra los escolares o a sus padres, no les deben hacer deshonra, ni tuerto, ni fuerza. Y por eso mandamos que los maestros y escolares y sus mensajeros y todas sus cosas sean seguros y atreguados, viniendo a los estudios o estando en ellos o yéndose para sus tierras; y esta seguridad les otorgamos por todos los lugares de nuestro señorío; y cualquiera que contra esto hiciese, tomándoles por fuerza o robándoles lo suyo, débeselo pechar cuatro doblado, y si lo hiriere, o lo deshonrase o lo matare, debe ser escarmentado crudamente como hombre que quebranta nuestra tregua y nuestra seguridad. Y si por ventura los jueces ante quienes fuese hecha esta querella fuesen negligentes en hacerles derecho así como sobredicho es, débenlo pechar de lo suyo y ser echados de los oficios por infamados; y si maliciosamente se movieren contra los escolares, no queriendo hacer justicia de los que los deshonrasen o hiriesen o matasen, entonces los oficiales que esto hiciesen deben ser escarmentados por albedrío del rey.

Ley 3: Para ser el estudio general cumplido, cuantas son las ciencias, tantos deben ser los maestros que las muestren, así que cada una de ellas tenga allí un maestro, a lo menos; pero si de todas las ciencias no pudiesen tener maestros, abunda que los haya de gramática y de lógica y de retórica y de leyes y de decretos. Y los salarios de los maestros deben ser establecidos por el rey, señalando ciertamente a cada uno cuánto haya según la ciencia que mostrare y según que fuere sabedor de ella; y aquel salario que hubiere de haber cada uno de ellos, débenselo pagar en tres veces: la primera parte le deben dar luego que comenzare el estudio; y la segunda, por la Pascua de Resurrección; y la tercera, por la fiesta de san Juan Bautista.

Ley 4: Bien y lealmente deben los maestros mostrar sus saberes a los escolares leyéndoles los libros y haciéndoselos entender lo mejor que ellos pudieren; y desde que comenzaren a leer, deben continuar el estudio siempre hasta que hayan acabado los libros que comenzaron; y en cuanto fueren sanos, no deben mandar a otros que lean en su lugar de ellos, fuera de si alguno de ellos mandare a otro leer alguna vez

por hacerle honra y no por razón de excusarse él del trabajo de leer. Y si por ventura alguno de los maestros enfermase después que hubiese comenzado el estudio, de manera que la enfermedad fuese tan grande o tan larga que no pudiese leer en ninguna manera, mandamos que le den el salario también como si leyese todo el año; y si acaeciese que muriese de la enfermedad, sus herederos deben percibir el salario tanto como sí hubiese leído todo el año.

Ley 6: Ayuntamientos y cofradías de muchos hombres defendieron los antiguos que no se hiciesen las villas ni en los reinos, porque de ellas se levanta siempre más mal que bien, pero tenemos por derecho que los maestros y los escolares puedan hacer esto en el estudio general, porque ellos se ayuntan con intención de hacer bien, y son extraños y de lugares repartidos, por lo que conviene que se ayuden todos en derecho cuando les fuere menester en las cosas que fueren en provecho de sus estudios o amparo de sí mismos y de lo suyo. Otrosí pueden establecer por sí mismos un principal sobre todos, al que llaman en latín rector, que quiere tanto decir como regidor del estudio, al que obedezcan en las cosas que fueren convenibles y adecuadas y a derechas. Y el rector debe aconsejar y apremiar a los escolares que no levanten bandos ni peleas con los hombres de los lugares donde hicieren los estudios, ni entre sí mismos. Y que se guarden en todas maneras que no hagan deshonra ni tuerto a ninguno y prohibirles que anden de noche, mas que queden sosegados en sus posadas y se esfuercen en estudiar y en aprender y en hacer vida honesta y buena, pues los estudios para eso fueron establecidos, y no para andar de noche ni de día armados, esforzándose en pelear o en hacer otras locuras o maldades en daño de sí y en estorbo de los lugares donde viven; y sin contra esto viniesen, entonces nuestro juez los debe castigar y enderezar de manera que se aparten del mal y hagan bien.

Ley 8: La ciencia de las leyes es como fuente de justicia, y aprovéchase de ella el mundo más que de las otras ciencias; y por ello los emperadores que hicieron las leyes otorgaron privilegio a los maestros de ellos de cuatro maneras: la primera es que luego que son maestros tienen honra de maestros y de caballeros, y llámanlos señores de leyes, la segunda es que cada vez que el maestro de derecho venga ante algún juez que esté juzgando, débese levantar a él, y saludarle y recibirle que se siente con él, y si el juez contra esto hiciese, pónele la ley por pena que le peche tres libras de oro; la tercera es que los potreros de los emperadores y de los reyes y de los príncipes no les deben tener puerta cerrada ni impedirles que entren ante ellos cuando menester les fuere, fuera de las sazones que estuviesen en grandes secretos, y aun entonces débenselo decir cómo están tales maestros a la puerta, y preguntarles si los manda acoger o no; la cuarta es que los que son sutiles y entendidos, y que saben bien mostrar este saber, y son bien razonados y de buenas maneras, y que han estado veinte años en escuelas de las leyes, deben recibir honra de condes. Y pues

que las leyes y los emperadores los quisieron tanto honrar, conveniente es que los reyes los deban mantener en aquella misma honra; y por ello tenemos por bien que los maestros sobredichos tengan en todo nuestro señorío las honras que antes dijimos, así como la ley antigua lo mandó. Otrosí decimos que los maestros sobredichos y los otros que muestran sus saberes en los estudios o en la tierra donde moran de nuestro señorío, que deben ser exentos de tributo, y no son obligados a ir en hueste ni en cabalgada, ni a tomar otro oficio sin su placer.

Ley 9: Discípulo debe antes ser el escolar que quisiere tener honra de maestro; y cuando hubiere bien aprendido el saber, debe venir ante los principales de los estudios que tienen poder de otorgarle licencia para esto; y deben considerar en secreto antes que se la otorguen si aquel que se la demanda es hombre de buena fama y de buenas maneras. Otrosí le deben dar algunas lecciones de los libros de aquella ciencia, y buena manera y tiene suelta la lengua para mostrarla, y responde bien a las cuestiones y a las preguntas que le hicieren, débenle después otorgar públicamente honra para ser maestro, tomando la jura de él que muestre bien y lealmente su ciencia, y que no dio ni prometió dar ninguna cosa a aquellos que le otorgan la licencia, ni a otros por ellos para que le otorgasen poder ser maestros.

Ley 10: La universidad de los escolares debe tener un mensajero que llaman en latín bidellus, y su oficio de este tal es andar por las escuelas pregonando las fiestas por mandato del principal del estudio; y si acaeciese que algunos quisieren vender libros o comprarlos, débenselo decir, y entonces debe él andar pregonando y diciendo que quién quiere tales libros, que vaya a tal estación en que son puestos; y después que supiere cuáles quieren vender y cuáles comprar, debe traer la trujamanía entre ellos bien y lealmente. Otrosí pregone este bedel cómo los escolares se junten en un lugar para ver y ordenar algunas cosas de su provecho comunalmente, o para hacer examinar a los escolares que quieren ser maestros.

Ley 11: Estacionarios es menester que haya en cada estudio general para ser cumplido, y que tenga en sus estaciones libros buenos y legibles y verdaderos, de texto y de glosa, que los alquilen los escolares para ejemplarios, para hacer por ellos libros de nuevo o para enmendar los que tuvieren escritos; y tal tienda o estación como esta no la debe ninguno tener sin otorgamiento del rector del estudio; y el rector, antes que le dé licencia para esto, debe hacer examinar primeramente los libros de aquel que quiere tener la estación para saber si son buenos y legibles y verdaderos; y al que hallase que no tenía tales libros, no le debe consentir que sea estacionario, ni los alquile a los escolares, a menos de no ser bien enmendados primeramente. Otrosí debe apreciar el rector, con consejo de los del estudio, cuánto debe recibir el estacionario por cada cuaderno que prestare a los escolares para escribir o para enmendar sus libros; y debe otrosí recibir buenos fiadores de él, que

guardará bien y lealmente todos los libros que a él fueren dados para vender, y que no hará engaño.

TERCERA PARTIDA

AQUÍ SE COMIENZA LA TERCERA PARTIDA, QUE HABLA DE LA JUSTICIA, DE CÓMO SE HA DE HACER ORDENADAMENTE EN TODO LUGAR POR LA PALABRA DE JUICIO Y POR OBRA DE HECHO.

TÍTULO 1: De la justicia.

Justicia es una de las cosas por las que mejor y más enderezadamente se mantiene el mundo; y es así como fuente de donde manan todos los derechos; y no tan solamente se encuentra la justicia en los pleitos que hay entre los demandadores y los demandados en juicio, mas aun entre todas las otras cosas que ocurren entre los hombres, bien que se hagan por obra o se digan por palabra.

Ley 1: Arraigada virtud es la justicia según dijeron los sabios, que dura siempre en las voluntades de los hombres justos, y da y comparte a cada uno igualmente su derecho. Y comoquiera que los hombres mueren, sin embargo ella, cuanto en sí, nunca desfallece, antes queda siempre en los corazones de los vivos inclinados al derecho y buenos; y aunque diga la Escritura que el hombre justo cae en yerro siete veces en día, porque él no puede obrar siempre lo que debía por la flaqueza de la naturaleza que hay en él, con todo eso su voluntad debe estar aparejada siempre para hacer el bien y cumplir los mandamientos de la justicia. Y porque ella es tan buena en sí que comprende todas las otras virtudes principales, así como dijeron los sabios, por ello la semejaron a la fuente perennnal que tiene en sí tres cosas, la primera que así como el agua que de ella sale, nace hacia oriente, así la justicia mira siempre hacia donde nace el sol verdadero, que es Dios y por eso llamaron los santos en las escrituras a nuestro señor Jesucristo sol de Justicia; la segunda, que así como el agua de tal fuente corre siempre, y tienen los hombres mayor sabor de beber de ella porque sabe mejor y es más sana que otra, otrosí la justicia siempre es en sí que nunca se recorta ni mengua, y reciben en ella mayor sabor los que la demandan y la han de menester más que en otra cosa; la tercer, que así como el agua de esta fuente es caliente en invierno y fría en verano, y la bondad de ella es contraria a la maldad de los tiempo, así el derecho que sale de la justicia quita y contrasta todas las cosas malas y desaguisadas que los hombres hacen.

Ley 2: Provecho muy grande es el que nace de la justicia, pues aquel que la tiene en sí hácele vivir cuerdamente y sin malestar y sin yerro y con mesura, y aun hace provecho a los otros; y si son buenos; por ella se hacen mejores, recibiendo galardones por los bienes que hicieron; y otrosí los malos por ella han de ser buenos, recelándose de la pena que les manda dar por sus maldades; y ella es virtud por la

que se mantiene el mundo haciendo a cada uno vivir en paz según su estado a sabor de sí y teniéndose por cierto de lo que tiene.

Ley 3: Según departieron los sabios antiguos, justicia tanto quiero como cosa en que se encierran todos los derechos de cualquier naturaleza que sean. Y los mandamientos de la justicia y del derecho son tres: el primero es que el hombre viva honestamente en cuanto en sí, el segundo, que no haga mal ni daño a otro; el tercero, que dé su derecho a cada uno. Y aquel que cumple estos tres mandamientos hace lo que debe a Dios y a sí mismo y a los hombres con quienes vive, y cumple y mantiene la justicia.

TÍTULO 2: Del demandador y de las cosas que ha de considerar.

Ley 1: Demandador, según derecho, es aquel que hace demanda en juicio para alcanzar derecho, bien sea por razón de deuda, o de daño que ha recibido en el tiempo pasado del que no tuvo justicia, o de lo que le hacen en aquel que está, tomándole o embargándole aquello de lo que es tenedor o en lo que tiene algún derecho. Eso mismo decimos de lo que él entiende que debe tener en el tiempo que es por venir, del que se le semeja que le hacen cosa por la que adelante le puede ser embargado o perderlo todo.

Ley 34: Pascua de Navidad y de Resurrección y de Ciencuesma son tres fiestas muy grandes que todos los cristianos han de guardar mucho para no hacer sus demandas en ellas en juicio; y los santos padres que establecieron el ordenamiento de la santa Iglesia tuvieron por bien que no guardasen tan solamente estos días, mas aun siete días después de Navidad, y siete días antes de la pascua de Resurrección y siete días después y tres días después de la Cincuesma. Y otrosí mandaron guardar el día de la fiesta de Aparitio Domini y de la Ascensión, y todas las fiestas de santa María y de los apóstoles y estos días deben ser guardados por honra de Dios y de los santos, de manera que no debe ningún hombre en ellos hacer demanda a otro para llevarle a juicio; y si en tales días como estos alguno fuese demandado o librado, no sería valedero lo que hiciesen, aunque fuese hecho con placer de ambas partes.

TÍTULO 3: De los demandados y de las cosas que deben considerar.

Ley 1: Quién es aquel que le hace la demanda es cosa que debe tener en cuenta el demandado antes que responda a ella en juicio; y por ello debe primeramente preguntar al demandado si le quiere demandar por sí mismo o en nombre de otro; y si dijere que lo quiere hacer por otro, no tiene que responderle, a menos de mostrarle carta de personería que sea valedera o de darle seguridad de que lo habrá por firme

aquel en cuyo nombre demanda. Otrosí debe mirar si aquel que comienza la demanda, si la hace en nombre de huérfanos, pues no le debe responder a menos que le muestre recaudo de cómo aquellos huérfanos por quien la hace le fueron dados en guarda; y aquel recaudo que mostrase débelo hacer poner en escrito de manera que no pueda ser negada la personería; y de esta manera lo que fuere hecho en el pleito será valedero para siempre. Y si por ventura el que hace la demanda dice que la hace por sí y no por otro, debe mirar el demandado si el demandador es tal hombre que pueda estar con él en juicio; y si tal no fuese, no tenía que responderle a su demanda; y esto sería como si el demandador fuese menor de veinte y cinco años, y él hiciese la demanda sin su guardador, o si fuese siervo u otra persona de aquellas que dijimos.

TÍTULO 4: De los jueces y de las cosas que deben hacer y guardar.

Ley 1: Los juzgadores que hacen sus oficios como deben tienen nombre con derecho jueces, que quiere tanto decir como hombres buenos que son puestos para mandar y hacer derecho. Y de estos hay de muchas maneras; y los primeros de ellos y los más honrados son los que juzgan en la corte del rey, que es cabeza de toda la tierra y vienen a ellos todos los pleitos de los que los hombres se agravian; otros hay aun sin estos que son puestos señaladamente para oír las alzadas de los jueces sobredichos, y a tales como estos llamaron los antiguos sobrejueces por el poder que tienen sobre los otros, así como sobredicho es, otros hay que son puestos sobre reinos o sobre otras tierras señaladas, y llámanlos adelantados por razón que el rey los adelanta para juzgar sobre los jueces de aquellos lugares; otros jueces hay que son puestos en lugares señalados, así como en las ciudades o en las villas, o allí donde conviene que se juzguen los pleitos; y aún otros hay que son puestos todos los menestrales de cada lugar o por la mayor partida de ellos, y estos tienen poder para juzgar los pleitos que acaecen entre sí por razón de sus menesteres. Y todos estos jueces que hemos dicho llámanlos en latín ordinarios, que muestra tanto como hombres que son puestos ordenadamente para hacer su oficio sobre aquellos que han de juzgar cada unos en los lugares que tienen.

Otra manera hay aún de jueces a los que se llaman delegados, que quiere tanto decir como hombres que tienen poder de juzgar algunos pleitos señalados, según les mandan los reyes o los adelantados o los otros jueces ordinarios; y sin todos estos, hay aún otros que son llamados en latín árbitros, que muestran tanto como juzgadores de albedrío, que son escogidos para librar algún pleito señalado con otorgamiento de ambas partes.

TÍTULO 5: De los personeros.

Ley 1: Personero es aquel que recauda o hacer algunos pleitos o cosas ajenas por mandado del dueño de ellas, y tiene nombre personero porque aparece, o está en juicio o fuera de él, en lugar de la persona de otro.

Ley 2: Todo hombre que fuere mayor de veinte y cinco años y que no estuviere en poder de otro, así como de su padre o de su guardador, y fuere libre y en su memoria, puede hacer de personero sobre pleito que le pertenezca. Pero cosas señaladas hay en que podría poner personero: el que estuviese en poder de su padre, así como si hubiese de tener pleito sobre cosa que perteneciese al hijo tan solamente; y que no hubiese el padre que ver en ella, que fuese de aquellas que son llamadas castrense vel quasi castrense peculium. Otros decimos que obispo por sí en las cosas que a él pertenecen, y cabildo y convento y los maestres de las caballerías con otorgamiento de sus conventos y los concejos, que cada uno de estos pueden hacer personero en los pleitos que les pertenecen en juicio fuera de él.

TÍTULO 6: De los abogados.

Ayúdanse los señores de los pleitos no tan solamente de los personeros de quienes hablamos en el título antes de este, mas aun de los voceros, y porque el oficio de los abogados es muy provechoso para ser mejor librados los pleitos y más en cierto cuando ellos son buenos y andan en ello lealmente, porque ellos aperciben a los jueces y les dan camino para librar más pronto los pleitos, por ellos tuvieron por bien los sabios antiguos que hicieron las leyes, que ellos pudiesen razonar por otro, y mostrar, tanto demandando como defendiendo los pleitos, en juicio de manera que los dueños de ellos por mengua de saber razonar o por miedo o por vergüenza o por no estar hechos a los pleitos, no perdiesen su derecho.

Ley 1: Vocero es hombre que razona pleito de otro en juicio o el suyo mismo o demandado o defendiendo; y tiene así nombre porque con voces y con palabras usa su oficio.

Ley 2: Todo hombre que fuere sabedor de derecho o del fuero o de la costumbre de la tierra porque lo haya usado de gran tiempo, puede ser abogado por otro, fuera de que fuese menor de diez y siete años, o que fuese sordo que no oyese nada, o loco o desmemoriado, o que estuviese en poder ajeno por razón que fuese gastador de lo suyo, pues ninguno de estos no puede ser vocero por sí ni por otro. Eso mismo decimos que monje ni canónigo seglar no pueden ser voceros por sí ni por otro, fuera de por los monasterios o las iglesias donde hacen mayor morada, o por los otros lugares que pertenecen a estas.

Ley 3: Ninguna mujer, aunque sea sabedora no puede ser abogada en juicio por otro; y esto por dos razones; la primera porque no es conveniente ni honesta cosa que la mujer tome oficio de varón estando públicamente envuelta con los hombres para razonar por otro; la segunda, porque antiguamente lo prohibieron los sabios por una mujer que decían Calfurnia, que era sabedora, pero tan desvergonzada y enojaba de tal manera a los jueces con sus voces que no podían con ella. Otrosí viendo que cuando las mujeres pierden la vergüenza es fuerte cosa oírlas y contender con ellas, y tomando escarmiento del mal que sufrieron de las voces de Califurnia, prohibieron que ninguna mujer pudiese razonar por otra. Otrosí decimos que el que fuese ciego de ambos ojos no puede ser abogado por otro, pues como no viese al juez no le podría hacer aquella honra que debía ni a los otros hombres buenos que estuviesen allí. Pero aunque ninguno de estos no puede abogar por otro, bien lo podría hacer por sí mismo si quisiese, demandando o defendiendo su derecho.

TÍTULO 11: De las juras que las partes deben hacer en los pleitos después que son comenzados por demanda y por respuesta.

Ley 1: Jura es averiguación que se hace nombrando a Dios o alguna otra cosa santa sobre lo que alguno afirma que es así o lo niega; y podemos aun decir en otra manera que jura es afirmación de la verdad, y por eso fue sacada, para que las cosas que los hombres no quieren creer porque no se podrían probar, que la jura los moviese y les abundase para creerlas. Y lo que dijimos que deben jurar por alguna cosa santa, no se entiende por cielo, ni por tierra ni por otra criatura, aunque sea viva o no, mas por Dios primeramente, y por santa María, su madre, o por alguno de los otros santos; y esto por razón de la santidad que recibieron de Dios, o por los evangelios en que se cuentan las palabras y los hechos de Dios, o por la cruz en que fue puesto, o por el altar, porque es sagrado y consagran en él el cuerpo de nuestro señor Jesucristo; y otrosí por la Iglesia, porque alaban allí a Dios y le adoran.

Ley 19: Quitar debemos a los hombres de contiendas cuando pudiéremos; y porque muchas veces acaecen sobre las juras, queremos mostrar cierta manera en esta ley cómo deben jurar los cristianos; y después mostraremos cómo deben jurar los judíos y los moros. Y decimos que los cristianos deben jurar así; poniendo las manos sobre alguna de aquellas cosas que dice en la primera ley de este título, y aquel que tomare la jura del que hubiere de jurar, hale de conjurar diciendo de esta manera: "Vos me juráis por Dios Padre que hizo el cielo y la tierra y todas las cosas que en ellos hay, y por Jesucristo, su hijo, que nació de la gloriosa virgen santa María, y por el Espíritu Santo, que son tres personas y un Dios y por estos santos Evangelios que cuentan las palabras y los hechos de nuestro señor Jesucristo" Y si

tuviere las manos en la cruz diga que jura por aquella cruz, que es semejanza de aquella en que tuvo muerte nuestro señor Jesucristo por a los pecadores salvar; y si las tuviere sobre el altar sobre el que fue consagrado el cuerpo de nuestro señor Jesucristo, que aquello que le demandan que no es así como su contenedor dice, o que es así como él mismo razona; y esto según la razón sobre la que hubiere de jurar. Y sobre todas estas palabras ha de responder aquel que hace la jura al otro que la toma: "Así lo juro yo como vos los habéis dicho". Y después de esto hale de decir aquel que toma la jura de él, que así le ayude Dios y aquellas palabras que él le dijo, y los Evangelios o la cruz o el altar sobre el que jura, como dice verdad; y aquel que jura debe responder "Amén" sin reproche ninguno, pues no es conveniente que aquel que toma la jura sea maltraído por su derecho de demanda.

Ley 20: Judíos, habiendo de jurar, débenlo hacer de esta manera: aquel que demanda la jura al judío debe ir a la sinagoga con él; y el judío que ha de jurar debe poner las manos sobre la Tora con que hacen oración, y deben estar delante cristianos y judíos para que vean como jura; y aquel que toma jura del judío, hale de conjurar de esta manera: "Juras tú, fulano judío, por aquel Dios que es poderoso sobre todo, y que creó el cielo y la tierra y todas las otras cosas; y que dijo: "No jurarás por mi nombre en vano" y por aquel Dios que hizo a Adán, el primer hombre, y le puso en el paraíso, y le mandó que no comiese de aquella fruta que Él vedó; y porque comió de ella echóle del paraíso; y porque aquel Dios que recibió el sacrificio de Abel y desechó el de Caín, y salvó a Noé en el arca en el tiempo del diluvio, y a su mujer y a sus hijos con sus mujeres, y a todas las cosas vivas que allí metió porque se poblase la tierra después; y por aquel Dios que salvó a Lot y a sus hijos de la destrucción de Sodoma y de Gomorra, y por aquel Dios que dijo a Abraham que en su linaje serían benditas todas las gentes y escogió a él y a Isaac, su hijo y a Jacob por patriarcas, y mandó que se circuncidasen todos los que viniesen de su linaje, y salvó a José de mano de sus hermanos que no lo matasen, y le dio gracia del rey Faraón porque no pereciese su linaje en el tiempo de hambre, y guardó a Moisés, siendo niño, que no muriese cuando le echaron al río, y después cuando fue grande aparecióselе en semejanza de fuego y dio las diez plagas en Egipto porque Faraón no dejaba ir a los hijos de Israel a sacrificar en el desierto, e hízoles caminos en la mar por donde pasasen en seco, y mató a Faraón y a su hueste que iban en pos de ellos en aquella mar; y dio la ley a Moisés en el monte Sinaí, y la escribió con su dedo en tablas de piedra, e hizo a Aarón su sacerdote, y destruyó a sus hijos porque hacían sacrificio con fuego ajeno, e hizo que la tierra sorbiese vivos a Datán y Abirón y a los otros compañeros, y dio a los judíos a comer en el desierto maná, e hizo salir de la piedra seca agua dulce que bebiesen, y gobernó los judíos en el desierto cuarenta años, que sus vestiduras no envejecieron ni se rompieron, e hizo que cuando lidiaban los hijos de Israel con los del pueblo de Amalec y alzaba

Moisés las manos arriba, que venciesen, y mandó a Moisés que subiese en el monte y después nunca fue visto; otrosí no quiso que ninguno de los que salieron de Egipto entrase en tierra de promisión porque no le eran obedientes ni le conocían cumplidamente el bien que les hacía, fuera de Josué y Calef, a quienes hizo que pasasen el río de Jordán por seco tornando las aguas arriba, y derribó los muros de la ciudad de Jericó porque Josué la tomase más pronto, e hizo otrosí estar el sol en mediodía hasta que Josué venció a sus enemigos, y escogió a Saúl por el primer rey del pueblo de Israel, y después de su muerte hizo a David reinar, y metió en él espíritu de profecía y en todos los otros profetas y guardóle de muchos peligros, y dijo por él que hallara hombre según su corazón, y subió a Elías al cielo en carro de fuego, e hizo muchas virtudes y muchas maravillas en el pueblo de los judíos, y juras otrosí por los diez mandamientos de la ley que dio Dios a Moisés". Todas estas cosas dichas debe responder una vez: "juro" y después debe decir aquel que le toma la jura, que si verdad sabe y la niega o la encubre y no la dice en aquella razón por la que jura, que vengan sobre él todas las plagas que vinieron sobre los de Egipto y todas las maldiciones de la ley que son puestas contra los que desprecian los mandamientos de Dios; y todo esto dicho debe responder una vez "Amén", sin reproche alguno, así como dijimos en la ley antes de esta.

Ley 21: Moros tienen su jura apartada, que deben hacer en esta manera: debe ir también el que ha de jurar como que ha de recibir la jura a la puerta de la mezquita, si allí la hubiere; y si no, en el lugar donde le mandare el juez; y el moro que hubiere de jurar debe estar de en pie, y volverse de cara y alzar la mano hacia el mediodía, al que llaman alquibla, y aquel hubiere de tomar la jura debe decir estas palabras: "Júrasme tú, fulano moro, por aquel Dios que no hay otro sino él, aquel que es demandador y conocedor y destructor y alcanzador de todas las cosas, y que crió esta parte del alquinla hacia la que tú haces oración, y otrosí júrasme por lo que recibió Jacob de la fe de Dios para sí y para sus hijos, y por el homenaje que hizo de guardarla, y por la verdad que tú tienes que puso Dios en la boca de Mahoma, hijo de Abdalla, cuando lo hizo su profeta y su mandadero, según que tú crees, que esto que yo digo no es verdad o que es así como tú dices; y mentira juras, que seas apartado de todos los bienes de Dios y de Mahoma, aquel que tú dices que fue su profeta y su mandadero, y no tengas parte con él, ni con los otros profetas en ninguno de los paraísos, mas todas las penas que dice en el Corán que dará Dios a los que no creen en tu ley, vengan sobre tí". A todo esto sobredicho, debe responder el moro que jurare: "Así lo juro", diciendo todas las palabras él mismo, así como las dijere aquel que toma la jura desde el comienzo hasta el cabo, y sobre todo decir "Amén".

TÍTULO 16: De los testigos.

Ley 1: Testigos son hombres o mujeres que son tales, que no se pueden desechar como prueba; que presentan las partes en juicio para probar las cosas negadas o dudosas; y nace gran provecho de ellos porque se sabe la verdad por su testimonio, que en otra manera sería muchas veces escondida; y puédelos traer la parte en juicio por quien se comenzó el pleito, o su personero, si entendiere que le son menester y le ayudan en su pleito; pues ninguno no debe ser apremiado para presentar testigos en juicio contra sí, fuera del adelantado de alguna tierra o el juez de algún lugar, pues estos tales desde que acaberen sus oficios, deben hacer derecho a todos aquellos que hubieren querella de ellos, y deben ser obligados a presentar juicio a los oficiales y los otros hombres que vivieron con ellos en aquellos oficios, porque ellos den testimonio de aquellas cosas que hicieron.

Ley 8: Todo hombre de buena fama y a quien no fuere prohibido por las leyes de este libro nuestro, puede ser testigo en juicio por otro, y fuera de juicio; y aquellos a quienes les es prohibido son estos: hombre que es conocidamente de mala fama, y este tal no puede ser testigo en ningún pleito, fuera del pleito de traición que quisiesen hacer o fuese ya hecho contra el rey o al reino, pero entonces no debe ser aceptado su testimonio, a menos de atormentarle primeramente. Otrosí no puede ser testigo hombre contra quien fuese probado que dijera falso testimonio o que falseara carta o sello o moneda del rey, ni otrosí el que dejase de decir verdad en su testimonio por precio que hubiese recibido; ni aquellos a quienes fuese probado que dieran hierbas o ponzoña para matar a algunos, o para hacerles otros daños en los cuerpos, o para hacer perder los hijos a las mujeres preñadas; ni otrosí aquellos que matan a los hombres, fuera de si lo hiciesen en cuestiones propias; ni aquellos que son casados y tienen barraganas conocidas, mientras las tuvieren; ni los que fuerzan las mujeres, bien que las lleven o no; ni aquellos que sacan las que están en orden, ni los que saliesen de una orden y anduviesen sin licencia de sus superiores, mientras que así anduvieren, ni los que casan con sus parientas hasta en el grado que prohíbe la santa Iglesia, a menos dispensa, ni ninguno que sea traidor o alevoso o dado conocidamente por malo, o el que hubiese hecho por lo que valiese menos, en tal manera que no pudiese ser par de otro. Otrosí decimos que no puede atestiguar hombre que haya perdido el seso, en cuanto le durare la locura; ni el que fuere de mala vida, así como ladrón o robador, o alcahuete conocido o tafur, que anduviese por las tafurerías o por las tabernas manifiestamente, o mujer que anduviese en semejanza de varón, ni hombre muy pobre y vil que anduviese con malas compañías, ni el que hubiese hecho homenaje y no lo mantuviese, debiéndolo cumplir y pudiendo, y aun decimos que hombre de otra ley, así como judío o moro o hereje, que no puede atestiguar contra cristiano, fuera de en pleito de traición que quisiesen hacer al rey o al reino.

TÍTULO 17: De la Pesquisa.

Ley 1: Pesquisa en romance tanto quiere decir como inquisitio en latín, y tiene provecho en muchas cosas, pues por ella se sabe la verdad de las cosas mal hechas que de otra manera no podrían ser probadas ni averiguadas, y otrosí tienen medio los reyes por ella de saber en cierto los hechos de su tierra y de escarmentar los hombres falsos y atrevidos que por mengua de prueba cuidan pasar con sus maldades. Y las pesquisas puédense hacer en tres maneras: la una es cuando hacen pesquisa comunalmente sobre una gran tierra o sobre alguna partida de ella o sobre alguna ciudad o villa u otro lugar, que sea hecha sobre todos los que allí moraren o sobre alguno de ellos. La segunda manera de pesquisa es cuando la hacen sobre hechos señalados que no saben quién los hizo, o sobre hechos señalados de hombres conocidos; y esto podría ser así como sobre conducho tomado. La tercera manera es cuando ambas partes se avienen queriendo que el rey o aquel que el pleito ha de juzgar mande hacer la pesquisa.

TÍTULO 18: De las escrituras y qué provecho nace de ella y en cuántas maneras se divide.

Ley 1: Escritura de la que nace averiguación de prueba es toda carta que es hecha por mano de escribano público o sellada con sello de rey o de otra persona auténtica que sea de creer, y nace de ella muy gran provecho, pues es testimonio de las cosas pasadas y averiguación del pleito sobre la que es hecha; y hay muchas maneras de ella, pues o será privilegio de papa o de emperador o de rey sellado con su sello de oro o de plomo o firmado con signo antiguo, que era acostumbrado en aquella sazón, o cartas de estos señores o de alguna otra persona que tenga dignidad con sello de cera. Y aún hay otra manera de cartas que cada un otro hombre puede mandar hacer y sellar con su sello; y tales como estas valen para aquellos cuyas son, solamente que por su mandato sean hechas y selladas. Y otra escritura hay que hombre hace con su mano y sin sello, que es como manera de prueba así como adelante se muestra; y hay otra escritura que llaman instrumento público, que es hecha por mano de escribano público.

Ley 25: Mensajeros del rey u otros hombres van algunas veces a otras partes fuera de sus reinos, y han de menester cartas de como vayan guiados, y estas deben ser hechas en latín, porque las entiendan los hombres de las otras tierras en esta manera; a los reyes y a los condes y a los otros grandes hombres de fuera de los reinos que la carta vieren, como les hace saber que él envía a tal hombre en su mandato, y que les ruega que cuando pasare por sus tierras o sus lugares, que ellos que le den seguro guiamiento a ida y a venida, a él y a sus hombres con todas sus cosas; y cuanto quisiera que de bien y de honra que le hagan, se lo agradecerá

mucho.

Ley 78: Compañía hacen los hombres unos con otros para ganar algo de común acuerdo; y la carta de la compañía debe ser hecha de esta manera: "Sepan cuantos esta carta vieren como Pedro de la Rochela y don Beltrán, mercaderes de Sevilla, hicieron entre sí compañía por diez años para comprar estableciendo un común acuerdo, y venderlos a retal en la rúa de los Francos de Sevilla, y para hacer todas aquellas cosas que perteneciesen a esta mercaduría; en la cual compañía metió cada una de ellos mil maravedís alfonsíes, con los cuales prometieron entre sí el uno al otro hacer ganancia o daño o pérdida que hubiesen por razón de esta mercaduría. Y todas estas cosas sobredichas y cada una de ellas prometieron un mercado al otro hacer guardar así como dichas son, y no hacer ni venir contra ninguna de ellas so pena de mil maravedís, la cual pena, bien que sea pagada o no, siempre sea firme la postura de esta compañía, obligándose el uno al otro a sí mismo y a sus herederos, y renunciando eximiéndose de toda ley de todo fuero, etc.

Ley 118: Desechar queriendo alguna de las partes carta pública que mostrasen en juicio contra él, diciendo que no debe ser creída porque no es escrita de la mano de aquel que dice que la hizo y cuyo nombre está escrito en ella, y que esto quiere probar en tal manera mostrando otra carta pública hecha por mano de aquel escribano mismo, que no semejase con ella en la letra ni en la forma, decimos que, en tal caso como este o en otro semejante de él, que si el escribano cuyo nombre está escrito en la carta vive, que el juez lo debe hacer venir ante así, y mostrarle aquellas cartas, y preguntarle si las hizo él; y si otorgase que él las hizo, aunque sean desemejantes las cartas en las letra o en las forma, deben ser creídas, porque no puede hombre escribir siempre de una manera; y a veces hacen desmejar las letras las variaciones de los tiempos en que son hechas o el mudamiento de la tinta por enfermedad o por vejez del escribano; y de una manera escribe hombre cuando es mancebo y sano, y de otra cuando es viejo o enfermo. Mas si el escribano dijere que la primera carta que mostraban en juicio que no la hizo él, entonces no debe ser creída. Y si por ventura el escribano fuere vivo o estuviese en otra tierra tan lejos que no le pudiesen haber para hacerle este pregunta, entonces debe el juez tomar ambas cartas y tener hombres sabedores y entendidos consigo, que sepan bien conocer y entender las formas y las figuras de las letras y las variaciones de ellas, y débeles hacer jurar que esto miren y escudriñen bien y lealmente, y que no dejen de decir verdad de los que entendieren ni por ruego ni por miedo ni por amor ni por desamor ni por otra razón ninguna. Y entonces el juez débese juntar con aquellos hombres buenos y sabedores, y mirar y escudriñar la letra y la figura de ella y la forma y el signo del escribano; y si se acordaren todos en uno que la letra es tan desmejante o tan desvariada que puedan con razón sospechar contra ella, entonces es albedrío del juez desecharla u otorgar que valga si se quisiere.

TÍTULO 19: De los escribanos.

Ley 1: Escribano tanto quiere decir como hombre que es sabedor de escribir, y hay dos maneras de ello: los unos, que escriben los privilegios y las cartas y las actas de la casa de las ventas y de las compras, y los pleitos y los posturas que los hombres ponen entre sí en las ciudades y en las villas. Y el provecho que nace de ellos es muy grande cuando hacen su oficio lealmente pues se quitan los impedimentos y se acaban las cosas que son menester en el reino por ellos; y queda memoria de las cosas pasadas en sus registros, en las notas que guardan y en las cartas que hacen.

Ley 2: Leales y buenos y entendidos deben ser los escribanos de la corte del rey y que sepan bien escribir de manera que las cartas que ellos hicieren, bien semeje que de corte de rey salen y las hacen hombres de buen entendimiento. Otrosí decimos que los escribanos públicos son puestos en las ciudades y en las villas y en los otros lugares, que deben ser hombres libres y cristianos de buena fama. Y otrosí deben ser sabedores de escribir bien y entendidos del arte de la escribanía, de manera que sepan bien tomar las razones y las posturas que los hombres pusieren entre sí ante ellos; y deben ser hombres que guarden los secretos, de manera que los testamentos y las otras cosas que les fueren mandadas escribir en secreto, que no las descubran de ninguna manera, fuera de sí fuesen en daño del rey o del reino; y además decimos que deben ser vecinos de aquellos lugares de donde fueren escribanos, porque conozcan mejor los hombres entre quienes hicieron las cartas. Y aún decimos que deben ser legos, porque han de escribir y hacer cartas de pesquisas y de otros pleitos en que cae pena de muerte o de lesión, lo que pertenece a clérigo ni a otros hombres de orden, y además, porque, si hiciesen algún yerro por el que mereciesen pena, que se lo pueda el rey reprochar.

Ley 4: Probados deben ser los escribanos cuando los presentan ante el rey si son sabedores de escribir, y si tienen en sí aquellas bondades que dijimos en la ley antes de esta. Y por ello cuando algunos vinieren ante el rey, o fueren presentados por esta razón que dijimos, si fueren para ser escribanos de su corte o para hacer pesquisa allí donde él estuviere o en otro lugar, debe el rey saber de aquellos que más conocedores fueren en su casa de estas cosas, si son tales como dijimos antes. Y esto debe el rey probar si es así; y si tales fueren, débeles recibir, y de otro modo, no. Mas si fueren para ser escribanos en las ciudades o en las villas, debe el rey saber de los hombres buenos de aquellos lugares en donde estén aquellos que quieren hacer escribanos, o de los de su casa o de otros cualquiesquiera por quien mejor lo pueda saber, si son tales como dijimos; y entonces pueden ser recibidos, y no de otra manera. Por esto los escribanos de la corte del rey deben jurar que hagan las cartas lealmente y sin extenderse demasiado; y que no pongan en ellos amor ni

desamor, ni miedo ni vergüenza, ni ruego ni don que les den ni les prometan; y sobre todo, que guarden secreto del rey y de su señorío, y a todas las cosas que a él pertenecen según aquello que ellos han de hacer. Y los escribanos de las ciudades y de las villas deben jurar que guarden otrosí al rey y a su señorío y a todas las cosas les pertenecen así como antes dijimos; y otrosí, que guarden provecho y honra de sus concejos cuando ellos pudieren, y supieren y entendieren; y que hagan las cartas lealmente, guardando todas las cosas que dijimos que deben guardar los escribanos del rey en hacer las cartas.

TÍTULO 20: De los sellos y de los selladores de la Cancillería.

Selladores son una manera de oficiales que conviene mucho que tengan en sí gran lealtad, y que sean muy acuciosos en guardar los sellos y en sellar las cartas, y según el uso de este tiempo mucho ayuda para ser cumplida la prueba y creída la carta cuando es sellada.

Ley 1: Sello es la señal que el rey u otro hombre cualquiera manda hacer en metal o en piedra para firmar sus cartas con él; y fue hallado antiguamente para que fuese puesto en la carta como por testigo de las cosas que son escritas en ella, y tienen provecho en muchas cosas, y por él las donaciones y las tierras y las heredades que los señores dan a sus vasallos, las tienen firmes y seguras; y otrosí las mandaderías que hombre envía por sus cartas son más guardadas y van en mayor secreto por la cerradura del sello; y otrosí todas las cosas que hombre ha de librar por sus cartas, líbranse mejor y son más creídas cuando su sello es puesto en testimonio de ellas. Y por ello todo hombre que tiene en guarda sello de rey o de otro señor cualquiera, débelo mucho guardar, y usar de él lealmente, de manera que no pueda ser sellada con él ninguna carta falsa.

Ley 2: Canciller o notario, después que hubieren recibido los sellos de manos de rey deben mirar a quienes los dan que sellen las cartas; y esos son llamados selladores; y en las ciudades y en las villas, débelos poner el rey. Y decimos que deben ser hombres buenos y leales y de buena vida y sin mala codicia; y los de la cancillería del rey deben ser tantos cuantos entendiere el rey que serán menester para guardar las cartas que vayan derechas y sin yerro; y los de las ciudades y de las villas deben ser dos hombres buenos y leales en cada lugar, que aumenten el provecho de su tierra y sean sin bandería, y que tenga el uno, una tabla y el otro, la otra, porque más lealmente sellen las cartas y más sin engaño.

TÍTULO 21: De los consejeros.

Ley 1: Consejo es buen entendimiento que hombre toma sobre las cosas dudosas para que no pueda caer en yerro, y deben mucho mirar el consejo antes que lo den aquellos a quienes es demandado. Y otrosí los que lo demanden deben ser muy cuidadosos observando con atención a aquellos a quienes demandan consejo; que sean tales que se lo sepan dar bueno, y que los quieran aconsejar y lo puedan hacer, de otra manera no lo darían bien; y por ello dijeron los sabios antiguos: "Todas las cosas haz siempre con consejo, mas examina antes quién es aquel con quien te has de aconsejar" Y nace gran provecho del consejo cuando es bien dado y lo dan derechamente y en su tiempo; y por él delibera y hace hombre las cosas más en cierto y más seguramente y con razón, y guárdese mejor de los peligros que le podrían venir, y no trae su hacienda a la ventura; y si le viniese bien por ella, gánalo con derecho, y si por ventura le acaeciesen algunos peligros o algunos daños, no le vendrían por su culpa, y excúsase por ello en cuanto a Dios y a los hombres.

TÍTULO 28: De cómo gana hombre el señorío en las cosas de cualquier naturaleza que sean.

Ley 1: Señorío es poder que hombre tiene en cosa para hacer con ella y en ella lo que quisiere, según Dios y según fuero. Y hay tres maneras de señorío; la una es poder esmerado que tienen los emperadores y los reyes para escarmentar a los malhechores y dar su derecho a cada uno en tu tierra. La otra manera de señorío es poder que hombre tienen en las cosas muebles o raíces de este mundo en su vida, y después de su muerte pasa a sus herederos o a aquellos a quienes lo enajenase mientras viviese. La tercera manera de señorío es poder que hombre tienen en fruto o en renta de algunas cosas en su vida, o a tiempo cierto, o en castillo o en tierra que hombre tuviese en feudo.

Ley 2: Diferencia hay muy grande entre las cosas de este mundo, pues tales hay de ellas que pertenecen a las aves y a las bestias y a todas las criaturas que viven para poder usar de ellas tanto como los hombres y otras que pertenecen tan solamente a los hombres; y otras hay que pertenecen apartadamente al común de alguna ciudad o villa o castillo o de otro lugar cualquiera donde los hombres moren; y otras hay que pertenecen aun señaladamente a cada hombre para poder ganar o perder el señorío, y otras que no pertenecen a señorío de ningún hombre, ni son contadas en sus bienes.

Ley 3: Las cosas que comunalmente pertenecen a todas las criaturas que viven en este mundo son estas: el aire y las aguas de la lluvia y el mar y su ribera, pues cualquier criatura que viva puede usar de cada una de estas cosas según le fuere

menester, y por ello todo hombre se puede aprovechar del mar y de su ribera, pescando y navegando y haciendo allí todas las cosas que entendiere que a su provecho serán.

Ley 6: Los ríos y los puertos y los caminos públicos pertenecen a todos los hombres comunalmente, en tal manera que tanto pueden usar de ellos los que son de otra tierra extraña, como los que moran y viven en aquella tierra de donde son; y comoquiera que las riberas de los ríos sean, en cuanto al señorío, de aquellos cuyas son las heredades a las que están ayuntadas, con todo eso todo hombre puede usar de ellas ligando a los árboles que allí están sus navíos y adobando sus velas en ellos y poniendo allí sus mercadurías, y pueden los pescadores poner allí sus pescados y venderlos, y enjugar allí sus redes, y usar en las riberas de todas las otras cosas semejantes de estas que pertenecen al arte o al menester por los que viven.

Ley 8: Molino ni canal ni casa ni torre ni cabaña ni otro edificio ninguno no puede hombre hacer nuevamente en los ríos por los cuales los hombres andan con sus navíos, ni en las riberas de ellos, porque se embargase el uso comunal de los hombres. Y si alguno lo hiciese allí de nuevo o fuese hecho antiguamente de los que viniese daño al uso comunal, debe ser derribado; y no sería gustosa cosa que el provecho de todos los hombres comunalmente se estorbase por el provecho de algunos.

Ley 9: Apartadamente son del común de cada ciudad o villa las fuentes y la plazas donde hacen las ferias y los mercados, y los lugares donde se juntan a concejo y los arenales que están las riberas de los ríos, y los otros ejidos y las correderas donde corren los caballos y los montes y las dehesas y todos los otros lugares semejantes de estos que son establecidos y otorgados para provecho comunal de cada ciudad o villa o castillo u otro lugar; y todo hombre que fuere allí morador puede usar de todas estas cosas sobredichas, y son comunalmente a todos, tanto a los pobres como a los ricos. Mas lo que fuesen moradores de otro lugar no podrían usar de ellas contra voluntad y prohibición de los que morasen allí.

Ley 11: Las rentas de los puertos y los portazgos que dan los mercaderes por razón de las cosas que sacan o meten en la tierra, y las rentas de las salinas y de las pesquerías, y de las herrería y de los otros metales, y los pechos y tributos que dan los hombres son de los emperadores y de los reyes. Y fuéronles otorgadas todas estas cosas porque tuviesen con que mantenerse honradamente en sus despensas, y con que pudiesen amparar sus tierras y sus reinos, y guerrear contra los enemigos de la fe; y porque pudiesen excusar sus pueblos de echarles muchos pechos y hacerles otros agravios.

Ley 12: Toda cosa sagrada o religiosa o santa que es establecida en servicio de Dios no es en poder de ningún hombre el señorío de ella, ni puede ser contada entre

sus bienes; y aunque los clérigos las tengan en su poder, no tienen el señorío de ellas, mas tiénenlas así como guardadores y servidores. Y porque ellos han de guardar estas cosas y servir a Dios en ellas y con ellas, por ello les fue otorgado que de las rentas de la iglesia y de sus heredades tuviesen con qué vivir mesuradamente; y lo demás, porque es de Dios, que lo gastasen en obras de piedad, así como en dar de comer y vestir a los pobres, y en hacer criar a los huérfanos, y en casar a las vírgenes pobres para desviarlas de que con la pobreza no tengan que ser malas mujeres, y para sacar cautivos y reparar las iglesias, comprando cálices y vestimentas y libros y las otras cosas de que fueren faltas, y en otras obras de piedad semejantes a estas.

Ley 22: Pavones y faisanes y gallinas de India y palomas y grullas y ánsares y las otras aves semejantes de ellas, que son salvajes según naturaleza, acostumbran los hombres a veces a amansar y criar en sus casas. Y por ello decimos que en cuanto acostumbran estas aves reales a ir y volver a casa de aquel que las cría, que tiene el señorío de ellas por dondequiera que anden; mas luego que ellas por sí se dejan de la costumbre que usaban de ir y volver, que pierde el señorío de ellas el que lo tenía, y gánalo quienquiera que las prenda. Eso mismo decimos de los ciervos y de los gamos y de las cebras y de las otras bestias salvajes que los hombres amansan y crían en sus casas, pues luego que se vuelven a la selva y no usan de venir a la casa o al lugar donde su dueño las tenía, pierde el señorío de ellas.

Ley 36: Escribiendo algún hombre en pergamino ajeno algún libro de versos o de historias o de otra cosa cualquiera, este libro tal debe ser de aquel cuyo era el pergamino en que lo escribieron; empero si aquel que lo escribió hubo buena fe escribiéndolo, cuidando que era suyo el pergamino o que tenía derecho de hacerlo, si el libro quisiere tener aquel cuyo es el pergamino, debe pagar al otro por la escritura que allí escribió aquello que entendieren hombres sabedores que merece por ello. Mas si hubiere mala fe escribiéndolo, sabiendo que el pergamino era ajeno, entonces pierde la escritura, y tiene que dar el libro a aquel cuyo era el pergamino, fuera de si lo hubiese escrito por precio conocido, pues entonces tanto le debe dar por él cuanto le prometió.

Ley 39: Pintando algún hombre en tabla o en viga ajena alguna imagen de otra cosa cualquiera, si hubo buena fe pintándola, cuidando que aquello en que la pintaba, que era suyo y que lo podía hacer con derecho, entonces el pintor gana el señorío de la tabla o de la cosa en que la pinta, y es suya tanto como aquello que pinta allí, pero tiene que dar a aquel cuya era la tabla tanto cuanto valiere por ella. Mas si hubo mala fe pintándola, sabiendo que era ajena aquella cosa en que la pintaba para sí, entonces pierde la pintura y debe ser de aquel cuya era la cosa en que la pintó; y semeja que pues que él sabía que la tabla era ajena, que quería dar a

aquel cuya era aquello que pintaba allí.

Ley 48: Cuando los emperadores o los reyes se coronan o se hacen caballeros, llegándose allí grandes gentes para hacerles honra, suelen usar sus camareros, echar dineros de oro o de plata y otras joyas por las calles. Y esto hacen por dos razones: la una, por nobleza y por alegría; y la otra, porque hubiesen camino para pasar más ligera entre la espesura de la gente; y cuando los hombres ven echar el oro y la plata y las joyas corren a tomarlo, y líbrase por ello el camino por donde habían de pasar. Y por ellos decimos que quienquiera que tomase oro o plata u otras joyas que así fuesen echadas por las calles, que gana el señorío cada uno de todo cuanto tomares; y con tal entendimiento manda el señor echarlo por las calles, que sea de cada uno que lo hallare o tomare.

CUARTA PARTIDA

AQUÍ EMPIEZA LA CUARTA PARTIDA QUE HABLA DE LOS DESPOSORIOS Y DE LOS CASAMIENTOS.

Honras señaladas dio nuestro señor Dios al hombre sobre las otras criaturas que ÉL hizo: primeramente en hacerle a su imagen y semejanza. Otrosí le honró mucho en que todas las criaturas que Él había hecho, le dio para su servicio, y sin todo esto le hubo hecho otra muy gran honra, que hizo mujer que le diese por compañera en que hiciese linaje, y estableció el casamiento de ambos en el paraíso, y puso ley naturalmente ordenada entre ellos, que así como eran de cuerpos repartidos según naturaleza, que fuesen uno cuanto en amor, de manera que no se pudieran separar, guardando lealtad uno a otro; y otrosí que de aquella amistad saliese linaje de que todo el mundo fuese poblado, y Él loado y servido.

TÍTULO 1: De los desposorios.

Ley 1: Llamada es desposorio la promesa que hacen los hombres por palabra cuando quieren casarse; y tomó este nombre de una palabra cuando quieren casarse; y tomó este nombre de una palabra que es llamada en latín spondeo, que quiere tanto decir en romance como prometer; y esto es porque los antiguos hubieron por costumbre prometer cada una a la mujer con quien se quería juntar, que casaría con ella.

TÍTULO 2: De los casamientos.

Ley 1: Matrimonio es ayuntamiento de marido y de mujer hecho con tal intención de vivir siempre en uno, y de no separarse, guardando lealmente cada uno de ellos al otro, y no ayuntándose el varón a otra mujer, ni ella a otro varón, viendo reunidos ambos.

Ley 2: Matris y munium son dos palabras del latín de que tomó nombre matrimonio, que quiere tanto decir en romance como oficio de madre. Y la razón de por qué llaman matrimonio al casamiento y no patrimonio es esta: porque la madre sufre mayores trabajos con los hijos que no el padre, pues comoquiera que el padre los engendre, la madre sufre gran embargo con ellos mientras que los trae en el vientre, y sufre muy grandes dolores cuando ha de parir y después que son nacidos, lleva muy grandes trabajos en criarlos ella por sí misma, y además de esto, porque

los hijos, mientras que son pequeños, más necesitan la ayuda de la madre que del padre. Y porque todas estas razones sobredichas caen a la madre hacer y no al padre, por ello es llamado matrimonio y no patrimonio.

Ley 3: Provecho muy grande y muchos bienes nacen del casamiento, y aun sin aquellos, señaladamente se levantan de él tres: fe y linaje y sacramento. Y esta fe es la lealtad que deben guardar el uno al otro el marido y la mujer, no teniendo él que ver con otra, ni ella con otro. Y el otro bien de linaje es hacer hijos para crecer derechamente el linaje de los hombres; y con tal intención deben todos casar, tanto los que no pueden tener hijos, como los que los tienen. Y el tercer bien del sacramento es que nunca se deben separar en su vida, y pues que Dios los ayuntó, no es derecho que hombre los separe. Y además crece el amor entre el marido y la mujer, pues que sabe que no se han de partir, y son más ciertos de sus hijos, y ámanlos más por ello, pero con todo esto bien se podrían separar si alguno de ellos hiciese pecado de adulterio, o entrase en orden con otorgamiento del otro después que se hubiesen juntado carnalmente. Y comoquiera que se separen para no vivir en uno por alguna de estas maneras, no se rompe por eso el matrimonio.

Ley 4: El paraíso terrenal es el lugar donde fue primeramente establecido el casamiento; y fue hecho antes que Adán pecase, y según muestran los santos, si se hubiesen guardado de pecar, hicieran los hombres y las mujeres hijos sin deleite y sin codicia de la carne- Y las palabras por las que se hizo el casamiento son aquellas que dijo Adán cuando vio a Eva su mujer que los huesos y la carne de ella, que fueron de él, y que serían de ambos como una carne y no se hizo por las palabras que algunos cuidaron cuando bendijo nuestro Señor a Adán y a Eva, y les dijo: "Creced y multiplicaos y henchid la tierra", y estas palabras no fueron sino de bendición. Y las razones por las que el casamiento fue establecidos mayormente son dos: la una para hacer hijos y crecer el linaje de los hombres, y por esto estableció nuestro señor Dios el casamiento en el paraíso primeramente, y la otra, por guardarse los hombres de pecado de fornicación; y esto estableció san Pablo por gracia del Espíritu Santo Y comoquiera que por otras razones se mueven los hombres a hacer los casamientos, así como por quitar enemistad entre los linajes o por hermosura de las mujeres o por las riquezas que tienen o porque son de gran linajes, señaladamente fue establecido y se debe hacer por las dos razones sobre-dichas; según Dios y según ley.

Ley 5: Consentimiento solo con voluntad de casar hacer matrimonio entre el varón y la mujer; y esto es por esta razón, porque aunque sean dichas palabras según deben para hacer el casamiento, si la voluntad de aquellos que las dicen no consiente con las palabras no vale el matrimonio cuanto para ser verdadero, comoquiera que la Iglesia juzgaría que valiese, si fuesen probadas las palabras por juicio que fueran

dichas en la manera que se hace el casamiento por ella. Pero razón hay por la que se podría hacer el matrimonio sin palabras tan solamente por el consentimiento; y esto sería como si alguno casase que fuese mudo, que aunque por palabras no pudiese hacer el casamiento, lo podría hacer por señales y por el consentimiento.

Ley 6: Casar pueden todos aquellos que tienen entendimiento sano para consentir el casamiento, y que son tales que no tienen embargo que les impida yacer con las mujeres, fuera de aquellos a quienes prohíbe el derecho señaladamente que no puedan casar; aunque los mozos y las mozas que no son de edad, digan aquellas palabras por las que se hace el matrimonio, porque no tienen entendimiento para consentir, por ello vale el casamiento que entre tales es hecho. Otrosí el que fuese castrado o le faltasen aquellos miembros que son menester para engendrar aunque haya entendimiento para consentir no valdría el casamiento que hiciese, porque no se podría juntar con su mujer carnalmente para hacer hijos. Otrosí el que fuese loco o loca, de manera que nunca perdiese la locura, no puede consentir para hacer casamiento, aunque dijese aquellas palabras por las que se hace el matrimonio.

Ley 7: Ligamiento y fortaleza muy grande tiene el casamiento en sí, de manera que, pues que es hecho entre algunos como debe, no se puede desatar que matrimonio no sea, aunque alguno de ellos se haga hereje o judío o moro o hiciese adulterio. Y comoquiera que esta fortaleza tenga el casamiento, separarse puede por juicio de santa iglesia por cualquier de estas cuatro cosas sobredichas para no vivir en uno, ni juntarse carnalmente. Mas si alguno de los que fuesen casados cegase, o se hiciese sordo, o contrahecho, o perdiese sus miembros por dolores o por enfermedad o por otra manera cualquiera, por ninguna de estas cosas, ni aunque se volviera leproso, debe el uno desamparar al otro por guardar la fe y la lealtad que se prometieron en el casamiento, antes deben vivir en uno y servir el sano al otro, y proveerle de las cosas que menester le fueren según su poder. Otrosí, siendo allegados en uno carnalmente el marido y la mujer, no tiene poder ninguno de ellos en su cuerpo para entrar en orden o hacer otro voto, ni para guardar castidad sin voluntad del otro, antes tiene poder el marido en el cuerpo de la mujer y ella en el del marido, cuanto en estas cosas. Y aun puede apremiar la Iglesia a cualquiera de los que fuesen casados en uno, si alguno de ellos se querellase del otro que no quería yacer con él, y por tal razón débelo la Iglesia apremiar a que lo haga, aunque nunca fuesen juntados en uno. Y aun tiene otra fuerza el casamiento según las leyes antiguas, que aunque la mujer fuera de vil linaje, si casase con rey, débenla llamar reina, y sin con conde, condesa; y aun después que fuere muerto su marido la llamarán así, si no casare con otro de menor clase, pues las honras y las dignidades de los maridos tienen las mujeres por razón de ellos. Y sobre todas las otras honras que las leyes otorgan a las mujeres, esta es la mayor: que los hijos que nacen de ellas viviendo juntamente con sus maridos, que son tenidos ciertamente por hijos de ellos

y deben heredar su bienes, y por eso los deben honrar, y amar y guardar sobre todas las cosas del mundo, y ellos otrosí a ellas.

Ley 9: Excusa tiene el marido y la mujer a veces de no pecar cuando yacen juntos porque se mueven a hacer esto por cuatro razones; y por algunas de ellas caen en pecado; y por algunas no, repórtalo la santa iglesia de esta manera; que cuando se junta el marido con su mujer con intención de tener hijos, no hace pecado ninguno, pues antes hace lo que debe según Dios manda; y la otra es cuando se junta el uno de ellos al otro, no porque él tenga voluntad de hacerlo, mas porque el otro lo demanda; y en esta otrosí no hay pecado ninguno. La tercera razón es cuando vence la carne y tiene gusto en hacerlo, y tiene por mejor allegarse a aquel con quien es casado, que hacer fornicación en otra parte, y en esta yace pecado venial, porque se mueve a hacerlo más por codicia de la carne que no por hacer hijos. La cuarta razón es cuando se trabajase el varón por su maldad, porque lo pueda más hacer comiendo letuarios calientes o haciendo otras cosas; y en esta manera peca mortalmente, pues muy desaguisada cosa hace el que quiera usar de su mujer tan locamente como haría con otra mala mujer, esforzándose por hacer lo que la naturaleza no le da.

TÍTULO 3: De los desposorios y de los casamientos que se hacen en encubierto.

Ley 1: Escondidos son llamados los casamientos de tres maneras, la primera es cuando los hacen encubiertamente y sin testigos, de manera que no se pueden probar; la segunda es cuando los hacen ante algunos, mas no demandan a la novia a su padre o su madre o a los otros parientes que la tienen en guarda, ni dan sus arras ante ellos ni le hacen las otras honras que manda la iglesia; la tercera es cuando no hacen saber concejeramente en aquella iglesia de la cual son parroquianos, pues para no ser el casamiento hecho encubiertamente, es necesario que antes que los desposen, diga el clérigo en la iglesia ante todos los que allí estuvieren como tal hombre quiere casar con tal mujer, nombrándolos por sus nombres, y que amonesta a todos cuantos allí están a que si saben que hay algún impedimento entre ellos por el que no deban casar en uno, que lo digan hasta algún día que les nombre señaladamente. Y aun con todo esto, los clérigos deben procurar entre tanto saber cuanto pudieren si hay algún embargo entre ellos y si hallaren algunas señales de impedimento, deben vedar que no se casen hasta que sepan si es tal cosa que pueda por ello impedir el casamiento o no. Y la razón por la que prohibió la iglesia que los casamientos no fuesen hechos encubiertamente es eta: porque si desacuerdo viniese entre el marido y la mujer, de manera que no quisiere alguno de ellos vivir con el otro, aunque el casamiento fuese verdadero, según que es sobredicho, no podría por eso la iglesia apremiar a aquel que se quisiese separar del otro. Y esto es porque el

casamiento no se podría probar, pues la iglesia no puede juzgar las cosas encubiertas, más según que razonaren las partes y fuere probado.

TÍTULO 5: De los casamientos de los siervos.

Servidumbre es la más vil y la más despreciada cosa que entre los hombres puede ser, porque el hombre, que es la más noble y libre criatura entre todas las otras criaturas que Dios hizo, se torna por ella en poder de otro, de manera que pueden hacer de él lo que quisieren, vivo o muerto, y tan despreciada cosa es esta servidumbre que el que en ella cae no tan solamente pierde poder de no hacer de lo suyo lo que quisiese, mas aún de su persona misma no es poderoso sino en cuanto le manda su señor.

Ley 1: Usaron de largo tiempo acá y túvolo por bien la santa iglesia, que casasen comunalmente los siervos y las siervas en uno. Otrosí puede casar el siervo con su mujer libre, y valdrá el casamiento si ella sabía que era siervo cuando casó con él, y eso mismo puede hacer la sierva, que puede casar con hombre libre, pero es menester que sean cristianos para valer el casamiento. Y pueden los siervos casar en uno, y aunque lo contradigan sus señores, valdrá el casamiento; y no debe ser deshecho por esta razón si consintiere el uno en el otro. Y comoquiera que pueden casar contra voluntad de sus señores, con todo esto quedarán obligados a servirlo también como antes hacían. Y si muchos hombres tuviesen dos siervos que fuesen casados en uno, si acaeciere que los hubiesen de vender, débenlo hacer de manera que puedan vivir en uno y hacer servicio a aquellos que los compraren y no pueden vender el uno en una tierra y el otro en otra, porque tendrían que vivir separados.

TÍTULO 8: De los varones que no pueden convenir con las mujeres, ni ellas con ellos por algunos impedimentos que tienen en sí mismos.

Ley 2: Impotentia en latín tanto quiere decir en romance como no poder; y este no poder yacer con las mujeres, por el cual se impiden los casamientos, se reparte de dos maneras: la una es la que dura hasta algún tiempo; y la otra, que dura por siempre. Y la que es a tiempo ocurre en los niños, que los impide que no pueden casar hasta que son de edad; comoquiera que se pueden desposar; y la otra manera que dura por siempre es la que ocurre en los hombres que son fríos de naturaleza, y en las mujeres que son estrechas que por maestrías que les hagan sin peligro grande de ellas, ni por uso de sus maridos que se esfuerzan por yacer con ellas, no pueden convenir con ellas carnalmente; pues, por tal impedimento como este, bien puede la santa iglesia anular el casamiento demandándolo alguno de ellos, y debe dar licencia para casar al que no fuere impedido.

Ley 4: Castrados son los que pierden por alguna ocasión que les ocurre aquellos miembros que son menester para engendrar, así como si alguno saltase sobre algún seto de palos que se trabase en ellos, o se los rompiese o se los arrebatase algún oso o puerco o can, o se los cortase algún hombre, o se los sacase o por otra manera cualquiera que los perdiese. Y por ello cualquier que fuese ocasionado de esta manera no puede casar; y se casare no vale el matrimonio, porque el que tal fuese no podría cumplir a su mujer el deudo carnal que era obligado cumplirle; y después que los separa la santa iglesia, puede la mujer asar con otro, si quisiere.

TÍTULO 10: Del departimiento de los casamientos.

Ley 1: Divortium en latín tanto quiere decir en romance como departimiento y es cosa que separa la mujer del marido o el marido de la mujer por impedimento que hay entre ellos, cuando es probado en juicio derechamente; y quien de otra manera esto hiciese separándolos por fuerza o contra derecho; haría contra lo que dijo nuestro señor Jesucristo en el Evangelio; los que Dios juntó, no los separe el hombre. Mas siendo separados por derecho, no se entiende entonces el hombre, mas el derecho escrito y el impedimento que hay entre ellos. El divorcio tomó ese nombre del departimiento de voluntades del marido y de la mujer, que son contrarias y diversas en el departimiento, de cuales fueron o eran cuando se juntaron.

Ley 2: Propiamente hay dos razones y dos maneras de departimiento a las que pertenece este nombre de divorcio, comoquiera que sean muchas las razones por las que separen a aquellos que semeja que están casados y no lo están por algún embargo que hay entre ellos; y de estas dos es la una religión, y la otra, pecado de fornicación. Y por la religión se hace divorcio en esta manera, pues si algunos que son casados con derecho, no habiendo entre ellos ninguno de los impedimientos por los que se debe el matrimonio separar, si a alguno de ellos, después que fuesen juntados carnalmente, les viniese en voluntad entrar en orden y se lo otorgase el otro, prometiendo el que queda en el mundo guardar castidad, siendo tan viejo que no puedan sospechar contra él que hará pecado de fornicación, y entrando el otro en la orden, de esta manera se hace del departimiento para ser llamado propiamente divorcio, pero debe ser hecho por mandato del obispo o de alguno de los otros prelados de la iglesia que tienen poder de mandarlo. Otrosí haciendo la mujer contra su marido pecado de fornicación o de adulterio, es la otra razón que dijimos por que hace propiamente el divorcio, siendo hecha la acusación delante del juez de la iglesia, y probando la fornicación o el adulterio. Esto mismo sería del que hiciese fornicación espiritualmente tornándose hereje o moro o judío, si no quisiese hacer enmienda de su maldad.

TÍTULO 11: De las dotes y de las donaciones y de las arras.

Ley 1: El algo que da la mujer al marido por razón de casamiento es llamado dote; y es como manera de donación hecha con entendimiento de mantenerse y ayudar el matrimonio con ella. Y según dicen los sabios antiguos es como propio patrimonio de la mujer y lo que el varón da a la mujer por razón de casamiento es llamado en latín donatio propter nuptias, que quiere tanto decir como donación que da el varón a la mujer por razón que casa con ella; y tal donación como esta dicen en España propiamente arras. Más según las leyes de los sabios antiguos esta palabra arra tiene otro entendimiento, porque quiere tanto decir como peño que es dado entre algunos para que se cumpla el matrimonio que prometieron hacer; y si por ventura el matrimonio no se cumpliese, que quedase en salvo el peño a aquel que guardase la promesa que había hecho, y que lo perdiese el otro que no guardase lo que había prometido; y comoquiera que pena que fuese puesta sobre pleito de matrimonio no debe valer, pero peño o arra o postura que fuese hecha en tal razón, debe valer.

TÍTULO 13: De los hijos legítimos.

Entre todos los otros bienes que dijimos en los títulos antes de este que hay en el matrimonio, es uno de ellos que los hijos que nacen de él son derechureros y hechos según ley; y a tales hijos como estos, según dijeron los santos ama Dios ay ayúdales y dales esfuerzo y poder para vencer a los enemigos de su fe, pues son así como sagrados, puesto que son hechos sin malestanza y sin pecado, y sin todo esto son considerados como más nobles, porque son ciertos y conocidos más que los otros que nacen de muchas mujeres que no pueden ser tan bien guardadas como la una.

Ley 1: Legítimo hijo tanto quiero decir como el que es hecho según ley, y aquellos deben ser llamados legítimos los que nacen de padre y de madre que son casados verdaderamente, según manda la santa iglesia. Y aun si acaeciese que entre algunos de los que se casasen manifiestamente en el seno de la iglesia hubiese tal impedimento por el que el casamiento se debiese partir, los hijos que hiciesen antes que supiesen que había entre ellos tal impedimento serían legítimos.

Ley 2: Honra con muy gran provecho viene a los hijos en ser legítimos, pues tienen por ello las honras de sus padres, y otrosí pueden recibir dignidad y orden sagrada de la iglesia, y las otras honras seglares. Y aun heredan a sus padres y a sus abuelos y a los otros sus parientes, lo que no pueden hacer los otros que no son legítimos.

TÍTULO 14: De las otras mujeres que tienen los hombres que no son de bendiciones.

Ley 1: Ingenua mulier es llamada en latín toda mujer que desde el nacimiento fue siempre libre de toda servidumbre y que nunca fue sierva. Y esta tal puede ser recibida por barragana según las leyes, bien que sea nacida de vil linaje o en vil lugar, o se mala de su cuerpo o no. Y tomó este nombre de dos palabras, de barra, que es de arábigo, que quiere tanto decir como fuera, y gana que es de ladino, que es por ganancia; y estas dos palabras juntadas en uno quieren tanto decir como ganancia que es hecha fuera de mandamiento de la iglesia, y por ello los que nacen de tales mujeres son llamados hijos de ganancia. Otrosí puede ser recibida por tal mujer también la que fuere liberada, como la sierva.

Ley 2: Comunalmente, según las leyes seglares mandan, todo hombre que no fuese impedido por orden o casamiento puede tener barragana sin miedo de pena temporal, solamente que no la tenga virgen ni se menor de doce años, ni tal viuda que viva honestamente y que sea de buen testimonio. Y tal viuda como esta, queriéndola alguno recibir por barragana u otra mujer que fuese libre desde su nacimiento y no fuese virgen, débelo hacer cuando la recibiese ante hombres buenos, diciendo manifiestamente ante ellos como la recibe por barragana suya; y si de otra manera la recibiese, sospecha cierta sería ante ellos de que era su mujer legítima y no su barragana. Otrosí ningún hombre no puede tener muchas barraganas, pues según las leyes mandan, aquella es llamada barragana que es una sola, y es necesario que sea tal que pueda casar con ella si quiere aquel que la tiene por barragana.

Ley 3: Ilustres personae son llamadas en latín las personas honradas y de gran condición, que son puestas en dignidades, así como los reyes y los que descienden de ellos, y los condes, y otrosí los que descienden de ellos, y los otros hombres honrados semejantes de estos; y estos tales comoquiera que según las leyes pueden recibir barraganas, tales mujeres hay que no deben recibir, así como la sierva o hija de sierva, ni otrosí la que fuese liberada ni su hija, ni juglaresa ni su hija, ni tabernera, ni regatera, ni sus hijas, ni alcahueta ni su hija, ni otra persona ninguna de aquellas que son llamadas viles por razón de sí mismas o por razón de aquellos de los que descendieron, pues no sería conveniente cosa que la sangre de los nobles hombres fuese esparcida ni juntada a tan viles mujeres. Y si alguno de los sobredichos hiciese contra esto, si hubiese hijo de tal mujer vil, según las leyes no sería llamado hijo natural, antes sería llamado espurio, que quiere tanto decir como fornecino, y además tal hijo como este no debe tener parte en los bienes de su padre, ni es el padre obligado de criarlo, si no quisiere.

TÍTULO 15: De los hijos que no son legítimos.

Ley 1: Naturales y no legítimos llamaron los sabios antiguos a los hijos que no nacen de casamiento según ley, así como los que hacen en las barraganas; y los fornecino, que nacen de adulterio, o son hechos en parienta o en mujeres de orden, estos no son llamados naturales, porque hechos contra la ley y contra razón natural. Otros hijos hay que son llamados en latín mánceres, y tomaron este nombre de dos partes del latín mania y scelus, que quiere tanto decir como pecado infernal, pues los que son llamados mánceres nacen de las mujeres que están en la putería y danse a todos cuantos a ellos vienen, y por ello no pueden saber cuyos hijos son los que nacen de ellas. Y hombres hay que dicen que máncer tanto quiere decir como mancillento, porque fue engendrado malamente y nace de vil lugar. Otra manera de hijos que son llamados en latín spurii, que quiere tanto decir como los que nacen de las mujeres que tienen algunos por barraganas de fuera de sus casas, y son ellas tales que se dan a otros hombres sin aquellos que las tienen por amigas, y por ellos no saben quién es su padre del que nade de tal mujer. Otra manera hay de hijos que son llamados notos, porque semeja que son hijos conocidos del marido que la tiene en casa, y no lo son.

TÍTULO 16: De los hijos prohijados.

Ley 1: Adoptio en latín tanto quiere decir en romance como prohijamiento, y este prohijamiento es una manera que establecieron las leyes, por la cual pueden los hombres ser hijos de otros, aunque no lo sean naturalmente.

Ley 2: Prohijar puede todo hombre libre que es salido del poder de su padre; pero es menester que el quisiere esto hacer tenga todas estas cosas: que sea mayor que aquel a quien quiere prohijar de diez y ocho años, y que haya poder naturalmente de engendrar, habiendo sus miembros para ellos, y no siendo tan de fría naturaleza por la que se lo impida. Otrosí ninguna mujer no tiene poder de prohijar, fuera de una manera: si hubiese perdido algún hijo en batalla en servicio del rey, o en hacienda en que se acertase con el común de algún concejo.

TÍTULO 17: Del poder que tienen los padres sobre los hijos, de cualquier naturaleza que sean.

Ley 1: Patria potestas en latín tanto quiere decir en romance como el poder que tienen los padres sobre los hijos; y este poder en un derecho tal que tienen señaladamente los que viven y se juzgan según las leyes antiguas derechas que hicieron los filósofos y los sabios por mandado y por otorgamiento de los emperado-

res; y tienen sobre sus hijos y sobre sus nietos y sobre todos los otros de su linaje que descienden de ellos por la línea derecha, y que son nacidos del casamiento derecho.

Ley 2: Naturales son llamados los hijos que tienen los hombres de las barraganas. Estos hijos tales no quedan en poderío del padre, así como lo son los legítimos. Y otrosí no están en poder del padre los hijos que son llamados en latín incestuosi.

Ley 3: Tómase esta palabra, que es llamada en latín potestas, que quiere tanto decir en romance como poderío, en muchas maneras, a veces se toma esta por señorío, así como aviene en el poderío que tiene señor sobre su siervo, a veces se toma por jurisdicción, así como acaece en el poder que tienen los reyes y los otros que tienen sus lugares sobre aquellos a los que tienen el poder de juzgar; a veces, se toma por el poder que tienen los obispos sobre sus clérigos; y los abades sobre sus monjes, que tienen que obedecerles; y a veces se toma esta palabra potestas por ligamiento de reverencia, y de sujeción y de castigamiento que debe tener el padre sobre su hijo y de esta postrimera manera hablan las leyes de este título.

TÍTULO 19: Cómo deben los padres criar a sus hijos y otrosí de cómo los hijos deben pensar en los padres cuando les fuere menester.

Piedad y deudo natural debe mover a los padres para criar a sus hijos, dándoles y haciéndoles lo que les es menester según su poder; y esto se deben mover a hacer por deudo de naturaleza, pues si las bestias, que no tienen razonable entendimiento, aman naturalmente criar sus hijos, mucho más lo deben hacer los hombres, que tienen entendimiento y sentido sobre todas las otras cosas: Y otrosí los hijos obligados están naturalmente a amar y a temer a sus padres, y hacerles honra y servicio y ayuda en todas aquellas maneras que lo pudieren hacer.

Ley 1: Crianza es uno de los mayores beneficios que un hombre puede hacer a otro, lo que todo hombre se mueve a hacer con gran amor que tienen a aquel que cría, bien sea hijo u otro hombre extraño. Y esta crianza tiene muy gran fuerza, y señaladamente aquella que hace el padre al hijo, y comoquiera que le ama naturalmente porque le engendró, mucho más le crece el amor por razón de la crianza que hizo en él. Otrosí el hijo está más obligado a amar y a obedecer al padre, porque él mismo quiso llevar el afán de criarle antes que darle a otro.

Ley 2: Claras razones y manifiestas son por las que los padres y las madres están obligadas a criar sus hijos: la una es movimiento natural por el que se mueven todas las cosas del mundo a criar y a guardar lo que nace de ellas; la otra es por razón del amor que tienen con ellos naturalmente; la tercera es porque todos los de-

rechos temporales y espirituales se acuerdan en ellos. Y la manera en que deben criar los padres a sus hijos y darles lo que les fuere menester, aunque no quieran, es esta: que les deben dar que coman y que beban, y que vistan y que calcen y lugar donde moren y todas las otras cosas que les fueren menester, sin las cuales los hombres no pueden vivir, y esto debe cada uno hacer según la riqueza y el poder que hubiere, considerando siempre la persona de aquel que lo debe recibir, y en qué manera lo deben esto hacer.

TÍTULO 20: De los criados que hombre cría en su casa, aunque no sean sus hijos.

Ley 1: Que cosa es crianza dijimos antes, y hay dos maneras de ella: la primera es criar alguna cosa de lo que no es y esta pertenece a Dios tan solamente, la segunda es criar de alguna cosa otra; y esta pueden hacer los hombres por el saber y el poder que les viene de Dios. Y a esto hacer se mueven los hombres por alguna de estas tres razones: la primera por deudo de naturaleza, y esta es la que hacen los padres a los hijos; la segunda, por bondad y por mesura. así como en criar hombre hijo de otro hombre extraño con quien no tiene parentesco, la tercera es por piedad, criar hijo desamparado o echado.

Ley 2: Criado tomó este nombre de una palabra que dicen en latín creare; que quiere tanto decir como criar y enderezar la cosa pequeña, de manera que venga a tal estado por el que pueda protegerse por sí. Y según dijeron los sabios antiguos diferencia hay entre nudrimiento y crianza, pues crianza es cuando alguno hace pensar de otro que cría dándole de lo suyo todas las cosas que le fueren menester para vivir teniéndole en su casa y en su compañía y nudrimiento es enseñanza que hacen los ayos a los que tienen en su guarda y los maestros a los discípulos a quienes muestran su ciencia o su menester, enseñándoles buenas maneras y avisándoles de los yerros que hacen. Y por razón de tal educación suelen los que son así enseñados pensionar a los ayos y a los maestros, dándoles lo que necesitan, así como hacen los grandes señores y los otros hombres, dándoles según su poder o según la costumbre de la tierra.

TÍTULO 21: De los siervos.

Ley 1: Servidumbre, es postura, o establecimiento que hicieron antiguamente las gentes, por la cual los hombres, que eran naturalmente libres, se hacían siervos y se sometían a señorío de otro contra razón de naturaleza. Y siervo tomó este nombre de una palabra que es llamada en latín servare, que quiere tanto decir en romance como guardar: Y esta guarda fue establecida por los emperadores, pues antiguamen-

te a todos cuantos cautivaban, matábanlos, mas los emperadores tuvieron por bien y mandaron que no los matasen, mas que los guardasen y se sirvieren de ellos. Y hay tres maneras de siervos: la primera es la de los que cautivan en tiempo de guerra siendo enemigos de la fe; la segunda es de los que nacen de las siervas; la tercera es cuando alguno que es libre se deja vender. Y en esta tercera son menester cinco cosas: la una, que él mismo consienta de su grado que lo vendan, la otra que tome parte del precio, la tercera que sea sabedor que es libre, la cuarta, que aquel que lo compra crea que es siervo; la quinta, que aquel que se hace vender, que hay de veinte años arriba.

Ley 4: Malos cristianos hay algunos que dan ayuda o consejo a los moros que son enemigos de la fe, así como cuando les dan o les venden armas de fuste o hierro, o galeas o naves hechas, o madera para hacerlas; y otrosí los que guían y gobiernan los navíos de ellos para hacer mal a los cristianos; y otrosí los que les dan o les venden madera para hacer algarradas u otros ingenios. Y porque estos hacen gran enemiga, tuvo por bien la iglesia que cualesquiera que cogiesen a alguien de los que estas cosas hicieren, que los metiesen en servidumbre y los vendiesen si quisiesen, o se sirviesen de ellos, bien así como de sus siervos.

Ley 6: Completo poder tiene el señor sobre su siervo para hacer de él lo que quisiere, pero con todo esto no lo debe matar ni estemar, aunque lo hiciese por qué, a menos de mandamiento del juez del lugar, ni le debe herir de manera que sea contra razón de naturaleza, ni matarle de hambre, fuera de si lo hallase con su mujer o con su hija, o haciendo otro yerro semejante de estos, y entonces bien lo podría matar.

Ley 8: Judío ni moro ni hereje ni otro ninguno que no sea de nuestra ley puede tener cristiano por siervo; y cualquiera de ellos que contra esto hiciese, teniendo a sabiendas cristiano por siervo, debe morir por ello, y perder todo cuanto que hubiere y ser del rey. Otrosí decimos que cualquiera de estos sobredichos que hubiere siervo que no fuese de nuestra ley, si aquel siervo se tornarse cristiano, que se hace por ello libre luego que se hace bautizar y recibe nuestra fe, y no está obligado a dar por sí ninguna cosa a aquel cuyo era antes que se tornase cristiano.

TÍTULO 22: De la libertad.

Aman y codician naturalmente todas las criaturas del mundo la libertad, cuanto más los hombres que tienen entendimiento sobre todas las otras, y mayormente aquellos que son de noble corazón.

Ley 1: Libertad es poder que tiene todo hombre naturalmente de hacer lo que quiere, sólo que fuerza o derecho de ley o de fuero no se lo impida. Y puede dar

esta libertad el señor a su siervo en la iglesia o fuera de ella, y delante del juez o en otra parte o en testamento o sin testamento o por carta. Pero esto debe hacer por sí mismo y no por otro personero, fuera de sí lo mandase hacer a alguno de los que descienden o suben por la línea directa de él mismo.

Ley 6: Siervo de alguno, si se hace clérigo o recibe órdenes sagradas, sabiéndolo su señor y consintiéndolo, decimos que es libre por ello. Y si el siervo se hace clérigo no sabiéndolo su señor, puédelo demandar desde que lo supiere hasta un año y tornarle en servidumbre, aunque hubiese recibido orden de subdiaconado o de allí para abajo. Otrosí decimos que habiendo el siervo recibido orden de misacantano, que no le podría demandar el señor para tornarle en servidumbre; pero quedaría con la obligación de dar por sí a su señor tanto precio cuanto él podría valer antes de que fuese ordenado, otro siervo que valga tanto como él, eso mismo decimos que está obligado a hacer si recibiese orden de diácono.

Ley 7: Andando siervo de alguno por sí diez años, habiendo buena fue y cuidando que era libre, en aquella tierra donde morase su señor, o veinte en otra tierra, aunque no lo viese su señor, hácese libre por ellos, pero si no hubiese buena fe y sabiendo que era siervo anduviese huido veinte años, no sería por ello libre, antes si lo hallare su señor, le puede tornar en servidumbre.

TÍTULO 25: De los vasallos.

Ley 1: Señor es llamado propiamente aquel que tiene mandamiento y poderío sobre todos aquellos que viven en su tierra, y a este tal deben todos llamar señor, tanto en sus naturales como los otros que vienen a él o a su tierra. Otrosí es dicho señor todo hombre que tiene poderío de armar o de criar por nobleza de su linaje, y a este tal no le deben llamar señor, sino aquellos que son sus vasallos y reciben beneficio de él. Y vasallos son aquellos que reciben honra y beneficio de los señores, así como caballería, o tierra o dineros por servicio señalado que les hayan de hacer.

Ley 2: De señorío y de vasallaje hay cinco maneras; la primera y la mayor es aquella que tiene el rey sobre todos los de su señorío, a la que llaman en latín merum imperium, que quiere tanto decir en romance como puro y esmerado mandamiento de juzgar y mandar a los de su tierra; la segunda es la que tienen los señores sobre sus vasallos por razón de beneficio o de honra que de ellos reciben; la tercera es la que los señores tienen sobre sus solariegos, o por razón de behetría o de divisa, según fuero de Castilla; la cuarta es la que tienen los padres sobre sus hijos; la quinta es la que tienen los señores sobre sus siervos.

Ley 3: Divisa y solariegos y behetría son tres maneras de señorío que tienen los hijosdalgo en algunos lugares según fuero de Castilla. Y divisa tanto quiere decir como heredad que viene al hombre de parte de su padre o de su madre o de sus

abuelos o de los otros de quienes desciende, que es repartida entre ellos y saben ciertamente cuánto son y cuáles los parientes a quienes pertenece. Y solariego tanto quiere decir como hombre que es poblado en suelo de otro; y este tal puede salir cuando quisiere de la heredad con todas las cosas muebles que allí hubiere, mas no puede enajenar aquel solar ni demandar la mejoría que allí hubiere hecho, mas debe quedar al señor cuyo es. y behetría tanto quiere decir como heredamiento que es suyo quito de aquel que vive en él, y puede recibir en él por señor a quien quisiere, que mejor le haga: y todos los que fueren enseñorados en la behetría pueden allí tomar comida cada vez que quisieren, mas son obligados de pagarlo a los nueve días, y cualquier de ellos que hasta nueve días no lo pagase, débelo pagar doblado a aquel a quien lo tomó; y queda obligado a pagar al rey el coto, que es por cada cosa que tomó cuarenta maravedís. Y de todo pecho que los hijodalgo llevaren de la behetría debe el rey haber la mitad, y behetría no se puede hacer nuevamente sin otorgamiento del rey.

Ley 4: Vasallo se puede hacer un hombre de otro según la antigua costumbre de España en esta manera: otorgándose por vasallo de aquel que lo recibe, y besándole la mano por reconocimiento de señorío, y aún hay otra manera que se hace por homenaje, que es más grave, porque por ella no se torna hombre tan solamente vasallo del otro, mas queda obligado a cumplir lo que se le promete como por postura. Y homenaje tanto quiere decir como tornarse hombre de otro, y hacerse como suyo para darle seguridad sobre la cosa que promete dar o hacer que la cumpla; y este hombre no tan solamente tiene lugar en pleito de vasallaje, mas en todos los otros pleitos y posturas que los hombres ponen entre sí con intención de cumplirlas.

Ley 6: Deudos muy grandes son los que tienen los vasallos con sus señores, pues débenlos amar y honrar y guardar y adelantar en su provecho, y desviarles su daño en todas las maneras que pudieren; y débenlos servir bien y lealmente por el beneficio que de ellos reciben. Otrosí decimos que el señor debe amar y honrar y guardar sus vasallos, y hacerles bien y merced, y desviarlos de daño y de deshonra; y cuando estos deudos son bien guardados, hace cada uno lo que debe, y crece y dura el amor verdadero entre ellos.

Ley 10: Ricoshombres, según costumbre de España, son llamados aquellos que en las otras tierras dicen condes o barones, y a estos tales pueden echar los reyes de la tierra por una de estas tres razones: la primera es cuando quiere tomar venganza por malquerencia que tenga contra ellos; la segunda, por malfetrías que hayan hecho en la tierra; la tercera, por razón de yerro en que haya traición o alevosía. Y cuando acaeciese que el rey hubiese de echar al ricohombre de su tierra por malquerencia, entonces aquel que quiere echar, débele pedir merced apartadamente y en secreto,

que no lo haga, de manera que no allí esté otro ninguno, sino ellos dos solos; y si no se lo quisiere caber, débele pedir merced la segunda vez ante uno o ante dos de los de la compañía del rey; y se acaeciere que no se lo quisiere otorgar, puédele pedir merced la tercera vez por corte y si entonces no le quisiera perdonar, y la mandare que salga de la tierra, por tal razón como esta, puédenlo seguir sus vasallos y salir de la tierra con él, pero débele el rey dar plazo de treinta días para que salga de su tierra; y en aquellos treinta días débele otorgar que le vendan vianda por aquellos lugares por donde saliere. Pero antes que se cumplan los treinta días, debe el ricohombre salir de la tierra, y desde que fuere salido, puédele hacer guerra, si quisiere, para ganar viva, y esto puede hacer por dos razones: la una porque le echó no queriéndole decir la razón por la que lo hacía, la otra, porque pueda tener vida de aquella tierra de donde es natural. Mas en tal guerra como esta no le debe hurtar, ni entrar por la fuerza villa ni castillo, ni quemarla; sin embargo, si el rey le hubiese desheredado a él de alguna cosa, bien podría entonces entrar villa o castillo u otra heredad que fuese del rey, que pudiese tanto valer como aquello de lo que le desheredó, y tenerlo como por entrega hasta que el rey le torne lo que le tomó, mas no lo puede vender ni enajenar en ninguna manera, y no debe tomar por razón de tal entrega villa ni castillo ni otra fortaleza que él mismo antes hubiese tenido o alguno de sus vasallos. Y por tal echamiento como este ni por tal guerra no debe el rey hacer mal ni daño a su mujer ni a los hijos del ricohombre, ni a las mujeres ni a los hijos de sus vasallos que le siguieren, y otrosí los vasallos, aunque ayuden a guerrear a su señor, la parte que a ellos cupiere no la deben despender ni malmeter, más débenla dar al rey. Y no tan solamente pueden salir con el ricohombre por tal echamiento como este sus vasallos y sus naturales, mas aun sus criados y los otros hombres de su compañía por razón de bienfecho que reciben de él, mas estos tales, comoquiera que le puedan ayudar o amparar su cuerpo de heridas y de muerte, no deben hacer guerra al rey.

TÍTULO 26: De los feudos.

Ley 1: Feudo es beneficio que da el señor a algún hombre porque se torna su vasallo, y le hace homenaje de serle leal, y tomó este nombre de la fe que debe siempre guardar el vasallo al señor. Y hay dos maneras de feudo: la una es cuando es otorgado sobre villa o castillo u otra cosa que sea raíz, y este feudo tal no puede ser tomado al vasallo, a no ser que no cumpliese los acuerdos que hizo con el señor; o si le hiciese algún yerro tal por que lo debiese perder; la otra manera es la que dicen feudo de cámara, y este se hace cuando el rey impone maravedís a algún vasallo cada año de su cámara, y este feudo tal puede el rey quitar siempre que quisiere.

TÍTULO 27: Del deudo que tienen los hombres entre sí por razón de amistad.

Amistad es cosa que junta los corazones de los hombres para amarse mucho, pues según dijeron los sabios antiguos, y es verdad, amor pasa todos los deudos.

Ley 1: Amicitia en latín tanto quiere decir en romance como amistad, y amistad, según dijo Aristóteles, es una virtud que es muy buena en sí y provechosa a la vida de los hombres; y tiene lugar propiamente cuando aquel que ama es amado del otro a quien ama, pues de otra manera no sería amistad verdadera; y por ello dijo que diferencia grande hay entre amistad y amor y bienquerencia y concordia, pues puede hombre tener amor a la cosa y no tener amistad con ella, así como pasa con los enamorados, que aman a veces a mujeres que los quieren mal. Y por eso dijeron los sabios antiguos que el amor vence todas las cosas, y no tan solamente hace amar al hombre a las cosas que le aman, mas aun a las que le desaman. Otrosí tienen amor los hombres a las piedras preciosas y a otras cosas que no tienen almas ni entendimiento para amar a aquellos que las aman; y así se prueba que no es una cosa amistad y amor, porque amor puede venir de una parte tan solamente, mas la amistad conviene en todas maneras que venga de ambos a dos. Y bienquerencia propiamente es buena voluntad que nace en el corazón del hombre luego que oye decir alguna bondad de un hombre o de otra cosa que no ve o con quien no tiene gran relación, queriéndole bien señaladamente por aquella bondad que oye de él, no sabiéndolo a quien a quien quiere bien. Y concordia es una virtud que es semejante a las amistad; y por ella se esforzaron todos los sabios y los grandes señores que hicieron los libros de las leyes para que los hombres viviesen acordadamente, y concordia puede ser entre muchos hombres, aunque no tengan entre sí amistad ni amor; mas los que tienen amistad juntamente por fuerza conviene que tengan entre sí concordia. Y por ello dijo Aristóteles que si los hombres hubiesen entre sí verdadera amistad, no habrían menester justicia ni alcaldes que los juzgasen porque la amistad les haría cumplir y guardar aquello mismo que quiere y manda la justicia.

Ley 2: Provecho grande y bien viene a los hombres de la amistad, de manera que, según dijo Aristóteles, ningún que tenga bondad en sí no quiere vivir en este mundo sin amigos, aunque tuviese en abundancia todos los otros bienes que en él hay, y cuanto los hombres son más honrados y más poderosos y más ricos, tanto más necesitan los amigos. Y esto por dos razones: la primera es porque ellos no podrían hacer ningún provecho de las riquezas si no usasen de ellas, y tal uso debe ser en hacer bien; y el beneficio debe ser dado a los amigos; y por ello, los que amigos no tienen no pueden usar bien de las riquezas que hubieren, aunque las tengan en abundancia. La segunda razón es porque los amigos se guardan, y se acrecientan las riquezas y las honras que los hombres tienen; y de otra manera sin amigos no

podrían durar, porque cuanto más honrado y más poderoso es el hombre, peor falta recibe si le falta ayuda de amigos. Y aun dijo el mismo que los otros hombres que no son ricos ni poderosos han de menester en todas maneras ayuda de amigos. Y aun dijo el mismo que los otros hombres que no son ricos ni poderosos han de menester en todas maneras ayuda de amigos que los socorran en su pobreza y los libren de los peligros que les acaecieren. Y sobre todo dijo que en cualquier edad que sea el hombre necesita ayuda de amigos, pues si fuere niño ha menester amigo que lo críe y le guarde que no haga ni aprenda cosa que le esté mal; y si fuere mancebo mejor entenderá y hará todas las cosas que hubiere de hacer con ayuda de su amigo que solo, y si fuere viejo se ayudará de sus amigos en las cosas de que fuere menguado o que no pudiere hacer por sí por los impedimentos que le vienen con la vejez.

Ley 6: Verdaderamente y sin engaño ninguno debe el hombre amar a su amigo, pero en la cantidad del amor hay diferencias entre los sabios, pues los unos dijeron que el hombre debe amar a su amigo cuanto el otro ama a él, y sobre esto dijo Cicerón que esto no era amistad con bienquerencia, mas era como trato de mercaderes. Y otrosí los hubo que dijeron que debe el hombre amar a su amigo cuanto él se ama, y estos otrosí no dijeron bien, porque puede ser que el amigo no sabe amar, o no quiere o no puede, y por ellos no sería cumplida tal amistad que de esta manera tuviese un hombre con su amigo. Y otros sabios dijeron que debe este hombre amar a su amigo tanto como a sí mismo.

Y comoquiera que estos dijeron bien, con todo dijo Cicerón que mejor lo pudieran decir, pues muchas cosas tiene el hombre que hacer por su amigo que no las haría por sí mismo, y por ello dijo que el hombre ha de amar a su amigo tanto cuanto él debía amarse a sí mismo. Y porque en este tiempo se hallan pocos los que así quieran amar, por ello son pocos los amigos que tengan en sí cumplida amistad. Pero comoquiera que el hombre se debe atrever en la amistad de su amigo, con todo eso no le debe rogar que yerre o haga cosa que esté mal, y aunque lo hiciese tal ruego ahincadamente, no se lo debe el otro caber, porque si cayese en pena o en mala fama por ello no le cabrían la excusación, aunque diga que lo hizo por su amigo. Pero con todo eso bien debe el hombre poner su persona o su haber en peligro de muerte o de pérdida por amparar a su amigo y de lo suyo; cuando menester le fuere.

Y con esto concuerda lo que se halla escrito en las historias antiguas de dos amigos, que hubo nombre el uno Orestes y el otro Pílades, que los tenía presos un rey por maldad de que eran acusados; y siendo Orestes juzgado a muerte y el otro dado por libre, cuando enviaron por Orestes para hacer justicia de él y le llamaron que saliese fuera del lugar donde le tenían preso, respondió Pílares, sabiendo que querían matar al otro, que él era Orestes, y respondió Orestes que no decía verdad,

que él mismo era; y cuando el rey oyó la lealtad de estos dos amigos, cómo se ofrecían cada uno a la muerte porque se salvase el otro, librólos a ambos y rogóles que le recibieran por el tercer amigo de entre ellos.

QUINTA PARTIDA

Aquí se comienza la Quinta Partida de este libro que habla de los préstamos y de los condesijos, y de las ventas y de los cambios, y de todos los otros pleitos y posturas que hacen los hombres entre sí, de cualquiera manera que sean.

TÍTULO 1: De los préstamos.

Ley 1: Emprestar es una manera de gracia que hacen los hombres entre sí prestando los unos a los otros lo suyo cuando lo necesiten; y nace muy gran provecho de ello, pues se ayuda un hombre de las cosas ajenas como de las suyas, y nace y crece entre los hombres a veces amor por esta razón. Y hay dos maneras de préstamo, y la una es más natural que la otra; y esta es tal como cuando prestan los hombres unos a otros algunas de las cosas que están acostumbrados a contar o a pesar o a medir; y tal préstamo como este es llamado en latín mutuum, que quiere tanto decir en romance como cosa prestada que se hace suya de aquel a quien la prestan; y pasa el señorío de cada una de estas cosas sobredichas a aquel a quien es dada por préstamo y luego lo devuelve. Y la otra manera de préstamo es de cualquiera de las otras cosas que no son de tal naturaleza como estas, así como caballo u otra bestia, o libro y otras cosas semejantes; y a tal préstamo como este dicen en latín commodatum, que quiere tanto decir como cosa que presta un hombre a otro para usar y aprovecharse de ella, mas no para ganar el señorío de la cosa prestada.

TÍTULO 3: De los condesijos, a los que en latín dicen depositum.

Ley 1: Condesijo, al que llaman en latín depositum, es cuando un hombre da a otro sus cosas en guarda fiándose en él, y tomó este nombre de depono, que quiere tanto decir como poner de mano en guarda de otro lo que quiere condensar. Y hay tres maneras de condesijo: la primera es cuando alguno de su voluntad, sin otra cuita que le acaezca, da en guarda sus cosas a otro. La segunda es cuando alguno lo ha de hacer en tiempo de cuita, y esto sería como si se quemase o se cayese la casa a alguno en la que tuviese lo suyo, o se quebrantase la nave en que lo llevase, y acaeciendo a alguno esta cuita diese a guardar a otro en aquella sazón algunas cosas que tuviese allí para apartarlas de aquel peligro. La tercera es cuando algunos hombres contienden en razón de alguna cosa y la meten en mano del fiel, encomendándosela hasta que la contienda sea librada por juicio.

TÍTULO 4: De las donaciones.

Ley 1: Donación es beneficio que nace de nobleza y de bondad de corazón cuando es hecha sin ningún premio; y todo hombre libre que es mayor de veinte y cinco años puede dar lo suyo o parte de ello a quien quisiere, aunque no lo conozca, solamente que no sea aquel a quien lo da de aquellos a quienes prohíben las leyes de nuestro libro. Pero si el que hace la donación es loco o desmemoriado o gastador de sus bienes, de manera que les es prohibido por el juez del lugar que use de ellos, no valdría la donación que ninguno de estos hiciese, aunque valdría la que hiciesen a ellos.

Ley 2: Siendo sabido que algún hombre procurase muerte del rey o lesión de su cuerpo o pérdida de su reino o de alguna partida de él, no puede hacer donación de lo suyo ni de alguna partida de ello desde el día en que se movió a hacer o a aconsejar esta maldad, si la hiciere, no vale. Otro tal decimos que sería de los que trabajan por la muerte o lesión de aquellos a los que el rey hubiese escogido señaladamente por sus consejeros honrados, Y aun decimos que si algún hombre es juzgado por hereje por juicio de la santa iglesia, la donación que hiciese después no valdría en ninguna manera. Mas si alguno fuese acusado de otro yerro, aunque fuese tal que, siéndole probado, debe morir por ello o ser desterrado para siempre, decimos que la donación que hiciese desde el día en que fuese acusado hasta el día en que diesen la sentencia contra él, que valdría, aunque la que fuese hecha después de la sentencia no sería valedera. Otrosí decimos que si hiciese la donación antes que hubiese hecho el yerro, que aunque lo acusasen después y diesen juicio contra él, que valdría la donación.

TÍTULO 5: De las ventas y de las compras.

Ley 1: Véndida es una manera de pleito que los hombres usan entre sí mucho, y hácese con consentimiento de ambas partes por precio cierto, en que se avienen el comprador y el vendedor.

Ley 2: Aquellos hombres decimos que pueden comprar y vender, que son tales que se pueden obligar cada uno de ellos el uno al otro; y por ello lo que vendiese el padre al hijo que tiene en su poder, o el hijo al padre, no valdría porque no pueden hacer obligación entre sí, pues aunque sean dos personas según naturaleza, según derecho son contados como una. Más si el hijo hubiese ganado cosa de aquellas ganancias que son llamadas castrense vel quasi castrense, de tales cosas como estas, bien podría hacer venta a su padre

TÍTULO 6: De los cambios.

Ley 1: Cambio es dar y otorgar una cosa señalada por otra; y puédese hacer el cambio de tres maneras: la primera es cuando se hace con placer de ambas partes, y con otorgamiento y promesa de cumplirla. Y eso sería diciendo el uno al otro: "Pláceme de cambiar conmigo tal cosa vuestra por tal mía", nombrando cada una de ellas señaladamente; debe el otro decir: "Pláceme, y otórgolo y prometo cumplirlo". La otra manera es cuando lo hacen por palabras simples, no otorgándolo ni prometiendo cumplirlo, mas diciendo así: "Quiero cambiar tal cosa con vos"; y el otro responde que le place; por tales palabras o por otras semejantes de ellas se hace el cambio, aunque las cosas que cambian no estén presentes ni pasadas a poder de ninguna de las partes. La tercera manera es cuando se hace el cambio por palabra, cumpliéndolo después de hecho ambos a dos o la una de las partes tan solamente; y en tal cambio como este son suficientes cualesquiera palabras que digan, solamente que sea hecho con placer de ambas las partes, y reciba el uno de ellos la cosa por la que cambia la que era suya.

TÍTULO 7: De los mercaderes y de las ferias y de los mercados en que se compran y venden las mercadurías y del diezmo y del portazgo que han de dar por razón de ellas.

Ley 1: Propiamente son llamados mercaderes todos aquellos que compran las cosas con intención de venderlas a otro por ganar en ellas; y lo que han de hacer y guardar es esto: que usen de su menester lealmente, no mezclando ni envolviendo en aquellas cosas que han de vender otras, para que se falseasen ni se empeorasen. Otrosí deben guardar que no vendan a sabiendas una cosa por otra, y que usen de peso y de medida derecha, según fuere costumbre en aquella tierra o en aquel reino donde mercaren. Y cuando llevaren sus mercadurías de un lugar a otro deben ir por los caminos usados, y dar sus derechos donde los hubieren de dar; y si contra esto hicieren caerían en las penas que dicen las leyes de este título.

Ley 2: Cotos y posturas ponen los mercaderes entre sí haciendo jurar y cofradías juntamente para que se ayuden unos a otros, poniendo precio cierto por cuánto darán la vara de cada paño, y por cuánto darán otrosí el peso y la medida de cada una de las otras cosas, y no menos. Otrosí los menestrales ponen coto entre sí por cuántos precio den cada una de las cosas que hacen en sus menesteres; otrosí hacen postura que otro ninguno no labre en sus menesteres sino aquellos que ellos recibieren en sus compañías y aun aquellos que así fueren recibidos, que no acabe el uno lo que el otro hubiese comenzado; y aun ponen coto en otra manera; que no muestren sus menestrales a otros ningunos sino a aquellos que descendieren de sus linajes de ellos mismos. Y porque se siguen muchos males de ello, prohibimos que

tales cofradías y posturas y cotos como estos sobredichos ni otros semejantes de ellos no sean puestos sin conocimiento y con otorgamiento del rey; y si los pusieren, que no valgan, y todos cuantos de aquí adelante los pusieren, pierdan lo que tuvieren, y sea del rey y aún, además de esto, sean echados de tierra para siempre. Otrosí decimos que los jueces principales de la villa, si consintieren en que tales cotos sean puestos, o si desde que fueren puestos nos los hicieren deshacer si lo supieren, o no enviaren decir al rey que los deshaga, que deben pagar al rey cincuenta libras de oro.

Ley 3: Ferias y mercados en que suelen los hombres hacer ventas y compras y cambios no las deben hacer en otros lugares sino en aquellos en que antiguamente las acostumbraron a hacer, fuera de si el rey otorgase por su privilegio poder a algunos lugares de que son hechas nuevamente, que no deben hacer los señores del lugar donde se hacen las ferias apremio ninguno a los mercaderes que a ellas vinieren, demandándoles algún tributo de las cosas que trajeren por razón de la feria ni de otra manera, sino aquellas que les otorga el privilegio por el que les fue otorgada la feria.

Ley 4: Las tierras y los lugares que en suelen los mercaderes llevar sus mercadurías son por ello más ricos y más abundantes y mejor poblados; y por esta razón debe mucho placer a todos con ellos. Por esto mandamos que todos los que vinieren a las ferias de nuestros reinos, tanto cristianos, como moros, como judíos y otrosí los que vinieren en otra sazón cualquiera a nuestro señorío, aunque no vengan a ferias, que sean salvos y seguros sus cuerpos y sus haberes y sus mercadurías y todas sus cosas, tanto en mar como en tierra, viniendo a nuestro señorío, y estando en él, y yéndose de nuestra tierra; prohibimos que ninguno no sea osado de hacerles fuerza, ni daño o mal ninguno.

Y si por ventura alguno hiciese contra esto robando a alguno de ellos lo que trajese o tomándoselo por fuerza, si el robo o la fuerza pudiere ser probada por pruebas o por señales ciertas, aunque el mercader no probase cuáles eran las cosas que le robaron ni cuántas, el juez de aquel lugar donde acaeciere el robo debe recibir declaración jurada considerando primeramente qué hombre es, y qué mercadurías suele traer. Y esto visto, apreciada la cuantía de las cosas sobre las que él da la jura, débele hacer entregar de los bienes de los robadores todo cuanto jurare que le robaron, con los daños y los menoscabos que le vinieron por razón de aquella fuerza que le hicieren, haciendo de los robadores aquella justicia que el derecho manda.

Y si los robadores no pudieren ser hallados, ni los bienes de ellos no cumplieren para hacer la enmienda, el concejo o el señor bajo cuyo señorío es el lugar donde fue hecho el robo, lo debe pagar de lo suyo.

TÍTULO 8: De los alquileres y de los arrendamientos.

Alquilar y vender son dos maneras de pleitos que usan los hombres de comúnmente, y aunque algunos cuidan que son de una manera, sin embargo hay diferencias entre ellos.

Ley 1: Loguero propiamente es cuando un hombre alquila a otro obras que ha de hacer por su persona, y otorgar un hombre a otro poder de usar su cosa y de servirse de ella por cierto precio que le ha de pagar en dineros contados, pues si otra cosa recibiese que no fuese dineros contados, no sería alquiler, más sería contrato innominato. Y arrendamiento, según el lenguaje de España, es arrendar herencia o almojarifazgo o alguna otra cosa por renta cierta que den pie por ello. Y aun hay otra manera a la que dicen afretamiento, que pertenece tan solamente a los alquileres de los navíos.

Ley 3: Obras que hombre haga con sus manos, y bestias y naves para traer mercadurías o para aprovecharse del uso de ellas, y todas las otras cosas que el hombre suele alquilar, pueden ser alquiladas o arrendadas. Otrosí el usufructo de heredad o de vida o de otra cosa semejante puede un hombre arrendar prometiendo dar cada año cierto precio por ella; pero si aquel que arrienda usufructo de esta manera se muriese, no debe pasar el derecho de usar de tal arrendamiento al heredero de aquel que lo había arrendado; antes decimos que se devuelvan al señor de la cosa, y el arrendamiento del usufructo es de tal naturaleza que se acaba en la muerte del que lo tenía arrendado.

Ley 10: Fingen los hombres a veces mostrarse por sabios en cosas de las que no lo son, de manera que se sigue por ellos daño a los que no los conocen y los creen; y por ello decimos que si algún hombre recibiere de alguna piedra preciosa para engastarla en sortija o en otra cosa por precio cierto, y la quebrantase engastándola por no ser sabedor de hacerlo o por otra culpa suya, que debe pagar la estimación de ella a bien vista de hombres buenos y conocedores de estas cosas. Y esto que dijimos de los orfebres se entiende también de los otros menestrales, y de los físicos y de los cirujanos y de los albéitares y de todos los otros que reciben precio por hacer alguna obra o por medicinar alguna cosa, si errasen en ella por su culpa o por falta de saber.

Ley 11: Reciben los maestros salario de sus escolares por enseñarles las ciencias y otrosí los menestrales de sus aprendices para mostrarles sus menesteres; por lo que cada uno de ellos está obligado a enseñar lealmente y castigar con mesura a aquellos que reciben para esto, pero este castigo debe ser hecho mesuradamente y con recaudo, de manera que ninguno de ellos no quede lisiado ni ocasionado por las heridas que le diere su maestro. Y por eso decimos que si alguno contra esto hiciese y diese herida a aquel a quien enseñase de la que muriese o quedase lisiado, si fuere

libre el que recibiere el daño, debe el maestro hacer enmienda de tal yerro como esté a bien vista del juez y de hombres buenos; y si fuere siervo, debe hacer enmienda a su señor pagándole la estimación de lo que valiese si muriese y quedando lisiado, débele pagar cuánto le hallaren en verdad que vale menos por ello con los daños que recibió por razón de aquella herida.

Ley 15: Pastores y los otros que guardan los ganados, si reciben soldada de los señores de ellos por guardarlos, decimos que deben ser acuciosos, y deben trabajar cuanto pudieren por guardarlos bien y lealmente, de manera que no se pierdan ni reciban daño de ninguna cosa por falta de lo que ellos deben hacer; y débenles procurar lugares convenientes y conocer donde supieren que están los buenos pasos y las buenas aguas por donde los traigan según conviene a las sazones del año, tales en los que pueden estorcer sin peligro del frío, ni de las nieves del invierno, ni de los calores del verano. Y los que contra esto hicieren no poniendo tal guarda como es sobredicho en cuanto pudieren y supieren, están obligados a pagar cada uno de ellos al dueño del ganado todo el daño y el menoscabo que le aviniere por su culpa.

TÍTULO 9: De los navíos y del naufragio de ellos.

Navíos de muchas maneras fletan los mercaderes para llevar sus mercadurías de un lugar a otro, y porque a veces por tormenta de mar o por otra ocasión se quebrantan o se pierden y después nacen contiendas entre los mercaderes y los maestros y los marineros en razón del naufragio, queremos aquí decir de los navíos que después son fletados, peligran sobre el mar; y mostraremos qué cosas están obligados a guardar y a hacer los maestros de las naves y los marineros a los mercaderes que se fían en ellos.

Ley 1: Nocheres y maestros y patrones son los hombres principales por cuyo mandato se han de guiar los navíos; y a estos pertenece señaladamente mirar antes de que los navíos entren en la mar, si son calafateados y bien adobados y bien guarnecidos con todos los aparejos que les son menester, así como de velas y de mástiles y de antenas y de anclas y de remos y de cuerdas y de todas las otras cosas que pertenecen a los navíos, según que conviene y necesitan cada uno de ellos. Y aún además de esto, deben llevar consigo tales hombres que sean sabedores para ayudarlos a guiar y a enderezar y a gobernar los navíos, de manera que si no se lo impidiese tempestad o tormenta de la mar, que puedan ir enderezadamente a aquellos puertos lo lugares donde tienen voluntad de ir; y que por culpa de los que han de gobernar y de guiar los navíos, no caigan en peligro los mercaderes ni los otros hombres que los fletaron, de perderse ellos ni sus cosas. Otrosí decimos que deben llevar consigo un escribano que sepa bien escribir y leer, y este tal debe escribir en un cuaderno todas las cosas que cada uno metiere en los navíos, cuántas

son y de qué naturaleza; y este cuaderno tal tienen gran fuerza sobre todas las cosas que son escritas en él, que debe ser creído tanto como carta u otra escritura que fuese hecha por mano de escribano público. Otrosí están obligados a abastecer los navíos de armas y de bizcocho y de agua dulce y de las otras cosas que hubieren menester para su vianda ellos y sus marineros; y deben apercibir a los mercaderes y a los otros hombres que tuvieren que llevar en los navíos que hagan eso mismo, de manera que lleven agua y vianda la que les fuere menester, y aun armas aquellos que las pudieren tener, por defenderse de los corsarios y de los otros enemigos, si menester fuere.

TÍTULO 10: De las compañías que hacen los mercaderes y los otros hombres unos con otros por razón de ganancia.

Compañías hacen los mercaderes y los otros hombres entre sí para poder ganar algo más ligero, juntando su haber en uno; y porque acaece a veces que en la compañía son algunos recibidos por compañeros porque son sabedores y entendidos en comprar y vender, aunque no tengan riquezas con que lo hagan, y otrosí algunos que las tienen son faltos de la sabiduría de este menester; y aun hay otros que, aunque tienen las riquezas y la sabiduría no quieren trabajar en ello por sí mismos.

Ley 1: Compañía es juntamiento de dos hombres o de más, que es hecha con intención de ganar reunidos juntándose los unos con los otros; y nace de ello gran provecho cuando se hace entre hombres buenos y leales, y se ayudan y se socorren los unos a los otros, bien así como si fuesen hermanos. Y hácese la compañía con consentimiento y con otorgamiento de los que quieren ser compañeros y puédese hacer hasta tiempo cierto o por en toda su vida de los compañeros.

Ley 2: Hacerse puede la compañía sobre las cosas convenientes y derechas, así como en comprar y en vender, y cambiar y arrendar y alquilar y en las otras cosas semejantes de estas en que pueden los hombres ganar derechamente. Más sobre cosas inconvenientes no la pueden hacer ni debe, así como para hurtar o robar o matar o dar logro, ni sobre otra cosa ninguna semejante de estas que fuese mala o inconveniente o contra buenas costumbres. Y la compañía que fuese hecha sobre tales cosas no debe valer, ni puede demandar ninguna cosa uno a otro por razón de tal compañía.

TÍTULO 11: De las promesas y de los otros pleitos y posturas que hacen los hombres unos con otros.

Ley 1: Promisión es otorgamiento que hacen los hombres unos a otros por pa-

palabras con intención de obligarse, aviniéndose sobre alguna cosa cierta que deban dar o hacer unos a otros; y tiene muy gran provecho a las gentes cuando se hace derechamente y con razón; y asegúranse los hombres los unos con los otros en lo que prometen, y se obligan a guardarlo; y hácese de esta manera, estando presentes ambos los que quieren hacer el pleito de la promesa, diciendo el uno al otro: "Prometedme dar o hacer tal cosa", diciéndola señaladamente y el otro respondiendo que sí promete o que otorga cumplirlo; y respondiendo por estas palabras o por otras semejantes de ellas, quede por ello obligado, y tiene que cumplir lo que otorga o promete dar o hacer, aunque los que hacen tal pleito no hablen ambos un lenguaje, como si el uno hablase ladino y el otro arábigo, vale la promesa solamente que se entiendan el uno al otro sobre la pregunta y la respuesta. Eso mismo decimos que sería si fuesen dos lenguajes, aunque no se entendiesen el uno al otro; y si estando ambos presentes, firmasen el pleito entre sí y por alguna trujamanía en que se aviniesen ambos, valdría la promesa tanto como si se entendiesen los que hacen el pleito.

TÍTULO 12: De las fianzas y de las cosas que los hombres hacen por mandato de otro o de su voluntad sin mandato de los dueños de ellas.

Fianzas hacen los hombres entre sí porque las promesas y los otros pleitos y las posturas que hicieren sean mejor guardadas. Queremos aquí decir de las fianzas que se hacen por razón de ellas. Y mostraremos qué quiere decir fiador, y a qué tiene provecho; y quién lo puede ser, y por quién y sobre qué cosas y en qué manera debe ser hecha la fianza; y que fuerza tiene y cómo se puede desatar; y después de esto diremos de todas las otras cosas que los hombres hacen unos por otros por su mandato o sin él, de que nace obligación entre ellos, que es como otra manera de fianza.

Ley 1: Fiador tanto quiere decir como hombre que da su fe y promete a otro dar o hacer alguna cosa por mandato o por ruego de aquel que lo mete en la fiadura. Y tiene gran provecho a aquel que la recibe, pues está por ello más seguro de aquello que le han de dar o hacer, porque quedan ambos obligados, tanto el fiador como el deudor principal. Y decimos que puede ser fiador todo hombre que puede hacer promesa para quedar obligado por ella; y otrosí pueden recibir fiadores todos aquellos que pueden recibir promesa.

TÍTULO 13: De los empeños que son empeñados por palabra o calladamente y de todas las otras cosas que pertenecen a esta razón.

Ley 1: Peño es propiamente aquella cosa que un hombre empeña a otro apode-

rándolo de ella, y mayormente cuando es mueble, más según el largo entendimiento de la ley, toda cosa, bien sea mueble o raíz que es empeñada a otro, puede ser dicha peño, aunque no fuese entregado de ella aquel a quien la empeñasen. Y hay tres maneras de empeños: la una es la que los hombres hacen entre sí por su voluntad, empeñando de sus bienes unos a otros por razón de alguna cosa que deban dar o hacer. La otra es cuando los jueces mandan entregar a alguna de las partes parte de los bienes de su contendedor por mengua de respuesta o por razón de rebeldía o por juicio que es dado entre ellos o por cumplir mandamiento del rey; y tales empeños o prendas como estas se hacen como por apremio. Y estas dos maneras de empeño sobredichas se hacen por palabra. La tercer manera de empeños es la que se hace calladamente, aunque no sea allí dicha ninguna cosa, tal como se muestra adelante con los bienes del marido, como son obligados a la mujer como por empeños, por razón de la dote, y de los otros que son obligados al rey por razón de las rentas y los derechos que cogen por él, y de todas las otras razones semejantes de estas.

Ley 3: Santas cosas y sagradas y religiosas, así como la iglesia, y los monumentos y las otras cosas semejantes no las pueden los hombres recibir a empeños ni se pueden obligar, fuera de por cosas señaladas. Otrosí decimos que hombre libre no se puede empeñar, antes decimos que cualquiera que le recibiese en empeños, que debe perder todo lo que diere sobre él, y debe pagar además otro tanto de lo suyo a él o a sus parientes, si por ventura él no fuese vivo. Pero dos casos hay en que podrá hombre libre ser recibido en empeños y quedaría obligado: el primero es si alguno estuviere en cautividad, y él mismo se empeñase a otro para librarse de cautivo; el segundo es si alguno empeñase su hijo por cuita de hambre. Otrosí decimos que hombre libre puede ser dado en rehenes por razón de paz que firmasen algunos entre sí, o por tregua o por otra seguridad semejante de estas.

TÍTULO 14: De las pagas y de los quitamientos y de los descuentos a los que dicen en latín compensatio, y de las deudas que se pagan a aquellos que no las deben haber.

Pagas y quitamientos son dos cosas que por cada una de ellas se desatan las promesas y los pleitos, y las posturas y las obligaciones de las fianzas y de los empeños.

Ley 1: Paga tanto quiere decir como pagamiento que es hecho a aquel que debe recibir alguna cosa, de manera que queda pagado de ella o de lo que le debían dar o hacer. Y quitamiento es cuando hacen pleito al deudor de nunca demandarle lo que él debía, y le quitan el deudo aquellos que lo pueden hacer. Y tienen estas cosas gran provecho al deudor, porque cuando paga la deuda o le libran de ella, quedan libres él y sus fiadores, y los empeños y sus herederos, de la obligación en que eran

obligados por lo que debían dar o hacer.

TÍTULO 15: De cómo tienen los deudores que desamparar sus bienes cuando no pueden pagar lo que deben, y de cómo debe ser revocado el enajenamiento que los deudores hacen maliciosamente de sus bienes.

Ley 1: Desamparar puede sus bienes todo hombre que es libre que estuviere en poder de sí mismo o de otro, no teniendo con qué pagar lo que debe, y débelo desamparar delante del juez. Y este desamparo puede hacer el deudor por sí o por su personero o por carta, reconociendo las deudas que debe, o cuando fuere dada sentencia contra él y no antes, y si de otra manera los desamparase, no valdría el desamparo. Y débelos desamparar a aquellos a quienes debiere algo, diciendo como no tiene de que haga pagamiento; y entonces el juez debe tomar todos los bienes del deudor que desampara lo suyo por esta razón, sino los paños de lino que vistiere, y no le debe otra cosa ninguna dejar.

PARTIDA SEXTA

AQUÍ COMIENZA LA SEXTA PARTIDA DE ESTE LIBRO QUE HABLA DE LOS TESTAMENTOS Y DE LAS HERENCIAS.

Sesudamente dijeron los sabios antiguos que sobrepasan su tiempo aquellos que mientras viven hacen bien su hacienda, tomando guarda en las posturas y en los pleitos que ponen unos con otros; y mucho más mayormente tuvieron que mostraban gran seso los que a su muerte sabían ordenar y poner lo suyo en tal recaudo del que ellos recibiesen placer e hiciesen provecho a su alma, quedando después de su muerte lo suyo sin duda y sin contienda a sus herederos.

TÍTULO 1: De los testamentos.

Testamento es una de las cosas del mundo en que más deben los hombres tener cordura cuando lo hacen, y esto es por dos razones: la una, porque en ellos muestran cuál es su postrimera voluntad; y la otra, porque después que los han hecho, si se mueren, no pueden otra vez tornar a enderezar ni hacerlos de cabo. Queremos decir en este título de la guarda que deben tener los hombres cuando los quisieren hacer y mostrar qué quiere decir testamento; y a qué tiene provecho; y cuántas maneras hay de él; y cómo debe ser hecho y cuáles no pueden ser testigos en él; y quién lo puede hacer y cuándo; y por qué razones se puede revocar; y qué pena deben tener los que impidan a otros que no los hagan.

Ley 1: Testataio mentis son dos palabras de latín que quieren tanto decir en romance como testimonio de la mente del hombre y de estas palabras fue tomado el nombre de testamento y en él se encierra y se pone ordenadamente la voluntad de aquel que lo hace, estableciendo en él su heredero y repartiendo lo suyo en aquella manera que él tiene por bien que quede después de su muerte. Y tiene gran provecho a los hombres el testamento cuando es hecho derechamente, pues luego huelga el corazón de aquel que lo hizo, y quítase por él el desacuerdo que podría acaecer entre los parientes que tuviesen esperanza de heredar los bienes del finado. Y hay dos maneras de testamento: la una es la que llaman en latín testamentum muncupativum, que quiere tanto decir como manda que se hace descubiertamente ante siete testigos, en que demuestra el que lo hace por palabra o por escrito a quién establece por su heredero, y cómo ordena o reparte las otras cosas suyas. La otra manera es la que dicen en latín testamentum in scriptis, que quiere tanto decir como manda que se hace por escrito y no de otra manera. Y tal testamento como este debe ser hecho ante siete testigos que sean llamados y rogados por aquel que lo hace; y

ninguno de estos testigos no debe ser siervo, ni menor de catorce años, ni mujer ni hombre muy mal infamado.

Ley 2: En escrito queriendo alguno hacer su testamento según dice en la ley antes de esta, si por ventura lo quisiere hacer en secreto que no sepa ninguno de los testigos lo que es escrito en él, puédelo hacer en esta manera: debe él por su mano misma escribir el testamento, si supiere escribir, y si no, debe llamar otro cual quisiere en quien se fíe, y mandárselo escribir en su secreto; y después que fuere escrito debe doblar la carta y poner en ella siete cuerdas con que se cierre, de manera que queden colgadas para poner en ellos siete sellos, y debe dejar tanto pergamino blanco de fuera de la dobladura en que puedan los testigos sobreescribir sus nombres. Y después de esto debe llamar y rogar a tales siete testigos como dice en la ley antes de esta, y mostrarles la carta doblada, y decirles así: "Este es mi testamento, ruegos que escribáis en él vuestros nombres y que selléis con vuestros sellos". Y el otrosí debe escribir su nombre o hacerlo escribir en fin de los otros testigos, ante ellos diciendo así: "Otorgo que este es testamento que yo, fulano, hice o mandé escribir".

Ley 9: Atestiguar no pueden en los testamentos aquellos que son dañados por sentencia que fuese dada contra ellos por malas cantigas o dictados que hicieron contra algunos con intención de difamarlos; ni otrosí el que fuese condenado por juicio de los jueces por razón de algún mal hecho que hiciese, así como por hurto o por homicidio o por otro yerro semejante de estos, o por más grave, del que fuese dada sentencia contra él; ni otrosí ninguno de los que dejan la fe de los cristianos y se tornan moros o judíos, y aunque se tornasen después a nuestra fe, a los que dicen en latín apostatas, ni las mujeres, ni los que fuesen menores de catorce años ni los siervos ni los mudos ni los sordos ni los locos mientras que estuvieren en la locura, ni aquellos a quienes es prohibido que no usen de sus bienes porque son gastadores de ellos en mala manera, y estos tales no pueden ser testigos en testamentos. Otrosí no lo puede ser hombre que es siervo de otro, pero si alguno de los testigos que allí se acertaron cuando se hacía algún testamento, andaba aquella sazón por hombre libre, aunque después fuese hallado en verdad que era siervo, no se revocará el testamento por esta razón.

Ley 12. En pergamino de cuero o de papel o en tablas, aunque sean de cera o de otra manera, o en otra cosa en que se pueda hacer escritura y parecer, puede ser escrito el testamento. Y aun decimos que de un testamento puede hombre hacer muchas cartas de un tenor; y de estas cartas puede el testador llevar la una consigo, y las otras puede poner en algún lugar seguro, así como en sacristanía de alguna iglesia o en guarda de algún amigo suyo. Y estas cartas deben ser hechas en una manera, y selladas de unos mismos sellos, y de tantos la una como la otra, de manera

que concuerden las unas con las otras; pero si alguna de ellas fuese menguada, no impide a las otras que fuesen cumplidas.

Ley 13: Todos aquellos a quienes no es prohibido por las leyes de este nuestro libro pueden hacer testamento, y los que no lo pueden hacer son estos: el hijo que está en poder de su padre, aunque el padre se lo otorgase; pero si fuese caballero u otro hombre letrado cualquiera de estos hijos que tenga de los bienes que son llamados peculium castrense, vel quasi castrense, puede hacer testamento de ellos. Otrosí decimos que el mozo que es menor de catorce años y la moza que es menor de doce, aunque no estén en poder de su padre ni de su abuelo, no pueden hacer testamento; y esto es porque los que son de esta edad no tienen entendimiento cumplido. Otrosí el que fuese salido de memoria no puede hacer testamento, mientras que fuere desmemoriado, ni el gastador de lo suyo a quien hubiese prohibido el juez que no enajenase sus bienes; pero si antes de tal prohibición, hubiese hecho testamento, valdría. Otrosí decimos que el que es mudo o sordo desde su nacimiento no puede hacer testamento, pero el que lo fuese por alguna ocasión así como por enfermedad o de esta manera, este tal, si supiese escribir, puede hacer testamento escribiéndolo por su mano misma; mas si fuese letrado y no supiese escribir, no puede hacer testamento, fuera de su manera: si le otorgase el rey que lo escribiese otro alguno por él en su lugar. En eta manera misma podría hacer testamento el hombre letrado que fuese mudo desde su nacimiento, y no fuese sordo, pero esto acaece pocas veces; pero aquel que fuese sordo desde siempre o por alguna ocasión, si este tal pudiere hablar bien, puede hacer testamento.

Ley 31: Muriendo algún peregrino o romero sin testamento o sin manda en casa de algún alberguero, aquel en cuya casa muriese debe llamar hombres buenos de aquel lugar y mostrarles todas las cosas que traía, y ellos estando delante, débelas hacer escribir, no encubriendo ninguna cosa de ellas, ni tomando para sí ni para otro, fuera de aquello que debiere haber con derecho por su hostalaje, o si le hubiera vendido alguna cosa para su vianda. Y si algún hostelero contra esto hiciese, tomando o encubriendo alguna cosa, mandamos que lo pague doblando todo cuanto tomare o encubriere, y que haga de ello el obispo o su vicario así como sobredicho es.

TÍTULO 3: De cómo deben ser establecidos los herederos en los testamentos.

Fundamento y raíz de todos los testamentos de cualquier naturaleza que sean es establecer herederos en ellos, aunque a veces se comienzan de otra manera, según es voluntad de aquellos que los hacen.

Ley 1: Haeredem instituere en latín, tanto quiere decir en romance como establecer un hombre a otro por su heredero, de manera que quede señor de lo suyo después de su muerte, o de alguna partida de ello en lugar de aquel que lo estableció. Y tiene muy gran provecho a aquel que lo establece, porque deja lo suyo a hombre que quiere bien, y pártese su alma de este mundo más holgadamente por ello, y otrosí tiene provecho al heredero porque se le acrecen más los bienes de este mundo por ello.

Ley 2: Establecido puede ser por heredero de otro, emperador o emperatriz, o rey o reina; y otrosí la cámara de cada uno de ellos y la iglesia en cada lugar honrado que fuere hecho para servicio de Dios y a obras de piedad. Y otrosí ciudad o villa o concejo, y todo hombre, bien sea padre, bien sea hijo, o caballero, bien sea cuerdo o loco o mudo o sordo o ciego o gastador de sus bienes o clérigo o lego o monje: y brevemente decimos que todo hombre a quien no le es prohibido por las leyes de este nuestro libro, bien sea libre o siervo, puede ser establecido por heredero de otro.

TÍTULO 4: De las condiciones que pueden ser puestas cuando establecen los herederos en los testamentos.

Ley 1: Condición es una manera de palabra que suelen los que otorgan los testamentos poner o decir en los establecimientos de los herederos, que les aleja el provecho de la herencia o de la manda hasta que aquella condición sea cumplida. Y los que otorgan los testamentos a veces ponen condiciones para establecer los herederos, y a veces, aunque no las pongan, entiéndense calladamente, bien así como si fuesen escritas y puestas... Y aun entre aquellas condiciones que ponen los hombres señaladamente en sus testamentos, de ellas hay que pertenecen al tiempo pasado, y otras al tiempo presente, y otras, al tiempo que es por venir.

Y de aquellas que pertenecen al tiempo que es por venir algunas hay que pueden ser; y algunas, que no, que son dichas en latín *impossibiles*, y de las que no pueden ser, tales las hay que no se pueden cumplir por impedirlo la naturaleza, y tales hay que las impide el derecho; y otras, que resultan imposibles de hecho, y otras hay que no pueden ser, porque son dudosas u oscuras.

Y de las condiciones que pueden ser, algunas hay de ellas que están en poder de los hombres para cumplirlas, y otras hay que están en ventura si serán o no; y otras hay que son mezcladas, que en parte dependen del poder de los hombres, y en parte están en ventura, y hácense por esta palabra, diciendo así: "Hago a fulano mi heredero, si él diere o hiciera tal cosa a tal iglesia", o en otra manera semejante de esta.

TÍTULO 5: De cómo pueden ser establecidos otros herederos en los testamentos en lugar de los que allí fueren puestos primeramente, a los que dicen en latín substitutus.

Ley 1: Substitutus en latín tanto quiere decir en romance como otro heredero que es establecido por el que otorga el testamento en el segundo grado después del primer heredero; y esto sería como si dijese: "Establezco a fulano mi heredero; y si él no quisiere o no lo pudiere ser, séalo fulano en lugar de él". Y a tal sustitución como esta llaman en latín vulgaris, que quiere tanto decir como establecimiento que puede hacer cualquiera del pueblo, y a quien quisiere. Otra sustitución hay a la que dicen en latín pupillaris, que quiere tanto decir como establecimiento que es hecho tan solamente al mozo que es menor de catorce años, o a la moza que es menor de doce años. Y otra manera hay de sustitución, que es llamada en latín exemplaris, que quiere tanto decir como otro establecimiento de heredero, que es hecho a semejanza del que es hecho al huérfano; y puédenla hacer los padres o los abuelos o los que descienden de ellos cuando son locos o desmemoriados, estableciendo los otros por herederos si muriesen en la locura. Otra manera hay que es llamada en latín compendiosa, que quiere tanto decir como establecimiento que es hecho por breves palabras.

TÍTULO 6: De cómo los herederos pueden tener plazo para aconsejarse si tomarán aquella herencia en que fueron establecidos por herederos o no, y de cómo se debe hacer el inventario, y otrosí de como debe ser guardada la mujer después de la muerte de su marido cuando dice que quedó preñada de él.

Ley 1: Deliberare en latín tanto quiere decir en romance como tener hombre acuerdo consigo mismo o con sus amigos si es bien de hacer aquella cosa sobre la que toma plazo para aconsejarse, y tiene gran provecho esta deliberación a los que son establecidos por herederos en testamento de otro, y aun a los otros que tienen derecho de heredar por razón de parentesco los bienes de alguno que muriese sin testamento; y en tal plazo como este, pueden ver si tomando la herencia, les viene de ello provecho o daño.

Ley 5: Inventarium en latín tanto quiere decir en romance como escritura que es hecha de los bienes del finado; y hacen los herederos tal escritura como esta porque después no tengan que pagar las deudas de aquel que heredaron, fuera de en tanto cuantía cuanta montaren los bienes que heredaron del finado. Y deben comenzar a hacer este inventario a treinta días desde que supieren que son herederos del finado, y lo han de acabar hasta tres meses; pero si todos los bienes de la herencia no estuviesen en un lugar, entonces bien les pueden dar plazo de un año, además de los tres meses, para reconocerlos y meterlos en escrito. Y la manera como

debe ser hecha la escritura de tal inventario es esta: que se debe escribir por mano de algún escribano público, y deben ser llamados todos aquellos a quienes mandó el testador alguna cosa en su testamento, que estén presentes cuando hicieren tal escrito. Y en el comienzo de la carta debe el heredero hacer la señal de la cruz y después el escribano ha de comenzar a escribir diciendo así: "En el nombre de Dios Padre e Hijo y Espíritu Santo", y después escribir y poner en el inventario todos los bienes de la herencia; y en el fin de la carta debe escribir el heredero de su mano que todos los bienes del testador son escritos en este inventario lealmente allí, que no hizo ningún engaño; y si por ventura él no supiere escribir, debe rogar a alguno de los escribanos públicos que lo escriba en su lugar antes dos testigos.

Ley 17: Mujeres hay algunas que después que sus maridos son muertos dicen que son preñadas de ellos, y porque en las grandes herencias que quedan después de la muerte de los hombres ricos, podría acaecer que pudieran las mujeres hacer engaño en los partos, mostrando hijos ajenos diciendo que eran suyos, por ello mostraron los sabios antiguos manera cierta por la que se puedan los hombres guardar de esto, y dijeron que cuando la mujer dijese que queda preñada de su marido, que lo debe hacer saber a los parientes mas propincuos de él, diciéndoles como es preñada de su marido; y esto debe hacer dos veces en cada mes desde el tiempo que su marido fue muerto hasta que ellos envíen mirar si es preñada o no; y si por ventura los parientes dudaren en esto, deben enviar cinco buenas mujeres que sean libres que le miren el vientre, de manera que no le palpen contra su voluntad; después pueden enviar que la guarden si quisieren; y la guarda de tal mujer debe ser hecha de esta manera: pues el juez del lugar donde esto acaeciere, si los parientes del muerto lo demandaren, debe buscarle casa de alguna buena dueña y honesta en que more esta mujer hasta que para, y ella, morando en casa de esta buena dueña, cuando estimare que debe parir, débelo hacer saber a los parientes del finado treinta días antes que encaezca, porque ellos envíen otra vez algunas buenas mujeres y honestas que le miren el vientre.

Y en aquella casa donde hubiere de parir, no debe haber más de una entrada, y si más hubiere, débenlas cerrar; y a la puerta de la casa donde está la mujer que dice que es preñada pueden poner los parientes del finado tres hombres y tres mujeres libres, que tengan ellos dos compañeros y ellas dos compañeras que la guarden, y cada vez que hubiere de salir esta mujer de aquella casa a otra que sea dentro en aquella morada para entrar en baño o para otra cosa cualquiera que le sea menester, deben mirar aquellos que la guardan toda la casa donde quiere entrar o lugar donde se quiere bañar, de manera que no esté dentro otra mujer que fuese preñada, o algún niño escondido u otra cosa alguna en que pudiesen recibir engaño; y cuando algún hombre o mujer quisiere entrar a ella, débenlo escudriñar de manera que en su entrada no pueda otrosí ser hecho engaño.

Otrosí decimos que sintiendo la mujer en sí misma tales señales por las que entendiese que era cercana al parto, débelo aun hacer saber otra vez a los parientes de su marido que la envíen a mirar y guardarla si quisieren, y cuando ya fuere cuitada por razón del parto, no debe estar en aquella casa donde ella está hombre ninguno, mas pueden allí estar hasta diez mujeres buenas que sean libres, y hasta seis sirvientas que no sea ninguna de ellas preñada, y otras dos mujeres sabedoras que sean usadas de ayudar a las mujeres cuando paren; y allí deben entonces en aquella casa arder cada noche, hasta que para, tres lumbres, porque no pueda ser hecho algún engaño escondidamente; y cuando la criatura fuere nacida, débenla mostrar a los parientes del marido, si la quisieren ver. Y siendo guardadas estas cosas en la mujer de la que hubiese duda de si era preñada o no, heredará el hijo que naciese de ella después de la muerte de su marido los bienes de él.

TÍTULO 7: De cómo y por qué razones puede hombre desheredar en su testamento a aquel que debía heredar sus bienes; por qué razones puede perder la herencia aquel que fuere establecido por heredero aunque no lo desheredasen.

Ley 1: Desheredar es cosa que quita a hombre el derecho que tenía que heredar los bienes de su padre o de su abuelo o de otro cualquiera que le toque por parentesco; y esto sería como si el testador dijese: "Desheredado mi hijo, o mando que sea extraño de todos mis bienes por tal yerro que me hizo". Y eso mismo sería si tales palabras dijese contra su nieto o contra otro cualquier que debiese heredar de derecho.

Ley 2: Todo hombre que puede hacer testamento tiene poder de desheredar a otro de sus bienes, pero si el testamento en que fuese alguno desheredado se rompiese por alguna razón derecha, o lo revocase aquel que lo hizo, o se desatase por razón de que los herederos que eran escritos en él no quisiesen entrar la herencia del testador, entonces el que fuese desheredado en tal testamento no lo impediría; y pues que el testamento no valiese, no valdría otrosí el desheredamiento que fuese hecho en él. Otrosí decimos que todos aquellos que descienden por la línea derecha pueden ser desheredados por aquel mismo de quien descienden si hicieren por qué, y fueren de diez años y medio al menos: y aun todos los otros que suben por la línea derecha pueden ser desheredados de los que descienden de ella, de los bienes que pertenecen a los hijos o a los nietos tan solamente por esa misma razón; y todos los otros parientes que son en la línea de través, aunque los unos pueden heredar a los otros siendo los más propincuos, si no hubieren hijos o si murieren sin testamento, con todo esto cualquiera de ellos que haga testamento puede desheredar en él a los otros si quisiere, tanto con razón como sin razón, y puede establecer a otro extraño

por su heredero, y heredará todos sus bienes, aunque no quieran estos parientes tales, y aunque el testador no hiciese mención de ellos en su testamento.

Ley 3: El desheredamiento debe ser hecho nombrándolo por su heredero por su nombre o por su sobrenombre o por otra señal cierta, debe el testador desheredar a cualquier de los que descienden de él por la línea directa cuando lo quiere hacer, bien sea varón, bien sea mujer, o sea en su poder o no, y de manera que ciertamente puedan saber cuál es aquel que deshereda. Otrosí decimos que cuando el testador tiene un hijo tan solamente a quien quiere desheredar y decirle mal, que lo puede hacer diciendo así: "El malo y el ladrón y el matador que no merece ser llamado mi hijo, desherédolo por tal yerro que me hizo". y tal desheredamiento como este tanto vale como si lo nombrase señaladamente cuando lo desheredase. Y cualquiera a quien desheredasen debe ser desheredado sin ninguna condición, y de toda herencia lo deben desheredar, y no de una cosa tan solamente; y si así no lo hiciesen, no valdría.

TÍTULO 9: De las mandas que los hombres hacen en sus testamentos.

Mandas hacen los hombres en sus testamentos por sus almas o por hacer bien a algunos con quienes tiene deudo de amor o de parentesco.

Ley 1: Manda es una manera de donación que deja el testador en su testamento o en codicilio a alguno por amor de Dios y de su alma, o por hacer algo a quien deja la manda. Otra donación hacen, a la que dicen en latín donatio causa mortis, que quiere tanto decir como cosa que da el testador a otro, cuidándose morir. Otrosí decimos que a todos aquellos puede ser dejada manda, que pueden ser establecidos por herederos; y cuáles son los que pueden esto hacer y cuáles no, lo mostramos cumplidamente en las leyes que hablan en esta razón. Pero decimos que aunque acaeciese que alguno hubiese tal embargo en el tiempo que le mandasen algo en el testamento, que entonces no lo pudiese haber de derecho, si en el tiempo que muriese el testador fuese libre de aquella razón que se lo embargaba, no debe perder la manda que le fuese dejada, antes la debe tener.

TÍTULO 10: De los testamentos que han de cumplir las mandas.

Testamentarios son llamados aquellos que han de seguir y cumplir las mandas y las voluntades de los difuntos, que dejan en sus testamentos.

Ley 1: Cabezaleros y testamentarios y mansesores, comoquiera que tienen nombres distintos, el oficio de ellos uno es; y en latín llámanlos fideicommissarios, porque en la fe y en la verdad de estos hombres tales dejan y encomiendan los que

otorgan los testamentos hechos de sus almas. Y tienen gran provecho estos tales cuando hacen su oficio lealmente, y se cumplen más pronto por acucia de ellos las mandas que son puestas en los testamentos; y puédenlos establecer para esta estando ellos presentes ante los que otorgan los testamentos, y aunque no lo estén.

TÍTULO 12: De los escritos que hacen los hombres en su muerte, a los que llaman codicillos.

Codicillos dicen en latín a una manera de escritos pequeños que hacen los hombres después que han hecho sus testamentos para crecer o menguar o mudar alguna de las mandas que habían hecho en ellos.

Ley 1: Codicilos en latín tanto quiere decir en romance como escritura breve que hacen algunos hombres después que han hecho sus testamentos o antes. Y tal escritura como esta tienen gran provecho, porque puede hombre menguar o crecer las mandas que hubiese hecho en el testamento; o puédela hacer todo hombre que sea mayor de catorce años y la mujer de doce años, solamente que no sea de aquellos a quienes es prohibido. Y puede ser hecho el codicilo en escrito o sin él, solo que se acierten allí cinco testigos cuando lo hacen; y pueden ser mandadas en él todas las cosas que pueden ser dejadas en el testamentos por razón de manda.

Ley 3: Diferencia hay muy grande entre los codicilos y los testamentos, pues los codicilos bien se pueden hacer, aunque no pongan en ellos sellos lo que los hacen ni los testigos que se acertaren, mas puédenlos hacer ante cinco testigos. Y puede hombre hacer muchos codicilos y no revocará el uno al otro, fuera de si dijere señaladamente aquel que lo hiciere que el codicilo que había hecho primeramente, que no quiere que valga. Otrosí decimos que el codicilo no se revoca aunque nazca después hijo a aquel que lo hizo, mas en los testamentos que se hacen en escrito el contrario es de esto; y débense hacer ante siete testigos rogados que se pongan en él sus sellos, y el testamento primero se revoca por el postrimero, y otrosí se quebranta cuando naciere después hijo al que lo hace.

TÍTULO 13: De las herencias que hombre puede ganar por razón de parentesco cuando el señor de ellas muere sin testamento.

Ley 1: *Ab intestato* es palabra de latín que quiere tanto decir en romance como hombre que muere sin testamento; y esto puede ser en cuatro maneras: La primera es cuando un hombre muere y no hace testamento. La segunda es cuando hace testamento no cumplido, no guardando la forma que debe ser guardada en hacerlo. La tercera es cuando el testamento que hizo se rompió por algún hijo que nació después

al testador, del cual hijo no hizo mención en el testamento; o si por ventura aquel que hizo testamento se dejó prohijar por otro, de manera que pase a poder de aquel que lo prohijó. La cuarta es cuando hace testamento acabado y establece heredero en él, y aquel heredero no quiere la herencia desechándola.

Ley 2: Tres grados o líneas de parentesco: la una es de los descendientes, así como los hijos y los nietos y los otros que descienden por ella, la otra es de los ascendientes, así como el padre y el abuelo y los otros que suben por ella; la tercera es de los de través, así como los hermanos y los tíos y los que nacen de ellos.

TÍTULO 14: De cómo debe ser entregada la tenencia o el señorío de la herencia del finado al heredero, bien que la demande por razón de testamento o de parentesco.

Ley 1: Entrega tanto quiere decir como apoderamiento corporal que recibe el heredero de los bienes de la herencia que le pertenece; y puédese demandar la entrega de tales bienes en dos maneras: la primera, cuando el heredero demanda tan solamente la posesión y la tenencia de los bienes de la herencia; la segunda, cuando demanda en uno la propiedad y la posesión de ella. Y tiene muy gran provecho tal entrega al heredero porque gana luego el señorío de ella cuando se hace con derecho; y aun porque siempre es de mejor condición el que tiene la cosa que el que la demanda.

TÍTULO 15: De cómo debe ser partida la herencia y otrosí cómo se deben amojonar las heredades cuando contienda acaeciere y sobre ellas en esta razón.

Ley 1: Partición es reparto que hacen los hombres entre sí de las cosas que tienen comunalmente por herencia o por otra razón; y viene de ellos gran provecho cuando es hecha derechamente; y acaecen por ellas desacuerdos muy grandes que nacen entre los hombres a veces por razón de las cosas que tienen en común y tiénese cada uno por pagado con su parte cuando la tiene y alíñala mejor y aprovéchase más de ella.

Ley 2: Cada uno de los herederos que tienen derecho de heredar los bienes del finado puede demandar a los otros que los partan entre sí, y deben ser partidos estos bienes según que mandó el testador en su testamento cuando lo hizo, o si murió sin manda deben partir la herencia de él según dicen las leyes. Pero si en los bienes del testador fueren halladas algunas cosas malas, así como ponzoña o malas hierbas o dañosas medicinas o libros o escrituras de encantamientos malos y otras cosas que aquellas estén prohibidas que no usen los hombres de ellas, no las deben partir entre

sí, antes decimos que las deben quemar y destruir. Otrosí si hallaren en los bienes de la herencia algunas cosas que fuesen mal ganadas decimos que deben tornar y dar estas cosas tales a aquellos cuyas fueron o a los que lo suyo hubieren de heredar; y si supieren ciertamente cuyas fueron estas cosas que fuesen asignadas, entonces se deben dar por Dios, porque el alma de aquel que así las ganó no sea penada por ellas.

TÍTULO 16: De cómo deben ser guardados los huérfanos y los bienes que heredan después de la muerte de sus padres.

Ley 1: Tutela en latín tanto quiere decir en romance como guarda que es dada y otorgada al huérfano libre, menor de catorce años, y a la huérfana menor de doce, que no se pueden ni saben amparar; y tal guarda como esta otorga el derecho a los guardadores sobre las cabezas de los menores, aunque no quieran o no la demanden ellos. Pero si pleito fuese movido de servidumbre a algún mozo de esta edad, bien le puede el juez dar un guardador que le ampare la libertad y lo suyo. Otrosí decimos que el guardador debe ser dado para guardar la persona del mozo y sus bienes, y no debe ser puesto por una cosa o por un pleito señalado tan solamente.

Ley 2: En tres maneras pueden ser establecidos los guardadores de los mozos que queden huérfanos. La primera es cuando el padre establece guardador de su hijo en su testamento, al que llaman en latín tutor testamentarius, que quiere tanto decir como guardador, que es dado en testamento, de otro. La segunda es cuando el padre no deja guardador del hijo en su testamento y tiene pariente, pues entonces las leyes otorgan que sea guardador del huérfano el que es más cercano pariente; y este tal se llama en latín tutor legitimus, que quiere tanto decir como guardador que es dado por ley y derecho. La tercer manera es cuando el padre no deja guardador a su hijo ni tiene pariente cercano que le guarde, o si lo tiene es impedido en alguna manera que no lo puede o no lo quiere guardar; y entonces el juez de aquel lugar le debe dar por guardador algún hombre bueno y leal, y a este guardador le dicen en latín tutor dativus, que quiere tanto decir como guardador que es dado por albedrío del juez.

Ley 16: Esforzarse debe el guardador de hacer al mozo que tuviere en guarda que aprenda buenas maneras; y también débele hacer aprender a leer y escribir; y después de esto débelo poner que aprenda y use aquel mester que más le conviniere, según su naturaleza y la riqueza y el poder que tuviere. Y debe guardarle y atenderlo dándole de comer y de vestir y las otras cosas que menester le fueren, según entendiere que lo debe hacer, cuidando siempre que lo haga según los bienes que recibió de él.

SÉPTIMA PARTIDA

Aquí se comienza la setena partida de este libro, que habla de todas las acusaciones y malfetrías que los hombres hacen, por las que merecen recibir pena.

Olvido y atrevimiento son dos cosas que hacen a los hombres errar mucho, pues el olvido los conduce a que no se acuerden del mal que les puede venir por el yerro que hicieron y el atrevimiento les da osadía para cometer lo que no deben; y de esta manera usan el mal de manera que se les torna como en naturaleza, recibiendo en ello placer.

Y porque tales hechos como estos se hacen con soberbia, deben ser escarmentados crudamente, porque los que los hacen reciban la pena que merecen, y los que lo oyeren se espante y tomen de ello escarmiento por el que se guarden de hacer cosa que reciban otro tal

TÍTULO 1: De las acusaciones que se hacen sobre los malos hechos, y de las denuncias, y del oficio del juez que tiene que perseguir los malos hechos.

Ley 1: Propiamente es dicha acusación por fazamiento que un hombre hace a otro ante el juez afrontándole de algún yerro que dice que hizo el acusado, y pidiéndole que le haga venganza de él. Y tiene gran provecho tal acusación a todos los hombres de la tierra comunalmente, pues por él, cuando es probado, se escarmienta derechamente el malhechor, y recibe venganza de él aquel que recibió el daño y además los otros hombres que lo oyeren se guardarán después de hacer cosas por las que puedan ser acusados.

Ley 2: Acusar puede todo hombre a quien no le es prohibido por las leyes de este libro nuestro. Y aquellos que no pueden acusar son estos: la mujer y el niño que es menor de catorce años, y el alcalde o el merino o el adelantado que tenga oficio de justicia. Otrosí decimos que no puede acusar a otro aquel que es dado por de mala fama, ni aquel a quien fuese probado que dijera falso testimonio, o que recibiera dineros porque acusase a otro, o que desampárese por ellos la acusación que hubiese hecho. Otrosí decimos que hombre que es muy pobre, que no tiene por valor de cincuenta maravedís, no puede hacer acusación, ni los que fueren compañeros en hacer algún yerro no puede acusar el uno al otro sobre aquel mal que hicieron juntos; ni el que fue siervo al señor que le dio la libertad; ni el hijo o el nieto al padre o al abuelo; ni el hermano a sus hermanos, ni el criado o el sirviente o el familiar a aquel que lo crió o en cuya compañía vivió haciéndole servicio o guardándolo.

Ley 7: Acusado puede ser todo hombre mientras viviere de los yerros que hu-

hubiese hecho, mas después que fuese muerto no podría ser hecha acusación de él, porque la muerte desata y deshace, tanto a los yerros como a los que los han hecho, aunque la fama quede. Pero en pleito de traición que alguno hubiese hecho contra la persona del rey, o contra el provecho comunal de la tierra o por razón de herejía, bien puede hombre ser acusado después de su muerte.

Ley 12: Libre siendo algún hombre por sentencia valedera de algún yerro sobre el cual lo hubiesen acusado, de allí adelante no lo podría otro ninguno acusar sobre aquel yerro, fuera de si probase contra él que se hiciera él mismo acusar engañosamente sacando y trayendo algunas pruebas que no supiesen el hecho para que lo diesen por libre del yerro o del mal de que él se hizo acusar.

Ley 14: Cuando un hombre quisiere acusar a otro, débelo hacer por escrito, y en la carta de acusación debe ser puesto el nombre del acusador y el de aquel a quien acusa, y el del juez ante quien la hace, y el yerro que hizo el acusador, y el mes y el lugar donde fue hecho el yerro de que le acusa. Y el juez debe recibir tal acusación, y escribir el día en que se la dieron, recibiendo luego la jura del acusador que no se mueve maliciosamente a acusar, mas que cree que aquel a quien acusa, que es en culpa y que hizo aquel yerro de que le hace la acusación; y después de esto debe aplazar al acusado y darle traslado de la demanda, señalándole plazo de veinte días en el que venga a responder a ella.

Ley 26: La persona del hombre es la más noble cosa del mundo y por ello decimos que todo juez que hubiere de conocer de un tal pleito sobre el que pudiese venir muerte o pérdida de miembro, que debe poner guardia muy ahincadamente que las pruebas que recibiere sobre tal pleito, que sean leales y verdaderas y sin ninguna sospecha, y que los dichos y las palabras que dijeren afirmando, sean ciertas y claras como la luz, de manera que no pueda venir sobre ellas duda ninguna. Y si las pruebas que fuesen dadas contra el acusado no dijesen ni atestiguasen claramente el yerro sobre el que fue hecha la acusación, y el acusado fuese hombre de buena fama, débelo el juez librar por sentencia. Y si por ventura fuese hombre mal afamado, y otrosí hallase por las pruebas algunas presunciones contra él, bien le puede entonces hacer atormentar de manera que pueda saber la verdad de él. Y si ni por su conocimiento ni por las pruebas que fueren aducidas contra él, no le hallare culpa de aquel yerro sobre el que fue acusado, débelo dar por libre, y dar al acusador aquella misma pena que diera al acusado, fuera de si el acusador hubiese hecho la acusación sobre daño que hubiese hecho a él mismo o sobre muerte de su padre o de su madre. Eso mismo decimos que sería si el marido acusase a otros por razón de muerte de su mujer, o si ella hiciese acusación de muerte de su marido, aunque no lo probase, no le deben dar ninguna pena en el cuerpo, porque estos tales se mueven por derecha razón y con dolor a hacer estas acusaciones, y no maliciosamente.

TÍTULO 2: De las traiciones.

Traición es una de los mayores yerros y denuestos en que los hombres pueden caer: y tanto la tuvieron por mala los sabios antiguos que conocieron las cosas derechamente, que la semejaron con la lepra. Otrosí en aquella misma manera hace la traición en la fama del hombre; ella la daña y la corrompe de manera que nunca se puede enderezar; y condúcelo a gran alejamiento y extrañamiento de aquellos que conocen derecho y verdad, y ennegrece y mancilla la fama de los que de aquel linaje descienden, aunque no tengan en ello culpa, de manera que siempre quedan infamados por ello.

Ley 1: Laese maiestatis crimen, en latín tanto quiere decir en romance como yerro de traición que hace hombre contra la persona del rey. Y traición es la más vil cosa y la peor que puede caer en corazón de hombre, y nacen de ella tres cosas que son contrarias de la lealtad, y son estas: injusticia, mentira y vileza. La traición tanto quiere decir como traer un hombre a otro, bajo semejanza de bien, a mal; y es maldad que echa fuera de sí la lealtad del corazón del hombre; y caen los hombres en yerro de traición de muchas maneras. La primera y la mayor y la que más fuertemente debe ser escarmentada es si se trabaja algún hombre en la muerte de su rey o en hacerle en vida perder la honra de su dignidad; trabajándose con enemiga que sea otro el rey, y que su señor sea desapoderado del reino. La segunda manera es si alguno se pone con los enemigos para guerrear o hacer mal al rey o al reino, o les ayuda de hecho o de consejo, o les envía carta o mandado por el que los aperciba de algunas cosas contra el rey, a daño de la tierra. La tercera manera es si alguno se trabajase de hecho o de consejo que alguna tierra o gente que obedeciese a su rey, se alzase contra él, o a que no le obedeciese tan bien como solía. La cuarta es cuando algún rey o señor de alguna tierra que es fuera de su señorío quiere dar al rey la tierra de donde es señor, o le quiere obedecer dándole parias o tributos, y alguno de su señorío lo estorba de hecho o de consejo. La quinta es cuando el que tiene por rey castillo o villa u otra fortaleza se alza con aquel lugar, o lo da a los enemigos, o lo pierde por su culpa o por algún engaño que él hace; ese mismo yerro haría el rico hombre o caballero u otro cualquiera que abasteciese con vianda o con armas algún lugar fuerte para guerrear contra el rey o contra el provecho comunal de la tierra, o si entregase otra ciudad o castillo, aunque no lo tuviese por el rey. La sexta es si alguno desamparase al rey en batalla y se fuese a los enemigos o a otra parte, o se fuese de la hueste de otra manera sin su mandado antes del tiempo que debía servir, o si derranchase comenzando a lidiar con los enemigos engañosamente, sin mandado del rey y sin su sabiduría; o si descubriese a los enemigos secretos del rey en daño de él. La setena es si alguno hiciese bullicio o levantamiento en el reino, haciendo juras o cofradías de caballeros o de villas contra el rey, de las que naciese daño a él o a la tierra. La octava es si alguno matase a alguno de los adelantados mayores del

reino o de los consejeros honrados del rey o de los caballeros que son establecidos para guardar su cuerpo, o de los jueces que tienen poder de juzgar por su mandado en su corte. La novena es cuando el rey asegura a algún hombre señaladamente, o a la gente de algún lugar o alguna tierra, y otros de su señorío quebrantan aquella seguridad que él dio, matando o hiriendo o deshonrándolos contra su defensa, fuera de si lo hubiesen de hacer en contra de su voluntad, tornando sobre sí o sobre sus cosas. La décima es si a todos o a alguno de ellos, o los hace huir. La oncena es cuando algún hombre es acusado o puesto a recaudo sobre hecho de traición, y otro alguno lo suelta o hace para que huya. La docena es si el rey quita el oficio a algún adelantado o a otro oficial de los mayores y establece otro en su lugar, y el primero está rebelde, que no quiere dejar el oficio o las fortalezas con las cosas que le pertenecen, ni recibir al otro en él por mandato del rey. La trecena es cuando alguno quebranta o hiere o derriba maliciosamente alguna imagen que fue hecha y enderezada en algún lugar por honra o semejanza del rey. La catorcena es cuando alguno hace falsa moneda o falsea los sellos del rey. Y sobre todo decimos que cuando alguno de los yerros sobredichos es hecho contra el rey o contra su señorío o contra provecho comunal de la tierra es propiamente llamada traición; y cuando es hecha contra otros hombres es llamado aleve, según fuero de España.

Ley 2: Cualquier hombre que hiciese alguna de las maneras de traición que dijimos o diere ayuda o consejo que la hagan, debe morir por ello, y todos sus bienes deben ser para la cámara del rey, sacada la dote de su mujer y los deudos que hubiese de dar, y lo que hubiese ganado hasta el día que comenzó a andar en traición. Y además todos sus hijos que son varones deben quedar infamados para siempre. Pero las hijas de los traidores bien pueden heredar hasta la cuarta parte de los bienes de sus padres; y esto es porque no debe hombre estimar que las mujeres hiciesen traición ni semejasen en esto tan de ligero a su padre como los varones; y por eso no deben sufrir tan gran pena como ellos.

TÍTULO 3: De los retos.

Rétanse los hijosdalgo según costumbre de España cuando se acusan los unos a los otros sobre yerro de traición o de alevosía.

Ley 1: Riepto es acusación que hace un hidalgo a otro delante de la corte echándole en cara la traición o la alevosía que hizo. Y tomó este nombre de repeto, que es una palabra del latín que quiere tanto decir como recontar la cosa otra vez diciendo la manera como la hizo. Y este reto tiene provecho a aquel que lo hace, porque es medio para alcanzar derecho por él del daño o de la deshonra que le hicieren.Y aun tiene provecho a los otros que lo ven y lo oyen, y toman apercibimiento para guardarse de hacer tal yerro por que no sean afrontados en tal manera

como ésta.

Ley 2: Retar puede todo hombre hijodalgo por daño o deshonra en que caiga traición o alevosía que le haya hecho otro hijodalgo. Y esto puede hacer él por sí mismo mientras fuere vivo. Y si fuere muerto el que recibió la deshonra, puede retar el padre por el hijo, y el hijo por el padre, y el hermano por el hermano; y si tales parientes no hubiere, puédelo hacer el más cercano pariente que quedare del muerto. Y aun puede retar el vasallo por el señor y el señor por el vasallo; y cada uno de los amigos puede responder por su amigo cuando es retado. Y débese hacer el reto ante el rey y delante de la corte, y no ante ricohombre, ni merino ni otro oficial del reino, porque otro ninguno no tiene poder de dar al hidalgo por traidor ni por alevoso, ni librarlo del reto, sino el rey tan solamente por el señorío que tiene sobre todos.

Ley 4: Quien quisiere retar a otro débelo hacer en esta manera: viendo primeramente si aquella razón por la que quiere retar es tal que resulte de ello traición o alevosía, y otrosí debe ser cierto si aquel contra quien quiere hacer el reto es en culpa y después que fuere cierto y sabedor de estas dos cosas, débelo primeramente mostrar al rey en secreto diciéndole así: "Señor, tal caballero hizo tal yerro que pertenece a mí acusarlo, y pídoos por merced que me otorguéis que lo pueda retar por ello". Y entonces el rey débele aconsejar si es cosa que pueda llevar adelante; y aunque responda que tal es, débele aconsejar que se avenga con él, Y si enmienda le quisiere hacer de otra manera sin reto, débele mandar que la reciba, dándole para ello plazo de tres días, y en este plazo se pueden avenir sin acusación, sino se avinieren del tercer día en adelante, débele hacer emplazar para delante del rey; y entonces puédelo retar delante de la corte públicamente, estando allí delante a lo menos doce caballeros, diciendo así: "Señor, fulano caballero, que está aquí ante vos, hizo tal traición o tal alevosía y digo que es traidor por ello o alevoso". Y si ello quisiere probar por testigos o por cartas o por pesquisa, débelo luego decir; y si se lo quisiere probar por lid, entonces diga que le meterá allí las manos y se lo hará decir, o lo matará o le echará del campo por vencido.

TÍTULO 4: De las lides que se hacen por razón de los retos.

Lid es una manera de prueba que usaron antiguamente los hombres cuando se querían defender por armas del mal sobre el que los retaban.

Ley 1: Manera de prueba es, según costumbre en España, la lid que manda hacer el rey por razón de reto que es hecho ante él, aviniéndose ambas partes a lidiar, pues de otra manera el rey no lo mandaría hacer. Y la razón por la que fue hallada la lid es esta, pues tuvieron los hijosdalgo de España que mejor les era defender su derecho o su lealtad por las armas, que meterlo a peligro de pesquisa o

de falsos testigos. Y hay dos maneras de lid que acostumbraron hacer en razón de prueba; la una es la que hacen los hijosdalgo entre sí lidiando con caballos, la otra es la que suelen hacer de pie los hombres de las villas y de las aldeas, según el antiguo fuero que solían usar.

Ley 2: Lidiar pueden el retador y el retado cuando se aviniesen en la lid, y tienen que lidiar sobre aquellas razones sobre las que fue hecho el reto. Y esto deben hacer por mandado del rey, y en aquel tiempo que les fuere señalado para ellos. Y debe el rey darles el plazo y señalarles día en que lidien y mandarles con qué armas se combatan, y darles fieles que les señalen el campo, y lo amojonen y les amuestren para que entiendan y sepan ciertamente por qué lugares están los mojones del campo de los que no han de salir, sino por mandado del rey o de los fieles; y después que esto hubieren hecho, hanlos de meter en medio del campo y partirles el sol.

Y débenles decir a ambos, antes que se combatan, cómo han de hacer; y deben ver si tienen aquellas armas que el rey les mandó o más o menos. Y hasta que los fieles se partan de entre ellos, cada uno puede mejorar en caballo y en armas; y desde que ellos tuvieren los caballos y las armas que menester hubieren, deben los fieles salir del campo, y estar allí cerca para ver y oír lo que hicieren y dijeren. Y entonces debe el retador acometer primeramente al retado, pero si el retador no le acometiese, puede el retado acometer a él, si quisiere.

Ley 4: Salirse no puede del campo el retador ni el retado sin mandado del rey o de los fieles, y cualquier que contra esto hiciere, saliendo de allí o por su grado o por su fuerza del otro combatiente, sea vencido. Y si por maldad del caballo o por rienda quebrada o por otra ocasión manifiesta, según bien vista de los fieles, contra su voluntad y no por fuerza del otro combatiente saliere alguno de ellos del campo, si luego que pudiere, a caballo o de pie tornare al campo, no será vencido por tal salida.

Y si el retador fuere muerto en el campo, el retado queda libre del reto, aunque el retador no se haya desdicho. Y si el retado muriese en el campo, y no se otorgase por alevoso o no otorgase que hizo el hecho por el que fue retado, muera libre del reto; la razón es que sea libre quien, defendiendo la verdad, recibió muerte. Otrosí decimos que es libre el retado si el retador no le quisiere acometer; y abúndale que está aparejado en el campo para defender su derecho.

Y aun decimos que cuando el retador matare en el campo al retador o el retado al retador, que el vivo no quede enemigo de los parientes del muerto por razón de aquella muerte; y el rey débelo hacer perdonar y asegurar a los parientes del muerto, si de alguno se temiere.

TÍTULO 5: De las cosas que hacen los hombres por las que valen menos.

Ley 1: Usan los hombres decir en España una palabra que es valer menos: y menos valer es cosa que el hombre que cae en ella no es par de otro en corte de señor ni en juicio. Y viene gran daño a los que caen en tal yerro pues no pueden de allí en adelante ser pares de otros en lid; ni en hacer acusación, ni testimonio ni en las otras honras a las que los buenos hombres deben ser acogidos.

Ley 2: Caen los hombres en yerro que es dicho menos valer, según la costumbre usada en España de dos maneras: la una es cuando hacen pleito y homenaje y no lo cumplen; como si dice un hombre a otro: "Yo os hago pleito y homenaje que os dé tal cosa u os cumpla tal pleito" diciendo ciertamente cual es, "y si no, que sea traidor o alevoso por ello". Pues si no cumple el pleito o no da la cosa al día que prometió, vale menos; mas con todo eso no cae en pena de traición ni de alevosía por ello. Y en este yerro no puede caer ningún hombre sino hace tal hecho por el que lo deba ser. La segunda manera es cuando el hidalgo se desdice en juicio o por corte de la cosa que dijo. Y aun hay otras maneras muchas por las que los hombres valen menos según las leyes antiguas.

TÍTULO 6: De los infamados.

Infamados son algunos hombres por otros yerros que hacen que no son tan grandes como los de las traiciones y de las alevosías.

Ley 1: Fama es buen estado del hombre que vive derechamente según ley y buenas costumbres, no teniendo en sí mancilla ni maldad. E infamamiento tanto quiere decir como porfazamiento que es hecho contra la fama del hombre, y que dicen en latín infamia. Y hay dos maneras de infamamiento: la una es la que nace del hecho tan solamente; la otra nace de ley que los da por infamados por los hechos que hacen.

Ley 2: Infamado es de hecho aquel que no nace de casamiento derechurero según la santa iglesia manda. Eso mismo sería cuando el padre infamase a su hijo en su testamento diciendo algún mal de él; o cuando el rey o juez dijesen públicamente a alguno que hiciese mejor vida de la que hace no juzgándolo, mas aconsejándolo, o si dijese contra algún abogado o a otro hombre cualquiera advirtiéndole que se guardase de no acusar a ninguno a tuerto pues le semejaba que lo hacía metiendo los hombres a ello. Eso mismo sería cuando algún hombre que fuese de creer anduviese infamando a otro y descubriéndolo en muchos lugares de algunos males que hacía o había hecho, si las gentes lo creyesen o lo dijesen después así. Otrosí decimos que si alguno fuese condenado por sentencia del juez que tornase o enmendase alguna cosa que hubiese tomado a otro por fuerza o por hurto, que es in-

famado por ello de hecho.

Ley 3: Siendo la mujer casada hallada en algún lugar que hiciese adulterio con otro, o si se casase por palabras de presente o hiciese maldad de su cuerpo antes que se cumpliese el año en que muriera su marido, es infamada por derecho. En ese mismo infamamiento caería el padre si antes que pasase el año en que fuese muerto su yerno, casase a su hija que fuera mujer de aquel, a sabiendas. Y moviéronse los sabios antiguos por dos razones a vedar a la mujer que no casase en este tiempo después de la muerte de su marido. La primera es porque sean los hombres ciertos que el hijo que nace de ella es del primero marido. La segunda es porque no puedan sospechar contra ella, pues que casa tan pronto, que fue en culpa de la muerte de aquel con quien estaba antes casada.

Ley 4: Leno en latín tanto quiere decir en romance como alcahuete; y tal hombre como este, bien sea que tenga sus siervas u otras mujeres libres en su casa mandándoles hacer maldad de sus cuerpos por dinero, bien sea que ande en otra manera por trujamanía alcahueteando o sonsacando las mujeres para otro por algo que le den, es infamado por ello.

Otrosí son infamados los juglares, y los remedadores y los que hacen los zaharrones, que públicamente ante el pueblo cantan o bailan o hacen juegos por precio que les den; y esto es porque se envilecen antes todos por aquello que les dan. Mas lo que tañasen instrumentos o cantasen por solazar a sí mismos o por hacer placer a sus amigos o dar alegría a los reyes o a los otros señores, no serían por ello infamados. Y aun decimos que son infamados los que lidian con bestias bravas por dineros que les dan; y eso mismo decimos que los son los que lidiasen uno con otro por precio que recibiesen por ella, pues estos son tales, pues que sus cuerpos aventuran por dineros en esta manera, bien se entiende que harían ligeramente otra maldad por ellos.

Pero cuando un hombre lidiase con otro sin precio por salvar a sí mismo o a algún amigo, o con bestia brava por probar su fuerza, entonces no sería infamado por ello, antes ganaría prez de hombre valiente y esforzado. Otrosí decimos que sería infamado el caballero a quien echasen de la hueste por yerro que hubiese hecho, o al que quitasen honra de caballería, cortándole las espuelas o la espada que tuviese ceñida.

Eso mismo sería cuando el caballero que se debe ocupar en hecho de armas, arrendase heredades ajenas en manera de merca. Otrosí son infamados los usureros y todos aquellos que quebranten pleitos o posturas que hubiesen jurado guardar, y todos lo que hacen pecado contra natura, pues por cualquier de estas razones sobredichas es el hombre infamado tan solamente por el hecho, aunque no sea dada sentencia contra él, porque la ley y el derecho los infama.

TÍTULO 7: De las falsedades.

Una de las grandes maldades que hombre puede haber en sí es hacer falsedad, pues de ella siguen muchos males y grandes daños a los hombres.

Ley 1: Falsedad es mudamiento de la verdad. Y puédese hacer la falsedad en muchas maneras, así como si algún escribano del rey u otro que fuese notario público de algún concejo hiciese privilegio o carta falsa a sabiendas, o rayase o cancelase o mudase alguna escritura verdadera o pleito u otras palabras que eran puestas en ella cambiándolas falsamente. Otrosí decimos que falsedad hará el que tuviese carta u otra escritura de testamento que alguno hubiese hecho, si la negase diciendo que no la tenía, o si la hurtase a otro que la tuviese en guarda y la escondiese, o la rompiese o quitase los sellos de ella o la dañase de otra manera cualquiera. Otrosí decimos que todo juez que da juicio a sabiendas contra derecho, hace falsedad; y aun la hace el que es llamado por testigo en algún pleito, si dijese falso testimonio o negare la verdad del hecho sabiéndola. Y eso mismo hace el que da precio a otro porque no diga su testimonio en algún pleito de lo que sabe.

Ley 4: Bulas falsas o falsos sellos o cuños o moneda falsa haciendo algún hombre o mandándolos hacer, hace falsedad. Eso mismo sería cuando el orfebre que labrare oro o plata, mezcla con ello maliciosamente alguno de los otros metales. Otrosí decimos que el físico o el especiero que ha de hacer jarope o letuario con azúcar, si en lugar de azúcar mete miel no sabiéndolo aquel que se lo manda hacer, hace falsedad, o si en lugar de otra alguna especia o de otra cosa buena y cara, mete otra de otra naturaleza peor o más baja, haciendo entender a aquel que lo necesita, que es hecho derechamente y con aquellas cosas que le mostrara o que le prometiera que le pondría.

Ley 7: Medidas o mesura o pesos falsos teniendo algún hombre a sabiendas con que vendiese o comprase alguna cosa, hace falsedad, pero no es tan grande como las otras que dijimos en las leyes antes de esta. Y por ello mandamos por tal razón como esta aquellos que compraron de él o que le vendieron alguna cosa; y además de esto, sea desterrado por tiempo cierto en alguna isla según albedrío del rey, y aquellas medidas o varas o pesos falsos que tiene, sean quebrantados públicamente ante las puertas de aquellos que usaban vender o comprar por ellos.

Ley 9: Moneda es cosa que mercan y viven los hombres en este mundo, y por ello no tiene poder de mandarla hacer ningún hombre si no fuere emperador o rey o aquellos a quienes ellos otorgan poder que la hagan por su mandado; y cualquier otro que se trabaja de hacerla hace muy gran falsedad y muy gran atrevimiento en querer tomar el poderío que los emperadores y los reyes tuvieron para sí señaladamente. Y porque de tal falsedad como esta viene muy gran daño a todo el pueblo, mandamos que cualquier hombre que hiciere falsa moneda de oro o de plata

o de cualquier otro metal, que sea quemado por ello de manera que muera. Otrosí decimos que aquellos que cercenaren los dineros que el rey manda correr por su tierra, que deben recibir dinero por ello, cual entendiere el rey que la merecen. Eso mismo debe ser guardado de los que batiesen la moneda que tuviese mucho cobre porque pareciese buena, o que hiciesen alquimia, engañando los hombres en hacerles creer lo que no puede ser según naturaleza.

TÍTULO 8: De los homicidios.

Homicidio es cosa que hacen los hombres a veces de manera injusta y a veces con derecho.

Ley 1: Homidicium en latín tanto quiere decir en romance como matamiento de hombre; y de este nombre fue tomado homecillo; según lenguaje de España. Y hay tres maneras de él: la primera es cuando mata un hombre a otro torticeramente; la segunda es cuando lo hace con derecho en defensa propia, la tercera cuando acaece por ocasión.

Ley 2: Matando algún hombre o mujer a otro a sabiendas, debe recibir pena de homicida, bien sea libre o siervo el que fuese muerto, fuera de si lo matase defendiéndose, viniendo el otro contra él trayendo en la mano cuchillo sacada o espada o piedra o palo u otra arma cualquiera con que lo pudiese matar. Y entonces si aquel a quien acometen así, mata al otro que le quiere de esta manera acometer, no cae en pena ninguna por ello, pues natural cosa es y muy conveniente que todo hombre tenga poder de amparar su persona de muerte.

Ley 3: Hallando un hombre a otro que trababa de su hija o de su hermana o de su mujer con quien estuviese casado según manda la iglesia, por yacer con alguna de ellas por fuerza, si lo matase entonces cuando lo hallase que le hacía tal deshonra como esta, no cae en pena ninguna por ello. Otro tal decimos que sería si algún hombre hallase a algún ladrón de noche en su casa, y lo quisiese prender para darlo a la justicia del lugar, si el ladrón se defendiese con armas, y entonces, si lo matare, no cae por ello en pena, y si lo hallase allí de día y lo pudiese prender sin peligro, no lo debe matar de ninguna manera.

Otrosí decimos que cualquier caballero que desamparase a su señor en lid o en campo o en hueste y se fuese a los enemigos, si algún hombre lo quisiese prender en la carrera para llevarlo a su señor o a la corte del rey, si el caballero se defendiese y no se dejase prender y lo matase, no sea por ella en pena el que por tal razón lo mató. Otro tal decimos que sería si algún hombre matase a otro que le quemase o destruyese de otra manera de noche sus casas o sus campos o sus mieses o sus árboles, o de día, amparando sus cosas que le tomaban por fuerza; o si matase al que

fuere ladrón conocido o al que robase en los caminos públicamente, y el que matase a cualquiera de estos no caería en pena ninguna.

Ley 6: Métense algunos hombre por más sabios que no son en física y en cirugía, y acaece a veces que porque no son tan sabios como hacen muestra, mueren algunos hombres enfermos o llagados por culpa de ellos. Y por ello decimos que si algún físico diese tan fuerte medicina o la que no debía a algún hombre o a alguna mujer que tuviese en guarda, por la que muriese el enfermo; o si algún hombre o mujer diese hierbas o medicina a otra mujer porque se empreñase, y muriese por ello; que cada uno de los que tal yerro hiciesen debe ser desterrado en alguna isla por cinco años, porque fue en muy gran culpa. Otrosí decimos que los boticarios que dan a los hombres a comer o a beber escamonia u otra medicina fuerte sin mandamiento de los médicos, si alguno bebiéndola muriese por ello, debe tener el que la diese pena de homicida en la manera que dijimos de los físicos y los cirujanos.

Ley 11: Pena de homicida merece el juez que da falsa sentencia en pleito que viene ante él de justicia, juzgando alguno a muerte o a destierro o a pérdida de miembro, no mereciéndolo él. Esa misma pena debe tener el testigo que diese falso testimonio en tal pleito.

TÍTULO 9: De las deshonras y de los tuertos, bien sean dichos o hechos a los vivos o contra los muertos, y de famosos libelos.

Deshonras y tuertos hacen los hombres unos a otros a veces de hecho y a veces de palabra.

Ley 1: Iniuria en latín tanto quiere decir en romance como deshonra que es hecha o dicha a otro a tuerto o a desprecio de él. Y comoquiera que muchas maneras hay de deshonra, pero todas descienden de dos raíces: la primera es de palabra, la segunda, de hecho. Y de palabra es así como si un hombre denostase a otro o le diese voces ante muchos, haciendo escarnio de él o poniéndole algún nombre malo, o diciendo en pos de él palabras tales por las que se tuviese el otro por deshonrado. Eso mismo decimos que sería si hiciese esto hacer a otros así como a los rapaces o a otros cualesquiera. La otra manera es cuando dijese mal de él ante muchos, razonándolo mal o infamándolo de algún yerro o denostándolo. Eso mismo sería si dijese algún mal de él a su señor con intención de hacerle tuerto o deshonra, o por hacerle perder su merced.

Ley 20: Entre las deshonras que los hombres reciben unos de otros hay muy gran diferencia, pues tales hay de ellas a las que dicen en latín atroces que quiere tanto decir en romance como deshonras crueles y graves, y otras hay que son leves. Y las que son graves pueden ser conocidas en cuatro maneras: la primera es cuando

la deshonra es mala y fuerte en sí por razón del hecho tan solamente, así como cuando aquel que recibió la deshonra, es herido con un cuchillo o con otra arma de cualquier manera que de la herida salga sangre o quede lisiado de algún miembro; o si es apaleado o herido con la mano o con el pie en su cuerpo de manera deshonrosa. La segunda manera por la que puede ser conocida la deshonra por grave, es por razón del lugar del cuerpo, así como si lo hiriesen en el ojo o en la cara, o por razón del lugar donde es hecha la deshonra, así como cuando alguno deshonra de palabra o de hecho a otro antes el rey o ante alguno de aquellos que tienen poder de juzgar por él o en concejo o en iglesia o en otro lugar públicamente ante muchos. La tercera manera es por razón de la persona que recibe la deshonra, así como si el padre recibe deshonra de su hijo, o el abuelo de su nieto, o el señor de su vasallo o de su rapaz o de aquel que libertó o crío, o el juez de alguno de aquellos que él tiene poder de apremiar porque son de su jurisdicción. La cuarta es por cantigas o por rima o por famoso libelo que alguien hace por deshonra del otro. Y todas las otras deshonras que los hombres hacen unos a otros de hecho o de palabra, que no son tan graves por razón de hecho tan solamente como antes dijimos, o por razón del lugar o por razón de aquellos que las reciben, son contadas por livianas.

Ley 21: Cierta pena ni cierta enmienda no podemos establecer en razón de las enmiendas que deben hacer unos hombres a otros por las noticias y por las deshonras que son hechas entre ellos, porque en una deshonra misma no puede ser igual en pena ni igual en enmienda por razón de las diferencias que dijimos en la ley antes de esta, que ocurren, porque las personas y los hechos de ellas no son contados por iguales. Y comoquiera que la pusimos a los que hacen las malas cantigas o rimas o dictados malos, y a quien deshonrase los enfermos o los muertos, pues que cierta pena no le podemos poner a cada una de las otras deshonras por las razones antes dichas, tenemos por bien y mandamos que cualquier hombre que reciba injusticia o deshonra, que pueda demandar enmienda de ella en una de estas dos maneras, cual más quisiere: la primera es que le haga el que le deshonró enmienda de pago de dinero; la otra es en manera de acusación, pidiendo que el que hizo mala acción sea escarmentado por ello según albedrío del juez.

TITULO 10: De las fuerzas.

Ley 1: Fuerza es cosa que es hecha a otro maliciosamente de la que no se puede defender el que la recibe; y hay dos maneras de ella: la una se hace con armas, y la otra, sin ellas. Y con armas hace fuerza todo hombre que acomete o hiere a otro con armas de hierro o de fuste o con piedras, o lleva consigo hombres armados en esta manera para hacer mal o daño a alguien en su persona o en sus cosas, hiriendo o matando o robando; aunque no hiera ni mate, acomete el hacerlo y no queda por él.

Ese mismo yerro hace el que, estando armado así como es sobredicho, encierra o combate a alguno en su castillo o en su casa o en otro lugar, o lo prende o le hace hacer algún pleito en su daño o contra su voluntad. Otro tal yerro hace el que allega hombres armados en quema y acomete quemar o robar alguna villa o castillo o aldea u otro lugar, o casa o nave u otro edificio en que morasen algunos hombres, o tuviesen en guarda algunas mercancías u otras cosas de aquellas que han menester los hombre para uso de su vida o por ganar en razón de mercaduría o por otra manera.

TÍTULO 11: Del desafío y del devolver amistad.

Ley 1: Desafío es cosa que aparta a hombres de la fe que los hijosdalgo pusieron entre sí antiguamente que fuese guardada entre ellos como en manera de amistad, y tiene provecho porque toma apercibimiento el que es desafiado para guardarse del otro que lo desafía o para avenirse con él. Y desafiar pertenece señaladamente a los hijosdalgo y no a los otros hombres por razón de la fe que fue puesta entre ellos. El hijodalgo es aquel que es nacido de padre que sea hijodalgo, bien lo sea de madre o no, sólo que sea su mujer velada o amiga que tenga conocidamente por su suya. Y esto es porque antiguamente la nobleza hubo comienzo en los varones, y por eso la heredaron los hijosdalgo, y no lo impide aunque la madre no sea hijadalgo.

Ley 2: Deshonra o malicia o daño haciendo un hijodalgo a otro, puédele desafiar por ello en esta manera, diciendo así: "Os acuso y desafío por tal deshonra o calumnia o daño que hicisteis a mí o a fulano, mi pariente, por lo que tengo derecho de desafiaros". Pues también pude desafiar un hombre a otro por la deshonra o malicia o daño que recibiese su pariente, como por la que hubiese él mismo recibido.

TÍTULO 12: De las treguas y de las seguridades y de las paces.

Ley 1: Tregua es seguranza que se dan los hijosdalgo entre sí unos a otros después que son desafiados, que no se han mal en los cuerpos ni en los haberes en cuanto la tregua durare; y tiene lugar la tregua mientras la discordia y la enemistad dura entre los hombres. Y seguranza es otrosí seguridad que se dan los otros hombres que son de menor categoría cuando acaece enemistad entre ellos o se temen unos de otros. Y usan otrosí en algunos lugares de darse fiadores de salvo, que es tanto como tregua o seguridad. Y dícenle tregua porque tiene tres igualdades entre sí; la primera es que por ella son seguras ambas partes de no hacerse mal ni daño de dicho ni de hecho ni de consejo en cuanto la tregua durare; la segunda es que, después que fuere tomada, puédense avenir por sí mismos haciéndose enmienda el

uno al otro; la tercera es que si ellos no se acordaren en hacer la enmienda, que la podrá tener el uno del otro, demandándola por justicia, y así caboprende la tregua tres igualdades: lealtad y avenencia y justicia. Y la seguranza dicen así, porque por ella son seguros aquellos entre quienes es puesta mientras durare el plazo que fuere puesto. Y tiene provecho la tregua y la seguranza a aquellos entre quienes son puestas y aquellas cosas y por aquellas mismas razones que antes dijimos.

Ley 4: Paz es fin y acabamiento de la discordia y del desamor que era entre aquellos que la hacen, y porque el desacuerdo y la malquerencia que los hombres tienen entre sí nace de tres cosas: o por homicidio, o por daño o por deshonra que se hacen, o por malas palabras que se dicen los unos a los otros, por ellos queremos aquí mostrar en qué manera debe ser hecha la paz sobre cada uno de estos desacuerdos. Y decimos que cuando algunos se quieren mal por razón de homicidio o de deshonra o de daño, si acaeciese que se acuerden para tener amor de común acuerdo, para ser el amor verdadero conviene que haya en él dos cosas: que se perdonen y se besen, y esto tuvieron por bien los antiguos porque de la abundancia del corazón habla la boca y por las palabras que hombre dice da testimonio de lo que tiene en la voluntad. Y el beso es señal que quita la enemistad del corazón, pues que dijo que perdonó a aquel al que quería antes mal, y en lugar de la enemistad, que puso en él el amor. Mas cuando la malquerencia viene de malas palabras que se dijeron no por razón de homicidio, si se acordaren para tener su amor de común acuerdo, abunda que se perdonen: y en señal que el perdón es verdadero, débense abrazar. Otrosí decimos que quien quebrantare la paz después que fuere puesta, reteniendo en el corazón la enemistad de la malquerencia que antes tenía, no haciéndolo por ocasión ni por otro yerro que acaeciese entre ellos de nuevo, que debe tener aquella pena misma que tienen aquellos que quebrantan la tregua.

TÍTULO 13: De los robos.

Ley 1: Rapina en latín tanto quiere decir en romance como robo que los hombres hacen en las cosas ajenas que son muebles y hay tres maneras de robo; la primera es la que hacen los almogávares y los cabalgadores en tiempo de guerra en las cosas de los enemigos de la fe. La segunda es cuando alguno roba a otro lo suyo o lo que llevase ajeno, en poblado o en yermo, no habiendo razón derecha por la que lo debe hacer. La tercera es cuando se enciende o se derriba alguna casa o peligra algún navío, y los que vienen como en manera de ayuda roban o llevan las cosas que hallan allí.

Ley 3: Contra los ladrones es puesta pena en dos maneras. La primera es de pago pues el que roba la cosa tiene que volverla con tres tanto de más que cuanto podría valer la cosa robada; y esta pena puede ser demandada hasta un año desde el

día en que el robo fue hecho. Y en este año no se deben contar los días en que no juzgan los jueces, ni los otros en que aquel a quien fue hecho el robo fue impedido por alguna razón derecha, de manera que no pudiese hacer la demanda; mas después que el año pasase, no podría hacer demanda en razón de la pena, comoquiera que la cosa robada con los frutos de ella o la estimación puede demandar siempre al robador o a sus herederos. La otra manera de pena es en razón de escarmiento; y esta tiene lugar contra los hombres de mala fama que roban los caminos o las casas o los lugares ajenos como ladrones.

TÍTULO 14: De los hurtos y de los siervos que hurtan a sí mismos huyéndose.

Ley 1: Hurto es mala acción que hacen los hombres que toman alguna cosa mueble ajena escondidamente sin placer de su señor, con intención de ganar el señorío o la posesión o el uso de ella. Y si alguno tomase cosa que fuese suya o ajena con placer de aquel cuya es, o cuidando que placería al señor de ella, no haría hurto, porque tomándola no tuvo voluntad de hurtarla. Otrosí decimos que no puede hombre hurtar cosa que no sea mueble. Y aunque los almogávares entran a hurtar a veces castillos o villas, sin embargo esto no es propiamente hurto.

Ley 2: Dos maneras hay de hurto: la una es a la que dicen manifiesto, y la otra es hurto que hace hombre escondidamente. Y el manifiesto es cuando hallan a algún ladrón con la cosa hurtada antes que la puede esconder en aquel lugar donde la cuidaba llevar; o hallándolo en la casa donde hizo el hurto, o en la viña con las uvas hurtadas, o en el olivar con las olivas que llevaba a hurto o en otro lugar cualquier que fuese preso o hallado o visto con la cosa hurtada, bien que lo halle con ella aquel a quien la hurtó u otro. Y la otra manera de hurto encubierto es todo hurto que hombre hace de alguna cosa escondidamente, cuando no es hallado ni visto con ella antes que la esconda.

Ley 18: Los hurtadores pueden ser escarmentados de dos maneras: la una es con pena de pago y la otra es con escarmiento que les hacen en los cuerpos por el hurto o el mal que hacen. Y por ello decimos que si el hurto es manifiesto, que debe volver el ladrón la cosa hurtada o la estimación de ella a aquel a quien la hurtó, aunque sea muerta o perdida; y además débele pagar cuatro tanto como aquello que valía. Y si el hurto fuere hecho encubiertamente, entonces debe dar el ladrón la cosa hurtada o la estimación de ella, y pagarle más dos tanto de cuanto era lo que valía. Otrosí deben los jueces, cuando les fuere demandado en juicio, escarmentar los hurtadores públicamente con heridas de azotes o de otro modo, en manera que sufran pena y vergüenza; mas por razón de hurto no deben matar ni cortar miembro a ninguno fuera que fuese ladrón conocido, que manifiestamente tuviese caminos, o

que robase a otros en la mar con navíos armados a quienes dicen corsarios, o si fuesen ladrones que hubiesen entrado por fuerza en las casas o en los lugares de otro para robar con armas o sin ellas; o ladrón que hurtase en alguna iglesia o en otro lugar religioso alguna cosa santa o sagrada, y oficial del rey que tuviese de él algún tesoro en guarda, o que hubiese de recaudar sus tributos o sus derechos, y que hurtase o encubriese de ello a sabiendas, o el juez que hurtase los maravedís del rey o de algún concejo mientras que estuviese en el oficio, pues cualquiera de estos sobredichos a quienes fuere probado que hizo hurto en alguna de estas maneras, debe morir por ello él, y todos cuantos dieron ayuda o consejo a tales ladrones para hacer el hurto o los encubriesen en sus casas o en otros lugares, deben tener aquella misma pena. Pero si el rey o el concejo no demandase el hurto que le había hecho su oficial, desde el día que lo supiese por cierto hasta cinco años, no le podrían después dar muerte por ello, aunque le podría demandar pena de pago de cuatro veces doble.

TÍTULO 15: De los daños que los hombres o las bestias hacen en las cosas de otro, de cualquier naturaleza que sean.

Ley 1: Daño es empeoramiento o menoscabo o destrucción que el hombre recibe en sí mismo o en sus cosas por culpa de otro. Y hay tres maneras de él: la primera es cuando se empeora la cosa por alguna otra que mezclan con ella o por otro mal que le hacen; la segunda es cuando se mengua por razón del daño que hacen en ella; la tercera es cuando por el daño se pierde o se destruye la cosa del todo.

Ley 23: León y oso u onza o leopardo o lobo cerval o jineta o serpiente u otras bestias que son bravas por naturaleza, teniendo algún hombre en casa, débela guardar y tener presa de manera que no haga daño a ninguno; y si por ventura no la guardase así, e hiciese daño en alguna cosa de otro, débelo pagar doblado el señor de la bestia a aquel que lo recibió. Y si alguna de estas bestias hiciere daño en persona de algún hombre, de manera que lo hiriese, débelo hacer curar el señor de la bestia, comprando las medicinas y pagando el maestro que lo hiciese de lo suyo, y debe cuidar del herido hasta que sea curado, y además de esto débele pagar las obras que perdió desde el día que recibió el daño hasta el día que guareció y aun los menoscabos que hizo en otra manera por razón de aquel daño que recibió de la bestia. Y si aquel que las heridas recibió muriere, debe pagar por ello aquel cuya era la bestia doscientos maravedís de oro, la mitad a los herederos del muerto y la otra mitad a la cámara del rey. Y si por ventura no muriese, mas quedase lisiado de algún miembro, débele hacer enmienda de la lesión, según albedrío del juez del lugar, considerando quién es aquel que recibió el mal y en cual miembro.

Ley 25: Echan los hombres a veces de las casas donde moran de fuera en la

calle agua o huesos u otras cosas semejantes, y aunque aquellos que lo echan no lo hiciesen con intención de hacer mal, pues si acaeciese que aquello que así echasen hiciese daño en paños o en ropa de otros, obligados son de pagarlo doblado los que en aquella casa moran.

Ley 26: Cuelgan a veces los hostaleros u otros hombres ante las puertas de sus casas algunas señales para que sean las casa más conocidas por ellas, así como semejanzas de caballo de león o de toro o de otra cosa semejante; y porque aquellas señales que ponen para esto están colgadas sobre las calles por donde andan los hombres, mandamos que aquellos que las ponen allí, que las cuelguen de cadenas de hierro o con otra cosa cualquiera de manera que no puedan caer ni hacer daño.

Ley 27: Raer y afeitar deben los alfajemes a los hombres en lugares apartados y no en las plazas ni en las calles por donde andan las gentes, porque no pueden recibir daño aquellos a quienes afeitaren por alguna ocasión. Pero decimos que si alguno empujase el alfajeme a sabiendas mientras que tuviese en algún hombre las manos afeitándolo, o lo hiriese en las manos con alguna cosa, de manera que el alfajeme matase o hiriese o hiciese algún daño o mal a aquel que afeitaba por aquella razón, obligado es aquel por cuya culpa avino, de hacer enmienda del daño y de recibir pena por la muerte de aquel, bien así como si fuese homicida, mas si la herida o la muerte acaeciese por ocasión, entonces debe haber enmienda del daño aquel por cuya culpa nació la ocasión. Y si por ventura el alfajeme fuese en culpa del daño o de la muerte siendo embriagado cuando afeitaba o sangraba a alguno, o no sabiéndolo hacer se metiese a ello, entonces debe ser escarmentado según albedrío del juez.

TÍTULO 16: De los engaños malos y buenos, y de los barajadores.

Ley 1: Dolus en latín tanto quiere decir en romance como engaño; y engaño es enartamiento que los hombres hacen unos a otros por palabras mentirosas o encubiertas o coloradas que se dicen con intención de engañar o defraudar; y a este engaño dicen en latín dolus malus, que quiere tanto decir como mal engaño. Y como quiera que los engaños se hagan de muchas maneras, las principales de ellas son dos: la primera es cuando se hace por palabras mentirosas o arteras; la segunda es cuando preguntan a algún hombre sobre alguna cosa; y él calla engañosamente no queriendo responder, y si responde dice palabras encubiertas, de manera que por ellas no se puede hombre guardar del engaño.

Ley 7: Por ejemplos no podría hombre contar en cuantas maneras hacen los hombres engaños los unos a los otros, por esto hablaremos de algunos de ellos, según mostraron los sabios antiguos, por los que los hombres puedan tomar aperci-

bimiento para guardarse, y los jueces sean otrosí sabedores para conocerlos y escarmentarlos. Y decimos que engaño hace todo hombre que vende o empeña alguna cosa a sabiendas por oro o plata no siéndolo, u otra cosa cualquiera que fuese de una naturaleza e hiciese creer a aquel que la diese que era de otra mejor. Otrosí decimos que engaño hace todo hombre que mostrase buen oro o buena plata y otra cosa cualquiera para vender, y cuando se hubiere avenido con el comprador sobre el precio de ella, la cambiase a sabiendas, dándole otra peor que aquella que le había mostrado o vendido. Ese mismo engaño hace quienquiera que mostrase alguna buena cosa queriéndola empeñar a otro, si la cambiase otrosí a sabiendas dándole en lugar de aquella otra peor. Otrosí decimos que haría engaño el que empeñase una cosa a un hombre; y después de eso empeñase aquella cosa misma a otro, haciéndole creer que aquella cosa no la había empeñado a ninguno, o si se callase no apercibiéndole a este postrimero como la había obligado al otro, si la cosa no valiese tanto que cumpliese a ambos para haber lo que dieron sobre ella; pero si cumpliese, entonces no sería engaño.

Ley 8: Trabájanse los mercaderes en ganar algo engañosamente y esto es como cuando alguno ha de vender grano o cibera o lana u otra cosa cualquiera semejante de estas, que están en algún saco o en espuerta o en otra cosa semejante, y pone encima por muestra de aquella cosa que vende la mejor, y debajo de aquella mete otra pero de aquella naturaleza de lo que parece por fuera que vende, haciendo creer al comprador que tal es lo que está debajo como lo que aparece por encima. Otrosí decimos que engaño hacen los que venden vino u olio o cera o miel o las otras cosas semejantes, cuando mezclan en aquella cosa que venden alguna otra que vale menos, haciendo creer a los que la compran que es limpia y buena y pura. Y aun hacen engaño los orfebres y los lapidarios que venden las sortijas que son de plata dorada o de latón diciendo que son de oro. Otrosí los que venden los dobletes de cristal o las piedras contrahechas de vidrio por piedras preciosas.

Ley 10: Juegos engañosos hacen a veces hombres con los que engañan a los mozos y a los hombres necios de las aldeas, así como cuando juegan a la correhuela con ellos, o con dados falsos o en otras maneras semejantes de estas, haciéndolo con engaño. Y otros hay que traen serpientes y échanlas imprevistamente entre los hombres en los mercados y en las ferias, y hacen espantar con ellas a los hombres y a las mujeres, de manera que les hacen huir y desamparar sus mercadurías y sus cosas, y traen sus ladrones consigo, que entre tanto que están mirando los hombres aquellas serpientes, húrtanles sus cosas. Y otros hay aun que a sabiendas hacen semejanza que pelean y sacan cuchillos unos contra otros, o peléanse los hombres y las mujeres de manera que los compañeros que andan con ellos, que son de su habla y sabedores de aquel engaño, hurtan y arrebatan muchas cosas a los hombres que se aciertan en aquel lugar. Y aún hay otros que toman el pan caliente o recién cocido y

métenlo todo entero en el más bermejo vinagre que hallan, y entonces pónenlo a secar, y cuando es bien seco van a las aldeas y hacen muestra a los hombres que son hombres religiosos y santos, y meten aquel pan en el agua antes los necios y tíñese de la bermejez del vinagre, y hacen creer a los hombres con este engaño que el agua se torna vino por la virtud de ellos y embáucanlos de manera que les dan muchas cosas, y a veces fíanse de ellos cuidando que son santos y buenos y llévanlos a sus casas y húrtanles todo cuanto les pueden hurtar.

TÍTULO 17: De los adulterios.

Uno de los mayores yerros que los hombres pueden hacer es adulterio, de lo que no se les levanta tan solamente daño, mas aun deshonra.

Ley 1: Adulterio es yerro que hombre hace yaciendo a sabiendas con mujer que es casada o desposada con otro; y tomó este nombre de dos palabras de latín alterius y torus, que quiere tanto decir en romance como lecho de otro, porque la mujer es contada por lecho de su marido, y no él de ella. Y por ellos dijeron los sabios antiguos que aunque el hombre que es casado yaciese con otra mujer y aunque ella hubiese marido, que no le puede acusar su mujer ante el juez seglar por tal razón. Y esto tuvieron por derecho los sabios antiguos por muchas razones: la una porque del adulterio que hace el varón con otra mujer no nace daño ni deshonra a la suya; la otra porque del adulterio que hiciese su mujer con otro, queda el marido deshonrado recibiendo la mujer a otro en su lecho, y además porque del adulterio que hiciese ella puede venir al marido muy gran daño, pues si se empreñase de aquel con quien hizo el adulterio, vendría el hijo extraño, heredero en uno con sus hijos, lo que no ocurriría a la mujer del adulterio que el marido hiciese con otra. Y por ello, pues que los daños y deshonras no son iguales, conveniente cosa es que el marido tenga esta mejoría, que pueda acusar a su mujer de adulterio si lo hiciere, y ella no a él, y esto fue establecido por las leyes antiguas, aunque según juicio de la santa iglesia no sería así.

Ley 2: Mujer casada haciendo adulterio, en tanto que el marido la tuviere por su mujer y que el casamiento no fuere disuelto, no la puede otro ninguno acusar sino su marido o el padre de ella o su hermano o su tío hermano de su padre o de su madre, porque no debe ser denostado el casamiento de tal mujer por acusación de hombre extraño, pues que el marido y los otros parientes sobredichos de ella quisieren consentir, y sufrir y callar su deshonra.

Ley 12: Sospechando algún hombre que su mujer hiciese adulterio con otro o que se trabajaba por hacerlo, debe el marido afrontar por escrito ante hombres buenos a aquel contra quien sospecha, prohibiéndole que entre o se aparte en ningu-

na casa ni en otro lugar con ella, ni le diga ninguna cosa porque tenga sospecha contra él que se trabaja por hacerle deshonra, y esto le debe decir tres veces. Y si por ventura por tal afrenta como esta no se quisiere corregir, si el marido hallare después de eso a aquel hombre con ella en alguna casa o en lugar apartado, si lo matare, no debe por ello recibir pena ninguna.

Y si por ventura lo hallare con ella en alguna calle o carrera, debe llamar tres testigos y decirles así: "hago afrenta de vos de cómo habla fulano con mi mujer contra mi prohibición", y entonces débelo prender, si pudiere darlo al juez, y si no lo pudiera prender, débelo decir al juez del lugar y pedirle de derecho que lo recaude, y el juez débelo hacer, y si hallare en verdad que habló con ella después que le fue prohibido así como sobredicho es, débele dar pena de adulterio tanto como si fuere acusado y vencido de ello. Y aun decimos que si el marido lo hallase hablando con ella en la iglesia después que se lo hubiese prohibido, que entonces no lo debe él prender, mas el obispo o los clérigos del lugar lo deben dar en poder del juez a la demanda del marido, para que sea tomada venganza de aquel que este yerro hace.

Ley 13: El marido que hallare a algún hombre vil en su casa o en otro lugar yaciendo con su mujer, puédelo matar sin pena ninguna, aunque no le hubiese hecho la afrenta que dijimos en la ley antes de esta. Pero no debe matar a la mujer, mas debe hacer afrenta ante hombres buenos de como la halló, y después meterla en mano del juez y que haga de ella la justicia que la ley manda. Pero si este hombre vil fuere tal a quien el marido de la mujer deba guardar y hacer reverencia, como si fuese su señor u hombre que lo hubiera hecho libre, o si fuese otro hombre honrado y de gran lugar, no le debe matar por ello, mas débele hacer afrenta de como lo halló con su mujer, y acusarle de ello ante el juez del lugar, y el juez, después que supiere la verdad, puédele dar pena de adulterio.

Ley 15: Acusado siendo algún hombre que había hecho adulterio, si le fuere probado que lo hizo, debe morir por ello, mas la mujer que hiciese el adulterio, aunque le fuese probado en juicio, debe ser castigada y herida públicamente con azotes y puesta y encerrada después en algún monasterio de dueñas; y además de esto debe perder la dote y las arras que le fueron dadas por razón del casamiento y deben ser del marido. Pero si el marido la quisiese perdonar después de esto, puédelo hacer hasta dos años. Y si por ventura no la quisiese perdonar, o se muriese él antes de los dos años, entonces debe ella recibir el hábito del monasterio y servir en él a Dios para siempre como las otras monjas.

TÍTULO 19: De los que yacen con mujeres de orden o con viuda que viva honestamente en su casa o con vírgenes, por halaga o por engaño, no haciéndole fuerza.

Castidad es una virtud que ama Dios y deben amar los hombres y según dijeron los sabios antiguos tan noble y tan poderosa en su bondad, que ella sola cumple para presentar las almas de los hombres y de las mujeres castas a Dios; y por ello yerran muy gravemente aquellos que corrompen las mujeres que viven de esta manera en religión o en sus casas, teniendo viudedad o siendo vírgenes.

Ley 1: Gravemente yerran los hombres que hacen por corromper las mujeres religiosas, porque ellas son apartadas de todos los vicios y de los sabores de este mundo, y se encierran en los monasterios para hacer áspera vida con intención de servir a Dios. Otrosí decimos que hacen muy gran maldad aquellos que sonsacan por halago o de otra manera a las mujeres vírgenes o a las viudas que son de buena fama y viven honestamente, y mayormente cuando son huéspedes en las casa de sus padres o de ellas, o los que hacen esto estando en casa de sus amigos. Y no se puede excusar el que yaciese con alguna de ellas que no hizo muy gran yerro, aunque diga que lo hizo con su placer de ella no haciéndole fuerza es sonsacar y halagar las mujeres sobredichas con promesas vanas, haciéndoles hacer enemiga de sus cuerpos, a las que las traiciones en esta manera más pronto que no harían si les hiciesen fuerza.

TÍTULO 20: De los que fuerzan o llevan raptadas vírgenes o las mujeres de orden o las viudas que viven honestamente.

Ley 1: Forzar o robar mujer virgen, casada o religioso o viuda que viva honestamente en su casa, es yerro y maldad muy grande; y esto es por dos razones: la primera es porque la fuerza es hecha contra personas que viven honestamente a servicio de Dios y por bienestar del mundo; la otra es que hacen muy gran deshonra a los parientes de la mujer forzada, y además hacen muy gran atrevimiento contra el señorío, forzándola en menosprecio del señor de la tierra donde es hecho.

Ley 3: Raptando algún hombre mujer virgen o viuda de buena fama o casada o religiosa, o yaciendo con alguna de ellas por fuerza, si le fuere probado en juicio, debe morir por ello, y además deben ser todos sus bienes de la mujer que así hubiere robado o forzado, fuera de si después de eso ella casase de su grado con aquel que la forzó o robó, no habiendo otro marido; y entonces la mujer forzada, si ellos no consintieron en la fuerza ni en el casamiento; y si probado les fuere que habían consentido en ello, entonces los bienes del forzador deben ser del padre y de la madre de la mujer forzada, si ellos no consintieron en la fuerza ni en el casamiento;

y si probado les fuere que habían consentido en ello, entonces deben ser todos los bienes del forzador de la cámara del rey; pero de estos bienes deben ser sacadas las arras y las dotes de la mujer del que hizo la fuerza y otrosí las deudas que había hecho hasta aquel día en que fue dado el juicio contra él. Y si la mujer que así hubiese forzado o robado fuese monja o religiosa, entonces todos los bienes del forzador deben ser del monasterio de donde la sacó.

TÍTULO 22: De los alcahuetes.

Ley 1: Leno, en latín, tanto quiere decir en romance como alcahuete que engaña a las mujeres sonsacándolas y haciéndoles hacer maldad de sus cuerpos. Y son cinco maneras de alcahuetes, la primera es de los bellacos malos que guardan las putas que están públicamente en la putería, tomando su parte de los que ellas ganan, la segunda es de los que andan por trujamanes que de ellos reciben; la tercera es cuando los hombres crían en sus casas cautivas u otras mozas a sabiendas porque hagan maldad de sus cuerpos, tomando de ellas lo que así ganaren, la cuarta es cuando algún hombre es tan vil que él mismo alcahuetea a su mujer; la quinta es si alguno consiente que alguna mujer casada u otra de buen lugar haga fornicio en su casa por algo que le den, aunque no ande él por trujamán entre ellos. Y nace muy gran daño de estos tales pues, por la maldad de ellos, muchas mujeres que son buenas se vuelven malas, y aun las que hubiesen comenzado a errar, hácense por el bullicio de ellos peores. Y además yerran los alcahuetes en sí mismo andando en estas malas hablas, y hacen errar a las mujeres aduciéndolas a hacer maldad de sus cuerpos, y quedan después deshonradas por ello. Y aun decimos que, sin todo esto, levántase por los hechos de ellos desacuerdos y muchas peleas y muertes de hombres.

Ley 2: A los alcahuetes puédenlos acusar cada uno del pueblo ante los jueces de los lugares donde hacen estos yerros y después que les fuere probada la alcahuetería, si fueren bellacos, débenlos echar fuera de la villa, a ellos y a las putas. Y si alguna alquilase sus casas a sabiendas a mujeres malas para hacer en ellas putería, debe perder la casa y ser de la cámara del rey; y además, débele pagar diez libras de oro. Otrosí decimos que los crían en sus casas cautivas u otras mozas para hacer mal de sus cuerpos por dineros que toman de las ganancias de ellas, que si fueren cautivas, deben ser libres y si fueren otras mujeres libres aquellas que así criaren y tomaren precio de la putería que les hicieren hacer, débelas casar aquel que las metió en hacer tal yerro, y darles en dote tanto de lo suyo de los que puedan vivir; y si no quisieren no tuvieren con que hacerlo, deben morir por ellos; otrosí decimos que cualquier que alcahuetease a su mujer debe morir por ello. Esa misma pena debe hacer el que alcahuetea a otra mujer casa o virgen o religiosa o viuda de

buena fama por algo que le diesen o le prometiesen dar. Y lo que dijimos en este título de los alcahuetes, aplíquese otrosí a las mujeres que trabajan en hecho de hacer alcahuetería.

TÍTULO 23: De los agoreros y de los sorteros y de los otros adivinos y de los hechiceros y de los truhanes.

Ley 1: Adivinanza tanto quiere decir como querer tomar poder de Dios para saber las cosas que son por venir. Y hay dos maneras de adivinanza: la primera es la que se hace por arte de astronomía que es una de las siete artes liberales; y esta, según el fuero de las leyes, no se prohíbe usarla a los que son en ella maestros y la entienden verdaderamente, porque los juicios y estimaciones que se dan por esta arte, son sacadas del curso natural de los planetas y de las otras estrellas, y tomados de los libros de Tolomeo y de los otros sabios que se afanaron en esta ciencia; mas los otros que no son en ella sabios no deben obrar por ella, aunque se puedan esforzar en aprenderla estudiando en los libros de los sabios. La segunda manera de adivinanza es la de los agoreros y de los sorteros y de los hechiceros que sacan el agüero de aves o de estornudos o de palabras, a las que llaman proverbios, o echan suertes o miran en agua o en cristal o en espejo o en espada o en otra cosa luciente, o hacen hechizos en metal o de cosa cualquiera, o adivinan en cabeza de hombre muerto o de bestia o de perro, o en palma de niño o de mujer virgen. Y estos truhanes tales y todos los otros semejantes de ellos, porque son hombres dañosos y engañadores, y nacen de sus hechos muy grandes daños y males a la tierra, prohibimos que ninguno de ellos no more en nuestro señorío ni use allí de estas cosas, y otrosí que ninguno sea osado del acogerlos en sus casas ni de encubrirlos.

Ley 2: Nigromancia, dicen en latín a un saber extraño que es para encantar los espíritus malos. Y porque de los hombres que se esfuerzan por hacer esto viene muy gran daño a la tierra y señaladamente a los que creen y les demandan alguna cosa en esta razón, acaeciéndoles muchas ocasiones por el espanto que reciben andando de noche buscando estas cosas tales en los lugares extraños, de manera que algunos de ellos mueren, o quedan locos o endemoniados, por ello prohibimos que ninguno sea osado de querer usar tal enemiga como esta, porque es cosa que pesa a Dios y viene de ello muy gran daño a los hombres. Otrosí prohibimos que ninguno sea osado de hacer imágenes de cera ni de metal ni otros hechizos malos para enamorar los hombres con las mujeres, ni para partir el amor que algunos tuviesen entre sí. Y aun prohibimos que ninguno no sea osado de dar hierbas ni brebaje a hombre o a mujer por razón de enamoramiento, porque acaece a veces que de estos brebajes tales vienen a muerte los que los toman, o pasan grandes enfermedades de las que quedan dañados para siempre.

TÍTULO 24: De los judíos.

Judíos son una manera de hombres que, aunque no creen en la fe de nuestro señor Jesucristo, sin embargo los grandes señores cristianos siempre sufrieron que viviesen en entre ellos. De donde, pues que en el título antes de este hablamos de los adivinos y de los otros hombres que tienen que saben las cosas que han de venir, que es como manera de desprecio de Dios, queremos aquí decir de los judíos que contradicen y denuestan su hecho maravilloso y santo que El hizo cuando envió a su hijo para salvar a los pecadores.

Ley 1: Judío es dicho aquel que cree y tiene la ley de Moisés según suena la letra de ella que se circuncida y hace las otras cosas que manda esa ley suya, y tomó este nombre de la tribu de Judá, que fue más noble y más esforzada que todas las otras tribus. Y además tenía otra mejoría, que de aquella tribu habían de elegir rey de los judíos. Y otrosí en las batallas los de aquella tribu tuvieron siempre las primeras heridas. Y la razón por la que la Iglesia y los emperadores y los reyes y los otros príncipes sufrieron a los judíos vivir entre los cristianos es esta: porque ellos viviesen como en cautiverio para siempre y fuesen memoria a los hombres que ellos vienen de linaje de aquellos que crucificaron a Jesucristo.

Ley 2: Mansamente y sin mal bullicio deben hacer vida los judíos entre los cristianos, guardando su ley y no diciendo mal de la fe de nuestro señor Jesucristo que guardan los cristianos. Otrosí se deben mucho guardar de no predicar ni convertir a ningún cristiano que se torne judío alabando su ley y denostando la nuestra. Y cualquiera que contra esto hiciere debe morir por ellos y perder lo que tenga. Y porque oímos decir que en algunos lugares los judíos hicieron y hacen el día del Viernes santo memoria de la pasión de nuestro señor Jesucristo en manera de escarnio, hurtando los niños y poniéndolos en cruz o haciendo imágenes de cera y crucificándolas cuando los niños no pueden tener, mandamos, que si fama fuere de aquí en adelante que en algún lugar de nuestro señorío tal cosa sea hecha, si se pudiere averiguar, que todos aquellos que se acertaren en aquel hecho que sean presos y recaudados y conducidos hasta el rey, y después que él supiere la verdad, débelos mandar matar vilmente a cuantos quiera que sean. Otrosí prohibimos que el día del Viernes santo ningún judío no sea osado de salir de su barrio, mas que estén allí encerrados hasta el sábado en la mañana. Y si contra esto hicieren, decimos que del daño y de la deshonra que de los cristianos recibiesen, entonces no deben tener ninguna enmienda.

Ley 3: Antiguamente los judíos fueron muy honrados y tenían muy gran privilegio sobre todas las otras gentes, pues ellos tan solamente eran llamados pueblo de Dios. Mas porque ellos fueron desconocederes de aquel que los había honrado y privilegiado y en lugar de hacerle honra, deshonráronlo, dándole muy vil muerte en

la cruz, conveniente cosa fue y derecha que por tan gran yerro perdiesen por ello los privilegios que tenían, de manera que ningún judío nunca tuviese jamás lugar honrado ni oficio público con que el pudiese apremiar a ningún cristiano en ninguna manera.

Ley 4: Sinagoga es lugar donde los judíos hacen oración y tal casa como esta no pueden hacer nuevamente en ningún lugar de nuestro señorío, a menos de nuestro mandato. Pero las que había antiguamente, si acaeciese que se derribasen, puédenlas reparar o hacer en aquel mismo suelo así como antes estaban, no alargándolas más ni alzándolas ni haciéndolas pintar. Y la sinagoga que de otra manera fuese hecha, débenla perder los judíos y ser de la iglesia mayor del lugar donde la hicieren. Y porque la sinagoga que de otra manera fuese hecha, débenla perder los judíos y ser de la iglesia mayor del lugar donde la hicieren. Y porque la sinagoga es casa en donde se loa el nombre de Dios, prohibimos que ningún cristiano no sea osado de quebrantarla ni de sacar de allí, ni de tomar ninguna cosa por fuerza, fuera de sí algún hombre malhechor se acogiese a ella, pues a este tal, bien lo pueden pretender por fuerza para llevarlo delante de la justicia. Otrosí prohibimos que los cristianos no metan bestias ni posen en ellas ni hagan embargo a los judíos mientras estuvieren haciendo oración según su ley.

Ley 5: Sábado es día en que los judíos hacen sus oraciones y están quietos en sus posadas y no trabajan en hacer merca ni pleito ninguno. Y porque tal día como este son ellos obligados a guardar según su ley, no los debe ningún hombre emplazar ni traer a juicio en él. Y por ello mandamos que ningún juez apremie ni constriña a los judíos en el día del sábado para traerlos a juicio por razón de deudas, ni los prenda ni les haga otro agravio ninguno en tal día, pues bastante abundan los otros días de la semana para constreñirlos y demandarles las cosas que según derecho les deben demandar. Y el emplazamiento que les hiciesen para tal día no están obligados los judíos a responder. Y otrosí sentencia que diesen contra ellos en tal día, mandamos que no valga. Pero si algún judío hiriese o matase o hurtase o robase o hiciese algún otro yerro semejante de estos por el que mereciese recibir pena en el cuerpo o en el haber, entonces los jueces bien lo pueden recaudar en el día del sábado. Otrosí decimos que todas las demandas que hubieren los cristianos contra los judíos y los judíos contra los cristianos, que sean libradas y determinadas por nuestros jueces de los lugares donde moraren y no por los viejos de ellos. Y bien así como prohibimos que los cristianos no pueda traer a juicio ni agraviar a los judíos en el día del sábado, otrosí decimos que los judíos, ni por sí ni por sus personeros no puedan traer a juicio ni agraviar a los cristianos en ese mismo día.

Ley 6: Fuerza ni apremio no deben hacer en ningún modo a ningún judío por que se torne cristiano, mas con buenos ejemplos y con los dichos de las Santas

Escrituras y con halagos los deben los cristianos convertir a la fe de Jesucristo, pues nuestro señor no quiere ni ama servicio que le sea hecho por apremio. Otrosí decimos que si algún judío o judía de su grado se quisiere tornar cristiano o cristiana, no se lo deben impedir ni prohibir los otros judíos en ninguna manera. Y si algunos de ellos lo apedreasen o lo hiriesen o lo matase porque se quisiere hacer cristiano, o después que fuese bautizado, si esto se pudiere averiguar, mandamos que todos los que lo matasen y los consejeros de tal muerte o apedreamiento sean quemados. Y si por ventura no lo matasen, mas lo hiriesen o lo deshonrasen, mandamos que los jueces del lugar donde acaeciere apremien a los que los hiriesen o hiciesen la deshonra de manera que les hagan hacer enmienda por ello. Y además, que les den pena por ello según entendieren que merecen recibirla por el yerro que hicieron. Otrosí mandamos que después que algunos judíos se tornasen cristianos, que todos los de nuestro señorío los honren, y ninguno sea osado de retraer a ellos ni a su linaje de como fueron judíos en manera de denuesto. Y que tenga sus bienes y sus cosas partiendo con sus hermanos y heredando a sus padres y a los otros parientes suyos bien así como si fuesen judíos. Y que puedan tener todos los oficios y las honras que tienen los otros cristianos.

Ley 7: Tan malandante siendo algún cristiano que se tornase judío, mandamos que lo maten por ello, bien así como si se tornase hereje.

Ley 8: Prohibición es que ningún judío sea osado de tener su casa cristiano ni cristiana para servirse de ellos, aunque los puedan tener para labrar y enderezar sus heredades de fuera o para guiarlos en camino cuando hubiesen de ir por algún lugar dudoso. Otrosí prohibimos que ningún cristiano ni cristiana convide a judío ni a judía ni reciba otrosí convite de ellos para comer ni beber juntos, ni beba del vino que es hecho por mano de ellos. Y aun mandamos que ningún judío sea osado de bañarse en baño junto con los cristianos. Otrosí prohibimos que ningún cristiano reciba medicina ni purga que sea hecha por mano de judío, pero bien la puede recibir por consejo de algún judío sabedor, solamente que sea hecha por mano de cristiano que conozca y entienda las cosas que hay en ella.

Ley 9: Atrevimiento y osadía muy grande hacen los judíos que yacen con las cristianas. Y por ello mandamos que todos los judíos contra quienes fuere probado de aquí en adelanta que tal cosa hayan hecho, que mueran por ello; y si los cristianos que hacen adulterio con las mujeres casadas merecen por ello muerte, mucho más la merecen los judíos que yacen con las cristianas, que son espiritualmente esposas de Jesucristo por la razón de la fe del bautismo que recibieron en nombre de él. Y la cristiana que tal yerro como este hiciere, no tenemos por bien que quede sin pena. Y por ello mandamos que si fuere virgen o casada o viuda o mujer baldonada que se dé a todos, que tenga aquella misma pena que daré i en la postrimera ley del título de

los moros que debe tener la cristiana que yaciera con moro.

Ley 10: Comprar ni tener no deben los judíos por sus siervos hombre ni mujer que fuesen cristianos. Y si alguno contra esto hiciere, debe el cristiano ser vuelto a su libertad y no debe pagar ninguna cosa del precio que fue dado por él, aunque el judío no supiese, cuando lo compró que era cristiano. Más si supiese el judío que lo era cuando lo compró y se sirviese después de él como de siervo, debe el judío morir por ello. Otrosí prohibimos que ningún judío sea osado de tornar judío su cautivo ni su cautiva, aunque sean moros o moras u otra gente bárbara. Y si alguno contra esto hiciere, el siervo o la sierva a los que tornare judío o judía, mandamos que sea luego por ello libre y sacado del poder de aquel o de aquella cuyo era. Y si por ventura algunos moros que fuesen cautivos de judíos se tornasen cristianos, deben ser luego libres por ello.

Ley 11: Muchos yerros y cosas desaguisadas acaecen entre los cristianos y las judías y las cristianas y los judíos porque viven y moran juntos en las villas y andan vestidos los unos así como los otros. Y por desviar los yerros y los males que podrían acaecer por esta razón, tenemos por bien y mandamos que todos cuantos judíos y judías vivieren en nuestro señorío, que traigan alguna señal cierta sobre sus cabezas, y que sea tal por la que conozcan las gentes manifiestamente cuál es judío o judía. Y si algún judío no llevase aquella señal, mandamos que pague por cada vez que fuese hallado sin ella diez maravedís de oro. Y si no tuviese de qué pagarlos, reciba diez azotes públicamente por ello.

TÍTULO 25: De los moros.

Moros son una manera de gente que cree que Mahoma fue profeta y mandadero de Dios. Y porque las obras y los hechos que él hizo muestran de él tan gran santidad por que a tan santo estado puede llegar, por eso su ley es como denuesto de Dios. De donde, pues que en el título antes de este hablamos de los judíos y de su ciega porfía que tienen contra la verdadera creencia, queremos aquí decir de los moros y de su necedad en que creen y por la que se cuidan salvar.

Ley 1: Sarracenus en latín tanto quiere decir en romance como moro. Y tomó este nombre de Sarra, "Sara", que fue mujer libre de Abraham, aunque el linaje de los moros no descendiese de ella, mas de Agar que fue sirvienta de Abraham. Y hay dos maneras de moros: la una es la de los que no creen en el nuevo ni en el viejo Testamento, y la otra es la de los que recibieron los cinco libros de Moisés, mas desecharon los profetas, y no los quisieron creer. Y estos tales son llamados samaritanos*, porque se levantaron primeramente en una ciudad que tienen nombre Samaria, y de estos se habla en el Evangelio donde dicen que no deben vivir ni usar

en uno los judíos con los samaritanos. Y decimos que deben vivir los moros entre los cristianos en aquella misma manera que dijimos en el título antes de este que lo deben hacer los judíos: guardando su ley y no denostando la nuestra. Por esto en las villas de los cristianos no deben tener los moros mezquitas ni hacer sacrificios públicamente ante los hombres. Y las mezquitas que tenían antiguamente deben ser del rey, y puédelas él dar a quien quisiere. Y comoquiera que los moros no tengan buena ley, sin embargo mientras vivieren entre los cristianos, en seguridad de ellos no les deben tomar ni robar lo suyo por fuerza. Y cualquiera que esto hiciere, mandamos que peche doblado todo lo que les así tomaren.

*- Confusión histórica del autor, los samaritanos fueron una secta judía, y no debe confundírseles con los musulmanes- (Acotación LOGOS WORDTHEQUE)

Ley 2: Por buenas palabras y convenibles predicaciones se trabajar los cristianos en convertir a los moros para hacerles creer nuestra fe y para conducirlos a ella, y no por fuerza ni por apremios, pues voluntad fuese de nuestro Dios de conducirlos a ella o de hacérsela creer por fuerza, él los apremiaría, que tiene poder acabado de hacerlo, mas El no se paga del servicio que le hacen los hombres contra su voluntad, sino de aquel que lo hace de su grado y sin apremio ninguno, y pues que él no les quiere apremiar ni forzar, por esto prohibimos que ninguno los apremie ni les haga fuerza ninguna sobre esta razón. Y si por ventura algunos de ellos de su voluntad les naciere que quieran ser cristianos, prohibimos otrosí que ninguno sea osado de vedárselo, ni se lo contraerían en ninguna manera, y si alguno contra esto hiciere, debe recibir aquella pena que dijimos en el título antes de este, en la ley que habla de cómo deben ser escarmentados los judíos que matan o estorban a los de su ley que se tornan cristianos.

Ley 3: Viven y mueren muchos hombres en las creencias extrañas que amarían ser cristianos, sino por las vilezas y las deshonras que ven recibir de palabra y de hecho a los otros que se tornan cristianos, llamándolos tornadizos, echándoles en cara otras muchas maneras de denuestos, y tenemos que los que esto hacen yerran en ello malamente, porque todos deben honrar a estos tales por muchas razones, y no deshonrarlos, lo uno es porque dejan aquella creencia en que nacieron ellos y su linaje; y lo otro porque desde que tienen entendimiento conocen la mejoría de nuestra fe y recíbenla y apártanse de su padre y de su madre y de los otros sus parientes y de la vida que habían acostumbrado a hacer, y de todas las otras cosas en que reciben placer. Y por estas deshonras que reciben, tales hay de ellos que después que han recibido nuestra fe y son hechos cristianos, arrepiéntense y desampáranla, cegándoseles los corazones por los denuestos y vilezas que reciben.

Y por ello mandamos que todos los cristianos y cristianas de nuestro señorío hagan la honra y bien en todas las maneras que pudieren a todos aquellos que de las creencias extrañas vinieren a nuestra fe.

Ley 4: Ensandecen a veces los hombres que los hay que pierden el seso y el verdadero conocimiento; como hombres de mala ventura y, desesperados de todo bien, reniegan de la fe de Jesucristo y tórnanse moros. Y tales hay de estos que se mueven a hacer esto por sabor que tienen por vivir a su guisa, o por pérdidas que les vienen de parientes que les matan o se les mueren, o porque pierden lo que tenían y quedan pobres, o por malos hechos que hacen, temiendo la pena que merecen recibir por razón de ellos. Y por cualquiera de estas maneras sobredichas o de otras semejantes de ellas que se mueven a hacer tal cosa como esta, hacen muy gran maldad y muy gran traición, y por ninguna pérdida ni pesar que les viniese, ni por ganancia ni por riqueza en la vida de este mundo, no deben renegar de la fe de Jesucristo, por la cual son salvos y tendrán vida perdurable para siempre.

Ley 5: Apóstata en latín tanto quiere decir en romance como cristiano que se hizo judío o moro, y después se arrepintió y se tornó a la fe de los cristianos; y porque tal hombre como este es falso y escarnecedor de las leyes, no debe quedar sin pena aunque se arrepienta. Y por dijeron los sabios antiguos que debe ser infamado para siempre, de manera que su testimonio nunca sea considerado, ni puede tener oficio ni lugar honrado, ni pueda hacer testamento ni ser establecido por heredero de otro en ninguna manera.

Ley 9: Mensajeros vienen a veces de tierra de moros y de otras partes a la corte del rey, y aunque vengan de tierra de los enemigos por mandado de ellos, tenemos por bien y mandamos que todo mensajero que venga a nuestra tierra, bien sea cristiano o moro o judío, que venga y vaya salvo y seguro por todo nuestro señorío: prohibimos que ninguno sea osado de hacerle fuerza ni tuerto ni mal ninguno a él ni a sus cosas.

Ley 10: Si el moro yaciere con cristiana virgen, mandamos que lo apedreen por ello, y ella por la primera vez que lo hiciere, pierda la mitad de sus bienes, y herédelo el padre o la madre de ella, o el abuelo o la abuela si los hubiere, y sino los hubiere, téngalos el rey. Y por la segunda pierda todo cuanto hubiere y herédenlo los sobredichos herederos si los hubiere; y si no los hubiere, herédelos el rey, y ella muera por ello; eso mismo mandamos de la viuda que esto hiciere. Y si lo hiciere con cristiana casada, sea apedreado por ello y ella sea metida en poder de su marido, que la queme o la suelte o haga de ella lo que quisiere. Y si yaciere con mujer baldonada, que se dé a todos, por la primera vez azótenlos juntos por la villa y por la segunda vez, que mueran por ello.

TÍTULO 26: De los herejes.

Herejes son una manera de gente loca que se esfuerza por escatimar las palabras de Jesucristo, y darles otro entendimiento distinto de aquel que los padres santos le dieron y que la iglesia de Roma cree y manda guardar.

Ley 1: Haeresis en latín quiere decir en romance como apartamiento y tomó este nombre hereje porque es apartado de la fe católica de los cristianos. Y comoquiera que sean muchas las sectas y maneras de herejes, hay dos que son las principales: La primera es toda creencia que hombre tiene que se desacuerda de aquella fe verdadera que la iglesia de Roma manda tener y guardar.

La segunda es descreencia que tienen algunos hombre malos y descreídos, que creen que el alma se muere con el cuerpo, y que del bien y del mal que hombre hace en este mundo no habrá galardón ni pena en el otro mundo, y los que esto creen son peores que bestias.

Ley 2: Los herejes pueden ser acusados por cada uno del pueblo delante de los obispos o de los vicarios que tienen en sus lugares, y ellos los deben examinar y exprobar en los artículos y en los sacramentos de la fe;.y si hallaren que yerran en ellos o en alguna de las otras cosas que la iglesia de Roma manda guardar y creer, entonces deben esforzarse por convertirlos y por sacarlos de aquel yerro por buenas razones y mansas palabras; y si se quisieren tornar a la fe y creerla, después que fueren reconciliados, débenlos perdonar.

Y si por ventura no se quisieren apartar de su porfía, débenlos juzgar por herejes, y darlos después a los jueces seglares, y ellos débenles dar pena en esta manera: que si fuere el hereje predicador, al que dicen consolado, débenlo quemar en el fuego de manera que muera en él. Esa misma pena decimos que deben tener los descreídos que dijimos en la ley antes de esta, que no creen recibir galardón ni pena en el otro siglo.

Ley 4: Dignidad ni oficio público no debe tener el que fuere juzgado por hereje, y por ello no puede ser papa ni cardenal ni patriarca ni arzobispo ni obispo ni puede tener ninguna de las otras honras y dignidades que pertenecen a la iglesia. Otrosí decimos que el que fuese no puede ser emperador ni rey ni conde ni duque ni debe tener ningún oficio ni lugar honrado de aquellos que pertenecen a señorío seglar.

Y aun decimos que si fuere probado contra alguno que es hereje, que debe perder por ello la dignidad que antes tenía, y además, les es prohibido por las leyes antiguas que no puedan hacer testamento, fuera de que quisieren dejar en él sus bienes a sus hijos católicos.

TÍTULO 27: De los desesperados que se matan a sí mismos o a otros por algo que les dan y de los bienes de ellos.

Ley 1: Desesperamiento es cuando un hombre pierde la confianza y se desespera de los bienes de este mundo y del otro, aborreciendo su vida y codiciando la muerte. Y hay cinco maneras de hombres desesperados: la primera es cuando alguno ha hecho grandes yerros, que, siendo acusado de ellos, con miedo de la pena y con vergüenza que espera tener por ellos, mátase él mismo con sus manos o bebe hierbas a sabiendas con que muera. La segunda es cuando alguno se mata por gran cuita o por gran dolor de enfermedad que le acaece, no pudiendo sufrir las penas de ella. La tercera es cuando lo hace con locura o con saña. La cuarta es cuando alguno que es rico y poderoso y honrado, viendo que lo desheredan o lo han desheredado o le hacen perder la honra y el poderío que antes tenía, desespérase, metiéndose a peligro de muerte o matándose él mismo. La quinta es la de los asesinos y de los otros traidores, que matan a hurto a los hombres por algo que les dan.

Ley 3: Asesinos son llamados una manera que hay de hombres desesperado y malos, que matan a los hombres a traición de manera que no se pueden de ellos guardar; y tales hay de ellos que andan vestidos como religiosos y otros como peregrinos, y otros que andan como en manera de labradores, y lléganse a hablar con los hombres porque se aseguran en ellos y andan muy encubiertamente en estas maneras sobredichas y en otras semejantes de ellas, porque puedan cumplir su traición y su maldad que tienen en corazón de hacer.

TÍTULO 28: De los que denuestan a Dios y a Santa María y los otros santos.

Denuesto es cosa que se dicen los hombres unos a otros con despecho, queriendo luego tomar venganza por palabra.

Ley 2: Los hombres, cuanto son de mejor linaje y de más noble sangre, tanto deben ser más mesurados y más apercibidos para guardarse de yerro, pues los hombres del mundo a quienes más conviene ser apuestos en sus palabras y en sus hechos, ellos son, por cuanto Dios más honra y bien les hizo, y cuanto más honrados son y mejor lugar tienen, tanto peor les está el yerro que hacen. Y por eso mandamos que si algún ricohombre de nuestro señorío denostase a Dios o a santa María, que por la primera vez pierda la tierra que tuviere por un año, y por la segunda, piérdala por dos años, y por la tercera piérdala de llano.

Ley 6: Como quiera que no se debe apremiar a los moros ni a los judíos para creer en la fe de los cristianos, con todo eso no tenemos por bien que ninguno de

ellos sea osado ni atrevido en ninguna manera de denostar a Dios ni a santa María ni a ninguno de los otros santos que son otorgados por la iglesia de Roma, pues si los moros prohiben, en todos los lugares donde tienen poder sobre los cristianos, que no denuesten a Mahoma ni digan mal de su creencia, y los azotan por esta razón, y les hacen mal en muchas maneras y los descabezan, mucho más conveniente cosa es que se lo prohibamos a ellos y a los otros que no creen en nuestra fe, que no osen ser atrevidos de decir de ella mal ni de denostarla.

TÍTULO 29: De cómo deben ser recaudados y guardados los presos.

Recaudados deben ser los que fueren acusados de tales yerros que si se los probasen, que deben tomar muerte por ello o ser dañados en algunos de sus miembros, y no deben ser estos tales dados por fiadores, porque si después ellos entendiesen que el yerro les era probado, con miedo de recibir muerte o daño por ellos, huirían de la tierra, o se esconderían de manera que no los podrían hallar para cumplir en ellas la justicia que deben haber.

Ley 15: Atrevidos son a veces los hombres a hacer por sí, sin mandado del rey, cárceles en sus casas o en sus lugares para tener los hombres presos en ellas; y esto tenemos por muy gran atrevimiento y por muy gran osadía, y que van en contra de nuestro señorío los que de esto se trabajan. Y por eso mandamos y publicamos que de aquí adelante no sea osado ninguno de hacer cárcel nuevamente ni de usar de ella aunque la tenga hecha; y no pertenece a otro hombre ninguno poder mandar hacer cárcel ni meter hombres presos en ella, sino tan solamente al rey o a aquellos a quien él otorgase que lo puedan hacer.

TÍTULO 30: De los tormentos.

Ley 1: Tormento es manera de pena que hallaron los que fueron amadores de la justicia para escudriñar y saber la verdad por él de los malos hechos que se hacen encubiertamente, que no pueden ser sabidos ni probados por otra manera, y tiene muy gran provecho para cumplirse la justicia y por los tormentos saben los jueces muchas veces la verdad de los malos hechos encubiertos, que no se podrían saber de otra manera. Y comoquiera que las maneras de los tormentos son muchas, pero las principales son dos; la una se hace con heridas de azotes, la otra es colgando al hombre que quieren atormentar de los brazos, y cargándole las espaldas y las piernas de lorigas o de otra cosa pesada.

Ley 2: Atormentar los presos no debe ninguno sin mandado de los jueces ordinarios que tiene poder de hacer justicia de ellos. Y aun los jueces no los deben

mandar atormentar luego que fueren acusados, a menos de saber antes presunciones o sospechas ciertas de los yerros sobre los que son presos. Y otrosí decimos que no deben meter a tormento a ninguno que sea menor de catorce años, ni a caballero, ni maestro de leyes o de otro saber, ni a hombre que fuese consejero señaladamente del rey o del común de alguna ciudad o villa del reino, ni a los hijos de estos sobredichos, siendo los hijos hombres de buena fama, ni a mujer que fuese preñada hasta que para, aunque hallasen señales o sospechas sobre ella, y eso es por honra de la ciencia o por nobleza que tienen en sí, y a la mujer, por razón de la criatura que tienen en vientre, que no merece mal.

Ley 4: Los presos, después que fueren metidos a tormento hubieren dicho lo que supieren sobre aquello por lo que los atormentaron, y hubieren escrito los dichos de ellos, débenlos tornar a la cárcel o a la prisión en donde solían estar antes que los atormentasen. Y aunque alguno de ellos conociese cuando los atormentaban aquel yerro sobre el que lo metieron a tormento, no lo debe por ello el juez mandar ajusticiar luego, mas tenerlo en la prisión hasta otro día y después hacer que lo conduzcan otro día ante él y decirle así: "Tú sabes como te metieron ya a tormento, y sabes qué dijiste cuando te atormentaban; ahora que no te atormenta ninguno, di la verdad cómo es".

Y si perseverase en aquello que entonces dijo y lo conociese, débelo entonces juzgar y mandar que hagan de él la justicia que el derecho manda. Pero si antes que hagan la justicia de él, hallare el juez en verdad que aquello que conoció no era así, mas que lo dijo con miedo de las heridas, o por despecho que había porque lo herían, o por locura, o por otra razón semejante de estas, débelo librar.

Y si por ventura negase otro día delante del juez lo que conociera cuando lo atormentaban, si este fuese hombre a quien atormentasen sobre hecho de traición o de falsa moneda o de muerte de hombre o de hurto o de robo o de otro yerro grande, puédelo meter a tormento aún dos veces en dos días departidos. Y si lo atormentasen sobre otro yerro ligero, débenlo aun meter a tormento otra vez; y si entonces no reconociera el yerro, debe el juez darle por libre, porque el conocimiento es hecho en el tormento, si no fuere confirmada después sin apremios, no es valedero.

TÍTULO 31: De las penas y de las naturalezas de ellas.

Ley 1: Pena es enmienda de pecho o escarmiento que es dado según ley a algunos por los yerros que hicieron. Y dan esta pena los jueces a los hombres por dos razones: la una es porque reciban escarmiento de los yerros que hicieron; la otra es porque todos los que lo vieren y oyeron, tomen de ello ejemplo y apercibimiento para guardarse que no yerren por miedo de pena.

Y los jueces deben mucho considerar antes que den pena a los acusados, y escudriñar muy acuciosamente el yerro sobre que le mandan dar, de manera que sea antes bien probado, considerando la manera en que fue hecho el yerro.

Ley 2: Pensamientos malos vienen muchas veces a los corazones de los hombres, de manera que se afirman en aquello que piensan para cumplirlo por hecho, y después de eso, estimar que si lo cumpliesen, que harían mal y arrepiéntense. Y por eso decimos que cualquier hombre que se arrepintiese del mal pensamiento antes que comenzase a obrar por él, que no merece por ello pena ninguna, porque los primeros movimientos de las voluntades no están en poder de los hombres. Mas si después que lo hubiesen pensado, hiciesen por cumplirlo, comenzándolo a meter en obra, aunque no lo cumpliesen del todo, entonces caerían en culpa y merecerían pena de escarnio según el yerro que hiciesen, porque erraron en aquello que era en su poder de guardarse si quisiesen.

Ley 3: Todos los yerros de que hicimos mención en este libro que los hombres hacen a sabiendas, con mala intención, son de cuatro maneras. La primera es de hecho, así como matar o hurtar o robar, y todos los otros yerros que los hombres hacen que son semejantes de estos. La segunda es por palabra, así como denostar o infamar o atestiguar o abogar falsamente, y en las otras maneras semejantes de estas que los hombres hacen y yerran unos contra otros por palabra. La tercera es por escritura, así como cartas falsas o malas cantigas o malos dictados o en las otras escrituras semejantes de estas que los hombres hacen unos contra otros, de que les nace deshonra o daño. La cuarta es por consejo, así como cuando algunos se juntan en uno y hacen junta o postura o cofradía para hacer mal a otros, o para recibir los enemigos en la tierra o para hacer levantamiento en ella o para acoger los ladrones y malhechores, o en las otras maneras semejantes de estas en que los hombres hacen malas hablas o toman malos consejos para hacer mal o daño los unos a los otros.

Ley 4: Siete maneras hay de penas por las que pueden los jueces escarmentar a los que cometen yerros, cuatro de ellas son mayores y tres menores. Y las mayores son estas: la primera es dar a hombre pena de muerte o de perdimiento de miembro. La segunda es condenarlo a que esté en hierros para siempre, cavando en los metales del rey, o labrando en las otras labores o sirviendo a los que las hicieren. La tercera es cuando destierran a alguno para siempre a alguna isla o a algún lugar cierto tomándole todos sus bienes. La cuarta es cuando mandan a alguno echar en hierros, que yazga siempre preso en ellos, o en cárcel o en otra prisión; y tal prisión como esta no la deben dar a hombre libre, sino a siervo, pues la cárcel no es dada para escarmentar los yerros, mas para guardar los presos tan solamente en ella hasta que sean juzgados. La quinta es cuando destierran a algún hombre por tiempo cierto a alguna isla o para siempre, no tomándole sus bienes.

La sexta es cuando dañan la fama de alguno juzgándolo por infamado, o cuando lo quitan de algún oficio que tiene, por razón de algún yerro que hizo, que no se use de allí en adelante de oficio de abogado ni de personero, o que no aparezca antes los jueces cuando juzgaren hasta tiempo cierto o para siempre. La setena es cuando condenan a alguno a que sea azotado o herido públicamente por yerro que hizo o lo ponen por deshonra de él en la picota, o lo desnudan haciéndole estar al sol untado de miel porque lo coman las moscas alguna hora del día.

TÍTULO 32: De los perdones.

Misericordia y merced y gracia y perdón y justicia son bondades que señaladamente deben tener en sí los emperadores y los reyes y los otros grandes señores que han de juzgar y mantener las tierras

Ley 1: Perdón tanto quiere decir como liberar y perdonar a un hombre la pena que debía recibir por el yerro que había hecho. Y hay dos maneras de perdones. La una es cuando el rey o el señor de la tierra perdona generalmente a todos los hombres que tiene presos por gran alegría que tiene: así como por nacimiento de su hijo, o por victoria que hayan tenido sobre sus enemigos o por amor a Jesucristo, así como lo usan hacer el día del viernes santo de andulencias, o por otra razón semejante a estas.

La otra manera de perdón es cuando el rey perdona a alguno por ruego de algún prelado o de rico hombre o de otra alguna honrada persona, o lo hace por servicio que le hubiese hecho a él o a su padre o a aquellos de cuyo linaje viene aquel a quien perdona, o por bondad o por sabiduría o por gran esfuerzo que hubiese en él de que pudiese venir algún bien a la tierra, o por alguna otra razón semejante de estas. Y tales perdones como estos no tiene otro poder de hacerlos sino el rey.

Ley 3: Misericordia y merced y gracia, aunque algunos hombres piensan que son una cosa, sin embargo diferencias hay entre ellas, pues misericordia es propiamente cuando el rey se mueve por piedad de sí mismo a perdonar a alguno la pena que debía tener doliéndose de él, viéndole cuitado o malandante, o por piedad que tiene de sus hijos o de su compañía.

Y merced es perdón que el rey hace a otro por merecimiento de servicio que le hizo aquel a quien perdona o aquellos de quienes descendió, y es como manera de galardón. Y gracia no es perdón, mas es don que hace el rey a alguno que con derecho se podría excusar de hacerlo si quisiese. Y comoquiera que los reyes deben ser firmes en mandar cumplir la justicia, sin embargo pueden y deben usar a veces de estas tres bondades de misericordia y de merced y de gracia.

TÍTULO 33: De la significación de las palabras y de las cosas dudosas y de las reglas derechas.

En todas las siete Partidas de este libro nuestro, hablamos de las personas de los hombres y de los hechos de ellos, y de todas las cosas que les pertenecen. Mas porque en las palabras y en la declaración de ellas podrían nacer contiendas entre los hombres sobre las razones de que allí hablamos, por eso queremos en este título tratar, en el fin de este libro nuestro, de cómo se deben entender y poner en claro las palabras dudosas cuando acaecieren.

Ley 1: Significación y declaración de palabras tanto quiere decir como demostrar y esforzarse por exponer claramente el propio nombre de la cosa sobre la que es la contienda, o si tal nombre no tuviese, mostrarla o averiguarla por otras señales ciertas. Y porque, según dijeron los sabios antiguos, las maneras de las palabras y de los hechos dudosos con como sin fin, por ello no podría hombre poner doctrina cierta sobre cada una de las cosas que podrían acaecer; mas sobre las razones generales que son usadas hablaremos y según la semejanza de estas podríanse librar las otras que acaecen de nuevo.

Ley 2: Duda podría acaecer en los pleitos o en las posturas que los hombres ponen entre sí, y entonces debe considerar el juez ante quien acaece tal contienda, que si la postura sobre la que es la duda es tal que no pudiese valer sino según el entendimiento de la una parte, entonces la deben interpretar y declarar según el entendimiento de la parte por la que puede valer la postura, y no según la otra. Y esto sería como si, estando algún hombre en el reino de Murcia, prometiese dar o pagar alguna cosa a otro en Cartagena hasta dos días, y pasado este plazo demandase el uno al otro lo que le prometiera, si el que había de hacer la paga dijese que su entendimiento fuera pagárselo en Cartagena de África, no en la otra, entonces el juez debe aclarar tal duda como esta, y que la paga se debe hacer en aquella Cartagena que es más cerca de aquel lugar donde fue hecha la postura; y por este caso pueden tomar ejemplo para todos los otros semejantes de él. Mas si por ventura la duda fuese tal que pudiese valer el pleito según el entendimiento de ambas partes, entonces debe el juez tomar el entendimiento que es más acercado a la verdad. Y esto sería como si un hombre comprase a otro alguna cosa por precio de mil maravedís y el vendedor dijese que su entendimiento fuera que estos maravedís fuesen de los negros, y el comprador entendiese que de los blancos, si tal duda como esta no se pudiese averiguar por carta ni por testigos, debe el juez considerar que si la cosa vendida es tal que pueda valer tanto como alguna de las partes dice, y no más; y según eso debe declarar tal duda y dar su juicio. Y si alguna de estas razones el juez no pudiere mirar ni ver, entonces debe interpretar la duda contra aquel que dijo la palabra o el pleito oscuramente a daño de él y a provecho de la otra parte.

Ley 4: Dilucidar ni esclarecer no puede ninguno las leyes sino el rey, cuando duda acaeciere sobre las palabras o el entendimiento de ellas; o la costumbre antigua que siempre hubiesen los hombre usado para así entenderla, eso mismo decimos de los privilegios y de las cartas del rey.

Ley 6: Usamos poner en algunas leyes de este libro nuestro diciendo: "Todo hombre que tal cosa hiciere, reciba tal pena" Y entendemos por aquella palabra que la prohibición pertenece tanto a la mujer como al varón, aunque no hagamos mención de ella, fuera de aquellas cosas en que señaladamente les otorgan mejoría las leyes de este libro nuestro. Otrosí decimos que dondequiera que sea hallado este nombre: ciudad, que se entienda todo aquel lugar que es cercado por los muros, con los arrabales y los edificios que se tienen con ellos.

Ley 8: Puerto es dicho lugar encerrado de montañas en la ribera del mar, donde se cargan y se descargan las naves y los otros navíos, otro tal sería todo lugar donde la nave pudiese invernar estando sobre anclas, mas los otros lugares donde pueden anclar, y no se podrían defender de gran tormenta, son dichos playa o piélago; y en España, a semejanza de estos, llaman puertos a los estrechos y fuertes lugares de las tierras que están en las grandes montañas. Otrosí decimos que ager en latín tanto quiere decir en romance como campo para sembrar en que no hay casa ni otro edificio, fuera de alguna cabaña o choza para tener o acoger los frutos. Y silva es dicha propiamente el lugar donde los hombres suelen cortar madera para casas o leña para quemar. Y prados son aquellos lugares de los que los hombres sacan frutos, así como el heno o la hierba. Y pascua llaman en latín a la dehesa o extremo donde pacen y se gobiernan los ganados. Y novale otrosí en latín quiere decir en romance como montaña o jara que es roturada de nuevo para meterla en labor.

Ley 12: Nacen a veces dos criaturas de una vez del vientre de alguna mujer y acontece que es dudoso cuál de ellos nació primero, y decimos que si el uno es macho y el otro es hembra, debemos entender que el varón nació primero, pues que no se puede averiguar el contrario. Y si fueren ambos varones, y no pudiere ser sabido cuál de ellos nació primero, entonces ambos deben tener aquella honra y herencia que tendría el que naciese primero, al que dicen primogenitus. Y esto ocurre cuando fuese en tal caso que se pudiese partir, si partir no se pudiese, así como señorío de tierra, que uno tan solamente lo hubiese de tener por costumbre o en otra manera, entonces decimos que por suerte se debe partir y aquel a quien cayere, que lo tenga.

Ley 13: Regla es ley dictada brevemente con palabras generales que muestran pronto la cosa sobre la que se habla, y tiene fuerza de ley, fuera de aquellas cosas sobre las que hablase alguna ley señalada de este libro nuestro que fuese contraria de ella, pues entonces debe ser guardado lo que la ley manda, y no lo que la regla dice.

Y decimos que regla derecha es que todos los jueces deben ayudar a la libertad, porque es amiga de la naturaleza, que la aman no tan solamente los hombres, mas aun todos los animales. Otrosí decimos que servidumbre es cosa que aborrecen los hombres naturalmente y en manera de servidumbre vive no tan solamente el siervo, mas aun aquel que no es libre de poder ir del lugar donde mora a otro lugar. Y también dijeron los sabios antiguos que no es suelto ni libre de prisión aquel a quien han sacado de los hierros y tiénenlo por la mano y le dan guarda cortesanamente. Otrosí dijeron que no son contados como bienes aquellos de los que vienen al hombre más daño que provecho. Otrosí dijeron que la cosa que es nuestra, que no puede pasar a otro sin nuestra palabra o sin nuestro hecho. Y dijeron también que no hace daño a otro quien usa de su derecho. Y aun dijeron que aquellas cosas puede hombre hacer que, cuando fueren hechas, sean sin malestanza de aquel que las hizo. Y otrosí dijeron que lo que hombre hace o dice con encendimiento de saña no debe ser juzgado por firme antes de que se vea si persiste en ellos, no arrepintiéndose luego el que se movió Y aun dijeron que ninguno no debe enriquecerse torticeramente con daño de otro y que la culpa de uno no debe impedir a otro que no tenga ni parte. Y dijeron aun que a los malhechores y a los aconsejadores y a los encubridores debe ser dado igual pena. Otrosí dijeron que aquel que calla no se entiende que siempre otorga lo que le dicen, aunque no responda; más esto es verdad: que no niega lo que oye. Y aun dijeron que el que se deja engañar entendiéndolo, que no se puede querellar como hombre engañado, porque no le fue hecho encubiertamente, pues que lo entendía. Y también dijeron que no se deben hacer las leyes sino sobre las cosas que suelen acaecer a menudo; y por ello no tuvieron cuidado los antiguos de hacerlas sobre las cosas que ocurrieran pocas veces, porque tuvieron que se podrían juzgar por otro caso de ley semejante que se hallase en escrito. Otrosí dijeron que en las cosas que se hacen de nuevo debe ser considerado en cierto el provecho que sale de ellas antes que se apartan las otras que fueron antiguamente tenidas por buenas y por derechas. Y porque las otras palabras que los antiguos pusieron como por reglas de derecho, las hemos puesto y repartido por las leyes de este libro nuestro, así como antes dijimos, por ello, no queriéndolas doblar, tenemos que abundan los ejemplos que aquí hemos mostrado.

Nos, el rey don Alfonso.

FIN DE LAS SIETE PARTIDAS

EL CONTRATO SOCIAL



JUAN JACOBO ROUSSEAU

«1712-1778»

PRESENTACIÓN.

La obra del notable escritor suizo, Juan Jacobo Rousseau, **EL CONTRATO SOCIAL**, se ha convertido en un auténtico clásico tanto de la literatura jurídica como de la política.

Texto obligado en diversas disciplinas y materias, este libro ha corrido por desgracia la nefasta suerte que suele acompañar a obras de este tipo, las cuales al constituirse en lecturas obligatorias en las escuelas, terminan por ser odiadas y, por supuesto, muy poco leídas.

Sin embargo, todo aquel que durante su educación preparatoria o en alguna materia de sus estudios universitarios se haya visto en la obligación de haberla leído para acreditar la materia o el grado escolar respectivo, le aconsejamos vuelva a leerla, fuera del criterio de leer para pasar año, sino que la lea para analizar, reflexionar y adquirir elementos que le ayuden a la mejor comprensión de su medio social, y se convencerá de todo lo que perdió por la locura compulsiva del rápido acreditamiento de materias.

En efecto, en los cuatro libros que componen esta obra podemos encontrar innumerables referencias a nuestra realidad actual.

Tengamos en cuenta, en primer lugar, que el principal planteamiento de la concepción contractualista de Rousseau, lo encontramos en que él otorga el título de Contrato social a la manera en que las colectividades humanas buscan ponerse de acuerdo en torno a su organización interna. Así, la felicidad y la libertad de las colectividades humanas dependerán directamente de cómo se estructure y establezca ese acuerdo; al existir una amplia gama de posibilidades, corresponderá a la multiplicidad de voluntades reunidas para llegar a concretar el acuerdo, analizarlas todas y decidir cuáles consideran mas adecuadas a su realidad y acordes con sus finalidades y objetivos.

Para Rousseau no hay la menor duda de que todo tipo de sociedad requiere forzosamente de ese acuerdo de voluntades para poder funcionar, y en esta obra analiza y reflexiona sobre una vasta gama de posibilidades.

Particularmente ha llamado nuestra atención su alusión a la República romana, respecto del ágora o plaza pública, en donde las voluntades se manifestaban, discutían y acordaban lo conducente, siendo por ello el lugar en el que se hacía la política de la Roma republicana. En la actualidad parece ser que esa plaza pública ha sido suplantada por los denominados medios masivos de comunicación.

En efecto, es en estos medios en donde, hoy por hoy, se hace la política y se hace política, aunque, y he aquí lo que es motivo de reflexión: sin la participación de la pluralidad de voluntades que conforman la sociedad. Esto, que es sumamente preocupante, lo comprobamos día con día sin que parezca existir freno alguno. De seguir las cosas así, a pasos agigantados la más aberrante e hipócrita de las oligarquías: la que disfraza su rostro tiránico bajo un supuesto manto democrático estará incrustándose en el poder tras el trono.

Resulta pues evidente, que uno de los tantos acuerdos que las sociedades contemporáneas, y en lo particular, la sociedad mexicana, deben alcanzar, es redefinir el uso y alcances de esos medios masivos de comunicación, puesto que mucho de ello depende para, utilizando las alegorías rousseounianas, garantizar la felicidad y buen desarrollo de las mismas.

El poder de los medios masivos de comunicación, en lo particular el de la televisión, es algo innegable, por lo que la participación social en el control de los mismos debe ya de precisarse, volverse parte integrante de ese acuerdo de que habla Rousseau.

En fin, al igual que yo, que he echado a volar mis reflexiones basándome en unos párrafos expuestos en este libro, usted, amable lector, puede hacerlo, sobre muy variados temas, y eso es, desde la perspectiva propia, lo importante, lo crucial, lo esencial, a lo que hay que inducir.

Armando Ríos Jáquez

LIBRO PRIMERO

ÍNDICE

Capítulo I. Asunto de este primer Libro.
Capítulo II. De las primeras sociedades.
Capítulo III. Del derecho del más fuerte.
Capítulo IV. De la esclavitud.
Capítulo V. De cómo es preciso elevarse siempre a una primera convención.
Capítulo VI. Del pacto social.
Capítulo VII. Del soberano.
Capítulo VIII. Del estado civil.
Capítulo IX. Del dominio real.
Notas.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Asunto de este primer libro

El hombre ha nacido libre y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado. Tal cual se cree el amo de los demás, cuando, en verdad, no deja de ser tan esclavo como ellos. ¿Cómo se ha verificado este camino? Lo ignoro. ¿Qué puede hacerlo legítimo? Creo poder resolver esta cuestión.

Si no considerase más que la fuerza y el efecto que de ella se deriva, diría: mientras un pueblo se ve obligado a obedecer y obedece, hace bien; mas en el momento en que puede sacudir el yugo, y lo sacude, hace todavía mejor; porque recobrando su libertad por el mismo derecho que se le arrebató, o está fundado el recobrarla, o no lo estaba el habérsela quitado. Pero el orden social es un derecho sagrado y sirve de base a todos los demás. Sin embargo, este derecho no viene de la Naturaleza; por consiguiente, está, pues, fundado sobre convenciones. Se trata de saber cuáles son estas convenciones. Mas antes de entrar en esto debo demostrar lo que acabo de anticipar.

CAPÍTULO II

De las primeras sociedades

La más antigua de todas las sociedades, y la única natural, es la de la familia, aun cuando los hijos no permanecen unidos al padre sino el tiempo en que necesitan de él para conservarse. En cuanto esta necesidad cesa, el lazo natural se deshace. Una vez libres los hijos de la obediencia que deben al padre, y el padre de los cuidados que debe a los hijos, recobran todos igualmente su independencia. Si continúan unidos luego, ya no lo es naturalmente, sino voluntariamente, y la familia misma no se mantiene sino, por convención.

Esta Libertad común es una consecuencia de la naturaleza del hombre. Su primera ley es velar por su propia conservación; sus primeros cuidados son los que se debe a sí mismo; tan pronto como llega a la edad de la razón, siendo él solo juez de los medios apropiados para conservarla, adviene por ello su propio señor.

La familia es, pues, si se quiere, el primer modelo de las sociedades políticas: el jefe es la imagen del padre; el pueblo es la imagen de los hijos, y habiendo nacido todos iguales y libres, no enajenan su Libertad sino por su utilidad. Toda la diferencia consiste en que en la familia el amor del padre por sus hijos le remunera de los cuidados que les presta, y en el Estado el placer de mando sustituye a este amor que el jefe no siente por sus pueblos.

Grocio niega que todo poder humano sea establecido en favor de los que son gobernados, y cita como ejemplo la esclavitud. Su forma más constante de razonar consiste en establecer el derecho por el hecho (1). Se podría emplear un método más consecuente.

Es, pues, dudoso para Grocio si el género humano pertenece a una centena de hombres o si esta centena de hombres pertenece al género humano, y en todo su libro parece inclinarse a la primera opinión; éste es también el sentir de Hobbes. Ved de este modo a la especie humana dividida en rebaños de ganado, cada uno de los cuales con un jefe que lo guarda para devorarlo.

Del mismo modo que un guardián es de naturaleza superior a la de su rebaño, así los pastores de hombres, que son sus jefes, son también de una naturaleza superior a la de sus pueblos. Así razonaba, según Pliilon, el emperador Calígula, y sacaba, con razón, como consecuencia de tal analogía que los reyes eran dioses o que los pueblos eran bestias.

El razonamiento de Calígula se asemeja al de Hobbes y al de Grocio. Aristóteles, antes de ellos dos, había dicho también (2) que los hombres no son naturalmente iguales, sino que unos nacen para la esclavitud y otros para la dominación.

Aristóteles tenía razón; pero tomaba el efecto por la causa: todo hombre nacido en la esclavitud nace para la esclavitud, no hay nada más cierto. Los esclavos pierden todo en sus cadenas, hasta el deseo de salir de ellas; aman su servilismo, como los compañeros de Ulises amaban su embrutecimiento (3); si hay, pues, esclavos por naturaleza es porque ha habido esclavos contra naturaleza. La fuerza ha hecho los primeros esclavos; su cobardía los ha perpetuado.

No he dicho nada del rey Adán ni del emperador Noé, padre de tres grandes monarcas, que se repartieron el universo como hicieron los hijos de Saturno, a quienes se ha creído reconocer en ellos. Yo espero que se me agradecerá esta moderación; porque, descendiendo directamente de uno de estos príncipes, y acaso de la rama del primogénito, ¿qué sé yo si, mediante la comprobación de títulos, no me encontraría con que era el legítimo rey del género humano? De cualquier modo que sea, no se puede disentir de que Adán no haya sido soberano del mundo, como

Robinsón lo fue de su isla en tanto que único habitante, y lo que había de cómodo en el imperio de éste era que el monarca, asegurado en su trono, no tenía que temer rebelión ni guerras, ni a conspiraciones.

CAPÍTULO III

Del derecho del más fuerte

El más fuerte no es nunca bastante fuerte para ser siempre el señor, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber. De ahí, el derecho del más fuerte; derecho tomado irónicamente en apariencia y realmente establecido en principio. Pero ¿no se nos explicará nunca esta palabra? La fuerza es una potencia física; ¡no veo qué moralidad puede resultar de sus efectos! Ceder a la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad; es, a lo más, un acto de prudencia. ¿En qué sentido podrá esto ser un acto de deber. Supongamos por un momento este pretendido derecho. Yo afirmo que no resulta de él mismo un galimatías inexplicable; porque desde el momento en que es la fuerza la que hace el derecho, el efecto cambia con la causa: toda fuerza que sobrepasa a la primera sucede a su derecho. Desde el momento en que se puede desobedecer impunemente, se hace legítimamente; y puesto que el más fuerte tiene siempre razón, no se trata sino de hacer de modo que se sea el más fuerte. Ahora bien; ¿qué es un derecho que perece cuando la fuerza cesa? Si es preciso obedecer por la fuerza, no se necesita obedecer por deber, y si no se está forzado a obedecer, no se está obligado. Se ve, pues, que esta palabra el derecho no añade nada a la fuerza; no significa nada absolutamente.

Obedeced al poder. Si esto quiere decir ceded a la fuerza, el precepto es bueno, pero superfluo, y contesto que no será violado jamás. Todo poder viene de Dios, lo confieso; pero toda enfermedad viene también de Él; ¿quiere esto decir que esté prohibido llamar al médico? Si un ladrón me sorprende en el recodo de un bosque, es preciso entregar la bolsa a la fuerza; pero si yo pudiera sustraerla, ¿estoy, en conciencia, obligado a darla? Porque, en último término, la pistola que tiene es también un poder.

Convengamos, pues, que fuerza no constituye derecho, y, que no se está obligado a obedecer sino a los poderes legítimos. De este modo, mi primitiva pregunta renace de continuo.

CAPÍTULO IV

De la esclavitud

Puesto que ningún hombre tiene una autoridad natural sobre sus semejantes, y puesto que la Naturaleza no produce ningún derecho, quedan, pues, las convenciones como base de toda autoridad legítima entre los hombres.

Si un particular -dice Grocio- puede enajenar su libertad y convertirse en esclavo de un señor, ¿por qué no podrá un pueblo entero enajenar la suya y hacerse súbdito de una vez. Hay en esto muchas palabras equívocas que necesitarían explicación; mas detengámonos en las de enajenar. Enajenar es dar o vender. Ahora bien; un hombre que se hace esclavo de otro no se da, sino que se vende, al menos, por su subsistencia; pero un pueblo, ¿por qué se vende?. No hay que pensar en que un rey proporcione a sus súbditos la subsistencia, puesto que es él quien saca de ellos la suya, y, según Rabelais, los reyes no viven poco. ¿Dan, pues, los súbditos su persona a condición de que se les tome también sus bienes? No veo qué es lo que conservan entonces.

Se dirá que el déspota asegura a sus súbditos la tranquilidad civil. Sea. Pero ¿qué ganan ellos si las guerras que su ambición les ocasiona, si su avidez insaciable y las vejaciones de su ministerio los desolan más que lo hicieran sus propias disensiones? ¿Qué ganan, si esta tranquilidad misma es una de sus miserias? También se vive tranquilo en los calabozos; ¿es esto bastante para encontrarse bien en ellos? Los griegos encerrados en el antro del Cíclope vivían tranquilos esperando que les llegase el turno de ser devorados.

Decir que un hombre se da gratuitamente es decir una cosa absurda e inconcebible. Un acto tal es ilegítimo y nulo por el solo motivo de que quien lo realiza no está en su razón. Decir de un pueblo esto mismo es suponer un pueblo de locos, y la locura no crea derecho.

Aun cuando cada cual pudiera enajenarse a sí mismo, no puede enajenar a sus hijos: ellos nacen hombres libres, su libertad les pertenece, nadie tiene derecho a disponer de ellos sino ellos mismos. Antes de que lleguen a la edad de la razón, el padre puede, en su nombre, estipular condiciones para su conservación, para su bienestar, mas no darlos irrevocablemente y sin condición, porque una donación tal es contraria a los fines de la Naturaleza y excede a los derechos de la paternidad. Sería preciso, pues, para que un gobierno arbitrario fuese legítimo, que en cada generación el pueblo fuese dueño de admitirlo o rechazarlo; mas entonces este gobierno habría dejado de ser arbitrario.

Renunciar a la libertad es renunciar a la cualidad de hombres, a los derechos de humanidad e incluso a los deberes. No hay compensación posible para quien renuncia a todo. Tal renuncia es incompatible con la naturaleza del hombre, e implica arrebatar toda moralidad a las acciones el arrebatar la libertad a la voluntad. Por último, es una convención vana y contradictoria al reconocer, de una parte, una autoridad absoluta y, de otra, una obediencia sin límites. ¿No es claro que no se está comprometido a nada respecto de aquel de quien se tiene derecho a exigir todo? ¿Y esta sola condición, sin equivalencia, sin reciprocidad, no lleva consigo la nulidad del acto? Porque ¿qué derecho tendrá un esclavo sobre mí si todo lo que tiene me pertenece, y siendo su derecho el mío, este derecho mío contra mí mismo es una palabra sin sentido.

Grocio y los otros consideran la guerra un origen del pretendido derecho de esclavitud. El vencedor tiene, según ellos, el derecho de matar al vencido, y éste puede comprar su vida a expensas de su libertad; convención tanto más legítima cuanto que redunda en provecho de ambos.

Pero es claro que este pretendido derecho de dar muerte a los vencidos no resulta, en modo alguno, del estado de guerra. Por el solo hecho de que los hombres, mientras viven en su independencia primitiva, no tienen entre sí relaciones suficientemente constantes como para constituir ni el estado de paz ni el estado de guerra, ni son por naturaleza enemigos. Es la relación de las cosas y no la de los hombres la que constituye la guerra; y no pudiendo nacer ésta de las simples relaciones personales, sino sólo de las relaciones reales, la guerra privada o de hombre a hombre no puede existir, ni en el estado de naturaleza, en que no existe ninguna propiedad constante, ni en el estado social, en que todo se halla bajo la autoridad de las leyes.

Los combates particulares, los duelos, los choques, son actos y no constituyen ningún estado; y respecto a las guerras privadas, autorizadas por los Estatutos de Luis IX, rey de Francia, y suspendidas por la paz de Dios, son abusos del gobierno feudal, sistema absurdo como ninguno, contrario a los principios del derecho natural y a toda buena política.

La guerra no es, pues, una relación de hombre a hombre, sino una relación de Estado a Estado, en la cual los particulares sólo son enemigos incidentalmente, no como hombres, ni aun siquiera como ciudadanos (4), sino como soldados: no como miembros de la patria, sino como sus defensores. En fin, cada Estado no puede tener como enemigos sino otros Estados, y no hombres, puesto que entre cosas de diversa naturaleza no puede establecerse ninguna relación verdadera.

Este principio se halla conforme con las máximas establecidas en todos los tiempos y por la práctica constante de todos los pueblos civilizados. Las declaracio-

nes de guerras no son tanto advertencias a la potencia cuanto a sus súbditos. El extranjero, sea rey, particular o pueblo, que robe, mate o detenga a los súbditos sin declarar la guerra al príncipe, no es un enemigo; es un ladrón. Aun en plena guerra, un príncipe justo se apodera en país enemigo de todo lo que pertenece al público; mas respeta las personas y los bienes de los particulares: respeta los derechos sobre los cuales están fundados los suyos propios. Siendo el fin de la guerra la destrucción del Estado enemigo, se tiene derecho a dar muerte a los defensores en tanto tienen las armas en la mano; mas en cuanto entregan las armas y se rinden, dejan de ser enemigos o instrumentos del enemigo y vuelven a ser simplemente hombres, y ya no se tiene derecho sobre su vida. A veces se puede matar al Estado sin matar a uno solo de sus miembros. Ahora bien; la guerra no da ningún derecho que no sea necesario a su fin. Estos principios no son los de Grocio; no se fundan sobre autoridades de poetas, sino que se derivan de la naturaleza misma de las cosas y se fundan en la razón.

El derecho de conquista no tiene otro fundamento que la ley del más fuerte. Si la guerra no da al vencedor el derecho de matanza sobre los pueblos vencidos, este derecho que no tiene no puede servirle de base para esclavizarles. No se tiene el derecho de dar muerte al enemigo sino cuando no se le puede hacer esclavo; el derecho de hacerlo esclavo no viene, pues, del derecho de matarlo, y es, por tanto, un camino inicuo hacerle comprar la vida al precio de su libertad, sobre la cual no se tiene ningún derecho. Al fundar el derecho de vida y de muerte sobre el de esclavitud, y el de esclavitud sobre el de vida y de muerte, ¿no es claro que se cae en un círculo vicioso?

Aun suponiendo este terrible derecho de matar, yo afirmo que un esclavo hecho en la guerra, o un pueblo conquistado, sólo está obligado, para con su señor, a obedecerle en tanto que se siente forzado a ello. Buscando un beneficio equivalente al de su vida, el vencedor, en realidad, no le concede gracia alguna; en vez de matarle sin fruto, lo ha matado con utilidad. Lejos, pues, de haber adquirido sobre él autoridad alguna unida a la fuerza, subsiste entre ellos el estado de guerra como antes, y su relación misma es un efecto de ello; es más, el uso del derecho de guerra no supone ningún tratado de paz. Han hecho un convenio, sea; pero este convenio, lejos de destruir el estado de guerra, supone su continuidad.

Así, de cualquier modo que se consideren las cosas, el derecho de esclavitud es nulo, no sólo por ilegítimo, sino por absurdo y porque no significa nada. Estas palabras, esclavo y derecho, son contradictorias: se excluyen mutuamente. Sea de un hombre a otro, bien de un hombre a un pueblo, este razonamiento será igualmente insensato: Hago contigo un convenio, completamente en tu perjuicio y completa-

mente en mi provecho, que yo observaré cuando me plazca y que tú observarás cuando me plazca a mí también.

CAPÍTULO V

De cómo es preciso elevarse siempre a una primera convención

Aun cuando concediese todo lo que he refutado hasta aquí, los autores del despotismo no habrán avanzado más por ello. Siempre habrá una gran diferencia entre someter una multitud y regir una sociedad. Que hombres dispersos sean subyugados sucesivamente a uno solo, cualquiera que sea el número en que se encuentren, no por esto dejamos de hallarnos ante un señor y esclavos, mas no ante un pueblo y su jefe; es, si se quiere, una agregación, pero no una asociación; no hay en ello ni bien público ni cuerpo político. Este hombre, aunque haya esclavizado la mitad del mundo, no deja de ser un particular: su interés, desusado del de los demás, es un interés privado. Al morir este mismo hombre, queda disperso y sin unión su imperio, como una encina se deshace y cae en un montón de ceniza después de haberla consumido el fuego.

Un pueblo -dice Grocio- puede entregarse a un rey. Esta misma donación es un acto civil; supone una deliberación pública. Antes de examinar el acto por el cual un pueblo elige a un rey, sería bueno examinar el acto por el cual un pueblo es tal pueblo; porque siendo este acto necesariamente anterior al otro, es el verdadero fundamento de la sociedad.

En efecto; si no hubiese convención anterior, ¿dónde radicaría la obligación para la minoría de someterse a la elección de la mayoría, a menos que la elección fuese unánime? Y ¿de dónde cierto que los que quieren un señor tienen derecho a votar por diez que no lo quieren? La misma ley de la pluralidad de los sufragios es una fijación de convención y supone, al menos una vez, la previa unanimidad.

CAPÍTULO VI

Del pacto social

Supongo a los hombres llegados a un punto en que los obstáculos que perjudican a su conservación en el estado de naturaleza logran vencer, mediante su resistencia, a la fuerza que cada individuo puede emplear para mantenerse en dicho

estado. Desde este momento, el estado primitivo no puede subsistir, y el género humano perecería si no cambiase de manera de ser.

Ahora bien; como los hombres no pueden engendrar nuevas fuerzas, sino unir y dirigir las que existen, no tienen otro medio de conservarse que formar por agregación una suma de fuerzas que pueda exceder a la resistencia, ponerlas en juego por un solo móvil y hacerlas obrar en armonía.

Esta suma de fuerzas no puede nacer sino del concurso de muchos; pero siendo la fuerza y la libertad de cada hombre los primeros instrumentos de su conservación, ¿cómo va a comprometerlos sin perjudicarse y sin olvidar los cuidados que se debe? Esta dificultad, referida a nuestro problema, puede anunciarse en estos términos:

Encontrar una forma de asociación que defienda y proteja de toda fuerza común a la persona y a los bienes de cada asociado, y por virtud de la cual cada uno, uniéndose a todos, no obedezca sino a sí mismo y quede tan libre como antes. Tal es el problema fundamental, al cual da solución el Contrato social.

Las cláusulas de este contrato se hallan determinadas hasta tal punto por la naturaleza del acto, que la menor modificación las haría vanas y de efecto nulo; de suerte que, aun cuando jamás hubiesen podido ser formalmente enunciadas, son en todas partes las mismas y doquiera están tácitamente admitidas y reconocidas, hasta que, una vez violado el pacto social, cada cual vuelve a la posesión de sus primitivos derechos y a recobrar su libertad natural, perdiendo la convencional, por la cual renunció a aquélla.

Estas cláusulas, debidamente entendidas, se reducen todas a una sola, a saber: la enajenación total de cada asociado con todos sus derechos a toda la humanidad; porque, en primer lugar, dándose cada uno por entero, la condición es la misma para todos, y siendo la condición igual para todos, nadie tiene interés en hacerla onerosa a los demás.

Es más: cuando la enajenación se hace sin reservas, la unión llega a ser lo más perfecta posible y ningún asociado tiene nada que reclamar, porque si quedasen reservas en algunos derechos, los particulares, como no habría ningún superior común que pudiese fallar entre ellos y el público, siendo cada cual su propio juez en algún punto, pronto pretendería serlo en todos, y el estado de naturaleza subsistiría y la asociación advendría necesariamente tiránica o vana.

En fin, dándose cada cual a todos, no se da a nadie, y como no hay un asociado, sobre quien no se adquiera el mismo derecho que se le concede sobre sí, se gana el equivalente de todo lo que se pierde y más fuerza para conservar lo que se tiene.

Por tanto, si se elimina del pacto social lo que no le es de esencia, nos encontramos con que se reduce a los términos siguientes: Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, y nosotros recibimos además a cada miembro como parte indivisible del todo. Este acto produce inmediatamente, en vez de la persona particular de cada contratante, un cuerpo moral y colectivo, compuesto de tantos miembros como votos tiene la asamblea, el cual recibe de este mismo acto su unidad, su yo común, su vida y su voluntad. Esta persona pública que así se forma, por la unión de todos los demás, tomaba en otro tiempo el nombre de ciudad (5), y toma ahora el de República o de cuerpo político, que es llamado por sus miembros Estado, cuando es pasivo; soberano, cuando es activo; poder, al compararlo a sus semejantes; respecto a los asociados, toman colectivamente el nombre de pueblo, y se llaman en particular ciudadanos, en cuanto son participantes de la autoridad soberana, y súbditos, en cuanto sometidos a las leyes del Estado. Pero estos términos se confunden frecuentemente y se toman unos por otros; basta con saberlos distinguir cuando se emplean en toda su precisión.

CAPÍTULO VII

Del soberano

Se ve por esta fórmula que el acto de asociación encierra un compromiso recíproco del público con los particulares, y que cada individuo, contratando, por decirlo así, consigo mismo, se encuentra comprometido bajo una doble relación, a saber: como miembro del soberano, respecto a los particulares, y como miembro del Estado, respecto al soberano. Mas no puede aplicarse aquí la máxima del derecho civil de que nadie se atiene a los compromisos contraídos consigo mismo; porque hay mucha diferencia entre obligarse con uno mismo o con un todo de que se forma parte.

Es preciso hacer ver, además, que la deliberación pública, que puede obligar a todos los súbditos respecto al soberano, a causa de las dos diferentes relaciones bajo las cuales cada uno de ellos es considerado, no puede por la razón contraria obligar al soberano para con él mismo, y, por tanto, que es contrario a la naturaleza del cuerpo político que el soberano se imponga una ley que no puede infringir. No siéndole dable considerarse más que bajo una sola y misma relación, se encuentra en el caso de un particular que contrata consigo mismo; de donde se ve que no hay ni puede haber ninguna especie de ley fundamental obligatoria para el cuerpo del

pueblo, ni siquiera el contrato social. Lo que no significa que este cuerpo no pueda comprometerse por completo con respecto a otro, en lo que no derogue este contrato; porque, en lo que respecta al extranjero, es un simple ser, un individuo.

Pero el cuerpo político o el soberano, no derivando su ser sino de la santidad del contrato, no puede nunca obligarse, ni aun respecto a otro, a nada que derogue este acto primitivo, como el de enajenar alguna parte de sí mismo o someterse a otro soberano. Violar el acto por el cual existe sería aniquilarlo, y lo que no es nada no produce nada.

Tan pronto como esta multitud se ha reunido así en un cuerpo, no se puede ofender a uno de los miembros ni atacar al cuerpo, ni menos aún ofender al cuerpo sin que los miembros se resistan. Por tanto, el deber, el interés, obligan igualmente a las dos partes contratantes a ayudarse mutuamente, y los mismos hombres deben procurar reunir bajo esta doble relación todas las ventajas que dependan de ella.

Ahora bien; no estando formado el soberano sino por los particulares que lo componen, no hay ni puede haber interés contrario al suyo; por consiguiente, el poder soberano no tiene ninguna necesidad de garantía con respecto a los súbditos, porque es imposible que el cuerpo quiera perjudicar a todos sus miembros, y ahora veremos cómo no puede perjudicar a ninguno en particular. El soberano, sólo por ser lo que es, es siempre lo que debe ser.

Más no ocurre lo propio con los súbditos respecto al soberano, de cuyos compromisos, a pesar del interés común, nada respondería si no encontrase medios de asegurarse de su fidelidad.

En efecto; cada individuo puede como hombre tener una voluntad particular contraria o disconforme con la voluntad general que tiene como ciudadano; su interés particular puede hablarle de un modo completamente distinto de como lo hace el interés común; su existencia, absoluta y naturalmente independiente, le puede llevar a considerar lo que debe a la causa común, como una contribución gratuita, cuya pérdida será menos perjudicial a los demás que oneroso es para él el pago, y considerando la persona moral que constituye el Estado como un ser de razón, ya que no es un hombre, gozaría de los derechos del ciudadano sin querer llenar los deberes del súbdito, injusticia cuyo progreso causaría la ruina del cuerpo político.

Por tanto, a fin de que este pacto social no sea una vana fórmula, encierra tácitamente este compromiso: que sólo por sí puede dar fuerza a los demás, y que quienquiera se niegue a obedecer la voluntad general será obligado a ello por todo el cuerpo. Esto no significa otra cosa sino que se le obligará a ser libre, pues es tal la condición, que dándose cada ciudadano a la patria le asegura de toda dependencia

personal; condición que constituye el artificio y el juego de la máquina política y que es la única que hace legítimos los compromisos civiles, los cuales sin esto serían absurdos, tiránicos y estarían sujetos a los más enormes abusos.

CAPÍTULO VIII

Del estado civil

Este tránsito del estado de naturaleza al estado civil produce en el hombre un cambio muy notable, al sustituir en su conducta la justicia al instinto y al dar a sus acciones la moralidad que antes les faltaba. Sólo cuando ocupa la voz del deber el lugar del impulso físico y el derecho el del apetito es cuando el hombre, que hasta entonces no había mirado más que a sí mismo, se ve obligado a obrar según otros principios y a consultar su razón antes de escuchar sus inclinaciones. Aunque se prive en este estado de muchas ventajas que le brinda la Naturaleza, alcanza otra tan grande al ejercitarse y desarrollarse sus facultades, al extenderse sus ideas, al ennoblecerse sus sentimientos; se eleva su alma entera a tal punto, que si el abuso de esta nueva condición no lo colocase frecuentemente por bajo de aquella de que procede, debería bendecir sin cesar el feliz instante que le arrancó para siempre de ella, y que de un animal estúpido y limitado hizo un ser inteligente y un hombre.

Reduzcamos todo este balance a términos fáciles de comparar: lo que el hombre pierde por el contrato social es su libertad natural y un derecho ilimitado a todo cuanto le apetece y puede alcanzar: lo que gana es la libertad civil y la propiedad de todo lo que posee. Para no equivocarse en estas complicaciones es preciso distinguir la libertad natural, que no tiene más límite que las fuerzas del individuo, de la libertad civil, que está limitada por la voluntad general, y la posesión, que no es sino el efecto de la fuerza o el derecho del primer ocupante, de la propiedad, que no puede fundarse sino sobre un título positivo.

Según lo que precede, se podría agregar a lo adquirido por el estado civil la libertad moral, la única que verdaderamente hace al hombre dueño de sí mismo, porque el impulso exclusivo del apetito es esclavitud, y la obediencia a la ley que se ha prescrito es la libertad; mas ya he dicho demasiado sobre este particular y sobre el sentido filosófico de la palabra libertad, que no es aquí el tema.

CAPÍTULO IX

Del dominio real

Cada miembro de la comunidad se da a ella en el momento en que se forma tal como se encuentra actualmente; se entrega él con sus fuerzas, de las cuales forman parte los bienes que posee. No es que por este acto cambie la posesión de naturaleza al cambiar de mano y advenga propiedad en las del soberano; sino que, como las fuerzas de la ciudad son incomparablemente mayores que las de un particular, la posesión pública es también, de hecho, más fuerte y más irrevocable, sin ser más legítima, al menos para los extraños; porque el Estado, con respecto a sus miembros, es dueño de todos sus bienes por el contrato social, el cual, en el Estado, es la base a todos los derechos; pero no lo es frente a las demás potencias sino por el derecho de primer ocupante, que corresponde a los particulares.

El derecho de primer ocupante, aunque más real que el del más fuerte, no adviene un verdadero derecho sino después del establecimiento del de propiedad. Todo hombre tiene, naturalmente, derecho a todo aquello que le es necesario; mas el acto positivo que le hace propietario de algún bien lo excluye de todo lo demás. Tomada su parte, debe limitarse a ella, y no tiene ya ningún derecho en la comunidad. He aquí por qué el derecho del primer ocupante, tan débil en el estado de naturaleza, es respetable para todo hombre civil. Se respeta menos en este derecho lo que es de otro que lo que no es de uno mismo.

En general, para autorizar sobre cualquier porción de terreno el derecho del primer ocupante son precisas las condiciones siguientes: primera, que este territorio no esté aún habitado por nadie; segunda, que no se ocupe de él sino la extensión de que se tenga necesidad para subsistir, y en tercer lugar, que se tome posesión de él, no mediante una vana ceremonia, sino por el trabajo y el cultivo, único signo de propiedad que, a falta de títulos jurídicos, debe ser respetado por los demás.

En efecto; conceder a la necesidad y al trabajo el derecho de primer ocupante, ¿no es darle la extensión máxima de que es susceptible? ¿Puede no ponérsele límites a este derecho? ¿Será suficiente poner el pie en un terreno común para considerarse dueño de él? ¿Bastará tener la fuerza necesaria para apartar un momento a los demás hombres, para quitarles el derecho de volver a él? ¿Cómo puede un hombre o un pueblo apoderarse de un territorio inmenso y privar de él a todo el género humano sin que esto constituya una usurpación punible, puesto que quita al resto de los hombres la habitación y los alimentos que la Naturaleza les da en común? ¿Era motivo suficiente que Núñez de Balboa tomase posesión, en la costa del mar del Sur, de toda la América meridional, en nombre de la Corona de Castilla, para desposeer

de ellas a todos los habitantes y excluir de las mismas a todos los príncipes del mundo? De modo análogo se multiplicaban vanamente escenas semejantes, y el rey católico no tenía más que tomar posesión del universo entero de un solo golpe, exceptuando tan sólo de su Imperio lo que con anterioridad poseían los demás príncipes.

Se comprende cómo las tierras de los particulares reunidas y contiguas se convierten en territorio público, y cómo el derecho de soberanía, extendiéndose desde los súbditos al terreno, adviene a la vez real y personal. Esto coloca a los poseedores en una mayor dependencia y hace de sus propias fuerzas la garantía de su fidelidad: ventaja que no parece haber sido bien apreciada por los antiguos monarcas, quienes, llamándose reyes de los persas, de los escitas, de los macedonios, parecían considerase más como jefes de los hombres que como señores de su país. Los de hoy se llaman, más hábilmente, reyes de Francia, de España, de Inglaterra, etc.; dominando así el territorio, están seguros de dominar a sus habitantes.

Lo que hay de singular en esta enajenación es que, lejos de despojar la comunidad a los particulares de sus bienes, al aceptarlos, no hace sino asegurarles la legítima posesión de los mismos, cambiar la usurpación en un verdadero derecho y el disfrute en propiedad. Entonces, siendo considerados los poseedores como depositarios del bien público, respetados los derechos de todos los miembros del Estado y mantenidos con todas sus fuerzas el extranjero, por una cesión ventajosa al público, y más aún a ellos mismos, adquieren, por decirlo así, todo lo que han dado; paradoja que se aplica fácilmente a la distinción de los derechos que el soberano y el propietario tienen sobre el mismo fundo, como a continuación se verá.

Puede ocurrir también que los hombres comiencen a unirse antes de poseer nada y que, apoderándose en seguida de un territorio suficiente para todos, gocen de él en común o lo repartan entre ellos, ya por igual, ya según proporciones establecidas por el soberano. De cualquier modo que se haga esta adquisición, el derecho que tiene cada particular sobre el mismo fundo está siempre subordinado al derecho que la comunidad tiene sobre todos, sin lo cual no habría ni solidez en el vínculo social ni fuerza real en el ejercicio de la soberanía.

Terminaré este capítulo y este libro con una indicación que debe servir de base a todo el sistema social, a saber: que en lugar de destruir la igualdad natural, el pacto fundamental sustituye, por el contrario, con una igualdad moral y legítima lo que la Naturaleza había podido poner de desigualdad física entre los hombres, y que, pudiendo ser desiguales en fuerza o en talento, advienen todos iguales por convención y derecho (6).

Notas.

(1) Las sabias investigaciones sobre el derecho público no son, a menudo, sino la historia de los antiguos abusos. Y se obstina, con poca fortuna, quien se esfuerza en estudiarlas demasiado (Traité des intérlts de la France avec ses voisins, por el marqués de Argenson: imp. de Rey, Amsterdam). He aquí precisamente lo que ha hecho Grocio.

(2) La Política, Libro I, Capítulo V.

(3) Véase el tratado de Plutarco titulado Que los animales usen la razón.

(4) Los romanos, que han entendido y respetado el derecho de la guerra más que ninguna otra Nación del mundo, llevaban tan lejos los escrúpulos a este respecto, que no estaba permitido a un ciudadano servir como voluntario sin haberse comprometido antes a ir contra el enemigo y expresamente contra tal enemigo. Habiendo sido reformada una legión en que Catón, el hijo, hacía sus primeras armas bajo Popflio. Catón, el padre, escribió a éste que si deseaba que su hijo continuase bajo su servicio era preciso hacerle prestar un nuevo juramento militar: porque habiendo sido anulado el primero, no podía ya levantar las armas contra el enemigo. Y el mismo Catón escribía a su hijo que se guardara de presentarse al combate en tanto no hubiese prestado este nuevo juramento. Sé que se me podrá oponer el sitio de Cluriam y otros hechos particulares; mas yo cito leyes, usos. Los romanos son los que menos frecuentemente han transgredido sus leyes y los que han llegado a tenerlas más hermosas.

(5) El verdadero sentido de esta palabra se ha perdido casi por completo modernamente: la mayor parte toman una aldea por una ciudad y un burgués por un ciudadano. No saben que las casas forman la aldea: pero que los ciudadanos constituyen la ciudad. Este mismo error costó caro en otro tiempo a los cartagineses. No he leído que el título de cives haya sido dado nunca al súbdito de un príncipe, ni aun antiguamente a los macedonios, ni en nuestros días a los ingleses, aunque se hallen más próximos a la libertad que los demás. Tan sólo los franceses toman todos familiarmente este nombre de ciudadanos, porque no tienen una verdadera idea de él, como puede verse en sus diccionarios, sin lo cual caerían, al usurparlo, en el delito de lesa majestad; este nombre, entre ellos, expresa una virtud y no un derecho. Cuando Bodino ha querido hablar de nuestros ciudadanos y burgueses, ha cometido un error tomando a unos por otros. N. d'Aumbert no se ha equivocado, y ha distinguido bien, en su artículo Genéve, las cuatro clases de hombres -hasta cinco, contando a los extranjeros- que se encuentran en nuestra ciudad, y de las cuales

solamente dos componen la República. Ningún otro autor francés, que yo sepa, ha comprendido el verdadero sentido de la palabra ciudadano.

(6) Bajo los malos gobiernos, esta igualdad es exclusivamente aparente e ilusoria: sólo sirve para mantener al pobre en su miseria y al rico en su usurpación. De hecho, las leyes son siempre útiles para los que poseen algo y perjudiciales para los que nada tienen. De donde se sigue que el estado social no es ventajoso a los hombres sino en tanto que poseen todos algo y que ninguno de ellos tiene demasiado.

LIBRO SEGUNDO

ÍNDICE

Capítulo I. La soberanía es inalienable.
Capítulo II. La soberanía es indivisible.
Capítulo III. Sobre si la voluntad general puede errar.
Capítulo IV. De los límites del poder soberano.
Capítulo V. Del derecho de vida y muerte.
Capítulo VI. De la ley.
Capítulo VII. Del legislador.
Capítulo VIII. Del pueblo.
Capítulo IX. Continuación del capítulo anterior.
Capítulo X. Continuación de lo tratado en el capítulo anterior.
Capítulo XI. De los diversos sistemas de legislación.
Capítulo XII. División de las leyes.
Notas.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I

La soberanía es inalienable

La primera y más importante consecuencia de los principios anteriormente establecidos es que la voluntad general puede dirigir por sí sola las fuerzas del Estado según el fin de su institución, que es el bien común; porque si la oposición de los intereses particulares ha hecho necesario el establecimiento de las sociedades, el acuerdo de estos mismos intereses es lo que lo ha hecho posible. Esto es lo que hay de común en estos diferentes intereses que forman el vínculo social; y si no existiese un punto en el cual se armonizasen todos ellos, no hubiese podido existir ninguna sociedad. Ahora bien; sólo sobre este interés común debe ser gobernada la sociedad.

Digo, pues, que no siendo la soberanía sino el ejercicio de la voluntad general, no puede enajenarse jamás, y el soberano, que no es sino un ser colectivo, no puede ser representado más que por sí mismo: el poder es susceptible de ser transmitido, más no la voluntad.

En efecto: si bien no es imposible que una voluntad particular concuerde en algún punto con la voluntad general, sí lo es, al menos, que esta armonía sea duradera y constante, porque la voluntad particular tiende por su naturaleza al privilegio y la voluntad general a la igualdad. Es aún más imposible que exista una garantía de esta armonía, aun cuando siempre debería existir; esto no sería un efecto del arte, sino del azar. El soberano puede muy bien decir: Yo quiero actualmente lo que quiere tal hombre o, por lo menos, lo que dice querer; pero no puede decir: Lo que este hombre querrá mañana yo lo querré también; puesto que es absurdo que la voluntad se eche cadenas para el porvenir y porque no depende de ninguna voluntad el consentir en nada que sea contrario al bien del ser que quiere. Si, pues, el pueblo promete simplemente obedecer, se disuelve por este acto y pierde su cualidad de pueblo; en el instante en que hay un señor, ya no hay soberano, y desde entonces el cuerpo político queda destruido.

No quiere esto decir que las órdenes de los jefes no pueden pasar por voluntades generales, en cuanto el soberano, libre para oponerse, no lo hace. En casos tales, es decir, en casos de silencio universal, se debe presumir el consentimiento del pueblo. Esto se explicará más detenidamente.

CAPÍTULO II

La soberanía es indivisible

Por la misma razón que la soberanía no es enajenable es indivisible; porque la voluntad es general o no lo es: es la del cuerpo del pueblo o solamente de una parte de él (1). En el primer caso, esta voluntad declarada es un acto de soberanía y hace ley; en el segundo, no es sino una voluntad particular o un acto de magistratura: es, a lo más, un decreto.

Más no pudiendo nuestros políticos dividir la soberanía en su principio, la dividen en su objeto; la dividen en fuerza y en voluntad; en Poder legislativo y Poder ejecutivo; en derechos de impuesto, de justicia y de guerra; en administración interior y en poder de tratar con el extranjero: tan pronto confunden todas estas partes como las separan. Hacen del soberano un ser fantástico, formado de piezas relacionadas: es como si compusiesen el hombre de muchos cuerpos, de los cuales uno tuviese los ojos, otro los brazos, otro los pies, y nada más. Se dice que los charlatanes del Japón despedazan un niño a la vista de los espectadores, y después, lanzando al aire sus miembros uno después de otro, hacen que el niño vuelva a caer al suelo vivo y entero. Semejantes son los juegos malabares de nuestros políticos: después de haber despedazado el cuerpo social, por un prestigio digno de la magia reúnen los pedazos no se sabe cómo.

Este error procede de no haberse formado noción exacta de la autoridad soberana y de haber considerado como partes de esa autoridad lo que no eran sino emanaciones de ella. Así, por ejemplo, se ha considerado el acto de declarar la guerra y el de hacer la paz como actos de soberanía; cosa inexacta, puesto que cada uno de estos actos no constituye una ley, sino solamente una aplicación de la ley, un acto particular que determina el caso de la ley, como se verá claramente cuando se fije la idea que va unida a la palabra ley.

Siguiendo el análisis de las demás divisiones, veríamos que siempre que se cree ver la soberanía dividida se equivoca uno; que los derechos que se toman como parte de esta soberanía le están todos subordinados y suponen siempre voluntades supremas, de las cuales estos hechos no son sino su ejecución.

No es posible expresar cuánta oscuridad ha lanzado esta falta de exactitud sobre las divisiones de los autores en materia de Derecho político cuando han querido juzgar de los derechos respectivos de los reyes y de los pueblos sobre los principios que habían establecido. Todo el que quiera puede ver en los capítulos III y IV del primer libro de Grocio cómo este sabio y su traductor Barbeyrac se confunden y enredan en sus sofismas por temor a decir demasiado, o de no decir

bastante, según sus puntos de vista, y de hacer chocar los intereses que debían concitar. Grocio, refugiado en Francia, descontento de su patria y queriendo hacer la corte a Luis XIII, a quien iba dedicado su libro, no perdona medio de despojar a los pueblos de todos sus derechos y de adornar a los reyes con todo el arte posible. Éste hubiese sido también el gusto de Barbeyrac, que dedicaba su traducción al rey de Inglaterra Jorge I. Pero, desgraciadamente, la expulsión de Jacobo II, que él llama abdicación, le obliga a guardar reservas, a soslayar, a tergiversar, para no hacer de Guillermo un usurpador. Si estos dos escritores hubiesen adoptado los verdaderos principios, se habrían salvado todas las dificultades y habrían sido siempre consecuentes; pero hubieran dicho, por desgracia, la verdad y no hubiesen hecho la corte más que al pueblo. Ahora bien; la verdad no conduce al lucro, y el pueblo no da embajadas, ni sedes, ni pensiones.

CAPÍTULO III

Sobre si la voluntad general puede errar

Se sigue de todo lo que precede que la voluntad general es siempre recta y tiende a la utilidad pública; pero no que las deliberaciones del pueblo ofrezcan siempre la misma rectitud. Se quiere siempre el bien propio; pero no siempre se le conoce. Nunca se corrompe al pueblo; pero frecuentemente se le engaña, y solamente entonces es cuando parece querer lo malo.

Hay, con frecuencia, bastante diferencia entre la voluntad de todos y la voluntad general. Ésta no tiene en cuenta sino el interés común; la otra se refiere al interés privado, y no es sino una suma de voluntades particulares. Pero quitad de estas mismas voluntades el más y el menos, que se destruyen mutuamente (2), y queda como suma de las diferencias la voluntad general.

Si cuando el pueblo delibera, una vez suficientemente informado, no mantuviesen los ciudadanos ninguna comunicación entre sí, del gran número de las pequeñas diferencias resultaría la voluntad general y la deliberación sería siempre buena. Mas cuando se desarrollan intrigas y se forman asociaciones parciales a expensas de la asociación total, la voluntad de cada una de estas asociaciones se convierte en general, con relación a sus miembros, y en particular con relación al Estado; entonces no cabe decir que hay tantos votantes como hombres, por tanto como asociaciones. Las diferencias se reducen y dan un resultado menos general. Finalmente, cuando una de estas asociaciones es tan grande que excede a todas las demás, no tendrá como resultado una suma de pequeñas diferencias, sino una dife

diferencia única; entonces no hay ya voluntad general, y la opinión que domina no es sino una opinión particular.

Importa, pues, para poder fijar bien el enunciado de la voluntad general, que no haya ninguna sociedad parcial en el Estado y que cada ciudadano opine exclusivamente según él mismo (3); tal fue la única y sublime institución del gran Licurgo. Si existen sociedades parciales, es preciso multiplicar el número de ellas y prevenir la desigualdad, como hicieron Solón, Numa y Servio. Estas precauciones son las únicas buenas para que la voluntad general se manifieste siempre y para que el pueblo no se equivoque nunca.

CAPÍTULO IV

De los límites del poder soberano

Si el Estado o la ciudad no es sino una persona moral, cuya vida consiste en la unión de sus miembros, y si el más importante de sus cuidados es el de su propia conservación, le es indispensable una fuerza universal y compulsiva que mueva y disponga cada parte del modo más conveniente para el todo.

De igual modo que la Naturaleza da a cada hombre un poder absoluto sobre sus miembros, así el pacto social da al cuerpo político un poder absoluto sobre todo lo suyo. Este mismo poder es el que, dirigido por la voluntad general, lleva el nombre de soberanía.

Pero, además de la persona pública, tenemos que considerar las personas privadas que la componen, y cuya vida y libertad son naturalmente independientes de ella. Se trata, pues, de distinguir bien los derechos respectivos de los ciudadanos y del soberano (4), así como los deberes que tienen que llenar los primeros, en calidad de súbditos del derecho natural, cualidad de que deben gozar por el hecho de ser hombres.

Se conviene en que todo lo que cada uno enajena de su poder mediante el pacto social, de igual suerte que se enajena de sus bienes, de su libertad, es solamente la parte de todo aquello cuyo uso importa a la comunidad; mas es preciso convenir también que sólo el soberano es juez para apreciarlo.

Cuantos servicios pueda un ciudadano prestar al Estado se los debe prestar en el acto en que el soberano se los pida; pero éste, por su parte, no puede cargar a sus súbditos con ninguna cadena que sea inútil a la comunidad, ni siquiera puede desearlo: porque bajo la ley de la razón no se hace nada sin causa, como asimismo ocurre bajo la ley de la Naturaleza.

Los compromisos que nos ligan al cuerpo social no son obligatorios sino porque son mutuos, y su naturaleza es tal, que al cumplirlos no se puede trabajar para los demás sin trabajar también para sí. ¿Por qué la voluntad general es siempre recta, y por qué todos quieren constantemente la felicidad de cada uno de ellos, si no es porque no hay nadie que no se apropie estas palabras de cada uno y que no piense en sí mismo al votar para todos? Lo que prueba que la igualdad de derecho y la noción de justicia que produce se derivan de la preferencia que cada uno se da y, por consiguiente, de la naturaleza del hombre; que la voluntad general, para ser verdaderamente tal, debe serlo en su objeto tanto como en su esencia; que debe partir de todos, para aplicarse a todos, y que pierde su natural rectitud cuando tiende a algún objeto individual y determinado, porque entonces, juzgando de lo que nos es extraño, no tenemos ningún verdadero principio de equidad que nos guíe.

En efecto; tan pronto como se trata de un hecho o de un derecho particular sobre un punto que no ha sido reglamentado por una convención general y anterior, el asunto adviene contencioso: es un proceso en que los particulares interesados son una de las partes, y el público la otra; pero en el que no ve ni la ley que es preciso seguir ni el juicio que debe pronunciar. Sería ridículo entonces quererse referir a una expresa decisión de la voluntad general, que no puede ser sino la conclusión de una de las partes, y que, por consiguiente, no es para la otra sino una voluntad extraña, particular, llevada en esta ocasión a la injusticia y sujeta al error.

Así, del mismo modo que una voluntad particular no puede representar la voluntad general, ésta, a su vez, cambia de naturaleza teniendo un objeto particular, y no puede, como general, pronunciarse ni sobre un hombre ni sobre un hecho. Cuando el pueblo de Atenas, por ejemplo, nombraba o deponía sus jefes, otorgaba honores al uno, imponía penas al otro y, por multitud de decretos particulares, ejercía indistintamente todos los actos del gobierno, el pueblo entonces no tenía la voluntad general propiamente dicha; no obraba ya como soberano, sino como magistrado. Esto parecerá contrario a las ideas comunes; pero es preciso que se me deje tiempo para exponer las mías.

Se debe concebir, por consiguiente, que lo que generaliza la voluntad es menos el número de votos que el interés común que los une; porque en esta institución cada uno se somete necesariamente a las condiciones que él impone a los demás: armonía admirable del interés y de la justicia, que da a las deliberaciones comunes un carácter de equidad, que se ve desvanecerse en la discusión de todo negocio particular por falta de un interés común que una e identifique la regla del juez con la de la parte.

Por cualquier lado que se eleve uno al principio, se llegará siempre a la misma conclusión, a saber: que el pacto social establece entre los ciudadanos una igualdad

tal, que se comprometen todos bajo las mismas condiciones y, por tanto, que deben gozar todos los mismos derechos. Así, por la naturaleza de pacto, todo acto de soberanía, es decir, todo acto auténtico de la voluntad general, obliga y favorece igualmente a todos los ciudadanos; de suerte que el soberano conoce solamente el cuerpo de la nación y no distingue a ninguno de aquellos que la componen. ¿Qué es propiamente un acto de soberanía? No es, en modo alguno, una convención del superior con el inferior, sino una convención del cuerpo con cada uno de sus miembros; convención legítima, porque tiene por base el contrato social; equitativa, porque es común a todos; útil, porque no puede tener más objeto que el bien general, y sólida, porque tiene como garantía la fuerza pública y el poder supremo. En tanto que los súbditos no se hallan sometidos más que a tales convenciones, no obedecen a nadie sino a su propia voluntad; y preguntar hasta dónde se extienden los derechos respectivos del soberano y de los ciudadanos es preguntar hasta qué punto pueden éstos comprometerse consigo mismos, cada uno de ellos respecto a todos y todos respecto a cada uno de ellos.

De aquí se deduce que el poder soberano, por muy absoluto, sagrado e inviolable que sea, no excede, ni puede exceder, de los límites de las convenciones generales, y que todo hombre puede disponer plenamente de lo que por virtud de esas convenciones le han dejado de sus bienes y de su libertad. De suerte que el soberano no tiene jamás derecho de pesar sobre un súbdito más que sobre otro, porque entonces, al adquirir el asunto carácter particular, hace que su poder deje de ser competente.

Una vez admitidas estas distinciones, es preciso afirmar que es falso que en el contrato social haya de parte de los particulares ninguna renuncia verdadera; pues su situación, por efecto de este contrato, es realmente preferible a la de antes, y en lugar de una enajenación no han hecho sino un cambio ventajoso, de una manera de vivir incierta y precaria, por otra mejor y más segura; de la independencia natural, por la libertad; del poder de perjudicar a los demás, por su propia seguridad, y de su fuerza, que otros podrían sobrepasar, por un derecho que la unción social hace invencible. Su vida misma, que han entregado al Estado, está continuamente protegida por él. Y, cuando la exponen por su defensa, ¿qué hacen sino devolverle lo que de él han recibido? ¿Qué hacen que no hiciesen más frecuentemente y con más peligro en el estado de naturaleza, cuando, al librarse de combatientes inevitables, defendiesen con peligro de su vida lo que les sirve para conservarla? Todos tienen que combatir, en caso de necesidad, por la patria, es cierto; pero, en cambio, no tiene nadie que combatir por sí. ¿Y no se va ganando, al arriesgar por lo que garantiza nuestra seguridad, una parte de los peligros que sería preciso correr por nosotros mismos tan pronto como nos fuese aquélla arrebatada?

CAPÍTULO V

Del derecho de vida y de muerte

Se pregunta: ¿cómo no teniendo derecho alguno a disponer de su propia vida pueden los particulares transmitir al soberano este mismo derecho de que carecen? Esta cuestión parece difícil de resolver porque está mal planteada. Todo hombre tiene derecho a arriesgar su propia vida para conservarla. ¿Se ha dicho nunca que quien se tira por una ventana para huir de un incendio sea culpable de suicidio? ¿Se le ha imputado nunca este crimen a quien perece en una tempestad, cuyo peligro no ignoraba al embarcarse?

El contrato social tiene por fin la conservación de los contratantes. Quien quiere el fin quiere también los medios, y estos medios son inseparables de algunos riesgos e incluso de algunas pérdidas. Quien quiere conservar su vida a expensas de los demás debe darla también por ellos cuando sea necesario. Ahora bien; el ciudadano no es juez del peligro a que quiere la ley que se exponga, y cuando el príncipe le haya dicho: Es indispensable para el Estado que mueras, debe morir, puesto que sólo con esta condición- ha vivido hasta entonces seguro, y ya que su vida no es tan sólo una merced de la Naturaleza, sino un don condicional del Estado.

La pena de muerte infligida a los criminales puede ser considerada casi desde el mismo punto de vista: a fin de no ser la víctima de un asesino se consiente en morir si se llega a serlo. En este pacto, lejos de disponer de la propia vida, no se piensa sino en darle garantías, y no es de suponer que ninguno de los contratantes premedite entonces la idea de dar motivo a que se le ajusticie.

Por lo demás, todo malhechor, al atacar el derecho social, hácese por sus delitos rebelde y traidor a la patria; deja de ser miembro de ella al violar las leyes, y hasta le hace la guerra. Entonces la conservación del Estado es incompatible con la suya; es preciso que uno de los dos perezca, y cuando se hace morir al culpable, es menos como ciudadano que como enemigo. Los procedimientos, el juicio, son las pruebas y la declaración de que ha roto el pacto social, y, por consiguiente, de que no es ya miembro del Estado. Ahora bien; como él se ha reconocido como tal, a lo menos por su residencia, debe ser separado de aquél, por el destierro, como infractor del pacto, o por la muerte, como enemigo público; porque un enemigo tal no es una persona moral, es un hombre, y entonces el derecho de la guerra es matar al vencido.

Más se dice que la condena de un criminal es un acto particular. De acuerdo. Tampoco esta condena corresponde al soberano; es un derecho que puede conferir sin poder ejercerlo él mismo. Todas mis ideas están articuladas; pero no puedo exponerlas a la vez.

Además, la frecuencia de los suplicios es siempre un signo de debilidad o de pereza en el gobierno. No hay malvado que no pueda hacer alguna cosa buena. No se tiene derecho a dar muerte, ni para ejemplo, sino a quien no se pueda dejar vivir sin peligro.

Respecto al derecho de gracia o al de eximir a un culpable de la pena impuesta por la ley y pronunciada por el juez, no corresponde sino a quien está por encima del juez y de la ley, es decir, al soberano: todavía su derecho a esto no está bien claro, y los casos en que se ha usado de él son muy raros. En un Estado bien gobernado hay pocos castigos, no porque se concedan muchas gracias, sino porque hay pocos criminales; la excesiva frecuencia de crímenes asegura su impunidad cuando el Estado decae. Bajo la República romana, ni el Senado, ni los cónsules intentaron jamás conceder gracia alguna; el pueblo mismo no la otorgaba, aun cuando algunas veces revocase su propio juicio. Las gracias frecuentes anuncian que pronto no tendrán necesidad de ellas los delitos, y todo el mundo sabe a qué conduce esto. Mas siento que mi corazón murmura y detiene mis pluma; dejemos estas cuestiones para que las discuta el hombre justo, que no ha caído nunca y que jamás tuvo necesidad de gracia.

CAPÍTULO VI

De la ley

Mediante el pacto social hemos dado existencia y vida al cuerpo político: se trata ahora de darle el movimiento y la voluntad mediante la legislación. Porque el acto primitivo por el cual este cuerpo se forma y se une no dice en sí mismo nada de lo que debe hacer para conservarse.

Lo que es bueno y está conforme con el orden lo es por la naturaleza de las cosas e independientemente de las convenciones humanas. Toda justicia viene de Dios. Sólo Él es la fuente de ella, mas si nosotros supiésemos recibirla de tan alto, no tendríamos necesidad ni de gobierno ni de leyes. Sin duda, existe una justicia universal que emana sólo de la razón; pero esta justicia, para ser admitida entre nosotros, debe ser recíproca. Las leyes de la justicia son vanas entre los hombres, si consideramos humanamente las cosas, a falta de sanción natural; no reportan sino el bien al malo y el mal al justo, cuando éste las observa para con las demás sin que nadie las observe para con él. Son necesarias, pues, convenciones y leyes para unir los derechos a los deberes y llevar la justicia a su objeto. En el estado de naturaleza, en que todo es común, nada debo a quien nada he prometido; no reconozco que sea

de otro sino lo que me es inútil. No ocurre lo propio en el estado civil, en que todos los derechos están fijados por la ley.

Más ¿qué es entonces una ley? Mientras nos contentamos con no unir a esta palabra sino ideas metafísicas, continuaremos razonando sin entendernos, y cuando se haya dicho lo que es una ley de la Naturaleza no por eso se sabrá mejor lo que es una ley del Estado.

Ya he dicho que no existía voluntad general sobre un objeto particular. En efecto; ese objeto particular está en el Estado o fuera del Estado. Si está fuera del Estado, una voluntad que le es extraña no es general con respecto a él, y si este objeto está en el Estado, forma parte de él; entonces se establece entre el todo y su parte una relación que hace de ellos dos seres separados, de los cuales la parte es uno, y el todo, excepto esta misma parte, el otro. Pero el todo, menos una parte, no es el todo, y en tanto que esta relación subsista, no hay todo, sino dos partes desiguales: de donde se sigue que la voluntad de una de ellas no es tampoco general con relación a la otra.

Mas cuando todo el pueblo estatuye sobre sí mismo, sólo se considera a sí, y si se establece entonces una relación, es del objeto en su totalidad, aunque desde un aspecto, al objeto entero, considerado desde otro, pero sin ninguna división del todo, y la materia sobre la cual se estatuye es general, de igual suerte que lo es la voluntad que estatuye. A este acto es al que yo llamo una ley.

Cuando digo que el objeto de las leyes es siempre general, entiendo que la ley considera a los súbditos en cuanto cuerpos y a las acciones como abstractos: nunca toma a un hombre como individuo ni una acción particular. Así, la ley puede estatuir muy bien que habrá privilegios; pero no puede darlos especialmente a nadie. La ley puede hacer muchas clases de ciudadanos y hasta señalar las cualidades que darán derecho a estas clases; mas no puede nombrar a éste o a aquél para ser admitidos en ellas; puede establecer un gobierno real y una sucesión hereditaria, mas no puede elegir un rey ni nombrar una familia real: en una palabra, toda función que se relacione con algo individual no pertenece al Poder legislativo.

De conformidad con esta idea, es manifiesto que no hay que preguntar a quién corresponde hacer las leyes, puesto que son actos de la voluntad general, ni si el príncipe está sobre las leyes, puesto que es miembro del Estado, ni si la ley puede ser injusta, puesto que no hay nada injusto con respecto a sí mismo, ni cómo se está libre y sometido a las leyes, puesto que no son éstas sino manifestaciones externas de nuestras voluntades.

Se ve, además, que, reuniendo la ley la universalidad de la voluntad y la del objeto, lo que un hombre, cualquiera que sea, ordena como jefe no es en modo algu-

no una ley; lo que ordena el mismo soberano sobre un objeto particular no es tampoco una ley, sino un decreto; no es un acto de soberanía, sino de magistratura.

Llamo, pues, República a todo Estado regido por leyes, sea bajo la forma de administración que sea; porque entonces solamente gobierna el interés público y la cosa pública es algo. Todo gobierno legítimo es republicano (5); a continuación explicaré lo que es gobierno.

Las leyes no son propiamente sino las condiciones de la asociación civil. El pueblo sometido a las leyes debe ser su autor; no corresponde regular las condiciones de la sociedad sino a los que se asocian. Mas ¿cómo la regulan? ¿Será de común acuerdo, por una inspiración súbita? ¿Tiene el cuerpo político un órgano para enunciar sus voluntades? ¿Quién le dará la previsión necesaria para formar con ellas las actas y publicarlas previamente, o como las pronunciará en el momento necesario?. Una voluntad ciega, que con frecuencia no sabe lo que quiere, porque rara vez sabe lo que le conviene, ¿cómo ejecutaría, por sí misma, una empresa tan grande, tan difícil, como un sistema de legislación? El pueblo, de por sí, quiere siempre el bien; pero no siempre lo ve. La voluntad general es siempre recta: mas el juicio que la guía no siempre es claro, Es preciso hacerle ver los objetos tal como son, y algunas veces tal como deben parecerle: mostrarte el buen camino que busca; librarle de las seducciones de las voluntades particulares; aproximar a sus ojos los lugares y los tiempos; contrarrestar el atractivo de las ventajas presentes y sensibles con el peligro de los males alejados y ocultos. Los particulares ven el bien que rechazan; el público quiere el bien que no ve. Todos necesitan igualmente guías. Es preciso obligar a los unos a conformar sus voluntades a su razón; es preciso enseñar al otro a conocer lo que quiere. Entonces, de las luces públicas resulta la unión del entendimiento y de la voluntad en el cuerpo social; de aquí el exacto concurso de las partes y, en fin, la mayor fuerza del todo. He aquí de dónde nace la necesidad de un legislador.

CAPÍTULO VII

Del legislador

Para descubrir las mejores reglas de sociedad que convienen a las naciones sería preciso una inteligencia superior, que viese todas las pasiones de los hombres y que no experimentase ninguna; que no tuviese relación con nuestra naturaleza y que la conociese a fondo; que tuviese una felicidad independiente de nosotros y, sin embargo, que quisiese ocuparse de la nuestra; en fin, que en el progreso de los tiempos, preparándose una gloria lejana, pudiese trabajar en un siglo y gozar en otro

(6). Serían precisos dioses para dar leyes a los hombres. El mismo razonamiento que hacía Calígula en cuanto al hecho, lo hacía Platón en cuanto al derecho para definir el hombre civil o real que busca en su libro De Regno (7). Mas si es verdad que un gran príncipe es un hombre raro, ;que será de un gran legislador, El primero no tiene más que seguir el modelo que el otro debe proponer; éste es el mecánico que inventa la máquina, aquél no es más que el obrero que la monta y la hace marchar. En el nacimiento de las sociedades -dice Montesquieu- son los jefes de las Repúblicas los que hacen la institución, y es después la institución la que forma los jefes de las Repúblicas (8).

Aquel que ose emprender la obra de instituir un pueblo, debe sentirse en estado de cambiar, por decirlo así, la naturaleza humana, de transformar a cada individuo, que por sí mismo es un todo perfecto y solitario, en parte de un todo más grande, del cual recibe, en cierto modo, este individuo su vida y su ser: de alterar la constitución del hombre para reforzarla; de sustituir una existencia parcial y moral por la existencia física e independiente que hemos recibido de la Naturaleza. Es preciso, en una palabra, que quite al hombre sus fuerzas propias para darle otras que le sean extrañas, y de las cuales no pueda hacer uso sin el auxilio de otro. Mientras más muertas y anuladas queden estas fuerzas, más grandes y duraderas son las adquiridas y más sólida y perfecta la institución; de suerte que si cada ciudadano no es nada, no puede nada sin todos los demás, y si la fuerza adquirida por el todo es igual o superior a la suma de fuerzas naturales de todos los individuos, se puede decir que la legislación se encuentra en el más alto punto de perfección que es capaz de alcanzar.

El legislador es, en todos los respectos, un hombre extraordinario en el Estado. Si debe serlo por su genio, no debe serlo menos atendiendo a su función. Ésta no es de magistratura, no es de soberanía. La establece la República, pero no entra en su constitución; es una función particular y superior que no tiene nada de común con el imperio humano, porque si quien manda a los hombres no debe ordenar a las leyes, el que ordena a las leyes no debe hacerlo a los hombres; de otro modo, estas leyes, ministros de sus pasiones, no harían frecuentemente sino perpetuar sus injusticias: nunca podría evitar que miras particulares alterasen la santidad de su obra.

Cuando Licurgo dio leyes a su patria comenzó por abdicar de la realeza. Era costumbre, en la mayor parte de las ciudades griegas, confiar a extranjeros el establecimiento de las suyas. Las Repúblicas modernas de Italia imitaron con frecuencia este uso: la de Génova hizo lo mismo, con éxito (9). Roma, en su más hermosa edad, vio brotar en su seno todos los crímenes de la tiranía, y estuvo próxima a perecer por haber reunido sobre las mismas cabezas la autoridad legislativa y el poder soberano.

Sin embargo, ni siquiera los decenviros se arrogaron nunca el derecho de hacer pasar ninguna ley con su sola autoridad. Nada de lo que os proponemos -decían al pueblo- puede pasar como ley sin vuestro consentimiento. Romanos: sed vosotros mismos los autores de las leyes que deben hacer vuestra felicidad.

Quien redacta las leyes no tiene, pues, o no debe tener, ningún derecho legislativo, y el pueblo mismo no puede, cuando quiera, despojarse de este derecho incomunicable; porque, según el pacto fundamental, no hay más que la voluntad general que obligue a los particulares, y no se puede jamás asegurar que una voluntad particular está conforme con la voluntad general sino después de haberla sometido a los sufragios libres del pueblo. Ya he dicho esto, pero no es inútil repetirlo.

Así se encuentra a la vez, en la obra de la legislación, dos cosas que parecen incompatibles: una empresa que está por encima de la fuerza humana y, para ejecutarla, una autoridad que no es nada.

Otra dificultad que merece atención: los sabios que quieren hablar al vulgo en su propia Lengua, en lugar de hacerlo en la de éste, no lograrán ser comprendidos. Ahora bien; hay mil categorías de ideas que es imposible traducir a la lengua del pueblo. Los puntos de vista demasiado generales y los objetos demasiado alejados están igualmente fuera de su alcance; cada individuo, no gustando de otro plan de gobierno que el que se refiere a su interés particular, percibe difícilmente las ventajas que debe sacar de las privaciones continuas que imponen las buenas leyes. Para que un pueblo que nace pueda apreciar las sanas máximas de la política y seguir las reglas fundamentales de la razón de Estado, sería preciso que el efecto pudiese convertirse en causa; que el espíritu social, que debe ser la obra de la institución, presidiese a la institución misma, y que los hombres fuesen, antes de las leyes, lo que deben llegar a ser merced a ellas. Así, pues, no pudiendo emplear el legislador ni la fuerza ni el razonamiento, es de necesidad que recurra a una autoridad de otro orden, que pueda arrastrar sin violencia y persuadir sin convencer.

He aquí lo que obligó en todos los tiempos a los padres de la nación a recurrir a la intervención del cielo y a honrar a los dioses con su propia sabiduría, a fin de que los pueblos, sometidos a las leyes del Estado como a las de la Naturaleza, y reconociendo el mismo poder en la formación del hombre y en la de la ciudad, obedeciesen con Libertad y llevasen dócilmente el yugo de la felicidad pública.

Esta razón sublime, que se eleva por encima del alcance de los hombres vulgares, es la que induce al legislador a atribuir las decisiones a los inmortales, para arrastrar por la autoridad divina a aquellos a quienes no podría estremecer la prudencia humana (10). Pero no corresponde a cualquier hombre hacer hablar a los dioses ni ser creído cuando se anuncie para ser su intérprete. La gran alma del legis-

lador es el verdadero milagro, que debe probar su misión. Todo hombre puede grabar tablas de piedra, o comprar un oráculo, o fingir un comercio secreto con alguna divinidad, o amaestrar un pájaro para hablarle al oído, o encontrar medios groseros para imponer aquéllas a un pueblo. El que no sepa más que esto, podrá hasta reunir un ejército de insensatos; pero nunca fundará un imperio, y su extravagante obra perecerá en seguida con él. Vanos prestigios forman un vínculo pasajero: sólo la sapiencia puede hacerlo duradero. La ley judaica, siempre subsistente; la del hijo de Ismael, que desde hace diez siglos rige la mitad del mundo, pregona aún hoy a los grandes hombres que las han dictado: y mientras que la orgullosa filosofía o el ciego espíritu de partido no ven en ellos más que afortunados impostores, el verdadero político admira en sus instituciones este grande y poderoso genio que preside a las instituciones duraderas.

No es preciso deducir de todo esto, con Warburton (11), que la política y la religión tengan, entre nosotros, un objeto común, sino que en el origen de las naciones la una sirve de instrumento a la otra.

CAPÍTULO VIII

Del pueblo

Lo mismo que un arquitecto antes de levantar un gran edificio observa y sondea el terreno para ver si puede soportar el peso de aquél, así el sabio legislador no comienza por redactar buenas leyes en sí mismas, sino que antes examina si el pueblo al cual las destina es adecuado para recibirlas. Ésta fue la razón por la cual Platón rehusó dar leyes a los arcadios y a los cirenienses, sabiendo que estos dos pueblos eran ricos y no podían sufrir la igualdad; he aquí el motivo de que se vieran en Creta buenas leyes y hombres malos, porque Minos no había disciplinado sino un pueblo lleno de vicios. Mil naciones han florecido que nunca habrían podido tener buenas leyes, y aun las que las hubiesen podido soportar sólo hubiese sido durante breve tiempo. La mayor parte de los pueblos, como de los hombres, no son dóciles más que en su juventud: se hacen incorregibles al envejecer. Una vez que las costumbres están establecidas y los prejuicios arraigados, es una empresa peligrosa y vana el querer reformarlos: el pueblo no puede consentir que se toque a sus males para destruirlos de un modo semejante a esos enfermos estúpidos y sin valor que tiemblan a la vista del médico.

Lo mismo que ocurre con algunas enfermedades que trastornan la cabeza de los hombres y les borran el recuerdo del pasado, se encuentran algunas veces, en la vida de los Estados, épocas violentas en que las revoluciones obran sobre los pue-

blos como ciertas crisis sobre los individuos, en que el horror al pasado sustituye al olvido y en que el Estado, a su vez, oprimido por las guerras civiles, renace, por decirlo así, de sus cenizas y vuelve a adquirir el vigor de la juventud saliendo de los brazos de la muerte. Así acaeció en Esparta en tiempo de Licurgo; en Roma, después de los Tarquinos, y entre nosotros, en Holanda y Suiza, después de la expulsión de los tiranos.

Mas estos acontecimientos son raros, son excepciones, cuya razón se encuentra siempre en la Constitución particular del Estado motivo de excepción. Ni siquiera podrían ocurrir dos veces en el mismo pueblo, puesto que puede hacerse libre mientras sólo sea bárbaro; mas no puede hacerlo una vez que se ha gastado el resorte civil. Entonces, las turbulencias pueden destruirlo, sin que las revoluciones puedan restablecerlo, y tan pronto como los hierros se rompen, se dispersa y ya no existe; a partir de este momento necesita un dominador y no un libertador. ¡Pueblos Libres, acordaos de esta máxima: Se puede adquirir la libertad, pero no se la puede recobrar jamás! La juventud no es la infancia. Hay para las naciones, como para los hombres, una época de juventud, o, si se quiere, de madurez, a la que hay que esperar antes de someter a aquéllos a las leyes. Pero la madurez de un pueblo no siempre es fácil de reconocer, y si se anticipa la obra, fracasa. Tal pueblo es disciplinado desde que nace; tal otro lo es al cabo de diez siglos. Los rusos no serán nunca verdaderamente civilizados, porque lo han sido demasiado pronto. Pedro tenía el genio inmutativo, el verdadero genio, el que crea y todo lo hace de la nada. Algunas de las cosas que hizo estaban bien; la mayor parte, fuera de lugar. Vio que su pueblo era bárbaro, no vio que no estaba maduro para la civilidad: quiso civilizarlo, cuando sólo era preciso hacerlo aguerrido: quiso, desde luego, hacer alemanes o ingleses, cuando era preciso comenzar por hacer rusos; impidió a sus súbditos llegar a ser nunca lo que podían ser persuadiéndoles de que eran lo que no son. Así es como un preceptor francés educa a su alumno, para brillar en el momento de su infancia y para no ser luego nada. El Imperio ruso querrá subyugar a Europa, y él será subyugado. Los tártaros, sus súbditos o sus vecinos, llegarán a ser sus dueños y los nuestros: esta revolución me parece infalible. Todos los reyes de Europa trabajan de consuno para acelerarla.

CAPÍTULO IX

Continuación

Del mismo modo que la Naturaleza ha dado límites a la estatura de un hombre bien conformado, pasados los cuales no hace sino gigantes o enanos, ha tenido en cuenta, para la mejor constitución de un Estado, los límites de la extensión que pue-

de alcanzar, a fin de que no sea, ni demasiado grande para poder ser bien gobernado, ni demasiado pequeño para poderse sostener por sí mismo. Existe en todo cuerpo político un máximum de fuerzas que no puede sobrepasarse, del cual se aleja con frecuencia, a fuerza de ensancharse. Mientras más se extiende el vínculo social, más se afloja, y, en general, un Estado pequeño es proporcionalmente más fuerte que uno grande.

Mil razones demuestran esta máxima. Primeramente, la administración se hace más penosa con las grandes distancias, como un peso aumenta colocado al extremo de una palanca mayor. Es también más onerosa a medida que los grados se multiplican: porque cada ciudad tiene, primero, la suya, que el pueblo paga; cada distrito, la suya, también pagada por el pueblo; después, cada provincia: luego, los grandes gobiernos, las satrapías, los virreinatos, y es preciso pagar más caro a medida que se sube, y siempre a expensas del desgraciado pueblo. Por fin viene la administración suprema, que todo lo tritura. Con tantos recargos como agotan continuamente a los súbditos, lejos de estar mejor gobernados por todos estos diferentes órdenes, lo están mucho menos que si no hubiese más que uno solo por encima de ellos. Sin embargo, apenas quedan recursos para los casos extraordinarios, y cuando es preciso recurrir a ellos, el Estado está siempre en vísperas de su ruina.

No es esto todo; no solamente tiene menos vigor y celeridad el gobierno para hacer observar las leyes, impedir vejaciones, corregir abusos, prevenir empresas sediciosas que pueden realizarse en lugares alejados, sino que el pueblo siente menos afecto por sus jefes, a los cuales no ve nunca; a la patria, que es a sus ojos como el mundo, y a sus conciudadanos, de los cuales la mayor parte les son extraños. Las mismas leyes no pueden convenir a tantas provincias diversas, que tienen diferentes costumbres, que viven bajo climas opuestos y que no pueden soportar la misma forma de gobierno. Leyes diferentes no engendran sino turbulencia y confusión entre los pueblos que, al vivir bajo los mismos jefes, y en una comunicación continua, se relacionan y contraen matrimonio unos con otros, y sometidos a otras costumbres no saben nunca si su patrimonio es completamente propio. Las capacidades intelectuales no se aprovechan y los vicios quedan impunes en esta multitud de hombres, desconocidos unos de otros, que la organización administrativa suprema reúne en un mismo lugar. Los jefes, agotados por los negocios, no ven nada por sí mismos, y gobiernan al Estado sus delegados. Por último, las medidas que hay que tomar para mantener a la autoridad general, de la cual tantos empleados subalternos quieren sustraerse o imponerla, absorben todas las atenciones públicas; no queda nada para la felicidad del pueblo: apenas resta algo para su defensa en caso de necesidad, y así es como un cuerpo demasiado grande por su constitución se abate y perece aplastado bajo su propio peso.

Por otra parte, el Estado debe proporcionarse una cierta base para tener solidez, para resistir las sacudidas que no dejará de experimentar y los esfuerzos que se verá obligado a realizar para sostenerse; porque todos los pueblos tienen una especie de fuerza centrífuga, mediante la cual ellos obran unos sobre otros y tienden a agrandarse a expensas de sus vecinos, como los torbellinos de Descartes. Así, los débiles están expuestos a ser devorados en seguida, y apenas puede nadie conservarse sino poniéndose con todos en una especie de equilibrio, que hace le empuje aproximadamente igual en todos sentidos.

Se ve, pues, que hay razones así para extenderse como para reducirse. Y no es el menor talento del político encontrar entre unas y otras la solución más ventajosa para la conservación del Estado. Se puede decir, en general, que los primeros, no siendo sino exteriores y relativos, deben ser subordinados a los otros, que son internos y absolutos. Una sana y fuerte constitución es la primera cosa que es preciso buscar. Y se debe contar, más con el vigor que nace de un buen gobierno, que con los recursos que proporciona un gran territorio.

Por lo demás, se han visto Estados de tal modo establecidos que la necesidad de conquistar entraba en su misma constitución, y que para mantenerse se veían obligados a ensancharse sin cesar. Acaso se regocijasen demasiado por esta feliz necesidad, que les señalaba, sin embargo, con el término de su grandeza, el inevitable momento de su caída.

CAPÍTULO X

Continuación

Se puede medir un cuerpo político de dos maneras, a saber: por la extensión del territorio y por el número de habitantes, y existe entre ambas medidas una relación conveniente para dar al Estado su verdadera extensión. Los hombres son los que hacen el Estado, y el territorio el que alimenta a los hombres. Esta relación consiste, pues, en que la tierra baste a la manutención de sus habitantes, y que haya tantos como la tierra pueda alimentar. En esta proporción es en la que se encuentra el máximum de fuerza de un número dado de pueblo: porque si hay terreno excesivo, su custodia es onerosa: su cultivo, insuficiente; su producto, superfluo; es la causa próxima de las guerras defensivas. Si no fuese el territorio bastante, el Estado se encuentra, con respecto al suplemento que necesita, a discreción de sus vecinos; es la causa próxima de las guerras ofensivas. Todo pueblo que, por su posi-

ción, no tiene otra alternativa que el comercio o la guerra, es débil en sí mismo; depende de sus vecinos; depende de los acontecimientos; no tiene nunca sino una existencia incierta y breve. Subyuga y cambia de situación o es subyugado y no es nada. No puede conservarse libre si no es a fuerza de insignificancia o de extensión.

No se puede dar en cálculo una relación fija entre la extensión de tierra y el número de hombres de modo que baste aquélla a éstos, tanto a causa de las diferencias que se encuentran en las cualidades del terreno, en sus grados de fertilidad, en la naturaleza de sus producciones, en la influencia de los climas, como por la que se observa en los temperamentos de los hombres que los habitan, de los cuales, unos consumen poco en un país fértil y otros mucho en un suelo ingrato. Es preciso, además, tener en cuenta la mayor o menor fecundidad de las mujeres: lo que puede haber en el país de más o menos favorable a la población; el número de habitantes que el legislador puede esperar llegue a alcanzar; de suerte que no debe fundar su juicio sobre lo que ve, sino lo que prevé, sin detenerse tanto en el estado actual de la población, cuanto en aquel a que, naturalmente, debe llegar. Finalmente, hay mil ocasiones en que los accidentes particulares del lugar exigen o permiten que se abarque más terreno del que parece necesario. Así, se extenderá uno mucho en un país montañoso, donde las producciones naturales, bosques y pastos, exigen menos trabajo; donde la experiencia enseña que las mujeres son más fecundas que en las llanuras, y donde un extenso suelo inclinado no da sino una pequeña base horizontal, la única con que es preciso contar para la vegetación. Por el contrario, se puede uno ceñir a la orilla del mar aun en rocas y arenas casi estériles, porque la pesca puede suplir allí en gran parte las producciones de la tierra, porque los hombres deben estar más reunidos para rechazar a los piratas y porque se tiene más facilidad para librar al país, mediante las colonias, de los habitantes que le sobren.

A estas condiciones para instituir un pueblo es preciso añadir una que no puede sustituir a ninguna otra, pero sin la cual todas son inútiles: la de que se disfrute de abundancia y paz; porque la época en que se organiza un Estado es, como aquella en que se forma un batallón, el instante en que el cuerpo es el menos capaz de resistencia y el más fácil de destruir. Mejor se resistirá en un desorden absoluto que en un momento de fermentación, en que cada cual se ocupa de su puesto y no del peligro. Si tiene lugar en esta época de crisis una guerra, un estado de hambre, una sedición, el Estado será trastornado infaliblemente.

No es que no haya muchos gobiernos establecidos durante estas tempestades: pero estos mismos gobiernos son los que destruyen el Estado. Los usurpadores producen o eligen siempre estos tiempos de turbulencia para hacer pasar, a favor del terror público, leyes destructoras que el pueblo no adoptaría nunca a sangre fría. La elección del momento de la institución es uno de los caracteres más seguros median-

te los cuales se puede distinguir la obra del legislador de la del tirano. ¿Qué pueblo es, pues, propio para la legislación? Aquel que, encontrándose ya ligado por alguna unión de origen, de interés o de convención, no ha llevado aún el verdadero yugo de las leyes: el que no tiene costumbres ni supersticiones muy arraigadas; el que no teme ser aniquilado por una invasión súbita; el que, sin mezclarse en las querellas de sus vecinos, puede resistir él solo a cada uno de ellos o servirse de uno para rechazar al otro; aquel en el cual cada miembro puede ser conocido por todos y en que no se está obligado a cargar a un hombre con un fardo mayor de lo que es capaz de llevar; el que puede pasarse sin otros pueblos y del cual pueden, a su vez, éstos prescindir (12); el que no es rico ni pobre y puede bastarse a sí mismo: en fin, el que reúne la consistencia de un antiguo pueblo con la docilidad de un pueblo nuevo. Lo que hace penosa la obra de la legislación es menos lo que se precisa establecer que lo que es necesario destruir, y lo que hace el éxito tan raro es la imposibilidad de encontrar la sencillez de la Naturaleza junto a las necesidades de la sociedad. Ciertamente que todas estas condiciones se encuentran difícilmente reunidas, y por ello se ven pocos Estados bien constituidos.

Hay aún en Europa un país capaz de legislación: la isla de Córcega. El valor y la constancia con que ha sabido recobrar y defender su libertad este valiente pueblo merecerían que algún hombre sabio le enseñase a conservarla. Tengo el presentimiento de que algún día esta pequeña isla asombrará a Europa.

CAPÍTULO XI

De los diversos sistemas de legislación

Si se indaga en qué consiste precisamente el mayor bien de todos, que debe ser el fin de todo sistema de legislación, se hallará que se reduce a dos objetos principales: la libertad y la igualdad; la Libertad, porque toda dependencia particular es fuerza quitada al cuerpo del Estado; la igualdad, porque la Libertad no puede subsistir sin ella.

Ya he dicho lo que es la libertad civil; respecto a la igualdad; no hay que entender por esta palabra que los grados de poder y de riqueza sean absolutamente los mismos, sino que, en cuanto concierne al poder, que éste quede por encima de toda violencia y nunca se ejerza sino en virtud de la categoría y de las leyes, y en cuanto a la riqueza, que ningún ciudadano sea bastante opulento como para poder comprar a otro, y ninguno tan pobre como para verse obligado a venderse (13) ; lo que supone, del lado de los grandes, moderación de bienes y de crédito, y del lado de los pequeños, moderación de avaricia y de envidias.

Esta igualdad, dicen, es una quimera de especulación, que no puede existir en la práctica. Pero si el abuso es inevitable, ¿se sigue de aquí que no pueda al menos reglamentarse? Precisamente porque la fuerza de las cosas tiende siempre a destruir la igualdad es por lo que la fuerza de la legislación debe siempre pretender mantenerla.

Mas estos objetos generales de toda buena constitución deben ser modificados en cada país por las relaciones que nacen tanto de la situación local como del carácter de los habitantes y en estos respectos es en lo que se debe asignar a cada pueblo un sistema particular de institución que sea el mejor, acaso no en sí mismo, sino para el Estado a que está destinado. Por ejemplo: si el suelo es ingrato y estéril o el país demasiado estrecho para sus habitantes, volveos del lado de la industria, de las artes, con las cuales cambiaréis las producciones con los géneros que os falten. Por el contrario, ocupad ricas llanuras y costas fértiles; en un buen terreno, careced de habitantes; prestad todos vuestros cuidados a la agricultura, que multiplica los hombres, y desterrad las artes, que no harían sino acabar de despoblar el país, agrupando en algún punto del territorio los pocos habitantes que haya (14). Ocupad costas extensas y cómodas, cubrid el mar de barcos, cultivad el comercio y la navegación y tendréis una existencia breve, pero brillante.

El mar no baña en vuestras costas sino rocas casi inaccesibles; permaneced bárbaros e ictiófagos, entonces viviréis más tranquilos, mejor, quizá, y seguramente más felices. En una palabra: además de las máximas comunes a todos, cada pueblo encierra en sí alguna causa que le ordena de una manera particular y hace su legislación propia para sí solo. Así es como en otro tiempo los hebreos, y recientemente los árabes, han tenido como principal objeto la religión: los atenienses, las letras; Cartago y Tiro, el comercio; Rodas, la marina; Esparta, la guerra, y Roma, la virtud. El autor de El espíritu de las leyes ha mostrado, en multitud de ejemplos, de qué artes se vale el legislador para dirigir la institución respecto a cada uno de estos objetos.

Lo que hace la constitución de un Estado verdaderamente sólida y duradera es que la conveniencia sea totalmente observada, que las relaciones naturales y las leyes coincidan en los mismos puntos y que éstas no hagan, por decirlo así, sino asegurar, acompañar, rectificar a las otras. Mas si el legislador, equivocándose en un objeto, toma un principio diferente del que nace de la naturaleza de las cosas, si uno tiende a la servidumbre y otro a la libertad, uno a las riquezas y otro a la población, uno a la paz y otro a las conquistas, se verá que las leyes se debilitan insensiblemente, la constitución se altera y el Estado no dejará de verse agitado, hasta que sea destruido o cambiado y hasta que la invencible Naturaleza haya recobrado su imperio.

CAPÍTULO XII

División de las leyes

Para ordenar el todo y para dar la mejor forma posible a la cosa pública hay que considerar diversas relaciones. Primeramente, la acción del cuerpo entero obrando sobre sí mismo, es decir, la relación del todo con el todo o del soberano con el Estado, y esta relación se compone de aquellos términos intermediarios que veremos a continuación.

Las leyes que regulan esta relación llevan el nombre de leyes políticas, y se llaman también leyes fundamentales, no sin alguna razón, si estas leyes son sabias; porque si no hay en cada Estado más que una buena manera de ordenar, el pueblo que la ha encontrado debe atenerse a ella; mas si el orden establecido es malo, ¿por qué se han de tomar como fundamentales leyes que nos impiden ser buenos? De otra parte, un pueblo es siempre, en todo momento, dueño de cambiar sus leyes, hasta las mejores. Porque si le gusta hacerse el mal a sí mismo, ¿quién tiene derecho a impedirlo?

La segunda relación es la de los miembros entre sí o con el cuerpo entero, y esta relación debe ser, en el primer respecto, todo lo pequeña posible, y, en el segundo, todo lo grande posible: de suerte que cada ciudadano se halla en una perfecta independencia de todos los demás y en una excesiva dependencia de la ciudad. Esto se hace siempre por los mismos medios; porque sólo la fuerza del Estado hace la Libertad de sus miembros. De esta segunda relación nacen las leyes civiles.

Se puede considerar una tercera clase de relación entre el hombre y la ley, a saber: la de la desobediencia a la pena, y ésta da lugar al establecimiento de leyes criminales que, en el fondo, más bien que una clase particular de leyes, son la sanción de todas las demás.

A estas tres clases de leyes se añade una cuarta, la más importante de todas, y que no se graba ni sobre mármol ni sobre bronce, sino en los corazones de los ciudadanos, que es la verdadera constitución del Estado; que toma todos los días nuevas fuerzas; que, en tanto otras leyes envejecen o se apagan, ésta las reanima o las suple; que conserva a un pueblo en el espíritu de su institución; que sustituye insensiblemente con la fuerza del hábito a la autoridad. Me refiero a las costumbres, a los hábitos y, sobre todo, a la opinión; elemento desconocido para nuestros políticos, pero de la que depende el éxito de todas las demás y de la que se ocupa en

secreto el gran legislador, mientras parece limitarse a reglamentos particulares, que no son sino la cintura de la bóveda, en la cual las costumbres, más lentas en nacer, forman, al fin, la inquebrantable clave.

De entre estas diversas clases de leyes, las políticas, que constituyen la forma de gobierno, son las únicas en que he de ocuparme.

Notas.

(1) Para que una voluntad sea general, no siempre es necesario que sea unánime; pero es preciso que todas las voces sean tenidas en cuenta: una exclusión formal rompe la generalidad.

(2) Cada interés -dice el marqués de Argenson- tiene principios diferentes. La armonía entre dos intereses particulares se forma por oposición al de un tercero. (Véase las Considérations sur le gouvernement ancien y présent de la France, cap. II.) Se hubiera podido añadir que la concordancia de todos los intereses se forma por oposición al de cada uno de ellos. Si no hubiese intereses diferentes, apenas se apreciarla el interés común, que jamás encontraría un obstáculo: todo marcharía por sí mismo y la política dejaría de ser un arte.

(3) Vera cose e -dice Maquiavelo- che alcuni divisani nuocono alle repubbliche, e alcune glovano: quelle nuocono che seno dalle sette e da partigiani accompagnate: quelle giovano che senza sette, senza partigiani. si mantengono. Non potendo adunque provedere un fondatore d'una repubblica che non siano nimicizie in quella, ha da proveder almeno che non vi siano sette. (Hist. Florent.. lib. VII).

(4) Atentos lectores: no es apresuréis, os lo ruego, a acusarme aqui de contradicción. No he podido evitarlo en los términos, dada la pobreza de la lengua: mas esperad.

(5) No entiendo solamente por esta palabra una aristocracia o una democracia, sino, en general, todo gobierno guiado por la voluntad general, que es la ley. Para ser legítimo, no es preciso que el gobierno se confunda con el soberano, sino que sea su ministro: entonces la monarquía misma es República. Esto se aclarará en el Libro siguiente.

(6) Un pueblo no llega a ser célebre sino cuando su legislación comienza a declinar. Se ignora durante cuántos siglos hizo la legislación de Licurgo la felicidad de los espartanos, antes de que se hiciese mención de ella en el resto de Grecia.

(7) Véase el diálogo de Platón que, en las traducciones latinas, lleva por título Politicus o Vir civilis. Algunos lo han titulado De Regno.

(8) Grandeza y decadencia de los romanos.

(9) Los que no consideran a Calvino sino como teólogo, conocen mal la extensión de su genio. La redacción de nuestros sabios edictos, en la cual tuvo mucha parte, le hace tanto honor como su institución. Por muchos trastornos que el tiempo pueda llevar a nuestro culto, en tanto que el amor a la patria y a la libertad no se haya extinguido entre nosotros, nunca dejará de ser bendecida la memoria de este grande hombre.

(10) E veramente -dice Maquiavelo- mal non fl alcuno ordinatore di leggi straordinarie in popolo, che non ricorresse a Dio, perche altrimenti non sarebbero accettate: perche sono molti beni conseinti da uno prudente, i quali non hanno in se ragioni evidenti da potergli permadere ad altrui. (Discorsi sopratio Livio, lib. I, cap. XI).

(11) Célebre teólogo inglés, muerto en 1779.

(12) Si de dos pueblos vecinos uno no pudiese prescindir del otro, sería una situación muy dura para el primero y muy peligrosa para el segundo. Toda nación prudente en un caso semejante, se esforzará en seguida en librar al otro de esta dependencia. La República de Tiazcala, enclavada en el Imperio de Méjico, prefirió pasarse sin sal a comprarla a los mejicanos y hasta a aceptarla gratuitamente. Los sabios tlazcaltecas vieron el lazo oculto bajo esta liberalidad. Se conservaron libres, y este pequeño Estado, encerrado en este gran Imperio. fue por fin el instrumento de su ruina.

(13) Si queréis, pues, dar al Estado consistencia, aproximad los extremos todo lo posible: no sufráis, ni gentes opulentas, ni mendigos. Estos dos estados, naturalmente inseparables, son igualmente funestos para el bien común: del uno salen los factores de la tiranía, y del otro los tiranos. Entre ambos vive el tráfico de la libertad pública: uno, la compra, y otro, la vende.

(14) Alguna rama del comercio exterior -dice el marqués de Argenson- no extiende apenas sino una falsa utilidad para un reino en general; puede enriquecer a algunos particulares, hasta a algunas ciudades; pero la nación entera no gana nada con ellos y el pueblo no mejora su situación.

LIBRO TERCERO

INDICE

Capítulo I. Del gobierno en general.

Capítulo II. Del principio que constituye las diversas formas.

Capítulo III. División de los gobiernos.

Capítulo IV. De la democracia.

Capítulo V. De la aristocracia.

Capítulo VI. De la monarquía.

Capítulo VII. De los gobiernos mixtos.

Capítulo VIII. De cómo toda forma de gobierno no es propia para todos los países.

Capítulo IX. De los rasgos de un buen gobierno.

Capítulo X. Del abuso del gobierno y de su inclinación.

Capítulo XI. De la muerte del cuerpo político.

Capítulo XII. Cómo se mantiene la autoridad soberana.

Capítulo XIII. Continuación de lo expresado en el capítulo anterior.

Capítulo XIV. Continuación.

Capítulo XV. De los diputados o representantes.

Capítulo XVI. La institución del gobierno no es un contrato.

Capítulo XVII. De la institución del gobierno.

Capítulo XVIII. Medios de prevenir las usurpaciones del gobierno.

Notas.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I

Del gobierno en general

Advierto al lector que este capítulo debe ser leído reposadamente y que desconozco el arte de ser claro para quien no quiere prestar atención.

Toda acción libre tiene dos causas que concurran a producirla; una moral, a saber: la voluntad, que determina el acto; otra física, a saber: el poder, que la ejecuta. Cuando marcho hacia un objeto es preciso primeramente que yo quiera ir; en segundo lugar, que mis piernas me lleven. Si un paralítico quiere correr o si un hombre ágil no lo quiere, ambos se quedarán en su sitio. El cuerpo político tiene los mismos móviles; se distinguen en él, del mismo modo, la fuerza y la voluntad: ésta, con el nombre de poder legislativo; la otra, con el de poder ejecutivo. No se hace, o no debe hacerse, nada sin el concurso de ambos.

Hemos visto cómo el poder legislativo pertenece al pueblo y no puede pertenecer sino a él. Por el contrario, es fácil advertir, por los principios antes establecidos, que el poder ejecutivo no puede corresponder a la generalidad, como legisladora o soberana, ya que este poder ejecutivo consiste en actos particulares que no corresponden a la ley ni, por consiguiente, al soberano, todos cuyos actos no pueden ser sino leyes.

Necesita, pues, la fuerza pública un agente propio que la reúna y la ponga en acción según las direcciones de la voluntad general, que sirva para la comunicación del Estado y del soberano, que haga de algún modo en la persona pública lo que hace en el hombre la unión del alma con el cuerpo. He aquí cuál es en el Estado la razón del gobierno, equivocadamente confundida con el soberano, del cual no es sino el ministro.

¿Qué es, pues, el gobierno? Un cuerpo intermediario establecido entre los súbditos y el soberano para su mutua correspondencia, encargado de la ejecución de las leyes y del mantenimiento de la libertad, tanto civil como política.

Los miembros de este cuerpo se llaman magistrados o reyes, es decir, gobernantes, y el cuerpo entero lleva el nombre de príncipe (1). Así, los que pretenden que el acto por el cual un pueblo se somete a los jefes no es un contrato tienen mucha razón. Esto no es absolutamente nada más que una comisión, un empleo, en el cual, como simples oficiales del soberano, ejercen en su nombre el

poder, del cual les ha hecho depositarios, y que puede limitar, modificar y volver a tomar cuando le plazca. La enajenación de tal derecho, siendo incompatible con la naturaleza del cuerpo social, es contraria al fin de la asociación.

Llamo, pues, gobierno, o suprema administración, al ejercicio legítimo del poder ejecutivo, y príncipe o magistrado, al hombre o cuerpo encargado de esta administración.

En el gobierno es donde se encuentran las fuerzas intermediarias, cuyas relaciones componen la del todo al todo o la del soberano al Estado. Se puede representar esta última relación por la de los extremos de una proporción continua, cuya media proporcional es el gobierno. Éste recibe del soberano las órdenes que da al pueblo; y para que el Estado se halle en equilibrio estable es preciso que, una vez todo compensado, haya igualdad entre el producto o el poder del gobierno, tomando en sí mismo, y el producto y el poder de los ciudadanos, que son soberanos, de una parte, y súbditos, de otra.

Además, no es posible alterar ninguno de los tres términos sin romper en el mismo momento la proporción. Si el soberano quiere gobernar, o el magistrado dar leyes, o los súbitos se niegan a obedecer, el desorden sucede a la regla, la fuerza y la voluntad no obran ya de acuerdo y, disuelto el Estado, cae así en el despotismo o en la anarquía. En fin, así como no hay más que una media proporcional entre cada relación, no hay tampoco más que un buen gobierno posible en un Estado: pero como hay mil acontecimientos capaces de alterar las relaciones de un pueblo, no solamente puede ser conveniente para diversos pueblos la diversidad de gobiernos, sino para el mismo pueblo en diferentes épocas.

Para procurar dar una idea de las múltiples relaciones que pueden existir entre estos dos extremos, tomaré, a modo de ejemplo, el número de habitantes de un pueblo como una relación más fácil de expresar.

Supongamos que se componga el Estado de 10,000 ciudadanos. El soberano no puede ser considerado sino colectivamente y en cuerpo: pero cada particular, en calidad de súbdito, es considerado como individuo; así, el soberano es el súbdito como diez mil es a uno: es decir, que cada miembro del Estado no tiene, por su parte, más que la diezmilésima parte de la autoridad soberana, aunque esté sometido a ella por completo. Si el pueblo se compone de 100,000 hombres, el estado de los súbditos no cambia y cada uno de ellos lleva igualmente el imperio de las leyes, mientras que su sufragio, reducido a una cienmilésima, tiene diez veces menos influencia en la forma concreta del acuerdo. Entonces, permaneciendo el súbdito siempre uno, aumenta la relación del soberano en razón del número de ciudadanos; de donde se sigue que mientras más crece el Estado, más disminuye la libertad.

Al decir que la relación aumenta, entiendo que se aleja de la igualdad. Así, mientras mayor es la relación en la acepción de los geómetras, menos relación existe en la acepción común; en la primera, la relación, considerada desde el punto de vista de la cantidad, se mide por el exponente, y en la otra, considerada desde el de la identidad, se estima por la semejanza.

Ahora bien; mientras menos se relacionan las voluntades particulares con la voluntad general, es decir, las costumbres con las leyes, más debe aumentar la fuerza reprimente. Por tanto, el gobierno, para ser bueno, debe ser relativamente más fuerte a medida que el pueblo es más numeroso.

De otro lado, proporcionando el engrandecimiento del Estado a los depositarios de la autoridad pública más tentaciones y medios para abusar de su poder, debe tener el gobierno más fuerza para contener al pueblo, y, a su vez, más también el soberano para contener al gobierno. No hablo aquí de una fuerza absoluta, sino de la fuerza relativa de las diversas partes del Estado.

Se sigue de esta doble relación que la proporción continúa entre el soberano, el príncipe y el pueblo no es una idea arbitraria, sino una consecuencia necesaria de la naturaleza del cuerpo político y que, siendo permanente y estando representado por la unidad uno de los extremos, el pueblo, como súbdito, siempre que la razón doble, aumente o disminuya, la razón simple aumenta o disminuye de un modo semejante, y, por consiguiente, el término medio ha cambiado. Esto muestra que no hay una constitución de gobierno único y absoluto, sino que puede haber tantos gobiernos, diferentes en naturaleza, como hay Estados distintos en extensión.

Si, poniendo este sistema en ridículo, se dijera que para encontrar esta media proporcional y formar el cuerpo del gobierno no es preciso, según yo, más que sacar la raíz cuadrada del número de hombres, sino, en general, por la cantidad de acción, que se combina por multitud de causas; por lo demás, si para explicarme en menos palabras me sirvo un momento de términos de geometría, no es porque ignore que la precisión geométrico no tiene lugar en las cantidades morales.

El gobierno es, en pequeño, lo que el cuerpo político que lo encierra en grande. Es una persona moral dotada de ciertas facultades, activa como el soberano, pasiva como el Estado, y que se puede descomponer en otras relaciones semejantes; de donde nace, por consiguiente, una nueva proporción, y de ésta, otra, según el orden de los tribunales, hasta que se llegue a un término medio indivisible; es decir, a un solo jefe o magistrado supremo, que se puede representar, en medio de esta progresión, como la unidad entre la serie de las fracciones y la de los números.

Sin confundirnos en esta multitud de términos, contentémonos con considerar al gobierno como un nuevo cuerpo en el Estado del pueblo y del soberano, y como intermediario entre uno y otro.

Existe una diferencia esencial entre estos dos cuerpos: que el Estado existe por sí mismo, y el gobierno no existe sino por el soberano. Así, la voluntad dominante del príncipe no es, o no debe ser, sino la voluntad general, es decir, la ley: su fuerza, la fuerza pública concentrada en él; tan pronto como éste quiera sacar de sí mismo algún acto absoluto e independiente, la unión del todo comienza a relajarse. Si ocurriese, en fin, que el príncipe tuviese una voluntad particular más activa que la del soberano y que usase de ella para obedecer a esta voluntad particular de la fuerza pública que está en sus manos, de tal modo que hubiese, por decirlo así, dos soberanos, uno de derecho y otro de hecho, en el instante mismo la unión social se desvanecería y el cuerpo político sería disuelto.

Sin embargo, para que el cuerpo del gobierno tenga una existencia, una vida real, que lo distinga del cuerpo del Estado; para que todos sus miembros puedan obrar en armonía y responder al fin para que fueron instituidos, necesita un yo particular, una sensibilidad común a sus miembros, una fuerza, una voluntad propias, que tiendan a su conservación. Esta existencia particular supone asambleas, consejos, sin poder de deliberar, de resolver: derechos, títulos, privilegios, que corresponden a un príncipe exclusivamente y que hacen la condición del magistrado más honrosa a medida que es más penosa. Las dificultades radican en la manera de ordenar dentro del todo este todo subalterno de modo que no altere la constitución general al afirmar la suya; que distinga siempre su fuerza particular, destinada a la conservación del Estado, y que, en una palabra, esté siempre pronta a sacrificar el gobierno al pueblo y no el pueblo al gobierno.

Por lo demás, aunque el cuerpo artificial del gobierno sea obra de otro cuerpo artificial y no tenga más que algo como una vida subordinada, esto no impide para que no pueda obrar con más o menos vigor o celeridad y gozar, por decirlo así, de una salud más o menos vigorosa. Por último, sin alejarse directamente del fin de su institución, puede apartarse en cierta medida de él, según el modo de estar constituidos.

De todas estas diferencias es de donde nacen las distintas relaciones que debe el gobierno mantener con el cuerpo del Estado, según las relaciones accidentales y particulares por las cuales este mismo Estado se halla modificado. Porque, con frecuencia, el mejor gobierno en sí llegará a ser el más vicioso, si sus relaciones se alteran conforme a los defectos del cuerpo político a que pertenece.

CAPITULO II

Del principio que constituye las diversas formas

Para exponer la causa general de estas diferencias es preciso distinguir aquí el principio y el gobierno, como he distinguido antes el Estado y el soberano.

El cuerpo del magistrado puede hallarse compuesto de un mayor o menor número de miembros. Hemos dicho que la relación del soberano con los súbditos era tanto mayor cuanto más numeroso era el pueblo, y, por una evidente analogía, podemos decir otro tanto del gobierno en lo referente a los magistrados.

Ahora bien; la fuerza total del gobierno, siendo siempre la del Estado, no varía; de donde se sigue que mientras más usa de esta fuerza sobre sus propios miembros, le queda menos para obrar sobre todo el pueblo.

Por tanto, mientras más numerosos son los magistrados, más débil es el gobierno. Como esta máxima es fundamental, dediquémonos a aclararla mejor.

Podemos distinguir en la persona del magistrado tres voluntades esencialmente diferentes: primero, la voluntad propia del individuo, que no tiende sino a su ventaja particular; segundo, la voluntad común de los magistrados, que se refiere únicamente a la ventaja del príncipe, y que se puede llamar voluntad de cuerpo, que es general con relación al gobierno y particular con relación al Estado, del cual forma parte el gobierno; en tercer lugar, la voluntad del pueblo o la voluntad soberana, que es general, tanto en relación con el Estado, considerado como un todo, cuanto en relación con el gobierno, considerado como parte del todo.

En una legislación perfecta, la voluntad particular o individual debe ser nula; la voluntad de cuerpo, propia al gobierno, muy subordinada, y, por consiguiente. la voluntad general o soberana ha de ser siempre la dominante y la regla única de todas las demás.

Por el contrario, según el orden natural, estas diferentes voluntades devienen más activas a medida que se concentran. Así, la voluntad general es siempre la más débil; la voluntad de cuerpo ocupa el segundo grado, y la voluntad particular el primero de todos; de suerte que, en el gobierno, cada miembro es primeramente él mismo; luego, magistrado, y después, ciudadano: gradación directamente opuesta a aquella que exige el orden social.

Una vez esto sentado, si todo el gobierno está en manos de un solo hombre, aparecen la voluntad particular y la de cuerpo perfectamente unidas, y, por consiguiente, en el más alto grado de intensidad que pueden alcanzar. Ahora bien; como el uso de la fuerza depende del grado de la voluntad, y como la fuerza absolu-

ta del gobierno no varía nunca, se sigue que el más activo de los gobiernos es el de uno solo.

Por el contrario, unamos el gobierno a la autoridad legislativa; hagamos príncipe al soberano, y de todos los ciudadanos, otros tantos magistrados; entonces, la voluntad de cuerpo, confundida con la voluntad general, no tendrá más actividad que ella y dejará la voluntad particular en todo su vigor. Así, el gobierno, siempre con la misma fuerza absoluta, se hallará con un mínimum de fuerza relativa o de actividad.

Esto es incontestable y aun existen otras consideraciones que sirven para confirmarlas. Se ve, por ejemplo, que cada magistrado es más activo en su cuerpo que lo es cada ciudadano en el suyo, y que, por consiguiente, la voluntad particular tiene mucha más influencia en los actos del gobierno que en los del soberano, pues cada magistrado está siempre encargado de una función de gobierno, en tanto que cada ciudadano aislado no tiene ninguna función de soberanía. Además, mientras más se extiende el Estado, aumenta más su fuerza real, aunque no en razón de su extensión. Más al seguir siendo el Estado el mismo, es inútil que los magistrados se multipliquen, pues el gobierno no adquiere una mayor fuerza real porque esta fuerza sea la del Estado, cuya medida es siempre igual. Así, la fuerza relativa o la actividad del gobierno disminuyen, sin que su fuerza absoluta o real pueda aumentar.

Es seguro, además, que la resolución de los asuntos adviene más lenta a medida que se encarga de ellos mayor número de personas; concediendo demasiado a la prudencia, no se concede bastante a la fortuna, y se deja escapar la ocasión, ya que, a fuerza de deliberar, se pierde con frecuencia el fruto de la deliberación.

Acabo de demostrar que el gobierno se relaja a medida que los magistrados se multiplican, y he demostrado también, más arriba, que mientras más numeroso es el pueblo, más debe aumentar la fuerza coactiva. De donde se sigue que la relación de los magistrados con el gobierno debe ser inversa a la relación de los súbditos con el soberano; es decir, que mientras más aumenta el Estado, más debe reducirse el gobierno; de tal modo, que el número de los jefes disminuya en razón del aumento de la población.

Por lo demás, no hablo aquí sino de la fuerza relativa del gobierno y no de su rectitud; porque, por el contrario, mientras más numerosos son los magistrados, más se aproxima la voluntad de cuerpo a la voluntad general; en tanto que bajo un magistrado único esta voluntad de cuerpo no es, como he dicho, sino una voluntad particular. Así se pierde de un lado lo que se puede ganar de otro, y el arte de legislador consiste en saber fijar el punto en que la fuerza y la voluntad del gobierno, siempre en proporción recíproca, se combinan en la relación más ventajosa para el Estado.

CAPÍTULO III

División de los gobiernos

Se ha visto en el capítulo precedente por qué se distinguen las diversas especies o formas de gobierno por el número de los miembros que los componen; queda por ver en éste cómo se hace esta división.

El soberano puede, en primer lugar, entregar las funciones del gobierno a todo el pueblo o a la mayor parte de él, de modo que haya más ciudadanos magistrados que ciudadanos simplemente particulares. Se da a esta forma de gobierno el nombre de democracia.

Puede también limitarse el gobierno a un pequeño número, de modo que sean más los ciudadanos que los magistrados, y esta forma lleva el nombre de aristocracia.

Puede, en fin, estar concentrado el gobierno en manos de un magistrado único, del cual reciben su poder todos los demás. Esta tercera forma es la más común, y se llama monarquía, o gobierno real.

Debe observarse que todas estas formas, o al menos las dos primeras, son susceptibles de más o de menos amplitud, alcanzándola bastante grande: porque la democracia puede abrazar a todo el pueblo o limitarse a la mitad. La aristocracia, a su vez, puede formarla un pequeño número indeterminado, que no llegue a la mitad. La realeza misma es susceptible de alguna división. Esparta tuvo constantemente dos reyes por su constitución; y se ha visto en el Imperio romano hasta ocho emperadores a la vez, sin que se pudiese decir que el Imperio estuviese dividido. Así, existe un punto en que cada forma de gobierno se confunde con la siguiente, y se ve que, bajo tres solas denominaciones, el gobierno es realmente susceptible de tantas formas diversas como ciudadanos tiene el Estado.

Hay más: pudiendo este mismo gobierno subdividirse, en ciertos respectos, en otras partes, una administrada de un modo y otra de otro, cabe el que estas tres formas combinadas den por resultado una multitud de formas mixtas, cada una de las cuales es multiplicable por todas las formas simples.

En todas las épocas se ha discutido mucho sobre la mejor forma de gobierno, sin considerar que cada una de ellas es la mejor en ciertos casos y la peor en otros.

Si en los diferentes Estados el número de los magistrados supremos debe estar en razón inversa del de ciudadanos, se sigue que, en general, el gobierno democrático conviene a los pequeños Estados; el aristocrático, a los medianos, y la monarquía, a los grandes. Esta regla está deducida de un modo inmediato del princi-

pio. Pero ¿cómo contar la multitud de circunstancias que pueden dar lugar a excepciones?

CAPÍTULO IV

De la democracia

Quien hace la ley sabe mejor que nadie cómo debe ser ejecutada e interpretada. Parece, pues, que no puede tenerse mejor constitución que aquella en que el poder ejecutivo esté unido al legislativo; mas esto mismo es lo que hace a este gobierno insuficiente en ciertos respectos, porque las cosas que deben ser distinguidas no lo son, y siendo el príncipe y el soberano la misma persona, no forman, por decirlo así, sino un gobierno sin gobierno.

No es bueno que quien hace las leyes las ejecute, ni que el cuerpo del pueblo aparte su atención de los puntos de vista generales para fijarla en los objetos particulares. No hay nada más peligroso que la influencia de los intereses privados en los asuntos públicos: y el abuso de las leyes por el gobierno es un mal menor que la corrupción del legislador, consecuencia inevitable de que prevalezcan puntos de vista particulares. Cuando así acontece, alterado el Estado en su sustancia, se hace imposible toda reforma. Un pueblo que no abusase nunca del gobierno, no abusaría tampoco de la independencia; un pueblo que siempre gobernase bien, no tendría necesidad de ser gobernado.

De tomar el vocablo en todo el rigor de su acepción habría que decir que no ha existido nunca verdadera democracia, y que no existirá jamás, pues es contraria al orden natural que el mayor número gobierne y el pequeño sea gobernado. No se puede imaginar que el pueblo permanezca siempre reunido para ocuparse de los asuntos públicos, y se comprende fácilmente que no podría establecer para esto comisiones sin que cambiase la forma de la administración.

En efecto; yo creo poder afirmar, en principio, que cuando las funciones del gobierno están repartidas entre varios tribunales, los menos numerosos adquieren, pronto o tarde, la mayor autoridad, aunque no sea sino a causa de la facilidad misma para resolver los asuntos que naturalmente se les somete.

Por lo demás, ¡cuántas cosas difíciles de reunir no supone este gobierno! Primeramente, un Estado muy pequeño, en que el pueblo sea fácil de congregar y en que cada ciudadano pueda fácilmente conocer a los demás; en segundo lugar, una gran sencillez de costumbres, que evite multitud de cuestiones y de discusiones espinosas; además, mucha igualdad en las categorías y en la fortuna, sin lo cual la

igualdad no podría subsistir por largo tiempo en los derechos y en la autoridad; en fin, poco o ningún lujo, porque éste, o es efecto de las riquezas, o las hace necesarias; corrompe a la vez al rico y al pobre: a uno, por su posesión, y al otro, por la envidia: entrega la patria a la molicie, a la vanidad: quita al Estado todos sus ciudadanos, para esclavizarles unos a otros y todos a la opinión.

He aquí por qué un autor célebre ha considerado la virtud como la base de la República (2) porque todas estas condiciones no podrían subsistir sin la virtud; pero por no haber hecho las distinciones necesarias, este gran genio ha carecido con frecuencia de exactitud; algunas veces, de claridad, y no ha visto que, siendo la autoridad soberana en todas partes la misma, debe tener lugar en todo Estado bien constituido el mismo principio, más o menos ciertamente, según la forma de gobierno.

Agreguemos que no hay gobierno tan sujeto a las guerras civiles y agitaciones intestinas como el democrático o popular, porque tampoco hay ninguno que tienda tan fuerte y continuamente a cambiar la forma, ni que exija más vigilancia y valor para ser mantenido en ella. En esta constitución es, sobre todo, en la que el ciudadano debe armarse de fuerza y de constancia, y decir cada día de su vida, desde el fondo de su corazón, lo que decía un virtuoso palatino (3) en la Dieta de Polonia: Malo periculosam libertatem quam quietum servitium.

Si hubiese un pueblo de dioses, se gobernaría democráticamente. Mas un gobierno tan perfecto no es propio para los hombres.

CAPÍTULO V

De la aristocracia

Tenemos aquí dos personas morales muy distintas. a saber: el gobierno y el soberano; y, por consiguiente, dos voluntades generales, una con relación a todos los ciudadanos, y otra solamente con respecto a los miembros de la administración. Así, aunque el gobierno pueda reglamentar su política interior como le plazca, no puede nunca hablar al pueblo sino en nombre del soberano, es decir, en nombre del pueblo mismo: no hay que olvidar nunca esto.

Las primeras sociedades se gobernaron aristocráticamente. Los jefes de las familias deliberaban entre sí sobre los asuntos públicos. Los jóvenes cedían sin trabajo a la autoridad de la experiencia. De aquí, los nombres de sacerdotes, senado, qerontes. Los salvajes de América septentrional se gobiernan todavía así en nuestros días, y están muy bien gobernados.

Pero a medida que la desigualdad de la institución prevalece sobre la desigualdad natural, la riqueza o el poder (4) fueron preferidos a la edad, y la aristocracia se convirtió en electiva. Finalmente, el poder transmitido con los bienes de padres a hijos formó las familias patricias, convirtió al gobierno en hereditario y se vieron senadores de veinte años.

Hay, pues, tres clases de aristocracia: natural, electiva y hereditaria. La primera no es apropiada sino para los pueblos sencillos; la tercera es el peor de todos los gobiernos. La segunda es la mejor: es la aristocracia propiamente dicha.

Además de la ventaja de la distinción de los dos poderes, tiene la de la elección de sus miembros, porque en el gobierno popular todos los ciudadanos nacen magistrados; pero éste los limita a un pequeño número y no llegan a serlo sino por elección (5), medio por el cual la probidad, las luces, la experiencia y todas las demás razones de preferencia y estimación pública son otras tantas nuevas garantías de que será gobernado con acierto.

Además, las asambleas se hacen más cómodamente: los negocios se discuten más a conciencia, solucionándose con más orden y diligencia: el crédito del Estado se mantiene mejor entre los extranjeros por venerables senadores que por una multitud desconocida o despreciada.

En una palabra: es el orden mejor y más natural aquel por el cual los más sabios gobiernan a la multitud, cuando se está seguro que la gobiernan en provecho de ella y no para el bien propio. No es necesario multiplicar en vano estos resortes, ni hacer con veinte mil hombres lo que cien bien elegidos pueden hacer aún mejor. Pero es preciso reparar en que el interés de cuerpo comienza ya aquí a dirigir menos la fuerza pública sobre la regla de la voluntad general y que otra pendiente inevitable arrebata a las leyes una parte del poder ejecutivo.

Atendiendo a las conveniencias particulares, no se necesita ni un Estado tan pequeño ni un pueblo tan sencillo y recto que la ejecución de las leyes sea una secuela inmediata de la voluntad pública, como acontece en una buena democracia. Y no es conveniente tampoco una nación tan grande que los jefes dispersos con la misión de gobernarla puedan romper con el soberano cada uno en su provincia, y comenzar por hacerse independientes para terminar por ser los dueños.

Más si la aristocracia exige algunas virtudes menos el gobierno popular, exige también otras que le son propias, como la moderación en los ricos y la conformidad en los pobres; porque parece que una igualdad rigurosa estaría fuera de lugar: ni en Esparta fue observada.

Por lo demás, si esta forma de gobierno lleva consigo una cierta desigualdad de fortuna es porque, en general, la administración de los asuntos públicos está confia-

da a los que mejor pueden dar todo su tiempo; pero no, como pretende Aristóteles, porque los ricos sean siempre preferidos. Por el contrario, importa que una elección opuesta enseñe algunas veces al pueblo que hay en el mérito de los hombres razones de preferencia más importantes que la riqueza.

CAPÍTULO VI

De la monarquía

Hasta aquí hemos considerado al príncipe como una persona moral y colectiva, unida por la fuerza de las leyes y depositaria en el Estado del poder ejecutivo. Ahora tenemos que considerar este poder en manos de una persona natural, de un hombre real, que sólo tiene derecho a disponer de él según las leyes. Es lo que se llama un monarca o un rey.

Todo lo contrario de lo que ocurre en las demás administraciones, en las que el ser colectivo representa a un individuo; en ésta, un individuo representa un ser colectivo: de suerte que la unidad moral que constituye el príncipe es, al mismo tiempo, una unidad física, en la cual todas las facultades que la ley reúne en la otra con tantos esfuerzos se encuentran reunidas de un modo natural.

Así, la voluntad del pueblo y la voluntad del príncipe y la fuerza pública del Estado y la fuerza particular del gobierno, todo responde al mismo móvil, todos los resortes de la máquina están en la misma mano, todo marcha al mismo fin; no hay movimientos opuestos que se destruyan mutuamente. No se puede imaginar un tipo de constitución en el cual un mínimum de esfuerzo produzca una acción más considerable. Arquímedes, sentado tranquilamente en la playa y sacando sin trabajo un barco a flote, se me representa como un monarca hábil, gobernando desde su gabinete sus vastos Estados y haciendo moverse todo con actitud de inmovilidad.

Mas si no hay gobierno que tenga más vigor, no hay otro tampoco en que la voluntad particular tenga más imperio y domine más fácilmente a los demás; todo marcha al mismo fin, es cierto, pero este fin no es el de la felicidad pública, y la fuerza misma de la administración vuelve sin cesar al prejuicio del Estado.

Los reyes quieren ser absolutos, y desde lejos se les grita que el mejor medio de serlo es hacerse amar de sus pueblos. Esta máxima es muy bella y hasta muy verdadera en ciertos respectos; desgraciadamente, será objeto de burla en las cortes. El poder que tiene el amor a los pueblos es, sin duda, el mayor: pero es precario, condicional, y nunca se conformarán con él los príncipes. Los mejores reyes quieren poder ser malos si les place, sin dejar de ser los amos. Será inútil que un sermonea-

dor político les diga que, siendo la fuerza del pueblo la suya, su mayor interés es que el pueblo sea floreciente, numeroso, temible; ellos saben muy bien que no es cierto. Su interés personal es, en primer lugar, que el hombre sea débil, miserable y que no pueda nunca resistírsele. Confieso que, suponiendo a los súbditos siempre perfectamente sometidos, el interés del príncipe sería entonces que el pueblo fuese poderoso, a fin de que, siendo suyo este poder, le hiciese temible para sus vecinos; pero como este interés no es sino secundado y subordinado, y las dos suposiciones son incompatibles, es natural que los príncipes den siempre la preferencia a la máxima que es más íntimamente útil. Esto es lo que Samuel representaba para los hebreos, y lo que Maquiavelo ha hecho ver con evidencia. Fingiendo dar lecciones a los reyes, se las ha dado muy grandes a los pueblos. Del Príncipe, de Maquiavelo, es el libro de los republicanos (6).

Hemos visto, examinando las cuestiones generales, que la monarquía no conviene sino a los grandes Estados, y lo veremos también al examinarla en si misma. Mientras más numerosa es la administración pública, más débil es la relación del príncipe con los súbditos y más se aproxima a la igualdad; de suerte que esta relación es una o la igualdad en la propia democracia. Esta relación aumenta a medida que el régimen del gobierno no se restringe, y llega a su máximum cuando el gobierno se halla en manos de uno solo. Entonces la distancia entre el príncipe y el pueblo es mucho mayor y el Estado carece de unión. Para formarla, es preciso, pues, órdenes intermedias, y príncipes, grandes, nobleza. Ahora bien; nada de esto es conveniente para un pequeño Estado, al que arruinan todas estas jerarquías.

Pero si es difícil que un Estado grande sea bien gobernado, lo es mucho más que lo sea por un solo hombre, nadie ignora lo que sucede cuando el rey se nombra sustituto.

Un defecto esencial e inevitable, que hará siempre inferior el gobierno monárquico al republicano, es que en éste la voz pública no eleva casi nunca a los primeros puestos, sino a hombres notables y capaces, que los llenan de prestigio; en tanto que los que llegan a ellos en las monarquías no son las más de las veces sino enredadores, bribonzuelos e intrigantes, a quienes la mediocridad que facilita en las cortes el llegar a puestos preeminentes sólo les sirve para mostrar al público su ineptitud tan pronto como los han alcanzado. El pueblo se equivoca mucho menos en esta elección que el príncipe; el hombre de verdadero mérito es casi tan raro en un ministerio como lo es un tonto a la cabeza de un gobierno republicano. Así, cuando, por una feliz casualidad, uno de estos hombres nacidos para gobernar toma el timón de los asuntos en una monarquía casi arruinada por ese cúmulo de donosos gobernantes, nos sorprendemos de los recursos que encuentra y hace época en el país.

Para que un Estado monárquico pudiese estar bien gobernado, sería preciso que su extensión o su tamaño fuese adecuado a las facultades del que gobierna. Es más fácil conquistar que gobernar. Mediante una palanca suficiente, se puede conmover al mundo con un dedo; mas para sostenerlo hacen falta los hombros de Hércules. Por escasa que sea la extensión de un Estado, el príncipe, casi siempre, es demasiado pequeño para él. Cuando, por el contrario, sucede que el Estado es excesivamente diminuto para su jefe, lo cual es muy raro, también está mal gobernado; porque el jefe, atento siempre a su grandeza de miras, olvida los intereses de los pueblos y no los hace menos desgraciados por el abuso de su ingenio que un jefe intelectualmente limitado por carecer de cualidades. Sería preciso que un reino se extendiese o se limitase, por decirlo así, en cada reinado según los alcances del príncipe; en cambio, tratándose de un Senado, con atribuciones más fijas, puede el Estado ofrecer límites constantes y la administración no marchar menos bien.

El inconveniente mayor del gobierno de uno solo es la falta de esta sucesión continua que forma en los otros dos una relación constante. Muerto un rey, hace falta otro: las elecciones dejan intervalos peligrosos: son tormentosas, y a menos que los ciudadanos no sean de un desinterés y de una integridad que este gobierno no suele llevar consigo, la intriga y la corrupción se introducen en ellas. Es difícil que aquel a quien se ha vendido el Estado no lo venda a su vez y no se resarza con el dinero que los poderes le han arrebatado. Pronto o tarde, todo se hace venal con semejante administración, y la paz de que se goza entonces bajo los reyes es peor que el desorden de los interregnos.

¿Qué se ha hecho para prevenir estos males? Se han instituido las coronas hereditarias en ciertas familias y se ha establecido un orden de sucesión que prevé toda disputa a la muerte de los reyes; es decir, que sustituyendo el inconveniente de las regencias al de las elecciones, se ha preferido una aparente tranquilidad a una administración prudente, y asimismo el exponerse a tener por jefes niños, monstruos o imbéciles, a tener que discutir sobre la elección de buenos reyes. No se ha reflexionado que, exponiéndose de este modo a los riesgos de la alternativa, casi todas las probabilidades están en contra. Era una respuesta muy sensata la del joven Denys, a quien su padre, reprochándole una acción vergonzosa, decía: ¿Te he dado yo ejemplo de ello? ¡Ah -respondió el hijo-, vuestro padre no era un rey! (7).

Todo concurre a privar de justicia y de razón a un hombre educado para mandar a los demás. Se preocupan mucho, según se dice, por enseñar a los jóvenes príncipes el arte de reinar; mas no parece que esta educación les sea provechosa. Seria mejor comenzar por enseñarles el arte de obedecer. Los más grandes reyes que ha celebrado la Historia no han sido educados para reinar; es una ciencia que no se posee nunca, a menos de haberla aprendido demasiado, y se adquiere mejor obede-

ciendo que mandando. Nam utilisimus idem ac brevisimus bonarum malarumque rerum delectus, cogitare quid aut nolueris sub alio príncipe, aut volueris (8).

Una consecuencia de esta falta de coherencia es la inconstancia del gobierno real, que rigiéndose tan pronto por un plan como por otro, según el carácter del príncipe que reina o de las personas que reinan por él, no puede tener mucho tiempo un objeto fijo ni una conducta consecuente; variación que hace al Estado oscilar constantemente de máxima en máxima, de proyecto en proyecto; cosa que no tiene lugar en los demás gobiernos, en que el príncipe siempre es el mismo. Se ve también que, en general, si hay más astucia en una corte, hay más sabiduría en un Senado, y que las Repúblicas van a sus fines con miras más constantes y mejor atendidas, mientras que cada revolución en el ministerio produce otra en el Estado, siendo máxima común a todos los ministros, y casi a todos los reyes, el hacer en todo lo contrario que sus predecesores.

De esta misma incoherencia se deduce la solución de un sofisma muy familiar a los políticos reales; es, no solamente comparar el gobierno civil al gobierno doméstico y el príncipe al padre de familia, error ya refutado, sino, además, el atribuir liberalmente a este magistrado todas las virtudes que debería tener y suponer que el príncipe es siempre lo que debería ser; suposición con ayuda de la cual el gobierno real es preferible a cualquier otro, porque es, indiscutiblemente, el más fuerte, y para ser también el mejor no le falta más que una voluntad corporativa más conforme con la voluntad general.

Pero si, según Platón, el rey, por naturaleza, es un personaje tan raro, ¿cuántas veces concurrirán la naturaleza y la fortuna a coronarlo? Y si la educación real corrompe necesariamente a los que la reciben, ¿qué debe esperarse de una serie de hombres educados para reinar? Es, pues, querer engañarse confundir el gobierno real con el de un buen rey. Para ver lo que es este gobierno en sí mismo es preciso considerarlo sometido a príncipes limitados o malos, porque, sin duda, llegarán tales al trono o el trono les hará tales.

Estas dificultades no han pasado inadvertidas a nuestros autores; pero no se han preocupado por ello. El remedio es, dicen, obedecer sin murmurar; Dios da los malos reyes en su cólera, y es preciso soportarlos, como los castigos del cielo. Este modo de discurrir es edificante, sin duda: pero no sé si sería más propio del púlpito que de un libro de política. ¿Qué se diría de un médico que prometiese milagros y cuyo arte consistiese en exhortar a su enfermo a la paciencia? Es evidente que si se tiene un mal gobierno habrá que sufrirlo; pero la cuestión está en encontrar uno bueno.

CAPÍTULO VII

De los gobiernos mixtos

Propiamente hablando, no hay gobierno simple. Es preciso que un jefe único tenga magistrados subalternos y que un gobierno popular tenga un jefe. Así, en el reparto del poder ejecutivo hay siempre graduación, desde el mayor número al menor, con la diferencia de que unas veces depende el mayor número del pequeño y otras el pequeño del mayor.

En ocasiones hay una división igual, bien cuando las partes constitutivas están en una dependencia mutua, como en el gobierno de Inglaterra, ya cuando la autoridad de cada parte es independiente, pero imperfecta, como en Polonia. Esta última forma es mala, porque no hay ninguna unidad en el gobierno y el Estado carece de unión.

¿Qué es preferible: un gobierno simple o un gobierno mixto? Es cuestión muy debatida entre los políticos, y a la cual hay que dar la misma respuesta que la que he dado antes sobre toda forma de gobierno.

El gobierno simple es el mejor en sí mismo, sólo por el hecho de ser simple. Pero cuando el poder ejecutivo no depende suficientemente del legislativo, es decir, cuando hay más relación del príncipe al soberano que del pueblo al príncipe, es preciso remediar esta falta de proporción dividiendo el gobierno; pues entonces cada una de sus partes no tiene menor autoridad sobre los súbditos, y su división las hace a todas juntas menos fuertes contra el soberano.

Existiría también el mismo inconveniente si se estableciesen magistrados intermedios que, dejando al gobierno en su plenitud, sirviesen solamente para armonizar los dos poderes y mantener sus derechos respectivos. En este caso el gobierno no es mixto, sino moderado.

Se puede remediar por procedimientos semejantes el inconveniente opuesto, y cuando el gobierno es demasiado débil es también posible erigir tribunales para concentrarlo. Esto se practica en todas las democracias. En el primer caso se divide el gobierno para debilitarlo, y en el segundo, para reforzarlo: porque tanto el máximum de fuerza como el de debilidad se encuentran en los gobiernos simples, mientras que las formas mixtas ofrecen una fuerza media.

CAPÍTULO VIII

De cómo toda forma de gobierno no es propia para todos los países

No siendo la libertad un fruto de todos los climas, no se encuentra al alcance de todos los pueblos. Mientras más se medita este principio de Montesquieu, mejor se ve su verdad; mientras más se le discute, más ocasión se ofrece de hallar nuevas pruebas que le apoyen.

En todos los gobiernos del mundo, la persona pública consume y no produce nada. ¿De dónde le viene, pues, la sustancia consumida? Del trabajo de sus miembros. Lo superfluo de los particulares es lo que produce lo necesario para el público. De donde se sigue que el estado civil no puede subsistir sino en tanto que el trabajo de los hombres produce más de lo preciso para sus necesidades.

Ahora bien; este sobrante no es el mismo en todos los países del mundo. En muchos es considerable: en otros, mediano; en algunos, nulo, y no faltan otros en los que es negativo. Esta relación depende de la fertilidad del clima, de la clase de trabajo que la tierra exige, de la naturaleza de sus producciones, de la fuerza de sus habitantes, del mayor o menor consumo que les es necesario y de otras muchas relaciones semejantes, de las cuales se compone.

De otra parte, no todos los gobiernos son de la misma naturaleza: los hay más o menos devoradores, y las diferencias se fundan sobre el principio de que mientras más se alejan de su origen, las contribuciones públicas son más onerosas. No es por la cantidad de las imposiciones por lo que hay que medir esta carga, sino por el camino que han de recorrer para volver a las manos de donde han salido. Cuando esta circulación es rápida y está bien establecida, no importa pagar poco o mucho, pues el pueblo es siempre rico y los fondos van bien. Por el contrario, por poco que el pueblo dé, cuando este poco no se le devuelve, como está siempre dando, pronto se agota: el Estado nunca es rico y el pueblo siempre mendigo (9).

Se sigue de aquí que, a medida que aumenta la distancia entre el pueblo y el soberano, los tributos se hacen más onerosos; así, en la democracia, el pueblo es el menos gravado; en la aristocracia lo es más; en la monarquía lleva el mayor peso. La monarquía no conviene, pues, sino a las naciones opulentas; la aristocracia, a los Estados medios en riqueza como en extensión; la democracia, a los Estados pequeños y pobres.

En efecto: mientras más se reflexiona, más diferencias se hallan entre los Estados libres y las monarquías. En los primeros todo se emplea en la utilidad común: en los otros, las fuerzas públicas y particulares son recíprocas, y una aumen-

ta por la debilitación de la otra; en fin, en lugar de gobernar a los súbditos para hacerlos felices, el despotismo los hace miserables para gobernarlos.

He aquí cómo en cada clima existen causas naturales, en vista de las cuales se puede determinar la forma de gobierno que le corresponde, dada la fuerza del clima, y hasta decir qué especie de habitantes debe haber.

Los lugares ingratos y estériles, donde los productos no valen el trabajo que exigen, deben quedar incultos o desiertos, o solamente poblados de salvajes; los lugares donde el trabajo de los hombres no dé exactamente más que lo preciso, deben ser habitados por pueblos bárbaros: toda civilidad sería imposible en ellos: los lugares en que el exceso del producto sobre el trabajo es mediano, convienen a los pueblos libres: aquellos en que el terreno, abundante y fértil, rinde mucho producto con poco trabajo, exigen ser gobernados monárquicamente, a fin de que el lujo del príncipe consuma el exceso de lo que es superfluo a los súbditos; porque más vale que este exceso sea absorbido por el gobierno que disipado por los particulares. Hay excepciones, ya lo sé: pero estas mismas excepciones confirman la regla, porque producen, antes o después, revoluciones, que llevan la cuestión otra vez al orden de la Naturaleza.

Distingamos siempre las leyes generales de las causas particulares que pueden modificar el efecto. Aun cuando todo el Mediodía se hubiese cubierto de Repúblicas y y todo el Norte de Estados despóticos, no sería menos cierto que, por el efecto del clima, el despotismo conviene a los países cálidos; la barbarie, a los fríos, y la perfecta vida civil a las regiones intermedias. Veo también que, aun concediendo el principio, se podrá discutir sobre su aplicación y decir que hay países fríos muy fértiles y otros meridionales muy ingratos. Pero esta dificultad no existe sino para los que no examinan las cosas en todos sus aspectos. Es preciso, como ya he dicho, apreciar lo relativo a los trabajos, a las fuerzas, al consumo, etcétera.

Supongamos que de dos terrenos iguales, uno produce cinco y otro diez. Si los habitantes del primero consumen cuatro y los del segundo nueve, el exceso del primer producto será un quinto y el del segundo una décima. Siendo la relación de estos dos excesos inversa a la de los productos, el terreno que no produce más que cinco dará un exceso doble que el del terreno que produzca diez.

Pero no es cuestión de un producto doble, y no creo que nadie se atreva a igualar, en general, la fertilidad de los países fríos con la de los cálidos. Sin embargo, supongamos esta igualdad; establezcamos, si se quiere, un equilibrio entre Inglaterra y Sicilia, Polonia y Egipto: más al Sur tendremos África y la India; más al Norte, nada. Para esta igualdad de productos, ¡qué diferencia en el cultivo! En Sicilia no hace falta más que arañar la tierra; en Inglaterra, ¡qué de trabajos para

labrarla! Ahora bien; allí donde hacen falta más brazos para dar el mismo producto lo superfluo debe ser necesariamente menor.

Considerad, además, que la misma cantidad de hombres consumen mucho menos en los países cálidos. El clima exige que se sea sobrio para estar bien; los europeos que quieren vivir en estos países como en el suyo perecen todos de disentería o de indigestión. Nosotros somos -dice Chardin- animales carniceros, lobos, en comparación de los asiáticos. Algunos atribuyen la sobriedad de los persas a que su país está menos cultivado, y yo creo lo contrario: que su país abunda menos en productos alimenticios porque les hace menos falta a sus habitantes. Si su frugalidad -continúa- fuese un efecto de la escasez del país, solamente los pobres serían los que comerían poco, siendo así que esto ocurre generalmente a todos, y se comería más o menos en cada región según su fertilidad, y no que se encuentra la misma sobriedad en todo el reino. Se vanaglorian mucho por su manera de vivir, diciendo que no hay más que mirar su color para reconocer cuánto mejor es que el de los cristianos. En efecto; el tinte de los persas es igual: tienen la piel hermosa, fina y lisa; mientras que el tinte de los armenios, sus súbditos, que viven a la europea, es basto y terroso, y sus cuerpos, gruesos y pesados.

Cuanto más se aproxima uno a la línea del Ecuador, con menos viven los pueblos; casi no se come carne: el arroz, el maíz, el cuzcuz, el mijo, el cazabe son sus alimentos ordinarios. Hay en la India millones de hombres cuyo alimento no cuesta cinco céntimos diarios. Vemos, hasta en Europa, diferencias sensibles en el apetito entre los pueblos del Norte y los del Sur. Un español viviría ocho días con la comida de un alemán. En el país en que los hombres son más voraces, el lujo se inclina también hacia las cosas de consumo: en Inglaterra se manifiesta sobre una mesa cubierta de viandas; en Italia se os regala azúcar y flores.

El lujo en el vestir ofrece también análogas diferencias. En los climas en que los cambios de estación son rápidos y violentos se tienen trajes mejores y más sencillos; en aquellos en que no se viste la gente más que para el adorno se busca más apariencia que utilidad: los trajes mismos son un elemento de lujo. En Nápoles veréis todos los días pasearse en el Pausilipo hombres con casaca dorada y sin medias. Lo mismo ocurre con las construcciones: se da todo a la magnificencia cuando no se tiene nada que temer de las injurias del aire. En París, en Londres, se busca un alojamiento abrigado y cómodo; en Madrid se tienen salones soberbios, pero no hay ninguna ventana que cierre v se acuesta uno en un nido de ratones.

Los alimentos son mucho más sustanciosos y suculentos en los países cálidos; es una tercera diferencia que no puede dejar de influir en la segunda. ¿Por qué se comen tantas legumbres en Italia? Porque son buenas, nutritivas, de excelente gusto. En Francia, donde no se las alimenta más que de agua, no nutren nada y casi no se

cuenta con ellas para la mesa; sin embargo, no por eso ocupan menos terreno ni dejan de costar tanto trabajo el cultivarlas. Es una cosa experimentada que los trigos de Berbería, por lo demás inferiores a los de Francia, rinden mucha más harina que los de Francia, y a su vez dan más que los trigos del Norte. De donde se puede inferir que se observa una gradación análoga, generalmente en la misma dirección, desde el Ecuador al Polo. Ahora bien; ¿no es una desventaja visible tener en un producto igual menor cantidad de alimento?

A todas estas diferentes consideraciones puedo agregar una que se deriva de ellas y las fortifica: es que los países cálidos tienen menos necesidad de habitantes que los fríos y podrían alimentar más; lo que produce un doble sobrante, siempre en ventaja del despotismo. Mientras mayor superficie ocupe el mismo número de habitantes, más difíciles se hacen los levantamientos, porque no se pueden poner de acuerdo con prontitud ni secretamente y porque es siempre fácil al gobierno descubrir los proyectos y cortar las comunicaciones. Pero cuanto más se apiña un pueblo numeroso, menos fácil es al gobierno usurpar al soberano: los jefes deliberan con tanta seguridad en sus cámaras como el príncipe en su Consejo, y la multitud se reúne tan pronto en las plazas como las tropas en sus cuarteles. La ventaja, pues, de un gobierno tiránico está en poder obrar a grandes distancias. Con la ayuda de los puntos de apoyo de que se sirve, su fuerza aumenta con la distancia, como la de las palancas. La del pueblo, por el contrario, no obra sino concentrada, se evapora y se pierde al extenderse, como el efecto de la pólvora esparcido en la tierra y que no se inflama sino grano a grano. Los países menos poblados son también los más propios para la tiranía: los animales feroces no reinan sino en los desiertos.

CAPÍTULO IX

De los rasgos de un buen gobierno

Cuando se pregunta de un modo absoluto cuál es el mejor gobierno, se hace una pregunta que no puede ser contestada, porque es Indeterminada o, si se quiere, tiene tantas soluciones buenas como combinaciones posibles hay en las posiciones absolutas y relativas de los pueblos.

Pero si se preguntase por qué signo se puede conocer que un pueblo dado está bien o mal gobernado, sería otra cosa, y la cuestión, de hecho, podría resolverse.

Sin embargo, no se la resuelve, porque cada cual quiere hacerlo a su manera. Los súbditos alaban la tranquilidad pública; los ciudadanos, la libertad de los particulares: uno prefiere la seguridad de las posesiones y otro la de las personas; uno quiere que el mejor gobierno sea el más severo, otro sostiene que es el más dulce; éste desea que se castiguen los crímenes, y aquél que se les prevenga; uno encuentra bien que se sea temido por los pueblos vecinos, otro prefiere que se viva

ignorado por ellos; uno está contento cuando el dinero circula, otro exige que el pueblo tenga pan. Aunque se estuviese de acuerdo cobre estos puntos y otros semejantes, ¿se habría adelantado algo? Careciendo de medida precisa las cualidades morales, aunque se estuviese de acuerdo respecto del signo, ¿cómo estarlo respecto a la estimación de ellas?

Por lo que a mí toca, siempre me admiro de que se desconozca un signo tan sencillo o que se tenga la mala fe de no convenir con él. ¿Cuál es el fin de la asociación política? La conservación y la prosperidad de sus miembros. ¿Y cuál es la señal más segura de que se conserva y prospera? Su número y su población. No vayáis, pues, a buscar más lejos este signo tan discutido. En igualdad de condiciones, es infaliblemente mejor el gobierno bajo el cual sin medios extraños, sin naturalización, sin colonias, los ciudadanos pueblan y se multiplican más. Aquel bajo el cual un pueblo disminuye y decae es el peor. ¡Calculadores, ahora es cosa vuestra: contad, medid, comparad! (10).

CAPÍTULO X

Del abuso del gobierno y de su inclinación

Así como la voluntad particular obra sin cesar contra la voluntad general, así el gobierno hace un esfuerzo continuo contra la soberanía. Mientras más aumenta ese esfuerzo, más se altera la constitución; y como no hay aquí otra voluntad de cuerpo que, resistiendo del príncipe, se equilibre con ella, debe suceder, antes o después, que el príncipe oprima al soberano y rompa el tratado social. Éste es el vicio inherente e inevitable que, desde el nacimiento del cuerpo político, tiende sin descanso a destruirlo, lo mismo que la vejez y la muerte destruyen al fin el cuerpo del hombre.

Dos caminos generales existen, siguiendo los cuales degenera un gobierno, a saber: cuando se hace más restringido o cuando se disuelve el Estado.

El gobierno se restringe cuando de ser ejercido por un gran número pasa a serlo por uno pequeño; es decir, cuando pasa de la democracia a la aristocracia y de la aristocracia a la realeza. Ésta es su inclinación natural (11).

Si retrocediese de la minoría a la mayoría, se podría decir que tiene lugar un relajamiento; pero este progreso inverso es imposible.

En efecto, el gobierno jamás cambia de forma más que cuando, gastadas sus energías, queda ya debilitado para poder conservar la suya. Ahora bien; si se relajase, además, extendiéndose, su fuerza llegaría a ser completamente nula y más

difícil le sería subsistir. Es preciso, pues, fortificar y apretar el resorte a medida que cede: de otra suerte, el Estado que sostiene sucumbirá.

El caso de la disolución del Estado puede sobrevenir de dos maneras.

En primer lugar, cuando el príncipe no administra el Estado según las leyes y usurpa el poder soberano. Entonces se realiza un cambio notable, y es que, no el gobierno, sino el Estado, se restringe; quiere decir que el gran Estado se disuelve y se forma otro en aquél, compuesto solamente por miembros del gobierno, el cual ya no es para el resto del pueblo, desde este instante, sino el amo y el tirano. De suerte que en el momento en que el gobierno usurpa la soberanía, el pacto social se rompe, y todos los ciudadanos, al recobrar de derecho su libertad natural, se ven forzados, pero no obligados, a obedecer.

Lo mismo acontece cuando los miembros del gobierno usurpan separadamente el poder que no deben ejercer sino corporativamente; cosa que no constituye una pequeña infracción de las leyes, pues produce un gran desorden. Una vez que se ha llegado a esta situación hay, por decirlo así, tantos príncipes como magistrados, y el Estado, no menos dividido que el gobierno, perece o cambia de forma.

Cuando el Estado se disuelve, el abuso del gobierno, cualquiera que sea, toma el nombre común de anarquía. Distinguiendo, la democracia degenera en oclocracia: la aristocracia, en oligarquía. Yo añadiría que la realeza degenera en tiranía, pero esta última palabra es equívoca y exige explicación.

En el sentido vulgar, un tirano es un rey que gobierna con violencia y sin tener en cuenta la justicia ni las leyes. En el sentido extracto, un tirano es un particular que se arroga la autoridad real sin tener derecho a ello. Así es como entendían los griegos la palabra tirano: la aplicaban indistintamente a los buenos y a los malos príncipes cuya autoridad no era legítima (12). Así, tirano y usurpador son dos voces perfectamente sinónimos.

Para dar diferentes nombres a diferentes cosas, llamo tirano al usurpador de la autoridad real, y déspota al usurpador del poder soberano. El tirano es aquel que se injiere contra las leyes para gobernar según las mismas; el déspota es aquel que se coloca por encima de las mismas leyes. Así, el tirano puede no ser déspota: pero el déspota es siempre tirano.

CAPÍTULO XI

De la muerte del cuerpo político

Tal es la pendiente natural e inevitable de los gobiernos mejor constituidos. Si Esparta y Roma han perecido, ¿qué Estado puede tener la esperanza de durar siempre?

Si queremos formar una institución duradera no pensemos en hacerla eterna. Para tener éxito no se debe intentar lo imposible ni pretender dar a las obras de los hombres una solidez que las cosas humanas no admiten.

El cuerpo político, lo mismo que el cuerpo del hombre, comienza a morir desde el nacimiento, y lleva en si mismo las causas de su destrucción. Pero uno y otro pueden tener una constitución más o menos robusta y apropiada para conservarla más o menos tiempo. La constitución del hombre es la obra de la Naturaleza: la del Estado, la del Arte. No depende de los hombres el prolongar su propia vida; pero sí, en cambio, el prolongar la del Estado tanto como es posible, dándole la mejor constitución que pueda tener. El más perfectamente constituido morirá, pero siempre más tarde que otro, si ningún accidente imprevisto ocasiona su muerte antes de tiempo.

El principio de la vida política está en la autoridad soberana. El poder legislativo es el corazón del Estado; el poder ejecutivo, el cerebro que da movimiento a todas las partes. El cerebro puede sufrir una parálisis y el individuo seguir viviendo, sin embargo. Un hombre se queda imbécil y vive; mas en cuanto el corazón cesa en sus funciones, el animal muere.

No es por las leyes por lo que subsiste el Estado, sino por el poder legislativo. La ley de ayer no obliga hoy; pero el consentimiento tácito se presume por el silencio, y el soberano está obligado a confirmar incesantemente las leyes que no deroga, pudiendo hacerlo. Todo lo que se ha declarado querer una vez lo quiere siempre, a menos que lo revoque.

¿Por qué, pues, se tiene tanto respeto a las leyes antiguas? Por esto mismo. Se debe creer que sólo la excelencia de las voluntades antiguas ha podido conservarlas tanto tiempo: si el soberano no las hubiese reconocido constantemente beneficiosas, las hubiese revocado mil veces. He aquí por qué, lejos de debilitarse las leyes, adquieren sin cesar una fuerza nueva en todo Estado bien constituido; el prejuicio de la antigüedad las hace cada día más venerables, mientras que dondequiera que las leyes se debilitan al envejecer es prueba de que no hay poder legislativo y de que el Estado no vive ya.

CAPÍTULO XII

Cómo se mantiene la autoridad soberana

El soberano, no teniendo más fuerza que el poder legislativo, sólo obra por medio de leyes, y no siendo las leyes sino actos auténticos de la voluntad general, no podría obrar el soberano más que cuando el pueblo está reunido. Se dirá: el pueblo congregado, ¡qué quimera! Es una quimera hoy; pero no lo era hace dos mil años. ¿Han cambiado los hombres de naturaleza?

Los límites de lo posible en las cosas morales son menos estrechos de lo que pensamos; nuestras debilidades, nuestros vicios, nuestros prejuicios son lo que restringen. Las almas bajas no creen en los grandes hombres; viles esclavos, sonríen con un aire burlón a la palabra libertad.

Por lo que se ha hecho consideramos lo que se puede hacer. No hablaré de las antiguas Repúblicas de Grecia; pero la República romana era, me parece, un gran Estado, y la ciudad de Roma, una gran ciudad. El último censo acusó en Roma cuatrocientos mil ciudadanos armados, y el último empadronamiento del Imperio, más de cuatro millones de ciudadanos, sin contar los súbditos, los extranjeros, las mujeres, los niños ni los esclavos.

¡Qué difícil es imaginarse, reunido frecuentemente, al pueblo inmenso de esta capital y de sus alrededores! Sin embargo, no transcurrían muchas semanas sin que se reuniese el pueblo romano, y en ocasiones hasta muchas veces en este espacio de tiempo. No solamente ejercía los derechos de la soberanía, sino una parte de los del gobierno. Trataba ciertos asuntos; juzgaba ciertas causas, y este pueblo era en la plaza pública casi con tanta frecuencia magistrado como soberano.

Remontándose a los primeros tiempos de las naciones, hallaríamos que la mayor parte de los antiguos gobiernos, aun monárquicos, como los de los macedonios y francos, tenían Consejos semejantes. De todos modos, este solo hecho indiscutible responde a todas las dificultades: de lo existente a lo posible me parece legítima la consecuencia.

CAPÍTULO XIII

Continuación de lo expresado en el capítulo anterior

No basta que el pueblo reunido haya fijado una vez la constitución del Estado dando la sanción a un cuerpo de leyes; no basta que haya establecido un gobierno

perpetuo o que haya provisto de una vez para siempre la elección de los magistrados: además de las asambleas extraordinarias motivadas por casos imprevistos, es preciso que haya otras fijas y periódicas, a las cuales nada puede abolir ni prorrogar, de tal modo que, en el día señalado, el pueblo sea legítimamente convocado por la ley, sin que se haga necesario para ello ninguna otra convocatoria formal.

Pero fuera de estas asambleas jurídicas, por estar su fecha determinada, toda asamblea del pueblo que no haya sido convocada por los magistrados previamente nombrados a este efecto, y según las formas prescriptas, debe ser considerada como ilegítima, y cuanto se haga en ellas como nulo, porque la orden misma de reunión debe emanar de la ley.

En cuanto a la repetición más o menos frecuente de las asambleas legítimas, depende de tantas consideraciones que no se pueden dar regias precisas sobre ello. Sólo puede afirmarse, en general, que mientras más fuerza tiene el gobierno, más frecuentemente debe actuar el soberano.

Se me dirá que esto puede ser conveniente para una sola ciudad; pero ¿qué hacer cuando el Estado comprende varias? ¿Se dividirá la autoridad soberana o se la debe concentrar en una sola ciudad y someter a ella las restantes?

Yo contesto que no debe hacerse ni lo uno ni lo otro. En primer lugar, la autoridad soberana es simple y una, y no se la puede dividir sin destruirla. En segundo lugar, una ciudad, lo mismo que una nación, no puede ser legítimamente sometida a otra, porque la esencia del cuerpo político reside en el acuerdo de la obediencia y la libertad, y las palabras de súbdito y soberano son correlaciones idénticas, cuya idea queda comprendida en la sola palabra de ciudadano.

Contesto, además, que siempre es un mal unir varias ciudades en una sola y que, queriendo hacer esta unión, no debe uno alabarse de evitar sus inconvenientes naturales. No se debe argumentar con el abuso de los grandes Estados a quien sólo quiere los pequeños. Pero ¿cómo dar a los pequeños Estados bastante fuerza para resistir a los grandes? Como en otro tiempo las ciudades griegas resistieron el gran rey y como, más recientemente, Holanda y Suiza han resistido a la Casa de Austria.

Sin embargo, si no se puede reducir el Estado a justos límites, queda aún un recurso: no soportar una capital, dar asiento al gobierno alternativamente en cada ciudad y reunir también en ellas, sucesivamente, los estados del país.

Poblad igualmente el territorio, extended por todas sus partes los mismos derechos, llevad por todos lados la abundancia y la vida; así es como el Estado llegará a ser a la vez el más fuerte y el mejor gobernado posible.

Acordaos de que los muros de las ciudades no se hacen sino del cascote de las casas de campo. Por cada palacio que veo edificar en la capital, me parece ver derrumbarse todo un país.

CAPÍTULO XIV

Continuación

Desde el instante en que el pueblo está legítimamente reunido en cuerpo soberano cesa toda jurisdicción del gobierno, se suspende el poder ejecutivo y la persona del último ciudadano es tan sagrada e inviolable como la del primer magistrado, porque donde se encuentra el representado no hay representante. La mayor parte de los tumultos que se elevaron en Roma en los comicios provino de haber ignorado o descuidado en su aplicación esta regla. Los cónsules entonces no eran sino los presidentes del pueblo; los tribunos, simples oradores: el Senado no era absolutamente nada.

Estos intervalos de suspensión, en que el príncipe reconocía o debía reconocer un superior actual, los lamentó siempre, y estas asambleas del pueblo, que son la égida del cuerpo político y el freno del gobierno, han sido en todos los tiempos el horror de los jefes, por lo cual no perdonan cuidados, objeciones, dificultades ni promesas para desanimar a los ciudadanos. Cuando éstos son avaros, cobardes, pusilánimes, más amantes del reposo que de la libertad, no se mantienen mucho tiempo contra los esfuerzos redoblados del gobierno, y por ello, aumentando la fuerza de resistencia sin cesar, se desvanece al fin la autoridad soberana y la mayor parte de las ciudades caen y perecen antes de tiempo.

Mas entre la autoridad soberana y el gobierno arbitrario se introduce algunas veces un poder medio, del que es preciso hablar.

CAPÍTULO XV

De los diputados o representantes

Tan pronto como el servicio público deja de ser el principal asunto de los ciudadanos y prefieren servir con su bolsillo a hacerlo con su persona, el Estado se halla próximo a su ruina. Entonces, si es preciso ir a la guerra, pagan tropas y se quedan en su casa; si es preciso ir al Consejo, nombran diputados y se quedan en su

casa también. A fuerza de pereza y de dinero consiguen tener soldados para avasallar a la patria y representantes para venderla.

El movimiento del comercio y de las artes, el ávido interés de ganancia, la indolencia y el amor a las comodidades es lo que hace cambiar los servicios personales en dinero. Se cede una parte de su propio provecho para aumentarlo a su gusto. Dad dinero, y pronto tendréis cadenas. La palabra hacienda es una palabra de esclavo, desconocida en la ciudad. En un país verdaderamente libre, los ciudadanos todo lo hacen con sus brazos y nada con el dinero; lejos de pagar para eximirse de sus deberes, pagarán para llenarlos ellos mismos. Yo me hallo muy distante de las ideas comunes, pues creo las prestaciones personales menos contrarias a la libertad que los impuestos (13).

Cuanto mejor constituido se halla el Estado, más prevalecen los asuntos públicos sobre los privados en el espíritu de los ciudadanos. Hasta hay muchos menos asuntos privados, porque proporcionando la felicidad común una suma más considerable a la de cada individuo, quédale a cada cual menos que buscar en los asuntos particulares. En una ciudad bien conducida, todos van presurosos a las asambleas; pero con un mal gobierno, nadie quiere dar un paso para incorporarse a ellas, porque nadie pone interés en lo que allí se hace, ya que se prevé que la voluntad general no dominará y que a la postre los cuidados domésticos todo lo absorben. Las buenas leyes inducen a hacer otras mejores; las malas, otras peores. En cuanto alguien dice de los asuntos del Estado ¡qué me importan!, se debe contar con que el Estado está perdido.

El entibiamiento del amor a la patria, la actividad del interés privado, la gran extensión de los Estados, las conquistas, el abuso del gobierno, han dado lugar a la existencia de diputados o representantes del pueblo en las asambleas de la nación. A esto es a lo que en ciertos países se ha osado llamar el tercer estado. Así, el interés particular de dos órdenes ocupa el primero y el segundo rangos, en tanto que el interés público está colocado en el tercero.

La soberanía no puede ser representada, por la misma razón que no puede ser enajenada; consiste esencialmente en la voluntad general, y ésta no puede ser representada: es ella misma o es otra; no hay término medio. Los diputados del pueblo no son, pues, ni pueden ser, sus representantes; no son sino sus comisarios: no pueden acordar nada definitivamente. Toda ley no ratificada en persona por el pueblo es nula; no es una ley. El pueblo inglés cree ser libre: se equivoca mucho: no lo es sino durante la elección de los miembros del Parlamento; pero tan pronto como son elegidos es esclavo, no es nada. En los breves momentos de su Libertad, el uso que hace de ella merece que la pierda.

La idea de los representantes es moderna: procede del gobierno feudal, de ese

inicuo y absurdo gobierno en el cual la especie humana se ha degradado y en la cual el nombre de hombre ha sido deshonrado. En las antiguas Repúblicas y en las monarquías, el pueblo no tuvo jamás representantes; no se conocía esta palabra. Es muy singular que en Roma, donde los tribunos eran tan sagrados, no se haya ni siquiera imaginado que pudiesen usurpar las funciones del pueblo, y que en medio de tan grande multitud no hayan intentado nunca sustraer a su jefe un solo plebiscito, júzguese, sin embargo, de las dificultades que originaba algunas veces la multitud por lo que ocurrió en tiempo de los Gracos, en que una parte de los ciudadanos daban su sufragio desde los tejados.

Donde el derecho y la libertad es todo, los inconvenientes nada significan. En este pueblo sabio todo era colocado en su justa medida: dejaba hacer a sus lictores lo que sus tribunos no se hubieran atrevido a hacer; no temían que sus lictores quisiesen representarlos.

Para explicar, sin embargo, cómo los representaban los tribunos algunas veces, basta pensar cómo el gobierno representa al soberano. No siendo la ley sino la declaración de la voluntad general, es claro que en el poder legislativo no puede ser representado el pueblo; pero puede y debe serlo en el poder ejecutivo, que no es sino la fuerza aplicada a la ley. Esto hace comprender que, examinando bien las cosas, se hallarían muy pocas naciones que tuviesen leyes. De cualquier modo que sea, es seguro que los tribunos, no teniendo parte alguna en el poder ejecutivo, no pudieron representar jamás al pueblo romano por los derechos de sus cargos, sino solamente usurpando los del Senado.

Entre los griegos, cuanto tenía que hacer el pueblo, lo hacía por sí mismo: constantemente estaba reunido en la plaza. Disfrutaba de un clima suave, no era ansioso, los esclavos hacían sus trabajos, su gran preocupación era la libertad. No teniendo las mismas ventajas, ¿cómo conservar los mismos derechos? Vuestros climas, más duros, os crean más necesidades (14); durante seis meses del año la plaza pública no está habitable; vuestras lenguas sordas no se dejan oír al aire libre: concedéis más importancia a vuestra ganancia que a vuestra libertad, y teméis mucho menos la esclavitud que la miseria.

¿No se mantiene la libertad sino con el apoyo de la servidumbre? Puede ser. Los extremos se tocan. Todo lo que no está en la Naturaleza tiene sus inconvenientes, y la sociedad civil, más que todos los demás. Hay situaciones desgraciadas en que no puede conservarse la libertad más que a expensas de la de otro y en que el ciudadano no puede ser perfectamente libre si el esclavo no lo es en extremo. Tal era la posición de Esparta. Vosotros, pueblos modernos, no tenéis esclavos, pero lo sois; pagáis su libertad con la vuestra. Os gusta alabar esta preferencia: yo encuentro que hay en ello más cobardía que humanidad.

No creo en modo alguno, por cuanto va dicho, que sea preciso tener esclavos ni que el derecho de esclavitud sea legítimo, puesto que he probado lo contrario; digo solamente las razones por las cuales los pueblos modernos, que se creen libres, tienen representantes y por qué los pueblos antiguos no los tenían. De cualquier modo que sea, en el instante en que un pueblo se da representantes ya no es libre, ya no existe.

Examinando todo bien, no veo que sea desde ahora posible al soberano el conservar entre nosotros el ejercicio de sus derechos si la ciudad no es muy pequeña. Pero si es muy pequeña, ¿será subyugada? No. Haré ver a continuación cómo se puede reunir el poder exterior de un gran pueblo con la civilidad y el buen orden de un pequeño Estado.

CAPÍTULO XVI

La institución del gobierno no es un contrato

Una vez bien establecido el poder legislativo se trata de establecer del mismo modo el poder ejecutivo: porque éste, que sólo opera por actos particulares, no siendo de la misma esencia que el otro, se halla, naturalmente, separado de él. Si fuese posible que el soberano, considerado como tal, tuviese el poder ejecutivo, el derecho y el hecho estarían confundidos de tal modo que no se sabría decir lo que es ley y lo que no lo es, y el cuerpo político, así desnaturalizado, pronto sería presa de la violencia, contra la cual fue instituido.

Siendo todos los ciudadanos iguales por el contrato social, lo que todos deben hacer todos pueden prescribirlo, así como nadie tiene derecho a exigir que haga otro lo que él mismo no hace. Ahora bien; es propiamente este derecho, indispensable para hacer vivir y para mover el cuerpo político, el que el soberano da al príncipe al instituir el gobierno.

Muchos han pretendido que el acto de esta institución era un contrato entre el pueblo y los jefes que éste se da; contrato por el cual se estipulaba entre las dos partes condiciones bajo las cuales una se obligaba a mandar y la otra a obedecer. Estoy seguro de que se convendrá que ésta es una manera extraña de contratar. Pero veamos si es sostenible esta opinión.

En primer lugar, la autoridad suprema no puede ni mortificarse ni enajenarse: limitarla es destruirla. Es absurdo y contradictorio que el soberano se dé a un superior; obligarse a obedecer a un señor es entregarse en plena libertad.

Además, es evidente que este contrato del pueblo con tales o cuales personas sería un acto particular; de donde se sigue que este contrato no podría ser una ley ni un acto de soberanía, y que, por consiguiente, sería ilegítimo.

Se ve, además, que las partes contratantes estarían entre sí sólo bajo la ley de naturaleza y sin ninguna garantía de sus compromisos recíprocos: lo que repugna de todos modos al estado civil. El hecho de tener alguien la fuerza en sus manos, siendo siempre el dueño de la ejecución, equivale a dar el título de contrato al acto de un hombre que dijese a otro: Doy a usted todos mis bienes a condición de que usted me entregue lo que le plazca. No hay más que un contrato en el Estado: el de la asociación, y éste excluye cualquier otro. No se podría imaginar ningún contrato público que no fuese una violación del primero.

CAPÍTULO XVII

De la institución del gobierno

¿Bajo qué idea es preciso, pues, concebir al acto por el cual se instituye el gobierno? Haré notar, primero, que este acto es complejo o compuesto de otros dos: a saber: el establecimiento de la ley y la ejecución de la ley.

Por el primero, el soberano estatuye que habrá un cuerpo de gobierno instituido en tal o cual forma, y es claro que este acto es una ley.

Por el segundo, el pueblo nombra jefes que serán encargados del gobierno establecido. Ahora bien; siendo este nombramiento un acto particular, no es una segunda ley, sino solamente una continuación de la primera y una función del gobierno.

La dificultad está en comprender cómo se puede tener un acto de gobierno antes de que el gobierno exista, y cómo el pueblo, que o es soberano o súbdito, puede llegar a ser príncipe o magistrado en ciertas circunstancias.

En esto se descubre, además, una de esas asombrosas propiedades del cuerpo político, por virtud de las cuales concilia éste operaciones contradictorias en apariencia; esto se hace por una conversión súbita de la soberanía en democracia; de suerte que, sin ningún cambio sensible, y solamente por una nueva relación de todos a todos, los ciudadanos, advenidos magistrados, pasan de los actos generales a los particulares y de la ley a la ejecución.

Este cambio de relación no es una sutileza de especulación sin ejemplo en la práctica: tiene lugar todos los días en el Parlamento inglés, donde la Cámara baja, en

ciertas ocasiones, se transforma en gran Comité, para discutir mejor las cuestiones y se convierte así en simple Comisión, en vez de Corte soberana que era en el momento precedente. De este modo, presenta informe ante sí misma, como Cámara de los Comunes, de lo que acaba de reglamentar como gran Comité, y delibera de nuevo, con un especial título, sobre aquello que ha resuelto con otro.

Tal es la ventaja propia de un gobierno democrático: poder ser establecido de hecho por un simple acto de la voluntad general. Después de lo cual el gobierno provisional continúa en posesión, si tal es la forma adoptada, o establece, en nombre del soberano, el gobierno prescripto por la ley, y en todo se encuentra de este modo conforme a regla. No es posible instituir el gobierno de ninguna otra manera legítima y sin renunciar a los principios que acabo de establecer.

CAPÍTULO XVIII

Medios de prevenir las usurpaciones del gobierno

De estas aclaraciones resulta, en confirmación del capítulo XVI, que el acto que instituye el gobierno no es un contrato, sino una ley; que los depositarios del poder ejecutivo no son los dueños del pueblo, sino sus servidores, que puede nombrarlos o destituirles cuando le plazca; que no es cuestión para ellos de contratar, sino de obedecer, y que, encargándose de las funciones que el Estado les impone, no hacen sino cumplir con su deber de ciudadanos, sin tener en modo alguno el derecho de discutir sobre las condiciones.

Por tanto, cuando sucede que el pueblo instituye un gobierno hereditario, sea monárquico en una familia, sea aristocrático en una clase de ciudadanos, no contrae un compromiso, sino que da una forma provisional a la administración, hasta que le place ordenarla de otra manera.

Es cierto que estos cambios son siempre peligrosos y que no conviene nunca tocar al gobierno establecido sino cuando adviene incompatible con el bien público: pero esta circunspección es una máxima política y no una regla de derecho, y el Estado no está más obligado a dejar la autoridad civil a sus jefes de lo que lo está de entregar la autoridad militar a sus generales.

También es cierto que no se sabría, en semejante caso, observar con rigor las formalidades que se requieren para distinguir un acto regular y legítimo de un tumulto sedicioso y la voluntad de un pueblo de los clamores de una facción. Es preciso, sobre todo, no dar al caso ocioso sino lo que no se le puede rehusar en todo el rigor del derecho, y de esta obligación es también de donde el príncipe saca una

gran ventaja para conservar su poder, a pesar del pueblo, sin que se pueda decir que lo haya usurpado; porque, apareciendo no usar sino de sus derechos, le es muy fácil extenderlos e impedir, bajo el pretexto de la tranquilidad pública, las asambleas destinadas a restablecer el orden; de suerte que se prevale de un silencio que él impide se rompa, o de las irregularidades que hace cometer, para suponer en su favor la confesión de aquellos a quienes el temor hace callar y para castigar a los que se atreven a hablar. Así es como los decenviros, habiendo sido elegidos al principio por un año, después prorrogado su cargo por otro, intentaron retener perpetuamente su poder, no permitiendo que los comicios se reuniesen; y este fácil medio es el que han utilizado todos los gobiernos del mundo, una vez revestidos de la fuerza pública, para usurpar, antes o después, la autoridad soberana.

Las asambleas periódicas de que he hablado antes son adecuadas para prevenir o diferir esta desgracia, sobre todo cuando no tienen necesidad de convocatoria formal, porque entonces el príncipe no podría oponerse sin declararse abiertamente infractor de las leyes y enemigo del Estado.

La apertura de estas asambleas, que no tienen por objeto sino el mantenimiento del tratado social, debe siempre hacerse por dos proposiciones, que no se puedan nunca suprimir y que sean objeto del sufragio separadamente:

Primera. Si place el soberano conservar la presente forma de gobierno.

Segunda. Si place al pueblo dejar la administración a los que actualmente están encargados de ella.

Doy por supuesto lo que creo haber demostrado, a saber: que no hay en el Estado ninguna ley fundamental que no se pueda revocar, ni el mismo pacto social: porque si todos los ciudadanos se reuniesen para romper ese pacto, de común acuerdo, no se puede dudar de que estaría legítimamente roto. Grocio cree incluso que cada cual puede renunciar al Estado de que es miembro; y recobrar su Libertad natural y sus bienes saliendo del país (15). Ahora bien; sería absurdo que todos los ciudadanos, reunidos, no pudiesen hacer lo que es factible a cada uno de ellos separadamente.

Notas.

(1) Por esto es por lo que en Venecia se da al Colegio el nombre de Príncipe serenísimo, aun cuando no asista a él el dogo (dux).

(2) Espíritu de las leyes, lib. III, cap. III.

(3) El palatino de Posnania, padre del rey de Polonia y duque de Lorena.

(4) Es claro que la palabra optimates, entre los antiguos, no quiere decir los mejores, sino los más poderosos.

(5) Importa mucho regularizar, mediante leyes, la forma de elección de los magistrados, porque abandonándola a la voluntad del príncipe no se puede evitar el caer en la aristocracia hereditaria, como les ha sucedido a las Repúblicas de Venecia y Roma. Así, la primera es desde hace mucho tiempo un Estado disuelto: mas la segunda se mantiene por la extrema sabiduría de su Senado: es una excepción muy honrosa y muy peligrosa.

(6) Maquiavelo era un hombre honrado Y un buen ciudadano; pero unido a la Casa de los Médicis, se veía obligado, en la opresión de su patria, a disfrazar su amor por la libertad. Sólo la elección de su héroe execrable -César Borgia- manifiesta bastante su intención secreta, y la oposición de las máximas de su libro Del Príncipe a las de sus Discursos sobre Tito Livio y de su Historia de Florencia demuestran que este profundo político no ha tenido hasta aquí sino lectores superficiales o corrompidos. La corte de Roma ha prohibido su libro severamente: lo comprendo: a ella es a la que retrata más claramente.

(7) Plutarco, Dichos notables de los reyes y de los grandes capitanes, párrafo 22.

(8) Tácito, Hist., I. XVI.

(9) Son sabias estas opiniones que mucho deberían ser tomadas en cuenta por la administraciones haendarias (Nota de Chantal lópez y Omar Cortés).

(10) Se debe juzgar sobre el mismo principio de los siglos que merecen la preferencia para la prosperidad del género humano. Han sido demasiado admirados aquellos en que se ha visto florecer las letras y las artes, sin que se haya penetrado el objeto secreto de su cultura ni considerado su funesto efecto: ldque apud imperitos humanitas vocabatur quum pars sevitutis esse. Tácito. Agric.. XXI.

¿No veremos nunca en las máximas de los libros el grosero interés que hace hablar a los autores? No; aunque ellos lo digan, cuando, a pesar de su esplendor, un país se despuebla, no es verdad que todo prospere, y no basta que un poeta tenga cien mil libras de renta para que su siglo sea el mejor de todos. Es preciso considerar más el bienestar de las naciones enteras y, sobre todo, de los Estados más poblados que el reposo aparente y la tranquilidad de sus jefes. Las granizadas desolan algunas regiones: pero rara vez producen escasez. Los motines, las guerras civiles, amedrentan mucho a los jefes; pero no constituyen las verdaderas desgracias de los pueblos, que pueden hasta tener descanso mientras discuten quién los va a tiranizar.

De un Estado permanente es del que nacen prosperidades o calamidades reales para él: cuando todo está sometido al yugo es cuando todo decae: entonces es cuando los jefes, destruyéndolos a su gusto, libi solitudinem faciunt, pacem appellant (Tácito, Agric. XXXI). Cuando las maquinaciones de los grandes agitaban el reino de Francia y el coadjutor de París llevaba al Parlamento un puñal en el bolsillo, esto no impedía que el pueblo francés viviese feliz y numeroso en un honesto y libre bienestar. En otro tiempo, Grecia florecía en el seno de las más crueles guerras: la sangre corría a ríos, y todo el país estaba cubierto de hombres: parecía -dice Maquiavelo- que en medio de los crímenes, de las proscripciones, de las guerras civiles, nuestra República advenía más pujante: la virtud de sus ciudadanos, sus costumbres, su independencia, tenia más efecto para reforzarla que todas sus discusiones para debilitarla.

Un poco de agitación da energía a los demás, y lo que verdaderamente hace prosperar a la especie es menos la paz que la libertad.

(11) La formación lenta y el progreso de la República de Venecia en sus lagunas ofrece un ejemplo notable de esta sucesión; es asombroso que, después de mil doscientos años, los venecianos parecen hallarse aún en el segundo término, que comenzó en el Serrar di consigbo, en 1198. En cuanto a los antiguos dux que se les reprocha, diga lo que quiera el Squittinio deila libertú veneta (Es el título de una obra anónima, publicada en 1612, para establecer el pretendido derecho de los emperadores sobre la República de Venecia), está probado que no han sido sus soberanos.

No se me dejará de objetar, recordando la República romana, que siguió un proceso, dicen, completamente contrario, pasando de la monarquía a la aristocracia y de la aristocracia a la democracia. Estoy muy lejos de pensar tal cosa.

La primera organización que estableció Rómulo fue un gobierno mixto. que degeneró pronto en despotismo. Por causas particulares, el Estado pereció antes de tiempo, como puede morir un recién nacido antes de haber llegado a la edad madura. La expulsión de los Tarquinos fue la verdadera época del nacimiento de la República. Pero no tomó al principio una forma constante, pues no se realizó más que la mitad de la obra, no aboliendo el patriciado. Porque de esta manera, al quedar la aristocracia hereditaria, que es la peor de las administraciones legítimas, en conflicto con la democracia, no se fijó la forma de gobierno, siempre insegura y flotante, como ha probado Maquiavelo, sino al establecerse los tribunos: sólo entonces hubo un verdadero gobierno y una verdadera democracia. En efecto; el pueblo en aquel momento no era solamente soberano, sino también magistrado y juez; el Senado era un tribunal subordinado para moderar y concentrar al gobierno, y

los mismos cónsules, aunque patricios, primeros magistrados, y generales absolutos en la guerra, no eran en Roma sino los presidentes del pueblo.

Desde entonces se vio también que el gobierno tomaba su pendiente natural y que tendía fuertemente a la aristocracia. Aboliéndose el patriciado, podría decirse, por sí mismo, no estaba ya la aristocracia en el cuerpo de los patricios, como ocurre en Venecia y en Génova, sino en el cuerpo del Senado, compuesto de patricios y de plebeyos, e incluso en el cuerpo de los tribunos, cuando comenzaron a usurpar un poder activo: porque las palabras no tienen nada que ver con las cosas, y cuando el pueblo tiene jefes que gobiernan por él, cualquiera que sea el nombre que lleven son siempre una aristocracia.

Del abuso de la aristocracia nacieron las guerras civiles y el triunvirato. Sylla. Julio César, Augusto advinieron de hecho verdaderos monarcas; y, en fin, bajo el despotismo de Tiberio fue disuelto el Estado. La historia romana no desmiente, pues, mi principio, sino que lo confirma.

(12) Omnes enim et habentur et dicuntur tyranni. qui potestate utuntur Perpetua in ea civjtate quac Libertate usa est. (Com. Nep. In Miltiad., cap. VIII) Es cierto que Aristóteles (Moral a Nicomano, lib. Vlll, cap. X) distingue al tirano del rey en que el primero gobierna para su propia utilidad y el segundo solamente para la de sus súbditos: pero además de que generalmente todos los autores griegos han tomado la palabra tirano en otro sentido, como parece mostrarlo, sobre todo, el Hierón de Jenofonte, se deduciría de la distinción de Aristóteles que desde el comienzo del mundo no habría existido ni un solo rey.

(13) Interesantísima opinión de Juan Jacobo Rousseau. Esta manera de cubrir las contribuciones es aceptada en varios países pero tan sólo en determinadas y precisas actividades; esto es, no es aceptada de manera general.

(14) Adoptar en los países fríos el lujo y la molicie de los orientales es querer encadenarse a sí mismo, es someterse a las cadenas aun de un modo más necesario que aquéllos.

(15) Bien entendido que no sea para eludir su deber y librarse de servir a la patria en el momento en que tiene necesidad de nosotros. La huida sería entonces criminal y punible: ya no sería retirada, sino deserción.

LIBRO CUARTO

INDICE

Capítulo I. La voluntad general es indestructible.
Capítulo II. De los sufragios.
Capítulo III. De las elecciones.
Capítulo IV. De los comicios romanos.
Capítulo V. Del tribunado.
Capítulo VI. De la dictadura.
Capítulo VII. De la censura.
Capítulo VIII. De la religión civil.
Capítulo IX. Conclusión.
Notas.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO I

La voluntad general es indestructible

En tanto que muchos hombres reunidos se consideran como un solo cuerpo, no tienen más que una voluntad, que se refiere a la común conservación y al bienestar general. Entonces todos los resortes del Estado son vigorosos y sencillos; sus máximas, claras y luminosas: no tiene intereses embrollados, contradictorios; el bien común se muestra por todas partes con evidencia, y no exige sino buen sentido para ser percibido. La paz, la unión, la igualdad son enemigas de las sutilezas políticas. Los hombres rectos y sencillos son difíciles de engañar, a causa de su sencillez: los ardides, los pretextos refinados no les imponen nada, no son ni siquiera bastante finos para ser engañados. Cuando se ve en los pueblos más felices del mundo ejércitos de campesinos que resuelven los asuntos del Estado bajo una encina y que se conducen siempre con acierto, ¿puede uno evitar el despreciar los refinamientos de las demás naciones que se hacen ilustres y miserables con tanto arte y misterio?

Un Estado gobernado de este modo necesita muy pocas leyes, y a medida que se hace preciso promulgar algunas, esta necesidad se siente universalmente. El primero que las propone no hace sino decir lo que todos han sentido, y no es cuestión, pues, ni de intrigas ni de elocuencia para dar carácter de ley a lo que cada cual ha resuelto hacer, tan pronto como esté seguro de que los demás lo harán como él.

Lo que engaña a los que piensan sobre esta cuestión es que, no viendo más que Estados mal constituidos desde su origen, les impresiona la imposibilidad de mantener en ellos una civilidad semejante; se ríen de imaginar todas las tonterías de qué un pícaro sagaz, un charlatán insinuante, podrían persuadir al pueblo de París o de Londres. No saben que Cromwell hubiese sido castigado a ser martirizado por el pueblo de Berna, y al duque de Beaufort le habrían sido aplicadas las disciplinas por los genoveses.

Pero cuando el nudo social comienza a aflojarse y el Estado a debilitarse; cuando los intereses particulares empiezan a hacerse sentir y las pequeñas sociedades a influir sobre la grande, el interés común se altera y encuentra oposición; ya no reina la unanimidad en las voces; la voluntad general ya no es la voluntad de todos: se elevan contradicciones, debates, y la mejor opinión no pasa sin discusión.

En fin: cuando el Estado, próximo a su ruina, no subsiste sino por una fórmula ilusoria y vana; cuando el vínculo social se ha roto en todos los corazones; cuando el más vil interés se ampara descaradamente en el nombre sagrado del bien público, entonces la voluntad general enmudece: todos, guiados por motivos secretos, no opinan ya como ciudadanos, como si el Estado no hubiese existido jamás, y se hace pasar falsamente por leyes decretos inicuos, que no tienen por fin más que el interés particular.

¿Se sigue de aquí que la voluntad general esté aniquilada o corrompida? No. Ésta es siempre constante, inalterable, pura; pero está subordinada a otras que se hallan por encima de ella. Cada uno, separando su interés del interés común, se ve muy bien que no puede separarlo por completo; pero su parte del mal público no le parece nada, en relación con el bien exclusivo que pretende apropiarse. Exceptuando este bien particular, quiere el bien general, por su propio interés, tan fuertemente como ningún otro. Aun vendiendo su sufragio por dinero, no extingue en sí la voluntad general; la elude. La falta que comete consiste en cambiar el estado de la cuestión y en contestar otra cosa de lo que se le pregunta; de modo que en vez de decir, respecto de un sufragio: Es ventajoso para tal hombre o para tal partido que tal o cual opinión se acepte. Así, la ley de orden público, en las asambleas, no consiste tanto en mantener la voluntad general como en hacer que sea en todos los casos interrogada y que responda siempre.

Tendría que hacer aquí muchas reflexiones sobre el simple derecho a votar en todo acto de soberanía, derecho que nadie puede quitar a los ciudadanos, y sobre el de opinar, proponer, dividir, discutir, que el gobierno tiene siempre gran cuidado en no dejar sino a sus miembros; pero este importante asunto exigiría un tratado aparte y no puedo decirlo todo en éste.

CAPÍTULO II

De los sufragios

Se ve, por el capítulo precedente, que la manera de tratarse los asuntos generales puede dar un indicio, bastante seguro, del estado actual de las costumbres y de la salud del cuerpo político. Mientras más armonía revista en las asambleas, es decir, mientras más se acerca a la unanimidad las opiniones, más domina la voluntad general; pero los debates largos, las discusiones, el tumulto, anuncian el ascendiente de los intereses particulares y la decadencia del Estado.

Esto parece menos evidente cuando entran en su constitución dos o más clases sociales, como en Roma los patricios y los plebeyos, cuyas querellas turbaron frecuentemente los comicios, aun en los más gloriosos tiempos de la República; pero esta excepción es más aparente que real, porque entonces, a causa del vicio inherente al cuerpo político, hay, por decirlo así, dos Estados en uno: lo que no es verdad de los dos juntos es verdad de cada uno separadamente. En efecto: hasta en los tiempos más tempestuosos, los plebiscitos del pueblo, cuando el Senado no intervenía en ellos, pasaban siempre tranquilamente y por una gran cantidad de sufragios; no teniendo los ciudadanos más que un interés, no tenía el pueblo más que una voluntad.

En el otro extremo del círculo resurge la unanimidad; cuando los ciudadanos, caídos en la servidumbre, no tenían ya ni libertad ni voluntad, entonces el terror y la adulación convierten en actos de aclamación el del sufragio: ya no se delibera, se adora o se maldice. Tal era la vil manera de opinar el Senado bajo los emperadores. Algunas veces se hacía esto con precauciones ridículas. Tácito observa (1) que, bajo Otón, los senadores anonadaban a Vittelius de execraciones, afectando hacer al mismo tiempo un ruido espantoso, a fin de que, si por casualidad llegaba a ser el dominador, no pudiese saber lo que cada uno de ellos había dicho.

De estas diversas consideraciones nacen las máximas sobre las cuales se debe reglamentar la manera de contar los votos y de comparar las opiniones, según que la voluntad general sea más o menos fácil de conocer y el Estado más o menos decadente.

No hay más que una sola ley que por su naturaleza exija un consentimiento unánime: el pacto social, porque la asociación civil es el acto más voluntario del mundo: habiendo nacido libre todo hombre y dueño de sí mismo, nadie puede, con ningún pretexto, sujetarlo sin su asentimiento. Decidir que el hijo de una esclava nazca esclavo es decidir que no nace hombre.

Por tanto, si respecto al pacto social se encuentra quienes se opongan, su oposición no invalida el contrato: impide solamente que sean comprendidos en él; éstos son extranjeros entre los ciudadanos. Una vez instituido el Estado, el consentimiento está en la residencia; habitar el territorio es someterse a la soberanía (2).

Fuera de este contrato primitivo, la voz del mayor número obliga siempre a todos los demás: es una consecuencia del contrato mismo. Pero se pregunta cómo un hombre puede ser libre y obligado a conformarse con las voluntades que no son las suyas. ¿Cómo los que se oponen son libres, aun sometidos a leyes a las cuales no han dado su consentimiento?

Respondo a esto que la cuestión está mal puesta. El ciudadano consiente en todas las leyes, aun en aquellas que han pasado a pesar suyo y hasta en aquellas que le castigan cuando se atreve a violar alguna. La voluntad constante de todos los miembros del Estado es la voluntad general; por ella son ciudadanos libres (3). Cuando se propone una ley en una asamblea del pueblo, lo que se le pregunta no es precisamente si aprueban la proposición o si la rechazan, sino si está conforme o no con la voluntad general, que es la suya; cada uno, dando su sufragio, da su opinión sobre esto, y del cálculo de votos se saca la declaración de la voluntad general. Por tanto, cuando la opinión contraria vence a la mía, no se prueba otra cosa sino que yo me había equivocado, y que lo que yo consideraba como voluntad general no lo era. Si mi opinión particular hubiese vencido, habría hecho otra cosa de lo que había querido, y entonces es cuando no hubiese sido libre.

Esto supone que todos los caracteres de la voluntad general coinciden con los de la pluralidad, y si cesan de coincidir, cualquiera que sea el partido que se adopte, ya no hay libertad.

Al mostrar anteriormente cómo se sustituían las voluntades particulares de la voluntad general en las deliberaciones públicas he indicado suficientemente los medios practicables para prevenir este abuso, y aún hablaré de ello después. Respecto al número proporcional de los sufragios para declarar esta voluntad, he dado también los principios sobre los cuales se le puede determinar. La diferencia de un solo voto rompe la igualdad: uno solo que se oponga rompe la unanimidad; pero entre la unanimidad y la igualdad hay muchos términos de desigualdad, en cada uno de los cuales se puede fijar este número según el estado y las necesidades del cuerpo político.

Dos máximas generales pueden servir para reglamentar estas relaciones: una, que cuanto más graves e importantes son las deliberaciones, más debe aproximarse a la unanimidad la opinión dominante; la otra, que cuanta más celebridad elige el asunto debatido, más estrechas deben ser las diferencias de las opiniones; en las deliberaciones que es preciso terminar inmediatamente, la mayoría de un solo voto debe bastar. La primera de estas máximas parece convenir más a las leyes y la segunda a los asuntos. De cualquier modo que sea, sobre su combinación es sobre lo que se establecen las mejores relaciones que se pueden conceder a la pluralidad para pronunciarse en uno u otro sentido.

CAPÍTULO III

De las elecciones

Respecto a las elecciones del príncipe y de los magistrados, que son, como he dicho, actos complejos, se pueden seguir dos caminos, a saber: la elección y la suerte. Uno y otro han sido empleados en diversas Repúblicas y se ve aún actualmente una mezcla muy complicada de los dos en la elección del dogo de Venecia.

El sufragio por la suerte -dice Montesquieu- es de la naturaleza de la democracia. Convengo en ello; pero ¿cómo es así? La suerte -continúa- es una manera de elegir que no aflige a nadie, deja a cada ciudadano una razonable esperanza de servir a la patria. Éstas no son razones.

Si se fija uno en que la elección de los jefes es una función del gobierno y no de la soberanía, se verá por qué el procedimiento de la suerte está más en la naturaleza de la democracia, en la cual la administración es tanto mejor cuanto menos se repiten los actos.

En toda verdadera democracia, la magistratura no es una ventaja, sino una carga onerosa, que no se puede imponer con justicia a un particular y no a otro. Sólo la ley puede imponer esta carga a aquel sobre quien recaiga la suerte. Porque entonces, siendo igual la condición para todos, y no dependiendo la elección de ninguna voluntad humana, no hay ninguna aplicación particular que altere la universalidad de la ley.

En la aristocracia, el príncipe elige al príncipe, el gobierno se conserva por sí mismo y, a causa de ello los sufragios están bien colocados.

El ejemplo de la elección del dogo de Venecia confirma esta distinción, lejos de destruirla; esta forma mixta conviene a un gobierno mixto. Porque es un error tomar el gobierno de Venecia por una verdadera aristocracia. Si bien el pueblo no toma allí ninguna parte en el gobierno, la nobleza misma es pueblo. Una multitud de pobres Barnabotes no se aproximan jamás a ninguna magistratura, y sólo tienen de su nobleza el vano título de excelencia y el derecho de asistir al gran Consejo; siendo este gran Consejo tan numeroso como nuestro Consejo general en Ginebra, no tienen sus ilustres miembros más privilegios que nuestros simples ciudadanos. Es cierto que, quitando la extrema disparidad de las dos Repúblicas, la burguesía de Ginebra representa exactamente el patriciado veneciano; nuestros naturales del país y habitantes representan a los ciudadanos y el pueblo de Venecia; nuestros campesinos representan los súbditos de tierras arrendadas; en fin, de cualquiera ma-

nera que se considere esta República, abstracción hecha de su extensión, su gobierno no es más aristocrático que el nuestro. La diferencia estriba en que, no teniendo ningún jefe vitalicio, no tenemos la misma necesidad de la suerte.

Las elecciones por la suerte tendrán pocos inconvenientes en una verdadera democracia, en que siendo todos iguales, así en las costumbres como en el talento y en los principios como en la fortuna, la elección llegaría a ser casi indiferente. Pero ya he dicho que no existe ninguna democracia verdadera.

Cuando la elección y la suerte se encuentran mezcladas, la primera debe llenar los lugares que exigen capacidad propia, tales como los empleos militares; la otra conviene a aquellos en que basta el buen sentido, la justicia, la integridad, tales como los cargos de la judicatura, porque en un Estado bien constituido estas cualidades son comunes a todos los ciudadanos.

Ni la suerte ni los sufragios ocupan lugar alguno en el gobierno monárquico. Siendo el monarca, por derecho, único príncipe y magistrado único, la elección de los lugartenientes no corresponde sino a él. Cuando el abate Saint-Pierre proponía multiplicar los Consejos del rey de Francia y elegir sus miembros por escrutinio, no veía que lo que proponía era cambiar la forma de gobierno.

Me falta hablar de la manera de dar y recoger los votos en la asamblea del pueblo; pero acaso la historia de la cultura romana en este respecto explicará más vivamente las máximas que yo pudiese establecer. No es indigno de un lector juicioso ver un poco en detalle cómo se trataban los asuntos públicos y particulares en un consejo de doscientos mil hombres.

CAPÍTULO IV

De los comicios romanos

No tenemos monumentos muy seguros de los primeros tiempos de Roma; es más, parece que la mayor parte de las cosas que se le atribuyen son fábulas, y, en general la parte más instructiva de los anales de los pueblos, que es la historia de su establecimiento, es la que más nos falta. La experiencia nos enseña todos los días de qué causas nacen las revoluciones de los Imperios; pero como no se forma ya ningún pueblo, apenas si tenemos más que conjeturas para explicar cómo se han constituido.

Los usos que se encuentran establecidos atestiguan, por lo menos, que tuvieron un origen. Las tradiciones que se remontan a estos orígenes, las que aprueban las más grandes autoridades y confirman las más fuertes razones, deben pasar por las

más ciertas. He aquí las máximas que he procurado seguir al buscar cómo ejercía su poder supremo el más libre y poderoso pueblo de la Tierra.

Después de la fundación de Roma, la República naciente, es decir, el ejército del fundador, compuesto de albanos, de sabinos y de extranjeros, fue dividido en tres clases, que de esta división tomaron el nombre de tribus. Cada una de estas tribus fue subdividida en diez curias, y cada curia en decurias, a la cabeza de las cuales se puso a unos jefes, llamados curiones o decuriones.

Además de esto se sacó de cada tribu un cuerpo de cien caballeros, llamado centuria, por donde se ve que estas divisiones, poco necesarias en una aldea (bourg), no eran al principio sino militares. Pero parece que un instinto de grandeza llevaba a la pequeña ciudad de Roma a darse por adelantado una organización conveniente a la capital del mundo.

De esta primera división resultó en seguida un inconveniente: que la tribu de los albanos y la de los sabinos permanecían siempre en el mismo estado, mientras que la de los extranjeros crecía sin cesar por el concurso perpetuo de éstos, y no tardó en sobrepasar a las otras dos. El remedio que encontró Servio para este peligroso abuso fue cambiar la división, y a la de las razas que él abolió, sustituyó otra sacada de los lugares de la ciudad ocupados por cada tribu. En lugar de tres tribus, hizo cuatro, cada una de las cuales tenía su asiento en una de las colinas de Roma y llevaba el nombre de éstas. Así, remediando la desigualdad presente, la previno aun para el porvenir, y para que tal división no fuese solamente de los lugares, sino de los hombres, prohibió a los habitantes de un barrio pasar a otro; lo que impidió que se confundiesen las razas.

Dobló de este modo las tres antiguas centurias de caballería y añadió otras doce, pero siempre bajo los antiguos nombres; medio simple y juicioso por el cual acabó de distinguir el cuerpo de los caballeros del pueblo sin hacer que murmurase este último.

A estas cuatro tribus urbanas añadió Servio otras quince, llamadas tribus rústicas, porque estaban formadas de los habitantes del campo, repartidas en otros tantos cantones. A continuación se hicieron otras tantas nuevas, y el pueblo romano se encontró al fin dividido en treinta y cinco tribus, número a que quedaron reducidas hasta el final de la República.

De esta distinción de las tribus de la ciudad y de las tribus del campo resultó un efecto digno de ser observado, porque no hay ejemplo semejante y porque Roma le debió, a la vez, la conservación de sus costumbres y del crecimiento de su Imperio. Se podría creer que las tribus urbanas se arrogaron en seguida el poder y los honores y no tardaron en envilecer las tribus rústicas: fue todo lo contrario. Es sabido el

gusto de los primeros romanos por la vida campestre. Esta afición provenía del sabio fundador, que unió a la libertad los trabajos rústicos y militares y relegó, por decirlo así, a la ciudad las artes, los oficios, las intrigas, la fortuna y la esclavitud.

Así, todo lo que Roma tenía de ilustre procedía de vivir en los campos y de cultivar las tierras, y se acostumbraron a no buscar sino allí el sostenimiento de la República. Este Estado, siendo el de los más dignos patricios, fue honrado por todo el mundo; la vida sencilla y laboriosa de los aldeanos fue preferida a la vida ociosa y cobarde de los burgueses de Roma, y aquel que no hubiese sido sino un desgraciado proletario en la ciudad, labrando los campos llegó a ser un ciudadano respetado. No sin razón -dice Varron- establecieron nuestros magnánimos antepasados en la ciudad un plantel de estos robustos y valientes hombres, que los defendían en tiempo de guerra y los alimentaban en los de paz. Plinio dice positivamente que las tribus de los campos eran honradas a causa de los hombres que las componían, mientras que se llevaba como signo de ignominia a las de la ciudad a los cobardes, a quienes se quería envilecer. El sabino Apio Claudio, habiendo ido a establecerse a Roma, fue colmado de honores e inscrito en una tribu rústica, que tomó desde entonces el nombre de su familia. En fin, los libertos entraban todos en las tribus urbanas, jamás en las rurales; y no hay durante toda la República un solo ejemplo de ninguno de estos libertos que llegase a ninguna magistratura, aunque hubiese llegado a ser ciudadano.

Esta máxima era excelente; pero fue llevada tan lejos, que resultó, al fin, un cambio y ciertamente un abuso en la vida pública.

En primer lugar, los censores, después de haberse arrogado mucho tiempo el derecho de transferir arbitrariamente a los ciudadanos de una tribu a otra, permitieron a la mayor parte hacerse inscribir en la que quisiesen; permiso que seguramente no convenía para nada y suprimía uno de los grandes resortes de la censura. Además, los grandes y los poderosos se hacían inscribir en las tribus del campo, y los libertos convertidos en ciudadanos quedaron con el populacho en la ciudad; las tribus, en general, llegaron a no tener territorio: todas se encontraron mezcladas de tal modo, que ya no se podía discernir quiénes eran los miembros de cada una sino por los Registros; de suerte que la idea de la palabra tribu pasó así de lo real a lo personal, o más bien se convirtió casi en una quimera.

Ocurrió, además, que estando más al alcance de todos las tribus de la ciudad, llegaron con frecuencia a ser las más fuertes en los comicios y vendieron el Estado a los que compraban los sufragios de la canalla que las componían.

Respecto a las curias, habiendo hecho el fundador diez de cada tribu, se halló todo el pueblo romano encerrado en los muros de la ciudad y se encontró compuesto de treinta curias, cada una de las cuales tenía sus templos, sus dioses, sus oficiales,

sus sacerdotes y sus fiestas, llamadas compitalia, análogas a la paganalia que tuvieron posteriormente las tribus rústicas.

No pudiendo repartiese por igual este número de treinta entre las cuatro tribus en el nuevo reparto de Servio, no quiso éste tocarlas, y las curias independientes de las tribus llegaron a ser otra división de los habitantes de Roma; pero no se trató de curias, ni en las tribus rústicas ni en el pueblo que las componía, porque habiéndose convertido las tribus en instituciones puramente civiles, y habiendo sido introducida otra organización para el reclutamiento de las tropas, resultaron superfluas las divisiones militares de Rómulo. Así, aunque todo ciudadano estuviese inscrito en una tribu, distaba mucho de estarlo en una curia.

Servio hizo una tercera división que no tenía ninguna relación con las dos precedentes, y esta tercera llegó a ser por sus efectos la más importante de todas. Distribuyó el pueblo romano en seis clases, que no distinguió ni por el lugar ni por los hombres, sino por los bienes: de modo que las primeras clases las nutrían los ricos: las últimas, los pobres, y las medias, los que disfrutaban una fortuna intermedia. Estas seis clases estaban subdivididas en ciento noventa y tres cuerpos, llamados centurias, y estos cuerpos distribuidos de tal modo que la primera clase comprendía ella sola más de la mitad de aquéllos, y la última exclusivamente uno. De esta suerte resulta que la clase menos numerosa en hombres era la más numerosa en centurias, y que la última clase no contaba más que una subdivisión, aunque contuviese más de la mitad de los habitantes de Roma.

Para que el pueblo no se diese cuenta de las consecuencias de esta última reforma, Servio afectó darle un aspecto militar; insertó en la segunda clase dos centurias de armeros, y dos de instrumentos de guerra en la cuarta; en cada clase, excepto en la última, distinguió los jóvenes de los viejos, es decir, los que estaban obligados a llevar armas de aquellos que por su edad estaban exentos, según las leyes: distinción que, más que la de los bienes, produjo la necesidad de rehacer con frecuencia el censo o empadronamiento; en fin, quiso que la asamblea tuviese lugar en el campo de Marte, y que todos aquellos que estuviesen en edad de servir acudiesen con sus armas.

La razón por la cual no siguió esta misma separación de jóvenes y viejos en la última clase es que no se concedía al populacho, del cual estaba compuesta, el honor de llevar las armas por la patria; era preciso tener hogares para alcanzar el derecho de defenderlos, y de estos innumerables rebaños de mendigos que lucen hoy los reyes en sus ejércitos, acaso no haya uno que hubiese dejado de ser arrojado con desdén de una cohorte romana cuando los soldados eran los defensores de la libertad.

Se distinguió, sin embargo, en la última clase a los proletarios de aquellos a

quienes se llamaba capite censi. Los primeros no estaban reducidos por completo a la nada y daban, al menos, ciudadanos al Estado; a veces, en momentos apremiantes, hasta soldados. Para los que carecían absolutamente de todo y no se les podía empadronar más que por cabezas, eran considerados como nulos, y Mario fue el primero que se dignó alistarlos.

Sin decidir aquí si este último empadronamiento era bueno o malo en sí mismo, creo poder afirmar que sólo las costumbres sencillas de los primeros romanos, su desinterés, su gusto por la agricultura, su desprecio por el comercio y por la avidez de las ganancias, podían hacerlo practicable. ¿Dónde está el pueblo moderno en el cual el ansia devoradora, el espíritu inquieto, la intriga, los cambios continuos, las perpetuas revoluciones de las fortunas, puedan dejar subsistir veinte años una organización semejante sin transformar todo el Estado? Es preciso notar bien que las costumbres y la censura, más fuertes que esta misma institución, corrigieron los vicios de ella en Roma, y que hubo ricos que se vieron relegados a la clase de los pobres por haber ostentado demasiado su riqueza.

De todo esto se puede colegir fácilmente por qué no se ha hecho mención, casi nunca, más que de cinco clases, aunque realmente haya habido seis. La sexta, como no proveía ni de soldados al ejército ni de votantes al campo de Marte, y como además no era casi de ninguna utilidad en la República, rara vez se contaba con ella para nada.

Tales fueron las diferentes divisiones del pueblo romano. Veamos ahora el efecto que producían en las asambleas. Estas asambleas, legítimamente convocadas, se llamaban comicios, tenían lugar ordinariamente en la plaza de Roma o en el campo de Marte, y se distinguían en comicios por curias, comicios por centurias y comicios por tribus, según cuál de estas tres formas le servía de base. Los comicios por curias habían sido instituidos por Rómulo; los por centurias, por Servio, y los por tribus, por los tribunos del pueblo. Ninguna ley recibía sanción, ningún magistrado era elegido sino en los comicios, y como no había ningún ciudadano que no fuese inscrito en una curia, en una centuria o en una tribu, se sigue que ningún ciudadano era excluido del derecho de sufragio y que el pueblo romano era verdaderamente soberano, de derecho y de hecho.

Para que los comicios fuesen legítimamente reunidos, y lo que en ellos se hiciese tuviese fuerza de ley, eran precisas tres condiciones: primera, que el cuerpo o magistrado que los convocase estuviese revestido para esto de la autoridad necesaria; segunda, que la asamblea se hiciese uno de los días permitidos por la ley, y tercera, que los augurios fuesen favorables.

La razón de la primera regla no necesita ser explicada: la segunda es una cuestión de orden; así, por ejemplo, no estaba permitido celebrar comicios los días

de feria y de mercado, en que la gente del campo, que venía a Roma para sus asuntos, no tenía tiempo de pasar el día en la plaza pública. En cuanto a la tercera, el Senado tenía sujeto a un pueblo orgulloso e inquieto y templaba el ardor de los tribunos sediciosos; pero éstos encontraron más de un medio de librarse de esta molestia.

Las leyes y la elección de los jefes no eran los únicos puntos sometidos al juicio de los comicios. Habiendo usurpado el pueblo romano las funciones más importantes del gobierno, se puede decir que la suerte de Europa estaba reglamentada por sus asambleas. Esta variedad de objetos daba lugar a las diversas formas que tomaban aquéllas según las materias sobre las cuales tenía que decidir.

Para juzgar de estas diversas formas, basta compararlas. Rómulo, al instituir las curias, se proponía contener al Senado por el pueblo y al pueblo por el Senado, dominando igualmente sobre todos. Dio, pues, al pueblo, de este modo, toda la autoridad del número, para contrarrestar la del poder y la de las riquezas que dejaba a los patricios. Pero, según el espíritu de la monarquía, dejó, sin embargo, más ventajas a los patricios por la influencia de sus clientes sobre la pluralidad de los sufragios. Esta admirable institución de los patronos y de los clientes fue una obra maestra de política y de humanidad, sin la cual el patriciado, tan contrario al espíritu de la República, no hubiese podido subsistir solo. Roma ha tenido el honor de dar al mundo este hermoso ejemplo, del cual nunca resultó abuso, y que, sin embargo, no ha sido seguido jamás.

El haber subsistido bajo los reyes hasta Servio esta misma forma de las curias, y el no ser considerado como legítimo el reinado del último Tarquino, fueron la causa de que se distinguiesen generalmente las leyes reales con el nombre de leges cariatae.

Bajo la República, las curias, siempre limitadas a cuatro tribus urbanas, y no conteniendo más que el populacho de Roma, no podían convenir, ni al Senado, que estaba a la cabeza de los patricios, ni a los tribunos, que, aunque plebeyos, se hallaban al frente de los ciudadanos acomodados. Cayeron, pues, en el descrédito; su envilecimiento fue tal, que sus treinta lictores reunidos hacían lo que los comicios por curias hubiesen debido hacer.

La división por centurias era tan favorable a la aristocracia, que no se comprende, al principio, cómo el Senado no dominaba siempre en los comicios que llevaban este nombre, y por los cuales eran elegidos los cónsules, los censores y los demás magistrados curiales. En efecto; de ciento noventa y tres centurias que formaban las seis clases del pueblo romano, como la primera clase comprendían noventa y ocho, y como los votos no se contaban más que por centurias, sólo esta primera clase tenía mayor número de votos que las otras dos. Cuando todas estas

centurias estaban de acuerdo, no se seguía siquiera recogiendo los sufragios: lo que había decidido el menor número pasaba por una decisión de la multitud, y se puede decir que en los comicios por centurias los asuntos se decidían más por la cantidad de escudos que por la de votos.

Pero esta extrema autoridad se modificaba por dos medios: primeramente, perteneciendo los tribunos, en general, a la clase de los ricos, y habiendo siempre un gran número de plebeyos entre éstos, equilibraban el crédito de los patricios en esta primera clase.

El segundo medio consistía en que, en vez de hacer primero votar las centurias según su orden, lo que habría obligado a comenzar siempre por la primera, se sacaba una a la suerte, y aquélla procedía sola a la elección; después de lo cual todas las centurias, llamadas otro día, según su rango, repetían la misma elección, y por lo común la confirmaban. Se quitó así la autoridad del ejemplo al rango para dársela a la suerte, según el principio de la democracia.

Resultaba de este uso otra ventaja aún: que los ciudadanos del campo tenían tiempo, entre dos elecciones, de informarse del mérito del candidato nombrado provisionalmente, a fin de dar su voto con conocimiento de causa. Mas, con pretexto de celeridad, se acabó por abolir este uso, y las dos elecciones se hicieron el mismo día.

Los comicios por tribus eran propiamente el Consejo del pueblo romano. No se convocaba más que por los tribunos: los tribunos eran allí elegidos y llevaban a cabo sus plebiscitos. No solamente no tenía el Senado ninguna autoridad en estos comicios, sino ni siquiera el derecho de asistir; y obligados a obedecer leyes sobre las cuales no habían podido votar, los senadores eran, en este respecto, menos libres que los últimos ciudadanos.

Esta injusticia estaba muy mal entendida, y bastaba ella sola para invalidar derechos de un cuerpo en que no todos sus miembros eran admitidos. Aun cuando todos los patricios hubiesen asistido a estos comicios, por el derecho que tenían a ello dada su calidad de ciudadanos, al advenir simples particulares, no hubiesen influido casi nada en una forma de sufragios que se recogían por cabeza y en que el más insignificante proletario podía tanto como el príncipe del Senado.

Se ve, pues, que, además del orden que resultaba de estas diversas distribuciones para recoger los sufragios de un pueblo tan numeroso, estas distribuciones no se reducían a formas indiferentes en sí mismas, sino que cada una tenía efectos relativos a los aspectos que la hacían preferible.

Sin entrar en más detalles, resulta de las aclaraciones precedentes que los comicios por tribus eran los más favorables para el gobierno popular, y los comicios

por centurias, para la aristocracia. Respecto a los comicios por curias, en que sólo el populacho de Roma formaba la mayoría, como no servían sino para favorecer la tiranía y los malos propósitos, cayeron en el descrédito, absteniéndose los mismos sediciosos de utilizar un medio que ponía demasiado al descubierto sus proyectos. Es cierto que toda la majestad del pueblo romano no se encontraba más que en los comicios por centurias, únicos completos; en tanto que en los comicios por curias faltaban las tribus rústicas, y en los comicios por tribus, el Senado y los patricios.

En cuanto a la manera de recoger los sufragios, era entre los primeros romanos tan sencilla como sus costumbres, aunque no tanto como en Esparta. Cada uno daba su sufragio en voz alta, y un escribano los iba escribiendo; la mayoría de votos en cada tribu determinaba el sufragio de la tribu; la mayoría de votos en todas las tribus determinaba el sufragio del pueblo, y lo mismo de las curias y centurias. Este uso era bueno, en tanto reinaba la honradez en los ciudadanos y cada uno sentía vergüenza de dar públicamente su sufragio sobre una opinión injusta o un asunto indigno; pero cuando el pueblo se corrompió y se compraron los votos, fue conveniente que se diesen éstos en secreto para contener a los compradores mediante la desconfianza y proporcionar a los pillos el medio de no ser traidores.

Sé que Cicerón censura este cambio y atribuye a él, en parte, la ruina de la República. Pero aun cuando siento el peso de la autoridad de Cicerón, en este asunto no puedo ser de su opinión; yo creo, por el contrario, que por no haber hecho bastantes cambios semejantes se aceleró la pérdida del Estado. Del mismo modo que el régimen de las personas sanas no es propio para los enfermos, no se puede querer gobernar a un pueblo corrompido por las mismas leyes que son convenientes a un buen pueblo. Nada prueba mejor esta máxima que la duración de la República de Venecia, cuyo simulacro existe aún, únicamente porque sus leyes no convienen sino a hombres malos.

Se distribuyó, pues, a los ciudadanos unas tabletas, mediante las cuales cada uno podía votar sin que se supiese cuál era su opinión; se establecieron también nuevas formalidades para recoger las tabletas, el recuento de los votos, la comparación de los números, etc.; lo cual no impidió que la fidelidad de los oficiales encargados de estas funciones fuese con frecuencia sospechosa. Se hicieron, en fin, para impedir las intrigas y el tráfico de los sufragios, edictos, cuya inutilidad demostró la multitud.

Hacia los últimos tiempos se estaba con frecuencia obligado a recurrir a expedientes extraordinarios para suplir la insuficiencia de las leyes, ya suponiendo prodigios que, si bien podían imponer al pueblo, no imponían a aquellos que lo gobernaban; otras veces se convocaba bruscamente una asamblea antes de que los candidatos hubiesen tenido tiempo de hacer sus intrigas, o bien se veía al pueblo ga-

nado y dispuesto a tomar un mal partido. Pero, al fin, la ambición lo eludió todo, y lo que parece increíble es que, en medio de tanto abuso, este pueblo inmenso, a favor de sus antiguas reglas, no dejase de elegir magistrados, de aprobar las leyes, de juzgar las causas, de despachar los asuntos particulares y públicos, casi con tanta facilidad como lo hubiese podido hacer el mismo Senado.

CAPÍTULO V

Del tribunado

Cuando no se puede establecer una exacta proporción entre las partes constitutivas del Estado, o causas indestructibles alteran sin cesar dichas relaciones, entonces se instituye una magistratura particular que no forma cuerpo con las demás, que vuelve a colocar cada término en su verdadera relación y que constituye un enlace o término medio, bien entre el príncipe y el pueblo, ya entre el príncipe y el soberano, bien a la vez entre ambas partes, si es necesario.

Este cuerpo, que llamaré tribunado, es el conservador de las leyes y del poder legislativo. Sirve, a veces, para proteger al soberano contra el gobierno, como hacían en Roma los tribunos del pueblo: otras, para sostener al gobierno contra el pueblo, como hace ahora en Venecia el Consejo de los Diez, y en otras ocasiones, para mantener el equilibrio de ambas partes, como los éforos en Esparta.

El tribunado no es una parte constitutiva de la ciudad, y no debe tener parte alguna del poder legislativo ni del ejecutivo; pero, por esto mismo, es mayor la suya, porque no pudiendo hacer nada, puede impedirlo todo. Es más sagrado y más reverenciado, como defensor de las leyes, que el príncipe que las ejecuta y que el soberano que las da. Esto se vio claramente en Roma cuando los soberbios patricios, que despreciaron siempre al pueblo entero, fueron obligados a doblegarse ante un simple funcionario del pueblo que no tenía ni auspicios ni jurisdicción.

El tribunado, sabiamente moderado, es el más firme apoyo de una buena constitución; pero, a poco que sea el exceso de fuerza que posea, lo trastorna todo: la debilidad no está en su naturaleza, y con tal que sea algo, nunca es menos de lo que es preciso que sea.

Degenera en tiranía cuando usurpa el poder ejecutivo, del cual no es sino el moderador, y cuando quiere dispensar de las leyes, a las que sólo debe proteger. El enorme poder de los éforos, que no constituyó peligro alguno en tanto que Esparta conservó sus costumbres, aceleró la corrupción comenzada. La sangre de Agis, ahorcado por estos tiranos, fue vengada por su sucesor: el crimen y el castigo de los

éforos apresuraron igualmente la pérdida de la República, y después de Cleómenes, Esparta ya no fue nada. Roma perdió también por seguir el mismo camino; y el poder excesivo de los tribunos, usurpado por grados, sirvió, por fin, con la ayuda de leyes hechas para proteger la libertad, como salvaguardia a los emperadores que la destruyeron. En cuanto al Consejo de los Diez, de Venecia, es un tribunal de sangre, igualmente horrible para los patricios como para el pueblo, que lejos de proteger altamente las leyes, no sirve ya, después de su envilecimiento, sino para recibir en las tinieblas los golpes que no osa detener.

El tribunado se debilita, como el gobierno, por la multiplicación de sus miembros. Cuando los tribunales del pueblo romano, en sus comienzos, en número de dos, después de cinco, quisieron doblar este número, el Senado los dejó hacer, seguro de contener a los unos por los otros: lo que, al fin, aconteció.

El mejor medio de prevenir las usurpaciones de tan temible cuerpo, medio del cual ningún gobierno se ha dado cuenta hasta ahora, sería no hacer este cuerpo permanente, sino reglamentar los intervalos durante los cuales permanecería suprimido. Estos intervalos, que no deberían ser tan grandes que dejasen tiempo de que se consolidasen los abusos, pueden ser fijados por la ley, de manera que resulte fácil reducirlos, en caso de necesidad, a comisiones extraordinarias.

Este medio me parece que no ofrece inconveniente alguno, porque como no forma el tribunado, según he dicho, de la constitución, puede ser quitado, sin que sufra ésta por ello: y me parece eficaz, porque un magistrado nuevamente restablecido no parte del poder que tenía su predecesor, sino del que la ley le da.

CAPÍTULO VI

De la dictadura

La inflexibilidad de las leyes, que les impide plegarse a los acontecimientos, puede, en ciertos casos, hacerlas perniciosas y causar la pérdida del Estado en sus crisis. El orden y la lentitud de las formas exigen un espacio de tiempo que las circunstancias niegan algunas veces. Pueden presentarse mil casos que no ha previsto el legislador, y es una previsión muy necesaria comprender que no se puede prever todo.

No es preciso, pues, querer afirmar las instituciones políticas hasta negar el poder de suspender su efecto. Esparta misma ha dejado dormir sus leyes.

Más exclusivamente los mayores peligros pueden hacer vacilar y alterar el orden público, y no se debe jamás detener el poder sagrado de las leyes sino cuando se trata de la salvación de la patria. En estos casos raros y manifiestos se provee a la

seguridad pública por un acto particular que confía la carga al más digno. Esta comisión puede darse de dos maneras, según la índole del peligro.

Si para remediarlo basta con aumentar la actividad del gobierno, se le concentra en uno o dos de sus miembros; así no es la autoridad de las leyes lo que se altera, sino solamente la forma de su administración: porque si el peligro es tal que el aparato de las leyes es un obstáculo para garantizarlo, entonces se nombra un jefe supremo, que haga callar todas las leyes y suspenda un momento la autoridad soberana. En semejante caso, la voluntad general no es dudosa, y es evidente que la primera intención del pueblo consiste en que el Estado no perezca. De este modo la suspensión de la autoridad legislativa no la abole; el magistrado que la hace callar no puede hacerla hablar: la domina sin poder representarla. Puede hacerlo todo, excepto leyes.

El primer medio se empleaba por el Senado romano cuando encargaba a los cónsules, por una fórmula consagrada, de proveer a la salvación de la República. El segundo tenía lugar cuando uno de los dos cónsules nombraba un dictador (4), uso del cual Alba había dado el ejemplo a Roma.

En los comienzos de la República se recurrió con mucha frecuencia a la dictadura, porque el Estado no tenía aún base bastante fija como para poder sostenerse por la sola fuerza de su constitución.

Las costumbres, al hacer superfluas muchas precauciones que hubiesen sido necesarias en otro tiempo, no temía ni que un dictador abusase de su autoridad ni que intentase conservarlas pasado el plazo. Parecía, por el contrario, que un poder tan grande era una carga para aquel que la ostentaba, a juzgar por la prisa con que trataba de deshacerse de ella, como si fuese un puesto demasiado penoso y demasiado peligroso el ocupar el de las leyes.

Así, no es el peligro del abuso, sino el del envilecimiento, lo que me hace censurar el uso indiscreto de esta suprema magistratura en los primeros tiempos; porque mientras se la prodigaba en elecciones, en dedicatorias, en cosas de pura formalidad, era de temer que adviniese menos temible en caso necesario, y que se acostumbrasen a mirar como un título vano lo que no se empleaba más que en vanas ceremonias.

Hacia el final de la República, los romanos, que habían llegado a ser más circunspectos, limitaron el uso de la dictadura con la misma falta de razón que la habían prodigado otras veces. Era fácil ver que su temor no estaba fundado; que la debilidad de la capital constituía entonces su seguridad contra los magistrados que abrigaba en su seno; que un dictador podía, en ciertos casos, suspender las libertades públicas, sin poder nunca atentar contra ellas, y que los hierros de Roma no se forja-

rían en la misma Roma, sino en sus ejércitos. La pequeña resistencia que hicieron Mario a Sila y Pompeyo a César muestra bien lo que se puede esperar de la autoridad del interior contra la fuerza de fuera.

Este error les hizo cometer grandes faltas; por ejemplo, la de no haber nombrado un dictador en el asunto de Catilina, pues como se trataba de una cuestión del interior de la ciudad y, a lo más, de alguna provincia de Italia, dada la autoridad sin límites que las leyes concedían al dictador, hubiese disipado fácilmente la conjura, que sólo fue ahogada por un concurso feliz de azares que nunca debe esperar la prudencia humana.

En lugar de esto, el Senado se contentó con entregar todo su poder a los cónsules: por lo cual ocurrió que Cicerón, por obrar eficazmente, se vio obligado a pasar por encima de este poder en un punto capital, y si bien los primeros transportes de júbilo hicieron aprobar su conducta, a continuación se le exigió, con justicia, dar cuenta de la sangre de los ciudadanos vertida contra las leyes; reproche que no se te hubiese podido hacer a un dictador. Pero la elocuencia del cónsul lo arrastró todo, y él mismo, aunque romano, amando más su gloria que su patria, no buscaba tanto el medio más legítimo y seguro de salvar al Estado cuanto el de alcanzar el honor en este asunto (5). Así, fue honrado en justicia como liberador de Roma y castigado, también en justicia, como infractor de las leyes. Por muy brillante que haya sido su retirada, es evidente que fue un acto de gracia.

Por lo demás, de cualquier modo que sea conferida esta importante comisión, es preciso limitar su duración a un término muy corto, a fin de que no pueda nunca ser prolongado. En las crisis que dan lugar a su implantación, el Estado es inmediatamente destruido o salvado y, pasada la necesidad apremiante, la dictadura, o es tiránica, o vana. En Roma, los dictadores no lo eran más que por seis meses; pero la mayor parte de ellos abdicaron antes de este plazo. Si éste hubiese sido más largo, acaso habrían tenido la tentación de prolongarlo, como lo hicieron los decenviros con el de un año. El dictador no disponía de más tiempo que el que necesitaba para proveer a la necesidad que había motivado su elección; mas no lo tenía para pensar en otros proyectos.

CAPÍTULO VII

De la censura

Del mismo modo que la declaración de la voluntad general se hace por la ley, la del juicio público se hace por la censura. La opinión pública es una especie de ley,

cuyo censor es el ministro, que no hace más que aplicarla a los casos particulares, a ejemplo del príncipe.

Lejos, pues, de que el tribunal censorias sea el árbitro de la opinión del pueblo, no es sino su declarador, y tan pronto como se aparte de él sus decisiones son vanas y no surten efecto.

Es inútil distinguir las costumbres de una nación de los objetos de su estimación, porque todo ello se refiere al mismo principio y se confunde necesariamente. Entre todos los pueblos del mundo no es la Naturaleza, sino la opinión, la que decide de la elección de sus placeres. Corregid las opiniones de los hombres, y sus costumbres se depurarán por sí mismas; se ama siempre lo que es hermoso y lo que se considera como tal: pero en este juicio es en el que se equivoca uno; por tanto, este juicio es el que se trata de corregir. Quien juzga de las costumbres, juzga del honor, y quien juzga del honor toma su ley de la opinión.

Las opiniones de un pueblo nacen de su constitución. Aunque la ley no corrige las costumbres, la legislación las hace nacer; cuando la legislación se debilita, las costumbres degeneran; pero entonces el juicio de los censores no hará lo que la fuerza de las leyes no haya hecho.

Se sigue de aquí que la censura puede ser útil para conservar las costumbres, jamás para restablecerlas. Estableced censores durante el vigor de las leyes; mas tan pronto como éstas lo hayan perdido, todo está perdido: nada legítimo tendrá fuerza cuando carezcan de ella las leyes.

La censura mantiene las costumbres, impidiendo que se corrompan las opiniones, conservando su rectitud mediante sabias aplicaciones y, a veces, hasta fijándolas cuando son inciertas. El uso de los suplentes en los duelos, llevado hasta el extremo en el reino de Francia, fue abolido por estas solas palabras de un edicto del rey: En cuanto a los que tienen la cobardía de llevar consigo suplentes. Este juicio, previniendo al del público, lo resolvió de pronto en un sentido dado. Pero cuando los mismos edictos quisieron declarar que era también una cobardía batirse en duelo cosa muy cierta, pero contraria a la opinión común, el público se burló de esta decisión, sobre la cual su juicio estaba ya formado.

He dicho en otra parte (6) que, no estando sometida la opinión pública a la coacción, no ha menester de vestigio alguno en el tribunal establecido para representarla. Nunca se admirará demasiado con qué arte ponían en práctica los romanos este resorte, completamente perdido para los modernos, y aun mejor que los romanos, los lacedemonios.

Habiendo emitido una opinión buena un hombre de malas costumbres en el Consejo de Esparta, los éforos, sin tenerlo en cuenta, hicieron proponer la misma

opinión a un ciudadano virtuoso (7). ¡Qué honor para el uno, qué nota para el otro, sin haber recibido palabra alguna de alabanza, ni censura ninguno de los dos! Ciertos borrachos de Samos (8) mancillaron el tribunal de los éforos: al día siguiente, por edicto público, fue permitido a los de Samos ser indignos. Un verdadero castigo hubiese sido menos severo que semejante impunidad. Cuando Esparta se pronunció sobre lo que es o no honrado, Grecia no apeló de sus resoluciones.

CAPÍTULO VIII

De la religión civil

Los hombres no tuvieron al principio más reyes que los dioses ni más gobierno que el teocrático. Hicieron el razonamiento de Calígula, y entonces razonaron con justicia. Se necesita una larga alteración de sentimientos e ideas para poder resolverse a tomar a un semejante por señor y a alabarse de que de este modo se vive a gusto.

Del solo hecho de que a la cabeza de esta sociedad política se pusiese a Dios resultó que hubo tantos dioses como pueblos. Dos pueblos extraños uno a otro, y casi siempre enemigos, no pudieron reconocer durante mucho tiempo un mismo señor; dos ejércitos que se combaten, no pueden obedecer al mismo jefe. Así, de las divisiones nacionales resultó el politeísmo, y de aquí la intolerancia teológico y civil, que, naturalmente, es la misma, como se dirá a continuación.

La fantasía que tuvieron los griegos para recobrar sus dioses entre los pueblos bárbaros provino de que se consideraban también soberanos naturales de estos pueblos. Pero existe en nuestros días una erudición muy ridícula, como es la que corre sobre la identidad de los dioses de las diversas naciones. ¡Como si Moloch, Saturno y Cronos pudiesen ser el mismo dios! ¡Como si el Baal de los fenicios, el Zeus de los griegos y el Júpiter de los latinos pudiesen ser el mismo! ¡Como si pudiese quedar algo de común a seres quiméricos que llevan diferentes nombres!

Si se pregunta cómo no había guerras de religión en el paganismo, en el cual cada Estado tenía su culto y sus dioses, contestaré que por lo mismo que cada Estado, al tener un culto y un gobierno propios, no distinguía en nada sus dioses de sus leyes. La guerra política era también teológica; los departamentos de los dioses estaban, por decirlo así, determinados por los límites de las naciones. El dios de un pueblo no tenía ningún derecho sobre los demás pueblos. Los dioses de los paganos no eran celosos: se repartían entre ellos el imperio del mundo; el mismo Moisés y el

pueblo hebreo se prestaban algunas veces a esta idea al hablar del Dios de Israel. Consideraban, ciertamente, como nulos los dioses de los cananeos, pueblos proscritos consagrados a la destrucción y cuyo lugar debían ellos ocupar. Más ved cómo hablaban de las divinidades de los pueblos vecinos, a los cuales les estaba prohibido atacar: La posesión de lo que pertenece a Chamos, vuestro dios -decía Jefté a los ammonitas-, ¿no os es legítimamente debida? Nosotros poseemos, con el mismo título, las tierras que nuestro dios vencedor ha adquirido (9). Esto era, creo, una reconocida paridad entre los derechos de Chamos y los del Dios de Israel.

Pero cuando los judíos, sometidos a los reyes de Babilonia y más tarde a los reyes de Siria, quisieron obstinarse en no reconocer más dios que el suyo, esta negativa, considerada como una rebelión contra el vencedor, les atrajo las persecuciones que se leen en su historia, y de las cuales no se ve ningún otro ejemplo antes del cristianismo (10).

Estando, pues, unida cada religión únicamente a las leyes del Estado que las prescribe, no había otra manera de convertir a un pueblo que la de someterlo, ni existían más misioneros que los conquistadores, y siendo ley de los vencidos la obligación de cambiar de culto, era necesario comenzar por vencer antes de hablar de ello. Lejos de que los hombres combatiesen por los dioses, eran, como en Homero, los dioses los que combatían por los hombres: cada cual pedía al suyo la victoria y le pagaba con nuevos altares. Los romanos, antes de tomar una plaza, intimaban a sus dioses a abandonarla, y cuando dejaban a los tarentinos con sus dioses irritados es que consideraban a estos dioses como sometidos a los suyos u obligados a rendirles homenaje. Dejaban a los vencidos sus dioses, como les dejaban sus leyes. Una corona al Júpiter del Capitolio era con frecuencia el único tributo que les imponían.

En fin: habiendo extendido los romanos su culto y sus dioses al par que su Imperio, y habiendo adoptado con frecuencia ellos mismos los de los vencidos, concediendo a unos y a otros el derecho de ciudad, halláronse insensiblemente los pueblos de este vasto Imperio con multitud de dioses y de cultos, los mismos próximamente, en todas partes; y he aquí cómo el paganismo no fue al fin en el mundo conocido sino una sola y misma religión.

En estas circunstancias fue cuando Jesús vino a establecer sobre la Tierra su reino espiritual; el cual, separando el sistema teológico del político, hizo que el Estado dejase de ser uno y originó divisiones intestinas, que jamás han dejado de agitar a los pueblos cristianos. Ahora bien; no habiendo podido entrar nunca esta idea nueva de un reino del otro mundo en la cabeza de los paganos, miraron siempre a los cristianos como verdaderos rebeldes, que bajo una hipócrita sumisión no buscaban más que el momento de hacerse independientes y dueños y usurpar dies-

tramente la autoridad que fingían respetar en su debilidad. Tal fue la causa de las persecuciones.

Lo que los paganos habían temido, ocurrió. Entonces todo cambió de aspecto: los humildes cristianos cambiaron de lenguaje, y en seguida se ha visto a tal pretendido reino del otro mundo advenir en éste, bajo un jefe visible, el más violento despotismo.

Sin embargo, como siempre ha habido un príncipe y leyes civiles, ha resultado de este doble poder un perpetuo conflicto de jurisdicción, que ha hecho imposible toda buena organización en los Estados cristianos y jamás se ha llegado a saber cuál de los dos, si el señor o el sacerdote, era el que estaba obligado a obedecer.

Muchos pueblos, sin embargo, en Europa o en su vecindad, han querido conservar o restablecer el antiguo sistema, pero sin éxito: el espíritu del cristianismo lo ha ganado todo. El culto sagrado ha permanecido siempre, o se ha convertido de nuevo en independiente del soberano y sin unión necesaria con el cuerpo del Estado. Mahoma tuvo aspiraciones muy sanas; trabó bien su sistema político, y en tanto que subsistió la forma de su gobierno bajo los califas, sus sucesores, este gobierno fue exactamente uno y bueno en esto. Pero habiendo llegado al florecimiento los árabes y convertidos en cultos, corteses, blandos y cobardes, fueron sojuzgados por los bárbaros, y entonces la división entre los dos poderes volvió a comenzar. Aunque esta dualidad sea menos aparente entre los mahometanos que entre los cristianos, se encuentra en todas partes, sobre todo en la secta de Alí, y hay Estados, como Persia, donde no deja de hacerse sentir.

Entre nosotros, los reyes de Inglaterra se han constituido como jefes de la Iglesia; otro tanto han hecho los zares, pero aun con este título son menos señores en ella que ministros; no han adquirido tanto el derecho de cambiarla cuanto el poder de mantenerla; no son allí legisladores, sino que sólo son príncipes. Dondequiera que el clero constituye un cuerpo (11) es señor y legislador en su patria. Hay, pues, dos poderes, dos soberanos, en Inglaterra y en Rusia, lo mismo que antes.

De todos los autores cristianos, el filósofo Hobbes es el único que ha visto bien el mal y el remedio; que se ha atrevido a proponer reunir las dos cabezas del águila y reducir todo a unidad política, sin lo cual jamás estará bien constituido ningún Estado ni gobierno. Pero ha debido ver que el espíritu dominador del cristianismo era incompatible con su sistema, y que el interés del sacerdote sería siempre más fuerte que el del Estado. Lo que ha hecho odiosa su política no es tanto lo que hay de horrible y falso en ella cuanto lo que encierra de justo y cierto (12).

Yo creo que desarrollando desde este punto de vista los hechos históricos se refutarían fácilmente los sentimientos opuestos de Bayle y de Warburton, uno de los

cuales pretende que ninguna religión es útil al cuerpo político, en tanto sostiene el otro, por el contrario, que el cristianismo es el más firme apoyo de él. Se podría probar al primero que jamás fue fundado un Estado sin que la religión le sirviese de base, y al segundo, que la ley cristiana es en el fondo más perjudicial que útil a la fuerte constitución del Estado. Para terminar de hacerme entender, sólo hace falta dar un poco más de precisión a las ideas demasiado vagas de religión relativas a mi asunto.

La religión, considerada en relación con la sociedad, que es o general o particular, puede también dividirse en dos clases, a saber: la religión del hombre y la del ciudadano. La primera, sin templos, sin altares, sin ritos, limitada al culto puramente interior del Dios supremo y a los deberes eternos de la Moral, es la pura y simple religión del Evangelio, el verdadero teísmo y lo que se puede llamar el derecho divino natural. La otra, inscrita en un solo país, le da sus dioses, sus patronos propios y tutelares; tiene sus dogmas, sus ritos y su culto exterior, prescrito por leyes. Fuera de la nación que la sigue, todo es para ella infiel, extraño, bárbaro; no entiende los deberes y los derechos del hombre sino hasta donde llegan sus altares. Tales fueron las religiones de los primeros pueblos, a las cuales se puede dar el nombre de derecho divino, civil o positivo.

Existe una tercera clase de religión, más rara, que dando a los hombres dos legislaciones, dos jefes, dos patrias, los somete a deberes contradictorios y les impide poder ser a la vez devotos y ciudadanos. Tal es la religión de los lamas, la de los japoneses y el cristianismo romano. Se puede llamar a esto la religión del sacerdote, y resulta de ella una clase de derecho mixto e insociable que no tiene nombre.

Considerando políticamente estas tres clases de religiones, se encuentran en ellas todos los defectos de éstas. La tercera es tan evidentemente mala, que es perder el tiempo distraerse en demostrarlo; todo lo que rompe la unidad social no tiene valor ninguno; todas las instituciones que ponen al hombre en contradicción consigo mismo, tampoco tienen valor alguno.

La segunda es buena en cuanto reúne el culto divino y el amor de las leyes, y, haciendo a la patria objeto de la adoración de los ciudadanos, les enseña que servir al Estado es servir al dios tutelar. Es uña especie de teocracia, en la cual no se debe tener otro pontífice que el príncipe ni otros sacerdotes más que los magistrados. Entonces, morir por la patria es ir al martirio; violar las leyes es ser impío, y someter a un culpable a la execración pública es dedicarlo a la cólera de los dioses.

Pero es mala porque, estando fundada sobre el error y la mentira, engaña a los hombres, los hace crédulos, supersticiosos y ahoga el verdadero culto de la Divinidad en un vano ceremonial. Es mala, además, porque al ser exclusiva y tiránica

hace a un pueblo sanguinario e intolerante, de modo que no respira sino ambiente de asesinatos y matanzas, y cree hacer una acción santa matando a cualquiera que no admite sus dioses. Esto coloca a un pueblo semejante en un estado natural de guerra con todos los demás, muy perjudicial para su propia seguridad.

Queda, pues, la religión del Hombre, o el cristianismo, no el de hoy, sino el del Evangelio, que es completamente diferente. Por esta religión santa, sublime, verdadera, los hombres, hijos del mismo dios, se reconocen todos hermanos, y la sociedad que los une no se disuelve ni siquiera con la muerte.

Mas no teniendo esta religión ninguna relación con el cuerpo político, deja que las leyes saquen la fuerza de sí mismas, sin añadirle ninguna otra, y de aquí que uno de los grandes lazos de la sociedad particular quede sin efecto. Más aún; lejos de unir los corazones de los ciudadanos al Estado, los separa de él como de todas las cosas de la tierra. No conozco nada más contrario al espíritu social.

Se nos dice que un pueblo de verdaderos cristianos formaría la más perfecta sociedad que se puede imaginar. No veo en esta suposición más que una dificultad: que una sociedad de verdaderos cristianos no sería una sociedad de hombres.

Digo más: que esta supuesta sociedad no sería, con toda esta perfección, ni la más fuerte ni la más durable; en fuerza de ser perfecta, carecería de unión, y su vicio destructor radicaría en su perfección misma.

Cada cual cumpliría su deber: el pueblo estaría sometido a las leyes; los jefes serían justos y moderados; los magistrados, íntegros, incorruptibles; los soldados despreciarían la muerte; no habría ni vanidad ni lujo. Todo esto está muy bien; pero miremos más lejos.

El cristianismo es una religión completamente espiritual, que se ocupa únicamente de las cosas del cielo; la patria del cristianismo no es de este mundo. Cumple con su deber, es cierto; pero lo cumple con una profunda indiferencia sobre el bueno o mal éxito. Con tal que no haya nada que reprocharle, nada le importa que vaya bien o mal aquí abajo. Si el Estado es floreciente, apenas si se atreve a gozar de la felicidad pública; teme enorgullecerse de la gloria de su país; si el Estado decae, bendice la mano de Dios, que se deja sentir sobre su pueblo.

Para que la sociedad fuese pacífica y la armonía se mantuviese, sería preciso que todos los ciudadanos, sin excepción, fuesen igualmente buenos cristianos; pero si, desgraciadamente, surge un solo ambicioso, un solo hipócrita, un Catilina o, por ejemplo, un Cromwell, seguramente daría al traste con sus piadosos compatriotas. La caridad cristiana no permite fácilmente pensar mal del prójimo. Así, pues, desde el momento en que encuentre, mediante alguna astucia, el arte de imponerse y apoderarse de una parte de la autoridad pública, nos hallaremos ante un hombre

constituido en dignidad. Dios quiere que se le respete: en seguida se convierte, por tanto, en un poder; Dios quiere que se le obedezca. Si el depositario de este poder abusa de él, es la vara con que Dios castiga a sus hijos. Si se convenciesen de que había que echar al usurpador, sería preciso turbar el reposo público, usar de violencia, verter la sangre; pero todo ello concuerda mal con la dulzura del cristianismo, y, después de todo, ¿qué importa que se sea libre o esclavo en este valle de miserias? Lo esencial es ir al paraíso, y la resignación no es sino un medio más para conseguirlo.

Si sobreviene alguna guerra extranjera, los ciudadanos marchan sin trabajo al combate; ninguno de ellos piensa huir; cumplen con su deber, pero sin pasión por la victoria; saben morir mejor que vencer. Que sean vencedores o vencidos, ¿qué importa? ¿No sabe la Providencia mejor que ellos lo que les conviene? Imagínese qué partido puede sacar de su estoicismo un enemigo soberbio, impetuoso, apasionado. Poned frente a ellos estos pueblos generosos, a quienes devora el ardiente amor de la gloria y de la patria: suponed vuestra República cristiana frente a Esparta o a Roma: los piadosos cristianos serán derrotados, aplastados, destruidos, antes de haber tenido tiempo de reconocerse, o no deberán su salvación sino al desprecio que su enemigo conciba por ellos. Era un buen juramento, a mi juicio, el de los soldados de Fabio: no juraron morir o vencer; juraron volver vencedores, y mantuvieron su juramento. Nunca hubiesen hecho los cristianos nada semejante; hubiesen creído tentar a Dios.

Pero me equivoco al hablar de una República cristiana; cada una de estas palabras excluye a la otra. El cristianismo no predica sino sumisión y dependencia. Su espíritu es harto favorable a la tiranía para que ella no se aproveche de ello siempre. Los verdaderos cristianos están hechos para ser esclavos; lo saben, y no se conmueven demasiado: esta corta vida ofrece poco valor a sus ojos.

Se nos dice que las tropas cristianas son excelentes: yo lo niego: que se me muestre alguna. Por lo que a mí toca, no conozco tropas cristianas. Se me citarán las Cruzadas. Sin discutir el valor de las Cruzadas, haré notar que, lejos de ser cristianos, eran soldados del sacerdote, eran ciudadanos de la Iglesia, se batían por su país espiritual, que él había convertido en temporal no se sabe cómo. Interpretándolo como es debido, esto cae dentro del paganismo; puesto que el Evangelio no establece en parte alguna una religión nacional, toda guerra sagrada se hace imposible entre los cristianos.

Bajo los emperadores paganos, los soldados cristianos eran valientes; todos los autores cristianos lo afirman, y yo lo creo; se trataba de una emulación de honor contra las tropas paganas. Desde que los emperadores fueron cristianos, esta emula-

ción desapareció, y cuando la cruz hubo desterrado al águila, todo el valor romano dejó de existir.

Pues poniendo a un lado las consideraciones políticas, volvamos al derecho y fijemos los principios sobre este punto importante. El derecho que el pacto social da al soberano sobre los súbditos no traspasa, como he dicho, los límites de la utilidad pública (13). Los súbditos no tienen, pues, que dar cuenta al soberano de sus opiniones sino en tanto que estas opiniones importan a la comunidad. Ahora bien; importa al Estado que cada ciudadano tenga una religión que le haga amar sus deberes; pero los dogmas de esta religión no le interesan ni al Estado ni a sus miembros sino en tanto que estos dogmas se refieren a la moral y a los deberes que aquel que la profesa está obligado a cumplir respecto de los demás. Cada cual puede tener, por lo demás, las opiniones que le plazca, sin que necesite enterarse de ello el soberano; porque como no tiene ninguna competencia en el otro mundo, cualquiera que sea la suerte de los súbditos en una vida postrera, no es asunto que a él competa, con tal que sean buenos ciudadanos en ésta.

Hay, pues, una profesión de fe puramente civil, cuyos artículos corresponde fijar al soberano, no precisamente como dogmas de religión, sino como sentimientos de sociabilidad, sin los cuales es imposible ser buen ciudadano ni súbdito fiel (14). No puede obligar a nadie a creerles, pero puede desterrar del Estado a cualquiera que no los crea; puede desterrarles, no por impíos, sino por insociables, por incapaces de amar sinceramente a las leyes, la justicia, e inmolar la vida, en caso de necesidad, ante el deber. Si alguien, después de haber reconocido públicamente estos mismos dogmas, se conduce como si no los creyese, sea condenado a muerte; ha cometido el mayor de los crímenes: ha mentido ante las leyes.

Los dogmas de la religión civil deben ser sencillos, en pequeño número, enunciados con precisión, sin explicación ni comentarios. La existencia de la Divinidad poderosa, inteligente, bienhechora, previsora y providente; la vida, por venir, la felicidad de los justos, el castigo de los malos, la santidad del contrato social y de las leyes; he aquí los dogmas positivos. En cuanto a los negativos, los reduzco a uno solo: la intolerancia; ésta entra en los cultos que hemos excluido.

Los que distinguen la intolerancia civil de lo teológico, se equivocan en mi opinión. Estas dos intolerancias son inseparables. Es imposible vivir en paz con gentes a quienes se cree condenadas; amarlas, sería odiar a Dios, que las castiga; es absolutamente preciso rechazarlas o atormentarlas. Dondequiera que la intolerancia teológica está admitida, es imposible que no tenga algún efecto civil (15), y tan pronto como lo tiene, el soberano deja de serlo, hasta en lo temporal; desde entonces los sacerdotes son los verdaderos amos; los reyes, sus subordinados.

Ahora que no existe ni puede existir religión nacional exclusiva, se deben tolerar todas aquellas que toleran a las otras, mientras sus dogmas no tengan nada

contrario a los deberes del ciudadano. Pero cualquiera que se atreva a decir fuera de la Iglesia no hay salvación, debe ser echado del Estado, a menos que el Estado no sea la Iglesia y que el príncipe no sea el pontífice. Tal dogma no conviene sino a un gobierno teocrático: en cualquier otro es pernicioso. La razón por la cual se dice que Enrique IV abrazó la religión romana debería ser un motivo para que la dejase todo hombre honrado y, sobre todo, todo príncipe que supiese razonar (16).

CAPÍTULO IX

Conclusión

Después de haber sentado los verdaderos principios del derecho político y procurado fundar el Estado sobre su base, sería preciso fundarlo atendiendo a sus relaciones externas; lo cual comprendería el derecho de gentes, el comercio, el derecho de las guerras y conquistas, el derecho público, las ligas, las negociaciones, los tratados, etc. Pero todo esto constituye un nuevo objeto, demasiado amplio para mis cortas miras: debería haber fijado siempre éstas en algo más próximo de mí.

Notas.

(1) Hist., 1. 85.

(2) Esto debe siempre entenderse respecto a un Estado libre; porque, por lo demás, la familia, los bienes, la falta de asilo, la necesidad, la violencia, pueden retener a un habitante en el país a pesar suyo, y entonces la mera residencia no supone su consentimiento al contrato o a la violación del contrato.

(3) En Génova se lee delante de las prisiones y sobre los hierros de las galerías la palabra Libertas. Esta aplicación de la divisa es hermosa y justa. En efecto; sólo los malhechores de todas clases impiden al hombre ser libre. En un país donde toda esa gente estuviese en galeras, se gozaría de la más perfecta libertad.

(4) Este nombramiento se hacía de noche y en secreto, como si se hubiese tenido vergüenza de poner a un hombre por encima de las leyes.

(5 Esto es de lo que no podía responder al proponer un dictador, no atreviéndose a nombrarse a sí mismo y no pudiendo estar seguro de que lo nombrase su colega.

(6) No hago más que indicar en este capítulo lo que ya he tratado más extensamente en la Lettre a M. d'Alambert.

(7) Plutarco, Dicts notables des Lacédémoniens.

(8) Eran de otra isla, que la delicadeza de la lengua francesa prohibe nombrar en esta ocasión. Se comprende difícilmente cómo el nombre de una isla puede herir la delicadeza de la lengua francesa. Para comprenderlo, hay que saber que Rousseau ha tomado este rasgo de Plutarco (Dicts notables des Lacédémoniens), quien lo cuenta con toda su crudeza y lo atribuye a los habitantes de Chio. Rousseau, al no nombrar esta isla, ha querido evitar un juego de palabras y no excitar la risa en un asunto serio.

Aelien (lib. Il, cap. XV) refiere también este hecho: pero aminora el bochorno diciendo que el tribunal de los éforos fue cubierto de hollín. (Nota de M. Petitain).

(9) Nonne ea quac possidet Chamos deus tuus. tibi jure debentur? , (jug., XI, 24.) Tal es el texto de la Vulgata. El P. de Carriéres lo ha traducido: ¿No creéis tener derecho a poseer lo que pertenece a Chamos, vuestro dios? Yo ignoro la fuerza del texto hebreo: pero veo que, en la Vulgata, Jefté reconoce positivamente el derecho del dios Chamos, y que el traductor francés debilita este reconocimiento por un según vosotros que no está en el latín.

(10) Es evidente que la guerra de los focenses, llamada guerra sagrada, no era una guerra de religión: tenía por objeto castigar sacrilegios y no someter infieles.

(11) Es preciso notar bien que no son tanto asambleas formales, cuales las de Francia, las que unen el clero en un cuerpo, como la comunión de las Iglesias. La comunión y la excomunión son el pacto social del clero: pacto con el cual será siempre el dueño de los pueblos y de los reyes. Todos los sacerdotes que comulgan juntos son ciudadanos, aunque estén en los dos extremos del mundo. Esta invención es una obra maestra en política. No había nada semejante entre los sacerdotes paganos: por ello no hicieron nunca del clero un cuerpo.

(12) Ved, entre otras, en una carta de Grotius a su hermano, del 11 de abril de 1643, lo que este sabio aprueba y lo que censura respecto del libro De Cive. Es cierto que, llevado por la indulgencia, parece perdonar al autor el bien en aras del mal; pero todo el mundo no es tan clemente.

(13) En la República -dice el marqués de Argenson-, cada cual es perfectamente libre en aquello que no perjudica a los demás. He aquí el límite invariable; no se le puede colocar con más exactitud. No he podido resistirme al placer de citar algunas veces este manuscrito, aunque no es conocido del público, para hacer honor a la memoria de un hombre ilustre y respetable, que había conser-

vado, hasta en el ministerio, el corazón de un verdadero ciudadano y puntos de vista sanos y rectos sobre el gobierno de su país. (Considérations sur le gouvernement ancien et présent de la France).

(14) César, al defender a Catilina, intentaba establecer el dogma de la mortalidad del alma. Catón y Cicerón, para refutarlo, no se divirtieron en filosofar: se contentaron con demostrar que César hablaba como mal ciudadano y anticipaba una doctrina perniciosa para el Estado. En efecto; de esto es de lo que debía juzgar el Senado de Roma, y no de una cuestión de teología.

(15) Siendo, por ejemplo, un contrato civil el matrimonio, tiene efectos civiles, sin los cuales es imposible que exista la sociedad. Supongamos que un clero termina por atribuirse a sí exclusivamente el derecho de autorizar este acto, derecho que necesariamente debe usurpar en toda religión intolerante, ¿no es evidente que al hacer valer para ello la autoridad de la Iglesia hará vana la del príncipe, que no tendría más súbditos que los que el clero les quiere dar? Dueño de casar o no casar a las personas, según tengan o no tal o cual doctrina, según admitan o rechacen tal o cual formulario, según le sean más o menos sumisos, conduciéndose prudentemente y manteniéndose firmes, ¿no es claro que dispondría sólo él de las herencias, de los cargos, de los ciudadanos, del Estado mismo, que no podría subsistir una vez compuesto sólo de bastardos? Pero se dirá: se estimará esto abuso, se aplazará, se decretará y se te someterá al poder temporal. ¡Qué lástima! El clero, por poco que tenga, no digo de valor, sino de buen sentido, dejará hacer y seguirá su camino: dejará tranquilamente apelar, aplazar, decretar, embargar, y acabará por ser dueño. Me parece que no es un sacrificio muy grande abandonar una parte cuando se está seguro de apoderarse de todo.

(16) Un historiador refiere que, habiendo hecho celebrar el rey una conferencia ante él entre doctores de una y otra Iglesia, y viendo que un ministro estaba de acuerdo en que se podía salvar uno en la religión de los católicos, tomó Su Majestad la palabra y dijo a este ministro: ¡Cómo! ¿Estáis de acuerdo en que se puede uno salvar en la religión de estos señores? Al responderle el ministro que no lo dudaba, siempre que se viviese bien, le contestó muy juiciosamente: La prudencia quiere, pues, que yo sea de su religión y no de la vuestra: porque siendo de la suya me salvo, según ellos y según vos, y siendo de la vuestra, me salvo, según vos, pero no según ellos. Por tanto, la prudencia me aconseja que siga lo más seguro. (Pereflxe, Hist. d'Henri IV).

FIN DE EL CONTRATO SOCIAL

CONSTITUCIÓN MEXICANA DE 1857.

PRESENTACIÓN

Con la proclamación, por parte del Coronel Florencio Villarreal, del Plan de Ayutla, mediante el cual púsose en marcha un proceso revolucionario cuyos principales objetivos eran, mandar de paseo a quien había tenido la osadía y descaro de autoproclamarse Alteza Serenísima, el en otra hora considerado salvador de la patria, General Antonio López de Santa Anna, y conformar un Congreso extraordinario que finalmente terminó convirtiéndose en Constituyente, la Constitución mexicana de 1857 constituirá la más acabada representación del triunfo de aquel movimiento revolucionario iniciado el 1° de marzo de 1854 en la Hacienda de La Providencia, en el Estado de Guerrero.

En efecto, cuando el 9 de agosto de 1855 Santa Anna decide abandonar la ciudad de México para, días después, hacer del conocimiento público su renuncia a la presidencia de México mediante la expedición de un manifiesto en Perote, Veracruz, la revolución de Ayutla coronaba con el éxito el primero de sus objetivos, encaminándose, desde luego, en pos del segundo, mismo que igualmente alcanzaría cuando el 5 de febrero de 1857, el Congreso extraordinario, devenido en Constituyente dio a conocer el resultado de sus deliberaciones con la expedición de la Constitución mexicana de 1857, en donde campeaban todos y cada uno de los puntos programáticos de las corrientes liberales mexicanas.

El federalismo imponíase triunfante sobre el centralismo, regimen este último al que las corrientes conservadoras habían, por lo general, rendido pleitesía; una refrescante y necesaria declaración de derechos del hombre, lease garantías individuales, manifestábanse esplendorosos reduciendo al olvido las tendencias tiránicas totalitarias presentes en el último gobierno del que tuvo la osadía de autonombrarse Su Alteza Serenísima; una puntual y detallada división de poderes, necesarísima garantía para poner punto final a toda tentación dictatorial, magnificaba tan positivo documento.

En fin, con la expedición de esta Constitución, México parecía encaminarse, ¡al fin!, por la senda del progreso, la democracia y la libertad, pero áun quedaban por vencer fortísimas resistencias, cosa que años más tarde terminaría alcanzándose no sin tener que pagar un altísimo costo en sangre, dolor y sufrimiento.

Espero que la presente edición resulte atractiva para todas aquellas personas interesadas en conocer la Constitución mexicana de 1857.

Armando Rios Jáquez

Discurso del
Excmo. Sr. Presidente de la República,
Don Ignacio Comonfort.

Señores diputados:

Está realizada la más importante de las promesas que hizo a los mexicanos la revolución de Ayutla; queda jurada la constitución política de la República, decretada por el congreso de 1856.

Desde que los heróicos esfuerzos de nuestros padres conquistaron la independencia de la nación, su principal necesidad ha sido constituirse, y tal vez la falta de un código adecuado a las circunstancias del pais, ha sido la verdadera causa de sus frecuentes y lamentables desgracias. Reconociendo esta causa, los pueblos han buscado el remedio de sus males en una nueva carta fundamental, que les asegurase el goce de los derechos sacrosantos, eternos e imprescriptibles con que los dotó la mano bienhechora del Creador.

Vosotros fuisteis los escogidos para llenar este grandioso objeto; y en la solemnidad de este dia, habeis presentado el fruto de vuestras meditaciones y trabajos. Y aunque es verdad que jamás las obras de los hombres pueden salir de sus manos sin defectos, al pueblo, y sólo al pueblo soberano, a cuyo bien consagrasteis vuestros desvelos, y de cuya voluntad dependen la estabilidad y vigor de sus leyes constitutivas, toca la calificación inapelable de lo que él mismo os pidió. El tendrá presente que en la discusión de sus grandes intereses, la voluntad y el celo de los señores representantes, no han estado acompañados de circunstancias propicias al noble fin que los reunió. En el periodo que les fijó la ley para la conclusión de sus interesantes tareas, ¡cuántas veces la rebelión, el desórden, y aun el peligro de los principios proclamados en el plan de Ayutla, no han venido a distraer la atención del congreso!

Quiera el Ser Supremo, árbitro de los destinos de los hombres y de las naciones, que la discordia desaparezca para siempre de entre nosotros: que unidos, caminemos todos por el sendero de la justicia y de la verdad; y que lleguemos a asegurar el porvenir de nuestros hijos, con unas instituciones que los hagan vivir felices en medio de los grandes bienes y de las delicias de la paz.

Discurso del
Excmo. Sr. D. León Guzmán,
Vice-Presidente del Soberano Congreso

Exmo. Sr.:

El juramento que este concurso respetable acaba de presenciar, es grave y solemne, no sólo para la persona de V. E., sino también para el pueblo mexicano, para la representación nacional, y aún para este augusto recinto.

Para V. E. es la palabra de honor que el hombre santifica invocando la presencia de Dios. Para el pueblo es el anuncio de la revindicación de sus derechos santos; el preludio de su felicidad, cifrada en la libertad, en el órden y en el imperio de la ley. Para la representación nacional es un testimonio auténtico de respeto profundo a la soberana voluntad de la nación. Para este augusto santuario, que alguna vez ha sido traidoramente profanado, es una verdadera purificación.

El juramento que V. E. acaba de pronunciar, viene a imprimir el sello de la legalidad a la obra grandiosa que se iniciara en Ayutla; viene a realizar la esperanza querida, que decidiera a la nación a arrostrar toda clase de obstaculos; a vencer toda especie de inconvenientes.

La Providencia Divina, en sus altos designios, movió vuestro corazón patriota; y fuisteis uno de los más ardientes defensores de la libertad, uno de los campeones que más poderosamente contribuyeron a la grande obra de la regeneración de este pueblo infortunado. Esa misma Providencia Santa os destinaba también para dar cima a tan heróica empresa. ¡Cumplid los destinos de la Providencia!

Me es tan honroso como satisfactorio presentaros, a nombre de la representación nacional, el pacto federativo que ha sido el fruto de sus meditaciones y sus constantes afanes. Recibid este depósito sagrado; meditad que él encierra nada menos que los derechos, las esperanzas y el porvenir inmenso de todo un pueblo; recordad que este pueblo os ha colmado de honores y de confianza; y trabajad, con la fe que siempre acompaña al patriotismo puro, por hacer efectivos esos derechos, esas esperanzas y ese inmenso porvenir.

A vuestra lealtad queda encomendada la preparación del campo en que la semilla constitucional ha de fructificar. Y cuando el pueblo os deba este último beneficio, contad con sus bendiciones y con su inmensa gratitud.

El congreso esta muy distante de lisongearse con la idea de que su obra sea en todo perfecta. Bien sabe, como habeis dicho, que nunca lo fueron las obras de los

hombres. Sin embargo, cree haber conquistado principios de vital importancia, y deja abierta una puerta amplísima para que los hombres que nos sigan puedan desarrollar hasta su último término la justa libertad. Los representantes del pueblo le darán cuenta muy en breve de la manera que han podido llenar su delicada misión. Reconocen que el haber llegado al término de la obra principal que se les encomendara es debido a un favor especial de la Providencia Divina, y por tan fausto acontecimiento, bendicen en lo íntimo de su alma el santo nombre de Dios.

El Congreso Constituyente a la Nación.

Mexicanos:

Queda hoy cumplida la gran promesa de la regeneradora revolución de Ayutla, de volver el pais al órden constitucional. Queda satisfecha esta noble exigencia de los pueblos, tan enérgicamente expresada por ellos, cuando se alzaron a quebrantar el yugo del más ominoso despotismo. En medio de los infortunios que les hacia sufrir la tirania, conocieron que los pueblos sin instituciones que sean la legitima expresión de su voluntad, la invariable regla de sus mandatarios, están expuestos a incesantes trastornos y a la más dura servidumbre. El voto del pais entero clamaba por una constitución que asegurara las garantias del hombre, los derechos del ciudadano, el orden regular de la sociedad. A este voto sincero, íntimo del pueblo esforzado que en mejores dias conquistó su independencia; a esta aspiración del pueblo que en el deshecho naufragio de sus libertades buscaba ansioso Una tabla que lo salvara de la muerte, y de algo peor, de la infamia; a este voto, a está aspiración debió su triunfo la revolución de Ayutla, y de esta victoria del pueblo sobre sus opresores, del derecho sobre la fuerza bruta, se derivó la reunión del congreso, llamado a realizar la ardiente esperanza de la República: un código político adecuado a sus necesidades y a los rápidos progresos que, a pesar de sus desventuras, ha hecbo en la carrera de la civilización.

Bendiciendo la Providencia Divina los generosos esfuerzos que se hacen en favor de la libertad, ha permitido que el congreso de fin a su obra, y ofrezca hoy al pais la prometida constitución, esperada como la buena nueva para tranquilizar los ánimos agitados, calmar la inquietud de los espíritus, cicatrizar las heridas de la República, ser el íris de paz, el símbolo de la reconciliación entre nuestros hermanos, y hacer cesar esa penosa incertidumbre que caracteriza siempre los periodos dificiles de transición.

El congreso que libremente elegísteis, al concluir la ardua tarea que le encomendásteis, conoce el deber, esperimenta la necesidad de dirigiros la palabra, no para encomiar el fruto de sus deliberaciones, sino para exhortaros a la unión, a la concordia, y a que vosotros mismos seais los que perfeccioneis vuestras instituciones, sin abandonar las vías legales de que jamás debió salir la República.

Vuestros represensantes han pasado por las mas criticas y difíciles circunstancias; han visto la agitación de la sociedad, han escuchado el estrépito de la guerra fratricida, han contemplado amagada la libertad; y en tal situación, para no desesperar del porvenir, los ha alentado su fe en Dios, en Dios que no proteje la iniquidad ni la injusticia; y sin embargo, han tenido que hacer un esfuerzo supremo

sobre sí mismos, que obedecer sumisos los mandatos del pueblo, que resignarse a todo género de sacrificios para perseverar en la obra de constituir al pais.

Tomaron por guia la opinión pública, aprovecharon las amargas lecciones de la experiencia para evitar los escollos de lo pasado, y les sonrió halagüeña la esperanza de mejorar el porvenir de su patria.

Por esto, en vez de restaurar la única carta legítima que antes de ahora han tenido los Estados Unidos Mexicanos; en vez de revivir las instituciones de 1824, obra venerable de nuestros padres, emprendieron la formación de un nuevo código fundamental, que no tuviera los gérmenes funestos que, en dias de luctuosa memoria, proscribieron la libertad en nuestra patria, y que correspondiese a los visibles progresos consumados de entónces acá por el espíritu del siglo.

El congreso estimó como base de toda prosperidad, de todo engrandecimiento, la unidad nacional; y por tanto, se ha empeñado en que las instituciones sean un vínculo de fraternidad, un medio seguro de llegar a estables armonías, y ha procurado alejar cuanto producir pudiera choques y resistencias, colisiones y conflictos.

Persuadido el congreso de que la sociedad para ser justa, sin lo que no puede ser duradera, debe respetar los derechos concedidos al hombre por su Criador, convencido de que las mas brillantes y deslumbradoras teorías políticas son torpe engaño, amarga irrisión, cuando no se aseguran aquellos derechos, cuando no se goza de libertad civil, ha definido clara y precisamente las garantías individuales, poniéndolas a cubierto de todo ataque arbitrario. El acta de derechos que va al frente de la constitución es un homenaje tributado, en vuestro nombre, por vuestros legisladores, a los derechos imprescriptibles de la humanidad. Os quedan, pues, libres, expeditas, todas las facultades que del Ser Supremo recibisteis para el desarrollo de vuestra inteligencia, para el logro de vuestro bienestar.

La igualdad sera de hoy mas la gran ley en la República; no habrá mas mérito que el de las virtudes; no manchará el territorio nacional la esclavitud, oprobio de la historia humana; el domcilio será sagrado; la propiedad inviolable; el trabajo y la industria libres; la manifestación del pensamiento sin mas trabas que el respeto a la moral, a la paz pública y a la vida privada; el tránsito, el movimiento, sin dificultades; el comercio, la agricultura, sin obstáculos; los negocios del Estado encaminados por los ciudadanos todos; no habrá leyes retroactivas, ni monopolios, ni prisiones arbitrarias, ni jueces especiales, ni confiscación de bienes, ni penas infamantes, ni se pagara por la justicia, ni se violará la correspondencia; y en México, para su gloria ante Dios y ante el mundo, será una verdad práctica la inviolabilidad de la vida humana, luego que con el sistema penitenciario pueda alcanzarse el arrepentimiento y la rehabilitación moral del hombre que el crimen extravía.

Tales son, conciudadanos, las garantías que el congreso creyó deber asegurar en la constitución, para hacer efectiva la igualdad, para no conculcar ningun derecho, para que las instituciones desciendan solícitas y bienhechoras hasta las clases mas desvalidas y desgraciadas, a sacarlas de su abatimiento, a llevarles la luz de la verdad, a vivificarlas con el conocimiento de sus derechos. Así despertara su espíritu, que aletargó la servidumbre; así se estimulará su actividad, que paralizó la abyección; así entrarán en la comunión social, y dejando de ser ilotas miserables; redimidas, emancipadas, traeran nueva savia, nueva fuerza a la República.

Ni un instante pudo vacilar el congreso acerca de la forma de gobierno que anhelaba darse la nación. Claras eran las manifestaciones de la opinión, evidentes las necesidades del pais, indudables las tradiciones de la legitimidad, y elocuentemente persuasivas las lecciones de la experiencia. El país deseaba el sistema federativo, porque es el único que conviene a su población diseminada en un vasto territorio, el solo adecuado a tantas diferencias de productos, de climas, de costumbres, de necesidades; el sólo que puede extender la vida, el movimiento, la riqueza, la prosperidad a todas las extremidades, y el que promediando el ejercicio de la soberanía, es el más a propósito para hacer duradero el reinado de la libertad, y proporcionarle celosos defensores.

La federación, bandera de los que han luchado contra la tiranía, recuerdo de épocas venturosas, fuerza de la República para sostener su independencia, símbolo de los principios democráticos, es la única forma de gobierno que en México cuenta con el amor de los pueblos, con el prestigio de la legitimidad, con el respeto de la tradición republicana.

El congreso, pues, hubo de reconocer como preexistentes los Estados libres y soberanos: proclamó sus libertades locales, y al ocuparse de sus límites, no hizo mas alteraciones que las imperiosamente reclamadas por la opinión o por la conveniencia pública para mejorar la administración de los pueblos. Queriendo que en una democracia no haya puebios sometidos a pupilage, reconoció el legítimo derecho de varias localidades a gozar de vida propia como Estados de la federación.

El congreso proclamó altamente el dogma de la soberanía del pueblo, y quiso que todo el sistema constitucional fuese consecuencia lógica de esta verdad luminosa e incontrovertible. Todos los poderes se derivan del pueblo. El pueblo se gobierna por el pueblo. El pueblo legisla. Al pueblo corresponde reformar, variar sus instituciones. Pero siendo preciso por la organizacion, por la extension de las sociedades modernas recurrir al sistema representativo, en México no habrá quien ejerza autoridad sino por el voto, por la confianza, por el consentimiento esplícito del pueblo.

Gozando los Estados de amplísima libertad en su régimen interior, y estrechamente unidos por el lazo federal, los poderes que ante el mundo han de representar a la federación, quedan con las facultades necesarias para sostener la independencia, para fortalecer la unidad nacional, para promover el bien publico, para atender a todas las necesidades generales; pero no serán jamas una entidad extraña que esté en pugna con los Estados, sino que por el contrario, serán la hechura de los Estados todos.

El campo electoral está abierto á todas las aspiraciones, a todas las inteligencias, a todos los partidos; el sufragio no tiene mas restricciones que las que se han creido absolutamente necesarias a la genuina y verdadera representación de todas las localidades, y a la independencia de los cuerpos electorales; pero el congreso de la Unión será el pais mismo por medio de sus delegados; la corte de justicia cuyas altas funciones se dirigen a mantener la concordia y a salvar el derecho, sera instituida por el pueblo; y el presidente de la República será el escogido de los ciudadanos mexicanos. No hay, pues, antagonismo posible entre el centro y los Estados, y la constitución establece el modo pacifico y conciliador de dirimir las dificultades que en la práctica puedan suscitarse.

Se busca la armonía, el acuerdo, la fraternidad, los medios todos de conciliar la libertad con el órden, combinación feliz de donde dimana el verdadero progreso.

En medio de las turbulencias, de los odios, de los resentimientos que han impreso tan triste carécter a los sucesos contemporaneos, el congreso puede jactarse de haberse elevado a la altura de su grandiosa y sublime mision; no ha atendido a estos ni a equellos epítetos políticos; no se ha dejado arrastrar por el impetuoso torbellino de las pasiones; ha visto solo mexicanos, hermanos en los hijos todos de la República. No ha hecho una constitución para un partido, sino una constitución para todo un pueblo.

No ha intentado fallar de parte de quién están los errores, los desaciertos de lo pasado; ha querido evitar que se repitan en el porvenir; de par en par ha abierto las puertas de la legalidad a todos los hombres que lealmente quieran servir a su patria. Nada de exclusivismo, nada de proscripciones, nada de odios; paz, unión, libertad para todos: hé aquí el espíritu de la nueva conbtitución.

La discusión pública, la prensa, la tribuna, son para todas las opiniones; el campo electoral es el terreno en que deben luchar los partidos, y así la constitución sera la bandera de la República, en cuya conservación se interesarán los ciudadanos todos.

La gran prueba de que el congreso no ha abrigado resentimientos, de que ha querido ser eco de la magnanimidad del pueblo mexicano es, que ha sancionado la

abolición de la pena de muerte para los delitos políticos. Vuestros representantes, que han sufrido las persecuciones de la tiranía, han pronunciado el perdón de sus enemigos.

La obra de la constitución debe naturalmente, lo conoce el congreso, debe resentirse de las azarosas circunstancias en que ha sido formada, y puede también contener errores que se hayan escapado a la perspicacia de la asamblea. El congreso sabe muy bien que en el siglo presente no hay barrera que pueda mantener estacionario a un pueblo, que la corriente del espiritu no se estanca, que las leyes inmutables sonn frágil valladar para el progreso de las sociedades, que es vana empresa querer legislar para las edades futuras, y que el género humano avanza dia a dia, necesitando incesantes innovaciones en su modo de ser político y social. Por esto ha dejado expedito el camino á la reforma del código político, sin más precaución que la seguridad de que los cambios sean reclamados y aceptados por el pueblo.

Siendo tan fácil la reforma para satisfacer las necesidades del pais, ¿para qué recurrir a nuevos trastornos, para qué devoraroos en la guerra civil, si los medios legales no cuestan sangre, ni aniquilan a la República, ni la deshonran, ni ponen en peligro sus libertades y su existencia de nación soberana?

Persuadios, mexicanos, de que la paz es el primero de todos los bienes, y de qoe vuestra libertad, vuestra ventura dependen del respeto, del amor con que mantengais vuestras instituciones.

Si quereis libertades más amplias que las que os otorga el código fundamental, podeis obtenerlas por medios legales y pacíficos. Si creeis, por el contrario, que el poder de la autoridad necesita de más extensión y robustez, pacíficamente también, podeis llegar a este resultado.

El pueblo mexicano, que tuvo heróico esfuerzo para sacudir la dominación española, y filiarse entre las potencias soberanas; el pueblo mexicano que ha vencido a todas las tiranías, que anheló siempre la libertad y el órden constitucional, tiene ya un código, que es el pleno reconocimiento de sus derechos, y que no lo detiene, sino que lo impulsa en la vía del progreso y de la reforma, de la civilización y de la libertad.

En la senda de las revoluciones hay hondos y oscuros precipicios: el despotismo, la anarquía. El pueblo que se constituye bajo las bases de la libertad y de la justicia salva esos abismos. No los tiene delante de sus ojos, ni en la reforma ni en el progreso. Los deja atras, los deja en lo pasado.

Al pueblo mexicano toca mantener sus preciosos derechos, y mejorar la obra de la asamblea constituyente, que cuenta con el concurso que le prestarán sin duda,

las legislaturas de los Estados, para que sus instituciones particulares vigoricen la unidad nacional y produzcan un conjunto admirable de armonía, de fuerza, de fraternidad entre las partes todas de la República.

La gran promesa del plan de Ayutla esta cumplida. Los Estados-Unidos Mexicanos vuelven al órden constitucional. El congreso ha sancionado la constitución más democrática que ha tenido la República, ha proclamado los derechos del hombre, ha trabajado por la libertad, ha sido fiel al espíritu de su época, a las inspiraciones radiantes del cristianismo, a la revolución política y social a que debió su origen, ha edificado sobre el dogma de la soberanía del pueblo, y no para arrebatársela, sino para déjar al pueblo el ejercicio pleno de su soberanía.

¡Plegue al Supremo Regulador de las sociedades, hacer aceptable al pueblo mexicano la nueva constitución, y accediendo a los humildes ruegos de esta asamblea, poner término a los infortunios de la República, y dispensarle con mano pródiga los beneficios de la paz, de la justicia, de la libertad!

Estos son los votos de vuestros representantes al volver a la vida privada, a confundirse con sus conciudadanos. Espéran el olvido de sus errores, y que luzca un dia en que, siendo la constitucion de 1857 la bandera de la libertad, se haga justicia a sus patrióticas intenciones.

México, Febrero 5 de 1857.

Leon Guzman, vice-presidente.

Isidoro Olvera, diputado secretario.

José Antonio Gamboa, diputado secretario.

Ignacio Comonfort,

Presidente sustituto de la República Mexicana, a los habitantes de ella

Sabed:

Que el Congreso extraordinario constituyente ha decretado lo que sigue:

En el nombre de Dios y con la autoridad del Pueblo Mexicano.

Los representantes de los diferentes Estados, del Distrito y Territorios que componen la República de México, llamados por el plan proclamado en Ayutla el 1° de Marzo de 1854, reformado en Acapulco el dia 11 del mismo mes y año, y por la convocatoria expedida el 17 de Octubre de 1855, para constituir a la Nacion bajo la forma de República democrática, representativa, popular, poniendo en ejercicio los poderes con que están investidos, cumplen con su alto encargo decretando la siguiente:

CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LA REPÚBLICA MEXICANA

Sobre la indestructible base de su legitima Independencia, proclamada el 16 de Septiembre de 1810 y consumada el 27 de Septiembre de 1821.

TÍTULO I

Sección I

De los derechos del hombre

Artículo 1.- El pueblo mexicano reconoce, que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales. En consecuencia declara, que todas las leyes y todas las autoridades del pais, deben respetar y sostener las garantías que otorga la presente Constitución.

Artículo 2.- En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el terri-torio nacional recobran, por ese solo hecho, su libertad, y tienen derecho a la pro-tección de las leyes.

Articulo 3.- La enseñanza es libre. La ley determinará qué profesiones nece-sitan título para su ejercicio, y con qué requisitos se deben expedir.

Artículo 4.- Todo hombre es libre para abrazar la profesión, industria o trabajo que le acomode, siendo útil y honesto, y para aprovecharse de sus productos. Ni uno ni otro se le podrá impedir, sino por sentencia judicial cuando ataque los derechos de tercero, o por resolución gubernativa, dictada en los términos que marque la ley, cuando ofenda los de la sociedad.

Artículo 5.- Nadie puede ser obligado a prestar trabajos personales, sin la justa retribucíón y sin su pleno consentimiento. La ley no puede autorizar ningún contrato que tenga por objeto la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre, ya sea por causa de trabajo, de educación, o de voto religioso. Tampoco puede autorizar convenios en que el hombre pacte su proscripción ó destierro.

Artículo 6.- La manifestación de las ideas no puede ser objeto de ninguna inquisición judicial o administrativa, sino en el caso de que ataque la moral, los derechos de tercero, provoque algun crímen o delito, o perturbe el órden público.

Artículo 7.- Es inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia. Ninguna ley ni autoridad puede establecer la prévia censura, ni exigir fianza a los autores o impresores, ni coartar la libertad de imprenta, que no tiene más límites que el respeto a la vida privada, a la moral, y a la paz pública. Los delitos de imprenta serán juzgados por un jurado que califique el hecho, y por otro que aplique la ley y designe la pena.

Artículo 8.- Es inviolable el derecho de petición ejercido por escrito, de una manera pacífica y respetuosa; pero en materias políticas sólo pueden ejercerlo los ciudadanos de la República. A toda petición debe recaer un acuerdo escrito de la autoridad a quien se haya dirigido, y ésta tiene obligacion de hacer conocer el resultado al peticionario.

Artículo 9.- A nadie se le puede coartar el derecho de asociarse o de reunirse pacíficamente con cualquier objeto lícito; pero solamente los ciudadanos de la República pueden hacerlo para tomar parte en los asuntos políticos del pais. Ninguna reunión armada tiene derecho de deliberar.

Artículo 10.- Todo hombre tiene derecho de poseer y portar armas para su seguridad y legítima defensa. La ley señalará cuales son las prohibidas y la pena en que incurren los que las portaren.

Artículo 11.- Todo hombre tiene derecho para entrar y salir de la República, viajar por su territorio y mudar de residencia, sin necesidad de carta de seguridad, pasaporte, salvo-conducto u otro requisito semejante. El ejercicio de este derecho no perjudica las legítimas facultades de la autoridad judicial o administrativa, en los casos de responsabilidad criminal o civil.

Artículo 12.- No hay, ni se reconocen en la República, títulos de nobleza, ni prerrogativas, ni honores hereditarios. Solo el pueblo, legítimamente representado, puede decretar recompensas en honor de los que hayan prestado o prestaren servicios eminentes a la patria o a la humanidad.

Artículo 13.- En la República mexicana nadie puede ser juzgádo por leyes privativas, ni por tribunales especiales. Ninguna persona ni corporación puede tener fueros, ni gozar emolumentos que no sean compensación de un servicio público, y estén fijados por la ley. Subsiste el fuero de guerra solamente para los delitos y faltas que tengan exacta conexión con la disciplina militar. La ley fijará con tóda claridad los casos de esta excepción.

Artículo 14.- No se podrá expedir ninguna ley retroactiva. Nadie puede ser juzgado ni sentenciado, sino por leyes dadas con anterioridad al hecho y exactamente aplicadas á él, por el tribunal que préviamente haya establecido la ley.

Artículo 15.- Nunca se celebrarán tratados para la extradicción de reos políticos, ni para la de aquellos delincuentes del órden común que hayan tenido en el pais en donde cometieron el delito la condición de esclavos, ni convenios óo tratados en virtud de los que se alteren las garantías y derechos que esta Constitución otorga al hombre y al ciudadano.

Artículo 16.- Nadie puede ser molestado en su persona, familia, domicilio, papeles y posesiones, sino en virtud de mandamiento escrito de la autoridad competente, que funde y motive la causa legal del procedimiento. En el caso de delito infraganti, toda persona puede aprehender al delincuente y a sus cómplices, poniéndolos sin demora a disposicion de la autoridad inmediata.

Artículo 17.- Nadie puede ser preso por deudas de un carácter puramente civil. Nadie puede ejercer violencia para reclamar su derecho. Los tribunales estarán siempre expeditos para administrar justicia. Está será gratuita, quedando en consecuencia abolidas las costas judiciales.

Artículo 18.- Solo habrá lugar a prisión por delito que merezca pena corporal. En cualquier estado del proceso en que aparezca que al acusado no se le puede imponer tal pena, se pondrá en libertad bajo de fianza. En ningún caso podrá prolongarse la prisión o detención por falta de pago de honorarios, o de cualquiera otra ministración de dinero.

Artículo 19.- Ninguna detención podrá exceder del término de tres dias, sin que se justifique con un auto motivado de prísión y los demás requisitos que establezca la ley. El sólo lapso de este término, constituye responsables a la autoridad que la ordena o consiente y a los agentes, ministros, alcaldes o carceleros que la ejecuten. Todo maltratamiento en la aprehensión o en las prisiones, toda mo-

lestia que se infiera sin motivo legal, toda gabela o contribución en las cárceles, es un abuso que deben corregir las leyes y castigar severamente las autoridades.

Artículo 20.- En todo juicio criminal el acusado tendrá las siguientes garantías:

I. Que se le haga saber el motivo del procedimiento y el nombre del acusador, si lo hubiere.

II. Que se le tome su declaración preparatoria dentro de cuarenta y ocho horas, contadas desde que esté a disposición de su juez.

III. Que se le carée con los testigos que depongan en su contra.

IV. Que se le faciliten los datos que necesite y consten en el proceso, para preparar sus descargos.

V. Que se le oiga en defensa por sí o por persona de su confianza, o por ambos, según su voluntad. En caso de no tener quien lo defienda, se le presentará lista de los defensores de oficio, para que elija el que, o los que le convengan.

Artículo 21.- La aplicación de las penas propiamente tales, es exclusiva de la autoridad judicial. La política o administrativa sólo podrá imponer, como corrección, hasta quinientos pesos de multa, o hasta un mes de reclusión, en los casos y modo que expresamente determine la ley.

Artículo 22.- Quedan para siempre prohibidas las penas de mutilación y de infamia, la marca, los azotes, los palos, el tormento de cualquiera especie, la multa excesiva, la confiscación de bienes y cualesquiera otras penas inusitadas ó trascendentales.

Artículo 23.- Para la abolición de la pena de muerte, queda a cargo del poder administrativo el establecer, a la mayor brevedad, el régimen penitenciario. Entre tanto, queda abolida para los delitos políticos, y no podrá extenderse a otros casos más que al traidor a la patria en guerra extranjera, al salteador de caminos, al incendiario, al parricida, al homicida con alevosía, premeditación o ventaja, a los delitos graves del órden militar y a los de pirateria que definiere la ley.

Artículo 24.- Ningún juicio criminal puede tener más de tres instancias. Nadie puede ser juzgado dos veces por el mismo delito, ya sea que en el juicio se le absuelva o se le condene. Queda abolida la práctica de absolver de la instancia.

Artículo 25.- La correspondencia, que bajo cubierta circule por las estafetas, está libre de todo registro. La violación de esta garantía es un atentado que la ley castigará severamente.

Artículo 26.- En tiempo de paz ningun militar puede exigir alojamiento, bágaje, ni otro servicio real o personal, sin el consentimiento del propietario. En tiempo de guerra sólo podrá hacerlo en los términos que establezca la ley.

Artículo 27.- La propiedad de las personas no puede ser ocupada sin su consentimiento, sino por causa de utilidad pública y prévia indemnización. La ley determinará la autoridad que deba hacer la expropiación y los requisitos con que ésta haya de verificarse. Ninguna corporación civil o eclesiástica, cualquiera que sea su carácter, denominación u objeto, tendrá capacidad legal para adquirir en propiedad o administrar por sí bienes raices, con la única excepción de los edificios destinados inmediata y directamente al servicio u objeto de la institución.

Artículo 28.- No habrá monopolios, ni estancos de ninguna clase, ni prohibiciones a título de protección á la industria. Exceptuanse únicamente, los relativos a la acuñación de moneda, a los correos y a los privilegios que, por tiempo limitado, conceda la ley a los inventores o perfeccionadores de alguna mejora.

Artículo 29.- En los casos de invasión, perturbación grave de la paz pública, o cualesquiera otros que pongan a la sociedad en grande peligro o conflicto, solamente el presidente de la República, de acuerdo con el consejo de ministros y con aprobación del congreso de la Unión, y, en los recesos de éste, de la diputación permanente, puede suspender las garantías otorgadas en esta Constitución, con excepción de las que aseguran la vida del hombre; pero deberá hacerlo por un tiempo limitado, por medio de prevenciones generales y sin que la suspensión pueda contraerse a determinado individuo. Si la suspensión tuviere lugar hallándose el congreso reunido, éste concederá las autorizaciones que estime necesarias para que el ejecutivo haga frente a la situacipon. Si la suspensión se verificare en tiempo de receso, la diputación permanente convocará sin demora al congreso para que las acuerde.

SECCIÓN II

De los mexicanos

Artículo 30.- Son mexicanos:

I. Todos los nacidos dentro o fuera del territorio de la República, de padres mexicanos.

II. Los extranjeros que se naturalicen conforme a las leyes de la federación.

III. Los extranjeros que adquieran bienes raices en la República o tengan hijos mexicanos, siempre que no manifiesten la resolución de conservar su nacionalidad.

Artículo 31.- Es obligación de todo mexicano:

I. Defender la independencia, el territorio, el honor, los derechos e intereses de su patria.

II. Contribuir para los gastos públicos, así de la federación como del Estado y municipio en que resida, de la manera proporcional y equitativa que dispongan las leyes.

Artículo 32.- Los mexicanos serán preferidos a los extranjeros, en igualdad de circunstancias, para todos los empleos, cargos o comisiones de nombramiento de las autoridades, en que no sea indispensable la calidad de ciudadano. Se expedirán leyes para mejorar la condición de los mexicanos laboriosos, premiando a los que se distingan en cualquier ciencia o arte, estimulando al trabajo, y fundando colegios y escuelas prácticas de artes y oficios.

SECCIÓN III

De los extranjeros

Artículo 33.- Son extranjeros los que no posean las calidades determinadas en el Artículo 30. Tienen derecho a las garantías otorgadas en la sección Ia. título 1° de la presente Constitución, salva en todo caso la facultad que el gobierno tiene para expeler al extranjero pernicioso. Tienen obligación de contribuir para los gastos públicos, de la manera que dispongan las leyes, y de obedecer y respetar las instituciones, leyes y autoridades del país, sujetándose a los fallos y sentencias de los tribunales, sin poder intentar otros recursos, que los que las leyes conceden a los mecicanos.

SECCIÓN IV

De los ciudadanos mexicanos

Artículo 34.- Son ciudadanos de la República todos los que, teniendo la calidad de mexicanos, reunan además las siguientes:

I. Haber cumplido diez y ocho años siendo casados, o veintiuno si no lo son.

II. Tener un modo honesto de vivir.

Artículo 35.- Son prerrogativas del ciudadano:

I. Votar en las eleccioncs populares.

II. Poder ser votado para todos los cargos de elección popular, y nombrado para cualquier otro empleo o comisión, teniendo las calidades que la ley establezca.

III. Asociarse para tratar los asuntos políticos del país.

IV. Tomar las armas en el ejército o en la guardia nacional, para la defensa de la República y de sus instituciones.

V. Ejercer en toda clase de negocios el derecho de petición.

Artículo 36.- Son obligaciones del ciudadano de la República:

I. Inscribirse en el padrón de su municipalidad, manifestando la propiedad que tiene, o la industria, profesión o trabajo de que subsiste.

II. Alistarse en la guardia nacional.

III. Votar en las elecciones populares, en el distrito que le corresponda.

IV. Desempeñar los cargos de elección popular de la federación, que en ningún caso serán gratuitos.

Artículo 37.- La calidad de ciudadano se pierde:

I. Por naturalización en país extranjero.

II. Por servir oficialmente al gobierno de otro país, o admitir de él condecoraciones, títulos o funciones, sin previa licencia del congreso federal. Exceptúanse los títulos literarios, científicos y humanitarios, que pueden aceptarse libremente.

Artículo 38.- La ley fijará los casos y la forma en que se pierden o suspenden los derechos de ciudadano, y la manera de hacer la rehabilitación.

TÍTULO II

Sección I

De la soberanía nacional y de la forma de gobierno

Artículo 39.- La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio. El pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno.

Artículo 40.- Es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una República representativa, democrática, federal, compuesta de Estados libres y suberanos en todo lo concerniente a su régimen interior; pero unidos en una federación establecida según los principios de esta ley fundamental.

Artículo 41.- El pueblo ejerce su soberanía por medio de los poderes de la Unión en los casos de su competencia, y por los de los Estados para lo que toca a su régimen interior, en los términos respectivamente establecidos por esta Constitución federal y las particulares de los Estados, las que en ningún caso podrán contravenir a las estipulaciones del pacto federal.

SECCIÓN II

De las partes integrantes de la federación y del territorio nacional

Artículo 42.- El territorio nacional comprende el de las partes integrantes de la federación, y además el de las islas adyacentes en ambos mares.

Artículo 43.- Las partes integrantes de la federación son: los Estados de Aguascalientes, Colima, Chiapas, Chihuahua, Durango, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, México, Michoacan, Nuevo Leon y Coahuila, Oaxaca, Puebla, Querétaro, San Luis Potosi, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Tamaulipas, Tlaxcala, Valle de México, Veracruz, Yucatán, Zacatecas y el territorio de la Baja California.

Artículo 44.- Los Estados de Aguascalientes, Chiapas, Chihuahua, Durango, Guerrero, México, Puebla, Querétaro, Sinaloa, Sonora, Tamaulipas y el Territorio de la Baja California, conservarán los límites que actualmente tienen.

Artículo 45.- Los Estados de Colima y Tlaxcala conservarán, en su nuevo carácter de Estados, los límites que han tenido como territorios de la federación.

Artículo 46.- El Estado del Valle de México se formará del territorio que en la actualidad comprende el Distrito federal, pero la erección solo tendrá efecto, cuando los supremos poderes federales se trasladen a otro lugar.

Artículo 47.- El Estado de Nuevo Leon y Coahuila comprenderá el territorio que ha pertenecido a los dos distintos Estados que hoy lo forman, separándose la parte de la hacienda de Bonanza, que se reincorporará a Zacatecas, en los mismos términos en que estaba antes de su incorporación a Coahuila.

Artículo 48.- Los Estados de Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Oaxaca, San Luis Potosí, Tabasco, Veracruz, Yucatán y Zacatecas, recobrarán la extensión y

límites que tenían en 31 de Diciembre de 1852, con las alteraciones que establece el artículo siguiente.

Artículo 49.- El pueblo de Contepec, que ha pertenecido a Guanajuato, se incorporará a Michoacán. La municipalidad de Ahualuleo, que ha pertenecido a Zacatecas, se incorporará a San Luis Potosí. Las municipalidades de Ojo-Caliente y San Francisco de los Adames, que han pertenecido a San Luis, así como los pueblos de Nueva-Tlaxcala y San Andres del Teul, que han pertenecido a Jalisco, se incorporarán á Zacatecas. El departamento de Tuxpan continuará formando parte de Veracruz. El cantón de Huimanguillo, que ha pertenecido a Veracruz, se incorporará a Tabasco.

TÍTULO III

De la división de poderes

Artículo 50.- El Supremo poder de la federación se divide para su ejercicio en legislativo, Ejecutivo y judicial. Nunca podrán reunirse dos o más de estos poderes en una persona o corporación, ni depositarse el legislativo en un individuo.

SECCION I

Del poder legislativo

Artículo 51.- Se deposita el ejercicio del Supremo poder legislativo en una asamblea, que se denominará Congreso de la Unión.

PÁRRAFO I

De la elección e instalación del Congreso

Artículo 52.- El Congreso de la Unión se compondrá de representantes, elegidos en su totalidad cada dos años por los ciudadanos mexicanos.

Artículo 53.- Se nombrará un diputado por cada cuarenta mil habitantes, o por una fracción que pase de veinte mil. El territorio en que la población sea menor de la que se fija en este artículo, nombrará sin embargo un diputado.

Artículo 54.- Por cada diputado propietario se nombrará un suplente.

Artículo 55.- La elección para diputados será indirecta en primer grado, y en escrutinio secreto, en los términos que disponga la ley electoral.

Artículo 56.- Para ser diputado se requiere: ser ciudadano mexicano en ejercicio de sus derechos; tener veinticinco años cumplidos el dia de la apertura de las sesiones; ser vecino del Estado o Territorio que hace la elección; y no pertenecer al estado eclesiástico. La vecindad no se pierde por ausencia en desempeño de cargo público de elección popular.

Artículo 57.- El cargo de diputado es incompatible con cualquiera comisión o destino de la Unión en que se disfrute sueldo.

Artículo 58.- Los diputados propietarios desde el dia de su elección, hasta el dia en que concluyan su encargo, no pueden aceptar ningün empleo de nombramiento del Ejecutivo de la Union por el que se disfrute sueldo, sin previa licencia del Cóngreso. El mismo requisito es necesario para los diputados suplentes, que estén en ejercicio de sus funciones.

Artículo 59.- Los diputados son inviolables por sus opiniones manifestádas en el desempeño de su encargo, y jamas podrán Ser reconvenidos por ellas.

Artículo 60.- El Congreso cálificá las elecciones de sus miembros y resuelve las dudas que ocurran sobre ellas.

Artículo 61.- El Congreso no puede abrir sus sesiones, ni ejercer su encargo, sin la concurrencia de más de la mitad del número total de sus miembros¡ pero los presentes deberán reunirse el dia señalado por la ley y compeler a los ausentes, bajo las penas que ella designe.

Artículo 62.- El Congreso tendrá cada año dos periodos de sesiones ordinarias: el primero comenzará el 16 de Septiembre y terminará el 15 de Diciembre y el segundo, improrrogable, comenzará el 1° de Abril y terminará el último de Mayo.

Artículo 63.- A la apertura de sesiones del Congreso asistirá el Presidente de la Union, y pronunciará un discurso en que manifieste el estado que guarda el país. El presidente del Congreso contestará en términos generales.

Artículo 64.- Toda resolución del Congreso no tendrá 0tro carácter que el de ley o acuerdo económico. Las leyes se comunicarán al Ejecutivo firmadas por el Presidente y dos Secretarios, y los acuerdos económicos por solo dos Secretarios.

PARRAFO II

De la iniciativa y formación de las leyes

Artículo 65.- El derecho de iniciar leyes compete:

I. Al Presidente de la Unión.

II. A los Diputados al Congreso Federal.

III. A las Legislaturas de los Estados.

Artículo 66.- Las iniciativas presentadas por el Presidente de la República, las legislaturas de los Estados o las diputaciones de los mismos, pasarán desde luego a comisión. Las que presentaren los diputados, se sujetarán a los trámites que designe el reglamento de debates.

Artículo 67.- Todo proyecto de ley que fuere desechado por el Congreso, no podrá volver a presentarse en las sesiones del año.

Artículo 68.- El segundo periodo de sesiones se destinará, de toda preferencia, al exámen y votación de los presupuestos del año fiscal siguiente; a decretar las contribuciones para cubrirlos y a la revisión de la cuenta del año anterior, que presente el Ejecutivo.

Artículo 69.- El dia penúltimo del primer periodo de sesiones, presentará el Ejecutivo al Congreso el proyecto de presupuesto del año próximo venidero y la cuenta del año anterior. Uno y otra pasarán a una comisión compuesta de cinco representantes nombrados en el mismo dia, la cual tendrá obligación de examinar ambos documentos y presentar dictámen sobre ellos, en la segunda sesion del segundo periodo.

Artículo 70.- Las iniciativas o proyectos de ley deberán sujetarse a los trámites siguientes:

I. Dictámen de comisión.

II. Una o dos discusiones, en los términos que expresan las fracciones siguientes.

III. La primera discusión se verificará en el dia que designe el presidente del Congreso, conforme a reglamento.

IV. Concluida esta discusion se pasará al Ejecutivo copia del expediente, para que en el término de siete dias manifieste su opinión ó exprese que no usa de esa facultad.

V. Si la opinión del Ejecutivo fuere conforme, se procederá, sin más discusión, a la votación de la ley.

VI. Si dicha opinión discrepare en todo ó en parte, volverá el expediente a la comisión, para que, con presencia de las observaciones del gobierno, examine de nuevo el negocio.

VII. El nuevo dictámen sufrirá nueva discusión, y concluida está se procederá a la votación.

VIII. Aprobación de la mayoróa absoluta de los diputados presentes.

Artículo 71.- En el caso de urgencia notoria, calificada por el voto de dos tercios de los diputados presentes, el Congreso puede estrechar o dispensar los trámites establecidos en el art. 70.

PÁRRAFO III

De las facultades del Congreso

Artículo 72.- El Congreso tiene facultad:

I. Para admitir nuevos Estados o Territorios a la Unión federal, incorporándolos a la nacion.

II. Para erigir los Territorios en Estados cuando tengan una población de ochenta mil habitantes, y los elementos necesarios para proveer a su existencia política.

III. Para formar nuevos Estados dentro de los limites de los existentes, siempre que lo pida una población de ochenta mil habitantes, justificando tener los elementos necesarios para proveer a su existencia política. Oirá en todo caso a las legislaturas de cuyo territorio se trate, y su acuerdo sólo tendrá efecto, si lo ratifica la mayoria de las legislaturas de los Estados.

IV. Para arreglar definitivamente los limites de los Estados, terminando las diferencias que entre ellos se susciten sobre demarcación de sus respectivos territorios, menos cuando esas diferencias tengan un carácter contencioso.

V. Para cambiar la residencia de los supremos poderes de la federación.

VI. Para el arreglo interior del Distrito Federal y Territorios, teniendo por base el que los ciudadanos elijan popularmente las autoridades políticas, municipales y judiciales, designándoles rentas para cubrir sus atenciones locales.

VII. Para aprobar el presupuesto de los gastos de la federación que anualmente debe presentarle el Ejecutivo, e imponer las contribuciones necesarias para cubrirlo.

VIII. Para dar bases bajo las cuales el Ejecutivo pueda celebrar empréstitos sobre el crédito de la nación; para aprobar esos mismos empréstitos, y para reconocer y mandar pagar la deuda nacional.

IX. Para espedir aranceles sobre el comercio extranjero, y para impedir, por medio de bases generales, que en el comercio de Estado a Estado, se establezcan restricciones onerosas.

X. Para establecer las bases generales de la legislación mercantil.

XI. Para crear y suprimir empleos públicos de la federación; señalar, aumentar o disminuir sus dotaciones.

XII. Para ratificar los nombramientos que haga el Ejecutivo de los ministros, agentes diplomáticos y cónsules, de los empleados superiores de hacienda, de los coroneles y demas oficiales superiores del ejército y armada nacional.

XIII. Para aprobar los tratados, convenios o convenciones diplomáticas que celebre el Ejecutivo.

XIV. Para declarar la guerra en vista de los datos que le presente el Ejecutivo.

XV. Para reglamentar el modo en que deban expedirse las patentes de corso; para dictar leyes, según las cuales deban declararse buenas o malas las presas de mar y tierra, y para expedir las relativas al derecho marítimo de paz y guerra.

XVI. Para conceder o negar la entrada de tropas extranjeras en el territorio de la federación, y consentir la estación de escuadras de otra potencia, por más de un mes, en las aguas de la República.

XVII. Para permitir la salida de trópas nacionales fuera de los límites de la República.

XVIII. Para levantar y sostener el ejército y la armada de la Union, y para reglamentar su organización y servicio.

XIX. Para dar reglamentos con el objeto de organizar, armar y disciplinar la guardia nacional, reservando a los ciudadanos que la formen, el nombramiento respectivo de jefes y oficiales, y a los Estados la facultad de instruirla, conforme a la disciplina prescrita por dichos reglamentos.

XX. Para dar su consentimiento a fin de que el Ejecutivo pueda disponer de la guardia nacional, fuera de sus respectivos Estados o Territorios, fijando la fuerza necesaria.

XXI. Para dictar leyes sobre naturalización, colonización y ciudadanía.

XXII. Para dictar leyes sobre vías generales de comunicación y sobre postas y correos.

XXIII. Para establecer casas de moneda, fijar las condiciones que esta deba tener, determinar el valor de la extranjera y adoptar un sistema general de pesos y medidas.

XXIV. Para fijar las reglas a que debe sujetarse la ocupación y enajenación de terrenos baldíos y el precio de estos.

XXV. Para conceder amnistías por delitos cuyo conocimiento pertenezca a los tribunales de la federación.

XVI. Para conceder premios o recompensas por servicios eminentes prestados a la patria o a la humanidad, y privilegios por tiempo limitado a los inventores o perfeccionadores de alguna mejora.

XXVII. Para prorrogar por treinta dias útiles el primer periodo de sus sesiones ordinarias.

XXVIII. Para formar su reglamento interior y tomar las providencias necesarias para hacer concurrir a los diputados ausentes, y corregir las faltas u omisiones de los presentes.

XXIX. Para nombrar y remover libremente a los empleados de su secretaría y a los de la contaduría mayor, que se organizará segun lo disponga la ley.

XXX. Para expedir todas las leyes que sean necesarias y propias para hacer efectivas las facultades antecedentes y todas las otras concedidas por esta Constitución a los poderes de la Unión.

PÁRRAFO IV

De la diputación permanente

Artículo 73.- Durante los recesos del Congreso de la Unión, habrá una diputación permanente, compuesta de un diputado por cada Estado y Territorio, que nombrará el Congreso la víspera de la clausura de sus sesiones.

Artículo 74.- Las atribuciones de la diputación permanente, son las siguientes:

I. Prestar su consentimiento para el uso de la guardia nacional, en los casos de que habla el art. 72, fracción 20.

II. Acordar por sí sola, o a petición del Ejecutivo, la convocación del Congreso a sesiones extraordinarias.

III. Aprobar en su caso los nombramientos a que se refiere el art. 85, fracción 3a.

IV. Recibir el juramento al presidente de la República, y a los ministros de la Suprema Corte de Justicia, en los casos prevenidos por esta Constitución.

V. Dictaminar sobre todos los asuntos que queden sin resolución en los expedientes, a fin de que la legislatura que sigue tenga desde luego de que ocuparse.

SECCIÓN II

Del poder Ejecutivo

Artículo 75.- Se deposita el ejercicio del supremo poder ejecutivo de la Unión, en un sólo individuo que se denominará Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

Artículo 76.- La elección de presidente será indirecta en primer grado y en escrutinio secreto, en los términos que disponga la ley electoral.

Artículo 77.- Para ser presidente se requiere: ser ciudadano mexicano por nacimiento, en ejercicio de sus derechos, de treinta y cinco años cumplidos al tiempo de la elección, no pertenecer al estado eclesiástico y residir en el país al tiempo de verificarse la elección.

Artículo 78.- El presidente entrará a ejercer sus funciones el primero de Diciembre y durará en su encargo cuatro años.

Artículo 79.- En las faltas temporales del presidente de la República, y en la absoluta miéntras se presenta el nuevamente electo entrará a ejercer el poder, el presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Artículo 80.- Si la falta del presidente fuera absoluta, se procederá a nueva elección con arreglo a lo dispuesto en el art. 76, y el nuevamente electo, ejercerá sus funciones hasta el dia último de Noviembre del cuarto año siguiente al de su elección.

Artículo 81.- El cargo de presidente de la Unión, sólo es renunciable por causa grave calificada por el Congreso, ante quien se presentará la renuncia.

Artículo 82.- Si por cualquier motivo la elección de presidente no estuviere hecha y publicada para el 1° de Diciembre en que debe verificarse el reemplazo, o el

electo no estuviere pronto a entrar en el ejercicio de sus funciones, cesará sin embargo el antiguo, y el supremo poder ejecutivo se depositará interinamente en el presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Artículo 83.- El presidente al tomar posesión de su encargo, jurará ante el Congreso, y en un receso ante la diputación permanente, bajo la fórmula siguiente: Juro desempeñar leal y patrióticamente el encargo de presidente de los Estados Unidos Mexicanos, conforme a la Constitución, y mirando en todo por el bien y prosperidad de la Unión.

Artículo 84.- El presidente no puede separarse del lugar de la residencia de los poderes federales, ni del ejercicio de sus funciones, sin motivo grave calificado por el Congreso, y en sus recesos por la diputación permanente.

Artículo 85.- Las facultades y obligaciones del presidente, son las siguientes:

I. Promulgar y ejecutar las leyes que expida el Congreso de la Unión, proveyendo en la esfera administrativa a su exacta observancia.

II. Nombrar y remover libremente a los secretarios del despacho, remover a los agentes diplomáticos y empleados superiores de hacienda, y nombrar y remover libremente a los demas empleados de la Unión, cuyo nombramiento o remoción no estén determinados de otro modo en la Constitución o en las leyes.

III. Nombrar los ministros, agentes diplomáticos y cónsules generales, con aprobación del Congreso, y en sus recesos de la diputación permanente.

IV. Nombrar con aprobación del Congreso, los coroneles y demás oficiales superiores del ejército y armada nacional y los empleados superiores de hacienda.

V. Nombrar los demás oficiales del ejército y armada nacional, con arreglo a las leyes.

VI. Disponer de la fuerza armada permanente de mar y tierra para la seguridad interior y defensa exterior de la federación.

VII. Disponer de la guardia nacional para los mismos objetos, en los términos que previene la fracción 20 del artículo 72.

VIII. Declarar la guerra en nombre de los Estados Unidos Mexicanos, prévia ley del Congreso de la Unión.

IX. Conceder patentes de corso con sujeción a las bases fijadas por el Congreso.

X. Dirigir las negociaciones diplomáticas, y celebrar tratados con las potencias extranjeras, sometiéndolos a la ratificación del Congreso federal.

XI. Recibir ministros y otros enviados de las potencias extranjeras.

XII. Convocar al Congreso a sesiones extraordinarias, cuando lo acuerde la diputación permanente.

XIII. Facilitar al poder judicial los auxilios que necesite para el ejercicio espedito de sus funciones.

XIV. Habilitar toda clase de puertos, establecer aduanas marítimas y fronterizas y designar su ubicación.

XV. Conceder, conforme a las leyes, indultos a los reos sentenciados por delitos de la competencia de los tribunales federales.

Artículo 86.- Para el despacho de los negocios del órden administrativo de la federación, habrá el número de secretarios que establezca el Congreso por una ley, la que hará la distribución de los negocios que han de estar a cargo de cada secretaría.

Artículo 87.- Para ser secretario del despacho se requiere: ser ciudadano mexicano por nacimiento, estar en ejercicio de sus derechos y tener veinte y cinco años cumplidos.

Artículo 88.- Todos los reglamentos, decretos y órdenes del Presidente, deberán ir firmados por el secretario del despacho encargado del ramo a que el asunto corresponde. Sin este requisito no serán obedecidos.

Artículo 89.- Los secretarios del despacho, luego que estén abiertas las sesiones del primer periodo, darán cuenta al Congreso del estado de sus respectivos ramos.

SECCIÓN III

Del poder judicial

Artículo 90.- Se deposita el ejercicio del poder judicial de la federación en una Corte Suprema de Justicia y en los tribunales de Distrito y de Circuito.

Artículo 91.- La Suprema Corte de Justicia se compondrá de once ministros propietarios, cuatro supernumerarios, un fiscal y un procurador general.

Artículo 92.- Cada uno de los individuos de la Suprema Corte de Justicia durará en su encargo seis años, y su elección será indirecta en primer grado, en los términos que disponga la ley electoral.

Artículo 93.- Para ser electo individuo de la Suprema Corte de Justicia, se necesita: estar instruido en la ciencia del derecho, a juicio de los electores, ser mayor de treinta y cinco años y ciudadano mexicano por nacimiento, en ejercicio de sus derechos.

Artículo 94.- Los individuos de la Suprema Corte de Justicia al entrár a ejercer su encargo, prestarán juramento ante el Congreso, y en sus recesos ante la diputación permanente, en la forma siguiente: - ¿Jurais desempeñar leal y patrióticamente el cargo de magistrado de la Suprema Corte de Justicia que os ha conferido el pueblo, conforme á la Constitución, y mirando en todo por el bien y prosperidad de la Unión?.

Artículo 95.- El cargo de individuo de la Suprema Corte de Justicia sólo es renunciable por causa grave, calificada por el Congreso, ante quien se presentará la renuncia. En los recesos de éste, la calificacion se hará por la diputación permanente.

Artículo 96.- La ley establecerá y organizará los tribunales de Circuito y de Distrito.

Artículo 97.- Corresponde a los tribunales de la federación conocer:

I. De todas las controversias que se susciten sobre el cumplimiento y aplicación de las leyes federales.

II. De las que versen sobre derecho marítimo.

III. De aquellas en que la federación fuere parte.

IV. De las que se susciten entre dos o más Estados.

V. De las que se susciten entre un Estado y uno o más vecinos de otro.

VI. De las del órden civil o criminal que se susciten a consecuencia de los tratados celebrados con las potencias extranjeras.

VII. De los casos concernientes a los agentes diplomáticos y cónsules.

Artículo 98.- Corresponde a la Suprema Corte de Justicia desde la primera instancia, el conocimiento de las controversias que se susciten de un Estado con otro, y de aquellas en que la Unión fuere parte.

Artículo 99.- Corresponde también a la Suprema Corte de Justicia dirimir las competencias que se suciten entre los tribunales de la federación; entre éstos y los de los Estados, o entre los de un Estdo y los de otro.

Artículo 100.- En los demás casos comprendidos en el art. 97, la Suprema Corte de Justicia será tribunal de apelación, o bien de última instancia, conforme a la

graduación que haga la ley de las atribuciones de los tribunales de Circuito y de Distrito.

Artículo 101.- Los tribunales de la federación resolverán toda controversia que se suscite:

I. Por leyes o actos de cualquiera autoridad que violen las garantías individuales.

II. Por leyes o actos de la autoridad federal que vulneren o restrinjan la soberanía de los Estados.

III. Por leyes o actos de las autoridades de éstos, que invadan la esfera de la autoridad federal.

Artículo 102.- Todos los juicios de que habla el artículo anterior se seguirán, a peticion de la parte agraviada, por medio de procedimientos y formas del órden jurídico, que determinará una ley. La sentencia será siempre tal, que sólo se ocupe de individuos particulares, limitándose a protegerlos y ampararlos en el caso especial sobre que verse el proceso, sin hacer ninguna declaración general respecto de la ley o acto que la motivare.

TÍTULO IV

De la responsabilidad de los funcionarios publicos

Artículo 103.- Los diputados al Congreso de la Unión, los individuos de la Suprema Corte de Justicia y los Secretarios del Despacho, son responsables por los delitos comunes que cometan durante el tiempo de su encargo, y por los delitos, faltas u omisiones en que incurran en el ejercicio de ese mismo encargo. Los gobernadores de los Estados lo son igualmente por infracción de la Constitución y leyes federales. Lo es también el Presidente de la República pero durante el tiempo de su encargo sólo podrá ser acusado por los delitos de traición a la patria, violación expresa de la Constitución, ataque a la libertad electoral y delitos graves del órden común.

Artículo 104.- Si el delito fuere comun, el Congreso erigido en gran jurado declarará, a mayoría absoluta de votos, si ha o no lugar a proceder contra el acusado. En caso negativo no habrá lugar a ningún procedimiento ulterior. En el afirmativo, el acusado queda por el mismo hecho, separado de su encargo y sujeto a la acción de los tribunales comunes.

Artículo 105.- De los delitos oficiales conocerán: el Congreso como jurado de acusación, y la Suprema Corte de Justicia como jurado de sentencia. El jurado de acusación tendrá por objeto declarar á mayoría absoluta de votos, si el acusado es o no culpable. Si la declaración fuere absolutoria, el funcionario continuará en el ejercicio de su encargo. Si fuere condenatoria, quedará inmediatamente separado de dicho encargo, y será puesto a disposición de la Suprema Corte de Justicia. Esta, en tribunal pleno, y erigida en jurado de sentencia, con audiencia del reo, del fiscal y del acusador, si lo hubiera, procederá a aplicar á mayoría absoluta de votos, la pena que la ley designe.

Artículo 106.- Pronunciada una sentencia de responsabilidad por delitos oficiales, no puede concederse al reo la gracia de indulto.

Artículo 107.- La responsabilidad por delitos y faltas oficiales sólo podrá exigirse durante el periodo en que el funcionario ejerza su encargo y un año después.

Artículo 108.- En demandas del órden civil no hay fuero, ni inmunidad para ningún funcionario público.

TÍTULO V

De los Estados de la federación

Artículo 109.- Los Estados adoptarán para su régimen interior la forma de gobierno republicano representativo popular.

Artículo 110.- Los Estados pueden arreglar entre sí, por convenios amistosos, sus respectivos límites; pero no se llevarán a efecto esos arreglos sin la aprobación del Congreso de la Unión.

Artículo 111.- Los Estados no pueden en ningún caso:

I. Celebrar alianza, tratado o coalición con otro Estado, ni con potencias extranjeras. Exceptúase la coalición, que pueden celebrar los Estados fronterizos, para la guerra ofensiva o defensiva contra los bárbaros.

II. Expedir patentes de corso ni de represalias.

III. Acuñar moneda, emitir papel moneda, ni papel sellado.

Artículo 112.- Tampoco pueden, sin consentimiento del Congreso de la Unión:

I. Establecer derechos de tonelage ni otro alguno de puerto; ni imponer contribuciones o derechos sobre importaciones o exportaciones.

II. Tener en ningún tiempo tropa permanente, ni buques de guerra.

III. Hacer la guerra por sí a alguna potencia extranjera. Exceptúandose los casos de invasión o de peligro tan inminente que no admita demora. En estos casos darán cuenta inmediatamente al Presidente de la República.

Artículo 113.- Cada Estado tiene obligación de entregar sin demora los criminales de otros Estados a la autoridad que los reclame.

Artículo 114.- Los gobernadores de los Estados están obligados a publicar y hacer cumplir las leyes federales.

Artículo 115.- En cada Estado de la federación se dará entera fé y crédito a los actos públicos, registros y procedimientos judiciales de todos los otros. El Congreso puede, por medio de leyes generales, prescribir la manera de probar dichos actos, registros y procedimientos y el efecto de ellos.

Artículo 116.- Los poderes de la Unión tienen el deber de proteger a los Estados contra toda invasión o violencia exterior. En caso de sublevación o trastorno interior les prestarán igual protección, siempre que sean excitados por la legislatura del Estado ó por su Ejecutivo, si aquella no estuviere reunida.

TÍTULO VI

Prevenciones generales

Artículo 117.- Las facultades que no están expresamente concedidas por esta Constitución a los funcionarios federales, se entienden reservadas a los Estados.

Artículo 118.- Ningún individuo puede desempeñar a la vez, dos cargos de la Unión de elección popular; pero el nombrado puede elegir entre ambos el que quiera desempeñar.

Artículo 119.- Ningín pago podrá hacerse, que no esté comprendido en el presupuesto o determinado por ley posterior.

Artículo 120.- El Presidente de la República, los individuos de la Suprema Corte de Justicia, los diputados y demás funcionarios públicos de la federación, de nombramiento popular, recibirán una compensación por sus servicios, que será determinada por la ley y pagada por el tesoro federal. Esta compensación no es renunciable, y la ley que la aumente o la disminuya, no podrá tener efecto durante el periodo en que un funcionario ejerce el cargo.

Artículo 121.- Todo funcionario público, sin excepción alguna, antes de tomar posesión de su encargo, prestará juramento de guardar esta Constitución y las leyes que de ella emanen.

Artículo 122.- En tiempo de paz ninguna autoridad militar puede ejercer mas funciones, que las que tengan exacta conección con la disciplina militar. Solamente habrá comandancias militares fijas y permanentes en los castillos, fortalezas y almacenes que dependan inmediatamente del gobierno de la Unión, o en los campamentos, cuarteles o depósitos que, fuera de las poblaciones, estableciere para la estación de las tropas.

Artículo 123.- Corresponde exclusivamente a los poderes federales ejercer, en materias de culto religioso y disciplina externa, la intervención que designen las leyes.

Artículo 124.- Para el dia 1° de Junio de 1858 quedarán abolidas las alcabalas y aduanas interiores en toda la República.

Artículo 125.- Estarán bajo la inmediata inspección de los poderes federales los fuertes, cuarteles, almacenes de depósitos y demás edificios necesarios al Gobierno de la Unión.

Artículo 126.- Esta Constitución, las leyes del Congreso de la Unión que emanen de ella y todos los tratados hechos o que se hicieren por el Presidente de la República, con aprobación del Congreso, serán la ley suprema de toda la Unión. Los jueces de cada Estado se arreglarán á dicha Constitución, leyes y tratados, a pesar de las disposiciones en contrario que pueda haber en las constituciones o leyes de los Estados.

TÍTULO VII

De la reforma de la Constitución

Artículo 127.- La presente Constitución puede ser adicionada o reformada. Para que las adiciones o reformas lleguen a ser parte de la Constitución, se requiere que el Congreso de la Unión, por el voto de las dos terceras partes de sus individuos presentes, acuerde las reformas o adiciones, y que éstas sean aprobadas por la mayoría de las legislaturas de los Estados. El Congreso de la Unión hará el cómputo de los votos de las legislaturas y la declaración de haber sido aprobadas las adiciones o reformas.

TÍTULO VIII

De la inviolabilidad de la Constitución

Artículo 128.- Esta Constitución no perderá su fuerza y vigor, aun cuando por alguna rebelión se interrumpa su observancia. En caso de que por un trastorno público se establezca un gobierno contrario a los principios que ella sanciona, tan luego como el pueblo recobre su libertad, se restablecerá su observancia, y, con arreglo a ella y a las leyes que en su virtud se hubieren expedido, serán juzgados, así los que hubieren figurado en el gobierno emanado de la rebelión, como los que hubieren cooperado a esta.

ARTÍCULO TRANSITORIO

Esta Constitución se publicará desde luego y será jurada con la mayor solemnidad en toda a República; pero con excepción de las disposiciones relativas a las elecciones de los supremos poderes federales y de los Estados, no comenzará a regir hasta el dia 16 de Septiembre próximo venidero, en que debe instalarse el primer Congreso constitucional. Desde entónces el Presidente de la República y la Suprema Corte de Justicia, que deben continuar en ejercicio hasta que tomen posesión los individuos electos constitucionalmente, se arreglarán en el desempeño de sus obligaciones y facultades a los preceptos de la Constitución.

Dada en el Salón de sesiones del Congreso en México, a cinco de Febrero de mil ochocientos cincuenta y siete, trigésimo séptimo de la Independencia.

Valentin Gómez Farías, Diputado por el Estado de Jalisco, Presidente.
León Guzmán, Diputado por el Estado de México, Vice- Presidente.
Por el Estado de Aguascalientes: Manuel Buenrostro.
Por el Estado de Chiapas: Francisco Robles, Matías Castellanos.
Por el Estado de Chihuahua: José Eligio Muñoz, Pedro Ignacio Irigoyen.
Por el Estado de Coahuila: Simón de la Garza y Melo.
Por el Estado de Durango: Marcelino Castañeda, Francisco Zarco.

Por el Distrito Federal: Francisco de Paula Cendejas, José María del Rio, Ponciano Arriaga, J. M. del Castillo Velasco, Manuel Morales Puente.

Por el Estado de Guanajuato: Ignacio Sierra, Antonio Lémus, José de la Luz Rosas, Juan Morales, Antonio Aguado, Francisco P. Montañez, Francisco Guerrero, Blas Balcárcel.

Por el Estado de Guerrero: Francisco Ibarra.

Por el Estado de Jalisco: Espiridión Moreno, Mariano Torres Aranda, Jesus Anaya y Hermosillo, Albino Aranda, Ignacio Luis Vallarta, Benito Gómez Farías, Jesús D. Rojas, Ignacio Ochoa Sanchez, Guillermo Langlois, Joaquin M. Degollado.

Por el Estado de México: Antonio Escudero, José L. Revilla, Juan Estrada, I. de la Peña y Barragán, Esteban Paez, Rafael María Villagran, Francisco Fernández de Alfaro, Justino Fernández, Eulogio Barrera, Manuel Romero Rubio, Manuel de la Peña y Ramirez, Manuel Fernando Soto.

Por el Estado de Michoacán: Santos Degollado, Sabás Iturbide, Francisco G. Anaya, Ramon I. Alcaraz, Francisco Diaz Barriga, Luis Gutierrez Correa, Mariano Ramirez, Mateo Echaiz.

Por el Estado de Nuevo Leon: Manuel P. de Llano.

Por el Estado de Oaxaca: Mariano Zavala, G. Larrazabal, Ignacio Mariscal, Juan Nepomuceno Cerqueda, Félix Romero, Manuel E. Goytia.

Por el Estado de Puebla: Miguel María Arrioja, Fernando María Ortega, Guillermo Prieto, J. Mariano Viadas, Francisco Banuet, Manuel M. Vargas, Francisco Lazo Estrada, Juan N. Ibarra, Juan N. de la Parra.

Por el Estado de Querétaro: Ignacio Reyes.

Por el Estado de San Luis Potosi: Francisco J. Villalobos, Pablo Tellez.

Por el Estado de Sinaloa: Ignacio Ramirez.

Por el Estado de Sonora: Benito Quintana.

Por el Estado de Tabasco: Gregorio Payró.

Por el Estado de Tamaulipas: Luis García de Arellano.

Por el Estado de Tlaxcala: José Mariano Sánchez.

Por el Estado de Veracruz: José de Empáran, José María Mata, Rafael González Paez, Mariano Vega.

Por el Estado de Yucatán: Benito Quijano, Francisco Iniestra, Pedro de Baranda, Pedro Contreras Elizalde.

Por el Territorio de Tehuantepec: Joaquin García Granados.

Por el Estado de Zacatecas: Miguel Auza, Agustín López de Nava, Basilio Perez Gallardo.

Por el Territorio de la Baja California: Mateo Ramirez.

José María Cortés y Esparza, por el Estado de Guanajuato, Diputado Secretario.

Isidoro Olvera, por el Estado de México, Diputado Secretario.

Juan de Dios Arias, por el Estado de Puebla, Diputado Secretario.
T. A. Gamboa, por el Estado de Oaxaca, Diputado Secretario.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento, en los términos que ella prescribe.

Palacio del Gobierno nacional, en México, Febrero doce de mil ochocientos cincuenta y siete.

IGNACIO COMONFORT.

Al ciudadano Ignacio de la Llave, Secretario de Estado y del Despacho de Gobernacion.

Y lo comunico a V. para su publicación y cumplimiento.

Dios y libertad.

México, 12 de Febrero de 1857.

Discurso del Excmo. Sr. Presidente de la Republica, Don Ignacio Comonfort, en la clausura de sesiones del Congreso Constituyente.

Señores diputados:

La convocatoria de 17 de Octubre de 1855, fijó un año para la duración de vuestras tareas, y hoy se cumple este plazo, dentro del cual habeis desempeñado la más importante de ellas, formando la Constitución jurada el 5 del actual, y que debe comenzar a regir, por haberlo dispuesto así vosotros mismos, el l6 de Septiembre próximo.

En ese año memorable se han realizado grandes acontecimientos, siendo los más prominentes la conquista de la igualdad legal y la desamortización de una gran parte de la propiedad raíz. Ambos principios han venido a ocupar un lugar honroso en el nuevo código fundamental, después de haber quedado vencedores en la opinión. La oposición que encontraron, dió lugar a discusiones en que se probó que ellos no atacan la religión católica, a cuya conservación tendian por el contrario, el deseo del gobierno y sus actos. En este mismo sentido, a saber, defendiendo inflexiblemente las regalías de la nación, y usando y haciendo respetar su soberanía, pero como hijo obediente y fiel de la Iglesia Católica Romana, de la que no se separará, se propone el mismo gobierno continuar cualquiera discusión que sobre estos u otros puntos pudiera ofrecerse en lo sucesivo.

La presente solemnidad, señores representantes, es una prueba irrefragable del respeto con que el gobierno ha cumplido las más importantes promesas de la revolución de 1854. Los enemigos del sistema representativo, pierden hoy la esperanza de obtener un triunfo, apoyados en el más eficaz de los auxilios: nuestra discordia. Vosotros teneis la conciencia de que el gobierno ha garantizado la más absoluta libertad en vuestras deliberaciones.

Ardua es la tarea que vuestra confianza ha impuesto al gobierno interino: la preparación del campo en que la semilla constitucional ha de fructificar; pero confia en que todos los mexicanos le prestarán su auxilio para llenar tan delicada misión; se promete que vosotros mismos, ya sea como simples ciudadanos, o bien revestidos con algún carácter público, cooperaréis al feliz logro de objeto tan interesante; y sobretodo, espera que la Divina Providencia se dignará protejer como hasta aquí, la causa del pueblo mexicano.

En el cumplimiento del deber de pacificar la República, todo anuncia que los resultados no tardarán en corresponder satisfactoriamente a los esfuerzos del gobierno. La guerra civil, reducida ya solamente a Tampico y a la Sierra Gorda, está a punto de desaparecer en esas comarcas, donde se restablecerán la tranquilidad y el órden, en virtud de las providencias qué Últimamente se han dictado.

Al retiraros a gozar de las dulzuras de la vida privada, podeis estar ciertos de que el gobierno cultivará con esmerada solicitud las relaciones que unen a México con las potencias amigas; cuidará de conservar la paz y el órden; hará por los medios legales que la administración de justicia sea recta y cumplida; impulsará las mejoras materiales de que tanto necesita el pais; procurará perfeccionar la noble institución de la fuerza armada, de manera que sirva a sus importantes objetos, sin ser un gravámen para la nación; hará los mayores esfuerzos por formar un sistema de hacienda, nivelando los gastos con los ingresos; y en suma, atenderá a la seguridad e independencia de la nación, y promoverá cuanto conduzca a su prosperidad, engrandecimiento y progreso.

Si contra las disposiciones que dictare con tal objeto, así como contra el establecimiento del órden constitucional, se alzare la rebelión queriendo sobreponerse a la voluntad nacional, usaré a la vez con prudencia y energía del poder que la nación me ha confiado para sofocarla; y si fuere superior a mis fuerzas, consideraré esta circunstancia como una gran desgracia para mí. Mas si por el contrario, el Ser Supremo, que tantos favores me ha concedido ya, se dignare agregar a ellos, el de que el 16 de Septiembre, dia tan fausto para nuestra patria, pueda yo ver reunido en este recinto el primer congreso constitucional; y terminado el poder absoluto, entregar el depósito del gobierno a la persona electa para desempeñarlo por el pueblo mexicano, creeré que no tengo sobre la tierra otra felicidad a que aspirar, y volveré a la vida privada lleno de esperanza en la prosperidad de la República y de profunda gratitud a la Providencia de Dios.

Ignacio Comonfort

Discurso del Excmo. Sr. D. Leon Guzman, Vice-Presidente del Soberano Congreso, en la sesión de clausura del Congreso Constituyente.

Excmo. Sr.

El congreso extraordinario constituyente pone hoy término a los trabajos que le encomendaron el plan de Ayutla y la convocatoria que en su virtud fue expedida.

Dos fueron los puntos principales de su augusta misión. La expedición de un código fundamental, y la revisión de los actos de la administración dictatorial de Santa-Anna y del gobierno provisional que le sucedió y aún existe.

En cuanto al primer punto, la obra del congreso está concluida. La constitución queda sancionada; y V. E. con la suma de facultades necesarias para llevar a ejecución sus soberanos preceptos. ¡Plegue a Dios que en esta constitución encuentre el pueblo mexicano los bienes supremos que tanto anhela, y que le cuestan ya tan dolorosos sacrificios: la paz, el órden, la libertad!

Respecto de la facultad revisora, el congreso no intenta disimularse que deja un inmenso vacío. Por dolorosa que sea su confesión, tiene necesidad de hacerla. Muy pocos actos de la administración Santa-Anna han sido revisados, y de la que le sucedió ... casi ninguno.

¿Es, pues, este un cargo tremendo que deban reportar los representantes que hoy se retiran al hogar doméstico? ¿O es el resultado indeclinable de una necesidad imperiosa, a que el congreso no ha podido sobreponerse? La historia imparcial lo calificará: el pueblo soberano pronunciará su fallo.

El congreso se retira con la convicción, triste, pero profunda, de que la revisión le es imposible. A nadie culpa, contra nadie formula cargos; pero ruega a sus comitentes que, al estimar su conducta en este respecto no pierdan de vista la historia contemporánea, ni olviden las delicadas circunstancias, de que, en toda su existencia ha estado rodeada la representación nacional.

Viva satisfacción esperimenta el congreso al reconocer los servicios que el gobierno ha prestado a la República, conquistando importantes mejoras. También le es grato reconocer los grandes esfuerzos que ha hecho por mantener el órden, la paz, y el reinado de la legalidad.

Los actuales representantes, al volver al común de ciudadanos, de donde los sacó la voluntad del pueblo, hacen los más fervientes votos por la felicidad de ese mismo pueblo, para quien siempre han deseado y anhelarán siempre, órden, progreso, libertad.

MANIFIESTO DEL GOBIERNO A LA NACIÓN.

Introducción.

MEXICANOS:

AL publicar el código fundamental formado por el Congreso constituyente, aprovecha el Gobierno esta oportunidad para dar cuenta a la nación, del uso que ha hecho hasta aqui de las facultades omnimodas con que su confianza se dignó investirlo. Residiendo en el pueblo la soberania, el ejercicio del poder público no es más que una delegación; y constituido todo mandatario en el estrecho deber de poner sus actos en conocimiento de su poderdante, cumple hacerlo cuanto antes a una administración, que tiene la convicción íntima y profunda de no haber perdonado medio ni sacrificio para mejorar en todo la suerte de la sociedad, cuyos destinos se le encomendaron.

La empresa ha sido de tal magnitud, que muy a menudo se ha corrido el peligro de estrellarse ántes de llevarla a un término feliz. Ningún periodo de nuestros anales ha habido más fecundo en sucesos importantes. Los dias del gobierno han sido todos de tribulación y de prueba; y mejor que nadie ha conocido, merced a una experiencia dolorosa, que los altos puestos para los que nunca faltan ambiciosos, son manantial inagotable de sinsabores y de penas.

Durante el periodo en que el país ha sido regido por el gobierno emanado de la revolución de Ayutla, ha habido necesidad indeclinable de estar en lucha continua con la ignorancia y el fanatísmo, explotados por intereses antinacionales, cuya influencia secular les daba un poder inmenso. Las relaciones con las potencias extranjeras han presentado un aspecto poco satisfactorio, viéndose amagada la República por guerras exteriores, en los momentos mismos en que la civil, renovada incesantemente, debilitaba sus fuerzas. Las rentas públicas, empeñadas de antemano, notablemente disminuidas por el estado revolucionario del país, insuficientes para cubrir los gastos públicos aun en tiempo de paz, se han empleado para salvar la sociedad, en operaciones militares, tan costosas como precisas. Y la unión de la mayoría identificada con los principios de una justa libertad, ha estado más de una vez en riesgo de perderse.

Tales son los cuatro puntos capitales, que ramificados hasta lo infinito, han quitado al gobierno todo descanso en los dias memorables de su azarosa existencia. Pero como esta recapitulación general no seria bastante para dar idea exacta de lo que se ha hecho, el gobierno referirá los actos principales de cada una de las secretarias del despacho, para que viéndose cuál ha sido su conducta, en su conjunto y en sus pormenores, pueda la opinión pública calificarla con pleno conocimiento de causa. El gobierno espera que ese fallo no le sea desfavorable.

Relaciones Exteriores.

Apreciando en todo su valor la actual administración la importancia de mantener y cultivar las relaciones de amistad que ligan a la República con diversas potencias extranjeras, y la conveniencia de entablarlas con otras; sus esfuerzos se han dirigido al logro de ambos fines, llevando por norte los intereses de la nación, combinados con la justicia, la buena fe y la más perfecta equidad.

Respecto de las naciones europeas, exceptuándose dos con las que ha habido sérios motivos de desavenencia, por causas independientes de la voluntad del gobierno, con las demás se ha conservádo felizmente la mejor armonía.

Con Francia no existe asunto alguno pendiente que pueda turbarla. El gobierno del emperador Napoleon III, animado de los mismos benévolos sentimientos que el de la República, da frecuentes pruebas de su deseo de que séan cada dia más sólidas y fructuosas las relaciones de los dos paises. La convención celebrada en Junio de 1853 para pago de créditos de súbditos franceses contra el erario nacional, se está llevando a efecto, y se han fijado bases justas y racionales para remover algunas dificultades que ocurrieron a la junta liquidataria en la revisión de los documentos justificativos de esa deuda. La República tiene acreditado un Enviado extraordinario cerca de S. M. el emperador de los franceses, quien está representado dignamente por S. E. el Sr. vizconde de Gabriac, en calidad de Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

Las relaciones de México con el reíno de Prusia, han sido y son las más cordiales y amistosas. La administración anterior celebró un nuevo tratado de amistad, comercio y navegación, que habiendo sido aprobado por aquel gobierno, lo mandó poner en ejecución el mexicano en 16 de Enero de 1856.

Ese tratado se hizo extensivo al reino de Sajonia, que anteriormente tenía otro celebrado con la República. En el nuevo han tomado parte diversos reinos y Estados

soberanos de Alemania, con los que se han establecido por ese medio relaciones políticas y comerciales.

Para fomentarlas y estrecharlas, y muy especialmente para facilitar los grandes proyectos de colonización, que es una de las necesidades mas apremiantes del pais, está nombrado el E. Sr. D. Miguel Arrioja, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Prusia, Sajonia y los referidos Estados de Alemania. Por dificultades que no han podido superarse, no ha emprendido aún su marcha el Sr. Arrioja; pero muy pronto lo verificará.

El gran duque de Mecklenburgo Schwering manifestó en Mayo de 1854 al Ministro de México en Londres, su deseo de entrar en relaciones con la República; y a virtud de tal proposición se inició y ajustó con aquel soberano en 25 de Enero de 1855, un tratado de amistad, comercio y navegación, sobre el que no tardará en recaer la resolución del Supremo Gobierno. Recientemente ha sido admitido en esta capital un cónsul del referido Gran Ducado, que está ya en ejercicio de sus funciones.

Las buenas relaciones que existen hace muchos años entre México y Bélgica, no han sufrido alteracion alguna. El gobierno mexicano tiene en Bruselas un Encargado de Negocios, que funcionará hasta la llegada del Excmo. Sr. D. Manuel Payno, nombrado Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario para aquel reino, con el que está pendiente un tratado de amistad, navegación y comercio.

De esa misma clase fue el que celebrá la administración anterior con la Cerdeña, en 1° de Agosto de 1855, el cual ha sido ratificado por el actual gobierno en 30 de Enero de 1856, mandándolo observar en 20 de Febrero siguiente. En la República existen algunos cónsules de aquel reino, y México tiene uno que reside en Génova.

En Marzo del año anterior vino a esta capital el Sr. Rodolfo Schleiden, con misión especial para celebrar un nuevo tratado de amistad, navegación y comercio, entre la República y las Ciudades anseáticas de Hamburgo, Bremen y Lubeck. Esa negociación tuvo efecto, firmándose el tratado con varias declaraciones que le son anexas, el dia 4 de Julio del mismo año, y quedando estipulado que las ratificaciones serán canjeadas en Washington en el término de un año, o ántes si fuere posible, subsistiendo entretanto vigente el antiguo tratado de 7 de Abril de 1832. El gobierno volverá a ocuparse de este asunto a su debido tiempo para su arreglo definitivo.

En la República hay varios cónsules de las tres mencionadas ciudades anseáticas, y ella tiene establecido un consulado general residente en Hamburgo, en cuya ciudad y en la de Bremen hay vice-cónsules.

México mantiene además buenas relaciones con los Paises Bajos, Hannover, Dinamarca, Austria, Suiza y Nápoles. Con los cuatro primeros de esos reinos tiene tratados de amistad, navegación y comercio, y en el territorio mexicano existen diversos cónsules de todas aquellas naciones.

México habia logrado mantener las más amistosas relaciones con la Gran Bretaña, cuando desgraciadamente ocurrió a principios del año de 1856 el ruidoso asunto de los Sres. Barrón y Forbes, el cual, en unión de otros no deslindados, fue causa de que en Septiembre último quedaran interrumpidas las relaciones diplomáticas con la legación inglesa, por no haber sido posible proceder conforme a las demandas del gobierno de S. M. B., antes de considerar debidamente las diversas y complicadas circunstancias del negocio; más como no se tenia otro deseo que el de llegar a un término pacífico, se celebró al fin un arreglo, en virtud del cual se concedió a D. Eustaquio W. Barrón, volver al ejercicio de su encargo de cónsul de Inglaterra en San Blas, disponiéndose a la vez que la indemnización pecuniaria reclamada por la casa de Barrón y Forbes, se sometiera a jueces árbitros, y que respecto del Sr. D. Santos Degollado, gobernador que fue del Estado de Jalisco, se pasarán los antecedentes del negocio al Congreso constituyente, para que en calidad de gran jurado procediera a lo que hubiera lugar. El primer punto ha tenido ya verificativo; del segundo se ocupan los árbitros nombrados; y el Congreso ha declarado que no ha lugar a formar causa al Sr. Degollado.

Para arreglar definitivamente ese negocio, así como para que las relaciones de la República con la Gran Bretaña, queden, como siempre habian estado, bajo el pié de la más completa armonía y buena inteligencia, el gobierno mandó al Excmo. Sr. general D. Juan N. Almonte, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de S. M. B., dándole cuantas instrucciones se han creido convenientes para tan importante fin. El Sr. Almonte, que está ya en Lóndres, y cuya ilustración y patriotismo son notorios, llenará sin duda cumplidamente las miras del Supremo Gobierno.

Otro asunto, que desde mucho antes del establecimiento de la administración actual, habia dado ya lugar a desagradables contestaciones, es el de la falta de regularidad en los pagos de la convención inglesa. Con el deseo de terminarlas satisfactoriamente, el gobierno ha hecho constantes esfuerzos, aun en medio de las penurias del erario, y de las cuantiosas y extraordinarias erogaciones que han exigido las continuas sublevaciones promovidas por los enemigos de la paz. En un arreglo celebrado últimamente con el ministro de los Estados Unidos, y que está pendiente de la aprobación del senado y gobierno de aquella nacion, se ha estipulado que se haga allí, por cuenta de México, el pago de la expresada convención, la cual

quedará así amortizada en su totalidad. Si este convenio no se llevare a efecto, el gobierno mexicano atenderá de preferencia a esta obligación.

También han dado orígen los perturbadores del órden a otra reclamación de la legación británica, por haber extraído los sublevados de San Luis Potosí doscientos cuarenta mil pesos, de la conducta que se hallaban depositados en la casa del agente consular de Inglaterra. En este negocio se ha dado la seguridad, que será cumplida, de que el gobierno obrará en términos de estricta justicia.

Los demás asuntos pendientes entre México y la Gran Bretaña, no son de una marcada importancia, ni pueden por lo mismo afectar las relaciones de los dos paises.

Las cuestiones con España emanaron de la convención de 1847. Nacida de arreglos defectuosos, quedó luego establecida en virtud de un tratado, en el que no tuvo el consejo de estado la intervención que le daba la ley fundamental de la nación en aquella época. México, sin embargo, ha respetado siempre las bases de esos convenios, y por ese motivo no tuvo dificultad en adoptarlas en el arreglo celebrado con el hábil y apreciable representante de S. M. C., el Sr. D. Miguel de los Santos Alvarez. Pero faltándose a lo expresamente convenido repetidas veces, se introdujeron créditos en que no concurrian los tres requisitos de orígen, continuidad y actualidad españoles, los cuales eran indispensables para su admisión legal. La resistencia de México a recibir como buenos esos créditos, ha provocado acaloradas disputas, en las que por más que el interés personal ha procurado desfigurar los hechos, aparece siempre incuestionable la razón que nos asiste. La contienda internacional, que cuenta ya años enteros de duración, habia tenido por fin un arreglo satisfactorio para ambos paises; pero los acreedores fraudulentos han vuelto a trabajar eficazmente, para que el gobierno español lo repruebe. Es de esperarse sin embargo, de la justificación y sabiduría del gabinete de Madrid, que reconocerá el buen derecho del gobierno de México. Indispuestos ya los ánimos con las disputas procedentes de la convención, ha venido a poner las cosas en peor estado un suceso, que ha recibido la más odiosa de las interpretaciones. El acontecimiento es el de los horribles asesinatos cometidos en la hacienda de San Vicente. Este crímen, que no por su atrocidad sale de la esfera de común, ha habido empeño en revestirlo de un carácter político, para dar así lugar a reclamaciones diplomáticas. El extraño giro que tomó por tal razon este negocio, ha producido el incomprensible resultado, de que el encargado de negocios de España haya declarado rotas las relaciones de esta nación con México, de donde aquel se ha retirado. En vano se registrarán los anales de la diplomácia en busca de un hecho semejante. La pretensión del Sr. Sorela de que en el corto término de unos pocos dias fuesen aprehendidos, juzgados y ejemplarmente castigados cuantos hubiesen tomado parte en los asesinatos antedi-

chos, equivalia á querer que el gobierno infringiese abiertamente la legislación criminal del país, diera efecto retroactivo a las disposiciones que dictara, y cayese en el más completo ridículo, ofreciendo hacer lo que no cabe en la esfera de la posibilidad humana. La conducta del Sr. Sorela ha sido tan irregular, que no es de esperarse merezca la aprobacion de su gobierno. El mexicano no ha consentido en romper por su parte las relaciones con España, adonde antes bien acaba de mandar al Excmo. Sr. D. José María Lafragua, en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, encargándole que restablezca las muy estrechas que han ligado y deben ligar a dos pueblos, enlazados con vínculos indestructibles.

Si de las naciones europeas se pasa a las de América, y se comienza por los Estados Unidos, dirá el gobierno que sin embargo de que las relaciones con esta potencia se han sostenido en términos de amistad, su conservación bajo este pié hacia indispensables algunos arreglos definitivos. La legación norte-americana agitaba el despacho de varios asuntos que habia promovido, e instaba por el pronto reconocimiento y pago de diversas reclamaciones de sus ciudadanos contra el tesoro de México, cuyo gobierno por su parte urgia también por medio de su ministro en Washington, el Excmo. Sr. Gral. D. Manuel Robles Pezuela, sobre la debida admisión de las de los mexicanos, y con especialidad de las procedentes de los compromisos contraidos por los Estados Unidos, a consecuencia del art. 11 del tratado de Guadalupe Hidalgo, hasta su derogacion. Tampoco estaba el gobierno mexicano por algunos arreglos propuestos por la referida legación, sino con ciertas modificaciones y en términos que removiesen para lo futuro todo motivo de disgusto.

Tal estado de cosas provocaba incesantemente discusiones y suscitaba graves dificultades, que podían haber llegado a comprometer la paz entre ambos paises. A fin de evitarlo se abrieron negociaciones sobre los puntos enunciados, y se hicieron luego extensivas a otros de no menor importancia, con lo que se llegó al resultado de celebrar un convenio y cuatro tratados procedentes de él, y que le son anexos, formando un solo todo indivisible. En el convenio se fijaron las bases para un arreglo general, y en los tratados se especificaron y desarrollaron.

El primero tiene por objeto el ajuste de las reclamaciones de los ciudadanos de cada uno de los dos paises contra el gobierno del otro; y para examinarlas, reconocerlas, liquidarlas y fallarlas, se establece una comisión mixta, que procederá conforme a las reglas que se le designan. En caso de que los Estados Unidos insistan en creerse exonerados de las obligaciones nacidas del art. 11 del Tratado de Guadalupe, este punto se someterá al arbitraje de S. M. el emperador de los franceses.

El segundo es relativo a un préstamo de siete millones, y una anticipación de derechos por valor de ocho, ganando los quince que forman el total, el rédito de 4% al año. Tres millones se destinan al pago de las reclamaciones de los ciudadanos norteamericanos contra México. Cuatro millones servirán para amortizar la convención inglesa. Y los ocho restantes se recibirán en Nueva York o en México, para que el gobierno los emplee en lo que estime conveniente. El préstamo se amortizará con el 13% de los derechos de importación de todas las aduanas marítimas, y la anticipación con el 20% de los derechos de importación y exportación causados por las mercancías que conduzcan buques americanos.

El tercero es un arreglo postal encaminado a facilitar la conducción de la correspondencia y pasajeros por el golfo de México. Los buques correos podrán hacer el comercio de altura, pero no el de cabotage, y para el primero se sujetarán á todas las reglas fijadas por la Ordenanza de Aduanas. El gobierno mexicano dará a la línea una subvención de ciento veinte mil pesos anuales. Se fija el porte de la correspondencia, y se establece lo que ha de hacerse en tiempo de paz y guerra.

El cuarto declara libre, por la frontera de ambas naciones, el comercio de los artículos que nominalmente se especifican. La duración de esta franquicia, que se ha limitado a solo cuatro años, servirá de ensayo experimental para conocer sus ventajas o inconvenientes, así como para modificar y aumentar en caso necesario, los renglones exceptuados del pago de del derechos.

Si el convenio y los tratados referidos fueren ratificados, tendrá el gobierno la satisfacción de haber consumado un arreglo, en que sin ceder un palmo del territorio nacional, sin consentir en cosa alguna indecorosa o humillante para el pais, y en fin, sin perjudicar en lo más mínimo nuestra agricultura e industria, proporcionará a la República las grandes ventajas de aliviarla de dos deudas cuantiosas y apremiantes, de mejorar la situación de los fronterizos, de dar nuevo impulso y desarrollo al comercio exterior, de facilitar las comunicaciones con las naciones extranjeras, y de poner en manos del gobierno recursos de consideración, que sirvan, no solamente para sacarlo de la posición crítica y angustiada en que se encuentra hace tanto tiempo, sino para dejarlo expedito y en disposición de formar un plan de hacienda bien combinado.

La falta de demarcación de la línea divisoria entre México y Guatemala, es causa de que con bastante frecuencia se susciten disputas entre los pueblos fronterizos de uno y otro pais. Como ellas podrian a la larga envolver a ambos en dificultades de graves consecuencias, se ha tratado de evitarlas con la determinación de los límites, y al efecto, desde 1831 ha acreditado México sucesivamente diversas legaciones en Guatemala. A la actual se le han dado las instrucciones correspondientes; y aunque nada se ha arreglado todavia, es de esperarse que tenga un término

satisfactorio la negociación, la cual está enlazada con un tratado de comercio y con otro de extradición.

Nombrada por la administración anterior una legación cerca de los gobiernos de Nueva Granada, Ecuador y Venezuela, con el objeto de estrechar las relaciones políticas de México con aquellos paises, y de procurar el pago del préstamo hecho a la antigua Colombia, nuestro enviado se dirigió a Bogotá; y habiendo entablado con el gobierno granadino una negociación para el pago de la parte de la deuda, que respectivamente le tocaba, no pudo obtener en más de un año que permaneció allí, la celebración de un arreglo justo y satisfactorio. Perdida ya toda esperanza, nuestro ministro creyó de su deber protestar contra la conducta del gobierno granadino, y regresar a la República, como lo hizo. A consecuencia de esto quedó retirada la legación, aprobándose las razones con que se habian defendido los derechos de México.

Fuera de esta desavenencia, la República ha procurado conservar sus buenas relaciones con aquellos paises, asi como con los demás que proceden del propio orígen, y las mantiene en efecto con todos en términos de cordialidad. El gobierno se esforzará por hacerlas cada dia más íntimas y fructuosas.

Gobernación.

Uno de los primeros actos del gobierno nacido de la revolución de Ayutla, fue la convocación del soberano Congreso Constituyente. El punto fijado al principio para su reunión, fue el de la ciudad de Dolores Hidalgo; pero tomando en consideración la dificultad, o para hablar con más exactitud, la imposibilidad absoluta de que se reuniese alli el número suficiente de diputados, se determinó que en esta capital fuera donde se instalase la asamblea. En seguida se autorizó a los gobernadores de los Estados en que no hubieran podido verificarse las elecciones en los dias designados en la convocatoria, para que señalaran otros al efecto.

Estos actos, testimonio intachable de los deseos del gobierno, de restablecer el órden constitucional, que habia de poner término a la dictadura, no fueron los únicos dirigidos a tal fin. Como en la convocatoria no se habia establecido la inmunidad de los diputados, se expidió un decreto en 23 de Febrero de 1856, en que siguiendo el espíritu invariable de nuestro derecho público, se exigió la previa declaración de haber lugar a formación de causa, para que se pudiera proceder criminalmente contra los miembros del congreso. La completa seguridad, la libertad sin límites con que este cuerpo ha procedido en sus deliberaciones, son patentes a la República entera. Si en el ejercicio de la facultad revisora, asomaron desavenencias de un

carácter alarmante, la prudencia les puso pronto término, sin que ninguna llegara a turbar radicalmente la armonía entre los dos poderes existentes, cuya lucha habria sumido al pais en la anarquía, encaminándolo a su disolución. Los enemigos de la libertad anunciaron con frecuencia como indefectible, un golpe de Estado contra el congreso: la expedición del nuevo código fundamental, concluido pacíficamente, jurado ya y mandado publicar por el gobierno en el aniversario de las reformas hechas en Acapulco al plan de Ayutla, es la contestación más perentoria a semejante cargo, El gobierno ha cumplido fiel y lealmente con su deber: al pueblo toca la calificación de la obra.

El desenfreno de la prensa hizo necesaria la ley, que reglamentó provisionalmente su ejercicio. El gobierno que la dió, y con especialidad el Ministro que la suscribió, hubieran deseado que no fuese menos liberal que la autorizada por el propio funcionario en el año de 1846; pero la diversidad de las circunstancias no consiente la aplicación uniforme de los mismos principios. Indudable es, que no pueden guardarse reglas idénticas en el régimen de la dictadura y en el sistema constitucional, ni cabe tampoco semejanza entre los tiempos felices en que la paz se conserva inalterable, y las épocas turbulentas en que incesantes revoluciones ponen los ánimos en constante agitación. Al expedirse la ley reglamentaria de la libertad de imprenta, habia estallado ya contra los hombres y las cosas procedentes de la revolución liberal, esa guerra terrible, que hasta ahora, es decir, al cabo de más de un año de combates y victorias, está a punto de desaparecer. Locura habria sido en tan críticas circunstancias, dejar que la difamación, la calumnia, la venganza y todas las malas pasiones desenfrenadas y llevadas a su último grado de efervescencia, convirtiesen la prensa en una arma de partido, destinándola a ser, no la antorcha refulgente que disipa las tinieblas del entendimiento y combate por la justicia y por la verdad, sino la tea incendiaria que lleva a todas partes la desolación y el exterminio. Los escritores de la oposición, cubiertos con el velo del anónimo, atacaban a mansalva el nuevo órden de cosas, predicando dia a día la subversión y la desobediencia. Fue, pues, indispensable, poner algunas trabas a la publicación de impresos sediciosos, y a esto se redujo la ley, que aun con tales restricciones, ni comparación admite con la de la administración anterior, puesto que la primera suprimió la fianza prévia, dejó a los acusados expeditos los recursos de audiencia y defensa, y consignó a los tribunales la facultad exclusiva de absolver o condenar. Aun en los casos más graves, el gobierno, en uso de sus amplias facultades, se ha limitado a suspender la publicación de algunos periódicos que han comprometido la tranquilidad pública.

La sublevación, cuyos avances habia tratado de contener la ley de imprenta, tomó cuerpo y se hizo en alto grado alarmante, a consecuencia de la defección de las fuerzas destinadas a sofocarla. El peligro inminente que se corrió entónces, deter-

minó al gobierno a llamar en auxilio de la parte del ejército fiel a sus obligaciones, a la masa del pueblo de cuya suerte se trataba. En 14 de Enero de 1856, se declaró vigente la ley de 11 de Septiembre de 1846, relativa a la organización de la guardia nacional. Esta milicia ciudadana formó diversos cuerpos, que han prestado desde entónces servicios muy importantes, ya conservando el órden en las poblaciones, ya batiéndose con los reaccionarios.

Pagándose un justo tributo de gratitud a la memoria del esclarecido ciudadano que prefirió descender del poder a faltar a sus deberes, se declaró por un decreto especial que el general de division D. Mariano Arista, habia merecido bien de la patria como presidente de la República, y se dispuso que sus restos fueran conducidos a esta capital, para ser depositados solemnemente en la Santa Iglesia Metropolitana.

También en prueba de la veneración que merecen los que se sacrifican heróicamente por la patria, se mandó levantar un monumento fúnebre en el campo de Churubusco y otro en el Molino del Rey, en conmemoración de las batallas del 20 de Agosto y 8 de Septiembre de 1847, y se ordenó que los restos de Peñúñuri y Martinez de Castro se depositaran en el primero; y en el segundo los de Leon y Balderas. Esos monumentos, recordarán miéntras subsistan, sucesos tristes, pero gloriosos, de la historia de México.

Para nadie es un misterio el estado de desorganización en que encontró a la República la nueva administración. Era necesario luchar con los hábitos de otro régimen, que tenian profundas raices en los intereses de los que habian acomodado a ellos su modo de existir; era necesario luchar también con las exigencias exageradas de la libertad recobrada; y el gobierno, que queria conciliar ésta con el órden, encontraba obstáculos, que no por ser naturales, y por lo mismo fáciles de preveer en la situación, eran ménos considerables, y hacían indispensable a la vez, mucha prudencia, mucha energía, y una sostenida y a veces muy costosa dedicación para vencerlos. La mayor parte de ellos han sido superados, y el gobierno seguirá trabajando para preparar a los pueblos, en cuanto le sea posible, a recibir los principios del órden constitucional, sin una muy notable novedad.

Entre las varias disposiciones dictadas con tal objeto, la principal ha sido el Estatuto Orgánico. No hablará el gobierno del pormenor de sus prescripciones, ni tiene la presunción de que cada una de ellas sea acertada. Pero no puede menos de llamar la atención sobre una significación capital de ese acto en su generalidad. Cuando aquella ley se expidió, el gobierno, investido de facultades absolutas y sin límites, no reconocia otra regla de acción, que el arbitrio de su propia voluntad, variable o constante a su discreción indefinida.

Señalando una norma, al ejercicio de sus propias facultades, se desprendia, al menos para todos los casos que no eran de excepción, de una suma considerable de su poder, y el acto, en su interpretación más clara y natural, era un acto de desprendimiento, un testimonio comprobado con hechos, de que el gobierno preferia obrar bajo la regla de una legalidad cualquiera, a mandar sólo según su voluntad. Por poco que sea el acierto que se quiera conceder a la fijación de esta regla, la intención expresada al expedirla es un hecho, que si no se califica de meritorio, en ningún caso se puede considerar vituperable. El será la prueba incontestable de que el deseo de la administración no era entónces, no ha sido nunca, y espera que no será jamas, el de un gobierno absoluto, aunque hubiese de ejercerlo por su propia mano. El gobierno se lisonjea de poseer títulos bastantes para esperar que será reconocida la sinceridad de esta manifestación.

Dificil es para un gobierno, cuando se ve obligado a tener constantemente la espada en la mano para defender los principios de su propia ecsistencia, y cuando sus recursos apénas bastan para la vida penosa de cada dia, dedicar sus pensamientos a las mejoras de cualquiera clase de la sociedad. Y a pesar de que tal ha sido la situación del último año y medio, ninguna oportunidad se ha desperdiciado para introducir en varios ramos mejoras radicales. Entre los diferentes establecimientos de enseñanza, tanto antiguos como modernos, que se encuentran bajo la dirección inmediata de la autoridad pública, ninguno habia destinado a la educación tan importante del sexo femenino, en que se diese la secundaria y de perfección para formar buenas madres de familia. Concebida por la actual administración la idea de plantear un instituto de esta clase para niñas pobres, ha superado ya las multiplicadas dificultades con que ha tenido que luchar, y muy en breve tendrá México este recomendable plantel de esa parte tan interesante de la juventud.

En 31 de Octubre de 1856 se decretó el arreglo de las oficinas municipales de esta capital, fijándose las atribuciones de cada una, y dándose reglamentos especiales para la secretaría, contaduría y tesorería del ayuntamiento, así como para la administración de obras públicas y para la del fiel contraste.

En 16 de Enero último se expidió la ley orgánica de la guardia de seguridad. Esta fuerza, convenientemente organizada y reglamentada, servirá para afianzar la más preciosa de las garantías individuales, garantía que el gobierno no ha descuidado ni un solo momento, pues a pesar de la constante escasez de recursos de las arcas nacionales, ha destinado e invertido sumas cuantiosas en el pago de fuerzas considerables encargadas de la vigilancia de los caminos. Empezaban estos a limpiarse completamente de bandidos, cuando nuevas sublevaciones hacian infructuoso todo lo adelantado, volviendo a poner a los transeuntes en el peligro de ser asaltados, y dando lugar a que aun en las poblaciones se cometieran con frecuen-

cia robos más o ménos escandalosos. Sobrando hoy motivos para considerar extinguida la guerra civil, es de esperarse que no se repitan los disturbios que han hecho ineficaces hasta aquí las providencias del gobierno. Estimando este como uno de sus primeros deberes, el del restablecimiento de la seguridad pública, ha dictado ya las medidas legislativas que ha juzgado más oportunas para lograrlo, y cuidará de que la administración de justicia obre con la rectitud y energía que corresponden a la importancia del mal; pero considera como el medio más eficaz y adecuado para la persecución de los salteadores y ladrones, la creación de una fuerza cuyo primer cuidado sea este. El buen éxito que se ha obtenido ya con la aplicación de este remedio en determinadas localidades; no deja duda de que surtirá en mayor escala los mismos benéficos efectos.

A pesar de que el establecimiento del registro civil era una de las reformas que constantemente ha estado pidendo el clamor público, no habia llegado a plantearse hasta ahora esta institución, de que no debe carecer ningún pueblo culto. Ella ha sido ya decretada por el gobierno; y transcurrido el plazo que la ley señala, ninguno de los actos civiles producirá los efectos del mismo nombre, si no ha sido registrado en los términos y con las solemnidades prevenidas. Era hasta vergonzoso que esos actos constitutivos de toda sociedad, es decir, los nacimientos, los matrimonios y las defunciones, pasasen desapercibidos para la autoridad pública, bajo cuya inspección deben estar. En adelante no sucederá ya así; y la consignación en los registros de cada clase, de esas interesantes noticias, servirá para la formación exacta y segura de un padrón general, dará estabilidad y firmeza a los derechos de todos y cada uno de los habitantes del país, impedirá la perpetración de delitos que hoy se cometen con suma facilidad, y producirá otros muchos bienes no ménos importantes.

Igualmente benéfica para la sociedad ha de ser la ley sobre establecimiento y uso de los cementerios. Las reglas que se dictan para los casos de epidemia, para los extraordinarios y graves que requieran prontos auxilios, para la certidumbre de los fallecimientos, para el reconocimiento de los cadáveres, para la conducción de estos, para la formación de cementerios con todas las cualidades necesarias, para las exhumaciones y para la creación de fondos destinados a todos estos objetos, no pueden ménos de producir el buen resultado de dejar satisfactoriamente arreglada una materia en que se interesan a la vez la humanidad, la justicia y la salubridad pública.

Por decreto de 31 de Enero, se dispuso la convocación de los acreedores de la municipalidad de México, para que justifiquen sus acciones en el término de dos meses; si residen en el pais, o dentro de seis si se hallan en el extranjero. El objeto con que se ha dictado esta medida, es el de que cuanto antes se arregle el crédito de la municipalidad, y el pensamiento se ha combinado con el de crear un fondo de

amortización, formado del 10% de sus entradas. Desahogada la corporación del pago de réditos procedentes de las deudas que hoy la abruman, y suficientemente dotada, podrá ya atender con toda eficacia a sus atribuciones, cual lo requiere la importancia de esta hermosa población.

Justicia.

El principio de la igualdad ante la ley, que es la base de todo sistema liberal, y cuya falta constituye una verdadera anomalía en una República democrática, no habia llegado nunca a establecerse entre nosotros. Derrocado el efimero imperio del libertador Iturbide, los legisladores del pais adoptaron la forma federativa; más por una inconsecuencia nacida de las circunstancias de la épooca, consignaron en la constitución el contraprincipio de los fueros eclesiástico y militar. Ellos habian subsistido desde entónces con mayor o menor desarrollo, y la creación de otros varios, igualmente privilegiados, casi habia reducido a nulidad a la jurisdicción ordinaria. La administración anterior, empeñada en improvisar, con menoscabo de la autoridad civil, elementos aristocráticos, que ni existen en el pais, ni pueden tener otro carácter que el de postizos y ridículos, llegó al último extremo de la exageración en materia de excepciones y privilegios, haciendo así más apremiante la necesidad de poner coto a semejante abuso.

Tal fue el principal objeto de la ley de administración de justicia de 23 de Noviembre de 1855. Los fueros especiales quedaron suprimidos, con excepción del criminal del clero, al que solamente se quitó el civil. Esta reforma, que no era por lo mismo tan completa, como hubiera podido ser, encontró la más obstinada resistencia en los prelados de la Iglesia mexicana. A pesar del incuestionable derecho con que habia procedido la autoridad civil al decretar esa innovación, las protestas episcopales y la desobediencia en toda forma a las disposiciones supremas, vinieron a poner en claro que se iniciaba una lucha tremenda entre los derechos inherentes a la soberania nacional, y las preocupaciones robustecidas con el trascurso del tiempo, y arraigadas en las conciencias timoratas de los que no saben distinguir el error de la verdad. La polémica que se entabló con este motivo, no dejó duda de que en nada se atacaba a la religión ni se faltaba a la Iglesia, con quitar al clero un privilegio concedido por la autoridad temporal; pero la fuerza del raciocinio no ha bastado para vencer una resistencia, que ha producido una guerra impotente contra la opinión, aunque fecunda en desastres.

Los intereses bastardos y antinacionales que habian recibido un golpe de muerte con el triunfo de la revolución de Ayutla, no esperaban más que una ocasión

oportuna para renovar la lucha recién terminada. Sirvióles de pretexto la ley citada, y empezaron los pronunciamientos por religión y fueros. La parte desmoralizada del clero los favoreció desde luego con sus recursos; y el participio directo y eficacísimo que tuvo el de Puebla en la revolución de D. Antonio Haro, hizo necesaria la intervención de los bienes de aquella diócesis.

Aunque esta medida no era más que el justo castigo de un delito, tanto mas grave cuanto que habia sido cometido por los que más obligación tienen de no perpetrarlos, se estrelló en una resistencia tan tenaz como la que anteriormente se habia desplegado. Nuevas discusiones esclarecieron el punto: la paz pública volvió a peligrar; el gobierno tuvo que hacer respetar su autoridad con actos de energía y justificación; y viendo que la intervención no surtia los efectos para que se habia dictado, la cambió en administración de los bienes destinados a la reparación de los daños que habian causado.

Queriendo sin embargo adoptar una regla fija en cuestión tan delicada, dispuso últimamente que con un millón de pesos se hiciera efectiva la indemnización ordenada por los decretos anteriores. No se tienen aún datos oficiales para saber cuáles son las cantidades ingresadas en la depositaría y jefatura de hacienda, que corrieron con la colectación. La cuenta se está formando ya; y luego que se haya percibido el millón, cesará la administración provisional de que acaba de hablarse.

Ejerciendo el congreso la facultad revisora que le confirió el plan de Ayutla, declaró insubsistente el decreto de 19 de Septiembre de 1853, en que se mandó establecer en la República la Compañía de jesuitas. Esta derogación hecha por la autoridad temporal, de un acto de la misma, ha sido tambien vivamente censurado, con la misma falta de razón, como irreligioso, y enumerado entre los ataques del poder contra los derechos sagrados de la Iglesia.

Igual suerte ha corrido el decreto de 26 de Abril de 1856, en que se derogó el de 26 de Julio de 1854, para que quedase en toda su fuerza y vigor el de 6 de Noviembre de 1833, que suprimió cualquier género de coacción, directa o indirecta, para el cumplimiento de los votos monásticos. Es sin disputa una de las tiranías más insufribles, la de obligar por la fuerza a que guarden clausura perpetua los que no se prestan a hacerlo voluntariamente. El gobierno, que no quiere ser tirano con nadie, dejó en libertad a los religiosos para que obraran con arreglo a los estímulos de su conciencia, y dejó también intactas las disposiciones canónicas que tratan de esa materia.

Las graves complicaciones que ha habido en los negocios eclesiásticos, han subido de punto con una alocución atribuida al Sumo Pontífice reinante, en la cual se reprueban todos los actos del congreso y del gobierno, relacionados con aquellas materias. Los términos en que está concebido ese documento, en que abundan

hechos falsos o tergiversados, sirven de fuerte argumento para creer, o que la alocución es apócrifa, o que el Santo Padre ha sido sorprendido por informes parciales, inexactos y exagerados. Auténtica o no, ella no tiene carácter oficial, ni puede surtir efectos legales. Por otra parte, el gobierno que reconoce la supremacía de la Sede Apostólica en materias espirituales, no reconoce superior en las temporales; y sin faltar nunca a los derechos de la Iglesia, sostendrá inflexiblemente los de la soberanía nacional.

Se ha indicado ya que la desobediencia de una parte del clero ha llegado al extremo de sostenerla con las armas en la mano, y que su influencia ha provocado rebeliones, que no han logrado reprimirse sino a costa de mucha sangre, derramada por culpa de hombres, cuya misión debiera ser toda de concordia y de paz. Uno de los pronunciamientos emanados de ese origen, fue el que estalló en el convento de San Francisco de esta capital. A no ser por la brevedad con que se logró sofocarlo, hubiera hecho sufrir a esta ciudad las calamidades propias de una guerra fratricida. La impunidad de los malos religiosos que tomaron parte en esa conspiración, habría sido una debilidad imperdonable por parte del gobierno. Este les impuso el castigo conveniente, dejando intactos como siempre, la religión y el culto, a los que sin disputa en nada afectan, ni la supresión del convento, ni la apertura de una nueva calle al traves de ese edificio. Mas no obstante la justicia con que obró, cediendo el mismo gobierno a los sentimientos de clemencia de que ha dado tantas pruebas, y accediendo a la petición de personas recomendables y caracterizadas, ha concedido ya la gracia de que el convento se restablezca en la parte del mismo que designe el ministerio de Fomento.

Está ya tan adelantado todo lo relativo á la erección de las nuevas diócesis de Veracruz y Chilapa, que respecto de la primera no falta mas que la presentación que corresponda hacer al gobierno, y en cuanto a la segunda se va ya a proceder al nombramiento de una persona constituida en dignidad eclesiástica que haga la demarcación de los límites.

Lo mucho que los negocios expresados han hecho trabajar a la secretaría de Justicia, dándole una importancia muy superior a la que le es inherente en tiempos normales, no le ha impedido ocuparse en las materias concernientes a los otros ramos que tiene a su cargo. Una de sus primeras providencias fue la de sujetar a juicio ante la Suprema Corte, a D. Antonio Lopez de Santa-Anna, a sus ministros y a sus gobernadores. El decreto respectivo probó de la manera más intergiversable, que lejos de dejarse llevar el gobierno del espíritu de partido para emprender la persecución de los hombres que acababan de ser vencidos, se limitó a someterlos a la acción de la justicia, para que examinados los hechos con toda escrupulosidad, y dándose a los acusados la audiencia debida y cuantos recursos caben en la más

amplia defensa, fallara el tribunal mas caracterizado de la nación con arreglo a las pruebas que se rindieran. Así se evitaban a la vez, la impunidad, que siempre es escandalosa, y la injusticia de castigar a los indefensos, por muy claros y muy graves que fueran los cargos que se les podian hacer.

Cuando la administración anterior vió amagada su existencia por los levantamientos a mano armada de los que no podian soportar su tiranía, consideró el terror como el medio más adecuado de extinguir la revolución. Expidió en tal virtud una ley verdaderamente draconiana, en la que se prodigaba la pena de muerte, no sólo contra cuantos anduvieran en campaña, sino también contra los que de cualquier modo les prestasen el menor auxilio. Derogadas estas disposiciones bárbaras y sanguinarias, habia necesidad de sustituirlas con otras, que sin incurrir en los mismos defectos, contuvieran esa plaga funesta de los pronunciamientos, y graduaran la pena en proporción de la culpabilidad de cada uno de los delincuentes. La nueva ley se dió en 6 de Diciembre último, y en ella se clasificaron los delitos contra la nación, contra el órden y la paz pública, marcándose los casos en que se cometen, dividiéndolos en diversas categorías, segun su importancia, y designándose con toda claridad la pena que en cada caso ha de imponerse. Sin una severidad exagerada, se señalan justos castigos a los traidores, a los que atentan contra los funcionarios de más elevada categoría, a los perturbadores de la tranquilidad pública. La estricta observancia de esa ley será para nuestra trabajada sociedad una de las garantías más saludables.

Comparada nuestra estadística criminal con las de otras naciones, el resultado nos es altamente favorable. Ni el número de los delitos que aquí se cometen, ni su gravedad intrínseca, guardan proporción en lo general con los muy frecuentes y atroces de paises más adelantados en civilización, pero cuyos pueblos no tienen la índole suave y benigna del mexicano. Sin embargo, la prolongación del estado revolucionario del pais, y la fácil formación de gavillas de facinerosos, han hecho frecuentes los delitos de muertes, heridas y robos, sirviendo a todos de poderoso auxiliar la vagancia. Aplicando, pues, a un mal de tanta entidad el remedio conveniente, se ha publicado en 5 de Enero del corriente año, una ley general para juzgar a los ladrones, homicidas, heridores y vagos.

Innegable es la indulgencia con que el gobierno ha tratado a sus enemigos, dando lugar con tal conducta a las invectivas de sus partidarios, y aun a la acusación de que volvia a poner en peligro el órden público con una benignidad mal entendida. El cargo no es fundado, pues si bien no ha habido ejecuciones sangrientas y repetidas, tampoco se ha consentido la impunidad de los delincuentes. Haciéndose la debida distinción entre los seducidos o engañados, y los que no pueden alegar esta disculpa, se acaba de otorgar un indulto, que si bien es amplísimo respecto de los

primeros, no alcanzará a los segundos, sino en los términos y con las condiciones que en cada caso se estimen convenientes. Este nuevo acto de clemencia, no puede atribuirse a debilidad o temor; puesto que se ha verificado en los momentos en que, derrotados los reaccionarios en sus últimos atrincheramientos, estaba el gobierno en el punto más elevado de su prestigio y de su poder.

Fomento.

La época que hemos venido atravesando de agitación y de disturbios, ha sido sin duda la menos a propósito para el desarrollo de ramos que sólo pueden florecer a la sombra de la paz. Para que la inmigración extranjera realice los grandes proyectos pendientes sobre colonización: para que la industria nacional crezca y se ponga en estado de rivalizar con la de otros pueblos; para que el comercio, tanto interior como exterior, llene de vida y animación nuestras ciudades; para que se compongan los caminos, se levánten puentes, se establezcan ferrocarriles, se multipliquen las líneas telegráficas y se hagan en todas partes expeditas y baratas las vías de comunicación; en suma, para la existencia de cuanto se comprende en el nombre genérico de mejoras materiales, el requisito más indispensable, la condición sine qua non, es el restablecimiento y la consolidación de la tranquilidad pública. Faltando este punto de partida, como ha faltado de hecho hasta aquí, puede el gobierno vanagloriarse de haber avanzado en línea tan importante, más de lo que era de esperarse de lo aciago de las circunstancias.

Considerando que sin el auxilio de datos estadísticos, toda administración marcha sin brújula en su derrotero, se ha procurado acopiarlos, fomentándose con todo esmero un estudio de los más útiles y de los ménos conocidos en el pais. Minuciosa por demás seria la enumeración de las multiplicadas disposiciones encaminadas a tal fin, que se ha tratado de realizar por diversos medios. Concluidos que sean los importantes trabajos emprendidos ya, se habrá adelantado mucho en un ramo, visto por desgracia hasta hace poco tiempo, con el más incomprensible abandono.

Suprimidos por la ley de administración de justicia los tribunales especiales, entre los que figuraban los de minería, y deseándose dar a este ramo toda la protección que merece, se expidió el decreto de 3 de Enero de 1856, por el que se restablecieron las antiguas diputaciones, dictándose reglas para la pronta sustanciación de los negocios de su incumbencia.

Creada con anterioridad la Escuela Nacional de Agricultura, demandaba reformas de consideración, tanto en la forma de la enseñanza, como en el número de

clases; y al efecto, se expidió el decreto de 4 de Enero de 1855, poniendo el establecimiento bajo la protección de una junta y ministrándole los recursos necesarios. En el reglamento se fijaron las cualidades que deberian tener los alumnos que remitieran los Estados, llevándose en todo la mira de formar un plantel que pudiera presentarse como un modelo en su género, y en que se cursaran las clases con el mismo aprovechamiento que en Europa. Ultimamente, se ha hecho un nuevo aumento de cátedras, para no dejar en la enseñanza ningún vacío.

Demostrada por la experiencia la inutilidad de las agencias generales de agricultura e industria, fueron suprimidas, dejando subsistentes los impuestos que se habian fijado a las manufacturas nacionales, los cuales se han aplicado a la Escuela de Artes creada por decreto de 18 de Abril del año pasado. La construcción del edificio destinado a este útil establecimiento, está ya muy adelantada, y pronto contará México con una nueva casa de enseñanza, en que se abrirá esa carrera honesta y productiva a la juventud estudiosa. Para dar más recursos a la Escuela, se ha mandado que si los que hubieren reconocido sobre sus fincas rústicas o urbanas capitales procedentes del juzgado de intestados, lo manifiestan dentro de tres meses, se entrará con ellos en una composición para el pago, que les sea ventajosa.

Para impulsar el espíritu de empresa y explotar las inumerables riquezas de nuestro suelo, se decretó la formación de una compañía de minas, que se ocupara exclusivamente en el descubrimiento de nuevas vetas, y en el trabajo de las minas abandonadas.

Creada la compañía para la explotación del guano mexicano, bien sea por falta de cálculo, o bien por la ínfima clase de este producto, salieron fallidas las esperanzas de poder exportar la cantidad de toneladas a que la compañia se habia obligado; y en atención a las sumas que ha empleado y a los constantes esfuerzos hechos para tener un resultado satisfactorio, se ha prorrogado por dos años el plazo fijado por el decreto de 16 de Enero de 1854, concediendo a la compañía la facultad de admitir nuevos sócios, y la de poder enajenar sus acciones del modo que mejor le convenga. Es de esperarse que estas medidas den impulso a la empresa, en la que tiene parte el supremo gobierno.

Invadida la República diversas ocasiones por la desoladora plaga de la langosta, se encomendó a una comisión de los profesores de la Escuela de Agricultura, que en vista de todos los datos existentes sobre la materia, diese un informe circunstanciado y propusiese cuantas medidas creyera necesarias para el total exterminio del insecto. Presentado aquel, se imprimió por cuenta del mmisterio de Fomento, y se ha circulado a todos los Estados con especial recomendación.

Se han dictado muchas disposiciones, en que el interes particular se ha combinado con el beneficio de la generalidad. Tales son, por ejemplo, la protección

impartida a la empresa del gas, para el establecimiento del alumbrado en esta capital, que muy pronto gozará de este bien; y diversos privilegios que producirán notables mejoras en las artes.

Ha indicado ya el gobierno el decidido carácter de preferencia que por mil títulos da a todo lo relativo a colonización. Para prepararla y facilitarla era necesario comenzar por el buen arreglo de los terrenos baldíos destinados a tan interesante objeto, y con ese fin se han dictado diversas providencias.

El primer paso fue derogar en 3 de Diciembre de 1855, las leyes de 25 de Noviembre de 1853 y 7 de Julio de 1854, que eran injustas y expoliatorias. En seguida se expidieron diversas circulares, en que se fijó el modo con que los agentes de fomento habian de proceder en la enajenación de dichos terrenos, y el valor que deberia dárseles. Y para la averiguación y deslinde de ellos en el Istmo de Tehuantepec, en la Baja California, en Sonora, en Sinaloa y en Chihuahua, se han celebrado varios contratos, de los que se han otorgado las respectivas escrituras, asegurándose con fianzas competentes el cumplimiento de lo convenido.

En cuanto a medidas directas sobre colonización, las más importantes han sido las siguientes:

En 1° de Febrero de 1856, se expidió la ley que autorizó a los extranjeros para adquirir toda clase de propiedades rústicas y urbanas en la República. Tal franquicia, que reclamaban juntamente la civilización y el interes nacional, no puede menos de ser un poderoso estímulo para que los hijos de otras naciones vengan a aumentar nuestra escasa y diseminada población.

En 10 de Mayo se mandaron formar cuatro colonias a los lados del camino entre Veracruz y Jalapa. Para llevar a cabo este decreto, se nombraron los ingenieros que debian practicar el deslinde y mensura de los terrenos, disponiéndose que se pagasen los presupuestos de gastos que exigiesen esas operaciones; se dictaron varias órdenes relativas a los auxilios que se acordó dar a los colonos; lugar en que habian de situarse las poblaciones, y cuanto mas se creyó conveniente para realizar las miras del decreto: se nombró un agente de colonización que se encargara de recibir a los nuevos pobladores, de ministrarles los socorros prometidos, y de remitirlos con la mayor comodidad posible al lugar en que han de fijarse; y se hizo una edición en francés y otra en inglés de las leyes y reglamentos relativos a las propias colonias, circulándose aquellas a los cónsules de la República.

Por otro decreto se mandó establecer una nueva población, en el punto llamado el Progreso, del Estado de Yucatán, dándose dos mil pesos para la conclusión del camino de dicha población a Mérida, y librándose órden al agente para que emplease en el mismo camino todo lo que quedase disponible de los fondos del Ministerio de Fomento.

En 31 de Julio se decretó la formación de una colonia modelo en el cantón de Papantla, del Estado de Veracruz. Deseoso el gobierno de que cuanto ántes existiera este Útil establecimiento, mandó un ingeniero espensado por la Secretaría de Fomento; para que deslindase y midiese los terrenos destinados a la colonia. A la fecha deben estar concluidas esas operaciones.

A más de los expresados, hay pendientes otros varios proyectos sobre establecimiento de colonias, los cuales presentan grandes probabilidades de ser realizados.

Se han impulsado durante la actual administración, todas las obras de los caminos generales que dependen del Ministerio de Fomento, dando las instrucciones convenientes a sus directores, a quienes se ha prevenido que formen un cróquis del que tienen a su cargo, con todo lo relativo a las obras que demanden, y gastos que hayan de hacerse, cuyas noticias han mandado ya los más de ellos y se están examinando. Se ha mandado igualmente a dichos directores, que en sus trabajos y medidas se sujeten al sistema métrico decimal.

Los peajes han sido reformados, reduciéndose el pago de este impuesto en los aranceles que comenzaron a regir en Marzo de 1856.

En cuanto a caminos de fierro, el de Veracruz a S. Juan ha continuado sus trabajos, en térmnos de estar próxima su conclusión, y para otras vías se han concedido diversos privilegios.

Con el fin de realizar y hacer efectiva la vía del ferrocarril de Veracruz a México, por los llanos de Apan y Puebla, se estableció por decreto de 1° de Febrero de 1856, una junta ampliamente facultada, para que de conformidad con los poseedores de privilegios por el tramo expresado, procediese a formar una compañía que se ocupara en continuar los caminos comenzados en México y Veracruz.

Si las concesiones mencionadas surten, como es de esperarse, el efecto para el que han sido otorgadas, México contará con una mejora, cuyos benéficos resultados son verdaderamente incalculables.

Amagada de una inundación esta capital, se expidió el decreto de 4 de Febrero de 1856, que creó una junta de treinta individuos propietarios del Valle, para que hiciera la designación de la suma y del modo con que deberían contribuir para la ejecución de las obras hidraúlicas necesarias para el desagüe, y nombrase de entre los que la formaban una junta menor, que examinara los proyectos formados con anterioridad y propusiera todo lo conveniente a su realización. Suprimióse en virtud de estas medidas la dirección de obras del desagüe de Huehuetoca; y en 26 del mismo Febrero se publicó el decreto del impuesto, y en 28 de Marzo la tarifa de las cuotas que se señalaron a los efectos nacionales y extranjeros. Se circuló una convocatoria para que los peritos residentes en la República, tanto nacionales como

extranjeros, presentaron proyectos para la mejor ejecución de las obras que conviniere hacer en el Valle de México, ofreciendo un premio de doce mil pesos al que mereciere la preferencia. Se han presentado ya algunos, y han pasado a exámen de la junta nombrada al efecto.

Los resultados de los trabajos de la menor del desagüe, han correspondido a los deseos del gobierno, y merced a la constancia y empeño de aquella, la capital se ha visto libre en el año pasado, de la inundación que se consideró inevitable.

Los trabajos que para la comunicación inter-oceánica por el Istmo de Tehuantepec está haciendo la compañía empresaria, continúan con actividad, y según las últimas noticias se ha concluido ya la via carretera.

Con el objeto de favorecer nuestra naciente marina mercante, se decretó en 9 de Enero de 1856, que los buques nacionales de más de ochenta toneladas que conduzcan directamente mercancías extranjeras a nuestros puertos, reciban en cada viaje un premio de cuatro pesos por cada una de las toneladas que midan.

Guerra.

Las labores de esta secretaría han sido incesantes, ímprobas y de la mayor importancia, a causa de las campañas sucesivas que el gobierno ha tenido necesidad de emprender contra los sublevados. Desde que a fines del año de 1855 estalló la guerra civil, puede decirse que se ha estado renovando sin descanso hasta estos últimos dias, en que parece tocar ya a su término definitivo. Ha sido en consecuencia forzoso, que el ministerio a cuyo cargo corre todo lo concerniente a las operaciones militares, haya trabajado de dia y de noche para el buen desempeño de sus deberes.

Para comprender bien cuán graves eran las dificultades que se tenian que vencer, no estará por demás recordar, que los tiempos de prueba no concluyeron cuando triunfante la revolución de Ayutla, quedaron extinguidas las resistencias de un gobierno que abandonaba su propio poder. El enemigo organizado había desaparecido en verdad; pero dejaba tras de sí una situación tal que a él mismo le habia parecido insostenible. El nuevo régimen traia además consigo sus propios compromisos, los compromisos de una revolución de más de un año, que habia nacido, vivido y triunfado falta de recursos; y todo junto formaba una perspectiva de un porvenir de anarquía y desastres.

La virtud entonces de los hombres públicos consistió en no desesperar de la salud de la República, y en seguir firmemente la marcha emprendida, confiados sólo en el patriotismo de los mexicanos y en la Providencia del Ser Supremo.

Las mal apagadas cenizas de la guerra civil ardian frecuentemente, y obligaban a combates empeñados y sangrientos: las resistencias morales se elevaban a la altura de la conciencia religiosa; y se procuraba persuadir a personas incautas, que se perseguia la religión misma que era voluntad del gobierno proteger. Y en medio de tantas penas, tenia éste aun la de ver que ni sus antecedentes, ni sus hechos actuales, ni el estar indisolublemente ligado su porvenir al éxito de la revolución y al triunfo de sus principios, bastaban para aquietar la desconfianza de sus propios amigos. Sus adversarios, sembrando la calumnia y la discordia entre los mismos que aspiraban unánimes a la libertad, conseguian con la antigua máxima de dividir para vencer, las victorias que las batallas les negaban.

Bajo la presión de tales circunstancias ha tenido el gobierno que combatir a la reacción desde que asomó la cabeza, que semejante a la de la hidra de la fábula, se ha reproducido cuantas veces ha sido cortada. Desde entonces comenzó una série de defecciones escandalosas, de traiciones indisculpables, de viles ingratitudes. Invocando el santo nombre de Dios, proclamando el restablecimiento del órden, ensalzando la inviolabilidad de la propiedad, no ha habido sacrilegio, ni profanacion, ni atentado, ni robo, ni crímen, que no se hayan permitido los seudo-defensores de tan respetables principios.

Por fortuna pudo el gobierno contar con elementos poderosos que oponer a los que se habian puesto en juego para hacerle la guerra. Contra la ignorancia y el fanatismo; que de mala fe se explotaban para convertir en via crucis el sendero tortuoso de la rebelión, se apeló a la propagación de las luces, a la discusión razonada en que se patentizaba, con toda la fuerza de una demostración incontestable, que no sufría la Iglesia una de esas persecuciones santificadas con la sangre de los verdaderos mártires. A los pronunciamientos de los jefes militares, que mancharon su honor sublevándose contra las autoridades constituidas, y se cubrieron de ignominia al desconocer a un gobierno que habia colmado a muchos de ellos de honores y distinciones, pudo oponerse la noble y leal conducta de la parte del ejército que permaneció fiel a sus deberes. La guardia nacional, organizada violentamente, contribuyó por su parte al buen éxito de la campaña. Libróse la contienda a la suerte de las armas, y el desenlace fue propicio a la justa causa.

Los primeros sintomas revolucionarios aparecieron en el pueblo de Zacapoaxtla. Los pronunciados, a quienes se pasaron tres secciones mandadas sucesivamente a perseguirlos, proclamaron por jefe a D. Antonio de Haro y Tamariz, y reuniendo sus tropas, ocuparon por capitulación la ciudad de Puebla, cuya guarnición se retiró a Rio Frío.

En tan angustiadas circunstancias se procedió a virtud de grandes esfuerzos y de una constancia infatigable, formar una división que mandó en persona el presi-

dente de la República, y que llegó a constar de más de diez mil hombres. Vencedora en Ocotlán, lo fue igualmente en Puebla, y terminó la campaña con la capitulación de 22 de Marzo de 1856.

La toma de la ciudad rebelde sofocó, pero no extinguió, el espíritu reaccionario. A poco comenzaron a aparecer por Tlaxcala, Iguala y el Estado de México, gavillas de facinerosos que se entregaron a horribles actos de vandalismo, llamándose pronunciados. En persecución suya se movieron algunas secciones de tropa y muchas partidas. Reunidas las más numerosas del enemigo, ocuparon a Tulancingo, sobre cuyo punto envió el gobierno fuerzas respetables.

Los fautores de la revolución, que seguían trabajando entretanto por la consecución de sus miras, lograron la ocupación de dos ciudades importantes Querétaro y Puebla. La primera cayó en poder de la gavilla de D. Tomás Mejía, despues de una bizarra resistencia de la corta fuerza que habia en la plaza, mandada por el digno comandante general Magaña, que sucumbió valerosamente en la refriega. En la segunda estalló en la noche del 19 al 20 de Octubre una nueva sublevación, acaudillada por Orihuela.

Querétaro volvió al órden con la llegada de las tropas de Guanajuato, mandadas por el comandante general del Estado D. Manuel Doblado, a quien no se atrevió a esperar Mejía. Sobre Puebla marchó una división de más de cuatro mil hombres, a las órdenes del Excmo. Sr. general D. Tomás Moreno. Sus operaciones sobre la plaza duraron veintinueve dias, y después de combates obstinados, entre los que sobresalió la toma de la Concordia, los defensores de la plaza se rindieron el 3 de Diciembre.

Como las fuerzas pronunciadas reunidas en Tulancingo, y que no habian podido auxiliar a las de Puebla, a pesar de haberlo intentado, se movieron rumbo a Orizaba y Córdoba, el general Moreno, con parte de su división, se puso a perseguirlas. Se les acercó en Córdoba, adonde no pudieron entrar, merced a la esforzada resistencia de aquella guardia nacional, y las alcanzó en Coscomatepec, derrotándolas allí y dispersándolas en su mayor parte. Así obtuvieron por segunda vez las armas del gobierno una completa victoria. Antes de que ocurrieran estos acontecimientos, había marchado una división respetable con objeto de restablecer el órden en el Estado de Nuevo Leon, y el general D. Vicente Rosas que la mandaba, celebró el 18 de Noviembre unos convenios con el gobernador de dicho Estado D. Santiago Vidaurri, que dieron por resultado su completa pacificación. Al regresar la división Rosas, y hallándose de tránsito en San Luis Potosí, se sublevó la mayor parte de la fuerza que la formaba.

Luego que lo supo el gobierno, dispuso que se reunieran las fuerzas necesarias al mando en jefe del Sr. general D. Anastasio Parrodi. En pocos días se organizó una

división de cerca de cuatro mil hombres, merced en gran parte a la eficacia y decidido empeño del gobernador de Guanajuato D. Manuel Doblado, y del de Zacatecas D. Victoriano Zamora. A fin de arreglar todo lo relativo a la campaña, salió de esta capital con ámplias facultades el secretario de fomento, que corrió inminente peligro de caer en poder de los pronunciados. La conveniencia de que la acción directa del gobierno estuviera próxima al teatro de los acontecimientos, quedó plenamente probada con los resultados que obtuvo, a pesar de la grave dificultad con que hubo que luchar de la suma escasez de recursos. Los sublevados abandonaron en su mayor parte a San Luis, y se dirigieron al cerro inexpugnable de la Magdalena, situado a la boca de la Sierra. Desalojados de allí por el hambre y la sed, fueron completamente derrotados en Tunas Blancas y camino de la hacienda de Esperanza, el 7 de Febrero.

Quedaba un resto de facciosos, posesionados de la plaza principal y otros puntos de la ciudad de San Luis. Las fuerzas del Sr. coronel D. José L. Rivera, que los asediaban, eran demasiado escasas para someterlos. Llegado el auxilio que le pidió a Nuevo León, la plaza fue ocupada por el general Vidaurri en 11 del mismo Febrero, y aprehendidos los cabecillas y tropas que la defendian.

El puerto de Tampico, donde tambien se habia alterado el orden, ha reconocido ya la autoridad del general Moreno, nombrado gobernador y comandante general del Estado, quien ha entrado alli con las fuerzas que saco de esta capital.

Entre los últimos acontecimientos de la campaña, merece una muy especial y honorífica mención la conducta observada por la guardia nacional de Tierra Blanca, que después de derrotar una gavilla de sublevados, se apoderó de dieciseis mil pesos, procedentes sin duda del robo de la conducta en San Luis, y dió el ejemplo, tan raro como noble, de entregarlos a las autoridades respectivas, sin que faltara un centavo.

Se ve, pues, que jugado de nuevo el porvenir de la República en los campos de batalla, el éxito ha sido el más satisfactorio en todas partes. Las últimas tentativas de los revolucionarios, han sido tan infructuosas, tan completamente reprimidas como las primeras.

No obstante las asíduas ocupaciones ántes mencionadas, la secretaría de guerra y marina no ha desatendido ninguno de los asuntos que le incumben. Trabajos muy prolijos ha impendido en organizar cuerpos, en reunir en puntos convenientes la artillería, armamento y pertrechos que se hallaban diseminados, y en examinar las pretensiones de los que sirvieron a la revolución de Ayutla. Considerable es el número de circulares y órdenes que ha expedido para que se observe en el ejército la más estricta moralidad y disciplina. Ha procurado con el mayor empeño poner coto a la deserción, ya concediendo indulto a los desertores que habian sido arrastrados por

la fuerza al servicio de las armas, o en quienes concurrian otras circunstancias atenuantes, ya obrando con severidad respecto de los que no tenian disculpa atendible a su favor. Conociendo los grandes inconvenientes que presenta el sistema de leva, ha prohibido expresamente que se ponga en práctica; y cuantas veces ha tenido noticia de los abusos que se han cometido en este punto, a pesar de sus órdenes terminantes, ha cuidado de reprimirlos.

Ha formado depósitos de oficiales para destinar a los leales y útiles, y retirar sin agravio y con el menor gravamen posible a los sobrantes. Declarados insubsistentes en 19 de Junio de 1856 los ascensos y despachos militares expedidos desde el 19 de Enero de 1853 hasta el 13 de Agosto de 1855, se ha nombrado una junta que proceda al examen de los que merezcan revalidación; y aunque poco se ha adelantado hasta ahora en estos trabajos, por dificultades que no se ha logrado superar hasta ahora, no se dejarán ellos de la mano hasta su conclusión. Además, el resultado del decreto casi está ya conseguido, pues fuera del crecido número de generales, jefes y oficiales que han perdido sus empleos por haber tomado parte en las sublevaciones que ha habido contra el gobierno, este ha expedido infinidad de licencias ilimitadas y absolutas.

En 29 de Abril del mismo año de 1856, se sancionó un decreto sobre arreglo del ejército y marina. Las circnnstancias excepcionales de la época no han permitido dar entera observancia a esa ley importante, pues a menudo se frustran las disposiciones mas acertadas, cuando se vive en una sociedad para la que llega a ser normal el estado revolucionario. Todo cálculo, toda economía, todo arreglo, son de dificil realización, cuando hay que atender a la más apremiante de las necesidades, la de sofocar las tentativas de desórden para salvar la sociedad de la anarquía. Hoy que por fortuna la paz se ha restablecido ya, el gobierno hará los mayores esfuerzos para que reciba el debido cumplimiento el decreto rererido, con el que tiene íntimo enlace el de 20 de Septiembre último, qoe fijó los haberes del ejército.

Hacienda.

Han tocado a esta Secretaría, como ha sucedido muchos años hace, dias de amargo conflicto. No es nuevo que esa profunda herida de la administración que se llama escasez de recursos, haya determinado el trastorno del órden, y aun los más sinceros amigos del gobierno han tenido momentos de temer que este mal trajera consigo su ruina. Sin embargo, no ha sido así. A pesar de la insuficiencia de los ingresos, se ha atendido a los gastos ordinarios más precisos, si no con entera puntualidad, a lo menos aplicando a muchos de ellos sumas mayores que las que en

otros tiempos más felices se les han destinado; y se han suministrado con la urgencia que el caso ofrecia, los fondos enormes que el estado de guerra civil, casi no interrumpido, hizo indispensables.

Aunque no obran todavia en poder del gobierno todos los datos oficiales necesarios para saber cuánto han producido en el año pasado las rentas generales, por un cálculo aproximado puede estimarse su importe en diez millones y medio de pesos, de los que 7,300,000 pertenecen a las aduanas marítimas, sobre 1,700,000 a la de México, y el 1,500,000 restantes al papel sellado, contribuciones, ensaye, naipes y otros ramos menores. Restablecida ya la tranquilidad pública, estos números deben elevarse en el presente año.

No por haber tenido el gobierno que luchar dia a dia con la penuria por una parte, y la necesidad de hacer cuantiosos gastos por otra., ha desatendido el crédito público; y si bien los fondos que le están consignados han sufrido algunas ocupaciones, se han aplicado siempre al pago de la deuda contraída en Lóndres y de las convenciones diplomáticas, cerca de 800,000 pesos.

La deuda interior se sigue reconociendo y consolidando. Concedido un año más para la presentación de los créditos, en ese nuevo plazo han ocurrido muchos acreedores con sus documentos justificativos, que se han liquidado y convertido en bonos, como se seguirá haciendo con los demas pendientes, con las deducciones de ley. Su importe definitivo será sin duda menor del que se habia calculado al principio, en razon de que varios de los que se creia que entrarian al fondo comun, están formando parte de las convenciones.

Para dar a los bonos mayor valor en la plaza, se ha dispuesto que se les admita en pago del derecho adicional establecido por la Ordenanza de aduanas, y de la mitad de la alcabala comun que se cause en las enajenaciones de bienes raices. También en la ley de 25 de Junio de 1856, se determinó que se pagase en dichos bonos la mitad, la tercera o la cuarta parte de la alcabala causada por la adjudicación de bienes de corporaciones, segun el plazo en que se hiciera a los inquilinos. En todas estas operaciones y en otras varias, se han recibido los bonos no sólo por el valor íntegro de la cantidad que representan, sino tambien por el de los cupones vencidos hasta la fecha de la amortización; y la hecha por capital e intereses desde 13 de Diciembre de 1855, hasta 12 de Febrero de 1856, llega a cuatro millones de pesos.

Como en la conversión de la deuda interior no entran más que los créditos devengados hasta la fecha de la ley que arregló el pùblico, conviene a saber, hasta 30 de Noviembre de 1850, lo que la nación ha quedado a deber de entónces en adelante, forma una deuda flotante que exije algún arreglo y que bien se ha estado amortizando, a virtud de diversos negocios y combinaciones, siendo la principal su

admisión en pago de parte de las alcabalas procedentes de remates de fincas de corporaciones.

Para el reintegro de los créditos contraidos por los caudillos de la revolución de Ayutla, se expidió un decreto especial, fijando para las reclamaciones de los interesados el término de un año que se cumplió desde el mes de Octubre último. En el periódico oficial se publicó a su tiempo, el importe total de los créditos reclamados; el de los mandados satisfacer; y el de los pendientes de resolución, por falta de los justiñcantes necesarios.

La administración actual encontró fuertemente gravado el erario, a consecuencia de diversos contratos celebrados con la anterior. Anulando o rescindiendo unos, y reformando otros, según las circunstancias particulares de cada caso y siempre en términos de justicia, se han conseguido ventajas considerables para la nación, y el ahorro de centenares de miles de pesos. Del principal de esos negocios se hablará en pocas palabras.

Un decreto de la administración de Santa Anna, reconoció como buenos los bonos llamados de exceso, emitidos sin autorización por la antigua casa de Lizardi y C.A de Lóndres; los mandó incluir en la deuda contraida allí, con la que debian confundirse; y gravó a las aduanas marítimas con la asignación del uno y medio por ciento de sus fondos para el pago de los intereses de aquellos. El decreto referido fue declarado nulo y de ningún valor por el de 24 de Noviembre de 1855, para el que se tuvieron presentes razones incontestables; pero como no bastaba esta providencia para el arreglo del negocio, se nombró una comisión especial, que celebró una transacción con el representante de la casa de Lizardi. Ese arreglo, aprobado por el gobierno, obliga a dicha casa a entregar los bonos de exceso, o en su defecto los correspondientes de los actuales, a razon de un sesenta por ciento, que fue como se hizo la última conversión. El gobierno se obligó por su parte a liquidar los suplementos hechos por la casa de Lizardi a las legaciones y consulados de la República, y a pagar su importe, incluso el uno por ciento de rédito mensual, en estos términos: una tercera parte en órdenes sobre las aduanas, y las dos restantes en bonos. La entrega de los de exceso no se ha verificado aún, por haberse suscitado dudas acerca de la inteligencia de la cláusula respectiva, sobre sustitución de ellos por los actuales. La liquidación se formó con la mayor escrupulosidad, y todavía de su importe se rebajaron cien mil pesos.

No estará por demás mencionar aqui igualmente, tres de los negocios hechos por el actual gobierno, para desvanecer los infundados comentarios a que han dado lugar.

El primero es el del pago mandado hacer a D. Gregorio Ajuria, de lo que prestó para el fomento de la revolución del Sur. Aunque es verdad que el negocio ha sido

considerablemente ventajoso para el prestamista, no debe olvidarse un sólo momento, que sin el auxilio que proporcionó, hubiera sido imposible sostener la revolución; que corrió inminente peligro de perder su capital; y que se expuso personalmente a las consecuencias terribles que le hubiera acarreado el descubrimiento del contrato por el gobierno de la época.

El segundo se refiere al arrendamiento de la casa de Moneda de esta capital. El gobierno aprovecha esta ocasión para declarar que opina abiertamente en contra de ese sistema; pero careciendo de fondos para administrar por sí la empresa, ha sucumbido en este caso, como en algunos otros, a la ley imperiosa de la necesidad.

El tercero es concerniente a la enajenación del crédito que tenia la República contra Colombia. Ya al hablar en otro lugar de esta deuda, se indicó el mal resultado de las gestiones hechas últimamente para el pago que se reclamó a uno de los deudores. Por otra parte, la notable circunstancia de contar ya el préstamo más de treinta años de duración, después de cuyo tiempo se encontraba en el mismo estado que el primer dia, y la no menos atendible consideración, de que lejos de haberse realizado el cobro, ha gastado el erario muchos miles de pesos en legaciones que se han mandado con ese sólo objeto, no dejan duda de que no puede calificarse de mal negocio un arreglo, en que por un crédito de la naturaleza expresada, se recibieron cincuenta mil pesos en efectivo, y ochocientos mil en bonos de la deuda interior. Se estipuló además, que México quedaria libre de toda reclamación de ciudadanos colombianos; y esta cláusula tan importante ha servido ya para desechar un cobro de 500,000 pesos. Verdad es, que la casa que hizo el negocio, se resiste a tomar sobre sí esta reclamación pero el gobierno está en su derecbo para exigírselo.

Tiempo es ya de recordar las disposiciones legislativas, dictadas por la secretaría de hacienda.

En 24 de Noviembre de 1855, se dió una ley de clasificación de rentas, en la que se designaba las que corresponden al gobierno general, y las pertenecientes a las de los Estados. Hay necesidad de reformar este decreto, cuya importancia es tan grande para evitar confusión y disputas.

La ley de presupuestos, expedida en 31 de Diciembre del mismo año, no ha podido observarse por las circunstancias excepcionales de la época. Dictada para tiempos normales, su aplicación ha sido imposible en los turbulentos y revolucionarios que hemos atravesado. Notoria es sin embargo la utilidad de un trabajo, que servirá de punto de partida para los subsecuentes del mismo género. Sin la base de los presupuestos, hasta inconcebible es la formación de un plan de hacienda.

La Ordenanza general de aduanas marítimas y fronterizas, de 31 de Enero de 1856, contiene el arancel más liberal de cuantos han regido en la República. En él se han adoptado medidas importantes para el fomento y desarrollo del comercio exterior.

Para que corriera con lo relativo a la deuda pública y se encargase de la administración de las aduanas marítimas, se restableció la Junta de crédito público, cuya intervención en ese ramo, habia dado ya en otro tiempo los mejores resultados. Sus atribuciones, aunque modificadas posteriormente, son suficientes para la consecución del arreglo que se le ha encomendado. La ley de su creación se propuso objetos todavía más elevados, como el del establecimiento de un banco nacional; pero este proyecto, para cuya realización habria sido preciso vencer dificultades que han sido insuperables hasta ahora, no ha podido llevarse a cabo.

Obligado el gobierno por sus necesidades, a buscar en las contribuciones, tanto directas como indirectas, el aumento de las rentas generales, adoptó nuevas combinaciones para el uso del papel sellado, procurando que este gravámen fuera suave en cada uno de los casos en que se impone, y que diera sin embargo un producto anual de alguna consideración.

En el correo se han hecho y se continúan haciendo los mayores esfuerzos, para que este interesante ramo del servicio público, llene los fines grandiosos de su institución. Entre otras reformas notables, se ha introducido la del franqueo prévio, que establecido al principio con el carácter de voluntario, ha sido después indispensable convertir en forzoso. Los gastos que han exigido los nuevos arreglos; la purificación de la contabilidad, en la que no figuran ya como ingresos valores imaginarios; y las crecidas sumas invertidas en los extraordinarios que se han tenido que estar despachando constantemente en virtud de la larga duración de la guerra civil, han sido las principales causas de que, léjos de ser el correo una renta, haya sido un gravámen para el erario. El ramo se regularizará cada vez más, y se continuará guardando estrictamente el inviolable respeto que es debido a la fe pública.

Enemigo el gobierno de los monopolios, no podia consentir en la subsistencia del estanco del tabaco, el cual era tanto más odioso, cuanto que recaía sobre un fruto que se produce con abundancia en muchos lugares de la República. La prohibición de cultivarlo, condenaba a la miseria o al crímen a un número considerable de familias de las costas, donde no podian ejercer otra industria. Fue, pues, un decreto humanitario y conveniente bajo todos aspectos, el que declaró libre la siembra, elaboración y expendio del tabaco, fomentando así ese ramo de riqueza, que debe llegar a ser con el tiempo un pingÜe artículo de exportación.

La más importante de las leyes dictadas en materia de hacienda, ha sido sin duda, la de 25 de Junio de 1856, no sólo por la importancia que bajo tal aspecto le corresponde, sino por haber introducido una verdadera revolución social y política, en esta nacíón supeditada de siglos atras a las preocupaciones y a los abusos. Los perjuicios que resultan de la acumulación de la propiedad raíz en unas cuantas manos, para nadie son desconocidos; y ellos llegan a convertirse en una horrible calamidad pública, cuando esa propiedad se sustrae indefinidamente de la circulación y del movimiento comercial. Para contener los funestos efectos de esas adquisiciones perdurables, aún en siglos en que la economía política era casi desconocida, y en que nadie se atrevia ni siquiera a examinar la cuestión de los bienes eclesiásticos, se dictaron por monarcas muy religiosos, leyes que ponían embarazos al aumento de la riqueza territorial de la mano muerta, y lo sujetaban al pago del fuerte derecho llamado de amortización. La ley de 25 de Junio, y todas las circulares, órdenes y resoluciones que se han dictado para su cumplimiento, no han llevado más mira que la del beneficio público, obrando en consonancia con los principios enunciados. A la mala administración de las corporaciones, se ha sustituido la individual, que tanto contrasta con aquella. Se ha querido que el abandono con que es visto lo que tiene un carácter comun, sea reemplazado con el empeño propio del interés personal, móvil tan poderoso del corazón humano. Se ha decretado la subdivisión y libertad de la propiedad raíz, para que adquiera un valor inmenso, impidiéndose la ruina a que la conducían su estancamiento y su aglomeración. Y al establecer una mejora de incalculables resultados para el porvenir, léjos de disminuir los fondos de las corporaciones, se han aumentado verdaderamente, y se ha mandado que sigan aplicándose a los objetos de su instituto.

Ya al tratarse de la deuda exterior, se indicaron los constantes esfuerzos que ha hecho el gobierno para sostener el crédito de la nación. Con el propio fin se ha expedido, en 23 de Enero último, una ley en que se previene, que desde su publicación en cada puerto, los administradores de aduanas marítimas y fronterizas entreguen a los agentes de los tenedores de bonos de la deuda contraida en Lóndres, en dinero y en libranzas, la parte de derechos que para el pago de sus réditos les consignó la ley de 14 de Octubre de 1850. A más de la ventaja de satisfacer una justa exigencia de acreedores dignos de la mayor consideración, se conseguirá con el nuevo arreglo la seguridad, muy apreciable por cierto, de que no se repitan las frecuentes ocupaciones de esos fondos por funcionarios subalternos, que han ocasionado con su conducta graves conflictos, por las reclamaciones a que han dado lugar.

Epílogo

A pesar de que se han mencionado en este manifiesto, los negocios más importantes que han ocurrido durante la existencia del actual gobierno, ni han podido tocarse otros de menor categoría, ni aun los relacionados han podido presentarse con el desarrollo correspondiente. Cuando se reuna el congreso constitucional a cuya elección va a procederse dentro de poco, cada una de las secretarías del despacho dará cuenta circunstanciada de los asuntos de su incunbencia, comprendiendo en ella, no solamente los que hubiere en adelante, sino los ocurridos ya.

El gobierno juzga excusado entrar aquí en explicaciones acerca del programa que se propone seguir. Cuando se encargó del poder manifestó sus ideas en este punto; y los hechos, cuya elocuencia es siempre muy superior a la de las palabras, han demostrado ya si las promesas hechas han tenido cumplimiento en cuanto ha cabido en la posibilidad. Hoy, pues, se limitará a decir unas cuantas palabras en esta línea.

El primer deber del gobierno, así como su mas vivo deseo, es el de conservar la independencia y la integridad nacional, y tiene por lo mismo la más firme e indestructible decisión de no entrar en arreglo ni celebrar negocio alguno, que pueda poner una u otra en peligro. Antes que dar un sólo paso en ese sentido, preferiria mil veces caer.

Indulgente el gobierno con los reaccionarios, los ha perdonado, una, dos y tres veces, llenando así lo que ha considerado un deber de humanidad y de conveniencia pública. No es de creerse que nuevas sublevaciones perturben la tranquilidad conquistada a costa de tantos esfuerzos; pero si así fuere, no seria ya posible seguir obrando como hasta aquí. Si el perdon generoso otorgado a los vencidos, encuentra por recompensa la repetición de asonadas escandalosas, se reprimirán severamente, sin apartarse en un ápice de la observancia de las leyes aplicables al caso, pero sin dispensarlas tampoco en favor de nadie. A la clemencia succederá la energía: no habrá ya concesiones de indultos; y del castigo que se aplicará irremisiblemente, por grave que sea, no podrán quejarse los que obliguen por su culpa a la autoridad suprema, a desplegar el rigor necesario para la salvación de la sociedad.

Y este estricto cumplimiento de las leyes se hará extensivo a todos los negocios que ocurran. Convencido el gobierno de que una de sus principales obligaciones es no tolerar la impunidad de ningún delincuente, porque todo órden, todo progreso es imposible si se tuerce o se quiebra la vara recta de la justicia, está decidido a someter a juicio a cuantos falten a sus deberes, sin que lo detengan consi-

deraciones personales ni miramientos de ninguna clase. Los tribunales fallarán lo que estimen justo, en la causa de cada acusado, y sus sentencias se ejecutarán en los términos en que sean pronunciadas.

El gobierno cuenta con el auxilio de la Divina Providencia, que implora fervientemente, para que lo guie por la senda escabrosa que tiene aún que atravesar. Conociendo cuán fácil es extraviarse, teme no tener siempre el acierto que tanto desea; pero cuando le falte, será por error y no por mala intención, pues afirma con la mano sobre el corazón, y poniendo por testigo de su veracidad al Ser Supremo para quien nada hay oculto, que ni uno sólo de sus actos dejará de tener por único y exclusivo objeto, la prosperidad, el engrandecimiento, la felicidad de la nacion.

México, Marzo 4 de 1857.

Ignacio Comonfort, presidente la República.

Ezequiel Montes, ministro de relaciones esteriores.

Ignacio de la Llave, ministro de gobernacion.

José M. Iglesias, ministro de justicia, negocios eclesiásticos e instruccion pública.

Manuel Siliceo, ministro de fomento, colonizacion, industria y comercio.

Juan Soto, ministro de guerra y marina.

Juan Antonio de la Fuente, ministro de hacienda y crédito público.

ÍNDICE GENERAL DE OBRAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN.

Joyas del Derecho..... 1
Obras contenidas en este volúmen..... 3
CÓDIGO DE HAMMURAPI..... 5
Introducción..... 7
Prólogo..... 9
Leyes..... 11
Epílogo..... 35
Imprecaciones..... 37
Dioses y templos..... 39

LEY DE LAS XII TABLAS..... 41
Antecedentes..... 43
Contexto Histórico..... 45
La Ley..... 47
Tabla I.- De la citación a juicio..... 49
Tabla II.- De los juicios y de los delitos..... 51
Tabla III.- De los depósitos y deudas..... 55
Tabla IV.- De los derechos de patria potestad, y de los conyugales..... 57
Tabla V.- De las Herencias y tutelas..... 59
Tabla VI.- Del dominio y posesión..... 61
Tabla VII.- De los delitos..... 63
Tabla VIII.- De los derechos prediales..... 65
Tabla IX.- Del Derecho Público..... 67
Tabla X.- Del Derecho Sagrado..... 69
Tabla XI.- Suplemento a las cinco primeras tablas..... 71
Tala XII.- Suplemento a las cinco últimas tablas..... 71

SOBRE LAS LEYES..... 73
Marco Tulio Cicerón..... 75
Biografía de Marco Tulio Cicerón..... 77
Sobre las Leyes..... 85
Libro Primero..... 85
Libro Segundo..... 111
Libro Tercero..... 139

NUEVAS CONSTITUCIONES DEL EMPERADOR LEON..... 157
León III..... 159
Proemio..... 171

Constitución I.- De que cualquiera que hubiere recibido la prerrogativa de juzgar deba dirimir las controversias conforme haya establecido la elección de capítulos legales hecha por nosotros, y de que no se dicida ninguna ambigüedad de litigio con arreglo a los que han sido considerados entre los desaprobados..... 173

Constitución II.- De que el que se pruebe que por otra parte es digno de la dignidad episcopal con arreglo a los sagrados y divinos cánones, no experimente, si tuviera hijos de legítimo matrimonio, por causa de éstos ningún impedimento para conseguir tal honor..... 174

Constitución III.- De que los que han de ser ordenados sacerdotes sean ordenados conforme a los ritos de la iglesia con la condición de que o en lo sucesivo pasen en el celibato toda su vida, o, si quisieran contraer matrimonio, lo contraigan antes, y después procedan a la ordenación..... 175

Constitución IV.- De que no solamente los sacerdotes de la iglesia universal, sino también los que pertenecen a cualquiera sagrada casa, puedan, si fueran llamados, celebrar lícitamente en una casa los sagrados misterios y el dino culto..... 176

Constitución V.- De que a los que les corresponden bienes después que ingresaron en la república monástica, no se les prohíba en absoluto testar de ellos, sino que, si verdaderamente se viera que llevaron alguna cosa al monasterio al tiempo que ingresaron en él, tengan facultad para disponer como quieran de los adquiridos después, y si nada hubieren llevado, tengan ciertamente potestad de los mismos para disponer de dos terceras partes, pero reciba el monasterio la otra parte, o sea la tercera..... 177

Constitución VI.- De que respecto a los que determinan hacerse monjes se observe uno y otro tiempo, así el que estableció el santo sínodo sexto, como el que decretó el divino Basilio; pero que la disposición de los bienes del que se hace monje en el tiempo prefijado por el sínodo se verifique con arreglo a la norma dada por nosotros..... 180

Constitución VII.- De que siempre que por maldad hubiere querido alguien pasar del hábito clerical al profano, sea él restituido a aquél aún contra su voluntad..... 181

Constitución VIII.- De que el que por maldad hubiere abrigado en su ánimo rechazar el venerable hábito de la vida monástica, y en lugar de él hubiere tomado el hábito profano, sea aún contra su voluntad restituído a aquél cuantas veces hubiere intentado hacer esto, y sea devuelto al mismo monasterio de que con improbidad hubiere huído..... 182

Constitución IX.- Del esclavo que, ignorándolo su señor, fue hecho clérigo..... 183

Constitución X.- Del esclavo que, ignorándolo su señor, abrazó el monaquismo..... 183

Constitución XI.- Del esclavo que, ignorándolo su señor, fue ordenado obispo..... 184

Constitución XII.- Del uso de las oficinas de la Iglesia Grande..... 185

Constitución XIII.- De las enfiteusis perpetuas..... 186

Constitución XIV.- De los que dejan de concluir un monasterio..... 186

Constitución XV.- De que sea lícito administrar el saludable bautismo en cualquier oratorio sagrado..... 188

Constitución XVI.- De que el diácono sea ordenado no de venticinco años, sino de veinte..... 189

Constitución XVII.- De cuando a las puérperas se les hará partícipes de los divinos misterios, y de cuándo serán bautizados los recién nacidos, esto es, después de cuarenta días, salvo si apremiara la necesidad..... 189

Constitución XVIII.- De que en los esponsales se exija la pena establecida..... 191

Constitución XIX.- Del pacto hecho por el padre de que su hijo habrá de ser heredero por igual..... 192

Constitución XX.- De que el marido, así como la mujer, no adquiera, premuerta la otra parte, cosa alguna fuera de lo hipotecado..... 194

Constitución XXI.- De que se cumpla la promesa de dote hecha o de los bienes paternos o de los maternos..... 196

Constitución XXII.- De que la mujer, que no reitera el matrimonio, adquiera con derecho de propiedad la porción que uno de los hijos, y del mismo modo el padre..... 197

Constitución XXIII.- De que los presidentes no contraigan en sus provincias esponsales para los de su casa..... 198

Constitución XXIV.- De que los hijos naturales no contraigan matrimonio con los adoptivos..... 199

Constitución XXV.- De la emancipación y de la restitución de la dote..... 200

Constitución XXVI.- De que los eunucos puedan adoptar..... 201

Constitución XXVII.- De que del mismo modo les sea a todos lícito adoptar..... 203

Constitución XXVIII.- En qué tiempo y por quiénes se les deba conceder a los adultos la administración de sus propios bienes..... 206

Constitución XXIX.- De que el parto de una esclava dado a luz en poder de otro corresponda al dueño de la misma..... 207

Constitución XXX.- De la mujer que viviendo su marido contrae matrimonio con otro varón..... 209

Constitución XXXI.- De que la mujer que aborta por odio a su marido pueda ser repudiada por él..... 210

Constitución XXXII.- De los adúlteros manifiestamente descubiertos..... 211

Constitución XXXIII.- De que a las mujeres de los cautivos no les sea lícito casarse con otros..... 212

Constitución XXXIV.- Del tutor que corrompa a su pupila..... 214

Constitución XXXV.- De la pena del raptor de una virgen, y de la de los que hubieren asistido al rapto..... 215

Constitución XXXVI.- De que sea heredero el hijo de un cautivo..... 216

Constitución XXXVII.- De que el manumitido en el testamento de su señor pueda testar, si ignorase que aquél había fallecido y que había sido adida su herencia..... 217

Constitución XXXVIII.- De que los esclavos del emperador puedan disponer como quieran de sus propios bienes..... 218

Constitución XXXIX.- De que el pródigo pueda hacer lo que corresponda a cosa del mismo..... 219

Constitución XL.- De que los cautivos tengan la testamentificación..... 220

Constitución XLI.- De que para la fe de los testamentos basten en las ciudades cinco testigos, y tres en viajes y en el campo..... 223

Constitución XLII.- De que el suficiente número de testigos haga válido el testamento, aunque éste no tenga ni las firmas ni los sellos de aquellos..... 224

Constitución XLIII.- De que también se confirmen los testamentos por medio de los que no saben escribir..... 226

Constitución XLIV.- Por quiénes es menester que sean sellados los testamentos..... 227

Constitución XLV.- De que los jueces consignen por escrito la sentencia y la firmen con su mano..... 228

Constitución XLVI.- Derogación de algunas leyes promulgadas relativas a las curias y a los decuriones..... 228

Constitución XLVII.- Derogación de la ley que al senado le concedía nombrar los pretores, y a los decuriones los prefectos..... 229

Constitución XLVIII.- De que las mujeres no presten testimonio en los contratos..... 230

Constitución XLIX.- De que los esclavos no sean admitidos a prestar testimonio..... 231

Constitución L.- De que las donaciones, que no están consignadas por escrito, sean válidas hasta de quinientos áureos..... 231

Constitución LI.- De quién deba ser el tesoro hallado..... 232

Constitución LII.- De que valgan las monedas tanto de los príncipes antiguos, como de los más modernos, con tal que sean de justo peso y de buen metal..... 234

Constitución LIII.- De que a cualquiera le sea lícito sepultar muertos tanto dentro, como fuera, de las ciudades..... 235

Constitución LIV.- De que todos cesen en sus trabajos los domingos..... 236

Constitución LV.- De que los judíos vivan conforme a los ritos del cristianismo..... 237

Constitución LVI.- De las orillas del mar..... 238

Constitución LVII.- De cuanto deben distar entre sí en las pesquerías las redes fijas de pescar..... 239

Constitución LVIII.- De que de sangre no se haga comida..... 240

Constitución LIX.- Derogación de la ley que al hombre libre le permite que se venda..... 241

Constitución LX.- De la pena con que deben ser castigados los castradores..... 241

Constitución LXI.- De la pena a que han de ser sometidos los recaudadores de los tributos, si hubieren exigido más de lo que deben..... 243

Constitución LXII.- De la pena del que hubiere vendido alguna cosa pública..... 244

Constitución LXIII.- De la pena de los que transportan a los enemigos cosas vedadas..... 244

Constitución LXIV.- De la pena de lo que ocultaren las cosas de un naufragio..... 245

Constitución LXV.- De la pena de los encantadores..... 246

Constitución LXVI.- Del plagio..... 247

Constitución LXVII.- De los que se pasan a los enemigos y vuelven por su propia voluntad..... 248

Constitución LXVIII.- De que los monjes y los clérigos puedan ser tutores, pero estén apartados de la administración y de la dirección de los pupilos..... 249

Constitución LXIX.- De la testamentificación de los ciegos, de los que no saben de letras, y de las mujeres..... 250

Constitución LXX.- De las agresiones..... 251

Constitución LXXI.- De los que hayan de edificar en terrenos de labranza y en viñas..... 252

Constitución LXXII.- De que sean válidos los pactos habiéndose constituído pena..... 253

Constitución LXXIII.- De que nadie habite con mujeres en los cenáculos de las iglesias..... 253

Constitución LXXIV.- De que no se bendiga a los futuros cónyuges antes del legítimo tiempo del matrimonio..... 254

Constitución LXXV.- De que pueda ser hecho subdiácono el que es de veinte años..... 255

Constitución LXXVI.- De la pena de los sacerdotes que dicen falso testimonio..... 255

Constitución LXXVII.- De la pena de los falsarios..... 256

Constitución LXXVIII.- De que en lo sucesivo no se hagan Senado-consultos..... 257

Constitución LXXIX.- De la pena del sacerdote, del diácono, o del sub-díacono, si después de recibido el orden se uniera a mujer en matrimonio..... 257

Constitución LXXX.- De que sean contados en las mercaderías públicas los trozos y las pequeñas porciones de púrpura..... 258

Constitución LXXXI.- De que no esté totalmente prohibido que de oro y piedras preciosas se haga alguna cosa..... 258

Constitución LXXXII.- Del testamento al cual se le quitaron los sellos.... 259

Constitución LXXXIII.- De que el dinero sea dado lícitamente en mutuo al interés de cuatro por ciento..... 260

Constitución LXXXIV.- De que a los magistrados de la ciudad así como a los que se hallan fuera de la ciudad, excepto al presidente, les sea lícito negociar y también edificar..... 261

Constitución LXXXV.- De que los padres que no pasan a segundas nupcias reciban la porción de uno de los hijos..... 262

Constitución LXXXVI.- De la pena de los obispos, sacerdotes, y clérigos, que se dedican a la abogacía, a afianzamientos, a arrendamientos, y a otras cosas semejantes..... 262

Constitución LXXXVII.- De la pena de los eclesiásticos que juegan a los dados..... 263

Constitución LXXXVIII.- Se establecen días festivos para algunos varones célebres en la iglesia..... 264

Constitución LXXXIX.- De que los matrimonios no sean confirmados sin la sagrada bendición..... 264

Constitución XC.- De que estén sujetos a la pena del sagrado canon los que contraen tercer matrimonio..... 265

Constitución XCI.- De que no sea lícito tener concubina..... 266

Constitución XCII.- De la pena del que de intento dejó ciego a alguno..... 266

Constitución XCIII.- De que se puedan rescindir los esponsales si se viera que la esposa estaba embarazada de otro..... 268

Constitución XCIV.- Derogación de la ley que trata del consulado..... 269

Constitución XCV.- De la corteza de tierra, que fue arrancada..... 269

Constitución XCVI.- Del sepulcro violado..... 270

Constitución XCVII.- De que jure el Juez al comienzo de un litigio y al ser nombrado magistrado..... 271

Constitución XCVIII.- De la pena de los eunucos, si se casaran..... 272

Constitución XCIX.- De que el que defiere juramento jure primero de calumnia..... 274

Constitución C.- De los esclavos que se unen en matrimonio con mujeres libres..... 275

Constitución CI.- De los cónyuges esclavos, si a uno de ellos se le hiciera donación de la libertad..... 276

Constitución CII.- De los predios marítimos que no son suficientes para que se establezcan por separado las redes fijas de pescar, y de que aun contra la voluntad de uno sea éste obligado a constituir sociedad..... 277

Constitución CIII.- De los que con predios marítimos forman sociedad para establecer redes fijas de pescar..... 278

Constitución CIV.- De las redes fijas de pescar entre las que no hay el intervalo legal..... 279

Constitución CV.- De si se hubiera descubierto que algún magistrado hurtó cosas del fisco..... 279

Constitución CVI.- De cuanto lucrarán las mujeres indotadas, fallecidos sus maridos, de los bienes de ellos..... 280

Constitución CVII.- De que antes de la contestación de la demanda pruebe el actor su fe habiendo presentado libelo al juez..... 281

Constitución CVIII.- De que a la primera intimación no comparecen en juicio..... 282

Constitución CVIX.- De que no se contraigan esponsales dentro de los siete años de edad, ni se consagre matrimonio antes del décimo quinto para los varones, o del décimo tercero para las hembras..... 283

Constitución CX.- De que, disuelto el matrimonio, haga la mujer inventario de su dote y de la donación por causa de las nupcias, y de todos los demás bienes de su marido, y presentándolo pida que se le resarza, si dijera que por parte de su marido sufrió algún daño en sus propios bienes, pero sin el inventario o sin evidente prueba no pida nada, o, pidiéndolo, no lo reciba..... 283

Constitución CXI.- De que si la mujer enloqueciera, y esto sucediere sin dolo del marido, ni, sabiéndolo él, por maleficio de otros, y el mal durara más de tres años, se disuelva el matrimonio, y le sea lícito al marido casarse con otra mujer, que el quiera..... 284

Constitución CXII.- De que si durante el tiempo de matrimonio enloqueciera el marido, no se pueda disolver el matrimonio durante un quinquenio, pero transcurrido éste, pueda ser disuelto, si todavía fuera aquel presa de locura..... 286

Constitución CXIII.- De que, a la manera que respecto a otras construcciones se dispuso en la ley, así también las construcciones de galerías de recreo, que se llaman solanas, disten diez pies de los edificios de los vecinos..... 288

LAS SIETE PARTIDAS..... 289

Alfonso X, el Sabio..... 291

Las Siete Partidas – Índice..... 293

Primera Partida..... 295

Segunda Partida..... 319

Tercera Partida..... 361

Cuarta Partida..... 377

Quinta Partida..... 395

Sexta Partida..... 405

Séptima Partida..... 417

EL CONTRATO SOCIAL..... 455

Presentación..... 457

Libro Primero – Índice..... 459

Capítulo I.- Asunto de este primer libro..... 461

Capítulo II.- De las primeras sociedades..... 461

Capítulo III.- Del derecho del más fuerte..... 463

Capítulo IV.- De la esclavitud..... 464

Capítulo V.- De cómo es preciso elevarse siempre a una primera convención..... 467

Capítulo VI.- Del pacto social..... 467

Capítulo VII.- Del Soberano..... 469

Capítulo VIII.- Del estado civil..... 471

Capítulo IX.- Del dominio real..... 472

Libro Segundo – Índice..... 477
Capítulo I.- La soberanía es inalienable..... 479
Capítulo II.- La soberanía es indivisible..... 480
Capítulo III.- Sobre si la voluntad general puede errar..... 481
Capítulo IV.- De los límites del poder soberano..... 482
Capítulo V.- Del derecho de vida y de muerte..... 485
Capítulo VI.- De la Ley..... 486
Capítulo VII.- Del legislador..... 488
Capítulo VIII.- Del pueblo..... 491
Capítulo IX.- Continuación..... 492
Capítulo X.- Continuación..... 494
Capítulo XI.- De los diversos sistemas de legislación..... 496
Capítulo XII.- División de las leyes..... 498
Libro Tercero – Índice..... 501
Capítulo I.- Del gobierno en general..... 503
Capítulo II.- Del principio que constituye las diversas formas..... 507
Capítulo III.- División de los gobiernos..... 509
Capítulo IV.- De la democracia..... 510
Capítulo V.- De la aristocracia..... 511
Capítulo VI.- De la monarquía..... 513
Capítulo VII.- De los gobiernos mixtos..... 517
Capítulo VIII.- De cómo toda forma de gobierno no es propia para todos los países..... 518
Capítulo IX.- De los rasgos de un buen gobierno..... 521
Capítulo X.- Del abuso del gobierno y de su inclinación..... 522
Capítulo XI.- De la muerte del cuerpo político..... 524
Capítulo XII.- Cómo se mantiene la autoridad soberana..... 525
Capítulo XIII.- Continuación de lo expresado en el capítulo anterior..... 525
Capítulo XIV.- Continuación..... 527

Capítulo XV.- De los diputados o representantes..... 527
Capítulo XVI.- La institución del gobierno no es un contrato..... 530
Capítulo XVII.- De la institución del gobierno..... 531
Capítulo XVIII.- Medios de prevenir las usurpaciones del gobierno..... 532
Libro Cuarto – Índice..... 537
Capítulo I.- La voluntad general es indestructible..... 539
Capítulo II.- De los sufragios..... 540
Capítulo III.- De las elecciones..... 543
Capítulo IV.- De los comicios romanos..... 544
Capítulo V.- Del tribunado..... 552
Capítulo VI.- De la dictadura..... 553
Capítulo VII.- De la censura..... 555
Capítulo VIII.- De la religión civil..... 557
Capítulo IX.- Conclusión..... 564

CONSTITUCION MEXICANA DE 1857..... 567
Presentación..... 569
Discurso del Excmo. Sr. Presidente de la República Don Ignacio Comonfort..... 571
Discurso del Excmo. Sr. D. León Guzmán, Vice-Presidente del Soberano Congreso..... 573
El Congreso Constituyente a la Nación..... 575
Constitución Política de la República Mexicana..... 581
Discurso del Excmo. Sr. Presidente de la República, Don Ignacio Comonfort, en la clausura de sesiones del Congreso Constituyente. 607
Discurso del Excmo. Sr. D. León Guzmán, Vice Presidente del Soberano Congreso, en la sesión de clausura del Congreso Constituyente..... 609

MANIFIESTO DEL GOBIERNO A LA NACIÓN..... 611